

Ricardo de la Cierva

Misterios de la Historia

Doce polémicos ensayos
de síntesis y divulgación sobre temas
muy controvertidos.



Planeta



www.todocoleccion.net

Ricardo de la Cierva
Misterios de la Historia

Ricardo de la Cierva

Misterios de la Historia

Planeta

COLECCIÓN DOCUMENTO

Dirección: Rafael Borràs Betriu

Consejo de Redacción: María Teresa Arbó,
Marcel Plans, Carlos Pujol y Xavier Vilaró

© Ricardo de la Cierva, 1990

© Editorial Planeta, S. A., 1991
Córcega, 273-279, 08008 Barcelona
(España)

Diseño colección y cubierta de Hans
Romberg (fotos AISA, Alfonso, Archivo
Editorial Planeta, Magnum/Zardoya)

Procedencia de las ilustraciones: Archivo
Editorial Planeta, Camera Press/Zardoya,
Cover, EFE, Europa Press, Keystone, Pull

Primera edición: noviembre de 1990

Segunda edición: febrero de 1991

Tercera edición: febrero de 1991

Depósito Legal: B. 6.760-1991

ISBN 84-320-4468-7

Printed in Spain - Impreso en España

Talleres Gráficos «Duplex, S. A.», Ciudad de
Asunción, 26-D, 08030 Barcelona

Índice

<i>Prólogo</i> /La historia y sus misterios	11
I. QUÉ ES DE VERDAD LA MASONERÍA	15
Masonería: leyenda negra, leyenda rosa, leyenda gris, 15; Los orígenes fantásticos de la masonería, 18; Aparece la masonería especulativa en Inglaterra, 20; La masonería en Francia: masonería y Revolución, 23; La masonería en Europa y América, 26; Los orígenes de la masonería en España, 29; Primeros pasos de la masonería española: el apogeo de 1820, 31; La masonería bajo Fernando VII e Isabel II, 33; La masonería traiciona a España en 1898, 36; Los papas contra la masonería: de Pío IX a Benedicto XV, 38; Alfonso XIII supera la tentación masónica, 41; La segunda República, nuevo apogeo masónico en España, 44; La masonería en la agonía republicana y la guerra civil, 46; La venganza de Franco: Jakim Boor, 48; La masonería en el Concilio Vaticano II, 50; Entre Licio Gelli y Jacques Mitterrand, 52; La policía de Franco espía al padre Ferrer, 54; El documento de la Audiencia Nacional en 1979: dos firmas, 56; La posición de la Santa Sede en 1974, 60; El día en que se alzaron las columnas, 65; La declaración romana de 1981, 69; Masonería y PSOE: las revelaciones de «Tiempo», 70; La campaña masónica de propaganda en 1984-1985, 71; Pervivencia y expansión masónica hoy, 74; La masonería resurge en la Europa liberada, 76.	
II. FRACASO Y HUNDIMIENTO DEL COMUNISMO (1989-1990)	81
Una primera perspectiva histórica, 81; ¿El final de la historia?, 82; Se ha hundido el marxismo, 84; Portavoces del gran fracaso, 87; El análisis del cardenal Ratzinger, 88; Juan Pablo, el Muro y «El País», 91; La descalificación de Luis Ángel Rojo, 92; La advertencia de Iliana Kass, 93; Los precursores heroicos: Polonia, 94; Las confesiones del mariscal Ogarkov, 95; China y las nacionalidades soviéticas, 97; La caída del Muro de Berlín, 100; Los valores espirituales de Gorbachov, 101; «El socialismo del futuro», 102; Otro principio de la historia, 104.	

III.	<p>CATALUÑA: MUCHO MÁS QUE UN MILENIO . . .</p> <p>De Wifredo a Borrell, 108; La carta del rey y el silencio del conde, 110; Historiadores eminentes contra el milenario, 111; Comprometer a la Corona, 113; Hay dos historias de Cataluña, 114; El nacimiento de Cataluña, 116; Cataluña como fuente para la unidad de España, 120; Cataluña como pilar de la nueva unidad española, 124; 1640-1714: otra idea de España, 126; Cataluña en la segunda fundación de España, 129; Cataluña, espejo del patriotismo español en el siglo XIX, 131; El nacimiento contemporáneo del nacionalismo catalán, 135; La rebelión de la Generalidad contra la República, 138; Cataluña en la guerra civil: una proclamación de Cambó, 141; Cataluña entre la historia y el futuro, 146; La resaca del milenario, 150; La «tupinada» del señor Lladó, 152; La amenaza cultural, 153.</p>	107
IV.	<p>LOS INTELLECTUALES Y LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA</p> <p>Pasión y muerte de Antonio Machado, 159; Los intelectuales republicanos del poder, 161; Los intelectuales colaboradores del Frente Popular: el extraño caso de Hemingway, 166; Cuando Julián Marías no reconciliaba, 170; Los intelectuales y el poder en la zona nacional: el equipo de Serrano Suñer, 173; Los grandes intelectuales monárquicos: Sainz, Pemán, Pabón, 175; Los intelectuales de la España nacional en guerra. El formidable conjunto de «Occident», 179; Unamuno, Ortega, Marañón, Ayala, Baroja, 182; Una pléyade de intelectuales por la España nacional, 183; La Tercera España, 187.</p>	159
V.	<p>LA PERSISTENTE MENTIRA DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA</p> <p>Historia jacobina, historia crítica, 192; Nada empezó el 14 de julio de 1789, 194; Primeras falsedades, primeras utopías, 197; Convención, regicidio y Terror, 201; El Imperio, prolongación totalitaria de la Revolución, 203; España y Rusia, vencedoras de la Revolución, 206; La desmitificación implacable de Chaunu, 208; Una brutal persecución religiosa, 210; Los derechos humanos arrastrados, 212; Una guerra agresiva y criminal, 213; Un balance trágico y absurdo, 214.</p>	191
VI.	<p>EL PROBLEMA VASCO NACIÓ HACE VEINTE SIGLOS</p> <p>Los bagaudas atacan de nuevo, 217; El horizonte vasco se llama España, 220; Rebrotó el problema vasco en el siglo XIX, 222; La doctrina de un lunático: Sabino Arana, 225; PNV y ETA: el mismo tronco, el mismo fin, 227; Los nacionalistas con el Frente Popular, 230; Los clérigos fusilados en la guerra civil: una mitología, 231; El milagro de Navarra, 238.</p>	217

- VII. JUAN DE LA CIERVA Y EL AUTOGIRO (1895-1936) 243
 Algunos antecedentes familiares, 244; El impacto de la aviación naciente, 245; Los primeros autogiros, 248; La ayuda de la aviación militar, 252; El apogeo del autogiro, 254; El compromiso del inventor: agente secreto en guerra, 256; La muerte en acto de servicio, 259.
- VIII. JULIÁN MARÍAS, MANUEL GUTIÉRREZ MELLADO Y GUSTAVO VILLAPALOS EN 1939. LO QUE HE DESCUBIERTO DESPUÉS DE «AGONÍA Y VICTORIA» . 263
 La noble figura de Besteiro, 264; Julián Marías en marzo de 1939, 265; Julián Marías y la paz del 28 de marzo, 268; Los diversos grupos de la Quinta Columna, 270; El misterio de Manuel Gutiérrez Mellado, 271; Una eficaz red de espionaje, 272; La Quinta Columna recuerda a Gutiérrez Mellado, 274; Gustavo Villapalos, un héroe desconocido, 276; La Quinta Columna encarcelada, 279; El reconocimiento oficial de las actividades secretas en la zona enemiga, 280.
- IX. RECONQUISTA HISTÓRICA Y RECONQUISTA ANTIHISTÓRICA DEL REINO DE VALENCIA 285
 Conquistas y reconquistas de Valencia, 285; Las tesis antivalencianas del pancatalanismo, 286; Las nuevas taifas al ataque, 288; La lengua valenciana es autóctona, 289; El romance en la España musulmana, 290; La lengua romance en Valencia, 292; Los reinos de taifas, 293; Jaime I, la intuición del reino, 295; Las primeras campañas de don Jaime, 296; La conquista de Valencia capital, 297; Fueros y muerte del Conquistador, 300; La vereda del reino, 301; Una edad de oro valenciana, 302; San Vicente Ferrer en Caspe, 303; La gran época de Alfonso V, 305; El Reino de Valencia en el Reino de España, 306; El himno a Valencia, 308; Las arbitrariedades de Pompeyo Fabra, 309; Reacciones en Valencia, 310; Sanchís y Fuster: misteriosos dineros, 313; El torpe manifiesto de 1970, 314; En defensa de la lengua valenciana, 316; El estatuto de 1982, 319; Un pueblo forastero en su tierra, 320; La increíble degradación de un vicerrector extremista, 321; La audiencia decide a favor de España, 322; La definitiva sentencia del supremo, 324.
- X. CÓMO LLEGÓ DON JUAN CARLOS I AL TRONO . 327
 Dos libros importantes..., 327; Un libro aberrante, 328; Los cincuenta años del rey, 332; Una infancia en medio de las convulsiones de Europa, 333; Primera pregunta del príncipe sobre Franco, 338; El príncipe sucesor «in pectore», 341; Bachillerato en España, 343; Testigo del desarrollo en Miramar, 347; El príncipe, militar profesional, 348; Estudios militares y estudios civiles, 350; El encuentro con la princesa de Grecia, 352; La reina Victoria ofrece tres can-

	didatos a Franco, 355; Sucesor de Franco a título de rey, 356; El juramento y la democracia, 359; El rey constitucional, 360; Advertencia final, 362.	
XI.	EL SECRETO DE IGNACIO ELLACURÍA	365
	Todos estaban convencidos, 365; Asesinato y martirio, 366; Increíbles e inadmisibles homenajes, 368; Una invitación de dos grandes periodistas, 369; Los jesuitas socialistas, 370; La acusación de monseñor Delgado, 372; Vacilaciones de un mito, 375; El coche bomba y el jesuita, 376; Era el estratega, 378; El heroico combate del profesor Peccorini, 379; Una denuncia mortal, 380; Ellacuría: ¿víctima o mártir?, 385.	
XII.	ESTRAMBOTE BUFO: LEOPOLDO CALVO-SOTELO (L.C.-S. +/—660). UNA TRAGICOMEDIA DE LA TRANSICIÓN	391
	La elección de un conjuro, 391; El único acierto de Carlos Marx, 393; Una cena en casa Ciriaco, 395; El hombre del orinal, 398; Un desmesurado canijo de la política, 400; El jefe joven de la oposición monárquica, 404; La venganza sádica de un franquista frustrado, 406; El reparto de las leopoldinas, 408; La RENFE y el Banco Urquijo, 409; La sombra maligna que hundió a la UCD, 414; El papa y el mundial de 1982, 416; Entre la pirámide, Kairuán y Mérida, 419.	
	<i>Índice onomástico</i>	423

Para Mercedes XL

*A Torcuato Luca de Tena
compañero y amigo desde 1937
digno de su apellido
y de su título
autor eximio
americanista vital y esencial
el más generoso de mis lectores
hombre de bien*

PRÓLOGO

LA HISTORIA Y SUS MISTERIOS

A medida que el historiador recorre los caminos de la Historia se encuentra, frecuentemente, con puertas cerradas, laberintos sin salida y falsos senderos que conducen a soluciones falsas o conclusiones absurdas, aunque casi todo el mundo las tenga por verdaderas y auténticas. Hay en la Historia demasiada mentira, demasiada política, demasiadas nubes de humo, demasiados secretos sin resolver. He seleccionado para este libro una colección de misterios con los que me he tropezado en mi vida profesional y sobre todo en mi cátedra, cuando en medio de una explicación a mis alumnos me asaltaba de pronto la idea de que las tesis habituales estaban mal fundadas y sus fuentes contaminadas o desviadas por muchos motivos, desde la pereza a la ocultación.

He seleccionado doce misterios de la Historia (once serios y uno bufo, luego diré por qué) entre los que me han impresionado más durante los últimos años. Aquí los propongo a una nueva luz, desde fuentes y perspectivas inéditas, renovadas y repensadas: algunos por su actualidad rabiosa, que suscita preguntas innumerables entre mis alumnos y mis lectores; otros por su interés profundo y permanente, o porque su verdadera solución histórica yace escondida o enmascarada bajo ingentes montones de hojarasca, de propaganda o de manipulación política al servicio de intereses torpes y bastardos. Estos doce misterios o problemas se refieren sobre todo a la Historia contemporánea — así solemos llamar en la Universidad española a la que trata de reconstruir los hechos ocurridos a lo largo de los tres últimos siglos, XVIII, XIX y XX— pero sin descartar los misterios que corresponden a otras edades de la Historia, la antigua, la media y la moderna, que en algunos casos (como en el de la masonería o el de los orígenes de algunas de nuestras comunidades autónomas) se remontan, en la

realidad, en la leyenda o en la propaganda, hasta profundidades insospechadas y siglos aparentemente remotísimos. Todas las edades históricas están, pues, presentes en este libro, en estos misterios.

Justificaré, brevisísimamente, mi selección. Todo el mundo se pregunta hoy qué es realmente, entre tanta leyenda y tantas informaciones contradictorias, la masonería. Como en los demás casos, he dedicado muchas noches a plantearme personalmente ese problema; y cuando creo ya tenerlo resuelto en sus líneas esenciales, mi deber es comunicarlo a la opinión pública. La masonería es un problema terriblemente serio, como casi todos los demás que se plantean aquí: excepto uno, el último, con el que pretendo distraer un poco al lector, divertirlo y amenizarle el camino. El segundo misterio es el fin del comunismo, que parecía un bloque perenne y se ha venido abajo con estrépito durante los años 1989 y 1990, sobre todo desde la caída del muro de Berlín. ¿Qué ha sucedido y por qué? ¿Vamos a tolerar por más tiempo que sean los comunistas, que deberían callarse como muertos, quienes interpretan a voz en cuello este cataclismo que aún estamos viviendo atónitos? Recientemente —tercer misterio— se ha celebrado por decreto el milenario de Cataluña. ¿Con qué razón, con qué fundamento? A mí, como historiador, Cataluña me parece infinitamente más importante que ese milenario, y nada me es más grato que tratar de hablar profundamente de Cataluña desde la Historia. A partir de la publicación de mi libro 1939. Agonía y victoria he investigado mucho más sobre la guerra civil y ofrezco aquí varios resultados de esa investigación. En primer término un estudio sobre un misterio: lo que de verdad hicieron los intelectuales durante la guerra civil, porque su actuación se ha enmascarado en montones de falsa propaganda. Acabamos también de celebrar otra importante conmemoración, la de la Revolución Francesa, cuya historia sigue plagada de falsedades increíbles, en gran parte deshechas ya por una nueva historia crítica, cuyos resultados deseo presentar al lector. Se habla continuamente, obsesivamente, del problema vasco. Pero ¿cuándo empezó el problema vasco? Algunos lectores se sorprenderán al saber que la respuesta son veinte siglos. Muchas veces me han preguntado sobre el autogiro de mi tío Juan de la Cierva y sobre su inventor. Creo rendir un servicio a la ciencia española y a la opinión pública con la respuesta a esas preguntas. El segundo trabajo de investigación sobre la guerra

civil que ofrezco en este libro se refiere a tres personajes singulares que luego tuvieron trayectorias muy diversas, y sobre cuya actuación en el conflicto apenas se sabía nada: Julián Marías, Manuel Gutiérrez Mellado y Gustavo Villapalos. Hay algunas sorpresas en mi relato. Termino las incursiones históricas en el origen de nuestras comunidades autónomas con un trabajo sobre dos reconquistas del reino de Valencia: una, la auténtica, en el siglo XIII; otra, bastante menos genuina, en nuestros días; en Valencia me siento en casa desde hace muchos años y lo quiero agradecer así. Recientemente se han publicado, so capa de investigación científica, algunas tonterías gordísimas sobre las relaciones de Franco y don Juan de Borbón; quisiera volver por los fueros de la Historia con un estudio sobre cómo llegó el actual rey de España al trono. Y debo también aclarar una tragedia que me afecta, por varios motivos, personalmente: el asesinato de seis jesuitas en San Salvador a fines del año 1989, sobre el que se han vertido torrentes de propaganda falseada que tratan de convertirlos en mártires de la libertad y de los pobres, contra tremendos testimonios que deben ahora sacarse a la luz, con todo respeto por los muertos e indignación contra quienes los asesinaron, pero tampoco se puede asesinar a la verdad histórica en nombre de una política bastarda.

Y después de la tragedia, los griegos recomendaban la comedia. Don Leopoldo Calvo-Sotelo, a quien me refiero en el texto con un criptograma por vía de conjuro, por razones que luego explicaré, dice ser aficionado a los sonetos e incluso perpetra algunos que dice sonetos en su reciente libro de malas memorias. Todo soneto debe tener, para completarse, un estrambote; y yo deseo alegrar al lector después de tanto drama histórico ofreciéndole como último capítulo una comedia bufa; un estrambote hilarante: Leopoldo Calvo-Sotelo (con criptograma), una tragicomedia de la transición. No es más que un aperitivo; pienso volver sobre el tema «con nuevas y divertidas aventuras» del personaje, como dicen al final las películas de dibujos. Pero había que contar a la opinión pública algunos detalles sobre el hombre que, por un insondable misterio de la Historia, presidió el gobierno de España en momentos críticos y dejó una huella donde jamás volverá a crecer la hierba.

Presento este libro como una serie de «narraciones amenas de historia profunda». Son lecciones amenas; es decir, contadas con sencillez y claridad, como decía y hacía Pe-

mán, ese fantástico maestro de escritores; porque la amabilidad no está reñida con el rigor, y la Historia, además de ciencia, es arte narrativa, cosa que ha olvidado durante más de medio siglo la soporífera «historia» marxista, ya facturada hoy para el desván de los recuerdos, aunque media Universidad española no se quiera enterar. Espero conseguir que estas narraciones sean accesibles a todos, desde el estudiante que desea profundizar en su asignatura de Historia al jubilado que decide, lúcidamente, ampliar su cultura en la tercera edad. Pero aunque estas lecciones van a ser asequibles y hasta divertidas, no por ello dejarán de brotar de lo que llamo Historia profunda. Llevan dentro muchas horas, muchas noches de investigación por parte del autor, que ha tenido que resolver para sí mismo y para sus alumnos toda esta serie de misterios de la Historia antes de brindar, como hace ahora, la solución al lector. Cuando parece necesario corroborar el relato se indican las fuentes, aunque, como este libro se dedica al gran público, no quiere el autor abusar del aparato crítico, por más que deja siempre abiertos los caminos para la ampliación que en cada caso quiera emprender el lector.

Se abre, pues, para el gran público la gran aventura de la Historia. Muchos de estos problemas se han enfocado, durante los últimos años, a una luz nueva que aún no ha llegado a los manuales ni a los libros de texto. Estoy seguro de que mis lectores, muchos de los cuales me han animado a escribir este libro, sabrán apreciar su contenido.

I. QUÉ ES DE VERDAD LA MASONERÍA

MASONERÍA: LEYENDA NEGRA, LEYENDA ROSA, LEYENDA GRIS

Muchos lectores encontrarán natural que esta indagación sobre la masonería sea el primer misterio de la Historia que nos decidimos a estudiar. Porque para muchos masones —todavía— la historia de su orden —como ellos dicen— o de su secta —como dicen sus adversarios— se identifica más o menos con la historia del mundo; no faltan sesudos libros de historia masónica que consideran al propio Adán, nuestro padre común, como el primer masón. Es decir, que nada más romper a hablar sobre la masonería nos tropezamos con su leyenda rosa; porque casi hasta hoy la historia de la masonería ha malvivido, encubierta y aplastada por dos leyendas, la rosa y la negra.

Nuestros lectores conocen sobre todo la leyenda negra de la masonería. Durante el régimen del general Franco la masonería estaba proscrita y perseguida de manera implacable; el propio Caudillo y su segundo de a bordo, el almirante Carrero Blanco, vivieron sinceramente convencidos de que la masonería era la causa de todos los males y tragedias históricas de la decadencia española, desde la pérdida del Imperio hasta los desbordamientos de la segunda República; tan convencidos estaban que publicaron, sea con su nombre o con seudónimo, estas interpretaciones profusamente, y actuaron conforme a ellas en la orientación política de su régimen. Como ahora está de moda abominar del régimen de Franco y de las ideas de Franco, que se tergiversan, ridiculizan y retuercen de todas las formas imaginables, casi nadie se para a pensar que bajo las interpretaciones, casi siempre exageradas, de Franco y su segundo de a bordo sobre la masonería alentaba una carga de información histórica y política nada desdeñable, que en su momento examinaremos brevemente; pero no cabe

duda de que esas interpretaciones forman parte de la copiosa *leyenda negra* (fraguada desde el siglo XVIII en medios eclesiásticos y políticos), que atribuye a la masonería toda clase de conspiraciones y aberraciones, desde la dedicación al culto satánico hasta la preparación exclusiva de todas las revoluciones contemporáneas. La leyenda negra de la masonería surgió de los durísimos antagonismos entre ella y la Iglesia católica durante los siglos XVIII y XIX, que se han prolongado hasta nuestro siglo y, por algunos sectores masónicos y eclesiásticos, hasta nuestros días.

Pero han sido los propios masones quienes —al obstinarse en su propia leyenda, la *leyenda rosa*— han apuntado las exageradas argumentaciones de la leyenda negra. Porque en varias historias masónicas redactadas por los propios hermanos, como ellos suelen llamarse, también se atribuyen a la masonería todos los acontecimientos favorables en la historia de la humanidad en los tres últimos siglos... e incluso en todos los siglos de la historia, según la temperatura que alcance la imaginación del «historiador»; por lo menos desde la construcción del templo de Salomón (en la que creen, como contribución masónica, muchos más masones que los que se atreven a confesarlo) hasta la victoria de las democracias en la segunda guerra mundial. En este sentido la leyenda negra no es más que la leyenda rosa teñida peyorativamente. Véase como prueba reciente de la leyenda rosa el increíble, pero real, «estudio» de un doctor E. Lehnhoff *Los masones ante la Historia*, México, Editorial Diana, 1978.

Para colmo ha surgido entre nosotros, recientemente, otra nueva leyenda masónica: la *leyenda gris*. Donde menos podía esperarse: entre los jesuitas *progresistas*, que pertenecen a una orden empeñada, durante dos siglos y medio, en un combate implacable contra la masonería. Ahora es al revés. En medio de la convulsión antinatural que ha conmovido, desde los años sesenta e incluso antes, en este siglo, a la Compañía de Jesús, problema sobrecogedor al que he dedicado mis libros recientes *Jesuitas, Iglesia y marxismo* y *Oscura rebelión en la Iglesia* (Barcelona, Plaza y Janés, 1986 y 1987), un jesuita dotado de un entusiasmo admirable, el padre José Antonio Ferrer Benimeli, profesor de la Universidad de Zaragoza, recibió del eximio investigador de la espiritualidad española, profesor Pedro Sainz Rodríguez, a quien Franco se empeñaba en calificar de masón, e incluso le denominaba *hermano Tertuliano*,

el encargo de estudiar la historia de la masonería para la Fundación Universitaria Española. Ferrer cumplió adecuadamente el encargo, y desde entonces ha publicado varios libros, todos ellos muy interesantes, y ha suscitado una verdadera oleada (que me parece carente de toda proporción) de estudios monográficos sobre la masonería española en todas sus épocas. También estos estudios ofrecen notable interés; pero toda esta onda historiográfico-masónica de origen jesuítico está condicionada, me parece, por graves prejuicios que en buena parte esterilizan, si no sus datos (que siempre son bienvenidos), sí sus métodos y sus conclusiones. Por ejemplo, Ferrer dictaminaba que no hubo en España ni rastros de masonería en el siglo XVIII; y los hubo muy serios, como veremos. Ferrer se empeña en quitar hierro a la leyenda negra, lo cual está bien, pero al precio de caer en la leyenda rosa; para él todos los masones son justos y benéficos, y las condenas reiteradas de la Iglesia católica se deben a ignorancia sobre la verdadera entidad de la masonería, lo cual, además de un anacronismo, me parece casi una estupidez. Recuerdo una mañana de 1973, cuando, poco antes de su muerte, me llamó el almirante Carrero para decirme, entre otras cosas muy interesantes (Carrero era exagerado pero inteligente y de vista larga, mucho más de lo que creen quienes le desprecian) que en Algeciras estaba rebullendo mucho la masonería (me enseñó la lista de masones) y que el padre Ferrer Benimeli era masón. Siempre he sentido la tentación de preguntarle si es verdad, porque en algunas secciones de sus escritos se comporta exactamente como si lo fuera, aunque suele negarlo. Me parece, en cualquier caso, un clásico compañero de viaje.

En esta indagación voy a comunicar al lector lo más importante de cuanto conozco hasta ahora sobre la realidad de la masonería. Procuraré apartarme siempre de las tres leyendas: la negra, la rosa y la gris, pero no me dolerán prendas al reconocer lo que bajo cada una de las tres pueda latir de verdad. Así esta primera parte del presente libro puede ser un anticipo lejano de mi libro definitivo sobre la masonería, que es, desde hace muchos años, uno de mis proyectos más acariciados, pero que todavía queda lejos en su realización. Creo que los materiales y las notas que hasta ahora he reunido, y que ahora voy a condensar para el lector, ofrecen ya alguna posibilidad de conclusio-

nes serias y esclarecedoras en este primer misterio del libro actual. Por eso las comunico.

LOS ORÍGENES FANTÁSTICOS DE LA MASONERÍA

Siento descartar tan abruptamente algunas ilusiones fundadas en el gusto por el misterio, pero debo comenzar esta indagación afirmando que empezamos a saber con cierta seguridad cosas que corresponden a la verdadera historia de la masonería solamente a partir de mediados del siglo xvii, es decir sólo desde hace unos tres siglos. Allí empezó, mediante una profunda transición de que ahora mismo vamos a hablar, la masonería tal y como hoy la conocemos; antes de esa fecha existen raíces y antecedentes masónicos más o menos remotos, pero que hoy por hoy resultan imposibles casi de rastrear. Podemos tomar como insegura guía para esos antecedentes dos libros escritos desde una perspectiva masónica, pero con intenciones no cumplidas de seriedad. Uno —ya citado— se debe al doctor Eugen Lehnhoff (que se confiesa masón): *Los masones ante la Historia*. Otro, que resume (no siempre citándolas) las conclusiones de otros investigadores serios, es la *Historia general de la masonería* de Óscar Rodrigo Albert (Barcelona, Mitre, 1985). El propio Ferrer Benimeli presenta con relativo acierto esos antecedentes remotos en su libro *La masonería española en el siglo XVIII* (Madrid, Siglo XXI, 1974). Ésta es una editorial marxista de combate; me pregunto qué interés pueda tener en la publicación del libro del investigador jesuita, pero ése es otro asunto.

En cualquiera de estos tres libros puede recorrer el lector el cúmulo de aportaciones legendarias que forman, para muchos masones, la protohistoria de su orden, aunque casi ni una sola de ellas puede sostenerse hoy ante la crítica histórica. Estas aportaciones son de dos géneros. En primer lugar presentan a la masonería como heredera de todos los cultos secretos e iniciáticos de la Antigüedad, prolongados misteriosamente a través de la Edad Media hasta dentro de la Edad Moderna: los misterios de Eleusis, la tradición báquica, los ritos de origen egipcio y mesopotámico, con otras influencias orientales, trasvasadas a Roma durante la época alejandrina. Estos misterios llegaron a la Edad Media y reflorecieron en las expediciones de los cruzados desde el siglo xii; que trajeron su hallazgo a Euro-

pa sobre todo a través de la Orden del Temple y la de los Hospitalarios de San Juan de Jerusalén. En los rituales masónicos hay abundantes huellas de esta tradición, que en gran parte se coció después sin fundamento alguno, pero que tal vez en algunos rincones conserve vetas originales, sobre todo de las Cruzadas. El trágico y misterioso fin de los templarios se conecta, por algunos, a la protohistoria de la masonería, que se encargó de transmitir los recuerdos, el poder y la venganza del Temple perseguido y martirizado. Seguramente nunca sabremos cómo, aunque hay coincidencias muy inquietantes.

La segunda tradición de la Antigüedad que se entrelaza con la protohistoria masónica es la arquitectónica. Muchos masones creen, a fuerza de verlo repetido en la simbología de sus logias, que su fundador fue Hiram, el rey de Tiro que recibió de Salomón el encargo de construir el Templo de Yahveh en Jerusalén y que, en funciones de gran arquitecto, inició a sus colaboradores y subordinados en las artes secretas, casi mágicas de su oficio. Las corporaciones de arquitectos, constructores y albañiles custodiaban, desde la época clásica de Grecia y Roma, los secretos de su arte, por razones de monopolio profesional; y los transmitían por vía de selección y de iniciación, que luego se vertieron en los gremios medievales. En el gremio de constructores precisamente radica, según investigaciones relativamente recientes y fidedignas en torno a la construcción de las catedrales, el origen real de la masonería que más o menos desde el siglo XII conocemos hoy como *masonería operativa*. El nombre de *francmasón* (en Francia) o de *freemason* (en Inglaterra), que aparece ya en la Baja Edad Media para indicar a los albañiles distinguidos y separarlos de los desbastadores o canteros, no indica situación social de libertad, sino excelencia en el arte de la construcción y de la piedra. Estos gremios florecieron en toda Europa; sus maestros pasaban con frecuencia de una a otra nación (aunque en aquella Europa-Cristiandad, no había propiamente naciones ni menos fronteras) e iniciaban a sus nuevos equipos en talleres o lonjas o *logias* en que se reunían, para trabajar y discutir, los tres *grados* de la profesión, que era una especie de aristocracia dentro del estamento artesanal de la cerrada sociedad del medioevo: los maestros, los oficiales o compañeros y los aprendices. Éstos son todavía hoy los tres grados fundamentales de todas las obediencias masónicas.

APARECE LA MASONERÍA ESPECULATIVA EN INGLATERRA

En el siglo xvii tendrá lugar la gran transformación de la masonería operativa. Ha pasado ya la época de las grandes catedrales góticas y los gremios de constructores decaen. Pero en Inglaterra, a partir de la época isabelina, afluye una riada de oro y plata (procedente en buena parte de las guerras de rapiñas contra España en las Indias) y se suscita una fiebre constructora que revitaliza los gremios y además los ensancha. Y es que ya desde antiguo en las logias de la masonería operativa se había formado un *anillo exterior* de proveedores, administradores y simpatizantes —que pertenecían a niveles sociales más elevados, caballeros y profesionales— a quienes por amistad y afinidad se admitía en las logias operativas como *masones aceptados*, que, a fines del siglo xvii, aumentaron su porcentaje e incluso llegaron a ser mayoría en algunas logias. A fines del siglo xvii las ideas *racionalistas*, basadas en el auge de la ciencia moderna —se vivía el siglo de Descartes, de Newton y de Locke—, penetraban en sectores selectos de la sociedad británica, recientemente sacudida por la primera de las grandes revoluciones de Occidente. A fines del siglo xvii se acentuaba en Inglaterra la necesidad de comunicar ideas nuevas y de conseguir foros para el debate social, científico y político. Las logias operativas se fueron abriendo cada vez más a este tipo de debates, y la masonería operativa se fue transformando insensiblemente en masonería especulativa ya en vísperas de la Ilustración. No es ninguna casualidad que el «Colegio invisible», que era un importante foro de discusión de las nuevas ideas, se convirtiera desde 1662 en la Royal Society de Londres, en la que reinaría sir Isaac Newton como guía indiscutible. De ella salieron los grandes fundadores de la masonería especulativa en Inglaterra; es decir, en el mundo. Justo cuando la masonería operativa acababa de recibir su última aportación esotérica: la de los *Rosacruces*, una agrupación misteriosa de origen germánico que se vertió casi por entero en las logias, a las que iba legando su ritual y su tradición, paralela a la de la masonería legendaria.

Y ya estamos en el siglo xviii, cuando la historia de la masonería empieza de verdad a ser historia. Digamos, para resumir en una sola palabra esa historia en el Siglo de las Luces, que durante todo él la masonería se quiso identificar con la *Ilustración*; que durante el siglo xix la identificación —sin perder la herencia ilustrada— fue con el *liberalismo*; y que en el siglo xx, en el que vivimos y del que resulta más difícil ese resumen de una sola palabra, la masonería, sin perder su raigambre ilustrada y liberal, se identifica con la *secularización* y precisamente en su aspecto más radical. El resto de nuestra indagación tratará de demostrar esta tesis fundamental.

La transición de masonería operativa a masonería especulativa o simbólica no se produjo, pues, de golpe, pero todos los historiadores citan una fecha fundacional: el 24 de junio de 1717. En efecto, desde principios de aquel año se venían celebrando conversaciones para la reforma y la unión de los masones por parte de cuatro logias de Londres (no parece que fueran las únicas, aunque sí las más activas e inquietas), conocidas por las tabernas-hospederías en que celebraban sus reuniones: el Ganso y la Parrilla, los Racimos, el Manzano y el Cubilete, la Corona. En el día de San Juan, famoso por sus evocaciones de misterio iniciático, y patrón de los constructores, celebraron una reunión constituyente en la posada del Ganso y la Parrilla, donde tenía su taller la logia de San Pablo —que era la más antigua— y acordaron actuar desde entonces unidas en una especie de confederación, cuyo primer gran maestro fue el caballero Antonio Sayer. Había nacido la Gran Logia de Inglaterra, que hasta hoy ostenta una especie de primado general masónico, después de haber dado origen, en el siglo xviii, a las ramas y obediencias principales de la masonería en Occidente. Los masones aceptados eran neta mayoría en las logias londinenses y la Gran Logia operó desde entonces como un foro reservado para debates sobre cuestiones filosóficas y científicas que apasionaban a los hombres de la Ilustración. Dos pastores protestantes recibieron el encargo de redactar las primeras Constituciones de la masonería especulativa: el doctor John Théophile Désaguliers, hijo de emigrantes franceses hugonotes, científico reconocido y miembro de la Royal Society; y el doctor James Anderson, redactor principal de las constitu-

ciones, que por ello llevan su nombre en la primera edición de 1723. La obra empieza con una farragosa disquisición sobre los orígenes legendarios de la masonería, que se combina pretenciosamente con una aberrante historia del arte arquitectónico; a lo que sigue el código masónico propiamente dicho. En él se expresa simbólicamente la misión de la masonería especulativa: cuando ya no quedan catedrales por construir, es necesario edificar en honor del Gran Arquitecto del Universo —que es una expresión lejana y deísta de la divinidad— el gran templo que se identifica con toda la humanidad. El trabajo de la piedra se interpreta simbólicamente como trabajo para el perfeccionamiento del hombre en la convivencia con los demás. La escuadra significa la reglamentación de la vida humana; el compás traza la justa medida de los contactos con los demás; el delantal simboliza el trabajo moral; y así toda una larga serie de símbolos tomados de la construcción y sus tradiciones. Ferrer piensa que el artículo fundamental de las constituciones es éste: «Todo masón queda obligado, en virtud de su título, a obedecer a la ley moral; y si comprende bien el Arte, no será jamás un estúpido ateo ni un irreligioso libertino.» El precepto se extiende después sobre la observancia de la religión genérica, sin confesionalidad expresa: «aquella religión en la que todos los hombres están de acuerdo, dejando a cada uno su opinión particular..., de donde se sigue que la masonería es centro de unión y medio de conciliar una verdadera amistad». No ataca, pues, oficialmente la masonería primordial a la religión, sino que de hecho prescinde de ella para refugiarse en un deísmo vago, típico de la Ilustración racionalista y descreída. Naturalmente que la Iglesia católica iba a considerar inmediatamente esta posición masónica como herética. Una religión universal por encima de todas las confesiones era entonces —como lo es hoy— impensable.

Las constituciones prohíben como tema de discusión en las logias la religión concreta, confesional, y la política; pero muy pronto tal prohibición fue papel mojado. Cultivaba teóricamente la masonería primordial las virtudes típicas de la Ilustración: la tolerancia, la libertad, la igualdad y fraternidad entre los hombres, la ciencia en pleno auge, la filosofía racionalista y antropocéntrica. Desde el principio surgió un problema grave sobre el que se centraron críticas, descalificaciones y persecuciones: el secreto

masónico sobre las deliberaciones en las logias, amparado por juramentos horribles tomados de la tradición gremial para la defensa de los monopolios profesionales. Esto hace que la masonería haya sido considerada siempre como sociedad secreta, pese a los eflujos formalistas con que trata de encubrir tal condición, que es cierta. Los masones y sus historiadores proclives tratan desesperadamente de quitar importancia a este secreto y llegan a decir que el secreto masónico es una tradición puramente ritual y vacua que consiste precisamente en carecer de todo secreto. Pero no es verdad: el secreto masónico no consiste, desde luego, en una revelación eleusina, pero radica, más que en un contenido, en una actitud de reserva absoluta que muchas veces encubre la difusión de consignas en el plano religioso, político y social; una cosa es lo que los masones proclaman y otra lo que han hecho a lo largo de su historia. Lo que ni los masones niegan —porque está, como acabamos de ver, en sus constituciones— es el carácter de la secta como sociedad de solidaridad interna y multinacional de socorros mutuos, a los que se accede mediante un complicado sistema de signos para el reconocimiento de los *hermanos*. Los masones ejercitan esa solidaridad de forma universal y ejemplar; muchos candidatos se han acercado a la masonería para gozar de esta protección, utilísima en la defensa y el progreso personal dentro de las difíciles circunstancias de la vida moderna. Si de los primitivos cristianos se podía decir, para distinguirlos: «Mirad cómo se aman», de los masones cabe repetir ahora: «Mirad cómo se ayudan.» La capacidad de apoyo exhibida por los masones, por ejemplo, en los medios de la política y de la comunicación es asombrosa, y sólo comparable a la que caracteriza a los judíos. Ésta puede ser una de las razones que han llevado a muchos a identificar judíos y masones, con exageración notoria.

LA MASONERÍA EN FRANCIA: MASONERÍA Y REVOLUCIÓN

El prestigio, un tanto morboso por los rituales y secretos, que empezó desde muy pronto a rodear a las renovadas logias británicas, atrajo casi inmediatamente a muchos personajes de la nobleza, la vida pública y hasta la Corte de Inglaterra, y el duque de Montagu es uno de los primeros grandes maestros. Le sucede otro par, el duque Felipe de

Wharton, seguido —en pleno crecimiento de la institución— por toda una serie de aristócratas, casi siempre relacionados con la alta política. Nada menos que el príncipe de Gales, padre de Jorge III, pidió y obtuvo su ingreso. La nueva masonería se extiende paralelamente en Irlanda y en Escocia, y salta también muy pronto al continente, por irradiación británica en el sentido habitual de la palabra (porque *irradiar* en sentido masónico equivale a expulsar de la orden). La presencia de tan elevados personajes en la Gran Logia de Londres, a la que un especialista ha llamado «madre de todas las masonerías del mundo», suscita la sospecha, fundada en indicios casi abrumadores, de que la masonería continental sirvió, en el fondo, a los intereses de Inglaterra; las logias de todo el mundo formaban una red pro británica, tanto para favorecer los intereses políticos como los económicos de Londres. El crecimiento de la masonería en el Reino Unido durante el siglo XVIII fue espectacular, y continuó durante el siguiente, gracias a la preponderancia británica en el mundo. Hoy la Gran Logia preside un imponente conjunto de unas siete mil logias en toda la Commonwealth, con una cifra de afiliados próxima al millón, y un número de iniciaciones que ronda las mil quinientas anuales. La familia real, la Iglesia anglicana, la nobleza y la política están profundamente vinculadas en el Reino Unido a la masonería, a la que han pertenecido reyes como Eduardo VII y Jorge IV; estadistas como Winston Churchill; militares que a veces se reúnen en sus propias logias. Pertenecer a la masonería es en Gran Bretaña marca de patriotismo, en buena parte por la vinculación que acabamos de sugerir entre la institución y los altos intereses nacionales y del Imperio. Según opiniones solventes, hay en el mundo actualmente unos seis millones de masones, de los que la mayor parte aceptan la obediencia de la Gran Logia de Londres, o al menos su primacía genérica.

Un equipo masónico de Gran Bretaña, dirigido por lord Derwentwater, hijo bastardo del rey Carlos II, fundó la primera logia francesa en 1725, que se adhirió a la obediencia de la Gran Logia de Inglaterra. El rey Luis XV muestra gran interés por esta fundación, en la que muy pronto ingresan en masa personajes de la nobleza y de la Ilustración en Francia gracias a cuyo influjo se pueden superar los recelos y persecuciones inspiradas por la Iglesia. Toda la plana mayor de la Ilustración, desde Diderot, pro-

motor de la *Enciclopedia*, al gran Voltaire, entra en la masonería, regida casi siempre por una sucesión de duques. La masonería francesa experimenta más que la inglesa el tirón de la política concreta, y los ideales de la Revolución surgen cada vez con mayor fuerza en los debates de las logias. La trilogía revolucionaria libertad, igualdad y fraternidad es típicamente masónica. Esto no quiere decir que la gran Revolución de 1787-1789 se fragüe exclusivamente en las *tenidas* o sesiones masónicas, pero en todo caso sin el caldo de cultivo de los debates masónicos no se comprende la preparación y desencadenamiento de la Revolución. En vísperas del estallido, las logias de Francia superaban las seiscientas, que agrupaban a unos ochenta mil miembros. El pobre rey Luis XVI era seguramente masón, como casi todos sus ejecutores; también serían masones los reyes franceses del siglo XIX Luis XVIII, Carlos X y Luis Felipe. La Revolución Francesa asume los símbolos masónicos, pero a la vez divide profundamente a los masones, que temen desaparecer hacia 1791, el año de la primera constitución revolucionaria; y de hecho muchos de ellos perecen en la guillotina a manos de sus correligionarios. La masonería ilustrada apareció entonces como el aprendiz de brujo, acusado por las consecuencias de sus sortilegios. Napoleón Bonaparte, que probablemente fue masón (como con seguridad lo fue su familia en pleno), advierte netamente la importancia de la masonería y su vinculación a los intereses de su gran enemiga, Inglaterra; por eso pretende penetrarla e instrumentarla a su servicio, para lo que la pone a las órdenes de su hermano José, rey de España en 1808. Esta manipulación napoleónica resultaba tan burda que la masonería bonapartista no llegó al nivel de influencia y penetración social que había alcanzado la institución antes de las convulsiones revolucionarias. Identificada cada vez más con el liberalismo, la masonería francesa posnapoleónica fue radicalizando su anticlericalismo y separándose de las directrices británicas, que permanecían fieles a la Iglesia de Inglaterra. Todos los movimientos revolucionarios del siglo XIX cuentan con un componente masónico importante, y a veces decisivo. Carlos Marx fue masón, como su colega Engels, y las dos primeras Internacionales —la anarquista y la socialista— reconocen objetivamente una impronta masónica indeleble, aunque no exclusiva. La Comuna de París se tramó en las sociedades secretas, casi todas de signo masónico. Por fin en 1877 sur-

ge una especie de cisma en la masonería universal. El Gran Oriente de Francia declara la libertad plena de sus afiliados para aceptar o no a Dios y a la idea religiosa, y se aparta del vago deísmo hasta entonces considerado como ideología oficial de toda la masonería. De esta forma preparaban los masones de Francia su implicación en la cruzada anticlerical y antirreligiosa que envenenaría casi toda la historia de la tercera República, sobre todo durante las décadas en torno al cambio de siglo. Esta decisión —de la que se originó una implicación cada vez más acentuada de la masonería francesa en la lucha política sectaria— fue repudiada como antimasonónica por la Gran Logia de Londres, que mantuvo en pleno vigor las constituciones de Anderson y excomulgó —valga el término irreverente— a los disidentes franceses, quienes sin embargo siguen aceptando hasta hoy en sus tenidas y redes de influencia a los de obediencia británica, sin contrapartida por parte de la Gran Logia madre. La campaña feroz de anticlericalismo en esa época de la historia francesa es de cuño masónico profundo, y la masonería de Francia se fue inclinando cada vez más primero hacia el partido radical, y después de la segunda guerra mundial hacia el partido socialista, como revela el importantísimo libro de quien ha sido por dos veces en nuestros días su gran maestro, Jacques Mitterrand, hoy militante del socialismo francés, *La politique des franc-maçons* (París, Éd. Roblot, 1973). La actual masonería pro socialista de Francia, que dice proclamar el culto a *las libertades*, las interpreta así según el prólogo del citado libro: «Protegiendo y cultivando la libertad, la masonería se distingue a la vez del cristianismo, del que tiende a separarse, y del marxismo, al que tiende a acercarse, convirtiéndose en la guardiana de la democracia» (ibíd., p. 24). El general Franco decía más o menos eso mismo y tanto los masones como los socialistas le siguen increpando como exagerado y falseador de una realidad que ellos mismos reconocen a dos bandas.

LA MASONERÍA EN EUROPA Y AMÉRICA

De manera semejante al ejemplo de Francia, la masonería británica fue extendiendo desde la primera mitad del siglo XVIII sus influencias por Europa. Federico el Grande de Prusia se inició en 1738, dos años antes de reinar como

prototipo del déspota ilustrado. El emperador Francisco de Austria, esposo de María Teresa, fue gran maestre de la primera logia vienesa fundada en 1742, pero el masón más famoso de Viena fue el gran Wolfgang Amadeus Mozart, cuya *Flauta mágica* se ha considerado siempre como la idealización musical —arrebataadora— de una iniciación masónica con pretensiones de simbolismo universal. Masónica es *La Creación* de Haydn e incluso quizá la *Novena Sinfonía* de Beethoven, aunque la iniciación masónica del primer músico de la Historia parece más bien un capítulo de la leyenda rosa. La masonería italiana de la Ilustración se enfrentó a muerte con el papado, y en el siglo xix vertió la revolución liberal italiana, enemiga de la Santa Sede y de su poder temporal. La Casa de Saboya era una dinastía masónica, y masones o amigos de masones fueron todos los grandes nombres del Risorgimento, empezando por Garibaldi y terminando con Giuseppe Verdi. Peter Partner en *El asesinato de los magos* (trad. esp. ed. Martínez Roca del original publ. en Oxford Univ. Press) establece una sugestiva y documentada relación entre la tradición secreta templaria y la masonería alemana del siglo xviii. Los intentos de Von Hund y de Neisshaupt (con los iluminados de Baviera) alimentaron en todo caso la tradición esotérica que irrumpía con fuerza en las logias desde otra fuente templaria, la que dio origen al rito escocés Antiguo y Aceptado. Curiosamente la obsesión esotérica reaparecerá a fines del siglo xix en las filas del liberalismo evolucionado y el socialismo naciente. Tema que bien merece un estudio serio.

Tienen interés especial el nacimiento y el desarrollo de la masonería en Estados Unidos, que naturalmente provino de Inglaterra, y creció de forma paralela y con criterios semejantes, aunque aplicados al nuevo patriotismo americano desde la época de la emancipación. Los principales patriotas, de Washington para abajo, eran masones, y masones han sido la mayoría de los presidentes de Estados Unidos, donde la masonería se considera, como en Inglaterra, una asociación patriótica y altruista, completamente alejada de los tremendismos de los países latinos y fiel a su deísmo original, que incluye respeto por las religiones. Pero el masón más significativo e influyente en la historia de Norteamérica fue el gran ilustrado Benjamin Franklin, cuya personalidad influyó de forma decisiva en el impulso de la Ilustración a una y otra orilla del Atlánti-

co; en la carga ideológica ilustrada de la Revolución americana y de la Revolución Francesa; y en la configuración del capitalismo, como ha explicado asombrosamente el profesor Juan Velarde en su lección magistral *El libertino y el nacimiento del capitalismo* (Madrid, Pirámide, 1981). «En el momento en que Franklin y Voltaire se reúnen en París, el año de 1778, la obsesión de éste es clara: *Aplastemos al infame*, esto es a la Iglesia católica. Son los tiempos en que esta frase la abrevia: *Ec. l'Inf.* Un instrumento de este deísmo anticatólico es la orden de la francmasonería» (ibid., p. 36). Y concluye Velarde: «He aquí que Franklin ha tenido una enorme influencia en la masonería europea y por ello ocupa un puesto clave en los orígenes de la revolución.»

Velarde traza una sugestiva convergencia entre masonería, capitalismo primordial, Ilustración y libertinaje. Franklin precisamente fue uno de los grandes libertinos de su tiempo. En tal ambiente florecían además los superlibertinos impostores, que se servían de la institución masónica para sus aventuras, como el caballero Casanova, y sobre todo el gran farsante del siglo XVIII, Cagliostro, que llegó a fundar una masonería para su medro particular, la masonería egipciaca, por lo que se convierte en el gran precursor de otros farsantes más o menos masónicos de nuestro tiempo, como el famoso Licio Gelli, creador de la logia Propaganda-2, con su triángulo de amigos —Calvi, Sindona—, que tanto han comprometido con sus disparates el delicado mundo de las finanzas de la Iglesia católica después de aprovecharse del arzobispo Paul Marcinkus. Un escritor sensacionalista y espectacular, David Yallop, ha llegado en su difundido libro *En el nombre de Dios* a atribuir inspiración y cobertura masónica al asesinato del papa Juan Pablo I. Ante los evidentes fallos de información que hemos detectado en ese libro, pensamos que no corresponde a la historia sino a una versión contemporánea de la leyenda negra masónica.

Al llegar el siglo XX, mientras la masonería anglosajona se mantenía en su línea deísta y patriótica, al servicio del alto interés internacional de sus sedes nacionales, la masonería europea, guiada por el Gran Oriente de Francia, seguía enzarzada en una lucha mortal contra la Iglesia católica, y empeñada en el combate de la secularización total. Hasta que llegaron uno a uno los totalitarismos, que prohibieron y persiguieron a la masonería como creación

y plataforma capitalista y burguesa. Así sucedió en la Italia de Mussolini, en la Alemania de Hitler y en la Rusia soviética de Lenin y de Stalin, donde los regímenes totalitarios proscribieron y erradicaron a la masonería, que sin embargo revivió con fuerza en Alemania y en Italia después de la victoria aliada en 1945.

LOS ORÍGENES DE LA MASONERÍA EN ESPAÑA

Se ha discutido mucho el problema de los orígenes de la masonería española. El profesor Ferrer Benimeli, entusiasmado con su tesis negativa sobre la condición masónica del rey Carlos III (en lo que probablemente tiene razón) y del conde de Aranda (en lo que probablemente no la tiene), insiste en todos los tonos en que en España, pese a algunos chispazos aislados, no existió prácticamente la masonería durante todo el siglo xviii. Sin embargo no es así.

La masonería especulativa fue implantada en España por un gran maestro de la Gran Logia de Inglaterra —el duque de Wharton— casi a la vez que en Francia; el reconocimiento de la primera logia española, las Tres Flores de Lis, sita en la calle madrileña de San Bernardo, por la Gran Logia de Inglaterra data de 1728. Después se fundan logias en Gibraltar, en Menorca (durante la ocupación británica), en Cádiz, en Barcelona y en otros puntos de España. De forma paralela surge la masonería en Portugal, y tras las primeras prohibiciones se afianza durante la época del marqués de Pombal, el gobernante ilustrado portugués iniciado en Londres. En España la masonería tiene que proceder con mucha mayor cautela; desde su introducción en la Península y en las Indias, la Inquisición, aunque estaba en sus estertores, se lanza decididamente contra ella y los masones tratan por todos los medios de ocultarse en la clandestinidad, lo que de ninguna manera significa que no existan; aprovechan para ello los frecuentes viajes ilustrados a Europa —sobre todo a Francia— y la cobertura paralela de las Reales Sociedades Económicas de Amigos del País, que llegan a formar seguramente una infraestructura paramasónica de la que empezamos ya a tener pruebas fehacientes, no solamente indicios fundados en la coincidencia de los símbolos. Como tantas veces, las intuiciones del profesor Velarde en su citado libro han resultado certeras.

El papa Clemente XII condena formalmente a la masonería en 1738, con excomunión basada en el carácter sincrético de la institución al admitir personas de toda religión; en el juramento secreto masónico; y en la opinión pública que con unanimidad reputa perversos a los miembros de la secta. Algunos historiadores creen ver la verdadera causa de la condena en el partidismo del papa a favor de los Estuardo, derrotados en Inglaterra por la casa de Hannover. No es cierto. La masonería británica se dividió entre las dos lealtades, aunque la Gran Logia de Inglaterra se alineó con los vencedores. En el fondo de la condena, lo que realmente latía era la ya conocida hostilidad entre la Ilustración deísta y la Iglesia católica. A mediados de siglo el papa Benedicto XIV renueva la condenación, promulgada en España desde 1740. La Compañía de Jesús, bastión ilustrado de la Iglesia, es quien recibe los mayores embates de la masonería, que entabla con ella una lucha a vida o muerte. La persecución y aniquilamiento de los jesuitas en vísperas de la Revolución Francesa constituye en gran parte una empresa masónica europea. Puede que la participación del conde de Aranda, jefe del *partido nobiliario*, en la expulsión de los jesuitas españoles decretada por Carlos III y su corte ilustrada provocara la extendida noticia de que Aranda fue masón y director de la masonería española; y que el propio Carlos III perteneció a la secta. Los propios masones se han encargado de difundir esas noticias, aireadas probablemente por los jesuitas en los estertores de su combate ilustrado con los masones de Europa. Parece claro que Carlos III no fue masón, y además se opuso a la masonería. Parece probable en cambio que Aranda sí lo fue; mantuvo en todo caso estrechas relaciones con los masones ilustrados de Europa durante sus estancias diplomáticas. Las investigaciones durcitas en España por el centro de estudios sobre la masonería fundado por el profesor Ferrer Benimeli y reunidas en volúmenes que contienen trabajos de valor muy desigual, demuestran con toda claridad la existencia de grupos masónicos en la España del siglo XVIII, con nombres concretos que parecen la punta del iceberg; demuestran también la relación entre la masonería y las Sociedades Económicas, especialmente la más famosa de todas, la Vascongada—los caballeritos de Azcoitia—, con nombres conocidísimos, como el conde de Peñaflores y el eminente científico Fausto de Elhuyar, formalmente vinculados a la secta, a

veces en la misma logia parisina en que actuaban Franklin y Voltaire. (Cfr. *La masonería en la historia de España*, Zaragoza, 1985, y *La masonería en la historia del siglo XIX*, Junta de Castilla y León, 1987.) En esos años finales del siglo XVIII surge con fuerza un rito masónico, el rito escocés Antiguo y Aceptado, que consta de 33 grados simbólicos (treinta sobre los tres esenciales y primordiales de Aprendiz, Compañero y Maestro) y se va imponiendo en muchas obediencias masónicas, señaladamente entre las de España. Según Albert, este rito es de creación judía (ibíd., p. 140), lo que representa un nuevo acicate para quienes, sin analizar a fondo el problema, tratan de montar una relación constituyente entre la masonería y el judaísmo. Los treinta y tres grados suponen un complicado simbolismo, escasamente fundado en realidades históricas, que recoge numerosas aportaciones a la historia y sobre todo a la leyenda masónica a través de los siglos. En las iniciaciones actuales no se pasa por todos los grados, sino que se progresa por escalones de varios grados: por ejemplo el que termina en el grado 18.

PRIMEROS PASOS DE LA MASONERÍA ESPAÑOLA: EL APOGEO DE 1820

Desde comienzos del siglo XIX la masonería ilustrada se mantiene con clara continuidad en el mundo anglosajón —Inglaterra y Estados Unidos—, pero evoluciona netamente en Europa, incluida España, según dos pautas sucesivas y diferentes. En primer término la masonería napoleónica, instrumentada burdamente por el Corso y su familia con motivos políticos; el rey de España, José I Bonaparte, el Intruso, es designado por su hermano gran maestre de la masonería francesa, que se extiende por los territorios dominados. Numerosas logias bonapartistas se crean en la España ocupada, con participación de militares franceses e iniciados españoles. Expulsados de Europa los napoleónicas, la masonería experimenta una restauración que trata de entroncar con su tradición ilustrada, se aproxima a los ideales de la Gran Logia de Inglaterra, sirve a los intereses imperiales del Reino Unido y se configura como apoyo multinacional a una nueva idea: el liberalismo radical, que la vuelve a enfrentar con la Iglesia católica.

Por eso no tiene nada de extraño que todos los papas del siglo XIX condenaran a la masonería y demás socieda-

des secretas más o menos relacionadas con ella —por ejemplo, la secta de los carbonarios, muy activa en Italia contra la Santa Sede— de forma insistente y durísima, en tonos increíblemente rebajados por el jesuita Ferrer Benimeli, que llega a insinuar que Roma procedía así simplemente por ignorancia de lo que era realmente la secta; lo mismo que Albert se recrea en la teoría de que las condenas papales del siglo XVIII dependían de la protección dispensada por la Santa Sede a las pretensiones políticas de los Estuardo en Inglaterra. Una y otra son explicaciones burdas, incompletas y truncadas, indignas de historiadores serios. Pío VII condenó las sociedades secretas en una constitución apostólica de 1821. León XII agrava y amplía la condena en la constitución *Quo graviora* de 1825, mientras los jesuitas tratan de resucitar después de la supresión decretada por Clemente XIV, agobiado en medio de la presión ilustrada y borbónica del siglo anterior. Nuevamente se entablan, a lo largo de todo el nuevo siglo, las hostilidades a muerte entre los jesuitas, bastión del papado, y los masones, empeñados en acabar con el poder temporal del papado y con el poder social de la Iglesia católica; nos referimos a los masones continentales, porque la masonería anglosajona actúa, como decíamos, en otra onda, patriótica, deísta y más respetuosa con la religión aceptada en Inglaterra y Norteamérica. Vuelven las condenas papales: Pío VIII en 1829, Gregorio XVI en 1832. Esta actitud totalmente negativa de Roma repercute con especial fuerza en España.

Sin desmentir los cada vez más reconocidos indicios masónicos en la España del siglo XVIII, que seguramente nos depararán en el futuro, cuando se agosten algunos prejuicios, descubrimientos importantes y tal vez sensacionales, parece que la primera logia española formal de que se tiene noticia fue una logia militar, y concretamente naval, formada por oficiales y capellanes de la escuadra española fondeada en el puerto de Brest por deseo de Napoleón en los primeros años del siglo; se conocen los nombres y las actas de esa logia, cuyos componentes se dispersaron al regresar a sus bases de España, y extendieron la semilla masónica por otros establecimientos militares. Cádiz fue un semillero masónico —aunque no sea más que por la proximidad de Gibraltar y los contactos con la América española—, pero no parece que la masonería ejerciera influencia apreciable en las Cortes celebradas en aquella ciu-

dad desde 1810, que además la prohibieron en el año glorioso y constitucional de 1812. Al regresar Fernando VII, la Inquisición resucitada prohíbe las actividades masónicas, que entonces se identificaban sobre todo con el bonapartismo y el afrancesamiento. Aun así consta la existencia y actividad de varias logias en aquella época, como *Los amigos del Orden* en La Coruña y *Los comendadores del Teyde* en Tenerife. Alentaba también en 1813 una logia gaditana con tendencias liberal-radicales, según el testimonio de uno de sus miembros, Alcalá Galiano, que a estas alturas algunos historiadores pro masónicos tienden a invalidar, sin fundamento alguno; porque conviene a sus tesis rebajadoras. Allí se inician también Mexía Lequerica, Francisco Istúriz y después el liberal-progresista por excelencia Juan Álvarez Mendizábal, el hombre de Inglaterra en España. Al observar la persecución fernandina contra los diputados de Cádiz, la masonería reclutó a muchos de ellos y se identificó cada vez más con el liberalismo radical y con el anticlericalismo militante. Varios pronunciamientos de la época fernandina en sus diversas etapas reconocen un claro origen masónico. El pronunciamiento de Riego en 1820 fue preparado en las logias, para evitar el envío de la expedición militar española que hubiera podido salvar al Imperio en América; esta intervención masónica se corrobora por el testimonio de Alcalá Galiano y se confirma por historiadores tan poco sospechosos de exageración desde una óptica antimasonica como el profesor Miguel Artola, en su notable libro sobre la España de Fernando VII, editado por Espasa-Calpe. En 1821 surge, con propósitos masónico-reformistas, la Asociación de Caballeros Comuneros, sobre la que pronto convergen los carbonarios españoles. El trienio liberal de 1820-1823, presidido por la figura enloquecida y romántica de Riego, marca uno de los apogeos masónicos en España; allí gobierna, manda, hace y deshace la masonería española desbordada, aunque Ferrer y compañía traten de disimular tanta prepotencia.

LA MASONERÍA BAJO FERNANDO VII E ISABEL II

La servidumbre de la masonería española al servicio de la política exterior británica se demuestra sin más con la evidente cooperación masónica a la emancipación de His-

panoamérica. Todos los grandes libertadores eran masones: Miranda, Bolívar, San Martín. Salvador de Madariaga, que conocía a fondo la historia masónica, y sentía alergia hacia las leyendas negras y rosas, atribuye un papel decisivo a la masonería —y nótese bien, a los judíos expulsados de España por los Reyes Católicos— en la trama internacional para terminar con el Imperio español del Atlántico. Puede comprobarlo el lector en una obra espléndida de don Salvador, editada por Espasa-Calpe, *Auge y ocaso del imperio español en América*, donde la *cofradía masónica* se equipara, en su acción demoleadora, a las de jesuitas y judíos. Lo que naturalmente ha suscitado la reacción negativa de jesuitas, masones y judíos.

Fernando VII, el rey reaccionario y felón, se convierte en paladín de la lucha antimasonica mientras la masonería se va extendiendo en el ejército, la marina y la sociedad española. Fernando VII lanza un decreto antimasonico al restablecer el absolutismo en 1823. Cuando muere en 1833, su viuda, la reina Cristina, empeñada en una difícil transición del absolutismo al liberalismo, decreta la amnistía en favor de los masones, pero mantiene la total prohibición de sus actividades, que ellos se saltan a la torera. Va a desaparecer la anterior Gran Logia, acusada de resabios afrancesados; y se va a fundar el Gran Oriente de España, que desde el principio, y a través de todas sus transfiguraciones, se muestra liberal-radical, politizado y anticlesiástico, además de servidor de la política británica tanto económica como exterior. Los grandes arrebatos anticlericales de los años treinta —como las quemadas de conventos y matanzas de frailes— se fraguaron casi siempre en las logias, que exhibían con orgullo a sus dos prohombres de la época: el infante Francisco de Paula y el político liberal-radical Ramón María Calatrava. El Gran Oriente se divide, y las obediencias masónicas se separan por motivos casi siempre personalistas, y se acogen a diferentes obediencias extranjeras.

Los especialistas coinciden en que el desarrollo de la masonería española durante el reinado de Isabel II, que fue muy grande, está todavía por estudiar a fondo. La masonería penetró profundamente en las fuerzas armadas, en las que también se formaron agrupaciones antimasonicas que, con diversos nombres, perduraron hasta muy dentro del siglo xx. También reina el acuerdo sobre la importancia de la masonería en la Gloriosa revolución de 1868, cuyo

triunfo marca el segundo de los apogeos masónicos en España tras el de 1820. En las Constituyentes que siguieron a ese triunfo, y que trajeron al rey de la dinastía saboyana y masónica, Amadeo I, otro intruso que fue, como José I, masón, se cuentan bastantes masones: el general Juan Prim, los jóvenes Segismundo Moret y Práxedes Mateo Sagasta, Manuel Becerra, Manuel Ruiz Zorrilla, Cristino Martos..., todas las figuras políticas y militares del liberalismo radical pertenecían a la secta, que por lo demás actuaba dividida en varias obediencias. Masones eran los miembros del partido demócrata en pleno y los «demócratas de cátedra». Al amparo de la Gloriosa proliferaron las logias y la masonería se identificó todavía más ante la opinión pública con el liberalismo, la ilustración y el progresismo. Las investigaciones coordinadas por Ferrer Benimeli señalan que entre 1869 y 1876 se cuentan en las Cortes, sucesivamente, nada menos que 1 490 diputados masones cuyas listas se han publicado. En 1873, al producirse la crisis de la monarquía saboyana, el Gran Oriente español, desde una neutralidad aparente, apoyó la implantación de la primera República, que presidió el caos nacional de 1873, surcado por tres guerras civiles —la cantonal, la carlista y la cubana— desde un contexto político apenas disimuladamente masónico. Al producirse, por irresistible presión de la opinión pública, genialmente canalizada por Antonio Cánovas del Castillo, la Restauración de 1874, Práxedes Mateo Sagasta, que alternó con Cánovas en el turno de gobierno, fue designado en 1876 Gran Maestro del Gran Oriente de España, que se afianzaba como la principal de las obediencias masónicas españolas. Al año siguiente, como ya dijimos, el Gran Oriente de Francia rompía con la tolerancia religiosa, borraba a Dios de sus ritos y juramentos y se politizaba radicalmente en sentido anticlerical cada vez más hostil. La masonería española no necesitó imitarle; llevaba ya casi todo el siglo en esa actitud. Antonio Romero Ortiz fue elegido Gran Maestro en 1881, cuando era ministro liberal de Gracia y Justicia. Manuel Becerra le sucedió en 1884. La segunda obediencia importante era el Gran Oriente Nacional, que había sido dirigido por Calatrava. En 1882 tenía 14 358 miembros, de ellos 130 ministros, ex ministros y altos cargos; 1 033 magistrados, jueces y abogados; 1 094 militares.

LA MASONERÍA TRAICIONA A ESPAÑA EN 1898

Los dos Grandes Orientes trataron de fusionarse en 1888, y lo lograron bajo la inspiración y dirección del Gran Maestro Miguel Morayta, que se convierte en la principal personalidad de la masonería española en las décadas del cambio de siglo. Pero persistía la fragmentación, en la que tomaba parte la obediencia del Gran Oriente Lusitano, muy activa, amén de otras mesnadas personalistas. El gran científico Santiago Ramón y Cajal se inició en la masonería el año 1877. Predominaba el Gran Oriente de España, que renovó en 1872 sus relaciones con la Gran Logia Unida de Inglaterra. Las mujeres empezaron a incorporarse a la masonería en esta época, en la que adquiere importancia la Gran Logia Simbólica catalano-balear, que pronto asume los ideales autonomistas e incluso separatistas. Entre sus fines figuraba «conseguir que Cataluña forme un Estado soberano».

Durante la primera época de la restauración, la masonería no estaba reconocida ni legalizada en España, pero sí tolerada en virtud de la apertura asociativa que impulsaban los liberales, a fuer de miembros de la secta muchas veces. Muchas logias, disimuladas como asociaciones de diversa cobertura, se acogieron a la Ley de Asociaciones. En una encuesta organizada entre sus afiliados por el Gran Oriente de España, los masones se declaraban unánimemente anticlericales, adversarios de la vida religiosa y enemigos de la «secta jesuítica»; partidarios de suprimir la enseñanza religiosa y de cerrar a las órdenes y congregaciones la posibilidad de enseñar; partidarios del liberalismo y en alto porcentaje republicanos.

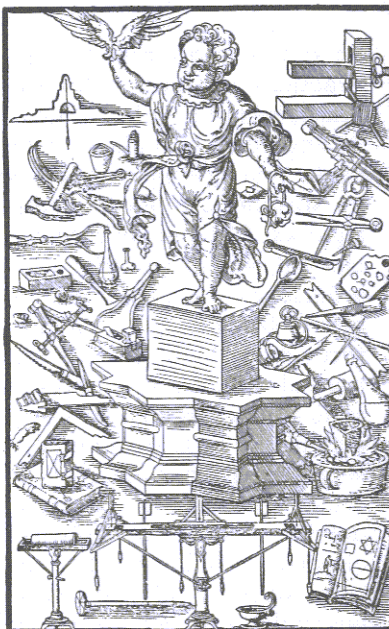
En su espléndida historia de las Internacionales, editada por el Hoover Institute de Stanford, California, Milorad Drachkovitch demuestra la intensa participación de la masonería en la gestación y expansión de la Primera Internacional, cofundada al fin y al cabo por un masón, Carlos Marx. Las Internacionales primera y segunda, la anarquista y la marxista, aparecían en su tiempo como sociedades secretas, y hoy está fuera de toda duda su vital conexión masónica, que en España afloró espectacularmente en el caso Ferrer, el pedagogo revolucionario, anarquista y masón, fusilado con motivo de la Semana Trágica de 1909

en Barcelona. Uno de los investigadores coordinados con Ferrer Benimeli demuestra las «fuertes relaciones existentes entre anarquismo y masonería en Cataluña entre 1883 y 1893» (*La masonería en España*, op. cit.) y señala la adscripción masónica del patriarca español del anarcosindicalismo, Anselmo Lorenzo. La Institución Libre de Enseñanza, esa central laica y *progresista* que condujo en España, desde la izquierda, la guerra escolar y universitaria contra la Iglesia, y que fue fundada a comienzos de la restauración como reacción contra el clericalismo docente del gobierno Cánovas, fue obra de la segunda generación krausista, y resume en su talante y andadura toda la actitud masónica de aquellos momentos (Gonzalo Fernández de la Mora, esa gran figura intelectual de la derecha española contemporánea, ha profundizado con precisión en el horizonte masónico de Krause). El jesuita Enrique M. Ureña, que es un investigador de reconocida seriedad, expone la condición masónica de ese filósofo, inspirador y maestro de este importante grupo intelectual español, en su trabajo publicado en *La masonería en la España del siglo XIX* (II, p. 589 y ss.). La masonería es una clave de toda su doctrina y de toda su influencia en España; para Krause la historia de la humanidad se identificaba con la historia de la masonería. Una importante rama de la Institución Libre de Enseñanza —cuya principal figura es el profesor Fernando de los Ríos— se incorporó al partido socialista en el siglo xx y representa al socialismo masónico español, que tanta influencia alcanzó en la política sectaria de la segunda República. Por otra parte, varios estudios coordinados por Ferrer Benimeli vienen a dar de lleno, aunque con infundadas reticencias, la razón al general Franco cuando, desde sus propios recuerdos de infancia, atribuía a actuaciones masónicas la desmoralización y la impreparación de las fuerzas armadas españolas en las guerras coloniales de 1898; el *Katipunán* filipino era una rama masónica comprobada, y las conexiones entre la masonería española y la insurrección contra España en el Caribe y las islas del Pacífico fue ya advertida con indignación por los contemporáneos. Parece como si los discípulos y colaboradores de Ferrer Benimeli trataran de encubrir a distancia esta dimensión masónica clarísima de las insurrecciones coloniales, que testigos muy próximos, como el general historiador Carlos Martínez de Campos, subrayan en sus atinados análisis de aquel episodio.

LOS PAPAS CONTRA LA MASONERÍA: DE PÍO IX A BENEDICTO XV

El enfrentamiento de la masonería y la Iglesia católica se agudiza, por tanto, durante los pontificados de Pío IX y León XIII, que cubren toda la segunda mitad del siglo XIX y penetran en los primeros años del siglo XX. Es, como dice Ferrer, «el período clave de la confrontación entre la Iglesia católica y la masonería», con más de doscientos pronunciamientos papales contra la secta. Pío IX decía en 1846 de las sociedades secretas que «nacían desde el fondo de las tinieblas», en la encíclica *Qui pluribus*. En 1869, ya en vísperas del despojo de los Estados Pontificios por el reino masónico de Italia, el mismo papa decretaba la excomunión «contra la masonería, la carbonería u otras sectas del mismo género que maquinan contra la Iglesia y los legítimos gobiernos». La repulsa papal llega a su punto más duro con la encíclica de León XIII —que, no se olvide, era ya el papa de la apertura cultural y política de la Iglesia—, en 1884, para quien la masonería pretende «destruir hasta los fundamentos de todo el orden religioso y civil establecido por el cristianismo... y levantar a su manera otro nuevo con fundamentos y leyes sacados de las entrañas del naturalismo». León XIII detecta con claridad y precisión la finalidad esencial y secularizadora de la masonería europea en aquel momento: «Mucho tiempo ha que trabaja tenazmente para anular en la sociedad toda ingenuidad del magisterio y la autoridad de la Iglesia, y a este fin pregona y defiende la necesidad de separar la Iglesia y el Estado, excluyendo así de las leyes y administración de la cosa pública el muy saludable influjo de la religión católica.» (Ferrer B., *Masonería española contemporánea*, Siglo XXI, 1980, II, p. 41.) El papa señala por tanto el objetivo secularización como capital para la masonería; así era desde los primeros tiempos de la masonería especulativa, sobre todo en Europa continental, y por ello el intento del padre Ferrer, que trata de encubrir a la masonería y desviar como infundada la acusación romana, me parece especialmente torpe e inexplicable. Ferrer se recrea en la divertida estafa del publicista antimasónico León Taxil, que engañó al propio Vaticano con sus fantasmagorías masónicas y antimasónicas; atizó la reacción contra la masonería —manifestada en multitud de libros y folletos a fines

En el gremio de constructores radica, según investigaciones relativamente recientes y fidedignas en torno a la construcción de las catedrales, el origen real de la que conocemos hoy como «masonería operativa».



La historia de la masonería empieza de verdad a ser historia en el siglo XVIII. Durante todo el Siglo de las Luces la masonería (en el grabado, Federico el Grande de Prusia presidiendo una reunión masónica) se quiso identificar con la «Ilustración».



de siglo— y propuso la tesis de que la secta incurría en prácticas satánicas y después declaró que todo había sido una falsedad absoluta. Pero episodios ridículos como éste no enturbian la realidad del enfrentamiento entre la masonería y la Iglesia europea por el control de la sociedad.

Masonería e Iglesia católica entraron enzarzadas en el siglo xx. El Gran Oriente de Francia atizaba la lucha anticlerical, y la exagerada tesis que se empeñó en identificar a masones y judíos creyó encontrar nuevos indicios en el *affaire Dreyfus*, que confirió a la extrema derecha, y a sectores de la derecha francesa (y europea, porque el asunto tuvo alcance continental) un fuerte matiz no sólo antimasónico sino también antisemita. Nuevas oleadas de libros, artículos y folletos inundaban al mundo católico con acusaciones antimasónicas de diverso calado, y buscaban el sensacionalismo atribuyendo a la masonería propósitos de dominio y gobierno universal, casi siempre en colaboración con el judaísmo. La masonería de nuestro siglo mantenía su división fundamental: la anglosajona continuaba las tradiciones deístas, patrióticas y tolerantes de antaño, aunque servía fielmente los intereses de sus hogares nacionales, Inglaterra y Estados Unidos, que durante todo el siglo xx serían convergentes; la europea continental, recientemente arrastrada por el Gran Oriente de Francia a posiciones mucho más radicales en religión y política, trataba de mantenerse también enteramente fiel a su doble legado secular, la Ilustración y el liberalismo, pero los interpretaba para el siglo xx como una exigencia todavía mayor de secularización. La Iglesia católica no bajaba la guardia, y cuando Benedicto XV promulgó en 1917, en plena guerra europea, el Código de Derecho Canónico, el pronto famoso canon 2 335 condenaba a la masonería como sociedad secreta y nido de maquinaciones contra la Iglesia católica.

En España continuaba también su marcha dominante el Gran Oriente español dirigido por Miguel Morayta, después de superar la indignada repulsa de la sociedad por las implicaciones masónicas en la pérdida de las últimas colonias ultramarinas. En 1903 el Gran Oriente conseguía su plena legalización, y se reorganizaba según un sistema federativo. Reelegido Gran Maestro en 1906, Morayta mantendría el cargo hasta 1917; sus más famosos sucesores serían, durante la época monárquica, el doctor Luis Simarro y Augusto Barcia Trelles. La otra obediencia masónica

importante, aunque de menor magnitud, era la Gran Logia Española, que provenía de la Gran Logia Catalano-Balear y que, regida por el Gran Maestro Francisco Esteva, hacía la competencia al Gran Oriente.

ALFONSO XIII SUPERA LA TENTACIÓN MASÓNICA

Recientemente la profesora Dolores Gómez Molleda ha intervenido con maestría y brillantez en la historiografía masónica española con su libro *La masonería en la crisis española del siglo XX*, editado por Taurus en 1986. El libro, que no ha alcanzado la difusión importante que sin duda merece, había sido inexplicablemente rechazado por Espasa-Calpe, y comprende la historia de la masonería española hasta la dimisión de Diego Martínez Barrio como Gran Maestro en 1934; la autora promete una continuación que será también muy importante. La ilustre historiadora ha fundado su investigación en los fondos del archivo masónico de Salamanca, reunido allí por orden del general Franco, y aunque por motivos de su profesión religiosa está, naturalmente en los antípodas del ideal masónico, trata a la orden (como ella llama constantemente a la que otros llaman secta) con guante blanco y tal vez refrena un tanto las aristas del análisis que la propia masonería ofrece objetiva y duramente. A pesar de este refrenamiento, el libro es muy importante, y parece muy alejado de las evidentes complacencias prodigadas por la escuela jesuítica de Ferrer Benimeli, bastante más próxima a la masonería a fuerza de exagerada comprensión que ahoga casi por completo a la crítica histórica.

La profesora Gómez Molleda vincula el desarrollo de la masonería en el siglo xx a la nueva orientación de las clases medias de izquierda y subraya el fenómeno clarísimo de la politización en las logias. «La sobrecarga ideológica recibida en las logias —dice— condicionará al sistema de valores de un grupo de parlamentarios que instrumentalizaron la defensa de los postulados de la orden masónica al servicio de fines partidistas» (ibíd., p. 11.) Insiste poco después: «Parecen dispuestos a llevar hasta sus últimas consecuencias la relación orden-política, desde una óptica claramente partidista.» Y confirma de lleno la tesis que acabamos de exponer con estas palabras: «La actuación de la orden se centrará prácticamente en algunos temas

políticos ideológicos: *la secularización del Estado y la sociedad.*»

Después de la crisis de 1917, con la Revolución soviética al fondo, ingresó en la masonería española una nueva generación muy tentada por la política, hombres de unos treinta años que recibieron una extraordinaria y comprensiva acogida por parte de algunos *hermanos* de la generación anterior, pero todavía en juventud madura, entre los que destacaban Melquíades Álvarez, Santiago Casares Quiroga y sobre todo Diego Martínez Barrio, figura capital de la masonería andaluza que ya descollaba por su sentido de la conciliación y de la concordia entre afines, raras virtudes en la política española de todos los tiempos. Esta generación joven llegaba a la masonería con fuertes vinculaciones de tipo socialista, como en los casos de Rodolfo Llopis, Julio Álvarez del Vayo y Lucio Martínez Gil; o de tipo radical, como Rafael Salazar Alonso y Graco Marsá. Los partidos socialista, radical y radical-socialista entrarán en la segunda República con casi todos estos jóvenes masones incorporados a ellos como dirigentes importantes. Diego Martínez Barrio era masón desde sus veinticinco años de edad, en 1908. Aquí aparece con fuerza también en España la componente masónica del socialismo que nos ha expuesto Jacques Mitterrand en su libro sobre masonería y política. En 1922, en vísperas de la dictadura, el Gran Oriente español se reorganiza federalmente según un esquema de grandes logias regionales, en número de siete, y se convierte en lo que designa con acierto Gómez Molleda como «plataforma de convergencia de las fuerzas de izquierda» (ibíd., p. 65). La conjunción, no muy ortodoxa, de liberalismo y socialismo que llevó al propio José Ortega y Gasset a las puertas del PSOE, actuaba ya con fuerza en aquel contexto y estalló como un torrente anticlerical cuando, en 1919, el rey Alfonso XIII, al frente de un gobierno Maura en pleno, consagró España al Corazón de Jesús en el Cerro de los Ángeles. Un testimonio del célebre predicador Mateo Crawley, citado detalladamente por el periodista Eulogio Ramírez en la revista *Iglesia-mundo* en 1978, revela que poco antes una comisión masónica había pedido al rey Alfonso XIII su ingreso en la orden, además de la introducción de leyes anticatólicas en la enseñanza que consagrasen la separación de la Iglesia y el Estado. El rey se negó, y, como revelan otros testimonios posteriores, debidos a sus confidentes de la Compañía de

Jesús en Roma, atribuyó su destronamiento a esta repulsa, de la que siempre se mostró orgulloso.

La masonería se opuso cerradamente a la gran campaña católica que trató de desencadenar por aquellos años el director de la Asociación de Propagandistas, Ángel Herrera Oria, bajo el signo de la doctrina social de la Iglesia, y que fue cancelada por decisión del propio Alfonso XIII ante las fuertes presiones del partido liberal, muy infiltrado desde antiguo por la secta. Pero llegó la Dictadura, proclamada el 13 de setiembre de 1923 por el capitán general de Cataluña, general Miguel Primo de Rivera, y la actitud de la masonería fue, sobre todo al principio, ambigua frente al nuevo régimen, aunque pronto se decantó en su contra, con motivo de los propósitos del Dictador de reconocer la validez académica directa de los grados conseguidos en centros superiores universitarios de la Iglesia. Con este motivo la masonería formó como un solo hombre en el frente antidictatorial y arropó a los intelectuales perseguidos por el régimen. Un joven masón llegó a decir entonces: «Hemos entrado en la masonería para infiltrarle nuestra pasión política» (Martí Jara). Masones reconocidos como José Giral y Eduardo Ortega y Gasset apoyaron a Miguel de Unamuno en sus tribulaciones dictatoriales. Durante este período, numerosos militares —sobre todo en el ejército de África— entraron en las logias, como los generales Miguel Cabanellas, Riquelme y López Ochoa y oficiales como el teniente Fermín Galán, Díaz Sandino y otros muchos. Este ingreso masivo de militares repercutió en un resquebrajamiento de la unidad y la moral militar, que agravó los recelos que otros, como el joven general Franco y muchos de sus amigos alimentaban ya hacia la acción masónica en las fuerzas armadas, fomentada por políticos gratos a ellas, como el republicano Alejandro Lerroux. La Sanjuanada, conjuración militar contra la dictadura en 1926, tuvo una trama civil masónica, que continuó en el apoyo al pronunciamiento del líder conservador José Sánchez Guerra en 1929. Toda esta actividad se tradujo en un auge de logias y afiliaciones; al término de la Dictadura el Gran Oriente contaba con 62 logias y 21 triángulos o agrupaciones menores; la Gran Logia, con 52 talleres. Desde todos ellos se trabajó ardientemente en favor de la caída de la monarquía y el advenimiento de la segunda República.

LA SEGUNDA REPÚBLICA, NUEVO APOGEO MASÓNICO EN ESPAÑA

Los masones saludaron con alegría la caída de la Dictadura, concedieron un crédito de confianza inicial, pronto agotado, al régimen transitorio del general Dámaso Berenguer y se identificaron muy pronto con la República. El Gran Oriente de Francia apoyaba por entonces la coalición de republicanos y socialistas, que desembocaría en el Frente Popular de 1936 (cfr. Gómez Molleda, op. cit., p. 401), y los *hermanos* españoles siguieron, desde 1930, un camino paralelo. Ferrer Benimeli acumula las proclamaciones masónicas de entusiasmo hacia la República española, que experimentó un inmediato incremento de logias y afiliaciones con la República, entre otras cosas porque ser masón era etiqueta importante para hacer carrera política y administrativa en el nuevo régimen. Fue designado Gran Maestro del Gran Oriente de España el ministro de Comunicaciones Diego Martínez Barrio y de los 11 ministros que formaban el Gobierno provisional 6 eran masones; luego sería designado José Giral, otro masón reconocido. Pertenecían también a la secta 5 subsecretarios, 5 embajadores, 15 directores generales, 12 altos cargos diversos y 21 generales del ejército. Como ha determinado definitivamente Dolores Gómez Molleda, en las Cortes Constituyentes de 1931-1933 figuraban nada menos que 151 diputados masones, de los que 135 correspondían a la obediencia del Gran Oriente. De ellos 35 pertenecían al PSOE, que contaba con 114 diputados; 43 al partido radical, de 90 diputados; 30 al radical-socialista, de 52; 16 al partido de Azaña, Acción Republicana, de 30; 11 a la Esquerra Republicana de Cataluña, de 30, y 7 de 12 al partido republicano federal. No era solamente por tanto el partido radical un nidal masónico, sino todo el conjunto de la izquierda. La declaración de principios comunicada por el Gran Oriente de España el 25 de mayo de 1931 equivalía a una consigna secularizadora —sobre todo en el ámbito de la enseñanza y la lucha contra la Iglesia—, que los masones de todas las obediencias se dispusieron a cumplimentar.

Al constituirse el Congreso, los diputados masones, por sugerencia del Gran Oriente, montaron una serie de reuniones para coordinar su política. Alguno de ellos, después converso, pudo así hablar con toda razón de una «logia

Parlamento», en cuyas deliberaciones la dirección favorecía abiertamente a los extremistas. Dolores Gómez Molleda asume la distinción de Azaña, quien ante el debate constitucional sobre la Iglesia, la Compañía de Jesús, las órdenes religiosas y la enseñanza, divide a los diputados de izquierda en dos sectores: los extremistas, que aspiraban a la supresión total de toda influencia eclesiástica en la sociedad, con disolución de todas las órdenes y relegación de la Iglesia a la pura esfera privada de las conciencias; y los que Azaña llama *moderados*, que, inspirados por él mismo, se contentaban con eliminar a la Iglesia de la enseñanza, cortarle los medios de subsistencia y acabar con la Compañía de Jesús. ¡Vaya moderación! Pero las dos ramas coincidían, como se ve, en el objetivo secularizador que dividió a los españoles y precipitó en último término la guerra civil primero como persecución y después como cruzada. Para Azaña, la secularización de la enseñanza es la *clave del problema*; y constituía, como sabemos, un objetivo masónico primordial. 87 masones creyeron demasiado blando el artículo 26 de la Constitución, al que la Iglesia estimó persecutorio y muestra de *laicismo agresivo*; por eso no le votaron. Entre los diputados más extremistas de la Cámara figuraron en estos debates de 1931 los socialistas masones y los radical-socialistas o *jabalíes*. La masonería española, identificada con el liberalismo radical —o mejor, jacobino—, arremetía por tanto contradictoriamente contra la libertad religiosa, la libertad de asociación y la libertad de enseñanza. A esto vinieron a parar la libertad y la tolerancia de la tradición masónica.

Votada la Constitución de 1931, todos los masones se sintieron decepcionados por su blandura; la persecución suicida que en ella se encerraba les sabía aún a poco. En vista de ello, como ha demostrado Gómez Molleda de forma sobrecogedora, los masones más radicales exigen controlar la actividad parlamentaria y política de los *hermanos*, y en la asamblea masónica de 1932 se establecen las normas para ese control, que incluían una seria renovación del juramento personal masónico en ese sentido. Precisamente en este contexto se produce, el 5 de marzo de 1932, la iniciación masónica de Azaña, presidente del Gobierno en su momento de máximo poder. Parece que Azaña tomó esta decisión, pese a que los rituales le parecían ridículos, para contrarrestar políticamente la preponderancia de Lerroux, masón reconocido, en la vida política re-

publicana, para asegurarse la cooperación de todos los masones, y porque estimaba que la masonería vivía entonces uno de sus apogeos históricos, en el que participaban muchos de sus amigos. De hecho, a lo largo de ese año los diputados masones fueron ratificando su juramento de fidelidad y quedó firmemente establecido el control masónico sobre su actividad política y parlamentaria. La verdad es que si el general Franco y el almirante Carrero se hubieran atrevido a defender esta tesis —que hoy la Historia considera como plenamente probada— alguien los habría tachado de exagerados y de sectarios.

Confirmado el control masónico de los diputados, se celebraron diversas reuniones paralelas al Parlamento para ejercerlo con vistas a la vital Ley de Confesiones y Congregaciones religiosas, que establecía definitivamente los objetivos secularizadores de la masonería y de la República, y que fue sostenida durante los debates y votada al término de las sesiones con unanimidad por los masones de la Cámara, sin distinción de partidos. Esta vez el control masónico funcionó plenamente.

LA MASONERÍA EN LA AGONÍA REPUBLICANA Y LA GUERRA CIVIL

Con la abrumadora victoria del centro-derecha en las Cortes ordinarias de 1933-1936, dominadas por la mayoría absoluta que formaban el partido republicano radical y la derecha católica, a través de la CEDA —en virtud del pacto Lerroux-Gil Robles—, el número de masones presentes en el Parlamento se redujo a menos de la mitad, y además la mayoría de ellos pertenecían al partido radical, pese a cuyo nombre estaban cada vez menos radicalizados y más próximos a posiciones de centro-derecha, que incluían una gran tolerancia en materia de relaciones con la Iglesia. Aun así, la extrema derecha tronó contra lo que consideraba un pacto monstruoso entre la masonería y el partido católico, que jamás funcionó como tal; los masones de Lerroux consintieron en la contrarreforma política que de hecho congeló casi todas las pretensiones del bienio anterior, mantuvo a las órdenes religiosas en la enseñanza, aunque de forma discreta, si bien no dio marcha atrás en la expulsión de los jesuitas, que sin embargo ejercieron bastante actividad disimulada en España. En una memorable sesión del Congreso, celebrada el 5 de febrero de 1935, el diputa-

do Cano López leyó una lista de militares masones, que causó gran sensación; y de hecho fundamentó que los masones militares fueran apartados de los puestos de mando, lo que al año siguiente les arrojaría a casi todos al servicio del Frente Popular. En 1936 la masonería española favoreció abiertamente la victoria del Frente Popular, que retornó al poder bajo la dirección de Manuel Azaña. Por entonces una estadística aceptada por Ferrer habla de cinco mil masones agrupados en 41 logias del Gran Oriente, frente a 33 de la Gran Logia. Gil Robles, que disponía de información directa, eleva la cifra de masones españoles a once mil en vísperas de la guerra civil. En todo caso, la masonería había experimentado un claro retroceso después de los entusiasmos del primer bienio republicano. El apogeo podía darse por terminado. Corrían por Europa vientos totalitarios, de signo fascista y comunista, unos y otros contrarios al ideal masónico. La masonería se opuso firmemente al auge de los fascismos, aunque no expresó con la misma fuerza su repudio al comunismo, y de hecho favoreció la implantación de los Frentes Populares —que incluían al comunismo— en Francia y en España durante ese mismo año 1936. Los socialistas ortodoxos, en plena veta antiburguesa de 1934, el año en que organizarían su revolución antidemocrática de octubre, se declararon incompatibles con la masonería, pero los socialistas masones no hicieron el menor caso de tal declaración, como revela en sus memorias Juan-Simeón Vidarte, un masón conspicuo que llegó a ser vicesecretario general del PSOE. Durante la República se registró un notable incremento de afiliaciones entre los militares. En una carta dirigida al diario *El País*, el 26 de setiembre de 1978, el militar masón Urbano Orad de la Torre, que contribuiría a la rendición del cuartel de la Montaña al estallar la guerra civil en Madrid, atribuye a un proyecto masónico el asesinato de José Calvo Sotelo. Él confiesa que conoció el proyecto y estuvo dentro de él.

Los once mil masones españoles entraron divididos, geográfica y políticamente, en la guerra civil de 1936, que terminó por aniquilarlos en España. La gran mayoría permanecieron fieles a la República y sufrieron durísima persecución en la zona nacional, donde varios centenares de ellos fueron ejecutados solamente por ser masones. El general Franco inspiró y alentó la persecución contra la masonería, y depuró sin contemplaciones cualquier presencia masónica en el ejército y la administración de su

zona. Disolvió las logias y ordenó que todo su material incautado se reuniera en Salamanca, donde un equipo formado por guardias civiles seguros redujo a fichas toda la información sobre personas y entidades relacionadas con la masonería. Incluyó a la masonería entre las actividades condenables que figuran en la Ley de Responsabilidades Políticas, de 9 de febrero de 1939, y promulgó al comenzar el mes de marzo de 1940 una Ley de Represión de la Masonería y el Comunismo —que identificaba indebidamente las dos asociaciones—, a la que se había opuesto, hasta su cese, el ministro católico y monárquico de Educación Pedro Sainz Rodríguez, a quien Franco se obstinó siempre en identificar como el misterioso *hermano Tertuliano*, que aparece en varios documentos masónicos de Salamanca. En zona republicana, los masones tomaron posición pública a favor del Frente Popular el 6 de julio de 1938, pero contribuyeron de forma importante al final de las hostilidades en la zona centro-sur tras el golpe del coronel Segismundo Casado —un masón reconocido—, al comenzar el mes de marzo de 1939. Casado atendió los buenos oficios de la embajada británica —muy dentro de la tradición masónica española— y quiso negociar en el bando nacional con uno de los mejores jefes de división de Franco, el general Barrón, que según Casado pertenecía también a la masonería. Con tan humanitario proceder terminaba la actuación de la masonería en la guerra civil española, que se había iniciado con la sorprendente adscripción del general Miguel Cabanellas, jefe de la Quinta División Orgánica en Zaragoza y masón conocidísimo, al bando rebelde. Cabanellas, guiado por su oficialidad joven, ordenó la captura de otro general masón reconocido, Núñez de Prado, que había llegado a Zaragoza para negociar con él en nombre del Gobierno de Madrid. No mucho después sería fusilado.

LA VENGANZA DE FRANCO: JAKIM BOOR

La masonería, pese a que apoyó al Frente Popular durante la guerra civil, tampoco llevó una vida cómoda en la zona republicana. La figura de Alejandro Lerroux, tomado materialmente entre dos fuegos el 18 de julio de 1936 mientras veraneaba en la sierra madrileña, y obligado a escapar a uña de caballo para no ser fusilado en una o en otra

zona, es todo un símbolo. Antes que se consumase la agonia de la zona republicana y se produjese la victoria del general Franco, las obediencias masónicas españolas decidieron prudentemente *abatir columnas*; es decir, clausurar las logias y cesar en toda actividad ritual, en espera de tiempos mejores. La vida masónica española se trasladó, cuando pudo, al exilio, mientras en la España unificada por la victoria de Franco las autoridades y luego el Tribunal de Represión de la Masonería y el Comunismo mantenían viva la hostilidad y la persecución contra quienes habían sido miembros de la secta. El general Franco pudo afirmar al final de su mandato vitalicio que la masonería ya no era un problema para España: había dejado de existir. Lo dijo en las conversaciones reservadas con su primo, ayudante y confidente Franco Salgado; pero, sin embargo, dejaba también traslucir en ellas su permanente obsesión masónica.

De la que ofreció pruebas abundantes durante sus décadas de Gobierno, sobre todo en la serie de artículos en el diario oficioso *Arriba*, que después, a su término, publicó juntos en forma de libro, con este título, *Masonería* y el seudónimo de Jakim Boor; los artículos llevan la fecha de 1946 a 1952 y la colección se publicó por una imprenta, sin pie editorial. Su contenido no merece despacharse con un gesto despectivo y alguna vez habrá que emprender la tarea de analizarlo para comprender en profundidad un aspecto de la mentalidad de Franco, a quien en esta materia seguía fielmente como discípulo, y con aportación de observaciones e investigaciones propias, el almirante Luis Carrero Blanco. El libro de Franco-Boor puede considerarse como el resumen de la leyenda negra antimasonica, y en su página 10 expone la tesis de la obra: «Desde que Felipe Wharton, uno de los hombres más perversos de su siglo, fundó la primera logia de España hasta nuestros días, la masonería puso su mano en todas las desgracias patrias. Ella fue quien provocó la caída de Ensenada. Ella quien eliminó a los jesuitas, quien forjó a los afrancesados, quien minó nuestro Imperio, quien atizó nuestras guerras civiles y quien procuró que la impiedad se extendiera. Y en nuestro siglo la masonería fue quien derribó a Maura y quien se afanó siempre por atarnos de pies y manos ante el enemigo, la que apuñaló a la monarquía y finalmente quien se debate rabiosa ante nuestro gesto actual de viril independencia. ¿Cómo se nos puede negar el

derecho a defendernos de ella? ¿Es que puede alguien escandalizarse porque España la haya puesto fuera de la ley? Los masones en España significan esto: la traición a la patria y la amenaza de la religión; abyectas figuras que, por medrar, son capaces de vender sus hermanos al enemigo.» Un solo comentario antes de ese análisis que alguna vez hemos de emprender: podrían fácilmente aducirse testimonios de historiadores y testigos importantes que corroborasen todas y cada una de estas tesis yuxtapuestas de Franco-Boor. A las que sólo me interesa ahora ofrecer una crítica general; demasiado exclusivistas. En alguno de esos casos la masonería seguramente no intervino; y en otros no lo hizo ella sola. Franco rubricó el libro de Boor con un curioso rasgo de humor negro. Una vez la Casa Civil anunció que, al final de una jornada de audiencias, tan apretada como todas, el Caudillo había recibido «al señor Hakim Boor». Y se quedó tranquilo y regocijado tras el anuncio.

LA MASONERÍA EN EL CONCILIO VATICANO II

Durante toda la posguerra, iniciada en 1945, la Iglesia católica mantuvo su tradicional prohibición contra la masonería. Escritores pro masónicos y encubridores, como Albert y Ferrer Benimeli, conceden desmesurada importancia a unas intervenciones del original obispo de Cuernavaca, en México, don Sergio Méndez Arceo, gran patrocinador después de esa nueva herejía contemporánea que se llama teología de la liberación, y uno de los pocos obispos del mundo que se ha declarado espectacularmente marxista, en las que pidió al concilio tolerancia de la Iglesia para la masonería. La verdad es que don Sergio estaba ya tan desprestigiado que nadie le hizo el menor caso en el concilio, pese a lo cual algunos comentaristas pro masónicos consideran su aislada intervención poco menos que como una retractación de la Iglesia respecto a la masonería. Monseñor Jesús Iribarren, profundo conocedor de las relaciones entre la masonería y la Iglesia, dejó las cosas bien claras en el artículo que sobre este problema publicó en *YA* —el *YA* serio, informado y orientado de entonces, no el periódico desorientado y degradado que le siguió, que fue una verdadera vergüenza para el catolicismo y hasta para el periodismo español—, el artículo «Concilio y masone-

ría», en el que todo es claridad, excepto el prestigio que atribuye al detonante monseñor mexicano.

El trabajo es tan importante que me permito reproducirlo:

«Amigo de los periodistas —y “cultivado” por algunos de ellos—, el obispo era especialmente sensible en el tema de la libertad religiosa y del ecumenismo, precisamente dos puntos negros para un relativamente importante sector del Episcopado y, por qué no decirlo, del Episcopado español. Cuando en la sesión del 28 de setiembre de 1964 el cardenal Ruffini acusó genéricamente a los judíos de sostener por todo el mundo la actividad masónica, cediendo a un tópico que requeriría infinitas matizaciones, hubo un monseñor norteamericano que replicó desde Stockton que había masonerías que prohíben la afiliación de judíos y que las masonerías eran entre sí tan diversas como para no permitir generalizaciones ni ligerezas.

»Es en ese clima donde se desenvuelven tres intervenciones entre las trece de Méndez Arceo. La primera vez que habla sobre la masonería es en la sesión del 6 de diciembre de 1962, tratando de extender el concepto de ecumenismo no sólo a los ortodoxos, protestantes, musulmanes y judíos, sino a cuantos tienen una concepción religiosa aunque sea informal: los masones.

»Pero Méndez Arceo sugiere y el concilio no hace el menor caso. La verdad es que el obispo argumenta débilmente: la presencia de católicos en la masonería podría contribuir a hacer desaparecer de ésta los elementos anticristianos y anticatólicos. No faltan algunos indicios “aunque mínimos” de una posible reconciliación.

»El 20 de noviembre de 1963 (segunda etapa conciliar) Méndez Arceo insiste: Cristo mandó respetar la cizaña para no dañar el trigo. “Me refiero a la masonería, en la cual se encuentran no pocos anticristianos, pero en la cual hay también muchos que creen en Dios revelado y que se llaman cristianos, o al menos no conspiran ni contra la Iglesia ni contra la sociedad civil.”

»Será vano intentar encontrar en el aula del concilio un solo padre que haga cualquier manifestación de apoyo a la petición del obispo mexicano. Fuera sí hay reacciones en la prensa, porque el tema tiene mordiente periodístico. Frente a ciertos entusiasmos de los corresponsales, *La Civiltà* hizo notar que a los ingenuos intentos irenistas, salvo alguna excepción muy aislada, los masones respondieron

con una actitud muy distante. Lo que interesaba al obispo no parecía interesarles a los masones. La revista jesuítica hacía notar que de la apertura de Juan XXIII podía esperarse poco: acababa de aprobar el Sínodo romano, cuyo artículo 247 remachaba la condenación del canon 2 335. El artículo 156 del Sínodo de Asti en 1962 marcaba la misma postura.

»Inasequible al desaliento, Méndez Arceo volvió sobre el tema, con una frase de pasada, el 29 de setiembre de 1964. A propósito de la reconciliación con los judíos, a quienes se atribuye influencia en el origen o actividades de todo movimiento contra la Iglesia, aludió a "otros": "La masonería, por ejemplo, con la que no dudo que inmediatamente podríamos firmar la paz." De nuevo, por parte de los padres conciliares, ningún eco.

»Tres breves intervenciones de un solo obispo entre los dos mil quinientos que participaron en el concilio, y ellas recogidas en las crónicas, sin respuesta ni resonancia alguna por parte de nadie, son todo lo que el Vaticano II aporta. Nadie podrá seriamente afirmar que el Concilio marca un cambio de actitud. Nos hemos limitado a estudiar ese solo punto: un obispo vapuleado, un obispo insistente, un concilio impávido; así es la historia. JESÚS IRIBARREN.»

ENTRE LICIO GELLI Y JACQUES MITTERRAND

Por entonces se había vinculado ya a la masonería uno de los grandes farsantes masónicos de nuestro tiempo, comparable al famoso Cagliostro de la época ilustrada, y que como él intentaba instrumentar a la masonería para su servicio y provecho. Y lo mismo que Cagliostro fundó una masonería personal para su medro, la masonería egipcia, en la que muchos picaron, Licio Gelli, que es el nombre de nuestro personaje, ingresó en la masonería italiana en 1960 con la finalidad de aprovecharse de ella. Y a fe que lo consiguió.

Hombre polifacético, de procedencia fascista (había participado como voluntario en las divisiones italianas que ayudaron a Franco durante la guerra civil), poseedor de una extensa red de relaciones personales y comerciales en todo el mundo atlántico, Licio Gelli, que había pertenecido a varios partidos políticos, fundó —de acuerdo con la

masonería italiana oficial, cosa que suele negarse— la famosísima Logia Propaganda-2 o P-2 en 1971, a la que convirtió en un formidable nudo de negocios, influencias y socorros mutuos entre los socios, que comprendían figuras importantes de las finanzas, la política, la cultura y las fuerzas armadas de Italia. La masonería oficial sintió por fin el olor a chamusquina y apartó a Gelli de la obediencia del Gran Oriente de Italia en 1976. No se arredró el aventurero, quien implicó a otros financieros sospechosos —Michele Sindona, Roberto Calvi—, involucrados en operaciones de altos vuelos que acabaron por salpicar, y algo más, al prestigioso Banco Ambrosiano y, a través de él, al Instituto para las Obras de Religión o Banco del Vaticano, dirigido por el arzobispo Paul Marcinkus, un guardaespaldas papal convertido en banquero del papa. La historia es conocida, aunque se ha exagerado muchísimo y se ha tergiversado de todas las maneras posibles. La administración italiana conoció una tremenda lista con 953 nombres afiliados a la logia de Gelli P-2 y el escándalo resultó descomunal; hasta el punto que provocó una crisis de gobierno y afectó a varios partidos, entre ellos a la Democracia Cristiana, prendida en las redes de Gelli. Sus colaboradores Calvi y Sindona *fueron* suicidados en extrañas circunstancias, tras habérselas con la justicia. Gelli, detenido en 1982, huyó de una prisión suiza al año siguiente y se entregó en 1987 a la justicia suiza, pero nadie imagina que su carrera equívoca haya terminado aún, ni siquiera después de su extradición a Italia, donde pronto fue dejado en libertad.

El caso Gelli resulta muy divertido, pero para nosotros tiene mucha mayor importancia la reorientación de la masonería continental europea hacia el socialismo, sin abandonar sus antiguas vinculaciones radicales, en la época que sigue a la segunda guerra mundial. Causó sensación en este sentido el reportaje publicado por la revista *Le Point* —de centro-derecha— el 9 de diciembre de 1985, pero la revelación ya había sido hecha desde el corazón de la propia masonería francesa en el libro de Jacques Mitterrand *La politique des Francmaçons*, publicado en París por Roblot en 1973. Jacques Mitterrand había recorrido él mismo, como un símbolo, la trayectoria que lleva desde el partido radical al partido socialista de Francia. Masón desde 1933, participó en la resistencia y fue Gran Maestre del Gran Oriente de Francia en 1962 y en 1969. Ahora es militante

socialista y se declaró siempre ardoroso partidario de la masonería politizada frente al apoliticismo aséptico de la masonería anglosajona. En el prólogo de su importante libro podemos leer esta tesis que ya recordábamos al principio: «La francmasonería se despega a la vez del cristianismo, del que se quiere alejar, y del marxismo, al que sin embargo se acerca» (p. 24). Mitterrand ataca brutalmente al Concilio Vaticano II, pero no nos confiesa una gran realidad: que la masonería no ha tenido su concilio equivalente. Expone la tesis sobre la existencia de dos masonerías: una, teórica, lejana, deísta; otra, política —la suya—, socialista y anticlerical. Consecuentemente toma partido a favor de Salvador Allende, socialista, anticlerical y masón; y marca claramente un camino que cabría preguntar si siguen los masones españoles de hoy. Sospechamos, por indicios más que provisionales, que al menos una parte de ellos sí que lo siguen. Insisto: la masonería, y menos la española, no ha experimentado su concilio de reforma y refundación interior.

LA POLICÍA DE FRANCO ESPÍA AL PADRE FERRER

Y con esto llegamos, en esta síntesis histórica sobre la realidad de la masonería entre sus diversas leyendas, la negra, la rosa y la gris, a la transición española después de la muerte de Franco y a la situación actual. También en este capítulo final, aunque sea tan próximo, algunos lectores van a encontrarse con algunas sorpresas, estoy seguro.

La verdad es que durante los últimos años del régimen de Franco no se registró actividad masónica importante, quizá porque, como había dicho el propio Franco en la intimidad, su régimen había terminado con esa actividad, de la que no se notaban señales de rebrote. Por su parte, el almirante Carrero sí que seguía preocupado por la reaparición de la masonería ante una transición democrática que todo el mundo —incluso él mismo— consideraba inevitable y próxima. En febrero de 1973, como le constaba mi interés por la historia y la realidad de la masonería en España, me envió un curioso informe de la jefatura superior de policía de Zaragoza, fechado el 23 de enero anterior, que se refería detalladamente al padre Ferrer Benimeli, de quien Carrero sospechaba, según me comunicó personalmente, que era masón. En el informe, tras relatar

la tesis del profesor de Zaragoza sobre la masonería en el siglo XVIII, se añadía: «Se le podría calificar de librepensador y capaz de alguna colaboración aislada o circunstancial de encubridor de actividades políticas desafectas al régimen, pero no de una actuación sistemática activa.» El informe resume con detalle la conferencia dada por el profesor Ferrer en el Centro Mercantil Industrial y Agrícola de Zaragoza con el título: *¿Puede un católico ser mason?* Asistieron unas doscientas cincuenta personas, en su mayoría universitarios, además de varios sacerdotes y religiosas. Era el 22 de enero de 1973.

El conferenciante —sigue el informe de la policía— agradece a los masones la colaboración que le han prestado en su investigación histórica. Reconoce las condenas de la Iglesia contra la orden, pero les quita hierro. «No olvidemos tampoco —dijo— que en esta línea la masonería, a lo largo del siglo XVIII, a pesar de las prohibiciones pontificias, lo cual demuestra el desconocimiento que se tenía de esta organización, la masonería estaba llena de sacerdotes, de religiosos y de obispos masones.» No cabe una posición más anacrónica que la de Ferrer sobre la masonería del XVIII en relación con la Iglesia; y ésta es observación mía, no del informe policial que comento. Adujo Ferrer los casos de más de dos mil clérigos masones en el siglo XVIII; y la fundación de logias en el interior de los conventos, lo que por supuesto expone sin la menor crítica, como una prueba de la bondad masónica. Y sin la menor referencia al rampante anticlericalismo de la masonería continental se atreve a decir que «la primera condición para ser masón es la creencia en Dios; esto incluso en nuestros días», lo que es simplemente falso e ignora el viraje del Gran Oriente de Francia —seguido por el de España— en 1877. Como estoy seguro de que Ferrer conocía ya entonces ese viraje, debo concluir que está engañando a su auditorio deliberadamente. Tal vez sea más que un compañero de viaje.

Expone luego sin crítica alguna que «la segunda condición es no hablar ni meterse en política», tesis desmentida por la historia contemporánea de la masonería continental, en concreto la española, que no ha hecho otra cosa en los siglos XIX y XX. Luego rectifica y, tras negar dogmáticamente la existencia de toda masonería en la España del siglo XVIII, lo cual también es falso, reconoce la politización de la masonería liberal española en el XIX; reconoce

«que se hizo atea y [...] se dedicó a la política». Menos mal. Parece salir de la confusión al distinguir —atinadamente— las dos masonerías, la deísta y la persecutoria, a lo que ya nos hemos referido antes.

Después aborda el problema de la Iglesia en relación con la masonería. Habla del contacto de Pablo VI con el Rotary Club el 20 de marzo de 1965, donde el papa, según Ferrer, pidió excusas a los rotarios por la incomprensión que habían encontrado en la Iglesia. Cita como sobre asuntos la discusión sobre la masonería en el Concilio Vaticano II, de lo que ya hemos hablado desde fuentes más seguras. Afirma que la Conferencia Episcopal escandinava decidió permitir en 1968-1969 «que los católicos se hicieran masones, puesto que en ese país (*sic*) la masonería no era anticlerical». Se refiere a una mesa redonda para el diálogo cristiano-masónico mantenida en Italia en 1971. Enumera luego el profesor Ferrer varios contactos pacificadores entre Iglesia y masonería, como el Gran Maestro del Perú en su visita al papa: «pasos dados en París, donde recientemente algunos católicos se han hecho masones con autorización del cardenal». En la revista romana de los jesuitas se han introducido algunos artículos abogando por el acercamiento. Y el conferenciante resume su posición: «Aun sin reformar el derecho canónico, no hay problema de conciencia en pertenecer a la masonería en aquellos países donde la misma no coincida con la definición del derecho canónico.» Y acaba «con un deseo de diálogo y fraternización».

El fallo principal que encuentro en esta tesis de Ferrer Benimeli es doble: primero no analiza si la masonería en España —ya en trance de resurrección— ofrecía garantías serias de abandonar sus antiguas posiciones ateas y persecutorias; y en segundo lugar, expone con suma confusión la doctrina actual de la Iglesia sobre la masonería. En los párrafos que siguen vamos a intentar esa clarificación desde fuentes más seguras que las de Ferrer, a las que por cierto no cita, al menos según el resumen policial de la conferencia.

EL DOCUMENTO DE LA AUDIENCIA NACIONAL EN 1979: DOS FIRMAS

Murió el general Franco y los masones españoles se dispusieron al retorno. Siendo Fraga ministro de la Gobernación en la primavera de 1976, recibió a una comisión ma-

sónica que le pidió la autorización para reiniciar las actividades de la masonería en España, como ha revelado Ángel María de Lera en su libro que pronto citaremos. A mí me reveló algo más: que los masones le pidieron que ingresara él mismo en la institución, sin éxito. No me detalló el origen de la embajada masónica; sospecho que bien pudo ser alguien de la logia P-2, que por entonces se encontraba en apogeo. El 29 de noviembre de 1977 el diario *El País*, que desde entonces se ha mostrado excepcionalmente receptivo y benévolo con la restauración masónica en España, sorprendía a los lectores españoles con un artículo ilustrado en que informaba que el día anterior la masonería había reaparecido públicamente en España y que los masones «apoyan al Estado monárquico», ya asentado democráticamente después de las primeras elecciones generales celebradas en junio de ese mismo año. La presentación fue presidida por las tres «cabezas visibles del Gran Oriente», como llamaba *El País* al Gran Maestro de la masonería renovada, Jaime Fernández Gil de Terradillos, y sus colaboradores Antonio de Villar Massó (que pronto le iba a suceder) y Antonio García Horcajo. Jaime Fernández había sido delegado gubernativo en Melilla al estallar allí la guerra civil española el 17 de julio de 1936; fue encarcelado, pero logró huir con segura colaboración masónica. Villar Massó se declaró católico practicante en la emisión *Frontera* de Radio Nacional de España dirigida por Abel Hernández, y en mi presencia, dentro de un interesante diálogo radiofónico en que no quiso explicar la participación de la masonería en episodios turbios de la historia de España que yo le aduje. El Gran Oriente venía a España, desde México, «reconocido como legal y legítimo por los Grandes Comendadores del Grado 33», según el diario. Fernández Gil volvía al concepto tradicional de la masonería, y parecía adscribirse a la orientación anglosajona cuando reafirmaba su deísmo —la creencia en el Gran Arquitecto del Universo— y su ausencia total de anticlericalismo. «Nosotros —añadía— apoyamos al Estado monárquico como Estado de derecho; si éste no existiera, la masonería no podría funcionar como tal.» No quiso pronunciarse sobre la posible adscripción masónica de Franco en África (que por cierto es una patraña) y reconoció que la Institución Libre de Enseñanza «nació como una idea masónica», lo cual es muy importante como confirmación histórica. También es muy significativo que el se-

ñor Villar Massó, grado 33 de la masonería, participara activamente en los movimientos para la refundación del partido socialista en la España de la transición. En mi libro *Historia del socialismo en España* (Barcelona, Planeta, 1983) he demostrado la conexión entre la masonería europea, la Internacional Socialista y esa refundación del PSOE sobre la base del clan sevillano de Felipe González y Alfonso Guerra, que no se hizo con el nuevo poder socialista en la transición hasta que los grandes masones de la Internacional Socialista se decidieron por ellos frente al grupo dirigido por Enrique Tierno Galván. Véase el capítulo que dedico en mi libro *España, la sociedad violada* a la conexión masonería-Internacional Socialista.

En 1979 se produjo un hecho jurídico de suma importancia. La Dirección General de Política Interior había denegado la inscripción legal del Gran Oriente español al amparo de la Ley de Asociaciones por la calificación de secreta —y por tanto anticonstitucional— atribuida por el Gobierno a la masonería. Recurrió entonces el Gran Oriente ante la Audiencia Nacional, quien revocó la prohibición, y por tanto dio vía libre a la legalización de la masonería, en un fallo del que fue ponente el magistrado don Fernando Ledesma (luego ministro socialista de Justicia) y participó también el magistrado Jerónimo Arozamena, luego miembro del Tribunal Constitucional. Creo que la firma de estos dos nombres en el fallo de la Audiencia resulta especialmente significativa. Conviene reproducir el documento:

«Considerando que el director general de Política Interior denegó la inscripción solicitada por los promotores de la Asociación Grande Oriente Español (Masonería Española Simbólica Regular) por estimar que se trata de una asociación cuyos estatutos mantienen ocultas determinadas cláusulas, incurriendo así en la prohibición del artículo 22.5 de la Constitución (referente a las secretas), calificación y pronunciamiento denegatorio que se basan única y exclusivamente en los siguientes presupuestos de hecho: 1) uno de los promotores apareció en el *Boletín Oficial del Estado* de 3 de febrero de 1979 como candidato por el partido de Izquierda Republicana para las elecciones al Senado; 2) los estatutos determinan con ambigüedad e imprecisión las actividades por medio de las cuales la asociación va a realizar las finalidades que persigue; 3) en los estatutos se hace referencia a actividades rituales internas desconocidas por los socios en el momento de su afiliación,

lo que, según la Administración, demuestra que hay una actividad interna y oculta distinta de la externa y pública, y 4) se ocultan también las distintas categorías de los socios, a las que, sin embargo, se hace referencia en los estatutos de otra asociación en constitución, escindida de la que es objeto este proceso;

»Considerando que el acto recurrido es contrario a derecho porque, excediéndose de la restringida habilitación legal que la Constitución confiere a la autoridad gubernativa en cuanto al ejercicio del derecho de asociación, el director general de Política Interior ha efectuado a priori una valoración de la legalidad de los fines y actividades de la asociación que no puede llevar a cabo, pues, como ya hemos dicho, las asociaciones se constituyen libremente en la actualidad, y tan sólo deben sus promotores facilitar a la Administración los datos exigidos por la ley a los efectos de su inscripción, requisito cumplido en nuestro caso, ya que el acta de constitución identifica plenamente a las personas naturales que, con capacidad de obrar, la promueven, y en los cinco títulos y veintitrés artículos de los estatutos se regulan todos los extremos a que se refiere el artículo 3 de la Ley 191/1964, y muy especialmente sus fines que, por otra parte, reputa formalmente correctos el considerando tercero de la resolución impugnada;

»Considerando que el acto combatido es también contrario a derecho porque deduce el carácter “secreto” de la asociación de presupuestos que —juzgando a partir de la documentación aportada, como así debe ser en el momento en que nos encontramos— no permiten llegar a tal conclusión porque la publicidad exigida por la Constitución (y por tanto excluyente del carácter secreto) se extiende a los datos del acta de constitución y de los estatutos determinados en el artículo 3 de la Ley 191/1964, sin que ninguna norma exija precisar con todo detalle la naturaleza y alcance de las actividades programadas para el cumplimiento de sus fines, dependientes de la voluntad mayoritaria de los asociados y de las coyunturales circunstancias de cada momento, ni tampoco determinar con igual precisión los aspectos rituales de su funcionamiento interno; finalmente no cabe justificar la denegación de la inscripción invocando la actividad política de uno de los promotores, o basándose en las diferencias advertidas entre los estatutos de esta asociación y los de otra escindida de la misma, pues, en cuanto a lo primero, ningún precepto

prohíbe a los promotores de asociaciones ejercitar sus derechos políticos, produciendo efectos meramente internos a la incompatibilidad establecida en el artículo 11 de los estatutos, y en cuanto a lo segundo, basta resaltar que unos y otros estatutos son independientes entre sí, y que cada uno de ellos refleja la diferente organización que las respectivas asociaciones han acordado darse a sí mismas;

»Considerando que, coincidiendo con las alegaciones evacuadas por el Ministerio Fiscal, procede la estimación de este recurso por los motivos expuestos, sin que sea preciso examinar el fundamento de derecho contenido en la demanda sobre la “desviación de poder”, debiendo declararse la anulación del acto administrativo recurrido, reconociéndose el derecho de los actores a la inscripción en el Registro Nacional de Asociaciones de la Asociación Grande Oriente Español (Masonería Española Simbólica Regular), todo ello sin expresa condena en costas.

»Fallamos: Anulamos por no estar ajustada a derecho la resolución del director general de Política Interior de 7 de febrero de 1979 y declaramos el derecho de los recurrentes a que sea inscrita en el Registro Nacional de Asociaciones la Asociación denominada Grande Oriente Español (Masonería Española Simbólica Regular); todo ello sin expresa condena en costas. Así, por esta nuestra sentencia, definitivamente juzgando en la instancia, lo pronunciamos, mandamos y firmamos. Jerónimo Arozamena, Jaime Santos, Fernando Ledesma. Rubricados. Publicación. La anterior sentencia ha sido leída y publicada por el Ilmo. Sr. Magistrado Ponente don Fernando Ledesma Bartret, celebrando audiencia pública el Tribunal en el día de su fecha, de que doy fe. Ante mí G. Rivera. Rubricado.

»Concuerda con su original. Y para que conste y su unión al rollo extendiendo la presente en Madrid a diez de mayo de mil novecientos setenta y nueve.»

LA POSICIÓN DE LA SANTA SEDE EN 1974

En 1980, y con notable sentido de la oportunidad, Editorial Planeta publicó el libro —interesante pero desigual— del llorado escritor Ángel María de Lera *La masonería que vuelve*, que alcanzó gran éxito; el problema seguía interesando vivamente en España, y la opinión pública seguía pidiendo clarificaciones. Por eso recibió con interés redo-



Después de la crisis de 1917, con la revolución soviética al fondo, ingresó en la masonería española una nueva generación muy tentada por la política. Eran hombres de unos treinta años que recibieron una comprensiva ayuda por parte de algunos «hermanos» de la generación anterior, entre los que destacaba Diego Martínez Barrio.

El general Franco inspiró y alentó la persecución contra la masonería. Pero en 1979 la Audiencia Nacional revocó la prohibición que impedía la inscripción legal del Gran Oriente Español, al amparo de la Ley de Asociaciones. Fue ponente en aquel fallo el magistrado don Fernando Ledesma, luego ministro de Justicia socialista.



blado la espléndida serie de tres artículos publicados en aquel YA en diciembre del mismo año, y firmados por el notable especialista monseñor Jesús Iribarren, quien, en el último de ellos (del 21 de ese mes), se refiere a la posición de la Iglesia ante ciertas declaraciones episcopales aisladas. El artículo refleja con precisión las circunstancias de la relación Iglesia-masonería; y subraya la declaración de la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe emitida en 1974.

Conviene que lo reproduzcamos:

«A la primera condenación de la masonería por el papa Clemente XII en 1738 siguieron las de Benedicto XIV en 1751, Pío VII en 1821, León XII en 1825, Pío IX en 1846 y siete veces más, León XIII en 1884 y a lo largo de todo su pontificado. Uno de los buenos especialistas en masonería, el jesuita y profesor Ferrer Benimelli, recuerda que durante el papado de León XIII emanaron de la Santa Sede al menos 173 documentos condenando más o menos explícitamente las sociedades secretas, y la primera de ellas, la masonería.

»Siguió la condenación de san Pío X en 1906. Pero la situación se agrava y cristaliza en el vigente Código de Derecho Canónico, que Benedicto XV promulga en 1917.

»Dice así el canon 2 335: “Los que dan su nombre a la secta masónica o a otras asociaciones del mismo género que maquinan contra la Iglesia o contra las potestades civiles legítimas incurrin *ipso facto* en excomunión simplemente reservada a la Sede Apostólica.”

»Para los clérigos que ingresen en la orden, las penas son más graves: el canon 2 336 añade que incurrin en suspensión y que “deben además ser denunciados a la Sagrada Congregación del Santo Oficio”.

»El cuadro queda ensombrecido todavía por otros cánones: el 1 065 reprueba el matrimonio con masón y prohíbe al párroco asistir conscientemente a tales bodas; el canon 1 240 priva a los masones de la sepultura eclesiástica; según el canon 765, un masón no puede ser padrino de bautismo. Debe notarse que ninguno de estos cánones está formalmente derogado, aunque estamos a las puertas de un nuevo derecho canónico.

»Las razones de tanta severidad son difícilmente discutibles a la luz de la historia, aunque tengan peso diferente. La primera razón es el secreto en que se refugian todas las actividades masónicas, muy lejos de aquel legítimo se-

creto que defendía las fórmulas técnicas de los constructores de catedrales. Es cierto que el secreto puede no significar nada cuando de veras no se ha hecho nada; pero ahí entra la fuerza de la segunda razón.

»En la Francia e Italia del siglo XIX, los masones ejercieron una vasta y profunda acción subversiva de tipo político contra las monarquías, los gobiernos y muy especialmente contra el papado y los Estados Pontificios. La base documental es hoy abrumadora, y aunque los papeles no fueran conocidos en la época de las condenaciones, a los papeles les suplía con ventaja la evidencia.

»La tercera razón es que la masonería no se limitó a los ataques anticlericales explicables en la pasión de las campañas políticas, sino que adoptó posturas doctrinales radicalmente antirreligiosas. Quiero en este punto ser estricto y justo: me estoy refiriendo a las masonerías de los países latinos, que motivaron de manera directa la excomunión. Estamos en el momento de un cisma abierto de la masonería irregular, frente a la regular y tradicional que forma el núcleo histórico constante de las logias de Inglaterra, Escocia y Estados Unidos.

»El Gran Oriente francés borró en 1877 de sus estatutos la obligación de la creencia en Dios y en la inmortalidad del alma y la prescripción de jurar sobre la Biblia abierta.

»La admisión de los masones ateos y materialistas provoca la excomunión de un sector de las masonerías continentales por parte de la Gran Logia madre de Londres, y la unidad masónica se quiebra como un cristal (pero eso obliga a la vez a no formular acusaciones en bloque).

»Los rechazos, exclusiones y condenaciones de la masonería francesa por parte de la inglesa se repiten en 1935, 1951, 1962 y otra larga serie.

»En 1938, y de nuevo en 1949, Inglaterra, Irlanda y Escocia ratifican que la fe en el Ser supremo es “condición esencial y no admite compromiso”, subrayan la obligatoriedad de la Biblia abierta en todas las logias, y repiten sustancialmente el precepto de neutralidad religiosa (positiva) de la constitución de Anderson, que citamos en el artículo segundo de esta serie. La nueva postura dice:

»“La Gran Logia de Inglaterra sostiene y ha sostenido siempre que la creencia en Dios es el primer distintivo de toda verdadera y auténtica masonería, y fuera de esta creencia, profesada como principio esencial, ninguna asociación

tiene derecho a decirse heredera de las tradiciones y de las prácticas de la antigua y pura masonería.”

»Es conocida no sólo la existencia de obispos anglicanos consiliarios de las logias, garantes de la continuación de esa fe esencial, sino la participación del arzobispo de Canterbury en las grandes solemnidades masónicas. Cálculos aproximados dan por cifra de masones ateos la del 1 por 100, entre un total de cuatro o cinco millones en el mundo (las cifras son siempre discutibles).

»Hecha así una división fundamental entre la masonería inglesa y sus cismas, se vino planteando ya antes del Concilio Vaticano II y se planteó abiertamente en él si la excomunión dictada en el canon 2 335 es aplicable a todos los masones. El texto sugiere la duda al condenar “a la secta masónica o a otras... que maquinan contra la Iglesia o contra las potestades civiles legítimas”. ¿Y si no maquinan? Fue el obispo mexicano Méndez Arceo —y bastó ello para que un sector católico haya enfocado desde entonces hacia él las baterías de una hostilidad casi visceral— el que preguntó si no había llegado la hora de una clarificación y, en ciertos casos, de una reconciliación.

»Es en este contexto en el que hay que enmarcar las visitas de la calificada representación de la masonería española que el libro de Ángel María de Lera historia y con cuya cita abría yo el primero de estos tres artículos. En resumen venían a exponer, lo pasado no puede negarse. Pero la realidad de hoy es que muchos cristianos no encuentran en su fe obstáculos para pertenecer a una asociación tolerante con todas las creencias religiosas, y que, dando por supuesto lo fundamental en que todas coinciden, ni pretende la subversión política ni ataca a la Iglesia.

»Estoy actuando ahora como informador de los lectores de un periódico, lo cual me exime de cualquier protagonismo. No importa mi parecer, sino los hechos.

»La pertenencia a la masonería de muchos jerarcas y clérigos anglicanos y la participación de muchos más en sus actos importantes ha quedado indicada. Los contactos y visitas de sacerdotes y obispos católicos son en los últimos años relativamente frecuentes, siempre supuesta la cuidadosa distinción entre obediencias masónicas ortodoxas e irregulares.

»Pero los obstáculos graves para fundamentar una postura de acercamiento oficial subsisten.

»La Congregación para la Doctrina de la Fe, en julio

de 1974, subrayó simultáneamente dos cosas: que las Conferencias Episcopales consultadas habían presentado tal variedad de situaciones concretas que a la Santa Sede le era imposible adoptar una decisión única y cambiar sin elementos de juicio más decisivos su postura tradicional; y que, como toda ley penal, los términos del canon 2 335 han de interpretarse restrictivamente, de modo que la excomuniación sólo afecta a los católicos inscritos en asociaciones que conspiran efectivamente contra la Iglesia. Los clérigos católicos, se añade, e incluso los miembros de institutos seculares tienen en todo caso prohibida su pertenencia a la masonería.

»Pero la inaplicabilidad de la excomuniación en un caso dado, ¿significa la eliminación de toda reserva? La cláusula relativa a los clérigos y religiosos es de por sí elocuente.

»Tal vez la última declaración a este propósito es la del Episcopado alemán, en este verano último. Después de registrar la existencia de conversaciones a partir de 1974, los obispos parecen encontrar que la neutralidad religiosa reduce las creencias masónicas a un lejano "deísmo" impersonal y sigue dejando en el terreno de la duda la figura de Cristo, esencial para el cristiano.

»Por lo que a España toca, la historia político-religiosa justifica igualmente una postura de expectativa. El pasado no se destruye con declaraciones de buena voluntad, sino con un presente y un futuro inequívocos. La prueba está sólo iniciada.»

EL DÍA EN QUE SE ALZARON LAS COLUMNAS

El 11 de junio de 1981 publiqué en *ABC* un artículo —«El día en que se alzaron las columnas»— que reflejaba la reaparición definitiva de la masonería en España y alcanzó cierta resonancia. Decía así:

«En su primer noticiario, Televisión Española brindaba amplio espacio a una personalidad masónica para que explicase lo que es la institución, lo que ha sido, lo que pretende. El distinguido abogado evocó los tristes momentos en que, bajo el régimen anterior, la masonería "abatió columnas", es decir, cerró sus templos y pasó a la clandestinidad. Ahora, bajo la democracia, las columnas se alzan, las logías se reabren, la masonería resucita y reflorece. Caía la tarde cuando, al regresar de Alcalá, oí que Radio

Nacional de España pregonaba también el retorno. Ignoro si el 2 de junio es una festividad masónica. Pero en mi borrador para la historia de la transición ya tiene fecha el día en que se alzaron las columnas.

»Se han dedicado en los últimos tiempos algunos estudios y algunos reportajes a la masonería. Mientras en Italia un escándalo masónico derriba un Gobierno, aquí no faltan políticos de alto coturno que guardan cola ante las logias; y la masonería, antaño proscrita y condenada como secta, amenaza con transformarse en moda e incluso en preciado florón para más de un currículum. El detonante y oportuno libro de Ángel María de Lera ha captado el interés general por la *Masonería que vuelve*. En un clima de convivencia democrática no tengo nada contra ese retorno; es una consecuencia de la libertad. Espero que los masones comprendan también que, dentro de la misma libertad, un historiador pueda exponer con nitidez lo que adivina sobre la masonería; y un periodista pueda manifestar su aprensión ante el poderoso cargamento de ruedas de molino con que las vanguardias masónicas se presentan, estas semanas, ante el general papanatismo.

»Para alimentar su propaganda, la masonería cuenta hoy con dos recursos importantes, además de su cuota en las rentas del antifranquismo: su leyenda negra y su leyenda rosa. La leyenda negra de la masonería se formó durante los dos siglos —1760-1960— en que se desarrolló el enfrentamiento mortal entre la masonería y la Iglesia católica; los siglos de las grandes conspiraciones masónicas y los grandes anatemas eclesiásticos. Dos estadistas españoles —el generalísimo Franco y el almirante Carrero Blanco— recopilaron, ampliaron y a veces publicaron las exageraciones de esa tradición, como “Jakim Boor” (seudónimo del propio Franco) en su libro *Masonería*, editado en Madrid, 1952. Tuve ocasión de hablar con ellos sobre el tema. Las opiniones de Carrero eran más absolutas; las de Franco, más pragmáticas y relativas. Unas y otras, exageradas y distorsionadas, iban desde la identificación diabólica (Carrero) hasta la atribución exclusiva de todos los desastres históricos de la España moderna (Franco) a la secta. Pero el caudillo y el almirante eran profundos conocedores de la Historia y la realidad de España; sus expresiones acerca de la masonería podían resultar inadecuadas y deformantes; pero bajo ellas latía una realidad profunda, que no era simplemente producto, sino causa de su parcial alucinación.

»En el fondo esa leyenda negra ha sido fomentada conscientemente por la masonería, mientras sus escritores trazaban la leyenda rosa; las dos leyendas coinciden en gran parte. Consiste la leyenda rosa en aceptar la influencia decisiva de la masonería en todos los grandes acontecimientos históricos, de acuerdo con las exageraciones de sus detractores; y en investir como masones a personajes que tal vez no lo fueron, como el conde de Aranda, según Franco y la masonería española, que le llama fundador; o como hizo en televisión el dignatario mencionado cuando proclamó masones nada menos que a Daoiz y Velarde, lo cual es un infundio imposible. Las pretensiones del historiador masón Eugen Lehnhof, las exageraciones de los libros masónicos publicados en España a principios de siglo o las tajantes tesis del general Franco son equivalentes en cuanto al error por exceso.

»¿Qué podemos decir hoy, con rigor, desde la Historia? Sabemos mucho mejor lo que no es la masonería que lo que es. El profesor José A. Ferrer Benimeli, S. J., a quien el almirante Carrero puso policías de vista porque le creía masón, y los masones de la leyenda rosa aborrecen, porque no la acepta, publicó en la fundación del profesor Sainz Rodríguez (a quien Franco llamaba masón sabiendo que no lo fue jamás), una importante tesis —“Masonería, Iglesia e Ilustración”— en que intenta demostrar que no hubo masonería en España durante el siglo XVIII. Pero cuando el mismo autor expone en reciente librito la trayectoria masónica nacional en los siglos XIX y XX, su síntesis resulta decepcionante. Sigue diciéndonos lo que no es la masonería; seguimos sin saber lo que es.

»A partir de unas doce tesis universitarias ya aprobadas, de una copiosa documentación localizada, aunque no aprovechada a fondo, y de numerosas notas e intuiciones dispersas, propongamos ya, como simples hipótesis de trabajo, algunos adelantos, mientras roturamos el tema con vistas a una exposición histórica seria. Primero, la masonería, en España, no afloró abiertamente hasta comenzar el siglo XIX, y en ambientes militares; la primera logia española se fundó entre nuestros marinos destacados en Brest por Carlos IV; la primera proliferación se originó en medios militares afrancesados y simultáneamente en el Cádiz de las Cortes. Segundo, la influencia de la masonería en la destrucción del Imperio español durante las tres primeras décadas del siglo XIX y en la pérdida de los jirones

de ese Imperio durante la crisis del 98 está más que demostrada. Tercero, la presencia masónica en las Fuerzas Armadas españolas desde el reinado de Fernando VII hasta el comienzo de la guerra civil española de 1936 fue decisiva y a veces, como en el pronunciamiento de Riego o la guerra de África desde 1909, disgregadora y nefasta. Cuarto, la masonería fue, en todo ese siglo largo, una poderosa central de influencias políticas, presiones económicas, actividades anticlesiásticas, auxilios mutuos y servidumbres ante la política exterior británica, para la que la masonería española actuó siempre como una especie de agencia servil. Quinto, las pretensiones de la masonería como centro serio para la discusión de altas ideas filosóficas son pura filfa; las creencias y tradiciones masónicas carecen de rigor y seriedad, y oscilan alrededor de un deísmo superficial e inconcreto. Sexto, los masones favorecieron casi unánimemente a la segunda República, pero se dividieron —eran unos once mil— casi por igual ante la guerra civil; el primer jefe de Estado de la Cruzada fue un conspicuo masón, como el general que dirigió el más brillante hecho de armas en el Norte, como el jefe de la mejor división de Franco, como los dos generales que negociaron, entre bastidores, la paz final. Séptimo, la masonería ha actuado ritualmente durante los dos últimos siglos, como el vivero psicodélico del liberalismo español y, sin duda, trata de resucitar como tal. Octavo, entre los parlamentarios, los diversos miembros de los órganos de gobierno en la España actual —hasta muy arriba—, los medios de comunicación, las nuevas instituciones sociopolíticas y los centros de poder económico, hay instalados ya enjambres de masones, y van en aumento; sin la menor manía persecutoria sería interesante conocer los detalles.

»La Iglesia española no dice nada. Y debe orientar a sus fieles. Los partidos, infiltrados ya por la masonería, tampoco hablan. Una central de influencias capaz de reclutar a un hombre como Manuel Azaña en 1932 —con todo el sentido de ridículo que almacenaba el personaje—, no puede instalarse de nuevo en España sin que le hagamos, en medio de la mayor comprensión, tolerancia y libertad, algunas preguntas. Hoy, cuando se han alzado las columnas, no hemos hecho más que empezar.»

En el artículo que acabo de reproducir acepté demasiado pronto la tesis de Ferrer Benimeli sobre la inexistencia de masonería en la España del siglo XVIII; algo que ya hemos corregido y matizado en este libro. Al poco tiempo el jesuita Jesús M. Granero puntualizaba una de las afirmaciones de mi artículo en interesante carta que se publicó en *ABC* el 14 de junio en estos términos:

La doctrina de la Iglesia sobre la masonería

Señor director: En el *ABC* del jueves día 11 de junio de 1981 aparece un largo editorial de don Ricardo de la Cierva sobre la masonería. Su título: «El día en que se alzaron las columnas.» No estoy en las condiciones propicias para valorarlo ni en un sentido ni en otro. Pero sí desearía añadir algo a una de sus últimas observaciones. En el último párrafo de su artículo dice el señor De la Cierva: «La Iglesia española no dice nada. Y debe orientar a sus fieles.» Supongo que se refiere al *Magisterio* de la Iglesia española. Tampoco ahora quiero referirme en concreto a los silencios y deberes de la Iglesia española. Pero debo añadir algo que el señor De la Cierva seguramente sabe y que, además, conviene sepan todos los españoles, y muy en especial los que últimamente se han afiliado a la masonería o están en trámites de hacerlo. El órgano supremo de *la Iglesia universal*, competente en estas materias, es la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe. Y hace muy poco tiempo, el 17 de febrero de 1981, hizo pública su última e inequívoca *Declaración*. Apareció en *L'Osservatore Romano* (Lunedì-Martedì, 2-3 marzo 1981). Lo que taxativamente hace a nuestro caso es lo siguiente: «Sin prejuzgar las eventuales disposiciones del nuevo Código, confirma y precisa lo que sigue: 1) No ha sido modificada de ningún modo la actual disciplina canónica, que permanece en todo su vigor; 2) Por tanto, no ha sido abrogada la excomunión, ni las otras penas previstas.» Esta declaración se refiere al canon 2 335, donde se habla de «los que dan su nombre a la secta masónica o a otras asociaciones del mismo género, que maquinan contra la Iglesia o contra las legítimas potestades civiles.» JESÚS M. GRANERO. Doctor en Teología por la Universidad de Innsbruck.

MASONERÍA Y PSOE: LAS REVELACIONES DE «TIEMPO»

El 5 de agosto de 1981 la revista sensacionalista *Tiempo* abordó el problema con buena información (número 10). Y el artículo «Masones en los partidos» demostró que la masonería seguía interesando a la opinión pública. Recordaba el articulista —basándose en la voz común, sin aducir pruebas— que diecisiete presidentes USA han sido masones, hasta Ford y Carter, lo mismo que otros personajes como David Rockefeller y Henry Kissinger. Incluía en la lista de masones al presidente de Venezuela Carlos Andrés Pérez, al panameño Omar Torrijos, a los escritores Pablo Neruda y Mario Vargas Llosa. El 37 por ciento del Consejo de Europa pertenece a las logias, aunque no su presidente, José María de Areilza, sobre cuya adscripción masónica corren rumores que *Tiempo* no admite. Sí que admite en cambio la condición masónica de Bruno Kreisky, Gaston Thorn, Pierre Mauroy, Roland Dumas —mano derecha de François Mitterrand—, mientras que Giscard d'Estaing vio rechazada su solicitud de ingreso cuando pretendió entrar por la puerta grande del grado 33. Masones son, según la revista, Bernardo de Holanda, Carlos Gustavo de Suecia y Felipe de Edimburgo. El principal masón de Alemania es el presidente de la Internacional Socialista Willy Brandt; con acierto indudable el articulista señala que tanto Brandt como Carlos Andrés Pérez apoyan al PSOE impulsados precisamente por su propia dimensión masónica. «En el PSOE —sigue el artículo—, cuya historia va indefectiblemente ligada a la masonería tanto en el exilio como en los años anteriores a nuestra guerra civil, conviven actualmente críticos, católicos y masones. Otro dato más: la mayor parte de las agrupaciones iberoamericanas del PSOE, de gran potencialidad económica, están controladas por masones. Las de mayor relieve masónico son las de Buenos Aires y la de Río de Janeiro.»

Tiempo cita los nombres de varios diputados socialistas de 1981: Germinal Bernal Soto, Ángel Cristóbal Montes, Diego Pérez Espejo, Enrique Sopena Granell, Francesc Ramos, Francisco Vázquez. No hay seguridad sobre los Solana, sobrinos de don Salvador de Madariaga a quien *Tiempo* hace masón sin dudar. Entre los senadores socialistas *Tiempo* cita a Virtudes Castro, Alberto de Armas,

Fernando Baeza, Manuel Díaz Marta, Rafael Fernández, Javier Paulino Pérez, José Andreu Abelló, José Prat y Víctor Manuel Arbeloa. Otros prohombres socialistas masones (en 1981) son Carlos Revilla, Feliciano Páez-Camino, Joaquín Leguina, Rodolfo Vázquez, Javier Angelina, Eduardo Ferreras, Paulino Barrabés y otros.

Casi todos estos nombres tienen relación con la masonería; el articulista parece bien informado. No sé si se puede decir lo mismo en cuanto a los nombres presuntamente masónicos que cita en el centro y la derecha. Insiste la revista en la condición masónica del primer presidente del Tribunal Constitucional, Manuel García Pelayo, así como otros miembros del alto organismo.

LA CAMPAÑA MASÓNICA DE PROPAGANDA EN 1984-1985

Los años 1984 y 1985 registran una extraordinaria proliferación de noticias referentes a la masonería en España. Se distingue para su difusión el diario *El País*, que siempre se muestra proclive a la masonería y empeñado en esa difusión. Precisamente por entonces (1984) el profesor Ferrer Benimeli funda el Centro de Estudios de la Masonería Española, que consigue para sus congresos y trabajos subvenciones importantes y realiza una labor tan estimable como sesgada y desde luego netamente promasónica; es el curiosísimo punto de encuentro de dos fuerzas que durante dos siglos y medio habían sido ferozmente antagónicas, la masonería y la Compañía de Jesús.

Desde el extremo opuesto —la extrema derecha— el diario de Madrid *El Alcázar* prestó también durante esa época una excepcional atención a los temas masónicos. Por ejemplo, el 12 de enero de 1984 informa sobre la «pugna masónica entre jacobinos y liberales» en Lisboa, donde las dos tendencias se disputan la dirección del Gran Oriente lusitano, de origen y obediencia francesa; lo cual preocupa al masón Mario Soares, líder de una tendencia masónica liberal, compatible con el socialismo. El cardenal de Lisboa reaccionó duramente contra los ataques a la libertad de enseñanza con signo masónico.

El 28 de febrero de ese mismo año 1984 *Diario 16* publicaba una noticia muy curiosa sobre la utilización de la masonería por la KGB «para espiar a la sociedad británica». Se basa en un libro del periodista Knight, *Brotherhood*

(la hermandad) en el que se sugiere que la colosal red de influencias de la Gran Logia Unida de Inglaterra, «la madre de todas las masonerías del mundo», como se la ha llamado y ya recordábamos, podría incubar un escándalo explosivo semejante al que hizo saltar por los aires a la masonería italiana en el asunto de la logia P-2, y con participación del propio Licio Gelli. Como en España las noticias sobre la reaparición masónica afectaban sobre todo al Gran Oriente, otra rama resucitada, la Gran Logia Simbólica pretendió llamarse a la parte y salió a una relativa luz en ese mismo año. El 4 de noviembre de 1984 titulaba *El Alcázar*: «La Gran Logia Simbólica sale a la superficie.» Con mal pie; porque ampara, en su primera aparición, la figura siniestra del «pedagogo» revolucionario y anarquista Francisco Ferrer Guardia, a cuya memoria quiere la Gran Logia dedicar toda una fundación. El periodista Ismael Medina, con quien se podrá discrepar en cuanto a métodos y criterios, pero que indudablemente posee y comunica una información seria y profunda sobre las actividades masónicas, expone en ese artículo varias observaciones sobre historia e influencia de la masonería y sugiere la inspiración masónica de la reforma educativa promovida por el ministro socialista José María Maravall. Poco después, el 26 de diciembre de 1984, *El País* destacaba la figura del Gran Maestre de la Gran Logia de España, Luis Salat y Gusils, emparentado con el anterior presidente de la CEOE Carlos Ferrer Salat y con el presidente de la Caixa, Josep Vilarasau Salat. Según Salat, la Gran Logia cuenta ya con un millar de afiliados en esa fecha.

Las informaciones sobre la masonería toman caracteres de una verdadera campaña de relanzamiento en 1985, en vísperas del congreso que las diversas obediencias de la masonería «liberal» proyectan celebrar en Madrid a principios de la primavera. *El País* —junto a una foto del papa Juan Pablo II— comenta el endurecimiento antimasónico que se ha notado en el Vaticano desde la llegada del papa actual a la Santa Sede (25 de febrero de 1985). En un artículo de Juan Arias, el periódico de Madrid reproduce la información del *Osservatore Romano* —subrayada por tres asteriscos, lo que denota su importancia y su carácter cuasioficial— en que se dice que «la masonería profesa ideas filosóficas y concepciones morales opuestas a la doctrina católica» y que, por tanto, «la afiliación a las asociaciones masónicas continúa prohibida por la Iglesia». Has-

ta el punto que «los fieles que lo hagan están en estado de pecado grave y no pueden acceder a la santa comunión». El diario del Vaticano titulaba su artículo así: «Incompatibilidad entre fe cristiana y masonería.» Y ratifica la postura de la Santa Sede en la declaración del Santo Oficio fechada el 26 de noviembre de 1983.

Las ambigüedades de la época de Pablo VI —que impulsaron a bastantes eclesiásticos a pedir su ingreso en las logias— se acabaron al llegar Juan Pablo II, bajo el cual la Santa Sede hizo su primera declaración antimasónica el 17 de febrero de 1981.

A primeros de marzo de 1985 la internacional masónico-liberal celebra en Madrid su anunciada reunión. Con este motivo la prensa (por ejemplo, *El País*, de 3 de marzo de 1985) recordó, esta vez con sorprendente objetividad, la posición final de la Iglesia ante la masonería. Es cierto que al promulgarse el nuevo código de Derecho Canónico en 1983 la mención expresa de la masonería que figuraba en el anterior canon 2 335 no se conserva en la nueva compilación. Pero inmediatamente antes de que entrara en vigor el nuevo código la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe advertía a los fieles sobre el mantenimiento de la prohibición, según acabamos de ver en el citado artículo del *Osservatore*. La Santa Sede, ante la información enviada por varias conferencias episcopales, había preferido no mencionar expresamente a la masonería en vista de que algunas obediencias demostraban el espíritu de tolerancia y respeto a la religión que aconsejaba levantar la prohibición; pero no excluía en manera alguna la posibilidad, desgraciadamente demostrada en muchos casos, de que otras obediencias masónicas persistieran en su hostilidad e incompatibilidad tradicional contra la Iglesia y en favor de una secularización radical.

Es todavía pronto para dictaminar si la renacida masonería española se adscribe definitivamente a la posición tolerante —como proclaman sus directores— o recae en las actitudes excluyentes que mantiene, por ejemplo, el Gran Oriente de Francia, según las declaraciones de Jacques Mitterrand. Los proyectos de secularización radical que el socialismo ha llevado a cabo en España dentro de los delicadísimos campos de la política educativa y familiar, el descarado apoyo de la Internacional Socialista a los movimientos de falsa liberación en América y las vinculaciones demostradas entre el PSOE y la masonería, no

presagian precisamente una etapa de reconciliación con la Iglesia católica. Pero habrá que esperar y ver, sin bajar la guardia.

El jesuita Pedro Álvarez Lázaro, colega de Ferrer Benimeli en la cruzada de reivindicación masónica, publicaba el 7 de marzo de 1985 en *El País*, con motivo del congreso masónico liberal, un artículo, «Masonería española hoy», en que llama «preocupante» al documento vaticano «que niega la confesionalidad católica a los masones». Se refiere a la reunión masónica de Madrid, organizada por la Gran Logia Simbólica española bajo la dirección del «correcto señor Leveder». Distingue el padre Álvarez cuatro obediencias actuales en la masonería española: la Gran Logia Simbólica Española, con sede en Barcelona, dirigida por Rafael Vilaplana; la Gran Logia Española con sede en Madrid, dirigida —desde Barcelona— por Luis Salat; el Gran Oriente Español, cuyo gran maestro es Antonio de Villar Massó, con sede en Madrid, y una masonería mixta, Derecho Humano, que admite mujeres en pie de igualdad. Está en formación, en Barcelona, una Gran Logia Femenina Autónoma. Para el padre Álvarez, el número total de masones españoles no rebasa la cifra de 650, muy inferior a la alegada por las propias directivas masónicas.

El 8 de marzo de 1985 *El País* saludaba al congreso masónico (jornadas CLIPSAS) de las obediencias liberales. Como era de esperar el diario, en solemne editorial, se apunta a la leyenda y al horizonte rosa de la masonería; y declara desde este momento a los masones ciudadanos de primera en España. Una confirmación significativa de lo que ya adelantábamos: en *ABC* el 9 de agosto de 1987 se afirma que la tercera parte de los diputados en el Parlamento europeo pertenece a la masonería.

PERVIVENCIA Y EXPANSIÓN MASÓNICA HOY

Recientemente las diversas obediencias y ramificaciones masónicas en España han reclamado del Estado español la «devolución» de su patrimonio tras las persecuciones de la época franquista. El ex ministro y abogado del Estado, José Manuel Otero Novas, se opuso a esa pretensión con un argumento tomado de mis artículos sobre masonería; que las obediencias españolas de 1936 dependían de los centros masónicos europeos (Gran Oriente de Francia

y Gran Logia de Inglaterra), mientras las obediencias actuales —por ejemplo, el Gran Oriente de España, que parece la más importante—, dependen genéticamente de la masonería mexicana, que a su vez es una dependencia de la norteamericana. La Audiencia Nacional estimó esa argumentación histórica y denegó la devolución de esos bienes, pero cuando el abogado del Estado citó mi nombre al exponer esa tesis de las dependencias masónicas, los representantes de todas las obediencias presentes en la sala, que por cierto resultaron numerosísimas al calorcillo de un patrimonio que podría venirles como una lotería, me dedicaron un estimulante abucheo que constituye una de las grandes satisfacciones de mi vida; por lo que tiene de confrontación y porque los masones españoles se quedaron sin un patrimonio que evidentemente no es suyo. Creo que conviene investigar más sobre esa transmutación de dependencias vía mexicana del exilio; explica algunas claves ocultas de la transición en España.

Con relativa frecuencia siguen apareciendo noticias de sumo interés acerca de la vitalidad masónica en España y en el mundo. Siempre he pensado que realmente hay dos masonerías: una aparente e inocente, que se encarga de asumir los aspectos públicos y muchas veces ridículos de la «orden»; otra, real y profunda, que adapta a cada tiempo y lugar la tradición ya más que trisecular de la masonería especulativa. Desarrollo esa tesis en forma de novela, dentro de mi trilogía isabelina *El triángulo*, sobre cuyo tercer tomo trabajo por estos días. En este sentido me han interesado mucho unas recientes declaraciones de grandes financieros internacionales como Carlo de Benedetti.

Carlo de Benedetti, en un libro incensado que le dedica uno de sus acólitos en los medios de comunicación, Giuseppe Turani (Madrid, eds. Temas de Hoy, 1988), deja caer como si tal cosa su afiliación a la masonería.

La masonería tradicional y decimonónica, de signo radical y anticlerical, pervive hoy muy arraigadamente en Iberoamérica, sin excepciones, y especialmente en México y Brasil, aparte de Uruguay, que ha sido durante los últimos cien años una República masónica. Pervive, como puede comprobarse en el espléndido volumen dedicado a la Iglesia de Iberoamérica por Quintín Aldea S. J., dentro de la *Historia general de la Iglesia* de Jedin (Bilbao, Herder, 1987, pp. 506-532), y convive con los espectaculares avances de la Internacional Socialista, tan infiltrada hoy por

la nueva orientación masónica inspirada en las logias de Francia, dentro de una persistencia en los ideales y las estrategias de secularización absoluta y división de la Iglesia católica mediante el fomento de los movimientos teológico-políticos de liberación, como puede comprobar el lector en mis citados libros sobre este tema. Es interesante señalar la coincidencia entre el trasplante de la teología de la liberación a los países del Tercer Mundo a partir de los primeros años ochenta y la nueva ofensiva de penetración masónica en esos países, de la que poseemos una prueba documental muy importante (por la dificultad habitual en encontrar pruebas documentales auténticas que se refieran a la masonería) en la declaración de la Conferencia Episcopal del océano Índico, fechada en mayo de 1990 y reproducida en la revista *30 días*, año 4 (7 de julio de 1990), p. 30: «La conferencia ha reafirmado enérgicamente la incompatibilidad entre pertenecer a la masonería y a la Iglesia católica. [...] En nuestra región asistimos en la actualidad a esfuerzos de presentación y vulgarización de la masonería bajo las diferentes denominaciones... La campaña de los medios de comunicación social presenta a la masonería como una dinámica de iniciación para el desarrollo del hombre y la armonización de la sociedad a través de la espiritualidad y la ayuda recíproca. [...] Pero hay incompatibilidad. La perfección masónica y la perfección cristiana son diametralmente opuestas.» Y terminan los obispos advirtiendo que los fieles adscritos a la masonería «cometen pecado grave y no pueden tener acceso a la santa comunión».

En 1990, no se olvide.

LA MASONERÍA RESURGE EN LA EUROPA LIBERADA

Un reportaje de la RAI implica a la CIA y a la masonería en el asesinato del líder socialista sueco Olof Palme (*ABC*, 24 de julio de 1990, p. 29). Licio Gelli, director de la logia P-2, está implicado en esa operación, «para hacer un favor a Bush y Reagan». Ante las protestas del gobierno italiano, el director de la RAI garantizaba que «las fuentes son serias y seguras». Dejamos para el final de este trabajo una noticia interesantísima difundida en España por la agencia EFE el 9 de julio de 1990 y que no ha encontrado eco, que sepamos, en los medios de comunicación.

«París, 9 de julio (EFE). “La masonería resurge en algunos de los países del Este de Europa en transición hacia la democracia, y en este proceso han intervenido el Gran Oriente y la Gran Logia de Francia”, informa hoy el vespertino parisiense *Le Monde*.

»“Se trata de una de las consecuencias menos espectaculares, pero no la menos original ni la más importante para el futuro de los cambios habidos en dichos países”, señala el diario.

»La masonería se ha reavivado en Checoslovaquia y en Hungría, y Moscú ha admitido una demanda de los masones franceses para la apertura de una logia en la Unión Soviética.

»En el caso de Polonia y de Rumania, en opinión de Jean Robert Ragache, gran maestro del Gran Oriente de Francia (GODF), no existe por el momento posibilidad alguna de implantación.

»Ragache visitó el pasado mes de abril Praga y fue recibido con simpatía por el presidente Vaclav Havel y otros dirigentes checoslovacos. El GODF ofreció un patrocinio inicial para la masonería del país, que gozará de obediencia propia en cuanto el número de logias existentes la justifiquen.

»El resurgimiento de la masonería en Hungría ha sido emprendido por la Gran Logia de Francia (GLF) y ya se ha abierto una logia en Budapest, que pronto será seguida por otra en la ciudad de Szeged, al sur del país.

»Geza Supka, el último gran maestro de la masonería húngara, se suicidó en 1950 para escapar a la persecución comunista.

»En opinión de los dirigentes masónicos franceses, la influencia de la Iglesia católica en Polonia hace descartar por el momento cualquier tipo de acción y lo mismo sucede en Rumanía, aunque en este caso la influencia religiosa no sea tan determinante.

»La Unión Soviética, por su parte, parece mostrarse ahora mucho más amable con la masonería, cosa impensable hasta hace pocos años.

»Un representante de la embajada de la URSS en París visitó recientemente la sede de la GODF para explicar la política de Gorbachov y transmitió a Moscú una demanda oficial de creación de una logia. La decisión del Kremlin al respecto quedó aplazada hasta la promulgación de una futura reglamentación de asociaciones.

»La masonería francesa, según dicen sus dirigentes, desea actuar concertadamente con las obediencias masónicas de los demás países de la CE para favorecer, en todos los ámbitos, la emancipación política de los países del Este.»

Los medios de comunicación de España no han prestado más que atención formularia a esta gravísima noticia. Pero Roma ha tocado alarma general. La revista de Comunión y Liberación *30 días*, que refleja el ambiente del Vaticano, insiste durante el año 1990 en el resurgimiento masónico de la Europa oriental.

Bastan estas consideraciones para demostrar lo que realmente ha sido la masonería en los tres últimos siglos de la Historia, y la pujanza que la masonería real, pese a los tapujos de la masonería aparente, adquiere en nuestro tiempo, sin haber abandonado ni uno sólo de sus postulados esenciales. Si se puede decir pública y fundadamente que seis ministros del último gobierno de UCD eran masones, que masones son los dirigentes esenciales de la Internacional Socialista, así como los miembros de la familia real británica desde hace más de dos siglos, que las redes masónicas se conciertan con un importante sector financiero mundial en manos de personalidades judías (por cierto, algunos testigos próximos han resaltado el interés que siempre han sentido por la historia y la cultura de Israel, afición que por supuesto comparto con ellos desde hace muchos años; creo tener la biblioteca privada sobre Israel más importante que hay hoy en España); si la masonería ha influido decisivamente en la lucha contra la Iglesia católica y en la historia contemporánea española, se trata de un problema capital, que no puede enmascarse, como hace la tropa del jesuita Ferrer, con nubes de humo gris y sospechoso. En las notas que preceden tiene el lector algunas claves y algunas pistas documentadas y sugestivas.

Ya en pruebas este libro, me llegan dos nuevos datos que no quiero que se me vayan vivos. Una editorial que no debe de andar lejos de los compases y triángulos, Penthalon Ediciones, ha publicado en 1989 un libro para los estudiantes jóvenes —es decir, para niños— titulado *Introducción a la historia de la masonería española* cuyo autor es Juan Blázquez Miguel, con prólogo del inevitable jesuita Ferrer Benimeli. El libro es una destilación de la leyenda rosa masónica y puede resultar gravemente perturbador para los chicos y chicas a quienes se dirige; deseo dar

a los padres la voz de alerta. La segunda viñeta se debe al incansable padre Ferrer Benimeli, quien declara en *ABC* del 25 de agosto de 1990 en Aguadulce: «Sólo hay masonería donde hay libertad.» Que se lo pregunte a sus compañeros de la misma orden supervivientes de la persecución masónica durante la República en 1931-1933, cuando en nombre de esa libertad fueron privados de la libertad de enseñanza, de asociación y de reunión, y expulsados de España por una República bendecida por la masonería y en virtud de unas leyes que como acabamos de demostrar llevaban la impronta masónica. Ni como locura de verano se puede decir, en 1990, esa enormidad.

II. FRACASO Y HUNDIMIENTO DEL COMUNISMO (1989-1990)

UNA PRIMERA PERSPECTIVA HISTÓRICA

Miles de españoles murieron en un bando de nuestra guerra civil al grito de «¡Viva Rusia!», tras haber creído firmemente, durante años, en el «paraíso soviético». La Revolución Soviética triunfante en 1917, a precio de una cruenta guerra civil y una terrible derrota militar que privó a Rusia de inmensos territorios, había procurado extenderse por todo el mundo desde la fundación de la Internacional Comunista (Comintern) en 1919 por su gran inspirador y director, Vladimir Ilich Lenin, cuyo primer nombre lleva entre nosotros Ernesto (por el Ché Guevara) Vladimiro, hijo de la que cuando se escriben estas líneas en el verano de 1990 detenta todavía el Ministerio del Portavoz de un Gobierno socialista cuyos miembros se dividen entre quienes cantan la *Internacional*, el gran himno marxista, con el puño cerrado, como Alfonso Guerra, o en posición de firmes, como el presidente Felipe González. La Unión Soviética se afianzó como potencia mundial bajo el mando totalitario y sádico de José Stalin durante los años treinta, tras perpetrar un genocidio interior y varios exteriores; y se convirtió en Imperio mundial a partir de 1945, como gran vencedora en la lucha de las democracias occidentales contra el totalitarismo nazi-fascista, pero consolidando su propio totalitarismo mucho más violento y represivo. Un ministro, y por sarcasmo de Cultura, en ese mismo gobierno socialista de 1990 en España escribía en 1953, cuando ya no era un jovenzuelo alocado, sino un hombre maduro más allá de sus treinta años, esta elegía abyecta a la muerte de Stalin:

*¡Se nos ha muerto Stalin! ¡Su partido
proseguirá la ruta que él abriera!
Los que venden
al Capital su fuerza de trabajo
los que no tienen nada que perder
y un mundo que ganar;
los que veían
ese mundo ganado y defendido
de Shanghai a Berlín
más feliz cada día, engrandecido
por la mano de Stalin...*

*Se nos ha muerto el padre, el camarada,
se nos ha muerto el Jefe y el Maestro,
Capitán de los pueblos. Arquitecto
del Comunismo en obras gigantescas.*

Así, y muchos más versos que no reproduzco por náusea, cantaba la muerte de Stalin en 1953 quien años después se adhería emocionadamente en un manifiesto de intelectuales pecuarios a otro dictador, Fidel Castro, con la firma de Georges Semprún. Ahora, como saben mis lectores, es un liberal demócrata de toda la vida, que además se permite extender patentes de democracia en el mundo intelectual.

¿EL FINAL DE LA HISTORIA?

Georges Semprún no era el único staliniano en el mundo cultural europeo de aquel tiempo. Un sector muy significativo de ese mundo cultural, capitaneado por la repugnante pareja abierta que formaban Jean-Paul Sartre y Simone de Beauvoir, se arrastró años y años uncida al yugo comunista, y a estas alturas no ha salido de su estupor después del hundimiento del comunismo, como no sea mediante la sucesión de palinodias más cínica que hayamos podido contemplar. Porque el fracaso y el hundimiento del comunismo en 1989-1990 ha sido, ante nuestros ojos que no se lo acaban de creer, una de las grandes y maravillosas convulsiones históricas que prácticamente nadie había previsto, aunque ahora brotan muchos profetas inéditos. Hasta la propia Iglesia católica, que no suele apresurarse en sus juicios, había caído desde 1945 en una especie de

fatalismo que aceptaba la posibilidad de un nuevo milenio rojo, cuya luz siniestra influyó mucho más de lo debido en el Concilio Vaticano II, en su papa convocante y siguiente, Juan XXIII y Pablo VI, y en una complaciente clerigalla progresista en cuyo seno brotó nada menos que un movimiento teológico que quiso monopolizar una nueva orientación de la Iglesia: la teología de la liberación, que consistía en proponer la liberación del capitalismo al servicio del marxismo. Ahora todo eso se ha venido abajo gracias a Dios y también a otro Vicario menos conformista, como vamos a ver; pero la convulsión ha sido tan enorme que necesita ya una primera aproximación histórica como la que pretendemos explicar en este ensayo.

Todo estaba preparado para que 1989 fuese el año de la Revolución Francesa, en su bicentenario; pero se olvidó muy pronto ese bicentenario, al que la crítica verdaderamente libre casi no le dejó evadirse de una condición vergonzante y en cambio 1989 ha sido el año de otra Revolución: la Revolución Anticomunista que ha derribado un símbolo mucho más ominoso y real que la Bastilla: el muro de Berlín. Ya se habían producido en el primer semestre de 1989 los primeros grandes desmoronamientos, ya se habían abierto las brechas irreparables en el comunismo cuando un desconocido ensayista norteamericano, Francis Fukuyama, publicaba su pronto famosísimo ensayo *¿El final de la Historia?* (así, con interrogante) en la revista *The National Interest* (verano de 1989) que del presidente Bush para abajo comentaron todos los observadores políticos del mundo. Para Fukuyama, a quien conviene leer a fondo antes de disparatar sobre su ensayo (que se ha publicado en España, en el número inaugural de la revista *Claves de razón práctica*, abril de 1990) el siglo xx ha sido el escenario de la lucha mortal del liberalismo con los restos del absolutismo; y contra el bolchevismo, el marxismo y el fascismo. El liberalismo democrático ha triunfado definitivamente en esa confrontación; ya no existe una alternativa al liberalismo, que será la forma política final de la Humanidad, como ya había entrevisto Hegel en 1806 después de la victoria de Napoleón en Jena y su entrada triunfal en Berlín. Con cita a Charles Krauhammer, Fukuyama pronostica que la URSS va a retornar fatalmente al comportamiento de la Rusia imperial en el siglo xix (que se orientaba al liberalismo cuando sobrevino la Revolución) y admite que, pese a la victoria del liberalismo, seguirán el terroris-

mo y las guerras de «liberación» nacional, pero como fenómenos marginales y sin salida; la única salida para la Humanidad ya la ha marcado el liberalismo, y el único peligro del futuro es que el futuro resulte demasiado aburrido. Luego, en vista de la oleada de comentarios suscitados por su diagnóstico y su profecía, Fukuyama recogió velas, y respondió a sus críticos, en la misma revista, que el final de la Historia no significa el final de los acontecimientos del mundo. Oscila brillantemente entre Hegel (cuya refutación por Marx ha provocado tan catastróficas consecuencias) y Nietzsche, de quien podríamos preguntarnos —dice— si tenía razón cuando repudiaba la igualdad introducida por el cristianismo. Renuncio a comentar esta sorprendente pregunta fascistoide y me centro en la tesis fundamental de Fukuyama sobre la actitud de Hegel en 1806. Por lo pronto el propio Hegel la repudió en 1818 cuando, al tomar posesión de su cátedra en Berlín, exaltó el futuro trascendental de la Prusia totalitaria, que nada tenía que ver con el liberalismo. Pero igualmente totalitario, como ya hemos visto en el ensayo de la Revolución Francesa, era el Napoleón vencedor de Prusia en 1806, que no venía a Alemania a imponer la libertad sino la dictadura imperialista más soez, y que cuando tramaba en ese mismo Berlín el bloqueo de Inglaterra ya planeaba responder a la imprudente proclama de nuestro Godoy en vísperas de Jena y tomar el poder absoluto en Portugal y en España. No, la Historia humana no ha terminado; en su palinodia el propio Fukuyama admite la posibilidad de sorpresas cósmicas. Lo que sí ha terminado es el comunismo, mientras la indudable victoria del liberalismo, a fuer de genérica, no va a uniformar el destino de la Humanidad, ni va a someterla a un Gobierno Mundial de resonancias sinárquicas, como tal vez sueñan Fukuyama y sus posibles mentores: 1989-1990 es un momento histórico estelar en la Historia del hombre, pero de ninguna manera su final.

SE HA HUNDIDO EL MARXISMO

Se ha hundido el comunismo. Porque ha fracasado definitivamente el comunismo. En esto parecen estar conformes hasta los comunistas, que se disfrazan, en el Este, de «partidos socialistas» o incluso socialdemócratas; y en Occidente se camuflan bajo etiquetas diversas, por ejemplo «iz-

quierda unida» y otros eufemismos. Se ha hundido la versión bolchevique del marxismo, que Lenin escindió definitivamente de la facción menchevique en 1912, tras muchos años de tensiones, rupturas provisionales y aproximaciones precarias. Se ha hundido la Tercera Internacional, alzada por Lenin en 1919 tras su desahucio de la Segunda Internacional creada por Engels como heredera del marxismo ortodoxo. La Segunda Internacional ha evolucionado hasta hoy, a través de diversos reformismos, hasta la que se llama Internacional Socialista; la Tercera o Comintern, luego Cominform, luego Movimiento Comunista, luego eurocomunismo, estaba formada por los partidos comunistas nacionales que ahora, tras maquillar torpemente su nombre y sus fines, pretenden refugiarse, náufragos, en la Internacional Socialista. Los bolcheviques vuelven al menchevismo socialdemocrático; Lenin cede de nuevo la presidencia a Plejánov, en una fantástica maniobra de aproximación que es la proyección de la *perestroika* al mundo comunista no soviético; porque la transformación es mucho más tímida dentro del comunismo soviético que no ha renunciado aún al nombre, ni a la herencia de Lenin ni por supuesto al marxismo, aunque se vea forzado a admitir principios tan poco leninistas como el pluralismo y hasta la economía de mercado, es decir capitalista.

Pero no se ha hundido solamente el comunismo, ni sólo el leninismo o el stalinismo, aunque ahora en la URSS se quiera preservar aún la figura y el mito de Lenin y se quieran cargar todos los crímenes a la cuenta sangrienta y sádica de Stalin. Se ha hundido algo más profundo; se ha hundido el marxismo como profecía, como pretensión científica, como utopía y por supuesto como sistema económico, social y político. Como profecía porque todas las grandes profecías de Marx se han cumplido al revés: *El Capital* es ya una simple curiosidad histórica y el *Manifiesto comunista* una proclama revolucionaria que no funcionó ni en el siglo XIX. El marxismo, que quería llamarse «socialismo científico», estaba ya teóricamente muerto desde que se desvaneció la ciencia newtoniana en la que se apoyaba; desde que en la última década del XIX y primera del XX la ciencia dejó de ser absoluta y se hizo relativa; dejó de ser exacta y se hizo aproximativa; dejó de ser infalible y se hizo indeterminista. (En mi libro *Jesuitas, Iglesia y marxismo*, de 1986, formulé con más detalles esta tesis del vaciamiento teórico del marxismo, lo que provocó la extra-

ñeza de Alfonso Guerra y otros marxistas españoles por su desconocimiento del marxismo y sobre todo por su desconocimiento de la ciencia.) El marxismo como utopía, como paraíso en la tierra, se ha hundido ante los hechos testarudos de Jean François Revel, ante la dura realidad cotidiana. Del hundimiento del marxismo como sistema vamos a ocuparnos inmediatamente. Pero conviene profundizar todavía más en el plano teórico. Fukuyama proclamaba la victoria final de Hegel sobre Marx, que había manipulado al hegelianismo dentro de la izquierda hegeliana que iniciara Feuerbach; Marx substituyó al Espíritu Absoluto por la Materia Absoluta, y ahora se hunde el materialismo que brotó de aquella intuición marxiana. Pero no es verdad que haya ganado Hegel, como quiere Fukuyama cuando identifica la racionalidad hegeliana con el espíritu del liberalismo que Hegel vio encarnado en Napoleón. En esa tesis se encierran varios sofismas abismales. Ni Napoleón encarnaba al liberalismo sino al totalitarismo despótico; por eso Hegel transfirió tan fácilmente tras la caída de Napoleón sus entusiasmos napoleónicos al totalitarismo prusiano. Ni el hegelianismo era la expresión suprema de lo racional, porque consistía más bien en un idealismo irreal, que no es fruto sino aberración de la razón. Con el hundimiento del comunismo se ha hundido también una de las grandes corrientes del hegelianismo, la izquierda hegeliana; la otra corriente, la totalitaria prusiana y «de derechas» se había hundido ya porque, aunque los hegelianos más tenaces lo nieguen, esa corriente llegó, a través de Nietzsche, a configurar el fascismo y el nazismo. El hecho evidente de que Hitler y Mussolini lo reconocieran así no equivale despectivamente a la invalidación de la tesis que dentro de la historia y el flujo de las ideas me parece clara. En fin, que ese hombre nuevo propuesto por Lenin (y antes por Nietzsche) como cifra de su ideal es hoy un cadáver putrefacto en la última revuelta de la Historia. Y para volver un instante a Fukuyama, parece cada vez más absurdo hablar del final de la Historia cuando tal vez nos hallamos en su principio. Sólo llevamos dos mil años desde el nacimiento de Cristo, en quien muchos hombres vemos la plenitud de la Historia; sólo siete mil años desde el comienzo de nuestra civilización en el Neolítico; sólo un millón de años desde que apareció el hombre sobre la Tierra en la gran falla del Este africano, cuando el manotazo, como dijo Zubiri, se convirtió en manejo. ¿Qué

pensarán de la tesis de Fukuyama los hombres que vivan el encuentro, no esa imbecilidad de que habla el señor Yáñez a propósito del Descubrimiento de América, sino el encuentro de la Tierra con las inteligencias exteriores, que son estadísticamente no ya probables sino completamente seguras ante el número de los mundos habitables? Y aquel acontecimiento fantástico y venidero tampoco será el final, sino otro principio de la Historia.

PORTAVOCES DEL GRAN FRACASO

Los comunistas más conscientes, los marxistas profundos, se sienten abrumados ante el fracaso del comunismo y en sus reconocimientos dan por sentado el fracaso del propio marxismo. Así, en España Fernando Claudín, que ya había dado el salto al socialismo menchevique antes de la catástrofe, y que poco antes de morir confesaba: «La adopción del modelo occidental es inevitable, porque el fracaso histórico del experimento iniciado en octubre de 1917 —el experimento que intentó ajustar el desarrollo social a una concepción doctrinaria prestablecida— no deja otra salida. A diferencia del capitalismo, el sistema que ahora agniza era un mecanismo cerrado, sin capacidad de invención y adaptación a las nuevas necesidades humanas... Al llegar la hora crítica de su agotamiento final, la única alternativa posible, comprobada en la práctica histórica, es la economía de mercado en su sentido moderno.» Cuando Claudín era marxista-leninista decía *praxis*. (*El País*, 18 de mayo de 1990, p. 4.) Claudín cree que incluso en el comunismo soviético «predomina una orientación socialdemócrata, homologable al carácter de izquierda que tiene y debe tener la *perestroika*». Y piensa que «incluso el nombre mismo de este partido (comunista) puede ser una *hipoteca mortal* para todos los que, habiendo pertenecido a él, optaron u opten por la democracia y la libertad». Lo que Claudín no comenta es el número de millones de muertos, las incontables tragedias que sobre toda la Humanidad, incluida España que él trató, con los demás comunistas, de someter al stalinismo, ha provocado el «experimento». Simplemente llamarlo así me parece una frivolidad aterradora. Que mereció otra frivolidad mayor; el epitafio del antiguo comunista Javier Pradera (ibíd., 17 de mayo de 1980) a Claudín, que habla de evoluciones, libertades y democra-

cias con toda la sinceridad que cabe esperar de quien compartió con Claudín y otros un ideal stalinista durante años y años.

En un libro escrito durante el año 1988, el asesor del presidente Carter, Zbigniew Brzezinski, ofrece algunos aciertos y algunos errores muy significativos. Cuando aún no se había producido el hundimiento visible del comunismo, el libro se titula significativamente *El gran fracaso*, cuyo subtítulo es igualmente acertado: *Nacimiento y muerte del comunismo en el siglo XX*. Pero el libro, tanto en su versión americana (Scribner) como española (Maeva Lasser), se publica ya en 1989, el año del hundimiento, aunque en los primeros meses, y aunque analiza con profundidad y amplitud los factores del fracaso, no se atreve todavía a pronosticar el hundimiento inmediato; todavía admite la posibilidad de una prolongación del comunismo en la URSS hasta muy entrado el siglo XXI, y pronostica los cambios en la Europa del Este de forma infinitamente más lenta de como a los pocos meses de publicado el libro —casi a las pocas semanas— se desencadenaron realmente. Nada tiene de extraño que un historiador español, cuyo nombre velaré porque últimamente se muestra más sensato y correcto, haya desbarrado todavía mucho más al disertar por entonces sobre el futuro del comunismo aperturista.

EL ANÁLISIS DEL CARDENAL RATZINGER

Tras revisar centenares de trabajos sobre el gran fracaso del comunismo en 1989-1990, creo que los más profundos y reveladores son tres: y se deben a un cardenal de Roma, a un profesor español de economía y a una soviétóloga norteamericana.

El 24 de febrero de 1990 el cardenal Joseph Ratzinger, prefecto de la Congregación vaticana para la Doctrina de la Fe, pronunciaba una conferencia en el Aula Pablo VI de Madrid, dentro de una semana sobre fe y cultura. Ante un auditorio en que estaban representadas todas las tendencias del catolicismo español, y que siguió con profunda atención sus palabras, el cardenal, a quien meses después el papa Juan Pablo II reconoció capacidad profética por sus famosas instrucciones de 1984 y 1986 sobre la infiltración marxista en la teología falsamente llamada de la liberación, partió del derribo del muro de Berlín como



La Unión Soviética se afianzó como potencia mundial bajo el mando totalitario y sádico de José Stalin durante los años treinta; y se convirtió en Imperio mundial a partir de 1945. El fracaso y hundimiento del comunismo en 1989-1990 ha sido una de las grandes y maravillosas convulsiones históricas que nadie prácticamente había previsto.

Fernando Claudín, que ya había dado el salto al socialismo menchevique antes de la catástrofe, confesaba poco antes de morir: «La adopción del modelo occidental es inevitable, porque el fracaso histórico del experimento iniciado en octubre de 1917 no deja otra salida.»



hundimiento del materialismo anclado en la mentira. Lo que se ha hundido en 1989, dijo, ha sido el materialismo, la doctrina que proclamaba que *in principio erat materia, non logos*. El logos —espíritu— era para el materialismo un producto de la materia, y las leyes de la materia dominaban al espíritu. (No aludía Ratzinger al espíritu hegeliano, desde luego, sino al espíritu, valga la redundancia, espiritual: no al Espíritu Absoluto sino al espíritu como contrapeso a la materia, el espíritu sobrenatural.) Se ha hundido pues, con el Muro, el materialismo, el marxismo; en su pretensión científica, su identificación progresista, su propuesta humanista y sobre todo su presunción atea. Cierto que el ateísmo no era una tesis marginal del marxismo sino su misma entraña, como brota clarísimamente de los escritos de Marx y de Lenin. Pero lo más hiriente es que el marxismo ha fracasado en su propio terreno; en el terreno económico y social, que pretendió dominar dogmáticamente, doctrinal y teóricamente, y además en la *praxis*, esa conjunción de teoría y acción. Y ha resultado que después de tantas ilusiones y tanta sangre, el marxismo era solamente un sistema de poder, sin raíces ni razones. Citó Ratzinger a su compatriota el filósofo neomarxista Jürgen Habermas, epígono de la Escuela de Frankfurt y una especie de gran lama para la Internacional Socialista hoy; cuando afirma que el hombre no es ser personal sino social, proyección individual de la sociedad; y cuando dice, en la más acendrada tradición marxista, que sólo así se puede tratar al hombre científicamente. Tal visión es absurda y antihumana, porque destruye radicalmente la libertad del hombre en cuanto persona.

Destacó el cardenal la fuerza de la religión en el hundimiento del marxismo, que trató siempre de aniquilar a la religión en la teoría (Marx) y en la realidad (Lenin). Tanto el positivismo como el marxismo, su doctrina paralela y coetánea, trataron de destruir a la religión; uno y otro han caído a impulsos de la religión. La religión, presentada por el marxismo-leninismo como quintaesencia de la superstición, como opio del pueblo y alucinación tranquilizante inducida por motivos de egoísmo clasista contra el pueblo, ha resultado ser por el contrario, en los acontecimientos de Europa del Este sin excluir la Unión Soviética, una suprema instancia de libertad. Reconoció el cardenal la visión de la Iglesia ante el comunismo, desde los inicios de la teoría y de la praxis revolucionaria; en la actitud de

León XIII, de Pío X, de Pío XI en 1937, de Pío XII con su condena formal. Incluyó en la lista anticomunista, con cierto optimismo, a los papas Juan XXIII y Pablo VI, pero sin aludir al impúdico pacto de Metz en 1962 para excluir la condena del comunismo en las deliberaciones conciliares; ni la discutible *Ostpolitik* de Pablo VI. Con toda la razón subrayó, en cambio, la decisión de Juan Pablo II, que apoyado en el espíritu ha sido decisiva para derribar el Muro y desencadenar el movimiento de la libertad en Europa Oriental.

JUAN PABLO II, EL MURO Y «EL PAÍS»

He interpretado libremente, pero creo que fielmente, en los párrafos que anteceden las tesis del cardenal Ratzinger, que produjeron en su auditorio una impresión profundísima, aunque no han sido suficientemente difundidas en España. Poco después publicaba *ABC* (19 de setiembre de 1990, p. 28) un certero artículo del líder polaco Lech Walesa, otro de los campeones de la libertad, titulado muy significativamente «La revolución de Wojtyla ha transformado Europa». Recuerda la visita del papa a Polonia al comenzar el año 1979, dentro del primer año de su pontificado. Un año más tarde estallaba «la huelga de los astilleros de Gdansk, era el principio del fin de la era comunista en Europa», dice el gran sindicalista polaco. Y recuerda que las manifestaciones de esa huelga desfilaron bajo los retratos de la Virgen Negra y el papa de Roma. Cuando en 1980 la bota soviética por su intermediario Jaruzelski aplastaba la primera revolución de Solidaridad, toda Polonia, aunque Walesa no lo diga en su gran artículo, supo que el papa había hecho llegar a los dirigentes soviéticos su compromiso de renunciar a la Santa Sede y presentarse en su patria para encabezar la rebelión si las tropas soviéticas penetraban de nuevo a sangre y fuego. No lo hicieron; pero pocos meses después, el 13 de mayo de 1981, un asesino de la KGB, bajo cobertura falsa de ultraderechista turco, trataba de asesinar al papa en plena plaza de San Pedro. Regía la URSS el hasta hacía poco jefe de la KGB, Yuri Andropov, disfrazado de reformista.

Es muy curioso que el diario progresista de Madrid, *El País*, que se había hartado de llamar al papa Juan Pablo II «maníaco besacemento» y otras lindezas, casi se ali-

neaba ahora con el ABC a la hora de reconocer la vital influencia del papa en la caída efectiva del Muro de Berlín. Aunque su mentor Juan Luis Cebrián olvidara flagrantemente la componente religiosa del movimiento por la libertad, y tratara de presentarlo (8 de mayo de 1980, p. 6) como una tendencia al «laicismo frente al poder clerical». Es una tergiversación muy dentro de la línea denunciada tenazmente por la revista romana *30 días* (núm. 7, julio de 1990) cuando describe los intentos de reconducir ese movimiento según recetas masónicas, y los análisis sobre masonería en ese número de esa revista que ha desplazado a la dirigida por los jesuitas, *La Civiltà Cattolica*, como intérprete oficioso de la actual Santa Sede son nada menos que tres. En ese mismo número se afirma que una de las circunstancias que han retrasado tanto el hundimiento del marxismo es que ha encontrado, en el Occidente de la posguerra, un cristianismo incoherente entre la fe y la vida; acomplejado y empeñado en tender puentes al marxismo y al positivismo en la política, la cultura y la moral. Ése ha sido, en efecto, el gran pecado del progresismo católico y de la teología de la liberación o marxismo cristiano.

LA DESCALIFICACIÓN DE LUIS ÁNGEL ROJO

El artículo del profesor Luis Ángel Rojo se publicó en la revista *Claves de razón práctica*, número inaugural de abril de 1990. Bajo el título *La Unión Soviética sin plan y sin mercado* no analiza sólo, con detallada precisión, el hundimiento del marxismo y el comunismo en su terreno, como decía Ratzinger, sino el fracaso de la propia *perestroika* en sus vacilaciones económicas. Describe a la planificación soviética (que fascinó a dos promotores del socialismo moderno, Sidney y Beatrice Webb), como «un gigantesco mecanismo dilapidador de esfuerzos y generador de penalidades innecesarias». Se sabía (pero no se decía) desde los años sesenta que la economía soviética «mostraba una pérdida de crecimiento que la propaganda oficial no conseguía ocultar». Desde el principio de la década de los sesenta el crecimiento de la renta nacional soviética se desaceleró, hasta anularse hacia 1987, mientras la renta por habitante «ha estado descendiendo en la URSS a lo largo de los quince últimos años».

La *perestroika*, denuncia Rojo, equivale a un retorno a la economía de Lenin; «no pretende por tanto desmontar el socialismo sino sanearlo». Para Gorbachov el error fue abandonar la Nueva Política Económica leninista (1921-1927) para iniciar en 1928 los planes quinquenales, la gloria económica de Stalin, un apogeo de la «planificación central y la colectivización plena de los medios de producción». Pero la *perestroika* no ha arreglado nada. «Las medidas de reforma económica, adoptadas básicamente en 1987, no han rendido hasta ahora los frutos que prometían. Por el contrario, la situación se ha agravado: parece que desde entonces ha registrado un retroceso que pudo ser cercano al 5 por ciento en 1989 y que probablemente sea aún mayor en el año actual.»

En la agricultura la *perestroika* no se ha notado nada. Se mantiene la vieja planificación, la escasez de materias primas es crónica. Los promotores de la *perestroika* imputan el fracaso de la economía a la burocracia y la organización del partido. Pero la realidad es más compleja: el hábito y la disciplina de la planificación rígida no se han sustituido con nada y el resultado es «un grado considerable de caos». No sólo los burócratas sino la mayoría de la población desconfían del mercado. En el otoño de 1989 el viceprimer ministro, Leonid Abalkin, preparó un plan que se proponía introducir la economía de mercado para fines del 1991, pero el Comité Central lo rechazó y adoptó otro plan reaccionario que retrasaba esa implantación hasta 1993. Tales vacilaciones e incertidumbres impulsaron a Gorbachov a reclamar el fin del monopolio político comunista en febrero de 1990.

Nadie sabe qué es la «economía de mercado planificada» que propone Gorbachov. Nadie, ni siquiera Gorbachov.

LA ADVERTENCIA DE ILIANA KASS

En esta misma línea de escepticismo radical frente a las perspectivas de la *perestroika*, y además de crítica profunda a la inundante propaganda soviética en favor de la «nueva situación» aceptada por los medios de comunicación y muchos intelectuales y políticos de Occidente con singular papanatismo, la soviétóloga americana Iliana Kass publicó en la revista *Comparative Strategy* (vol. 8, 1989, p. 181) un artículo revelador, *The Gorbachev Strategy*, en

que nos describe a unos Estados Unidos completamente impreparados ante la audaz iniciativa del líder soviético que es el adversario clave de los Estados Unidos: donde la opinión pública proyecta en Gorbachov sus propios deseos y valores. Ciertamente que Gorbachov es un político racional que se niega a presidir la disolución del imperio soviético. Ciertamente que los cambios en la URSS son reales y no mera propaganda. Pero Gorbachov aplica su gran capacidad de crear imagen a un doble frente: captarse las simpatías de Occidente y preservar en todo lo esencial al leninismo. Su primer gran término, *glasnost*, traducido por transparencia o publicidad, se define realmente en la URSS como «técnica de atraer la atención pública». Y el único criterio de la *glasnost* para Gorbachov es «fortalecer al socialismo». Por tanto, en la realidad, *glasnost* no es transparencia sino manipulación de la información.

Perestroika es, sí, «reestructuración». Pero dentro del socialismo, que para los soviéticos significa comunismo. «Espera un amargo desencanto —dice él mismo— a quienes en Occidente piensan que vamos a construir una sociedad no socialista.» Y añade: «La finalidad de la *perestroika* es el restablecimiento práctico de la concepción leninista del socialismo.» Kass sitúa a Gorbachov en la línea de los grandes reformadores rusos para tiempos de crisis: Ivan III, Pedro el Grande, Lenin, Stalin y Jruschov.

LOS PRECURSORES HEROICOS: POLONIA

Tras resumir estos tres grandes análisis, los más significativos entre tantísima contribución y hojarasca, debemos ahora repasar cronológicamente los momentos más importantes del proceso que han conducido al hundimiento del comunismo. No me voy a referir a etapas anteriores, que he tratado de estudiar en la introducción de mi libro *Iglesia, modernidad y transición*, sobre el que trabajo actualmente. Sabido es que, como ha descrito con gran hondura Gonzalo Fernández de la Mora en *Razón española* (número 41, mayo de 1990), en su artículo «*La agonía del marxismo*», el Imperio soviético era el único del mundo sin descolonizar en nuestros días; y era, en el momento de la gran crisis, un conglomerado del Imperio de los zares y el Imperio de Stalin, que a su vez comprendía las naciones de la Europa oriental esclavizadas entre 1945 y 1948 y las

anexiones con propósito permanente a la URSS, como las repúblicas bálticas (pertenecientes al Imperio de los zares salvo su efímera libertad de 1918 a 1939) y los pedazos engullidos en la guerra mundial en Finlandia, Alemania (Prusia oriental), Polonia, Rumanía y las islas japonesas del Norte. La asimilación imperial soviética de naciones libres en Europa resultaba muy difícil, como se comprobó ya en 1953 en el levantamiento del Berlín este; en 1956 en la rebelión de Hungría tras la crisis de Suez; en 1968 en Checoslovaquia tras la primavera de Praga: todas ellas aplastadas por los tanques soviéticos, según la doctrina imperialista pura de la «soberanía limitada» que formuló Brézhnev, el dictador que sitúa Brzezinski dentro del «stalinismo estancado» con toda razón. Los héroes populares de esas rebeliones reciben ahora el reconocimiento de todo el mundo libre por su martirio, ante el que Occidente se cruzó de brazos, incluida la Santa Sede de la *Ostpolitik*.

Sin embargo el factor más desencadenante del movimiento por la libertad ha sido, sin la menor duda, Polonia; porque además han sido no los reaccionarios, sino los obreros polacos los que se han alzado con tenacidad forjada por siglos de opresión contra el paraíso de los proletarios y los obreros de todo el mundo. Ya en la primavera de 1956, el año de la rebelión húngara, se rebelaban los obreros de Poznan. Y al año siguiente de la visita del papa polaco, el sindicato obrero católico Solidaridad iniciaba el ataque frontal al comunismo y al imperialismo soviético, como nos acaba de recordar Lech Walesa, su campeón. Sin embargo el año de esa visita, 1979, sucedió dentro de la URSS (que precisamente en diciembre de ese año se embarcaba en su última y alocada aventura imperialista de Afganistán, entre las protestas de todo el mundo civilizado) un hecho trascendental, enteramente desconocido en Occidente, y revelado por Edward N. Luttwak en su trabajo *Gorbachev's strategy and ours*, publicado en la revista norteamericana *Commentary* en su número de julio 1989, página 29 y siguientes.

LAS CONFESIONES DEL MARISCAL OGARKOV

Desde que gracias a sus espías comunistas en Occidente la URSS rompió el monopolio nuclear norteamericano en 1949, la estrategia soviética de «acumulación» iniciada en

1945 consiguió una superioridad militar contra Occidente que el propio gobierno norteamericano reconocía en sus comunicaciones anuales sobre evaluación estratégica. Esta superioridad, unida a los éxitos soviéticos en la carrera espacial, se asumía en Occidente como potencialmente decisiva en caso de conflicto. Ahora sabemos que tal superioridad era engañosa; aunque los servicios americanos de información fomentaban también el engaño para asegurar la superioridad tecnológica de los Estados Unidos en los campos de la electrónica y de la informática, que requerían cuantiosas inversiones públicas. La realidad era, sin embargo, que «a fines de los años setenta, el verdadero núcleo de todo el sistema soviético —es decir, el sistema de acumulación militar—, «se hallaba en aguda crisis», dice Luttwak. Y en la cumbre del mando de la URSS esta realidad era perfectamente sabida desde los informes reservados e incluso las declaraciones públicas del mariscal Nikolai Ogarkov, jefe del Estado Mayor General, que inauguró una *glasnost* personal en la que afirmaba que los Estados Unidos se estaban preparando activamente para la guerra mundial (lo cual era falso) mediante unos progresos de tipo tecnológico —guerra electrónica y perfeccionamiento de ordenadores— que podrían invalidar completamente el potencial militar acumulativo soviético en caso de conflicto, lo cual era sencillamente verdad. Las escasas horas de guerra aérea entre israelíes y sirios (es decir, entre tecnología americana y soviética) sobre el Líbano el 10 de junio de 1982 confirmaron los temores de Ogarkov por un margen entre 89 a 0 a favor de los americanos, cifra verdaderamente increíble. Y cuando en 1983 el presidente Ronald Reagan lanzó a la realidad el proyecto de Iniciativa de Defensa Estratégica, Ogarkov clamó al cielo dentro del estancamiento final de la era Brézhnev, quien sólo supo replicar desencadenando una torpísima campaña anti-Reagan y contra la llamada despectivamente «guerra de las galaxias» por la agencia Novosti y todos sus satélites en Occidente, entre los que destacaba Televisión Española en manos socialistas, por la orientación siempre antinorteamericana de Alfonso Guerra. Desde entonces la superioridad tecnológico-militar de los Estados Unidos no ha hecho más que aumentar, pese a la superioridad soviética en carros, aviones, y divisiones de infantería e incluso cabezas nucleares, aunque se acaba de averiguar que había mucha chapuza en el despliegue nuclear soviético; por lo cual con-

viene destacar al presidente Ronald Reagan como el otro gran promotor de la caída del Muro, junto al papa Juan Pablo II. No es extraño que la TVE de Alfonso Guerra fustigase por igual, entonces, a los dos. El 12 de junio de 1987 Reagan pidió a Gorbachov que derribase el Muro; los dos sabían lo que se escondía tras la exigencia. En otro artículo de gran densidad informativa, «Soviet Military Policy» (*Current History*, octubre de 1989, núm. 337), Mark Kramer confirma la intuición de Littwak y sugiere que tras jubilar a un grupo importante de generales reaccionarios Mijaíl Gorbachov se ha alineado abiertamente en favor de las tesis de Ogarkov, aunque se vio obligado a mantener la estrategia de acumulación durante sus dos primeros años de mandato, es decir hasta 1987. Gorbachov es, por tanto, concluimos, el hombre de los militares avanzados en la URSS; no parece fácil que sea derribado por un golpe militar, pese al intenso adoctrinamiento marxista leninista del Ejército Rojo.

CHINA Y LAS NACIONALIDADES SOVIÉTICAS

En ese año 1985, en que Gorbachov, con su ideal reformista, accedía al secretariado del Partido Comunista (y se entrevistaba, a fines del año, con Reagan en Ginebra), la URSS estaba implicada hasta los ojos en la guerra de Afganistán, que ha sido el Vietnam soviético, y que ya revelaba otro terrible problema del comunismo: el choque de las nacionalidades, cuando los soldados no rusos del Ejército sentían creciente repugnancia a matar afganos, por solidaridad antirrusa mezclada de fundamentalismo islámico (otro factor religioso) en muchos casos. Desde su irrupción en el poder supremo, Gorbachov proclamó la *glasnost*; el 25 de febrero de 1986 criticó la era Brézhnev y propuso la *perestroika*, que desde aquel momento repitieron en todos los tonos los terminales de la propaganda soviética en Occidente. En diciembre de ese mismo año el *experimento* liberalizador de la China comunista, incorporada al bloque marxista leninista desde 1949 gracias a la corrupción de la China nacional y a la inconcebible desidia de Occidente, se veía gravemente comprometido ante la revuelta de los estudiantes en Pekín, que clamaban por la libertad de una revolución cultural mucho más auténtica que la de Mao. A fines de 1987 los comunistas pierden (en Polo-

nia, naturalmente) la primera confrontación electoral que se atreven a convocar bajo el todavía activo telón de acero; el pueblo polaco rechaza las reformas comunistas para que todo cambie sin cambiar nada. Desde entonces, atropelladamente, se suceden los intentos de falso aperturismo en los regímenes y partidos comunistas del este europeo; pretenden transformarse en socialistas, ocultan la etiqueta para mantener las estructuras de poder, sacrifican a algunos líderes impresentables mientras otros, como el bestial Ceaucescu, amigo y sostén del demócrata Santiago Carrillo, afianzan su sistema de opresión y de terror, como el lejano y repulsivo Fidel Castro. En ese año habían estallado los primeros disturbios importantes en Azerbaiján, en el Cáucaso, uno de los focos persistentes en la rebelión de las nacionalidades del Imperio soviético.

Con lo que entramos en el año 1989, que muchos considerarían un año milagroso, pero que a la vista de los antecedentes ya reseñados nos aparece ahora como un año lógico, lo cual tampoco queda fuera del milagro en el convulso mundo de nuestra época. El 15 de febrero el Ejército Rojo completaba su evacuación de Afganistán, a precio de dejar al país sumido en una guerra civil atroz; este Vietnam de la URSS había planteado desnudamente la confrontación militar con el problema de las nacionalidades, es decir con la crisis general del Imperio soviético en todas sus versiones. Los días 3 y 4 de junio el gobierno comunista de China daba un inmenso salto atrás en sus procesos de liberalización con la matanza de estudiantes en la plaza de Tiananmen que volvía a convertirse en antesala de la Ciudad Prohibida. La crisis del marxismo leninista en China se ha considerado desde nuestros observatorios egoístas y alicortos como un acontecimiento marginal dentro de la crisis general del marxismo, con la excepción de Brzezinski, que le dedica sus capítulos más lucidos, aunque bastante idealizados ante los favores de la apertura comercial y económica de la China comunista a los Estados Unidos. Pero la brutal reacción de Tiananmen sirvió para recordar al mundo la verdadera faz del comunismo, siempre dispuesto a solucionar los problemas inmediatos con el terror totalitario, como pronto haría el régimen criminal del dictador Ceaucescu en Rumanía.



Es muy curioso que el diario progresista de Madrid «El País», que se había hartado de llamar a Juan Pablo II «maniaco besacemento» y otras lindezas, casi se alineaba ahora con el «ABC» a la hora de reconocer la vital influencia del papa en la caída efectiva del muro de Berlín.



«Perestroika» es, sí, «reestructuración». Pero dentro del socialismo, que para los soviéticos significa comunismo. «Espera un amargo desencanto —dice Gorbachov— a quienes en Occidente piensan que vamos a construir una sociedad no socialista.»

LA CAÍDA DEL MURO DE BERLÍN

Dejemos, pues, la interrogante del comunismo chino, que en todo caso no es unívoco con el soviético, sin resolver, aunque con la esperanza de esa estatua de la Libertad adorada por los estudiantes de Tiananmen a costa de un río de sangre; y volvamos a Occidente, donde el verano de 1989 contempló la agonía del comunismo en Europa del Este. En agosto los ciudadanos de la Alemania Oriental emprendían un éxodo en masa, so capa de vacaciones en otros países del pacto de Varsovia, hacia la República Federal. La huida alcanzó tales proporciones que las autoridades húngaras abrieron el 14 de setiembre su frontera con Austria para facilitar la gran evasión; y unos días más tarde las embajadas germano-occidentales en Polonia y Checoslovaquia rebosaban de refugiados de la Alemania comunista, cuyos dirigentes blandían en vano amenazas totalitarias contra las fugas. El 16 de octubre caía a manos de sus propios correligionarios el líder comunista de la Alemania oriental, el siniestro Honnecker, pese a lo cual una semana más tarde doscientos mil manifestantes clamaban por la libertad en Leipzig. La Alemania oriental era el Estado comunista más avanzado, aunque se había perdido de lejos en la carrera económica con sus hermanos de la Alemania Federal; eran los mismos alemanes, las mismas familias, la misma tradición común, pero una Alemania estaba a la cabeza del mundo libre y de la prosperidad, la otra malvivía en la escasez y el desánimo; todo el mundo comprendió que lo que fallaba era el sistema. El 4 de noviembre casi toda la población de Berlín este se echó a la calle para exigir la libertad y la democracia. La marea germana era incontenible y Gorbachov tuvo el buen sentido de comprenderlo. El 9 de noviembre de 1989, una gran fecha para los fastos de la historia universal, se abrió, por la presión popular, el muro de Berlín entre las dos Alemanias, caía la barrera que había costado tantas vidas durante décadas, y se desataba un movimiento imparable en favor de la reunificación de Alemania, recién consumada ya cuando se escriben estas líneas en pleno otoño de 1990. En la revista oficiosa del Ministerio español de Asuntos Exteriores, *Política exterior* (núm. 15, primavera de 1990), se dedica una atención monográfica a la reunificación ale-

mana, que es ya un postulado de Europa entera. La revista no sigue las directrices del gobierno socialista para este punto vital; el gobierno socialista no tiene directrices exteriores, sino meros oportunismos casi siempre serviles, y se ve que el señor Mitterrand no había tenido tiempo aún de comunicar sus instrucciones sobre este problema al señor González. La irresistible tendencia de Alemania a la unificación, que inaugura una nueva época en Europa, coincidía con la tendencia no menos irresistible de la Unión Soviética, es decir el Imperio soviético, a la dispersión, que a estas alturas nadie sabe dónde puede acabar. El neomarxista Jürgen Habermas profirió en *El País*, su órgano habitual de comunicación (3 de mayo de 1990) una serie de banalidades resentidas contra la reunificación de Alemania, que para nada influyeron, naturalmente, en la colosal victoria del centro derecha en las primeras elecciones libres de la Alemania ex comunista desde 1933.

El agrietamiento del Imperio soviético, advertido ya desde los conflictos del Cáucaso y las tensiones provocadas en las repúblicas soviéticas de Asia central con motivo de la trampa de Afganistán afectaron ya al propio Imperio de los zares con la rebelión de los Estados bálticos iniciada por el parlamento (comunista) de Letonia dos días después de la caída del muro de Berlín, aunque pronto sería el antiguo Gran Ducado de Lituania, que ya frenó a Iván el Terrible en el siglo xv, y posee tantos vínculos históricos con Polonia, quien reclamara la independencia con alarma mortal en la URSS. El 1 de diciembre de 1989, para cerrar un año de tanto peso histórico, Mijaíl Gorbachov visitaba en el Vaticano al papa Juan Pablo II y anunciaba el establecimiento de relaciones con la Santa Sede.

LOS VALORES ESPIRITUALES DE GORBACHOV

A lo largo del año 1990 ha continuado, de forma irreversible, el hundimiento del comunismo en Europa del Este y en la Unión Soviética, mientras el dictador totalitario del Caribe, Fidel Castro, sangrientamente fracasado en su último intento estratégico, la guerra civil del Salvador, y atónito porque las elecciones libres de Nicaragua daban la victoria a Violeta Chamorro, portavoz de la libertad, frente a los satélites sandinistas de Cuba, reclamaba las estatuas de Lenin derribadas en el este de Europa para volver-

las a levantar en la Cuba esclavizada; y lo hacía con la medalla de oro del Senado español al pecho, ofrecida por su anterior presidente el socialista don José Federico de Carvajal, que no se atrevería ya a presentarse a las últimas elecciones españolas para la Cámara Alta degradada por él de ese modo. Sin embargo, el 9 de marzo de 1990 el propio Gorbachov se encargaba de desilusionar a sus turiferarios occidentales con un discurso pronunciado al tomar posesión de la presidencia de la URSS, su nuevo cargo con poderes casi absolutos; el discurso se reproduce en el citado número de *Política exterior*, en que define, sí, a la democracia como «conquista principal de la *perestroika*»; y critica la falta de preparación de los cuadros soviéticos para el cambio, cede terreno teórico en los problemas de la autodeterminación, exalta los valores de la espiritualidad, frente a las incomprensiones del pasado hacia la espiritualidad: «Los valores espirituales se consideran en la sociedad como una necesidad vital para su existencia»; promete «una profunda reforma militar», pero no renuncia al socialismo ni al sistema soviético; la reforma no se hace para suprimirlos sino para «coadyuvar a la más rápida configuración de toda la estructura renovada de los soviets como órganos de plenos poderes del autogobierno popular». Con toda razón subraya el especialista británico en estrategia, Brian Crozier, la importancia del discurso de Gorbachov en 1987 cuando aludió a la forzada paz de Brest-Litovsk en 1918, aceptada por Lenin para salvar *in extremis* la revolución. «Casi setenta años después se trataba otra vez de hacer lo necesario e inevitable, en términos de concesiones, para que preservada la base de la revolución se pudiera intentar luego la reconquista del terreno perdido» (cfr. *Razón española*, núm. 41, mayo-junio de 1990).

«EL SOCIALISMO DEL FUTURO»

El comunismo y el marxismo se han hundido en la Europa del Este y se están diluyendo, por debajo de la *perestroika*, en la Unión Soviética, mientras la matanza de Tiananmen ha demostrado la incompatibilidad entre la política de reformas económicas y el mantenimiento de un sistema totalitario cada vez más vergonzante. Pero en muchos enclaves de Occidente los residuos del marxismo permanecen enquistados en la incertidumbre, la rutina y la confusión.

Los comunistas desahuciados buscan refugio en la Internacional Socialista y tratan de construir una Nueva Izquierda que pueda perpetuarse como poder en los países del Sur de Europa, y del Tercer Mundo, gracias a la incultura de las masas; éste es el sentido de las victorias socialistas en España dentro de las comunidades autónomas más subdesarrolladas e incultas, como Andalucía, Extremadura y Castilla-La Mancha. Un importante sector de la Internacional Socialista apoya esa pretensión comunista de constituir una versión renovada de Frente Popular. Los lamentables encuentros socialistas de Jávea reconocen como estrella al comunista polaco Adam Schaff, funcionario de la Internacional Socialista que ahora vuelve a Polonia para fortalecer al Partido Comunista derrotado en las urnas estreptosamente; éste es el consejero principal de Alfonso Guerra en el campo ideológico. El Programa 2000 es un intento de perpetuar la tradición marxista en el PSOE y en España. La revista oficiosa del socialismo español, *El socialismo del futuro* (núm. 1, 1990) incluye artículos de Gorbachov, Brand, Guerra, Schaff, nombres que avalan esa tendencia; y en su presentación pública don Felipe González tuvo la desfachatez de acusar al capitalismo de haber abandonado sus principios esenciales, inactiva que hubiera podido dirigir mucho mejor al comunismo. La confusión no anida exclusivamente en la Internacional Socialista, dividida hoy entre un sector liberal y un sector marxista, aunque tal división parece muy difuminada; afecta también a la propia Iglesia católica, que trata casi siempre de compensar su hostilidad al comunismo con una hostilidad paralela al liberalismo. Esto me parece residuo de otras épocas ya superadas, y visión muy reduccionista del liberalismo. Porque en los orígenes y en la evolución del liberalismo, como ha mostrado el profesor Sabine en su famoso tratado histórico sobre la teoría política, hay importantes fermentos de idealismo cristiano y sentido social, no todo es Escuela de Manchester; y el capitalismo ha demostrado ser el único sistema compatible con la libertad y la dignidad de la persona humana. Las terceras vías entre capitalismo y comunismo, que parece preconizar la doctrina de la Iglesia, son no solamente utópicas sino imposibles ante la experiencia disponible.

OTRO PRINCIPIO DE LA HISTORIA

Se hunde el marxismo por todas partes. En 1990 ha triunfado, como decíamos, la libertad en Nicaragua contra los portadores del marxismo-leninismo, aunque los sandinistas tratan también de enmascararse dentro de la Internacional Socialista, como tantos partidos comunistas del Este europeo. Se ha comentado menos el triunfo del centro-derecha en Brasil, con un gran líder, Collor de Melo al frente (el candidato más votado en las favelas de Río) y derrota de la izquierda favorecida descaradamente por los teólogos de la liberación, las comunidades de base y el sector dominante de la Conferencia Episcopal. Los teólogos marxistas de la liberación están desconcertados, sobre todo desde la trágica eliminación de su principal estratega, el jesuita español Ignacio Ellacuría, en la revuelta marxista del Salvador a fines de 1989. Sin embargo el más impúdico de todos ellos, el brasileño frei Betto, íntimo de Castro, se ha atrevido a decir que «Europa siente nostalgia por el muro de Berlín y tratará de volver a levantarlo»; mientras su colega el espectacular antaño y hoy ridículo Leonardo Boff, profetiza que «la crisis purificará al verdadero corazón de la utopía socialista»; es de esperar que los buenos católicos alemanes dejen de subvencionar a tales energúmenos como habían hecho con tan ciega generosidad hasta ahora.

Está claro que algunos marxistas-leninistas, como estos clérigos desbocados, tratarán de mantener su actitud revolucionaria aun cortados de su cabeza estratégica rectora. Subsisten aún muchas dudas, muchas confusiones. El Instituto Internacional de Estudios Estratégicos de Londres (cfr. *El País*, 25 de mayo de 1990, p. 4) cree que la situación soviética está ya fuera de control. Los laboristas británicos, que dieron origen al socialismo moderado moderno en la práctica política, dicen ahora que abandonan el socialismo (*El Independiente*, 25 de mayo de 1990, p. 21), pese a sus antiguos coqueteos con el comunismo al principio de la posguerra mundial segunda. Los numerosos terminales de la *agitprop* marxista en la prensa y la intelectualidad de Occidente no saben dónde mirar tras el hundimiento del Muro. Unos se dedican a abominar del comunismo, con actitud cínica que no engaña a nadie.

Otros, como Joan Barril, desahogan su decepción y su estupor en el artículo «Revelaciones», publicado en *El País* el 21 de diciembre de 1989. El teólogo marxista de la liberación José Antonio Gimbernat, ex jesuita, comunica su amargura en un artículo-pregunta no ya sobre el fin del comunismo, sino incluso del socialismo, que profesaba ardentemente. Al ideólogo socialista Ignacio Sotelo le parece absurdo, increíblemente, que el anticomunismo pueda salir robustecido por la caída del comunismo (*El País*, 3 de mayo de 1990), y es que algunos observadores teóricos viendo no ven y oyendo no oyen. Desde luego, en Europa, se están sacando por todas partes las consecuencias políticas correctas del caos y el hundimiento comunista, pero en España no. En España el presidente González recibe de mil amores al comunista rumano Petre Ronan, tan marxista leninista como Ceaucescu, aunque más joven, pero no menos sádico; ya hemos visto cómo se ha inventado un sucedáneo de las SS en esos misteriosos mineros armados que azuza contra los manifestantes que reclaman libertad. Y en cuanto a la derecha española, sus pobres fundaciones desmanteladas, sus pensadores dispersos y despreciados, sus dirigentes fascinados por el poder socialista e ilusionados con una tecnocracia ajena a todo pensamiento profundo, ha contemplado el fracaso histórico del comunismo y el marxismo como algo ajeno, algo distinto y distante que decía un líder de la derecha ya políticamente difunto que se moría porque le llamaran progresista. Tal vez los líderes actuales del centro-derecha teman que si analizan públicamente la tragedia comunista puedan comprometer la gobernabilidad del Estado, como nuestros obispos, que tampoco han comentado colectivamente el caso por razones, sin duda, de prudencia pastoral, pese a que el papa Juan Pablo II ha marcado el acontecimiento como la base para construir una nueva cristiandad; contra las directrices masónicas que tratan de extender a los reconquistados países del Este su frío ideal de secularización.

En todo caso acabamos de vivir, y seguimos viviendo, un suceso histórico de primera magnitud, que no será, desde luego, el final de la Historia, sino el comienzo de una nueva fase —profunda, inesperada, apasionante— de la Historia.

III. CATALUÑA: MUCHO MÁS QUE UN MILENARIO

La major part dels castellans go-
sen dir públicament que aquesta
nostra província (Catalunya) no és
Espanya y per ço que nosaltres no
som verdaders espanyols. Aquesta
província no sols és Espanya mas
és la millor Espanya.

(Cristòfor Despuig,
en sus *Colloquis de Tortosa*, 1557)

El 22 de octubre de 1987 el Parlamento de Cataluña aprobó por unanimidad «celebrar el milenario de la independencia de hecho de los condados catalanes, basándose en la negativa del conde Borrell II de Barcelona a prestar vasallaje al rey de los franceses Hugo Capeto el año 988». Muy curiosamente la Generalidad de Cataluña nombró tras esta decisión no probada ni razonada una comisión formada por eminentes medievalistas para que la probase y razonase; lo cual llamamos en Castilla poner el carro antes de los bueyes, dígase con toda consideración. La Comisión fue titulada «del Milenario del Nacimiento Político de Cataluña», que ya era un paso más; el nacimiento político, nada menos. Emitió algo más de un año después su informe, cuando ya casi se había terminado la fecha teórica del milenario, 1988, y se curó en salud al afirmar que «no nos ha interesado tanto la defensa de la exactitud de una fecha milenaria precisa, el 988, sino probar documentalmente la existencia de un pueblo diferenciado y consciente de lo que era hace mil años» (Generalitat de Catalunya, *Procés de l'independència de Catalunya, la fita de 988*, Barcelona, 1989). El título de este informe es una nueva manipulación, menos mal que la independencia se refiere a los

siglos VIII-XI, en el primero de los cuales vivieron los condados de la futura Cataluña en plena dependencia, como veremos. En el informe no se cita una sola vez el nombre venerable y primigenio de *Marca Hispànica* fundada por los carolingios en 795; sólo se alude, y entre comillas, a una «marca». La clave del informe está entre las páginas 71 y 73, me parece. Vamos a comprobarlo en su contexto.

DE WIFREDO A BORRELL

El Milenario del Nacimiento Político de Cataluña se ha improvisado y se ha celebrado en torno al conde de Barcelona Borrell II, hijo del conde Sunyer, que fue heredero del mitológico Wifredo el Velloso, fundador de la casa condal de Barcelona y Urgel, en torno del cual el historiador Joseph Calmette, que ejerció una auténtica dictadura sobre la historiografía catalanista durante la primera mitad de este siglo, quiso montar «el supuesto nacimiento de Cataluña en 865», y la expresión es del gran historiador catalán Ramon d'Abadal en su espléndido conjunto de estudios *Els primers comtes catalans*, publicado por primera vez en 1958 y varias veces reeditado; citamos por la reimpresión de la editorial Vicens Vives en 1983. Abadal es, por cierto, el investigador en cuyas tesis pretende apoyarse fundamentalmente la Generalidad de Cataluña al urdir su milenario; una selección de sus textos ha sido solemnemente presentada en edición oficial de la Generalidad por el propio señor Pujol en 1988. Vamos, pues, a apoyarnos también en don Ramon para estas consideraciones, pero con la diferencia de que vamos a decir lo que él realmente dijo. Entre otras frases lapidarias, dos fundamentales. Una sobre el presunto nacimiento de la soberanía catalana por la actuación del Velloso: que es, para Abadal, «una fantasía ligada a concepciones políticas modernas»; otra, que contradice la pretensión milenarista frontalmente: «Nadie podrá decir nunca cuándo nació Cataluña.» Aunque lo acuerde el Parlamento de Cataluña por unanimidad. Wifredo, que es un personaje de colosal envergadura, dejó un gran recuerdo como fundador de monasterios, repoblador y guerrero; pero según Abadal su figura no se ha exaltado tanto por esas actuaciones reales sino por su «presunto carácter de conde soberano de la Cataluña independiente». Es decir, que «Wifredo fue convertido por la his-

torioografía legendaria en nuestro héroe fundador». Bien, pues una vez rechazada por la mejor historioografía catalana tal leyenda, ahora la historioografía parlamentaria, incluidos en mala hora los representantes de Alianza Popular y el CDS, más catalanistas que nadie, ha decidido investir como héroe fundador al conde Borrell II.

Borrell, conde de Barcelona desde 947 a 992, gobernó durante cuarenta y cinco años ese condado y además los de Gerona, Osona y Urgel. Se tituló también marqués, porque su territorio hacía frontera con los sarracenos, una frontera que fue siempre el horizonte de la Marca Hispánica; se tituló también duque de Iberia, duque de Gotia, duque de España, y concretamente de la España Citerior, título que Abadal reconoce, pero el informe de la Comisión para el Milenario Político borra como por ensalmo; y príncipe del condado de Gerona. Para Abadal ese imponente conjunto de títulos ofrece «un cierto regusto de independencia» respecto a la soberanía del reino de los francos; pero resulta algo apresurado montar milenarios sobre «un cierto regusto».

Borrell acudió a Roma para conseguir del papa que la sede primada (primada de Hispania) de Tarragona, en poder de los moros, se trasladase a Osona; logró la autorización, pero el proyecto resultó efímero, como otros dos anteriores que buscaban la independencia eclesiástica respecto de Narbona. Borrell, hábil político pero pésimo estratega, trató de seguir una política de equilibrio entre el poder de los francos, de quienes dependía feudalmente, y el inmenso poder musulmán del califato cordobés, al que envió embajadas de aproximación en tiempos de Abderramán III y su sucesor Al-Hakem. Pero al morir éste en 976, le sucedió Hisham, dominado pronto por Al-Mansur, nuestro familiar Almanzor, tirano militar que asoló los territorios cristianos y arrasó la ciudad de Barcelona en su campaña de 985. Parece que el estrago fue horrible, pero breve la ocupación; los condados catalanes no recibieron auxilio del reino de los francos, cuyo titular, Lotario, murió en 986, por lo que Borrell rindió en ese mismo año el homenaje ritual a Luis, como sucesor de Lotario. Pero Luis murió en mayo de 987, y entonces fue elevado al trono de rey «de los francos y de los hispanos», entre otros pueblos, el duque de Francia Hugo Capeto, fundador de la dinastía de la que proviene, entre otros monarcas, el actual Rey de España don Juan Carlos de Borbón. No era una dinas-

tía carolingia; y algunos historiadores apuntan que los condados catalanes (que por supuesto no se llamaban todavía así) se sintieron por ello más desvinculados de la soberanía franca.

LA CARTA DEL REY Y EL SILENCIO DEL CONDE

Llegamos ya a la solemne ocasión del milenario. Al comenzar el año 988 el conde Borrell II pide ayuda a su soberano, el rey de los francos, contra la permanente amenaza de Almanzor, que no se desvaneció, como se sabe, hasta que en 1002, en tierras sorianas el caudillo implacable «perdió el tambor». Entonces el rey de Francia Hugo Capeto, y en su nombre el monje Gilberto de Aurillac, futuro papa y muy amigo de Borrell, escribe al «marqués Borell» una famosísima carta en que le anuncia que piensa dirigirse a España para combatir a la morisma; y en vista de los anteriores devaneos del conde de Barcelona con el califato cordobés, le requiere para que le preste nuevamente homenaje y fidelidad, y que para ello venga con poca gente a su campamento que se va a instalar en Aquitania, y que le envíe a tiempo legados para comprobar si le tiene más fidelidad que a los infieles. Ésta es la esencia de la famosísima carta, en la que Borrell no pudo menos de advertir semejante grosería final.

¿Qué sucedió entonces? Veamos lo que dicen los expertos historiadores que han confeccionado el informe del milenario: «No sabemos que el conde enviara internuncios para renovar su fidelidad, como le pedía (el rey) en la carta; no obstante sí sabemos que no pudo prestarla personalmente al rey Hugo Capeto en Aquitania, puesto que éste no acudió. Una sublevación en la parte norte del reino de Hugo, que dirigió el hermano del rey Lotario, el penúltimo rey carolingio, se lo impidió y tuvo que luchar con los revoltosos nada menos que hasta 991.» (Informe, p. 71.)

«A pesar de todo —siguen los expertos— en los condados de Borrell, los documentos siguieron siendo fechados por el rey Hugo, a quien calificaban de grande.» Luego los expertos caen en un inconcebible *dilettantismo* cuando señalan que el título de duque de Iberia asumido por Borrell era un reconocimiento de «hecho diferenciador claro» entre Hispania y la Galia de los francos; pero no dicen, aunque lo saben, nada del título de duque de la Hispania Citerior.

Es decir, que según el dictamen de los propios expertos del milenario, éste se basa en tan deleznable fundamento como una falta de respuesta (no segura sino probable) del conde Borrell al rey Hugo, y no en una formal negativa del conde, que jamás se dio, y en una ausencia no ya del conde, sino del propio rey de Francia, al sobrevenirle la sublevación carolingia. Realmente deducir de esos dos factores negativos algo tan importante como el arranque para un milenario de independencia política supone un derroche de imaginación que no suele ser corriente entre historiadores encargados de tan importantes dictámenes. Se me ocurre que tal vez hubiera sido más acorde a la Historia celebrar el Milenario del Silencio Administrativo, o de la Probable Falta de Respuesta Escrita, o del Tancament de Caixes si, como quiere mi distinguido amigo y notable historiador Ainaud de Lasarte la «negativa», tuvo inmediatos efectos fiscales; no algo tan trascendental como el Milenario de Cataluña, la cual, por supuesto, no existía aún ni en la realidad ni por tanto en el nombre.

HISTORIADORES EMINENTES CONTRA EL MILENARIO

Otros medievalistas eminentes se muestran bastante escépticos en torno al presunto Milenario de Cataluña. Algunas de sus opiniones se recogieron en el número 36, abril-mayo de 1988, que la revista *Cuenta y razón*, nada hostil, por cierto, al catalanismo, publicó bajo la rúbrica general «Cataluña: mil años». Así el profesor José Ángel García de Cortázar cree que el milenario es «una expresión demasiado redonda para que no se trate de una «convención» (p. 33). Y opta por retrasar la fecha por lo menos hasta 1144-1149, o sea siglo y medio, lo cual, naturalmente, resulta demasiado para los propósitos políticos del milenario urdido por el señor Pujol y sus asesores. El profesor Josep M. Salarich, catedrático de historia medieval en la Universidad de Barcelona, se muestra todavía más escéptico. «En cualquier caso —dice— nos parece que no cabe buscar respuesta a la carta de Hugo Capeto o interpretar la no respuesta de Borrell como un acto de independencia política» (p. 53). El profesor Jaume Sobrequés Callicó, catedrático de historia de Cataluña en la Universidad Autónoma de Barcelona, es todavía más contundente. «Esta falta de matizaciones contribuye a que la legítima voluntad política

de los grupos dirigentes enmascare algo la realidad histórica y a que amplios sectores de la opinión pública catalana, como ya sucedió en los tiempos no lejanos en que florecía la historiografía romántica, reciban un mensaje sobre el pasado colectivo plagado de afirmaciones inexactas e imprecisas. Creo poder afirmar sin temor a equivocarme que habría sido históricamente más riguroso aprobar, por ejemplo, que se deseaba conmemorar, tomando como pretexto una fecha puramente convencional, el arranque del proceso de construcción de un futuro estado soberano.»

En su estudio, que es un verdadero dictamen, el profesor Sobrequés recuerda que «Cataluña no existía en el momento de producirse el cambio de milenio», porque no había ni un territorio unificado ni una conciencia de pertenecer a una unidad, ni una voluntad colectiva nítida ni difuminada tampoco de querer vivir juntos (p. 56). Los nombres *catalán* y *Cataluña* no se han podido documentar antes del siglo XII, y hasta el XIV no apareció el término «principado de Cataluña». Luego se centra Sobrequés en la negativa del conde Borrell, dada por supuesta por muchos historiadores «no sin cierta ligereza», a responder a la carta del rey de Francia; y además «que el comportamiento político de Borrell no estaba inspirado por la voluntad de distanciamiento del monarca franco, y por tanto no tenía motivaciones independentistas, es algo que se hace evidente, como ha indicado el gran historiador catalán Ramón d'Abadal, en el hecho de que, tras de la referida toma de Barcelona por Almanzor, el conde barcelonés, tratando de rectificar su política de amistad con la corte musulmana de Córdoba, reorientase su diplomacia en el sentido de acercarse de nuevo a la monarquía francesa. Borrell no podía desconocer que este camino no sería viable sin mediar la ratificación de juramento de fidelidad política al que estaba obligado. Sobrequés se apoya en Abadal y en Rovira: «En verdad no hay un hecho histórico concreto que sea punto de partida de la independencia catalana» (p. 58). Y luego explica atinadamente el tratado de Corbeil entre Jaime I el Conquistador y san Luis de Francia, en mayo de 1258, cuando los condados de Cataluña, unidos a la Corona de Aragón, perdieron real y jurídicamente su dependencia del reino francés. Y concluye Sobrequés su magistral alegato con estas palabras, que cierran también para nosotros el problema: «No es, pues, históricamente correcto atribuir a Borrell II ni la voluntad bien definida de inde-

pendizar sus condados de la monarquía franca ni el deseo de negarse a prestar el juramento de fidelidad a Hugo Capeto, porque, como ha escrito Rovira, el abandono de las negociaciones iniciadas entre Hugo Capeto y Borrell II parece debido, más que a una problemática resistencia del conde catalán a prestar homenaje al rey francés, al hecho de haberse producido en Francia la guerra dinástica.»

COMPROMETER A LA CORONA

La celebración del Milenario de la Independencia Política de Cataluña se ha basado, por lo tanto, en una colosal manipulación de la Historia por motivos políticos; por los mismos motivos políticos que inspiraron a la historiografía romántica catalana a tomar la leyenda por historia y exaltar la figura de Wifredo el Velloso como padre fundador de la Cataluña independiente; o a proponer el acta del año 965 como fundacional de esa independencia y de esa nación. A esta manipulación ha contribuido de mil amores la Iglesia catalana, que constituyó una fuente principal del nacionalismo político en el siglo pasado, con su endoso actual del milenario político y su celebración paralela del milenario eclesiástico, basado en una exposición titulada con una palabra latina gravemente incorrecta, MILLENUM, que no significa nada en su empeño de catalanizar al mismísimo latín, cuando la hermosa lengua catalana, sin llamarse así todavía, pronunciaba sus primeros balbuceos en el siglo IX sobre la descomposición vulgar del estupendo latín que se había hablado y escrito en la antigua provincia romana Tarraconense. Lo peor es, como vengo insistiendo, que los partidos de ámbito nacional, tanto el cajón de sastre llamado todavía CDS como Alianza Popular y su cristianizado sucedáneo, el Partido Popular, han caído de pies y manos en la trampa del milenario sin una crítica, sin una duda razonable, sin una matización, sin una protesta. Y lo peor de lo peor es que el artificial milenario y sus promotores han conseguido implicar en el engendro no solamente a la prensa nacional, sino hasta a la propia Corona. Con cara muy de circunstancias los reyes de España han presidido algunos actos del milenario, a cambio de que algunos historiadores catalanistas hayan proclamado a don Juan Carlos «descendiente de Borrell», sin mencionar que también lo es de Hugo Capeto. El compromiso

más lamentable es el que se ha forzado sobre la noble figura de don Juan de Borbón, que usó el título de conde de Barcelona cuando se hacía llamar también por sus incondicionales rey de España; pero que luego ha retenido el título, refrendado incluso por real decreto en cuanto a su uso, cuando hay en España otro rey, el único rey de España que no es conde de Barcelona en toda la Historia, desde don Fernando el Católico para acá. Hubiera debido matizarse más que el rey de España es, de forma irrenunciable, conde de Barcelona; y que el uso de ese título por don Juan de Borbón es, como su condición de almirante, puramente honorífico, en virtud de la concordia que siempre ha regido las relaciones recientes dentro de la Casa Real española, con excepciones no dinásticas.

La manipulación histórica del milenario debe entenderse, pues, en medio de un contexto político. Que se marca, *a parte ante*, por el lamentable discurso de investidura del presidente Pujol en 1984 sobre la nación catalana; y por las actuaciones de la Generalidad de Cataluña en los campos de la teoría y la práctica a raíz de la falseada celebración. De todo ello nos vamos a ocupar al cierre de este estudio que ahora, tras la evocación de la reciente trampa, debe volver a las fuentes serenas de la auténtica Historia de Cataluña.

HAY DOS HISTORIAS DE CATALUÑA

Inútil es decir que estos comentarios se emprenden desde un profundo amor y respeto a Cataluña, que brota de mi cuarto de sangre catalana; y dos de los otros tres cuartos son de sangre almogávar, que me impulsan a la misma comprensión y al mismo respeto. La historia de mi familia materna, que es la de los duques de Hornachuelos, se remonta por una de sus ramas principales al solar ampurdanés de la reina doña Sibila de Fortiá, cuyas huellas he seguido con emoción inmensa en más de una incursión por la Cataluña interior, con pretextos electorales. Me he honrado con la amistad de los dos últimos presidentes de la Generalidad catalana, señores Tarradellas y Pujol, y creo que, ante hechos inequívocos, con su confianza. En Cataluña se editan mis libros y tengo una parte sustancial de mis amigos mejores. Por lo tanto albergo la sensación de que escribo desde dentro, lo que me permite no caer en

el halago torpe que prodigan, un tanto servilmente, algunos intelectuales castellanos cuando hablan sobre Cataluña; y creo por ello más fácil decir a los catalanes, desde el corazón de la historia, lo que creo, sin dogmatismos, la verdad.

Y es que hay dos historias de Cataluña que difieren sobre la única realidad de Cataluña. Una, la más antigua y venerable, pero que tiene hoy eximios representantes, considera a Cataluña en sí misma y como una de las fuentes de España, y contempla la historia de Cataluña como destinada por la geografía y por la propia historia, incluida la voluntad de su pueblo y sus grandes rectores históricos, de confluir en esa unidad nacional superior que se llama España. Sin embargo, cuando se planteó, desde reivindicaciones culturales, el catalanismo político exacerbado a fines del pasado siglo, brotó al margen de esa gran historia una historia romántica de Cataluña en la que lo malo no es el romanticismo sino el prejuicio; se trataba de una historia concebida y escrita con un propósito: desvincular a la historia catalana de la historia española, aplicar a la historia el exagerado concepto del *hecho diferencial* en que se quería fundar el nacionalismo, e incluso el separatismo catalán, enfrentado de lleno con la geografía y con la historia real de Cataluña.

Algunos historiadores catalanes de primera magnitud, como el citado Vicens Vives y el gran Ferran Soldevila (que mantiene, sin embargo, una veta nacionalista moderada) están inmunes de esa aberración porque, además de grandes historiadores de Cataluña, son grandes maestros de la historia de España; ver por ejemplo los múltiples tomos de la que con este título escribió Soldevila y ha reeditado Ariel en nuestros días. En esa espléndida línea de convergencia otro profesor e historiador catalán por los cuatro costados, Marcelo Capdeferro, publicó en Editorial Acervo de Barcelona, en 1985, su interesantísimo libro *Otra historia de Cataluña*, que tuve el honor de prologar. Frente a quienes exaltan, fuera del tronco, el *hecho diferencial* —los historiadores románticos—, Capdeferro insiste en la evolución del tronco genérico; los elementos comunes y convergentes entre la historia de Cataluña y la de España. Fundada en las desviaciones románticas de historiadores decimonónicos como Víctor Balaguer y Antonio de Bofarull, la historia catalanista degenera con frecuencia en el separatismo y, lo que es peor, en una forzada y antihistórica inexactitud.

Cuando Capdeferro afirmó y probó esa tesis, y ofreció en su *Otra historia* una estupenda alternativa de historia real, un silencio cobarde y culpable se abatió sobre su obra y su persona. Es, para un observador imparcial, una prueba de juego sucio, de sectarismo antihistórico, de politización de la historia y de la cultura. Aun así se agotó muy pronto la primera edición del libro, que ya ha logrado una urgentísima reedición. El debate histórico no se zanja con imposiciones ni silencios totalitarios; acostumbrado a ser víctima de tales métodos, que jamás me han inquietado lo más mínimo, quisiera ahora rendir tributo público al valor de este notable y valeroso historiador catalán, marginado sin razón alguna por aquellos que, como decía Antonio Machado, desprecian cuanto ignoran.

Con este espíritu emprendo estas consideraciones sobre el misterio que ofrece, para un lector de hoy, la verdadera historia de Cataluña. A la luz de estos profundos y honestos historiadores catalanes, e incluso, en algunos casos, catalanistas, que he resumido en los nombres de Vicens Vives, Soldevila y Capdeferro.

EL NACIMIENTO DE CATALUÑA

Jaime Vicens Vives esboza en varios puntos de su libro *Aproximación a la historia de España* (Barcelona, 1962) el nacimiento de Cataluña, no de la nación catalana. Por supuesto que lo que se conmemoró en 1988 no es el milenario de Cataluña, que en el año 988 no surgió ni como realidad histórica ni siquiera como nombre; faltaban siglos para el nombre y la entidad que conocemos como Cataluña tampoco brotó formalmente en un momento dado, sino como una confluencia —muy posterior— de carácter dinámico, sin punto fijo para el arranque. Vayamos a Vicens:

1. *La reivindicación hispánica en el Cantábrico*: «Astures y cántabros, que siempre habían sido los grupos más reacios a ingresar en la comunidad (romana) peninsular, se erigieron en continuadores de la *tradición hispánica*» (Vicens, p. 60). La resurrección de esa *tradición hispánica* es, por lo tanto, anterior al nacimiento de Cataluña; y virtualmente simultánea con el brote de independencia asturiana contra el Islam invasor, como ha demostrado Sánchez Albornoz. Y es que conviene estudiar siempre la his-

toria de Cataluña donde realmente se desarrolla desde principio a fin: en su contexto hispánico.

2. *La síntesis europea e hispánica del embrión catalán.* Pero la resistencia, la reacción y la recuperación hispánica surgieron también en los Pirineos orientales, sobre lo que sería solar catalán. Por impulso que fue también europeo: «Carlomagno incorporó a su imperio a los condados catalanes surgidos en el curso de sus campañas entre 785/801, los que fueron englobados en un cuerpo político mal definido, llamado *Marca Hispánica*» (Vicens, p. 62).

3. Ese cuerpo mal definido, *¿era algo semejante a una nación?* De ninguna manera: los núcleos hispánicos de resistencia eran, «desde Galicia a Cataluña, simples islotes-testimonio ante la marea musulmana» (Vicens, p. 59).

4. *La dependencia catalana de Francia* —que no se dio en el reino de Asturias— se trasluce en la ausencia de un reino catalán; jamás existió un rey de Cataluña. Incluso cuando se produjo la «desobediencia» del conde Borrell —que ahora se pretende conmemorar— estamos dentro del período de dependencia señalado por Vicens:

«Pese al establecimiento de una dinastía condal propia en Barcelona, por obra de Wifredo el Velloso (874-898), él mismo descendiente de Carcasona (en el Languedoc), es evidente que *durante dos centurias* los condados catalanes latieron al ritmo de Francia» (Vicens, p. 62).

5. *La Cataluña originaria* (que no se llamaba todavía Cataluña) no era nación, sino, políticamente, conjunto de divisiones administrativo-militares (condados no unificados), aunque también, genéricamente, un pueblo que iba alumbrando —en su dependencia de Europa y su lucha contra el Islam— profundos rasgos originales de personalidad. Lo mismo que Castilla, que por cierto parece significar lo que Cataluña, y nacía casi a la vez que su hermana pirenaica, europea y mediterránea. «Es en la época del obispo Oliba cuando cristaliza definitivamente la conciencia catalana de formar una *personalidad aparte*. Una generación más tarde, el conde barcelonés Ramón Berenguer I el Viejo (1035-1076) definiría, en el famoso *Código de los Usatges*, el carácter jurídico y social peculiar del país» (Vicens, p. 68). Pero Capdeferro, que ha arrinconado con toda razón algunas persistencias sobre Wifredo el Velloso, a quien la leyenda catalanista quiso hacer el creador de Cataluña, se apoya en las investigaciones de Fernando Valls Taberner para retrasar la conformación propiamente di-

cha de los Usatges, hasta el siglo xv, cuando se tradujo al catalán la compilación hecha en el siglo xii bajo Ramón Berenguer IV (*op. cit.*, p. 47).

6. En todo caso, la demasiado famosa desobediencia del conde Borrell II en 988 *no inició*, como se pretende conmemorar en el exagerado «milenario de Cataluña», *un período soberano, ni menos nacional* del que mucho después se llamaría no reino, sino principado de Cataluña. Ya hemos visto cómo, según Vicens, continuó *de iure* la dependencia de Francia en el caso del principal de los condados catalanes; pero es que además existían otros fuera de la órbita de Barcelona, durante siglos. Y encrespadas las relaciones institucionales (no formalmente rotas) con el rey de Francia, «no existía aún, dentro de la propia Cataluña (que tampoco existía como tal) el poder superior que pudiese sustituir al rey de Francia; precisaba buscarlo fuera» (Soldevila, *Síntesis de historia de Cataluña*, Barcelona, Destino, 1973, p. 62). Ese poder soberano superior era la Santa Sede, a la cual se enfeudaron los condes de Barcelona, por ejemplo Ramón Berenguer III el Grande (1096-1131).

7. Conviene insistir en la *aparición simultánea de Castilla y Cataluña*: «He aquí un momento trascendental en el porvenir peninsular. Aparece ahora realmente Castilla en la historia. El pueblo castellano —de sangre vasca y cántabra— se configura en una sociedad abierta, dinámica, arriesgada, como lo es toda estructura social en una frontera que avanza.» (Vicens, pp. 68/69.) Nace así, paralela a la personalidad de Cataluña, la personalidad de Castilla, con el mismo nombre, con el mismo horizonte, con la misma lucha, con el mismo destino.

8. *La Corona de Aragón*. ¿Dónde está hasta ahora la *nación catalana*? Vivían los condados catalanes, aun después de la presunta independencia de uno de ellos, bajo una distante soberanía francesa (Vicens, p. 79) cuando van a integrarse en su primera realidad estatal propia que no es un Estado catalán sino la gloriosa Corona de Aragón. La presión expansiva de Castilla, la remota soberanía francesa —en competencia con la más efectiva del papa— y la discreta, pero resuelta actitud de la Santa Sede, «echaron a los aragoneses en brazos de los catalanes» y «obligaron en cierta medida a la aceptación de esta fórmula de convivencia» (Vicens, pp. 78-79).

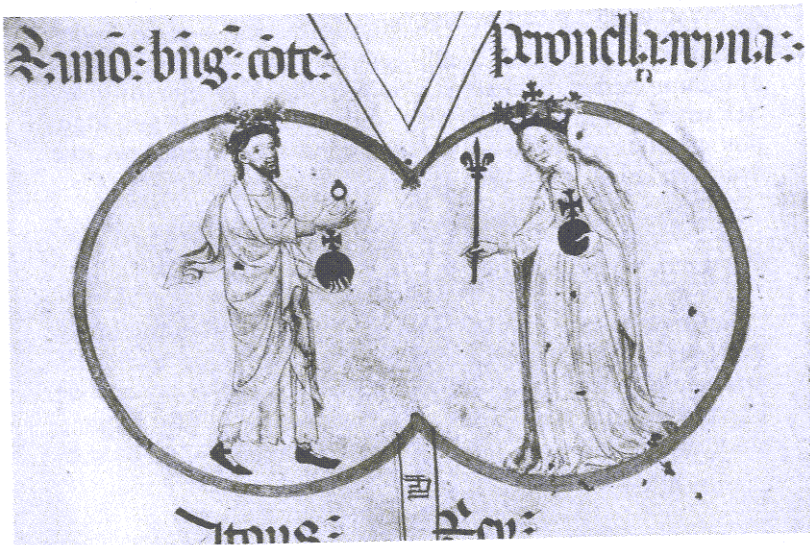
«Fue, pues, la decisión catalana la que contribuyó al nacimiento de la Corona de Aragón —por el matrimonio



La celebración del milenario de la independencia política de Cataluña con el conde Borrell II

(en el grabado) se ha basado en una colosal manipulación de la Historia por motivos políticos; los mismos que inspiraron a la historiografía romántica catalana a tomar la leyenda por historia y exaltar la figura de Wifredo el Velloso como padre fundador de la Cataluña independiente.

«El nacimiento de una España viable —ha escrito Vicens Vives—, forjada con el tridente portugués, castellano y catalano-aragonés, es el mérito incuestionable de Ramón Berenguer IV (en la miniatura, con su esposa Petronila). Pluralismo que jamás excluyó la conciencia de una unidad de gestión en los asuntos hispánicos.»



del conde Ramón Berenguer IV de Barcelona con la infanta Petronila, hija de Ramiro II de Aragón—. Acostumbrados los condes barceloneses a la coexistencia de *varias soberanías en el país catalán* (condados de Barcelona, Urgel, Rosellón, etc.), impulsaron un mutuo respeto a las características de los dos Estados (mejor, diríamos nosotros, el Estado y el condado) que se unían en aquella ocasión en un régimen de perfecta autonomía» (*ibíd.*). Cuando se afirma, pues, políticamente el gran condado de Barcelona, clave aunque no totalidad de Cataluña todavía, lo hace hacia la unión en una entidad superior, no hacia la disgregación. Maravilloso el acorde final de Vicens Vives: «El nacimiento de una España viable, forjada con el tridente portugués, castellano y catalano-aragonés es el mérito incuestionable de Ramón Berenguer IV. Pluralismo que jamás excluyó la conciencia de una unidad de gestión en los asuntos hispánicos» (*ibíd.* p. 80). Por su parte, Capdeferro recuerda que la unión de Ramón Berenguer IV y Petronila no fue la de Cataluña y Aragón, como suele repetirse; primero porque no existía aún el nombre ni la realidad completa de Cataluña; segundo porque dentro del territorio catalán convivían, junto al gran condado de Barcelona, otros varios independientes de él, como los de Pallars Jussá, Rosellón, Pallars Subirá, Ampurias y Urgel. Ramón Berenguer IV nunca utilizó el título de rey; gobernó Aragón pero sin esa dignidad. Sus herederos se llamaron reyes de Aragón y condes de Barcelona; el condado fue pasando a segundo y tercer término dentro de la titulación de la Corona aragonesa, como se lamentan algunos historiadores nacionalistas, que también se mostrarán disconformes —siete siglos después— con la «debilidad» generosísima que don Jaime I el Conquistador demostró hacia Castilla. Y es que los grandes reyes, en su tiempo, veían mucho más claro que algunos grandes —y sobre todo pequeños— historiadores que escriben en el nuestro.

CATALUÑA COMO FUENTE PARA LA UNIDAD DE ESPAÑA

¿Podrá protestar alguien de que, mientras algunos historiadores nacionalistas buscan obsesivamente los *hechos diferenciales* entre Cataluña y España —es decir, el resto de España, porque desde la época romana hasta hoy España sin Cataluña no es ni puede llamarse España—, otros sub-

rayemos, sin negar las diferencias ni la personalidad catalana, los factores de unidad, las identidades genéricas que laten bajo las peculiaridades específicas, las convergencias y las confluencias? Es lo que venimos haciendo en estas consideraciones; y lo que vamos a continuar.

El hijo de Ramón Berenguer IV y doña Petronila, Alfonso II, rey de Aragón y conde de Barcelona (1162-1196), nos ha legado, en su tiempo, tres tesoros: el nombre gentilicio *catalán*, que aparece en su reinado; como el nombre de Cataluña, que en su forma latina *Cathalonia* surge documentalente en 1176; y por último la bandera cuatribarrada, roja y amarilla, que algunos atribuían legendariamente a Wifredo el Velloso, y que vemos, por primera vez, en los sellos de Alfonso II. En cuanto a la lengua catalana, que ya se hablaba de forma incipiente desde los tiempos de la Marca Hispánica —romance, latín nuestro, *nostre latí*—, asoma mediante palabras sueltas en documentos diversos, pero el primer documento que la usa de lleno es algo posterior, de 1211. El nombre de Cataluña con su plena acepción actual aparece en un documento del reinado de Pedro II el Católico (1196-1213) y la plenitud catalana se alcanza por su hijo Jaime I el Conquistador (1213-1276), que logró dos cosas de vital importancia. En primer lugar, la declaración de vasallaje y dependencia de los condados de la antigua Marca Hispánica que aún no se habían incorporado a la Corona catalano-aragonesa: Ampurias, Urgel y Pallars Subirá (Capdeferro, p. 72). En segundo lugar la supresión definitiva del vasallaje de los condados catalanes respecto de Francia, en el tratado de Jaime I con san Luis IX de Francia concertado en Corbeil, 1258. Tal vez ésa sería mejor fecha para celebrar el milenario de Cataluña, aunque se comprenden las prisas del señor Pujol; quedan aún unos siglos de por medio. Luego, al comenzar el siglo xiv, toda Europa se estremeció con esa formidable aventura de catalanes y aragoneses en el Mediterráneo oriental, después que Pedro III tomara Sicilia con los almogávares. Eran los más tremendos y efectivos guerreros de la Baja Edad Media; dominaron al imperio bizantino, fundaron ducados en Grecia y sobrevivieron contra toda posibilidad durante décadas. Como los describe el cronista Bernat Desclot, eran «catalanes, aragoneses, serranos, *golfins*, gentes de la profunda España».

La Corona de Aragón fue una creación originalísima, y una epopeya hacia la unidad de España, en la que parti-

ció decisiva y clarivamente Cataluña. La Corona de Aragón dio al nuevo reino de Valencia «el mismo sistema de gobierno autónomo que prevalecía en las relaciones entre Aragón y Cataluña» (Vicens, p. 85). Bajo el impulso del gran rey don Jaime I, las dos coronas hispánicas, Aragón y Castilla, cooperaron patrióticamente —florecía ya, desde el fondo de la Reconquista, un sentido histórico, un horizonte de patria común hispánica— en la etapa final de la Reconquista catalano-aragonesa, el reino de Murcia, que Jaime I recuperó para su sobrino, Alfonso X el Sabio y donde afluyeron tantos caballeros catalanes que la *Crónica del rey don Jaime* afirma que en la Murcia del siglo XIII «se hablaba el más bello catalán de la tierra». Luego buscaron la unidad de España cada uno por su camino, que era camino del mar: Aragón-Cataluña con su expansión mediterránea, Castilla mediante la adopción del horizonte atlántico primero en las Canarias, luego en las Indias. Pero nunca de espaldas, sino con expresa cooperación naval y terrestre de las dos Coronas en las últimas fases de la Reconquista castellana, que llegaría a ser plenamente española.

«Jaime II practicó como ningún rey de la Casa de Barcelona un claro intervencionismo hispánico» (Vicens, página 90). A comienzos del siglo XV la Corona de Aragón alcanzó su cenit. «El gran agrupador del imperio marítimo catalano-aragonés fue Pedro IV el Ceremonioso (1336-1387), dominador de Mallorca y Cerdeña. Pero su obra no se completó hasta la generación siguiente, cuando con un esfuerzo hasta cierto punto superior a las posibilidades del país, el reino de Sicilia fue incorporado a la dinastía mayor de Aragón. Esta potencialidad expansiva se reflejó, asimismo, en la política peninsular de la dinastía. El contacto con Castilla se acentuó a lo largo del siglo XIV. Jaime II se convirtió por unos años en el árbitro de España. Como resultado global de este período de luchas, no podía preverse a fines del siglo XIV qué reino acabaría prevaleciendo en una previsible fusión de los mismos en el seno de una monarquía común» (Vicens, pp. 99-100).

La Corona de Aragón, impulsada por Cataluña, va a aportar al proceso de la unidad de España el método: el diálogo, el sentido del pacto. «En su seno se engendra poco a poco el ideal *pactista* que constituirá una de las más genuinas aportaciones del patriciado urbano de Cataluña a la política del Cuatrocientos» (Vicens, p. 101). Y en medio de la crisis del siglo XV surge en Aragón-Cataluña y en Cas-

tilla el irresistible milagro de la convergencia para la unidad de España, en el que Cataluña desempeña un papel esencial. «La unión de las Coronas de los distintos reinos peninsulares en una sola cabeza venía precedida por una tradición histórica y unas relaciones de orden político a veces amistosas, a veces antagónicas. Las relaciones dinásticas prepararon el advenimiento de la unidad monárquica —de la *monarchia hispana*— desde el momento que hicieron factible el establecimiento de una misma familia —la de los Trastámaras— en los tronos reales de Castilla y de Aragón. La muerte de Martín el Humano, el último rey de la estirpe condal barcelonesa en la Corona de Aragón, condujo, ampliando la línea de la teoría pactista catalana, al Compromiso de Caspe, del que surgió la designación de Fernando I, nieto de Enrique II, como nuevo monarca aragonés en 1412» (Vicens, p. 107).

En las turbulencias del siglo xv Cataluña no sólo proporcionó al proceso de la unidad de España el sentido del pacto, sino el impulso. Bajo el gran rey Alfonso el Magnánimo (1414-1458) se experimentó «la eficacia de la colaboración entre los dos más importantes pueblos peninsulares: la conquista de Nápoles, la irradiación política en la cuenca del Mediterráneo oriental». «Su hermano y sucesor, Juan II, se apoyó, entre la espada francesa de Luis XI y los problemas de la revolución social en Cataluña, sobre un grupo que, sin doctrina ni programa, fue marchando en pos de la unidad» (Vicens, p. 108). La unidad de España, concebida desde Cataluña como el gran remedio para los problemas de Cataluña: «Tal fue el norte pragmático que alimentó el proyecto matrimonial entre su hijo Fernando y la princesa castellana doña Isabel» (Vicens, p. 108).

Brilló en lo más hondo de la crisis del siglo xv, como un rayo de futuro, la intuición hispánica de Cataluña. Iba a estallar en el principado la guerra civil, entre Juan II y su hijo el príncipe de Viana. Al morir el príncipe, Barcelona se alzó contra el rey de Aragón, que buscó, entonces, el apoyo de Francia. «En estas condiciones los catalanes destronaron a Juan II y proclamaron rey a Enrique IV de Castilla.» Pero Castilla no estaba aún preparada para consumir, como ya intentaba Cataluña, la unidad de España, un nuevo intento como el que dibujaron, siglos antes, Alfonso el Batallador y su mujer la reina doña Urraca, que también fracasó por prematuro. En el siglo xv Cataluña rechazó, primero, a un pretendiente portugués y luego a

una invasión francesa. Y Juan II recuperó en Cataluña su horizonte hispánico. Con la experiencia del fracaso anterior, Cataluña volvió a jugárselo todo para lograr, a través de Castilla, la unidad de España. Cataluña convirtió a Isabel de Castilla en Isabel la Católica, Isabel de España. Esta conclusión de Vicens (p. 112) es sinfónica:

«La última baza del juego se discute sobre el tapete castellano. Enrique IV, eterno enamorado de la paz, había mantenido difícilmente el fiel de la balanza entre la grandeza castellana, entre Aragón y Francia, entre su hija y su hermana. A su muerte estalló la inevitable contienda. Encendióse una guerra de sucesión en que no sólo se planteaba un problema jurídico —el de los derechos de las princesas Juana e Isabel—, sino el más vasto de qué papel ejercería Castilla en la organización peninsular y en la política internacional. Francia y Portugal apoyaron a doña Juana; Aragón y su aliados (Nápoles, Borgoña, Inglaterra), a doña Isabel. La eficaz juventud de Fernando de Aragón, el sentido reformista de la intervención aragonesa y catalana en Castilla, el auxilio militar y de los experimentados técnicos mediterráneos, dieron la victoria al partido isabelino.» No creaba, pues, Cataluña en la crisis del siglo xv la nación catalana, sino que ponía lúcidamente los fundamentos de la nación española.

CATALUÑA COMO PILAR DE LA NUEVA UNIDAD ESPAÑOLA

Gracias a un decisivo impulso catalán hacia la unidad peninsular, «los Reyes Católicos inician el gobierno mancomunado de las Coronas de Aragón y Castilla bajo una misma dinastía. Ni nada más, ni nada menos. Es inútil poner adjetivos románticos a un hecho de tanto relieve. Vista desde el extranjero, la antigua Hispania (de la que aún quedaba separado Portugal) tenía ya una sola voz y una sola voluntad. Y ello bastaba» (Vicens, *Aproximación*, p. 115). Es una síntesis admirable de aquella admirable convergencia que dio origen moderno a la nación española. ¿Fue la unidad una imposición de Castilla? Ya vimos que no; la unidad fue un impulso de Cataluña. Que lo mantuvo en momentos difíciles: «Un cierto clima de hermandad entre los pueblos reunidos bajo el mismo cetro presidió este gobierno. Es preciso decir que fue más intensamente sentido en el Mediterráneo que en la Meseta, sobre todo en los años de

la regencia de don Fernando (1504-1516). En todo caso unos y otros se beneficiaron igualmente de la dirección mancomunada de los asuntos bélicos, internos y externos.» Los primeros frutos de la unidad fueron, sencillamente, la expulsión del Islam —la conquista de Granada—, la definitiva implantación atlántica española en Canarias, el descubrimiento y adquisición del milagroso horizonte de las Indias y la incorporación del reino de Navarra «con la misma modalidad autonómica que había presidido la política integradora de los grandes monarcas de la Casa de Barcelona» (Vicens, pp. 116-117).

En uno de los momentos estelares de su propia historia, y cuando nacían ya, en los albores de la Edad Moderna, las primeras naciones-Estado en Europa, Cataluña no se configuraba como nación, sino que prefería, sin renunciar a su personalidad histórica, fundirse en el ideal espléndido de la incipiente nación española. «La monarquía de los Reyes Católicos —prosigue Vicens Vives— ofreció en principio a todos los pueblos peninsulares idénticas oportunidades en el seno de la nueva ordenación hispánica.» Es cierto que permanecían «las contradicciones existentes entre los distintos reinos que formaban la nueva monarquía»; pero en medio de la recuperación europea «se produce en España una sensación de bienestar y de riqueza que incluso repercute en la decaída Cataluña» (Vicens, p. 122). Con una misión y un horizonte universales cristalizaba, década tras década, la unidad de España. «Nadie dudó en aquella época de que el sistema de unidad dinástica, con amplias autonomías regionales, era el mejor de los regímenes posibles para España, ni nadie puso cortapisas al papel preponderante ejercido por Castilla en la política, la economía y la cultura hispánicas» (Vicens, p. 123).

Carlos V y Felipe II consideraron siempre a Barcelona como su gran base de partida para las empresas europeas y mediterráneas. Desde allí envió Carlos I las memorables instrucciones para su hijo, y en las Reales Atarazanas de Barcelona se fraguó la victoria de Lepanto. El hecho de que Barcelona sea la más importante de las ciudades cervantinas es *algo más que un símbolo* quijotesco. Eulalia Durán, en el número citado de *Cuenta y Razón* (p. 25 s.), analiza los admirables intentos catalanes del siglo XVI para reivindicar el nombre y la realidad participada de España, que por desgracia se identificó demasiado con la prepon-

derancia de Castilla. A ella pertenece la cita del caballero Despuig con la que abro este estudio.

La grandeza, y luego la decadencia hispánica en el siglo de los Austrias menores, el siglo xvii, provoca las primeras quiebras del ideal unitario. Insisto: la grandeza desmesurada y la decadencia tal vez inevitable y heroica. «Ante ese horizonte los copartícipes en la empresa hispánica de Castilla empiezan a preguntarse hasta dónde han ido, y si es posible continuar. Los pueblos hispánicos entran en el periodo de contracción del siglo xvii con una elemental intuición pesimista. Bajo Felipe IV el conde-duque de Olivares impone la centralización; y compromete, por su fracaso en América, la propia unidad de España.» Es lucidísima esta intuición de Vicens, que reconoce, sin embargo, un enorme acierto de Olivares: fomentar «la inevitable participación de los hombres de la periferia en la colonización americana» (p. 135). Sin embargo el poder central y las inquietudes periféricas —Portugal, Cataluña— hubieran solucionado sus diferencias a no ser por la intervención francesa que apoyó a los rebeldes. Madrid fomentó —de forma suicida— el descontento catalán, «dispuesto a que estallara el polvorín con la esperanza de recoger el poder absoluto una vez que el país hubiera saltado en mil pedazos» (Vicens, p. 135). Con lo que llegamos a un doble punto crítico en el análisis histórico de nuestra trayectoria común: el Corpus de Sangre en 1640; el Once de septiembre de 1714. Dos fechas terribles que no destruirán, sino que confirmarán nuestra tesis fundamental.

1640-1714: OTRA IDEA DE ESPAÑA

Cataluña se ha levantado contra el gobierno de Madrid tres veces. Primera, contra el conde-duque de Olivares, valido de Felipe IV, en 1639-1640. Segunda, contra el primer Borbón, Felipe V, desde 1705 a 1714. Tercera, contra el gobierno centro-derechista legítimamente instalado en el poder de la segunda República; así sucedió en la noche del 6 de octubre de 1934.

En este resumen de la historia de España con perspectiva catalana, y a partir de fuentes catalanas, nos toca ahora repasar las dos primeras sublevaciones de Cataluña contra el gobierno de Madrid. Entramos con ello en un terreno minado —torpemente, tenazmente— por la propaganda

histórica ultracatalanista, con una manipulación persistente que se notó, de manera flagrante, en las exageraciones y ocultaciones de la exposición de 1984, *Cataluña en Madrid*, que en su momento calificué de *maravilla envenenada*. Interpretaré tan delicadísimas quiebras históricas desde la misma clara fuente catalana que tanto sigo en este resumen, la *Aproximación a la historia de España* de Vicens Vives.

La torpeza provocativa del conde-duque y la artera cizaña francesa fomentaron, al terminar la cuarta década del siglo xvii, la sublevación —parcial— de Cataluña. «Esta política suicida condujo a la revuelta armada en el campo catalán desde fines de 1639 y a la feroz explosión del descontento campesino en la jornada barcelonesa del Corpus Christi de 1640.» El *Corpus de sangre* fue un motín —no una guerra— de los payeses segadores —*Els segadors*— que habían bajado a Barcelona para la festividad. Olivares exacerbó, con la represión, sus errores provocativos; el cardenal Richelieu atizó la revuelta, pero los catalanes rebeldes no asumieron la independencia absoluta ni proclamaron nunca la república, que no pasó de proyecto (véase Soldevila, *Historia de España*, tomo IV, p. 269), sino que trataron de situar a Cataluña primero bajo el protectorado, y después bajo la soberanía del rey francés Luis XIII. Tal disparate antihistórico se vino abajo cuando la mayoría de los catalanes comprobaron que la opresión francesa era mil veces peor que la castellana; y cuando Felipe IV, primero en Lérida y luego tras la reconquista de Barcelona por don Juan José de Austria, reconoció inteligentemente (1653) los fueros y libertades de Cataluña. La rebelión catalana no se había fraguado contra España, sino contra la torpeza centralista; más que una regresión histórica fue un estallido de protesta social. Pese a las mutilaciones que sufrió Cataluña en la Paz de los Pirineos (1659), con pérdida del Rosellón y parte de la Cerdaña, el principado —vuelto plenamente a la convivencia hispánica— «apoyó en 1669 al primer golpe de Estado que en la Edad Moderna partió de la periferia de la Península para reformar la administración y la política de la monarquía: el de Juan José de Austria» (Vicens, p. 138). Pero el anacrónico Estado español de los Austrias finales no encuadraba eficazmente a la España real. «En esta nueva estela de sufrimientos, a Cataluña le correspondió la peor parte, ya que fue principal teatro de operaciones en las guerras libradas contra

Francia. Pero en esta ocasión no se quebrantó su fidelidad monárquica; antes bien aceptó gustosamente su responsabilidad hispánica, en aras de un oficioso amor a la dinastía, específicamente centrado en la personalidad de Carlos II.»

Es emocionante comprobar cómo Cataluña se aferró al respeto e incluso veneración por aquel rey doliente, un guiño humano que sin embargo dejaba traslucir toda la dignidad de la que había sido primera Corona de la tierra. Y tras la enajenación —centralista y catalana— de la rebelión anterior, el segundo enfrentamiento de Cataluña con Madrid, el de la guerra de Sucesión, al comenzar el siglo XVIII, no fue en rigor una rebelión catalana, sino una guerra civil entre españoles donde Cataluña trató de imponer no ya su separación sino todo lo contrario: su diferente concepción de la misma España. Felipe V, el primer Borbón, «se presentó ante los catalanes como celoso amante de sus libertades» (Vicens, p. 140). Convocó Cortes catalanas en 1701-1702, las primeras después de las de 1599; consolidó en ellas los Fueros catalanes y quiso abrir América a Cataluña. Pero en 1705 Inglaterra urdió la entrega de Barcelona al bando del pretendiente austriaco, que convirtió a la ciudad en su capital hispánica. «Esta vez los catalanes lucharon obstinadamente para defender su criterio pluralista en la ordenación de la monarquía española, aun sin darse cuenta de que era precisamente el sistema que había presidido la agonía de los últimos Austrias y que sin un amplio margen de reformas de las leyes y fueros tradicionales no era posible enderezar al país. Lucharon contra la corriente histórica y esto suele pagarse caro.» El gobierno del pretendiente austriaco fue un desastre en Cataluña; «pero los catalanes que seguían al archiduque creían de buena fe y estaban por ello bien convencidos de que defendían la verdadera causa de España y no tan sólo un puñado de privilegios». Cataluña fue víctima de su sentimentalismo congénito, contra su propia conveniencia. Pero tampoco entonces se declaró Cataluña independiente: Cataluña, con otros reinos de la Corona de Aragón, con otros españoles de Castilla, se creía también España; era otra versión de España. El 11 de setiembre de 1714, la *Diada* que hoy se celebra como fiesta «nacional» de Cataluña, fue el choque —en Barcelona— de una idea de España contra otra idea de España; no solamente la reconquista de Barcelona por el ejército borbónico del rey de España Felipe V.

Numerosos catalanes lucharon en uno y otro bando de la guerra civil, sobre el trasfondo de ambiciones europeas exteriores, Austria, Inglaterra, Francia. Vicens Vives lo deja claro; pero hay quien se empeña en escribir con renglones torcidos la dramática y gloriosa historia de España en Cataluña.

CATALUÑA EN LA SEGUNDA FUNDACIÓN DE ESPAÑA

Cuando la primera oleada de las nacionalidades históricas invade Europa al comenzar la Edad Moderna —Portugal, España, Inglaterra, Francia—, el pueblo de Cataluña prefirió fundar —cofundar— la nación española e integrarse en ella más que proyectar su personalidad innegable en un Estado nacional restringido y propio. (Ya comprendemos, al tratar de la aparición del nacionalismo catalán a fines del siglo XIX, dentro de la resaca de una segunda oleada europea de nacionalidades, cómo los términos nación catalana, o castellana, o aragonesa, se utilizaban sin escrúpulo en la Edad Moderna, como el término de *extranjera*, en sentido regional y gentilicio, no como sinónimos de Estado-nación.)

Dejábamos nuestro hilo histórico en Barcelona el 11 de setiembre de 1714, cuando el ejército borbónico de Felipe V incorpora al *cap i casal de Catalunya* —que ése es el título clave, y la cifra de la Ciudad Condal— a la obediencia de la nueva dinastía hispánica. ¡Cómo se acumulan las leyendas falsas de la propaganda histórica ultracatalanista sobre el admirable siglo XVIII catalán, tan ignorado y manipulado en la citada exposición de la Generalidad en Madrid, 1984! Hasta monumentos enciclopédicos tan acreditados —merecidísimamente— como el *Diccionario básico Espasa* (tomo II, p. 1197) llegan los ecos falsos de esa propaganda. «*Casanova, Rafael*. Fue el último *conseller en cap*. Se opuso a la entrada de las tropas de Felipe V en la Ciudad Condal y fue muerto en el baluarte de la Puerta Nueva.» Qué va. Hasta el propio Espasa breve se traiciona, clarívidentemente, a sí mismo; porque la conquista borbónica de Barcelona sucedió el 11 de setiembre de 1714; y el gran Diccionario da para la muerte de Rafael Casanova el año 1743. Y es que Casanova, el heroico defensor de una Barcelona numantina, no murió en el empeño. Logró ocultarse; se acogió después al perdón real. Y murió

tranquilamente en San Baudilio de Llobregat, casi treinta años más tarde, tras ejercer sin traba alguna su profesión.

En enero de 1716 se dictó el decreto de Nueva Planta del gobierno de Cataluña. Se implantaba, evidentemente, una mayor uniformidad entre los antiguos reinos de España; pero el reformismo borbónico no hizo tabla rasa y respetó algunas importantes instituciones catalanas tanto en el derecho como en la organización de la convivencia. Vicens Vives expone, con su profundidad habitual, la cara y la cruz de la transformación. La cruz: «Cataluña quedó convertida en campo de experimentos administrativos unificados: capitán general, audiencia, intendente, corregidores... La transformación fue tan violenta que durante quince años estuvo al borde de la ruina» (p. 144). Pero ésta es la cara de la reforma: «Luego resultó que el desescombro de privilegios y fueros benefició insospechadamente a Cataluña, no sólo porque obligó a los catalanes a mirar hacia el porvenir, sino porque les brindó las mismas posibilidades que a Castilla en el seno de la común monarquía. En este período —aunque en realidad provenga de 1680— se difunde el calificativo de *laborioso* que durante siglo y medio fue tópico de ritual al referirse a los catalanes. Y, en efecto, se desarrolló entonces la cuarta gran etapa de colonización agrícola del país, cuyo símbolo fue el viñedo... En cuanto a la industria, lo decisivo fue la introducción de las manufacturas algodoneras, financiadas por los capitales sobrantes de la explotación agrícola y el auge mercantil. Estos signos de revolución industrial, estimulados por la presencia de entidades rectoras, como la Junta de Comercio de Cataluña, se difunden por toda la periferia peninsular. Hacia 1760, las regiones del litoral superan a las del interior en población, recursos y nivel de vida» (Vicens, p. 145).

Los grandes Borbones del siglo xviii reducen la obsesión europea, intensifican la conexión americana y consiguen así la plena consolidación de la nación española, la auténtica Segunda Fundación de España. Sin el menor problema político ni la menor exteriorización nostálgica por parte de Cataluña, donde se genera, como demostrarán las formidables pruebas del siglo xix, un profundísimo patriotismo español. Para esta Segunda Fundación de España, Cataluña, como había sucedido en la primera —desde fines del siglo xv— desempeña un papel primordial. Vicens: «Este proceso de integración social entre los distintos pue-

blo de España, en el que los catalanes tomaron parte decisiva mediante una triple expansión demográfica, comercial y fabril, fue de mucha mayor enjundia que cualquier medida legislativa ideada desde la época de Felipe II» (p. 145). La apertura total de las Américas al comercio catalán por el rey Carlos III —aclamado como ningún otro rey de España en Barcelona desde su desembarco inaugural, cuando llegaba de Nápoles— originó un brote de colonias catalanas en América que defendieron hasta el último aliento, durante la guerra civil atlántica del siglo XIX, la bandera de España. Esa bandera nueva que seleccionó el propio rey Carlos III como una concentración de los colores de Cataluña, y a partir de la enseña naval catalana.

CATALUÑA, ESPEJO DEL PATRIOTISMO ESPAÑOL EN EL SIGLO XIX

La más culpable ocultación, la más intolerable manipulación de la historia ultracatalanista —fuera de la aberrante y antihistórica evocación de unos *Païses catalanes* que jamás existieron— es omitir un hecho capital en la historia contemporánea de Cataluña: el hecho de que Cataluña fue, desde fines del siglo XVIII a fines del siglo XIX, la región de España que dio pruebas más constantes y heroicas de patriotismo español. Entre ejemplos sin número seleccionaré tres momentos admirables, irrefutables.

1. *La Cruzada de 1793-1795 contra la Revolución Francesa*. Ferrán Soldevila, *Resum d'història...* (1974, p. 154): «La Convención nacional francesa, que señala el momento culminante de la Revolución (1793), se ocupará de Cataluña. Agentes de la Revolución la recorren. Pero los catalanes, pese a la simpatía que la República sentía por ellos, y pese a los proyectos de instauración de una República catalana, lucharon tenazmente cuando Francia declara la guerra a España. Esta guerra se llamó en Cataluña *La Guerra Gran*.» Ninguna región reaccionó tan intensamente como Cataluña a la declaración de Cruzada que lanzó la Iglesia de España contra los revolucionarios regicidas. Cataluña entera se volcó en apoyo del general Ricardos, cuya penetración en el antiguo Rosellón se interpretó como una reconquista catalana. «Estos catalanes del Rosellón —escribía el convencional Fabre— son más españoles que franceses.» Y cuando se hundió el ejército regular español y los franceses invadieron Cataluña, resurgió, bajo la bande-

ra de España, la coronela o guardia de la ciudad de Barcelona; revivió el somatén, alzamiento en masa previsto en los *Usatges*; el capitán general de Cataluña presidió en Gerona una asamblea que decidió reclutar y armar a todos los catalanes entre los dieciséis y los cincuenta años; migueletes y somatenes, a las órdenes de jefes populares, con todas las partidas dirigidas por el ejército, frenaron al invasor, le derrotaron en Potós, Fluviá y Puigcerdá y liberaron todo el territorio de la Cataluña española. (Soldevila, *Historia de España*, VI, p. 114.) Así el ejército revolucionario francés, que temió la segunda invasión catalana del Rossellón, se vio impulsado a la paz, que se firmaría en Basilea e impuso la retirada francesa del País Vasco. Así salvó Cataluña a España y particularmente a Vasconia en la última guerra del siglo XVIII. Nunca había estado Cataluña tan unida a España; nunca, hasta el episodio siguiente.

2. *La guerra de la Independencia de España en Cataluña*. Algunos historiadores ultracatalanistas interpretan esta actitud de Cataluña como «disminución del sentimiento nacional de los catalanes»; eso es una pequeñez, cuando lo que se desbordaba era realmente el sentimiento nacional español en el principado. La prueba más formidable es el comportamiento de los catalanes en la guerra de la Independencia. Cataluña es vecina de Francia, pero Francia, pese a ocupar las plazas principales, jamás fue dueña del campo y el territorio catalán. Napoleón halagó a los catalanes hasta extremos poco creíbles; declaró oficial la lengua catalana, concedió ventajas de todo tipo, separó teóricamente a Cataluña de España, la dividió en departamentos (franceses), la anexionó al Imperio. Los catalanes no se dieron por enterados. Inventaron un fantástico sistema militar que combinaba en cuerpos francos al ejército regular y a las guerrillas. Siguieron a jefes militares y populares incansables, como Rovira y el coronel Milans del Bosch; derrotaron a los generales del Imperio en numerosos choques, desde el principio de la guerra, como en la importante y simbólica batalla de los Bruchs hasta las fases finales, con la sorpresa admirable de La Bisbal; enconaron, al servicio de España, la resistencia ciudadana en Barcelona y la resistencia militar en Hostalrich, Tarragona y la legendaria Gerona; sirvieron de modelo vivo a la intuición certera de Carlos Marx, el único observador del siglo XIX que comprendió a fondo (durante sus momentos de lucidez liberal) el carácter popular de la lucha contra Napo-



«Las relaciones dinásticas —según Vicens Vives— prepararon el advenimiento de la «monarquía hispana», desde el momento que hicieron factible el establecimiento de una misma familia, la de los Trastámara, en los tronos reales de Castilla y de Aragón con la designación de Fernando I (en la imagen) como nuevo monarca aragonés en 1412.»



Tan catalanes eran algunos prohombres de la Revolución liberal de 1868 y la primera República española (tres de sus cuatro presidentes) como el santo confesor de Isabel II y adversario implacable del liberalismo exaltado y «petrolero», Antonio María Claret, catalán de origen y ejercicio en su gran aventura española.

león en España. Por supuesto que los diputados catalanes en las Cortes de Cádiz no presentaron, en nombre de su pueblo en lucha, la más mínima reivindicación autonómica. La Junta de Tarragona proclamaba el 16 de junio de 1808 «que ya ha llegado la hora de manifestar y acreditar con pruebas eficaces que somos catalanes y que sabemos sostener con gloria la Santa Ley que profesamos, los derechos de nuestro único rey y señor Fernando el VII, el honor de la Nación y el nombre de nuestros mayores». Entonces sí que éramos todos juntos una nación, una sola nación. Cuando Fernando VII salió de su confinamiento en Valençay para regresar a España, los ejércitos francés y español le presentaron armas, formados a una y otra orilla del Fluviá. Renacía en Cataluña la España vencedora y libre de enemigos, bajo su Corona secular recuperada.

3. *La resistencia española de los catalanes en América.* Cuando la casa de Borbón le abrió las puertas del Atlántico, Cataluña, que ya estaba en América, se volcó en América. El Oeste americano, con su florón de California, mantiene aún hoy vivas sus raíces españolas con savia espiritual y colonizadora de Cataluña y otras regiones del Mediterráneo; y cuando Bolívar terminó en Carabobo con la resistencia organizada de España en la Gran Colombia, colonias catalanas mantuvieron meses y años izadas en sus establecimientos costeros las últimas banderas de España. Canarios, guipuzcoanos y catalanes fueron los más tenaces defensores de la Corona y la bandera de España en el Caribe; aunque España lo haya olvidado absurdamente, culpablemente. Un acorde final del Imperio en América fue catalán; gran tema para una tesis todavía inédita.

Y el resto del siglo XIX fue digno de tal siembra. Nunca había participado tan profundamente Cataluña, desde fines del siglo XV, en la vida pública española. Cuando el general O'Donnell quiso apuntalar el reinado de Isabel II con su gran aventura africana de 1859 —la guerra de África, que terminó con la victoria de Tetuán y la del camino de Tánger en Wad-Ras—, los voluntarios catalanes se distinguieron entre todas las unidades, y el general de Reus, don Juan Prim, los arengaba en catalán y en nombre de Cataluña. Todavía hoy queda en el barrio madrileño de Tetuán de las Victorias una calle a ellos dedicada que conmemora su gesta. Aunque los manipuladores de la historia se empeñen en presentarnos al siglo XIX exclusivamente como caldo de cultivo para el catalanismo naciente, la ver-

dad es que hasta el común y general desastre de 1898 nunca se había desbordado tanto el patriotismo español en Cataluña.

EL NACIMIENTO CONTEMPORÁNEO DEL NACIONALISMO CATALÁN

Insisto: durante el siglo XIX, y después de tan gloriosos principios, Cataluña vivió intensamente el patriotismo español dentro de la nación española. Nunca había sido tan amplia ni tan intensa la participación de los catalanes en la vida pública española. Catalanes fueron el ídolo popular y militar del progresismo, general Prim, y el gran teórico conciliador del moderantismo, Jaime Balmes. Tan catalanes eran algunos prohombres intelectuales y políticos de la revolución liberal de 1868 y la primera República española (tres de sus cuatro presidentes), como el santo confesor de Isabel II y adversario implacable del liberalismo exaltado y *petrolero*, Antonio María Claret, catalán de origen y ejercicio en su gran aventura española. Pero también es cierto —ahora sí— que, mientras avanzaba el siglo XIX hacia su final, y España veía cada vez más amenazado su último horizonte americano, se iba configurando el nacionalismo catalán, dentro de la segunda gran oleada de nacionalismos europeos que brotan en la Europa central y mediterránea como una fase política del movimiento romántico, sobre todo desde la creación de las naciones-Estado en Alemania y en Italia en el siglo XIX hasta la descomposición nacionalista del Imperio austrohúngaro y el turco tras la primera guerra mundial de 1914-1918. Sobre patrones anteriores, Mazzini había anunciado, como bandera prefabricada para la unidad de Italia, y con la vibrante música de Verdi, el famoso principio de las nacionalidades, que puede interpretarse así: todo pueblo cualificado por una cultura específica —en torno a una lengua propia— es una nación con derecho a autodeterminarse en la plenitud política de un Estado. En esta segunda oleada de nacionalidades europeas, transmitida en pleno siglo XX, con enorme fuerza, a los nuevos impulsos nacionales del Tercer Mundo al deshelarse la colonización imperialista, la nacionalidad no se consigue sin autodeterminación. La nación sin vocación de Estado es o bien una entelequia o bien un pueblo oprimido. Y la nacionalidad abstracta de nuestra Constitución de 1978 —adelantémoslo— no signifi-

ca nación; no es una aplicación subrepticia del principio de las nacionalidades.

Hasta fines del siglo XIX el pueblo catalán —creo haberlo mostrado ya claramente— había afirmado varias veces su personalidad en los grandes momentos de su historia, que es también la historia de España, integrándose en una entidad no sólo estatal, sino también nacional de ámbito más amplio, de orden superior, el Estado español y la nación española, en gestación o en plenitud. Ahora no. Ahora el nacionalismo catalán que florece a fines del siglo XIX y estalla en el siglo XX pretende marcar sus diferencias con España mucho más que las afinidades de Cataluña dentro de España. No es, como había sido toda la historia de Cataluña, un movimiento centrípeto sino centrífugo. Y —perdón, pero es cierto— no es simplemente un movimiento natural sino, en parte, artificial, aunque fundado en profundos datos naturales... y en una voluntad estratégica de dispersión y disociación. El nacionalismo catalán contemporáneo nace de un origen múltiple en ese contexto impulsor de las nuevas nacionalidades europeas:

1. El renacimiento cultural de la maravillosa lengua catalana, dormida literariamente durante varios siglos, en el siglo XIX, cuando rebrota en la *Renaixença*, con las cumbres de Verdaguer y Guimerà, toda una recuperación espiritual y cultural que florece directamente de las raíces populares y será fuente principal del catalanismo político, aunque algunos no lo entiendan desde Madrid.

2. El tradicionalismo —culto, cultivo— de la tradición religiosa, jurídica, social y hasta política —incluido el poderoso carlismo catalán—, que enlazará muy pronto, por la derecha, con el Renacimiento cultural; y recibirá el aliento profundo de la Iglesia catalana —los obispos Torras y Bages, Morgades—, entre dos polos de espiritualidad histórica: la diócesis de Vich, el monasterio de Montserrat. La Iglesia catalana es una clave histórica del nacionalismo catalán, y como tal se mantiene hasta hoy, con el apoyo absoluto de esa Iglesia a la Convergencia nacionalista de Jordi Pujol y con el empeño expresado varias veces por los obispos de Cataluña de que los demás españoles comprendamos las exigencias del nacionalismo. Incluso las incomprensibles.

3. El federalismo político, entre las figuras de Pi y Suñer, teórico y presidente de la primera República; y Valentí Almirall, motor del catalanismo. Es el único, aunque

muy importante, factor original republicano e izquierdista del catalanismo, que en su gran mayoría es un movimiento conservador de derechas.

4. El proteccionismo económico conservador de la burguesía catalana frente a la imposición librecambista. El proteccionismo se institucionalizó en 1889 en el Fomento del Trabajo Nacional, que entonces se interpretaba como Nacional de España, desde luego. El Fomento, que todavía subsiste pujante, está hoy integrado en la patronal CEOE y junto con ella ha conseguido convertir a los órganos de la prensa moderada en Madrid —el monárquico *ABC* y el ex católico *YA*— en órganos del catalanismo actual, en altavoces del señor Pujol en la capital de España. Es un fenómeno significativo de nuestros días, en el que nadie parece fijarse, pese a sus evidentes y no siempre claras consecuencias.

Más o menos éste es el lúcido esquema del profesor Jesús Pabón, en su gran biografía de Cambó, prócer del catalanismo político; un movimiento que evolucionó rápidamente, durante las primeras décadas del siglo actual, desde la afirmación regionalista al nacionalismo rampante e incluso, aunque nunca por completo, al separatismo, cuando se hundió el horizonte imperial de España desde el que había fraguado, a fines del siglo xv, la unidad. Entonces quiebra —como había anunciado el catalanismo naciente— la eficacia del Estado español y el horizonte de España; cuando España se quedó sin pulso; cuando el Desastre de Ultramar compromete mortalmente a la economía catalana, que pierde algunos de sus mercados más rentables y seguros. «La crisis del 98 —rubrica Pabón— acentúa o suscita en Cataluña un auténtico separatismo.» El nacionalismo catalán no llegó nunca a despeñarse por completo en el separatismo; pero vaciló más de una vez al borde del abismo. Y no rechazó, desde después del Desastre hasta hoy, el horizonte separatista, sobre todo en lo cultural. Fue la derecha catalana quien abanderó, gracias a políticos como Prat de la Riba y Cambó, sus primeras etapas. Y quien formuló, a veces desde el chantaje, sus más peligrosos equívocos.

LA REBELIÓN DE LA GENERALIDAD CONTRA LA REPÚBLICA

La historia de Cataluña en el siglo xx parece un campo de minas, plantadas por la propaganda antihistórica del catalanismo con la finalidad de ocultar y manipular la realidad de los hechos. Así se ha ocultado el chantaje que ensombreció la por otra parte interesantísima trayectoria de Cambó, líder del catalanismo político y su fachada en Madrid; se ha escamoteado la rebelión antidemocrática de la Generalidad de Cataluña en octubre de 1934; y se han dicho todos los despropósitos imaginables sobre el comportamiento de Cataluña en la guerra civil española y en el régimen de Franco. Vamos a reencontrar, entre tantos escombros de historia falsa, el hilo de la verdad, que es bien diferente, y está sobradamente demostrada.

Ya han confluído, en la resaca del Desastre español de 1898, las cuatro corrientes del catalanismo. De momento la derecha catalana trató de cooperar, abnegadamente, a la reconstrucción de España mediante su participación en el intento regeneracionista del general Polavieja, que encontró en Cataluña un gran respaldo, pero se desvaneció pronto en la frustración. Desde aquella confluencia, el catalanismo —guiado por la derecha catalana hasta la República, compartido después por derecha e izquierda— es un movimiento general, creciente, anticontralista, sentimental, que no renuncia, sobre todo en lo cultural, al horizonte separatista, y que poco a poco va arrinconando inexorablemente a la derecha nacional española en Cataluña, aunque la izquierda resiste mejor sus embates (véase por ejemplo hoy la desmedrada situación del Partido Popular ante Convergencia, a la que en cambio da mucho mejor la réplica nacional el PSOE, aunque en los primeros combates de la transición la UCD de Adolfo Suárez llegó a superar en Cataluña al nacionalismo de Jordi Pujol). Madrid suele comprender mal a Cataluña; y lo paga bien caro, díganlo los liberales empeñados, a principios de siglo, en promover el radicalismo demagógico y anticatalanista de Lerroux, y el clan andaluz que domina al PSOE actual, conmocionado, pese a lo que acabamos de decir, por el tirón catalanista del PSC, que ya hace ascos a la E del PSOE.

Solidaridad Catalana fue la conjunción, contra la muy centralista y militarista Ley de Jurisdicciones, tramada por

los liberales en 1906, de fuerzas tan heterogéneas como la Lliga —derecha catalana—, la Esquerra y el carlismo de Cataluña, amén de los republicanos federales. Pero dentro de este catalanismo general, el catalanismo-movimiento, se han turnado en su dirección primero las derechas, orientadoras del catalanismo político; luego, desde 1931, las izquierdas. Desde principios de siglo hasta 1931 el catalanismo fue abanderado por las derechas, la Lliga. Con uno de sus hombres en Madrid —Francisco Cambó, que conectaba con los liberal-conservadores de Maura y con su gran dirigente doméstico, Enrique Prat de la Riba, un ideólogo y gobernante que vertebró el primer sistema autonómico catalán desde 1714, la Mancomunidad concedida por decreto de Alfonso XIII a propuesta de Eduardo Dato en 1914—. El éxito de la Mancomunidad, en lo administrativo y en lo cultural, fue grande; sin que faltasen, durante la hegemonía de las derechas en el movimiento catalanista, imprudencias, verbales y reales, que justificaban en parte los recelos centralistas de quienes identificaban catalanismo con separatismo, en una fatal dialéctica de dos minorías mínimas pero peligrosas: los separatistas y los separadores, a quienes se ha referido lúcidamente el profesor Seco Serrano en el citado número de *Cuenta y Razón* sobre el «Milenario».

La Esquerra catalanista, esa izquierda pequeño-burguesa escindida de la Lliga con motivo de la visita regia de 1904, languidecía hasta que encontró en el ex coronel Francisco Maciá, antes españolista exaltado, pasado al catalanismo radical, un líder quijotesco y carismático, ídolo del sentimiento catalán. La derecha catalanista había respaldado al principio el pronunciamiento dictatorial del capitán general de Cataluña, don Miguel Primo de Rivera, pero luego se había distanciado de él al comprobar que don Miguel, al frente del gobierno central, incumplía las esperanzas regionalistas que habían puesto en él sus promotores catalanes. Al proclamarse la República, la Esquerra consiguió sorprendentemente la hegemonía del catalanismo, y la conservó durante todo el período republicano, pese a que la Lliga, dirigida por Cambó, mantuvo una intensa presencia política en conexión con la derecha nacional española. La Esquerra tuvo un primer desliz separatista en abril de 1931, cuando el señor Maciá, sin encomendarse a Dios ni al dia-

blo, proclamó la República Catalana, en sentido federalista, que los gobernantes republicanos corrigieron hábilmente con urgentes viajes a Barcelona, de los que salió confirmada la República unitaria, aunque con vocación autonómica; y se resucitó la Generalidad de Cataluña, organismo ancestral suprimido por la conquista borbónica del siglo XVIII. La Generalidad antigua —la Diputación del General— tuvo sentido y alcance administrativo; ahora resucitaba artificialmente con dimensión política. El sucesor de Maciá al frente de la Generalidad, Luis Companys, cometió en la noche del 6 de octubre un desliz mucho mayor, que hundió el inteligente compromiso del Estatuto republicano de 1932, defendido brillantemente por Manuel Azaña y mucho más coherente que el Estatuto actual. Azaña dejó bien claro que la Generalidad era, por encima de todo, un organismo del Estado español en la región autónoma, aunque atribuyó absurdamente a la monarquía española, creada en buena parte por Cataluña, las frustraciones de Cataluña. Por eso la rebeldía de Companys el 6 de octubre de 1934, cuando quiso reiterar la proclamación de Maciá —y proclamó por sí y ante sí el Estado Catalán de la República Federal Española—, dio la razón a quienes habían subrayado, desde la derecha, el peligro separatista en el Estatuto de 1932. Las derechas habían vencido limpiamente en las elecciones generales de 1933; Companys en Cataluña y los socialistas en toda España no acataron este resultado democrático y plantearon —separadamente— la rebeldía contra la democracia republicana. La Lliga —el catalanismo de derechas— y la mayoría de los catalanes se avergonzaron de esta rebelión, sofocada por el ejército en esa misma noche. La República de centro-derecha envió a la Legión por las calles de Barcelona, y suspendió la autonomía catalana mientras los portavoces del catalanismo moderado confesaban que Cataluña quedaría sumida en la vergüenza durante toda una generación. Hoy algunos manipuladores de la historia catalana se empeñan en considerar al 6 de octubre como una fecha gloriosa, cuando fue, en realidad, una vergüenza.

En la revolución catalanista y socialista de octubre quedó sembrada la guerra civil. En las elecciones de febrero de 1936 venció el Frente Popular en toda España, incluida Cataluña, y Companys con su equipo retornaron al poder tras una temporada de prisión. Las elecciones constituyeron un colosal pucherazo en el que el Frente Popular trans-

formó su indudable mayoría inicial relativa en mayoría aplastante. La guerra civil española empezó realmente entonces, aunque su declaración formal se retrasara hasta el 17 de julio de 1936.

CATALUÑA EN LA GUERRA CIVIL: UNA PROCLAMACIÓN DE CAMBÓ

La propaganda histórica ultracatalanista se ha hartado de repetir que Cataluña, después de luchar en el bando republicano de la guerra civil española, perdió esa guerra y vivió, durante la era de Franco, una nueva etapa de opresión. Eso no es una tesis sino una estupidez. En la guerra civil Cataluña se dividió en dos, exactamente como toda España. Los catalanes moderados y los catalanistas de centro y derecha, con algunas excepciones, se alinearon secreta o fervorosamente en el bando nacional; combatieron en él con notoriedad y heroísmo; se pasaron en masa desde el territorio sometido a la República hacia la otra zona, como ha demostrado un militar catalán, Magín Vinielles, en su libro *La sexta columna*. Otro escritor catalán, José María Fontana, ha dejado todo muy claro en su libro *Los catalanes en la guerra de España*. Y el general Vicente Rojo, jefe del Estado Mayor central de la República, ha relatado de forma sobrecogedora la campaña de Cataluña en su libro *Alerta los pueblos*, en que cita un informe militar catalán donde se confesaba: «Toda Cataluña deseaba ya a Franco.» La unidad militar más condecorada en el ejército de Franco fue el Tercio catalán de Montserrat; y en las *Memorias* de Azaña hay numerosas pruebas de que el informe militar citado no era imaginación.

Francisco Cambó, a quien su exilio voluntario salvó de una muerte segura en Cataluña, escribió en octubre de 1937 en París, para el diario *La Nación* este importantísimo artículo, «La cruzada española», que demuestra por sí mismo la adhesión del catalanismo moderado y la derecha catalana a la causa de Franco, para quien el equipo Cambó en Francia y en toda Europa contribuyó con una importantísima red de información, el SIFNE, cuyas acciones han sido relatadas por su director, Bertrán y Musitu, en un libro fidedigno. Pero nada puede sustituir al artículo de Cambó que pasamos a reproducir:

«Los que no ven en la gran tragedia más que una guerra civil, con los horrores que acompaña siempre la lucha

entre hermanos, sufren lamentablemente ceguera. Una lucha interior, en un país fuera de las corrientes del tráfico de las mercancías y de las ideas, que no tiene peso específico bastante para influir en la vida internacional, ni por su fuerza económica, ni por su potencia militar, ni por su posición política, podría haber despertado algún interés en los tiempos tranquilos que vivió la humanidad algunas décadas atrás. Pero en los momentos agitados y frenéticos que vivimos nadie le prestaría hoy atención. Y la realidad nos dice que desde sus comienzos la guerra civil española es el acontecimiento que más preocupa a las cancillerías y aquel que más profundamente agita y apasiona las masas.

»Es que el mundo entero se da cuenta de que en tierras de España, en medio de horrores y de heroísmos, está enladrada una contienda que interesa a todas las naciones del mundo y a todos los hombres del planeta.

»Para comprender su magnitud hay que recordar el año 1917, el de la instauración del bolcheviquismo en Rusia, y pensar en todas las desdichas que de aquel hecho se han derivado para todos los pueblos.

»La implantación del soviétismo en Rusia, uno de los mayores retrocesos históricos de la humanidad, significó el triunfo, en un gran imperio, del materialismo sobre todos los valores espirituales que hasta entonces habían guiado a la humanidad camino del progreso, y habían agrupado a los hombres en naciones y en estados.

»La lucha entre las más opuestas concepciones de la vida de hombres y pueblos surgió inmediata y no ha cesado un momento, porque los directores del bolcheviquismo ruso tuvieron, desde luego, la clara visión de que su régimen no podía subsistir más que perturbando la paz y disminuyendo el bienestar en el resto del mundo, único modo de enturbiar la visión de la espantosa miseria en que tienen sumido a su pueblo.

»La Rusia bolchevique alcanzó la ventaja que en toda lucha obtienen los que emprenden la ofensiva, y su brutal agresión no encontró más que una débil resistencia en la endeble estructura político-social-religiosa de la vieja Rusia, auxiliada sin energía ni constancia por los estados que mayor interés tenían en impedir el triunfo de aquélla.

»Después, todos los países cristianos, uno tras otro, ya con la esperanza de obtener un lucro, ya por la inercia que impele a seguir la corriente, no sólo reconocieron al gobierno bolchevique, sino que le prestaron toda suerte

de concursos para que pudiera forjar las armas con que trataría luego de aniquilarles.

»La cruzada de la España nacional es, exactamente, lo contrario de la victoria del bolcheviquismo en 1917, y su triunfo puede tener y tendrá para el bien la trascendencia que para el mal tuvo aquélla. Significa que allá, en el extremo sudoccidental de Europa, se levantó un pueblo dispuesto a todos los sacrificios para que los valores espirituales (religión, patria, familia) no fueran destruidos por la invasión bolchevique que se estaba adueñando del poder.

»Es porque tiene un valor universal la cruzada española por lo que interesa no sólo a todos los pueblos, sino a todos los hombres del planeta.

»Ante ella no hay, no puede haber indiferentes. La guerra civil que asola España existe, en el orden espiritual, en todos los países. En vano proclaman algunas potencias que hay que evitar la formación de bloques a base de ideales contrapuestos. Los que tal afirman, si examinan la situación de su propio país, verán que estos bloques ideológicos existen ya y tienen una fuerza inquebrantable. Los encontrarán dentro de los partidos y de las agrupaciones profesionales, aun en los grupos más restringidos de sus relaciones particulares y familiares.

»A España le ha correspondido, una vez más, el terrible honor de ser el paladín de una causa universal. Durante ocho siglos, Bizancio, en la extremidad oriental, y España, en la extremidad occidental, defendieron a Europa en lucha constante; aquélla con las invasiones asiáticas y ésta con las asiáticas y con las africanas. Y cuando Bizancio cayó para siempre, España preparaba el último y formidable esfuerzo que le dio definitiva victoria, que la Providencia quiso premiar dándole otra misión de trascendencia universal: la de descubrir y cristianizar un nuevo mundo.

»Cuando la Iglesia católica, en el siglo xvi, sufrió el más duro embate de su existencia, fue España la que asumió la misión terrena de salvarla. Y ya en el siglo xix, cuando el destino de Napoleón se apartó del servicio de su patria para servir únicamente su propia causa, fue España, la España inmortal, la que, ofreciendo al héroe hasta entonces invencible una resistencia inquebrantable, salvó a Europa y a la propia Francia.

»Hoy se cumple una vez más la ley providencial que reserva a España el cumplimiento de los grandes destinos, el servicio de las causas más nobles que lo son tanto más

cuanto implica grandes dolores sin la esperanza de provecho alguno.

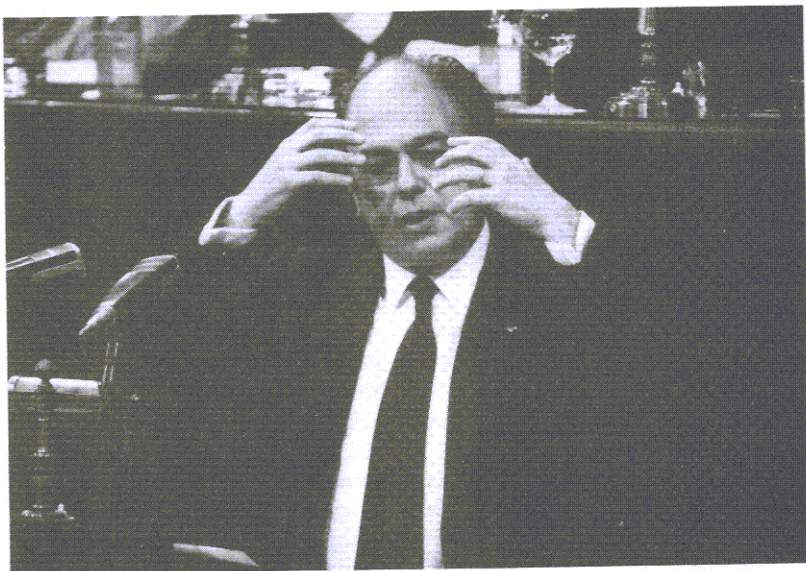
»Y las grandes democracias de la Europa occidental, que miran con reserva y prevención la gran cruzada española, se empeñan en no ver que para ellas será el mayor provecho, como para ellas sería el mayor estrago si el bolcheviquismo ruso tuviera una sucursal en la península Ibérica.

»No es hoy momento de discutir cómo se regirá la nueva España. Pero una cosa podemos decir: España, como lo dejó probado de modo irrefutable Menéndez y Pelayo, fue un más grande valor universal en cuanto fue más española, más íntimamente unida a la solera medieval que la forjó preparando la gran obra de los Reyes Católicos y de los primeros Austrias, mientras que las etapas de su decadencia coinciden con las de su decoloración tradicional. La nueva España será, de ello estamos seguros, genuinamente española, y para crear las instituciones que deben regirla no necesitará copiar ejemplos de fuera, porque en el riquísimo arsenal de su tradición más que milenaria encontrará las fórmulas para mejor servir y atender las necesidades de la nueva etapa de su historia.

»No hay que olvidar un hecho en el cual se encuentran en germen muchos de los ingredientes que han producido la guerra civil. Es un hecho que nunca, y hoy menos que nunca, han de olvidar los españoles: al triunfar el espíritu patriótico-religioso en la resistencia española a la dominación napoleónica, se reunieron, primero en la isla de León y después en Cádiz, los hombres que habían de forjar las instituciones que rigieron la España que con su sangre habían conquistado sus hijos. Y la Constitución llamada de Cádiz olvidó la tradición española para inspirarse en las doctrinas de la Revolución Francesa: ¡el vencedor implantaba las doctrinas del vencido! Y así quedó frustrado el glorioso y triunfal esfuerzo y desconectada la corriente tradicional española de sus nuevas instituciones políticas, iniciándose una pugna que ha culminado en la lucha actual.

»Es indispensable que el caso no se repita; la sangre de los millares de héroes que están dando su vida por salvar a España del materialismo y la barbarie bolchevique ha de servir, por lo menos, para que nuestra patria vuelva a marchar por la senda que le señala la tradición y que no debió abandonar jamás.

FRANCISCO CAMBÓ»



La Iglesia catalana es una clave histórica del nacionalismo catalán, y como tal se mantiene hasta hoy con el apoyo absoluto de esa Iglesia a la Convergencia nacionalista de Jordi Pujol. Y con el empeño, expresado varias veces por los obispos de Cataluña, de que los demás españoles comprendamos las exigencias del nacionalismo. Incluso las incomprensibles.

Para consolidar la autonomía catalana, la Generalidad catalanista destacó al señor Roca Junyent a la arena política nacional y le encargó encabezar una ristra de pequeños partidos regionales para las elecciones de 1986; con apoyo colosal de la Banca, que se lo negaba a la derecha nacional del señor Fraga. Los votantes propinaron al señor Roca y al catalanismo expansivo una de las más sonadas derrotas de la historia electoral española.



CATALUÑA ENTRE LA HISTORIA Y EL FUTURO

En mi libro *La derecha sin remedio* he analizado la trayectoria de Cataluña durante la era de Franco. El nuevo régimen cometió serios errores —perfectamente inútiles— contra el sentimiento catalán, sobre todo en el campo de las restricciones culturales, como ha contado Dionisio Ridruejo en su libro *Casi unas memorias*. Sin embargo, la tolerancia se fue imponiendo poco a poco, y durante esa época Cataluña experimentó un crecimiento y una prosperidad poco comunes en otras épocas de su historia. Catalanes insignes cooperaron con el régimen de Franco en puestos de gobierno y alta administración, y contribuyeron a la vida política y económica de Cataluña de forma destacadísima. Todo esto se ignora culpable e injustamente en la antihistoria de la propaganda ultracatalanista, pero se trata de hechos reales y comprobables.

Al llegar la transición democrática, el centro-derecha catalán fue en parte dirigido por el catalanismo antifranquista, cuyos líderes principales son Jordi Pujol —procedente de medios católicos— y Miguel Roca y Junyent, procedente de un curioso grupúsculo de oposición radical, pero vuelto muy a tiempo a la moderación. Rodolfo Martín Villa, en sus *Memorias*, ha contado con objetividad los progresos de la oposición catalanista de centro-derecha y los avances del antifranquismo en Cataluña, pese a lo cual la UCD, el centrismo nacional, obtuvo en las diversas elecciones celebradas en el principado notables éxitos. Alfonso Osorio, por su parte, ha descrito desde dentro la operación inspirada por la Corona y realizada por el presidente Adolfo Suárez para el restablecimiento de la Generalidad en la persona del antiguo líder de la Esquerra Josep Tarradellas, transformado durante el exilio en un político inteligente y pragmático que ha contribuido decisivamente a la consolidación de la nueva democracia española desde Cataluña y ha revelado en sus *Memorias* encrucijadas y claves muy interesantes de la historia catalana reciente.

El hundimiento de la UCD tuvo graves repercusiones para la continuidad del centro-derecha nacional en Cataluña, cuyos efectivos y votantes han ido cayendo en la órbita del catalanismo de centro-derecha. El 1 de junio de 1984 protesté en mi columna del diario *YA* contra el discurso

de investidura pronunciado por Jordi Pujol como presidente de la Generalidad. Hoy sería imposible decir lo mismo en ese pobre periódico, destruido y degradado por una equivocada política informativa episcopal, y luego caído en manos nacionalistas y después, o simultáneamente, porque hace años que no sigo esa decadencia, en la órbita sucedánea de *El País*.

Los párrafos siguientes se inspiran en mi artículo-protesta citado, cuando en el diario YA, con 150 000 ejemplares de venta, se podía escribir objetivamente sobre Cataluña.

Cataluña es racionalidad; Cataluña es pacto. Cataluña es *seny*. Cataluña fue la avanzada europea en España, y es ahora la avanzada española en Europa. Pero por encima de la racionalidad, el pacto, el *seny*, la avanzada y la vanguardia, Cataluña es sentimiento. No hay en Europa, ni seguramente en el mundo, un pueblo más sentimental que Cataluña. La insigne torpeza política del gobierno socialista, al utilizar flagrantemente a la justicia nacional española contra una victoria política catalana, ha provocado en Cataluña una riada, una pleamar de sentimiento. Los miles de afectados por la crisis de Banca Catalana —cuya administración no sé si ha sido un delito, pero sí me consta que ha sido un desastre— en cabeza de la manifestación pro Jordi Pujol me parece un espectáculo emocionante; como casi nunca se había contemplado en España desde los gritos famosos de *¡Vivan las caenas!* que proferían los ciudadanos serviles uncidos al carro de Fernando VII; gritos que suelen expresarse en andaluz, pero que se iniciaron precisamente en Cataluña, como fue la única universidad de Cataluña la que dirigió al mismo rey absolutista la invocación célebre: *Lejos de nosotros, Señor, la funesta manía de pensar*. Ante la querrela criminal más detonante de toda la historia contemporánea —la querrela Burón-González sobre Banca Catalana, dicho sea con tanta sinceridad como respeto—, Cataluña entera ha vuelto a prescindir de la funesta manía de pensar y se ha echado a la calle; una riada, una pleamar de emociones. Afortunadamente, y después de meses de tortura, la querrela ha fracasado por motivos que me parecen tan políticos como los que la suscitaron. De esta forma han perdido todos: el Gobierno central, el señor Pujol, la seriedad del pueblo catalán, la justicia, la democracia y sobre todo los pobres accionistas de Banca Catalana, que encima aplaudieron a rabiar

cuando en asamblea general se les comunicó que cada mil de sus pesetas quedaban reducidas a una. Todo un portento de la transición.

El discurso de investidura del presidente Pujol en mayo de 1984 ha sintonizado tanto con Cataluña que merece para su ilustre autor el título del más sentimental entre todos los catalanes, aunque ha escrito el discurso a impulsos de una fría y habilísima estrategia. No ha sido, naturalmente, el discurso de Banca Catalana (le sobra al señor Pujol inteligencia política para haber caído en semejante disparate), sino el Discurso de la Nación Catalana, en la misma línea suavemente chantajista que tanto cultivó su predecesor el señor Cambó. Diez referencias directas (a ver si algunos comentaristas aprenden a contar) y cinco indirectas justifican esta denominación. (Por desgracia, y ante la gran manifestación que siguió a la investidura, el señor Pujol sí que dejó que su sentimentalismo desbordase a su prudencia y aprovechó a fondo, con demagogia tan reprochable como la de los impulsores de la querrela, el problema de Banca Catalana que interpretó absurdamente como un ataque no a él sino a Cataluña.)

Pero en el discurso de investidura —sesenta y cinco folios tengo delante—, el candidato recalcó, entre otras citas, la siguiente: «Reafirmo mi convicción de que Cataluña es una nación y que tiene derecho a que le sea reconocida su personalidad, tanto en el terreno cultural y lingüístico como en el político e institucional.» No se refiere el señor Pujol al reconocimiento del Estatuto, que ya está cuajado por ley orgánica, sino al reconocimiento cultural y político de Cataluña como nación. Cierto que pide este reconocimiento en el marco constitucional, lo cual es un efugio contradictorio, porque la Constitución no reconoce más nación que la española.

A un discurso que contenía semejante atentado a la unidad nacional de España, y a la Constitución española, Alianza Popular de Cataluña votó sí. El presidente catalán de AP matizó el voto; quiso votar *sí, pero...*; aludió inútilmente a la irrenunciable unidad de España, sin que casi nadie haya reproducido la frase; pero sólo se puede votar sí, no o abstención, y el presidente regional, en nombre de Alianza Popular en Cataluña, votó sí. Lamento decirlo; lo dije, cuando era tiempo, donde lo tenía que decir —en la Ejecutiva nacional de AP— sin resultado alguno. El presidente catalán de AP es un político novato y evidentemente inma-

duro; pero sus relevantes cualidades personales permiten esperar que con el rodaje corrija, y pronto, su inexperiencia. Donde no podía fallar el presidente regional de AP es en el terreno de los principios; y el voto de Alianza Popular catalana en favor del Discurso de la Nación Catalana me parece una quiebra fundamental de principios, una concesión a la pleamar del sentimiento catalanista y un error histórico que —dados los precedentes de la campaña autonómica del 84— me explica cabalmente *a posteriori* la causa principal del tremendo fracaso sufrido por Alianza Popular en las elecciones al Parlamento de Cataluña.

Alianza Popular de Cataluña es profundamente catalana, pero no es catalanista. Es, en mi opinión personal, una voz catalana en Cataluña; pero también, y por la misma razón, la voz catalana principal —sin excluir a las demás— de la España moderada en Cataluña. Me temo que sus votantes lo crean así, por gran mayoría; pese a que algunos de sus dirigentes se hayan visto arrastrados por la corriente sentimental catalanista, y no tienen muy claros los principios básicos de un gran partido nacional. Entonces los votantes comprobaron que durante la campaña los dirigentes de AP (incluso algún dirigente nacional) aceptaron ese disparate de considerar a España como *nación de naciones* (lo cual es absolutamente anticonstitucional) y prefirieron votar a los nacionalistas de verdad que a quienes se presentaban como nacionalistas vergonzantes. En su voto de investidura, el presidente regional de AP, si quería sintonizar con sus votantes, debió votar abstención y explicarlo; no sumarse, con grave detrimento de los principios, a la pleamar del sentimiento. Si no corrige ese rumbo, Alianza Popular de Cataluña se irá diluyendo, como sucedió con los centristas de Cataluña, en la mayoría nacionalista.

He sospechado demasiadas veces que el actual nacionalismo catalán, que no es separatista en lo político, sí apunta una peligrosa desviación separatista en lo cultural. La *normalización* de la lengua catalana no pretende el bilingüismo, que sería natural y constitucional, sino la práctica y gradual exclusión de la lengua castellana en el ámbito catalán, lo cual sería un atentado y un perjuicio terrible para las nuevas generaciones catalanas, privadas de su lengua universal. Es necesario leer a fondo un libro muy difícil de encontrar en las librerías, *Lo que queda de España*, de Federico Jiménez Losantos, que por pensar así fue ex-

pulsado de Cataluña con una ráfaga de metralleta en las piernas. Para consolidar la autonomía catalana la Generalidad catalanista destacó al señor Roca Junyent a la arena política nacional y le encargó encabezar una ristra de pequeños partidos regionales para las elecciones de 1986 con apoyo colosal de la Banca, que se lo negaba a la derecha nacional del señor Fraga. La operación Roca, cuyo lema era muy parecido al de los austracistas catalanes en la guerra de Sucesión, principios del siglo XVIII, rezaba así: otra manera de hacer España. Los votantes creyeron que tal vez se trataba más bien de otra manera de deshacerla y propinaron al señor Roca, y al catalanismo expansivo, una de las más sonadas derrotas de la historia electoral española. Dada la inteligencia política de los señores Pujol y Roca cabe esperar que ellos y sus promotores financieros hayan aprendido la lección. Aunque la reiteración del intento en Madrid, ahora desde el frente informativo con la ocupación catalanista del diario *YA* y la orientación parcial en este sentido del *ABC*, no parece indicar que la lección se haya asimilado como sería deseable.

Cataluña, como demuestra la historia que hemos recorrido, no ha sido nunca, ni es, ni puede ni debe ser una nación, especialmente en este marco constitucional de 1978. Pero aunque me cueste graves disgustos personales y políticos, mi obligación era —en 1984, cuando escribí el citado artículo, y hoy, que lo reitero— expresar con tanta decisión como respeto y amor a Cataluña mi discrepancia histórica sobre los deslices políticos que, como el citado de Alianza Popular en Cataluña, pueden llevar a mayores desastres: sacrificar la estrategia a la táctica, los principios propios a los sentimientos ajenos, la convicción ideológica a la entrega política. Y no entregar el rompeolas a la pleamar.

LA RESACA DEL MILENARIO

Volvamos al principio de este ensayo. El milenario artificial de Cataluña debe inscribirse, para comprender la intención con que se urdió, entre este discurso de la Nación Catalana en 1984 y las consecuencias políticas sacadas por el señor Pujol y sus colaboradores en plena resaca del milenario. Ya hemos comentado el discurso; vengamos ahora a algunas muestras de la resaca.

El 4 de diciembre de 1989 cuatro mil catalanes, con

el señor Pujol a la cabeza, celebraban el milenario en la plaza de San Pedro de Roma (*El País*, 5 de diciembre de 1988), y de ellos partieron algunos silbidos antihistóricos cuando el papa osó hablar primero en castellano. El cardenal Jubany, en su homilía, hizo honor al *seny* y decepcionó sin duda a los silbadores. El papa, desde la ventana del Ángelus, saludó en castellano «a la numerosa peregrinación de pastores y fieles venidos de Cataluña, España», y ahí brotaron las groseras *xiulades* que se convirtieron muy provincianamente en aplausos cuando el papa optó por el Viva Cartagena en versión catalana. Poco después, el 29 de enero de 1989, el señor Pujol clausuraba el VIII congreso de su partido, dentro del quemalienta un ala muy radical, con varias concesiones a la demagogia, entre otras dudas sobre la futura validez del Estatuto constitucional de autonomía; y aludió a que «el futuro de la plenitud de Cataluña está lejos», eufemismo habitual de los catalanistas para designar la independencia, mientras fustigan a quienes protestamos de tal disparate llamándonos separadores. Poco después una dama valenciana muy bien documentada, doña Amparo Ramírez, protestaba en la revista *Cambio 16* (núm. 901, 6 de marzo de 1989) porque durante un acto de exaltación fallera en Barcelona el señor Pujol dijo: «No quiero ninguna clase de discusión. Llegará un momento en que volveremos a Jaime I, a una sola persona y una sola Corona. La historia tiende a eso.» Por el contrario, la Historia marcha hacia adelante, no hacia atrás; y el legado de Jaime I lo consumaron para siempre los Reyes de España a partir de los Reyes Católicos. Casi inmediatamente después, en la lejanía húngara, el señor Pujol, muy adicto a los viajes de Estado por todo el mundo, afirmó que Cataluña había sufrido más que Hungría por defender su identidad (*El País*, 10 de marzo de 1989, p. 23). Y se mostró luego muy nostálgico por la pérdida de la soberanía catalana hace cuatro siglos, es decir a finales del siglo xvi, donde Cataluña evidentemente no perdió absolutamente nada. En fin, resacas propias del milenario y coherentes con él.

Aflora minoritaria pero ruidosamente en Cataluña otro tipo de resaca, que ya no me parece histórica sino resaca vulgar, que es la grosería independentista pura y dura, de la que no deberían asombrarse quienes siembran los polvos para luego cosechar estos lodos. Todos recordamos con vergüenza los abucheos, tan poco catalanes, al rey de Es-

paña cuando acudió a inaugurar un estadio olímpico que se deshacía a chorros de gotera en plena inauguración. Pero a veces estos disparates se profieren reflexivamente, es un decir, en letra impresa y publicada.

LA «TUPINADA» DEL SEÑOR LLADÓ

Acabo de afirmar —y lo ratifico— que Cataluña es racionalidad, Cataluña es pacto, Cataluña es *seny*. Pero en ocasiones, felizmente minoritarias, Cataluña es aberración; Cataluña es apasionamiento; Cataluña es esperpento. Durante un viaje a Barcelona, ya en la primavera del milenario, compré en una librería del centro de la ciudad un libro inconcebible, *Catalunya independent*, del arquitecto urbanista Carles Lladó i Badia, editado por El Llamp, y ya por la segunda edición.

Toda la distorsión y toda la falsa mitología hipercatalanista se desborda en sus páginas, que rebosan además de algo todavía más desagradable: el desprecio y el odio contra España, la insolidaridad más escandalosa que jamás he visto escrita en nombre de la libertad. *Som una nació* es el grito que resuena en cada página. Cataluña se extiende a los famosos Països Catalans, que incorporan además a una franja de Aragón, con Fraga dentro. La primera prueba de catalanismo histórico que se alude, sin el menor miedo al ridículo, es la mandíbula de Bañolas, fechada el año 150 000 antes de Cristo. Wifredo el Velloso es el fundador de «la dinastía nacional catalana» y se le atribuye falsamente la bandera cuatribarrada; la historia se confunde con la más improbable leyenda. Se confunden casi todas las fechas, casi todos los hechos reales. Los ducados instituidos por los almogávares en el Mediterráneo oriental son simplemente Cataluña. Caspe fue, lógicamente, un gran error, una *tupinada*. Colón era catalán; América, una empresa catalana. El siglo XVIII fue el reino del terrorismo militar castellano en Cataluña.

El capítulo de la lengua es una acumulación de ignorancias. Se rechaza el bilingüismo en favor de la normalización; al menos hay que agradecer a este original autor que revele el rostro verdadero de esa normalización. Se insulta gravemente a los *xarnegos*, y se identifica a los españoles de Cataluña con los indeseables y delincuentes. Claro que la gran mayoría de los catalanes repudian el

tono y el mensaje de este energúmeno; pero el hecho de que se haya escrito y se haya publicado este libro sirve para formular nuevamente una grave preocupación.

LA AMENAZA CULTURAL

En mi libro de 1989, *España, la sociedad violada*, editado en Barcelona por Planeta, me referí con el elogio que merece al discurso pronunciado por el señor Pujol en Madrid, y en 1981, *Catalanes en España*, que todo español podría firmar, y que nada tiene que ver con los discursos de 1984 y 1989 que acabo de citar, como si se le hubiera contagiado al señor Pujol la manía de doble lenguaje que parece congénita en los gobernantes socialistas de España. Allí critiqué ya seriamente el milenario de Cataluña como un «invento de relaciones públicas»; y unas páginas más allá identifiqué, con pruebas muy serias, la llamada «normalización» del catalán, con la expulsión del castellano en Cataluña. La amenaza cultural sigue su curso, se incrementa día tras día de forma nefasta para Cataluña; ya se dice con toda tranquilidad en la prensa que el castellano puede durar medio siglo solamente en Cataluña, y los socialistas han rechazado una moción del Partido Popular en el Senado que trataba de organizar la defensa de la lengua castellana de acuerdo con la Constitución. El CDS y el Partido Popular en Cataluña siguen replegados, para terreno tan vital, en una actitud cobarde y absurda que, si no se remedia, les borrará del mapa político catalán; creo que lo saben, pero mantienen la actitud por falta de horizonte, por cobardía pura. La asociación cultural Miguel de Cervantes es una de las pocas entidades que han asumido heroicamente la defensa del castellano en Cataluña, que nada tiene que ver con una hostilidad contra el catalán, sino con la defensa de la lengua común de los españoles de pleno acuerdo con la Constitución española. En honor de esa benemérita agrupación voy a reproducir uno de sus manifiestos para cerrar este estudio; quienes amamos y visitamos continuamente Cataluña vemos nuevas pruebas diarias de esta situación intolerable, que podría ilustrarse con millares de ejemplos. El manifiesto que reproduzco es de 1989.

En un resonante artículo publicado en *El País* el 2 de julio de 1988 el director de la Real Academia Española

profesor Rafael Lapesa afirma y prueba que en España se vulnera continuamente lo que ordena la Constitución sobre el castellano. «Todo esto va creando una desintegración creciente de España.» Es la misma línea del manifiesto que publico a continuación.

EL IDIOMA ESPAÑOL EN CATALUÑA SITUACIÓN REGRESIVA EN USO Y ENSEÑANZA

Realidades incuestionables

La primera y fundamental realidad es la de que en Cataluña nadie se opone a la afirmación, cultivo y propagación del idioma catalán en el principado, pues todos somos partidarios del uso y cultivo de esta lengua, destacada entre las de España y que constituye una de las principales riquezas culturales de nuestra Historia.

La otra realidad, paralela a ésta, es que esta implantación, cultivo y propagación del catalán se viene haciendo a costa de la paulatina desaparición del uso, enseñanza y propagación del castellano o español, idioma común de todos los españoles, oficial del Estado y propio de más de la mitad de la comunidad humana que habita en Cataluña.

En virtud de estas dos primeras realidades, queremos insistir en que no nos mueve a manifestarnos el hecho de la esplendorosa propagación del idioma catalán, sino que ésta se verifique en detrimento del otro idioma (español), también patrimonio cultural incuestionable.

Asimismo nos mueven los procedimientos abiertamente inconstitucionales empleados en tal afirmación y difusión, de los que son buena muestra los datos que exponemos a continuación, en particular el acoso propagandístico, los rótulos e informaciones oficiales, las emisiones de la televisión (TV-3, Canal 33, TVE-2 Cataluña) y de la radio pública que gestiona la Generalidad, así como los procedimientos de enseñanza.

Concretando las realidades en que abiertamente se observa la marginación del idioma castellano, vamos a señalar las siguientes: la calle, los medios de comunicación, las campañas de catalanización, la administración, la iglesia, el parlamento catalán, la enseñanza y la cultura.

1. *La calle*

Todas las indicaciones oficiales (rótulos, señalizaciones de tráfico, información ciudadana, etc.) se realizan exclusivamente en catalán, con desprecio del castellano y falta al respeto que merece. Es de obligada justicia que estas manifestaciones sean bilingües.

2. *Medios de comunicación*

Todas las emisoras de radio dependientes de la Generalidad (Cataluña-radio, Cataluña-música, Radio Asociación de Cataluña y Cadena-13) emiten exclusivamente en catalán y la primera de ellas, frecuentemente, con contenidos de catalanismo fanático.

En cuanto a la televisión pública hay cuatro emisoras oficiales: dos autonómicas, que gestiona la Generalidad (TV-3 y Canal 33), que emiten solamente en catalán, y dos nacionales, una de las cuales también tiene más del 50 por ciento de su programación en catalán (TVE-2 Cataluña), y la otra (TVE-1), que emite en castellano con espacios en catalán. Se da la circunstancia de que concretamente de las 13 a las 15 horas del mediodía, que son de gran audiencia, las cuatro emisoras emiten siempre en catalán. De esta suerte, la libertad de elegir televisión en castellano no existe en algunos momentos y en otros se limita a una sola emisora y ha de ejercitarse en catalán, estableciéndose una ecuación «subliminal»: libertad igual a utilización del catalán. Por supuesto que también hay derecho a apagar el televisor, como muy «acertadamente» señalaba en una sentencia el Tribunal Supremo.

La prensa en catalán recibe apoyos especiales de las instituciones autonómicas o locales con el dinero de todos los ciudadanos.

3. *Campañas de catalanización*

Promovidas por la Dirección General de Política Lingüística de la Generalidad de Cataluña bajo ciertos lemas: «La Norma, depèn de vostè, El catalá, cosa de tots, etc.» Realizan un acoso propagandístico permanente sobre la población con el objetivo de que la totalidad de la misma adopte el catalán como su lengua habitual.

4. *La administración*

La Generalidad, ayuntamientos, colegios profesionales, reales academias, universidades, institutos, colegios de EGB

y preescolar, etc. —es decir, todos los organismos oficiales de carácter local, provincial o regional—, utilizan únicamente el catalán, que es, de hecho, el único idioma oficial, tolerándose, en el mejor de los casos, el uso eventual del castellano. Todas las publicaciones que emanan de los citados entes —comunicados, libros, folletos, guías informativas, etc.— se editan exclusivamente en catalán.

Resulta curioso observar cómo sólo se respeta el bilingüismo cuando se trata de recaudar tributos o en la propaganda electoral, tanto de los partidos políticos como la institucional (Generalidad, Ayuntamiento de Barcelona).

5. *La Iglesia católica en Cataluña*

Establece diferencia o selección entre dos tipos de católicos: unos con cuya lengua y cultura —la catalana— se identifica, y el resto de lengua y cultura castellana y, en su mayoría, de condición humilde. Esta selección resulta a todas luces contraria al principio evangélico del amor fraterno. Si el amor selecciona, no es verdadero amor, porque el amor no separa y la selección separa.

Para el clero catalán y sectores catalanistas ultras sería una provocación, por ejemplo, el nombramiento de un obispo no catalán en alguna de las diócesis del principado, cuando tantos obispos catalanes están repartidos por todo el resto de la geografía española sin que nadie haya protestado jamás.

No se observa la referida actitud en otras confesiones religiosas, que no establecen ningún tipo de discriminación.

6. *El Parlamento catalán*

La realidad es que ningún parlamentario utiliza nunca el castellano en sus intervenciones, aunque ésta sea su lengua materna. Esta cámara, que debiera ser caja de resonancia de todos los allí representados, secuestra la voz de más de la mitad de ellos. Y si la lengua no se utiliza, tampoco se la defiende: se aprueban leyes y proposiciones —hasta por unanimidad— que la agreden seriamente y por ende agreden a todos los ciudadanos, de quienes es patrimonio irrenunciable.

7. *La enseñanza*

Se ha establecido que el catalán es la lengua propia de la enseñanza en todos los niveles educativos. El vehículo de transmisión de los conocimientos es el catalán y el ve-

hículo de expresión normal en todas las actividades tanto externas como internas. Se tiende, por tanto, hacia una catalanización absoluta de la enseñanza y el procedimiento más demostrativo es la inmersión.

La inmersión consiste en sumergir a los alumnos castellano-hablantes en un ambiente catalán desde el primer día de entrada en la clase, de manera que el catalán será para ellos la única lengua vehicular. Este método está implantado desde el nivel preescolar y en la casi totalidad de los centros públicos o subvencionados, porque las autoridades lingüísticas entienden que el castellano, lengua materna de estos escolares, ya lo aprenden en su entorno familiar y social.

La enseñanza de la EGB se realiza ya totalmente en catalán en la mayor parte de los centros oficiales o subvencionados y existe cada día una presión mayor para que las pocas clases que en el bachillerato o en las universidades aún se dan en castellano se realicen en catalán, que abarcará así, a corto plazo, la totalidad de la enseñanza.

Estos procedimientos son abiertamente anticonstitucionales y derivan de la llamada Ley de Normalización Lingüística y de sus normas de aplicación, que, incomprensiblemente, nadie ha recurrido.

8. *La cultura*

Se subvencionan y promocionan, casi exclusivamente, las manifestaciones artísticas y culturales que se realizan en catalán (museos, fiestas, conferencias, cine, teatro, exposiciones, edición de libros, periódicos, etc.).

Como consecuencia directa o indirecta de toda esta presión que se ejerce en la marginación del idioma español y de la cultura española por parte de los poderes públicos, todo el que no camine en la dirección impuesta es considerado un ciudadano de segunda, poniéndole trabas el acceso a los bienes y servicios públicos que paga como los demás. De este modo se explica que decenas de miles de funcionarios, en particular de la enseñanza, hayan tenido que elegir el siempre penoso camino de la emigración hacia otras tierras de España. Y de la misma manera, cualquier español de otras regiones ve dificultada su entrada en Cataluña por el *handicap* del catalán.

IV. LOS INTELLECTUALES Y LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA

*Manipulación y aventamiento
«entre la bala y la mentira» (Orwell)*

PASIÓN Y MUERTE DE ANTONIO MACHADO

El 22 de enero de 1939, cuando las vanguardias del Ejército del Norte iban a iniciar su maniobra en tenaza sobre Barcelona, huía de ella Antonio Machado —uno de los poetas más excelsos y profundos de la historia humana—, con su madre anciana y toda la pesadumbre de sus dos Españas en el corazón: el último amor de su vida, Guiomar, y su hermano Manuel, también altísimo poeta, habían pasado la guerra civil —de pleno acuerdo, además, con su conciencia— en el otro bando. Machado llegó a la frontera con un infinito cansancio en el alma, y pasó su última jornada española en el Mas Faixá, cerca de Figueras. Todos los testimonios concuerdan sobre su decepción y su hartura. Cuando un notable hombre de letras y versos catalán, Carles Riba, trataba de animarle en la misma raya: —«Don Antonio, a pesar de todo, Viva la República»—, sólo recibió por respuesta un gesto de indiferencia, casi de asco. Pasó a Francia y viajó al puertecito de Collioure, aunque al precio de dormir la noche del 28 de enero en un vagón de ganado dentro de la estación de Cerbère. Le acompañaba y ayudaba otro desterrado, Corpus Barga.

Aquel poeta grandón y desaliñado, vuelto a enamorar irresistiblemente de una dama muy católica y derechista, que nunca se le había entregado, acababa de publicar poco antes de la guerra su *Juan de Mairena* y preparaba para estrenar en septiembre, con su hermano Manuel, un drama titulado, premonitoriamente, *El hombre que murió en la guerra*. Asumió casi desde el principio una actitud de extrema militancia en favor del Frente Popular, fue evacuado de Madrid en noviembre de 1936 por el Quinto Regimiento comunista, y su manipulación por la propaganda de guerra republicano-comunista, si bien profunda, no re-

sultó forzada; más bien parece una automanipulación. Perdió, en sus poesías y artículos de guerra, todo su sentido crítico. En su artículo *Recapitulemos* publicado en el órgano de Negrín, *La Vanguardia*, el 7 de diciembre de 1938 había dicho: «La ocurrencia genial de nuestro presidente, el doctor Negrín, de retirada total de voluntarios, y las justas palabras de Álvarez del Vayo...» En la revista de propaganda cultural republicana, *Hora de España*, número de abril, 1938, decía: «La nueva Rusia se nos agiganta» (era la de Stalin); «Moscú es el corazón hospitalario de todos los hombres» (el Moscú de las grandes purgas); «El marxismo contiene las visiones más profundas y certeras de los problemas que plantea la economía de todos los pueblos» (justo cincuenta años antes del universal descrédito y desplome del marxismo). Había cantado al jefe miliciano comunista Enrique Lister en unos versos famosísimos:

*Si mi pluma valiera tu pistola
de capitán, contento moriría*

que se ha atrevido a alabar recientemente el académico don Francisco Ayala, sin advertir que constituyen el mayor dislate literario de toda la guerra civil, donde hubo muchísimos en una y otra zona.

Llegó Antonio Machado a Collioure. A los tres días murió su madre. En la zona nacional su hermano Manuel preparaba su discurso de ingreso en la Real Academia Española. Escribió Antonio su último verso, encontrado luego en un bolsillo de su gabán:

Estos días azules y este sol de la infancia.

Luis Romero comenta al despedirle: «Le utilizaron como un arma más de guerra y por el momento les resultaba inútil o innecesaria esa arma y el poeta quedó marginado en el sálvese quien pueda.» Allí murió el 22 de febrero de 1939, y el *ABC* republicano de Madrid mentía al dar la noticia el 26: «Murió en un campo de concentración de refugiados españoles.» La muerte desterrada de Machado en un momento crucial de la historia española ha sugerido irresistiblemente, para evocar a la vez el destino de los hombres de la cultura en la guerra de España, un título

tomado de unos versos de uno de ellos: George Orwell, que aquí vio la luz entre sus nieblas rojas:

*Entre la sombra y el espíritu
entre el rojo y el blanco
entre la bala y la mentira,
¿dónde esconderás tu esconder?*

No trato de resumir en un breve ensayo el destino de los intelectuales en la guerra civil española, los de dentro y los de fuera. Solamente apuntar, desde la perspectiva del final de la guerra, un intento de seguir esa fase de su trayectoria, como acabamos de hacer con Antonio Machado; y de estudiar de forma un tanto impresionista su manipulación y su aventamiento. Hasta que algún día podamos abordar el problema complejísimo de los intelectuales en la guerra de España, sirvan estas líneas como desagravio al mundo español y occidental de la cultura por ese groserísimo atentado que, desde una ignorancia petulante, ha cometido contra uno y otro el bibliopola norteamericano errante Herbert Rutledge Southworth en medio de errores indecibles, sin advertir que la conclusión de su fárrago —la cruz gamada no es la cruz de Cristo— no es suya, sino de quien menos podía esperar: del papa Pío XI a través de un gran cardenal de España y sin acabar todavía la guerra civil.¹

LOS INTELLECTUALES REPUBLICANOS DEL PODER

Agrupemos, para no perdernos, a los intelectuales del poder —en una y otra zona—, después a los intelectuales (es decir, los hombres de la cultura) militantes o colaboradores en cada bando, españoles y extranjeros, y a los neutrales de la Tercera España. Este apunte va a provocar algu-

1. Para todo este capítulo debe consultarse el completísimo y original libro antológico de F. Díaz-Plaja *Si mi pluma valiera tu pistola* (Barcelona, Plaza y Janés, 1979). Para Machado, cfr. Aurora de Albornoz, *Poesía de guerra de Antonio Machado* (San Juan de Puerto Rico, eds. Asomante, 1961), y Bernard Sesé, *Antonio Machado* (Madrid, Gredos, 1980, vol 2, pp. 869 y ss.). También Luis Romero, *El final...*, ob. cit. en núm. 5 del c. 2, pp. 85 y ss., 142 y ss. Los versos de Orwell en C. Eby, *Between the bullet and the lie*, Nueva York, Holt, 1969, p. XV.

nas sorpresas; procuraremos probar lo que vamos a decir. Porque una tenaz propaganda de posguerra sigue empeñada en que el Frente Popular tuvo a su lado a los primeros intelectuales de España y del mundo, mientras los rebeldes se vieron totalmente desasistidos de apoyo cultural. Simplemente con que recordemos el apoyo casi total de la Iglesia católica, que es una inmensa fuerza cultural (pese a ciertas excepciones de la cultura católica francesa), deberían rebajarse ya ciertos entusiasmos.

El bando republicano contó con numerosos intelectuales, para su manipulación y propaganda, pero pocos estaban realmente situados en zonas altas del poder, en el plano de las grandes decisiones políticas. Naturalmente que no incluyo en ese plano a los milicianos de la cultura y a los simples funcionarios de la propaganda, que luego se citarán en otro apartado. Por eso resalta tanto la presencia de los tres ejemplos que vamos a aducir.

La República en guerra tenía al frente a un intelectual eximio: el presidente Manuel Azaña. Que apenas desempeñó en la guerra funciones fuera de lo simbólico, y por ello puede ofrecernos algunas maravillas culturales, como su diálogo dramático *La velada en Benicarló*, profunda interpretación de la guerra civil a partir de las fuentes del miedo y el odio; o las descripciones magistrales, si bien hiper-subjetivas, de sus diarios de guerra, y de sus cartas y artículos del exilio sobre la guerra. En casi todo ello, Manuel Azaña se eleva por encima de los partidos y convierte su obra, con disonantes excepciones y una prosa arrebatadora a fuerza de sencilla, en legado común para los españoles del futuro. Azaña apenas contribuyó políticamente a la guerra civil pero sí lo hizo culturalmente. Nadie ha descrito con dureza más implacable los errores, las aberraciones y las desventuras del Frente Popular y de la República como el propio líder del Frente Popular y último presidente de la República. Que al final la abandonó a su suerte con su dimisión, que muchos republicanos interpretaron como una desertión. Y no lo era, sino cansancio infinito, necesidad de evadirse para buscar dentro de sí la reconciliación profunda consigo mismo que la guerra había aplazado. Porque el dramático fracaso y los errores trágicos de Azaña en la República figuran entre las causas decisivas de la guerra civil, lo que parecen ignorar ahora algunos azañistas horros de todo sentido crítico, como el profesor Juan Marichal; que a estas alturas exaltan de Aza-

ña precisamente aquello de que abominó en su extraordinario rapto final de lucidez, a partir de 1937.

El segundo intelectual republicano del poder venía, como Azaña, de las filas monárquicas y las creencias católicas, y desempeñó brillantes y vacías embajadas durante el conflicto, en París y Buenos Aires. Me refiero a don Ángel Ossorio y Gallardo, el hombre de Maura en la Barcelona de 1909, el monárquico sin rey de 1930, figura patética de la guerra civil, quien, tal vez por una reflexión sobre el final a que le había llevado su manía *progresista*, optó por no comunicarnos, que yo sepa, tal reflexión, fuera de numerosos panfletos de propaganda barata y algunas consideraciones marginales y huidizas en algunos libros posteriores, que no merecen mayor comentario.

Sí que lo merece el tercer gran intelectual republicano del poder durante la guerra, aunque sólo fuera al final del final, pero de forma muy significativa y decisiva: don Julián Besteiro. Era el profesor socialista el más importante intelectual del PSOE, junto con el embajador Fernando de los Ríos, cuya actuación política fue muy desdibujada, como la de su compañero de partido Luis Araquistain, que pasó durante la guerra civil, sin cargos relevantes aunque sí influyentes, desde una posición bolchevique caballerista a un anticomunismo profundo. Besteiro fue la figura clave del Consejo de Defensa en marzo de 1939, y para este capítulo resultan oportunísimas sus palabras tomadas de un borrador para fijar ideas a principios de marzo de 1939. La guerra de España incitó a evolucionar profundamente a grandes protagonistas de la cultura occidental, como estamos viendo. Besteiro, el sucesor marxista de Pablo Iglesias en 1925, pensaba así en 1939:

«La verdad real: estamos derrotados por nuestras propias culpas. Estamos derrotados nacionalmente por habernos dejado arrastrar a la línea bolchevique, que es la aberración política más grande que han conocido quizá los siglos... Si el acto del 4 de marzo (*sic*) no se hubiese realizado (*se refiere a la sublevación del Consejo de Defensa contra Negrín*), el dominio completo de los resortes de la España republicana por la política del Comintern hubiera sido un hecho y los habitantes de esta zona hubiesen tenido que sufrir probablemente durante algunos meses no sólo la prolongación criminal de la guerra, sino el más espantoso terrorismo bolchevique, único medio de mantener tan anormal ficción, contraria, evidentemente, a los deseos de los ciudadanos.»

Los intelectuales militantes de la República situados en los engranajes de poder eran comunistas en muy alto porcentaje, dado el enorme interés del partido y de la Comintern en asegurar el control ideológico de la zona y de la propaganda. De ahí las reuniones, congresos y publicaciones de apariencia cultural promovidos por los agentes soviéticos en España, y repudiados ahora, cincuenta años después, por algunos de los jóvenes intelectuales que entonces —el caso más rotundo es el de Octavio Paz— cooperaron ardorosamente en ellos. Ángel María de Lera y Ramón J. Sender colaboraron intensamente con el Frente Popular en el comisariado (Lera en posición anarcosindicalista), aunque Sender se decepcionó bien pronto. El escritor Segundo Serrano Poncela fue adjunto de Santiago Carrillo en la represión de Madrid, y ha sobrevivido muchos años hasta que Carrillo ha tratado de volcar en él sus propias responsabilidades. La ardiente militancia comunista de Rafael Alberti y su entonces compañera María Teresa León se mantuvo durante toda la guerra civil —tras haber sobrevivido al dominio de los rebeldes en Ibiza unas semanas— a la sombra del poder gubernamental y comunista. Captados por la vorágine final, consiguieron escapar al exilio. Tuvo menos suerte Miguel Hernández, prototipo del miliciano de la cultura, activista de la propaganda en los frentes, que no consiguió huir cuando pudo hacerlo, y fue luego capturado y encarcelado hasta morir. César M. Arconada e Irene Falcón desplegaron una actividad cultural de signo staliniano hasta extremos de servilismo flagrante.

Los intelectuales periodistas soviéticos, Ilya Ehrenburg y Mikhail Koltosv, desempeñaron misiones confidenciales como asesores políticos y culturales en España. El *Diario* de Koltosv ofrece pruebas de su culpabilidad en los crímenes de Paracuellos, de los que fue instigador. El *Diario* llega hasta el regreso a Rusia, en noviembre de 1937, para encontrar allí la prisión y una muerte sádica e incógnita hacia 1940, como tantos veteranos de la guerra civil española. Ehrenburg, encargado por la Comintern para dirigir el *agitprop* cultural en España, consiguió sobrevivir a la paranoia de Stalin a fuerza de servilismo, fue el organizador principal del congreso de intelectuales antifascistas en la Valencia de 1937, volvió a Rusia, donde fue testigo de las purgas, y tal vez para librarse de ellas consiguió regresar a España, de donde huyó por la frontera francesa en

febrero de 1939. Dos grandes escritores centroeuropeos vinieron a España como agentes de la Comintern: Gustav Regler en los frentes, Arthur Koestler en las actividades de prensa. Los dos experimentaron en España una terrible decepción y una definitiva conversión, que han plasmado en monumentos literarios de primera magnitud: *La gran cruzada* y *El cero y el infinito*, que no se hubieran concebido —como en el caso de los grandes libros de Orwell— sin una profunda y traumática experiencia española, cuajada de aventuras que alguna vez expondremos con todo detalle, pero que ahora sólo podemos evocar genéricamente.²

2. El legado histórico y testimonial de Azaña vive en los cuatro tomos de sus *Obras completas*, editadas en México por Oasis, con introducciones hagiográficas y acríticas del profesor Juan Marichal. No se ha escrito aún el estudio convincente que merece la figura de Azaña en guerra y posguerra. Sus testimonios esenciales son los citados en el texto. Entre toda la abundante publicística de guerra que difundió don Ángel Ossorio y Gallardo destacan *A un militar del otro lado* (Barcelona, 1936), *Carta al cardenal Verdier* (Barcelona, 1938) y la parcialísima autobiografía *La España de mi vida*, editada en Buenos Aires ya en 1941. No hay en toda esa producción un trabajo cultural serio. El importante borrador de J. Besteiro en A. Sabarrit, *Julián Besteiro* (México, Ed. Modernas, 1961, pp. 411 y ss.). La formidable retractación de L. Araquistain es *Sobre la guerra civil y en la emigración* (Madrid, Espasa-Calpe, 1983, ed. Javier Tusell). S. Carrillo trata de exculparse por los crímenes de Paracuellos ante Ian Gibson en *Paracuellos, cómo fue*, donde acusa a Serrano Poncela (Barcelona, Argos-Vergara, 1983, pp. 40-265), pero su responsabilidad queda establecida con nueva documentación en el capítulo *Paracuellos y la represión: Carrillo es culpable* de mi *Historia de la guerra civil española* (Madrid, Época, 1987, pp. 369 y ss.). Las andanzas finales de R. Alberti a la sombra de Negrín en *La arboleda perdida*, II (Barcelona, Seix Barral, 1987), donde se refiere como de pasada a su condición de poeta áulico y propagandístico en la guerra civil. Sobre la captura y destino del poeta Miguel Hernández, la referencia definitiva está en J. Rubio *Asilos y canjes durante la guerra civil española* (Barcelona, Planeta, 1979, pp. 324 y ss.). M. E. Koltsov desplegó una notable actividad como publicista en la zona republicana (varios folletos de edición PCE). Su *Diario* fue editado en 1963 por Ruedo Ibérico, en París. También Ehrenburg publicó varios folletos, entre ellos *No pasarán* (Buenos Aires, Pampa, 1938). La difusión de sus folletos, como los de Koltsov, es una buena pista para detectar el alcance de la propaganda soviética durante la época. Regler, hundido moralmente por las purgas de Moscú mientras combatía junto a Madrid en la batalla de la niebla, sector de las Rozas (1937), publicó en Nueva York, 1940, *The great crusade* (Longmans), con prólogo de Hemingway. Sobre Koestler, cuya doble aventura en España es alucinante, nada mejor que su autobiografía publicada en España por Alianza Editorial. Koestler es uno de los casos más deformados por el

LOS INTELLECTUALES COLABORADORES DEL FRENTE POPULAR:
EL EXTRAÑO CASO DE HEMINGWAY

Apartados de las cumbres y los engranajes del poder, numerosos intelectuales de España y del mundo militaron material o moralmente en las filas del Frente Popular. Algunos lo hicieron en las unidades y brigadas internacionales, y cuando agonizaba la guerra civil ya no estaban; algunos habían muerto, otros se habían marchado cuando el doctor Negrín, en plena batalla del Ebro, renunció espectacularmente a la colaboración armada de las legiones de la Comintern. Se ha exagerado muchísimo sobre el carácter «intelectual» de las Brigadas Internacionales, que no fueron precisamente un claustro académico en armas, ni menos algo semejante a los batallones literarios que se reclutaron en las universidades españolas para la guerra de la Independencia, sino una legión de obreros sin trabajo en plena crisis de los años treinta canalizada hacia la guerra de España por los servicios exteriores de la Internacional Comunista.

Entre todos estos escritores combatientes los dos más famosos fueron, sin duda, George Orwell y André Malraux. Orwell, cuyo verdadero nombre era Eric Blair, vino al frente de Aragón para enrolarse en las unidades militares del POUM, enviado y voluntario de su propio partido trotskista inglés. Trató inútilmente de pasar a las brigadas internacionales del frente de Madrid. Asistió asombrado a la pequeña guerra civil de Barcelona en mayo de 1937 y consiguió evadirse a su patria, vacunado para siempre contra el totalitarismo comunista que había estado a punto de terminar con él. Su conversión data, evidentemente, de su experiencia española, aunque Southworth no se haya enterado porque le interesan las fichas de los libros, no su contenido. Sus grandes libros, *Homenaje a Cataluña*, *Rebelión en la granja* y *1984* son, en el fondo, una trilogía cuyas raíces se derivan de esa experiencia española.

pobre H. R. Southworth en su libelo *El mito de la cruzada de Franco* (París, Ruedo Ibérico, 1963), que destruiré definitivamente en mi prevista obra sobre los intelectuales en la guerra de España; es un catálogo de formalismos bibliográficos y de ignorancias históricas muchas veces flagrantantes.

Malraux, que entonces atravesaba por una órbita de satélite comunista, vino pronto a la aviación republicana, donde hizo el ridículo hasta tal extremo que el propio jefe de la aviación republicana hubo de formular contra él, por ineptitud, una terrible denuncia en un difundido libro. Luego, con mejor acuerdo, se dedicó a la propaganda, de la que brotaron una novela de alcance universal, *L'Espoir* (que refleja no la actuación del autor en la guerra, sino lo que hubiera deseado realizar aquí), una mala película —*Sierra de Teruel*— y una estupenda coartada para integrarse más tarde en el gobierno del general De Gaulle tras su experiencia, no menos catastrófica, como tanquista en la guerra mundial, que le llevó a un campo de prisioneros, donde, sin duda, fue madurando su profundo viraje interior. Hubo otros intelectuales del mundo en el Ejército Popular: poetas ingleses alucinados como Spender, y artistas como el mexicano comunista David Alfaro Siqueiros.

No combatió en los frentes pero anduvo cerca de casi todos ellos el gran Ernest Hemingway, quien contribuyó decisivamente, en la primavera de 1937, a inclinar en favor de la República a la opinión pública de los Estados Unidos gracias a su corresponsalía de prensa. Tras su quinta visita a la España republicana, Hemingway se marchó definitivamente después de presenciar la batalla del Ebro y atravesar el río en barca cuando ya la suerte estaba echada. Se fue a Cuba sin asistir a la agonía de la República y comenzó a escribir allí *Por quién doblan las campanas*, para la que escogió curiosamente casi la única batalla de la guerra civil —la de La Granja, en mayo-junio de 1937— a la que no había asistido personalmente porque coincidió con una de sus ausencias, como para indicarnos que pretendía una pura obra de ficción, cuyo parecido con la realidad es simple coincidencia. La obra se publicó con éxito enorme en 1940 y engaña desde entonces a la opinión americana sobre el verdadero carácter de la guerra española. La reciente publicación (Editorial Planeta) de los flojísimos y parcialísimos despachos de guerra de Hemingway demuestra que sus juergas del hotel Florida en Madrid no le permitieron enterarse de esa guerra.

Otro grande de la literatura, universal, Pablo Neruda, también abandonó España poco antes de la catástrofe final de su bando. Era cónsul de Chile en Madrid, acababa de publicar *España en el corazón*, gestionó el asilo de algunos intelectuales republicanos al final de la guerra (sin

lograrlo en el caso de Miguel Hernández) y se marchó a París para continuar allí su trayectoria poética y su lucha ideológica. Tampoco estaba ya en España el antiguo fascista y extremista de derecha Georges Bernanos, residente en Mallorca al empezar la guerra (su hijo era escuadrista de Falange), que se marchó para publicar un alegato contra la complicidad de la Iglesia católica en la represión franquista (dentro del que dejó escapar un elogio a la moderación «del señor Adolfo Hitler») que constituyó un gran éxito y una tremenda fuente de polémicas en la Francia de 1938. El libro es el fruto clásico de un extremista desengañado, y no capta el auténtico impulso de la resistencia nacional en las Baleares amenazadas por la flota republicana. Lejos ya de la guerra española, Bernanos marchó para siete años a Brasil, pero nunca rectificó los desenfoques de su libro de guerra *Los grandes cementerios bajo la luna*.

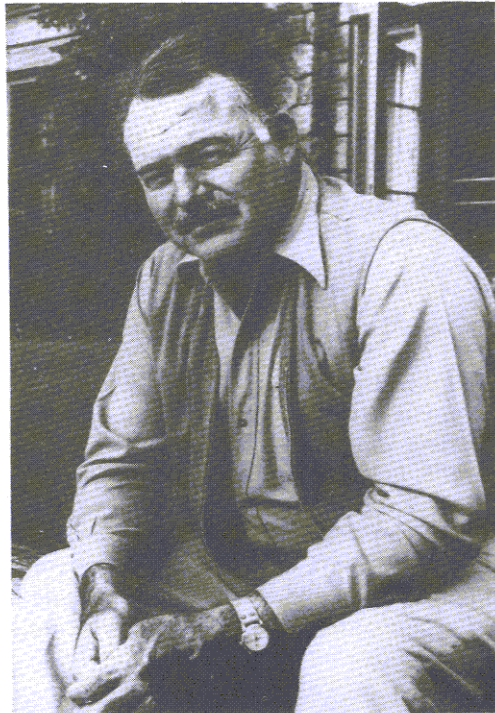
Los intelectuales españoles favorables al Frente Popular deben desfilar aquí brevemente presididos por la figura trágica de Federico García Lorca, asesinado en Granada en agosto de 1936, pese a los heroicos esfuerzos de su amigo el falangista Luis Rosales para salvarle. Sobre Lorca se ha cebado de tal forma la propaganda de la izquierda cultural en la posguerra y en la transición, con la cooperación sospechosísima de grandes órganos de la derecha, y con tal sentido de la unilateralidad y la manipulación, que provocan la hartura de la opinión pública y el propio desdoro del poeta, cada vez más convertido en instrumento y en tópico. Dígase tal cosa como muestra de respeto por su vida —ya tan lejana cuando llegaba a su tumba perdida el final de la guerra— y su obra, donde la militancia política sólo tuvo un lugar secundario.

Algo semejante ha sucedido con Pablo Picasso, pero en este caso por culpa, parcial y remota, del propio Picasso. La manipulación que se ejerce con Picasso por el Frente Popular de la Cultura en nuestro tiempo se basa en su carácter de militante comunista y en su formidable cartelón sobre el bombardeo de Guernica, para una exposición de propaganda republicana de guerra en París. Picasso, con ese cartelón (que personalmente no me parece ni de lejos la mejor de sus obras) aglutinó el mito de Guernica, cuyo más o menos centenar de muertos (evidentemente trágico) nada tiene que ver con el asesinato de la oficialidad polaca por los soviéticos en el bosque de Katyn, ni con



Antonio Machado asumió casi desde el principio una actitud de extrema militancia en favor del Frente Popular. Fue evacuado de Madrid en noviembre de 1936 por el Quinto Regimiento comunista y su manipulación por la propaganda de guerra republicano-comunista, si bien profunda, no resultó forzada; más bien parece una automanipulación. Perdió, en sus poesías y artículos de guerra, todo su sentido crítico.

No combatió en los frentes, pero anduvo cerca de casi todos ellos el gran Ernest Hemingway, quien contribuyó decisivamente, en la primavera de 1937, a inclinar en favor de la República a la opinión pública de los Estados Unidos gracias a su corresponsalía de Prensa.



las 135 000 víctimas de la aviación anglonorteamericana en Dresde cuando ya la guerra mundial se había decidido, ni con los holocaustos atómicos en Japón, pero Picasso estaba después demasiado atareado para evocar tales pequeñas.

Juan Ramón Jiménez se escabulló, con Zenobia, de la zona republicana en 1936, y se marchó a América, donde se ejerció en algunos trabajos de propaganda, cuya publicación conjunta se anuncia ahora. Alguno apareció durante la guerra en *Hora de España*, donde explica su hégira: «Mi ilusión al salir de España era hacer ver la verdad de la guerra en los países extranjeros.» Pero en ese artículo nos critica a los intelectuales de la República que se quedaron en España, como dice en sus papeles inéditos, «para banquetes, recepciones y altisonancias». Los papeles que ahora se conocen revelan una parcialidad enorme y una contradicción flagrante: JRJ huye de Madrid por el caos de Madrid pero describe admirativamente (desde América) a ese caos como «fiesta trágica», con jota, naturalmente.

Otro grande de la cultura española, Pau Casals, protagonizó varios conciertos de guerra en España y fuera de ella durante el conflicto. Pero tildado en Europa de comunista concibió temores de fracasar y ya antes de la campaña de Cataluña huyó a Prades para no regresar. Tampoco Luis Buñuel, el cineasta famoso, quiso estar a la cabecera de la República agonizante. Se había ofrecido espectacularmente al cónsul de la República en Nueva York al ser movilizada su quinta, aunque jamás albergó intención real de presentarse en filas. Desempeñó algunas misiones de propaganda exterior en Europa y los Estados Unidos, pero contempló desde Hollywood el final de la guerra civil.

CUANDO JULIÁN MARIÁS NO RECONCILIABA

El novelista Arturo Barea, próximo al comunismo disidente, vio desde Francia el final de la guerra, y se puso a escribir en Inglaterra el final de su trilogía *La forja de un rebelde*: las memorias noveladas que llevan por título *La llama*. *La forja de un rebelde* se ha utilizado recientemente en España para un bodrio televisivo y fracasado. Arturo Serrano Plaja se situó más comprometidamente en órbita comunista cuando elogió la labor de las JSU en su trabajo *Las juventudes defienden la cultura*, aparecido en *Ahora*

el 3 de abril de 1937. También se inscribió en el coro de los adoradores stalinianos Juan Gil-Albert; a quien los comunistas y el Frente Popular de la Cultura se esfuerzan periódicamente en redescubrir hasta nuestros mismos días, quien clamaba en *Hora de España*, junio de 1937: «El asombroso caso de Rusia, la deslumbrante URSS.» Mientras, Corpus Barga, en el número del mes siguiente, se quejaba de la *dimisión de las democracias*. Algo más tarde Ángel Gaos (febrero de 1938) glosaba sin crítica alguna *El discurso del presidente*; el gran novelista Benjamín Jarnés no tenía empacho alguno en colaborar en *Frente Rojo* de Barcelona el 10 de julio de 1938 con menos sentido hipercrítico que en sus novelas sobre personajes del siglo XIX; Germán Bleiberg disertaba sobre *La guerra en el Norte* y cantaba a la URSS en el número de marzo de 1938 de *Hora de España*; y Rosa Chacel rizaba el rizo de la sustitución religiosa con esta peregrina tesis: «La cultura, al haber relegado la idea de Dios a términos casi inaprensibles para el conocimiento, busca entre las fuerzas anárquicas del pueblo el sentido latente, el inextinguible aliento que animó la vida de Dios.»

Max Aub se pasa un poco cuando en *La Vanguardia* del 24 de abril de 1938 asegura que todos los escritores están con la República; vamos a ver inmediatamente que no, aunque él contribuyó con importantes relatos a la evocación de la agonía republicana. Y dejo para el final de esta incompleta relación a un escritor dedicado hoy a una labor conciliadora que no ejercitaba desde las columnas del raptado *Blanco y Negro* durante la guerra, el discípulo de Ortega, Julián Marías, mientras su maestro se movía en una órbita, como vamos a comprobar, bien diferente.

La revista de Prensa Española, *Blanco y Negro*, anterior en la casa al propio *ABC*, reapareció con periodicidad quincenal el 14 de abril de 1938 y publicó hasta el final de la guerra 21 números de alta calidad tipográfica y decidido sentido propagandístico. En el número 2 José Altabella comenta (mayo de 1938) algunos libros sobre la represión en la zona nacional. (Altabella colabora siempre moderadamente, sin exaltaciones.) En el número 4 (junio de 1938) la revista rinde un gran elogio al nuevo jefe del Ejército del Centro, Segismundo Casado, con este precioso ditirambo: «Todos los pueblos, a semejanza del griego, sitúan a sus héroes a la altura de los dioses del Olimpo.» Se traza en el número 9 un retrato amable del tremendista

director de CNT José García Pradas, a quien se describe como bohemio y estudiante frustrado de Derecho en Zaragoza antes de recalar en la redacción de *La Tierra*. El primer trabajo de Julián Marías se publica el 11 de octubre de 1938 con el título *La formación del Ejército*. Allí, tras discutir un posible paralelismo del Ejército Popular de la República con el Ejército soviético, se equivoca al dictaminar que en la guerra de la Independencia nunca tuvimos un Ejército (cuando hasta las guerrillas estaban oficialmente integradas en él), da por sentada la victoria y la paz de la República, y asume una tesis de la propaganda republicana sobre el «doble carácter de la guerra: una guerra civil y una de invasión», sin aplicar la misma balanza a la intervención de la Comintern en zona republicana.

El segundo artículo de Julián Marías en *Blanco y Negro* se publica el 1 de noviembre de 1938 sobre *La literatura de guerra*. En él critica las insuficiencias de las crónicas republicanas de guerra y afirma que en las filas del Ejército Popular «está hoy toda la juventud española». Tras un comentario breve a un poeta balear, Julián Marías anuncia ya su futuro equilibrio en *La significación de Unamuno* (extra de enero 1939). En su número último, de febrero-marzo de 1939, *Blanco y Negro* llega a tiempo para adherirse fervorosamente al golpe de Casado-Besteiro y para comentar la muerte de Antonio Machado.³

3. He incluido un estudio monográfico sobre Orwell en un libro de análisis y miscelánea histórica, de próxima aparición. Me referí a su obra en varios trabajos publicados en *YA* el año 1984. El verdadero Malraux de la guerra civil está en I. Hidalgo de Cisneros, *Memorias 2* (París, Globe, 1964, p. 324), mucho más que en *L'Espoir* (París, Gallimard, 1962, en mi edición de consulta; edición original, 1937). La mejor obra sobre Hemingway en la guerra es la de J. L. Castillo Pucho, *Hemingway in Spain* (Nueva York, Doubleday, 1974). Tuve la satisfacción de autorizar la publicación de la obra de Neruda *Confieso que he vivido* (Barcelona, Seix Barral, 1974); véase pp. 174 y ss. Sobre Bernanos, sus *Cementerios* y su contexto, cfr. mi *Historia de la guerra civil* (Época, 1976, pp. 192 y 541). Seix Barral ha publicado *Guerra en España*, inéditos de Juan Ramón Jiménez, anunciados por *Cambio-16* el 14 de enero del 1985. Sobre Casals, cfr. J. M. Corredor, *Conversations avec Pablo Casals* (París, Michel, 1955) y A. Forsee *Pablo Casals* (Nueva York, Crowell, 1965). Buñuel y sus distancias en A. Sánchez Vidal, *Buñuel, Lorca, Dalí* (Barcelona, Planeta, 1988, pp. 363 y ss.). *La llama* de Arturo Barea adquiere un cierto valor de ambientación (Buenos Aires, Losada, 1951). El artículo citado de Serrano Plaja en Díaz-Plaja, *Si mi pluma...*, p. 177. Allí figuran los trabajos de propaganda de casi todos los autores siguientes de nuestra relación, que citamos en su aparición original. Como *Los escritores y*

LOS INTELLECTUALES Y EL PODER EN LA ZONA NACIONAL:
EL EQUIPO DE SERRANO SUÑER

La zona nacional no tuvo a un intelectual al frente (y tal vez por eso pudo ganar la guerra), pero contó con mayor presencia decisiva de intelectuales de primer orden junto a las cumbres del poder que la zona republicana, donde los dos jefes de gobierno tras José Giral, es decir, Caballero y Negrín, propendían a desconfiar de los intelectuales, aunque Negrín fuera profesor universitario. Cinco fueron los intelectuales de primer orden que desempeñaron importantes misiones de alto poder en la zona nacional.

El último, cronológicamente hablando, fue liberado en Cataluña al fin de la guerra y sería ministro muy pronto, aunque ya en la paz: el escritor falangista —brillantísimo— Rafael Sánchez Mazas, de quien surgió una progenie antifascista militante, por uno de los bandazos generacionales nada infrecuentes en España. El segundo hombre de cultura que ejerció importantes posiciones de poder en la guerra civil fue, aunque algunos lectores se asombren, el ex ministro de la monarquía Francisco Cambó, que tal vez no era un intelectual en sentido estricto, sino un político, pero que por su condición de mecenas de la cultural y por su extraordinaria contribución al esfuerzo de guerra merece citarse en este apartado. Los equipos de Cambó lucharon intensamente (con generosa financiación del jefe) en la guerra secreta y en el combate cultural dentro de Europa, como he demostrado documentalmente en mi libro *1939. Agonía y victoria* (Editorial Planeta, 1989). Combate al que a veces descendía personalmente el propio Cambó, por ejemplo en este artículo publicado en *La Nación* de Buenos Aires el 17 de noviembre de 1937:

«La Cruzada de la España Nacional significa que se levantó un pueblo dispuesto a todos los sacrificios para que los valores espirituales (religión, patria, familia) no fueran destruidos por la invasión bolchevique que se estaba adueñando del poder.»

Sin embargo fue, sin duda, Ramón Serrano Suñer el

la guerra de Max Aub, p. 142. La Hemeroteca Municipal de Madrid y el Servicio Histórico Militar conservan colecciones completas del *Blanco y Negro* rojo con los artículos de Julián Marías.

más importante hombre de cultura que tocó poder en la España nacional. También se trataba de un político en plenitud más que de un profesional de la cultura; pero este abogado del Estado, diputado de la CEDA, cuñado de Franco y segunda figura del régimen desde casi su llegada a Salamanca procedente de la zona enemiga en la primavera de 1937 hasta dos años después de acabada la guerra (aunque su caída formal se retrasó hasta septiembre de 1942), poseía un extraordinario sentido cultural y formó a su alrededor, en los servicios de prensa y propaganda, un extraordinario equipo de intelectuales políticos, muy superior en calidad y rendimiento al de la zona republicana. Por los libros que después de la guerra publicó merece Serrano Suñer el calificativo de intelectual. Por el hondo sentido cultural con que reclutó y dirigió tal equipo se acreditó como un extraordinario político de la cultura. Fue Serrano Suñer el principal articulador ideológico y constituyente del franquismo; su catolicismo sincero no le impidió pensar y actuar como un doctrinario y un político netamente fascista, por ejemplo, en su feroz ley de prensa de 1938.

Su equipo de prensa y propaganda era, según los signos de los tiempos —como dice la cursilería clericaloide de hoy—, un equipo fascista integral. Pero de valía cultural altísima. Lo formaban Dionisio Ridruejo, Pedro Laín Entralgo y Antonio Tovar, junto a otras estrellas menores descritas por una de ellas, Maximiano García Venero, en su importante libro, inútilmente mordisqueado por Southworth, *Falange en la guerra de España*; aparecen allí nombres muy importantes de la cultura española posterior, desde Víctor de la Serna a Martín Almagro Basch. Pedro Laín era el ideólogo del grupo; en innumerables publicaciones escritas con estilo insuperable, como *Nacimiento y destino de tres generaciones*, que incluye un catálogo de ortodoxias y heterodoxias, y tras calificar de *endeble* al sistema de Maritain, propone «soluciones españolas: cesarismo católico de Carlos y Felipe en el pasado. En lo porvenir, solución inédita, pero segura; nos lo canta en la entraña nuestra fe de católicos y de españoles; que reserva el mundo al nacional-sindicalismo español, clave de la espiritualidad nueva. Aquí el tiempo —pasión, política— se halla en justo equilibrio con lo eterno, con el espíritu. Solución humana, óptima». En *Agonía de un separatismo* proclamaba Laín: «Se comienza por cultivar la espatadantza y se termina

defendiendo a tiros el Bizcargui. Se empieza traduciendo al catalán los clásicos y se va caer en el 6 de Octubre. Para vencer y desterrar al separatismo, primero, el castigo exacto y seco. Pero luego la superación... demostrar con la obra que el resurgir de España oscurece toda actividad regional autónoma.»

Antonio Tovar, director de Radio Nacional de España, imbuido, como Laín, por la fascinación hitleriana, fue responsable principal, dentro del equipo Serrano Suñer, de una misión primordial: exaltar la imagen totalitaria del Caudillo, del Augusto Franco, como decía un propagandista más anticuado, el general Millán Astray. La imagen de Franco aparecía por todas partes, surgía de todas las alusiones y todos los propósitos. La propaganda enemiga colaboraba absurdamente a esta exaltación, al referir a Franco toda la actividad de la zona nacional; por eso al final de la guerra civil había en la zona republicana tantos franquistas como entre los vencedores. Pero el activista desbordante del equipo Serrano era sin duda Dionisio Ridruejo. Había dicho en *Juventud que no puede pactar*: «La juventud no tolera consejos de cabezas que no sean militares y altas.» Director del Servicio Nacional de Propaganda (cargo en que se mantuvo hasta 1940 desde comienzos de 1938), Ridruejo desembarcó con su equipo en la Cataluña reconquistada y trató inteligentemente de comunicar la nueva doctrina también en catalán, lo que impidieron ásperamente las autoridades militares y, concretamente, el general Álvarez Arenas. El 19 de marzo se internó en un sanatorio del Montseny, desde donde observó el final de la guerra civil, para luego retornar repuesto a su utopía de propaganda fascista.

LOS GRANDES INTELLECTUALES MONÁRQUICOS: SAINZ, PEMÁN, PABÓN

A las órdenes del general Millán Astray, el escritor falangista Ernesto Giménez Caballero, en cuya *Gaceta Literaria* se habían dado cita y convivencia las vanguardias culturales que luego chocaron en la República y la guerra, actuó como inspirador de la propaganda, que luego siguió ejerciendo por libre tras la llegada de Serrano Suñer. Gustaba después referirse a sí mismo como «el primer ministro de Cultura de la España nacional» y se movió incesantemente

por frentes y retaguardias como un adelantado de la nueva cultura nacional y fascista española, muy en la línea de sus resonantes libros de la época republicana, sobre todo *Genio de España*. Hombre de exuberante vitalidad intelectual y estilo fascista puro —mussoliniano, no hitleriano como los hombres de Ramón Serrano—, caía en gracia a Franco, que, sin embargo, no le hacía mucho caso aunque le dejaba hacer y recurría a él en momentos importantes, por ejemplo cuando le encargó en abril de 1937 nada menos que el Decreto de Unificación. Llegó con las vanguardias del Ejército del Norte a la frontera de Francia, donde clamó con voz estentórea: «Ya hay Pirineos.» Era un colosal humorista de fondo, idealista absoluto, plétorico de vida que en sus últimos años se quejaba, con razón, de que los medios de la derecha española le despreciasen. Gocé de su amistad y del insondable atractivo de sus recuerdos. Ha sido uno de los españoles más originales de este siglo.

Sánchez Mazas, Cambó, Serrano y su equipo, Giménez Caballero. Mi quinto hombre de la cultura en la política de la España nacional es sin duda don Pedro Sainz Rodríguez, a quien traté íntimamente en el tramo final de su vida y cuyos libros recientes lancé con enorme satisfacción y gratitud por su parte; poseo en ellos las más estimulantes dedicatorias que cabe esperar de un maestro tan reconocido. Discípulo de Menéndez Pelayo, amigo íntimo de Franco en la Monarquía y en la República, este profesor católico y liberal, «carnes en latifundio» como le definía Serrano Suñer, llegó al Ministerio de Educación Nacional en enero de 1938 tras ostentar la jefatura del Servicio Falangista de Educación. Era un formidable hombre de cultura, primer especialista mundial en historia de la espiritualidad española, y puso en marcha el estupendo plan humanístico para el bachillerato con su reforma de 1938. Monárquico de don Juan de Borbón, vivió desde fines de la dictadura hasta su huida de España en 1942 entre todos los bastidores del poder, recibió el Ministerio de Educación por la recomendación de Serrano Suñer a Franco, y con el compromiso de dejar el cargo cuando acabase la guerra. Durante la guerra desempeñó misiones esenciales en la política cultural, animó la propaganda interior y exterior, utilizó al servicio de Franco sus anchas relaciones internacionales, creó el Instituto de España y trató de suplir con gran efectismo la falta de vida académica y uni-

versitaria, donde logró muchos mejores resultados que sus homólogos del bando republicano.

Trabajaban muy cerca de su inspiración algunos destacados intelectuales del poder. Ante todo José María Pemán, que sí tuvo oficialmente la consideración de cuasi ministro de Cultura por su nombramiento como consejero de Cultura en la Junta Técnica del Estado al comenzar octubre de 1936; no servía para la actividad burocrática pero se movió incesantemente por los frentes y la retaguardia y los periódicos como propagandista incansable. Su *Poema de la bestia y el ángel*, injustísimamente sepultado en el olvido y el desprecio, es una de las grandes producciones literarias de la guerra civil, comparable con ventaja a las mucho más aireadas de los poetas del Frente Popular. Pemán ha sido el primer articulista español del siglo xx y luchó con toda su alma por la España nacional, como el gran periodista liberal Manuel Aznar y lo mejor del periodismo español de los años treinta. Muchos de ellos fueron víctimas culturales, nunca lloradas públicamente, en la zona roja, como el presidente de la Asociación de la Prensa de Madrid, Alfonso Rodríguez Santamaría y muchos de sus compañeros.

Eugenio Vegas Latapié, el activista cultural de Acción Española durante la República, fue colaborador principal de Pedro Sainz Rodríguez y nos ha dejado un relato apasionante y amarguísimo de sus decepciones y sus luchas ideológicas durante la guerra civil. Vegas era un totalitario tradicional, un hombre del Antiguo Régimen que, naturalmente, chocó con la confusa realidad presente, lo que no le impidió luchar junto a Sainz Rodríguez para apoderarse durante la guerra de la Editorial Católica y convertirla en un centro de integrismo monárquico. No lo consiguieron por más que Serrano Suñer tampoco quiso entregar la poderosa empresa periodística a sus antiguos amigos del populismo católico hasta que condicionó con hombres suyos la marcha de la casa. La mayor influencia del tándem Sainz-Vegas era sobre los generales monárquicos —Orgaz, Kindelán, Varela— enfrentados a Serrano y empeñados en adelantar la restauración que ninguno de ellos alcanzaría a ver en vida. En fin, aunque los servicios de prensa y propaganda dependían de Serrano Suñer, trabajaban eficazmente en ellos algunos intelectuales de primer orden no fascistas, como el profesor Jesús Pabón, competentísimo jefe de prensa extranjera y ya autor de varias

obras de mérito, como *Diez figuras* (Burgos, ediciones Razón y Fe, 1939), Víctor de la Serna y Eugenio Montes. He aquí a una tríada de genios comunicadores: Pabón, primer historiador de la España contemporánea; Montes, finísimo estilista y hombre de inmensa cultura; Víctor de la Serna, otro de los grandes en la historia del periodismo español. Pabón, que era monárquico-populista, fue relegado por Franco en sus justas aspiraciones al Ministerio de Educación cuando lo dejó Sainz Rodríguez en 1939, lo que le marcó traumáticamente para toda la vida, aunque siempre lo disimuló. En el equipo intelectual que redactaba la revista reservada *Noticiero de España* fulgura una nómina de intelectuales que nada tienen que envidiar, en cuanto a calidad y eficacia, a los que colaboraban con el poder en la zona republicana, presididos por el propio Pabón, Luis Lojendio, Melchor Fernández Almagro y Álvaro Cunqueiro.⁴

4. Sobre Cambó como jefe y financiero de la red secreta de Franco en Europa ya aduje en op. cit. pruebas sorprendentes. La cita de su invocación a la Cruzada en E. Vegas Latapié, *Los caminos del desengaño* (Madrid, Tebas, 1987, p. 471). Pedro Sainz Rodríguez se refiere a esta época en su libro *Testimonio y recuerdos* (Barcelona, Planeta, 1978). Ramón Serrano Suñer ha vivido durante décadas obsesionado por borrar el carácter radicalmente totalitario de su actuación en 1937-1942: aun así el testimonio de su libro *Entre Hendaia y Gibraltar* (Barcelona, Nauta, 1973) es valiosísimo. Como el de Maximiano García Venero en su libro citado, que publicó en París (Ruedo Ibérico, 1967), seguido allí mismo por esa antología de disparates y resentimientos que volcó H. R. Southworth en su *Antifalange*. Citas de Pedro Laín Entralgo en Díaz Plaja, ob. cit. en núm. 1, pp. 172, 249, etc. También en esa fuente, citas de D. Ridruejo, cuyo mejor testimonio es *Casi unas memorias* (Barcelona, Planeta, 1976). Allí precisamente se encuentra el testimonio de la pugna entre monárquicos y populistas por la Editorial Católica (p. 194) por medio de un submarino de Sainz Rodríguez, Francisco Herrera Oria, «pasado al grupo de los alfonsinos». Sobre Giménez Caballero, véase sus colosales *Memorias de un dictador* (Barcelona, Planeta, 1979). Uno de los artículos más significativos sobre el compromiso de Pemán en D. Plaja, ob. cit. en núm. 1, p. 228. El *Poema de la bestia y el ángel* fue publicado en segunda edición, en Madrid, Ediciones Españolas, 1939. Jesús Pabón firma varios artículos en *Noticiero de España*, que le glosa su libro citado en el núm. 80, de 25 de marzo de 1939.

LOS INTELLECTUALES DE LA ESPAÑA NACIONAL EN GUERRA.
EL FORMIDABLE CONJUNTO DE «OCCIDENT»

Puede que sea en este epígrafe donde se provoquen las mayores sorpresas para el lector no especialista, pero abrumado quizá por esa propaganda que lanzaba Max Aub desde el principio: según la que todos los intelectuales valiosos de España y de fuera se habían alineado con el Frente Popular. Y lo mismo que la lista del Frente Popular la veíamos simbólicamente encabezada por Federico García Lorca, esta de los intelectuales partidarios de Franco ha de ser presidida por Ramiro de Maeztu, «Señor y capitán de la Cruzada» como le llamara Pemán, asesinado con el manuscrito de *Defensa del espíritu* en las manos por el delito de pensar y escribir así en el verano de 1936.

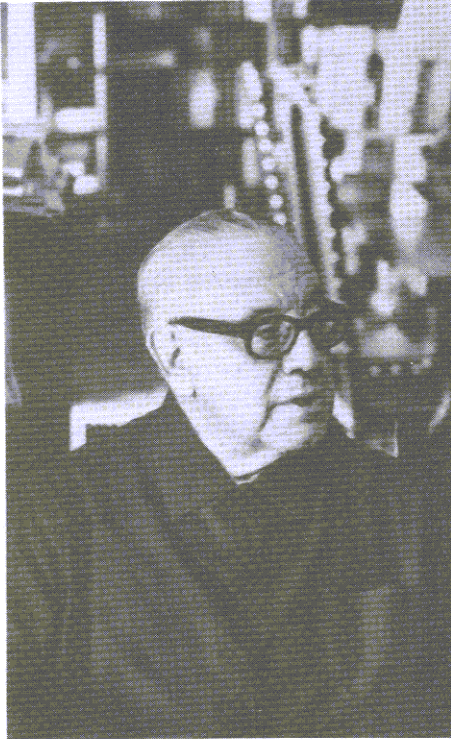
El primer escritor de la militancia nacional en guerra tendría que ser Eugenio d'Ors, por su proyección universal y por sus resonancias en la vida cultural de la zona; como Sainz Rodríguez le había designado para ocupar una dirección general en su Ministerio, pensé incluirle entre los intelectuales del poder. Pero D'Ors, pese a sus inventados y rutilantes uniformes, estaba por encima del poder y sería un error detenerse en sus extravagancias para menospreciar su actuación, que fue valiosísima en términos de apoyo a la causa. Animó la vida cultural, académica y parauniversitaria, así como las revistas culturales de cuya producción ha dado cuenta Díaz-Plaja en su citado libro antológico: *Jerarquía y Vértice* eran las más difundidas. Contribuyó de forma decisiva al rescate de los tesoros del Museo del Prado y convenció a Europa de que la guerra del Frente Popular no era la guerra de Cataluña sin más matizaciones; Cataluña se dividió en dos como toda España.

Si *Noticiero de España*, esa revista reservada e incógnita que ahora revelo, es la fuente principal de referencia (junto con *Domingo* y el *ABC* de Sevilla) para valorar el apoyo intelectual a Franco dentro de España, la revista de Joan Estelrich *Occident* (financiada por Cambó) ofrece una estupenda antología del apoyo exterior. Era quincenal, y su primer número apareció el 25 de octubre de 1937; su publicación duró hasta el 30 de mayo de 1939. Tal vez la misión principal de *Occident* fue contrarrestar el tremendo impacto antifranquista de varios escritores católi-

cos franceses combinados con la propaganda de Euzkadi y con el esfuerzo de José Bergamín, el escritor católico español al servicio de la propaganda comunista de guerra. Emmanuel Mounier, director de *Esprit* e inspirador de Bergamín, arrastró a Jacques Maritain contra la Cruzada; combatieron también contra Franco, más que por el Frente Popular, además de Bernanos, otros escritores famosos, como François Mauriac.

La estrella pro Cruzada en *Occident* fue indiscutiblemente Paul Claudel, cuya *Oda a los mártires de España* fue el más famoso poema de Europa a la guerra civil española. Siguió a Claudel una pléyade de intelectuales franceses de primer orden, como el cardenal Baudrillart, rector del Institut Catholique de París: «Deseamos la victoria de Franco para bien de Francia, de España y de la Iglesia Católica», declaraba el 5 de febrero de 1939, poco después de que un jesuita bien informado destruyera las acusaciones de Bernanos sobre la represión en Mallorca.

En otro libro hemos señalado el apoyo de la cultura católica y conservadora francesa a la España nacional; a él nos remitimos. Ello es cosa sabida por todo el mundo (excepto por Southworth, quien habitualmente desprecia cuanto ignora), pero se conoce menos que en Gran Bretaña alentó (gracias a la acción del duque de Alba y del marqués del Moral) una adhesión a la causa de Franco por parte de figuras del mundo de la economía y la diplomacia (como puede comprobarse en los libros de Loveday y Hodgson) y no menos del mundo de la cultura, como muestran los casos de Hilaire Belloc —visitante de la España nacional en 1939— y George Bernard Shaw, que escribía al final del conflicto en el *Daily Mail*: «El general Franco defiende todo lo que se nos ha enseñado a considerar respetable en oposición a todo lo que se nos ha enseñado a considerar condenable.» Y en una comedia de actualidad que por entonces representaba en Ginebra, Shaw tomaba como personaje al general Franco a quien presentaba como «partidario de un gobierno ejercido por caballeros contra otra dirigido por granujas». Esta figura y frase arrancaban las mayores ovaciones en la sala. Por otra parte la radical conversión de figuras como Orwell al anticomunismo militante serviría, en los años siguientes, como justificación de la España nacional ante la opinión pública de Occidente.



Durante la guerra, Pedro Sainz Rodríguez desempeñó misiones esenciales en la política cultural, animó la propaganda interior y exterior, utilizó al servicio de Franco sus anchas relaciones internacionales, creó el Instituto de España y trató de suplir con gran efectismo la falta de visión académica y universitaria, donde logró mucho mejores resultados que sus homólogos del bando republicano.

El primer escritor de la militancia nacional en guerra tendría que ser Eugenio d'Ors por su proyección universal y por sus resonancias en la vida cultural de la zona. Contribuyó de forma decisiva al rescate de los tesoros del Museo del Prado y convenció a Europa de que la guerra del Frente Popular no era la guerra de Cataluña sin más matizaciones; Cataluña se dividió en dos, como toda España.



La nómina de los intelectuales que se alinearon con la Cruzada no solamente resiste la comparación con la del bando contrario, sino que la supera de punta a punta, aunque las mismas fuentes de la misma propaganda traten de ocultarlo tenazmente hasta nuestros días. Repasemos ante todo a las figuras estelares.

Miguel de Unamuno fue, como no podía ser menos, proscrito sucesivamente por las dos Españas, pero antes del famoso acto del 12 de octubre en el paraninfo de la Universidad salmantina había condenado durísimamente a la República desmandada —de la que había sido ciudadano de honor— y había encabezado la adhesión de varios rectores de universidad al alzamiento, cuando Franco asumía el poder supremo. Los tres firmantes principales y promotores de la Agrupación al Servicio de la República repudiaron la causa de la República pese a que ahora hay quien pretende disimular sus inequívocas declaraciones.

Ramón Pérez de Ayala había dicho en carta celeberrima al *Times* de Londres el 10 de junio de 1938: «Los hijos de la República son culpables de matricidio.» Y tras rechazar la posibilidad de armisticio entre las dos Españas proclamó: «La suerte de la civilización occidental está en la victoria de Franco.» Había huido de España en setiembre de 1936, y residía en París, desde donde desplegó una notable actividad en favor de la causa nacional.

Gregorio Marañón había conseguido escapar del caos madrileño antes de acabar el año 1936. Residió en París y viajó por América, mientras su hijo Gregorio combatía como alférez provisional en el ejército de Franco. Su correspondencia con Ramón Pérez de Ayala, publicada por Marino Gómez Santos, es reveladora y muy comprometida en contra del Frente Popular y en favor de la causa nacional. En *La Nación* de Buenos Aires había escrito el 3 de enero de 1938: «que la España roja que hoy todavía lucha es, por su sentido político, total y absolutamente comunista, no lo podrá dudar nadie que haya vivido allí sólo una hora... el comunismo ha explotado las brechas de la vanidad de los liberales y ha aplicado a su motor la ceguera liberal... El régimen de la España roja es absolutamente soviético y un hombre liberal nada tiene que hacer allí».

José Ortega y Gasset, primer intelectual de España durante los años veinte y treinta, se escondió en Madrid al estallar el alzamiento, huyó a Alicante y se refugió en París. Cayó enfermo. Su hijo Miguel se incorporó al ejército nacional y participó con su hermano José en la campaña de Aragón, en 1938. Estaba en París al final de la guerra, tras haber dedicado a la superficialidad de algunos grandes intelectuales europeos pro republicanos su admirable *Prólogo para franceses* (Holanda, mayo de 1937), su admirabilísimo *Epílogo para ingleses* (París, abril de 1938) y, sobre todo, su ensayo *En torno al pacifismo*, publicado en inglés en junio de 1938: «Mientras en Madrid los comunistas y sus afines obligaban, bajo las más graves amenazas, a escritores y profesores a firmar manifiestos, a hablar por radio, etc., cómodamente sentados en sus despachos o en sus clubs, exentos de toda presión, algunos de los principales escritores ingleses firmaban otro manifiesto donde se garantizaba que esos comunistas y sus afines eran los defensores de la libertad.»

Pío Baroja fue todavía más tajante: «En estos momentos —había escrito en agosto de 1936— soy partidario de una dictadura militar», y es que, como Unamuno, reaccionaba así ante el caos de la República tras las elecciones de febrero. Fue salvado junto a la raya de Francia por el comandante Carlos Martínez de Campos cuando algunos requetés lo amenazaron; luego estuvo fuera y dentro de España, participó en actividades académicas de propaganda y nada hizo para justificar algunas reticencias que se formularían en el futuro sobre su comportamiento, sobre todo en torno a su detonante libro *Comunistas, judíos y demás ralea* (Valladolid, Ed. Reconquista, 1938), en el que lo realmente importante era el título.

UNA PLÉYADE DE INTELLECTUALES POR LA ESPAÑA NACIONAL

Contó pues la España nacional en guerra con intelectuales de primerísima magnitud que la defendieron (o atacaron a la causa enemiga, que es lo mismo) ante la opinión mundial. Insistamos en que casi todos los escritores, intelectuales y predicadores de la Iglesia católica en todo el mundo participaron de esa misma actitud, lo que constituyó en favor de la causa de Franco una *acies ordinata* realmente irresistible. Resulta difícil, por lo copiosísimo de

los datos y el peligro de omisiones, intentar una relación de adhesiones militantes que siguieron a tales estrellas, pero lo vamos a procurar de forma elemental.

Manuel de Falla, primera figura musical española del siglo xx, pasó toda la guerra en Granada, y se declaró fervoroso partidario de la causa nacional, lo que no impidió su honda repulsa por el asesinato de su amigo Federico García Lorca. Desde principios del año 1936 le aquejaba una molestísima enfermedad de origen dental. Aceptó la presidencia del Instituto de España, aunque no quiso asistir a su sesión inaugural. No por desvío de la causa; había compuesto el *Canto marcial* sobre el *Himno a los Almogávares* de Pedrell como marcha para las tropas nacionales. Trabajaba intensamente en *La Atlántida* cuando envió su adhesión formal al general Franco por medio de don Pedro Sainz Rodríguez, de lo que éste ha dado testimonio en su libro póstumo *Semblanzas*. Salió libremente de España en octubre de 1939 pero nunca se consideró, porque no lo era, un exiliado. Seleccionó entre los trabajos del gran narrador andaluz Manuel Halcón *Necesidad de la ternura*, publicado en *ABC* el 1-2 de diciembre de 1938. José Carlos de Luna clamó en *ABC* el 21 de septiembre de 1937 contra «la tenebrosa España del estúpido siglo xix».

Alfonso García Valdecasas, jurista insigne y cofundador de Falange, decía en *El Diario Vasco*, el 30 de junio de 1937, que «por todos los ámbitos de la España liberada resuenan los nuevos cantares de gesta»; Concha Espina, la gran novelista, fustigaba a la democracia en el *ABC* (mayo de 1938); Agustín de Foxá, uno de los más interesantes intelectuales de la zona nacional, trataba de poner en su sitio a Ángel Ossorio y Gallardo el 4 de diciembre de 1938 en el *ABC* de Sevilla con *El señor embajador*; Pedro Gómez Aparicio, ya maestro de periodismo, criticaba a Jacques Maritain en una durísima carta abierta; Tomás Borrás, escritor de calidad suprema y excelente documentación histórica, escribía *El tiro de gracia* en *Vértice* de junio de 1937. El dramaturgo Enrique Jardiel Poncela, uno de los grandes de la escena española en todo el siglo, tronaba contra las sindicales enemigas en *Lo cursi y lo terrorífico* (domingo 14 de enero de 1938) y anunciaba: «Hemos de reír más que nunca porque el amanecer de España es de una alegría divina»; Edgar Neville, el eterno enamorado de Madrid, decía a Madrid en *Vértice* (diciembre de 1937): «Madrid... tú sabes que no luchamos contra ti sino por ti»;

el académico Francisco Casares recordaba que «perdonar no es olvidar»; y su colega Francisco de Cossío escribía en *ABC* el 3 de marzo de 1938: «Toda España está con Franco. Justos y pecadores están con Franco. Los ortodoxos y los conversos, los puros y los arrepentidos, los que se equivocaron antes y los que acertaron siempre.» Federico García Sanchiz, en su famosísimo «Más vale volando» (*ABC*, 16 de julio de 1938) comenta el hundimiento del *Baleares* «y los restos de mi hijo en el mar»; Lorenzo Riber es de los primeros colaboradores del *Noticiero de España*; el gran poeta dramático Eduardo Marquina entrega al Ebro un mensaje de solidaridad con Cataluña; fray Justo Pérez de Urbel colabora con el equipo falangista literario de *Jerarquía*, al lado de Fermín Yzurdiaga y Pedro Laín; Rafael García Serrano toma de la viva realidad de frentes y retaguardias los materiales para su colosal *Diccionario para un macuto*; Wenceslao Fernández Flórez, el genial estilista y humorista galaico, colabora en el *ABC* de Sevilla con intencionados trabajos suavemente satíricos; Víctor de la Serna —ya citado— debería merecer la consideración de quienes se obstinan en ignorar el auténtico ambiente de la zona nacional en su *Elogio de la alegre retaguardia*, publicado en *Vértice* (junio de 1937); el profesor Martín Almagro decía en *Occidente y cristiandad* (domingo 20 de mayo de 1938): «España deberá resucitar para ser por otra vez, como en Trento, columna y ambicioso sostén espiritual del orbe.» Luis Rosales lo remachaba en «Política de misión» (*Arriba España*, 1 de enero de 1938): «Ha pasado el tiempo en que fue posible, en nombre de un sentido liberal y un pretendido prestigio intelectual, minar la labor ejecutiva del Estado... entre el pueblo y el Estado es indiscutible, por voluntad expresa del Caudillo, la situación jerarquizada del Movimiento.» Álvaro Cunqueiro —fantástico escritor gallego— proclamaba la «necesidad de un César» en *Arriba España* del 3 de marzo de 1938: «Necesitamos Caudillo.» César González Ruano, periodista egregio, tronaba «contra los asesinos de España» en *ABC*, el 2 de mayo de 1937; Gerardo Diego —futuro premio Cervantes, altísimo poeta— iniciaba una serie sobre *Poesía militar española* con Jorge Manrique; el profesor Salvador Minguijón negaba fundadamente el carácter democrático de la República en su trabajo publicado precisamente el 1 de abril de 1939 en el *Noticiero de España*; los grandes pintores de alcance y fama mundial, Ignacio Zuloaga, José María Sert y José

Gutiérrez Solana expresaban con la pluma y la paleta su adhesión a la causa nacional.

Al final de la guerra civil aparecieron los *topos de Franco* escondidos durante todo el dominio republicano, entre los que destacaron el director de la Biblioteca Nacional Francisco Rodríguez Marín y el escritor de choque José María Carretero («El Caballero Audaz»), que vivió de manera fúnebre en varios panteones mientras el joven periodista Emilio Romero salía del hospital-prisión tras su escapatoria del pelotón de fusilamiento. El espléndido y profundo novelista catalán Ignacio Agustí llegó a zona nacional en 1937, contribuyó a la creación de la revista de alta calidad *Destino*, luchó en el frente de Aragón y junto con Ridruejo nos ha proporcionado un relato de las actividades surrealistas del equipo Ridruejo en la Cataluña liberada: Edgar Neville, el orondo pintor Pedro Pruna, Samuel Ros, Jacinto Miquelarena, Román Escohotado, Carlos Sentís... que constituye un amable e ilusionado esperpento en medio de los horrores de la derrota y las primeras esperanzas de la victoria. Ante semejante relación de nombres y méritos, que simplemente extractamos de centenares de fichas, de forma muy fragmentaria, ¿cabe negar un apoyo cultural de primerísima magnitud a la causa nacional en guerra? Luego vendrían algunos (no todos, ni mucho menos) arrepentimientos y deserciones, como también sucedió (Orwell, Malraux, Koestler, Octavio Paz) en el otro bando, con mucha mayor resonancia universal. Pero de ahí a proclamar, a fuerza de ignorancia o mala fe, que Franco perdió la guerra de la cultura, se abre un abismo de ridículo.⁵

5. La mayoría de las citas que corresponden al epígrafe anterior se toman de *Noticiero de España* o de la antología *Si mi pluma...*, de F. Díaz-Plaja, citada en la nota 1. La última etapa de Unamuno se estudia en mi biografía *Francisco Franco* (Barcelona, Planeta, 1982, tomo 3, pp. 38 y ss). Para la cooperación de intelectuales de Francia y Gran Bretaña es esencial la colección del *Noticiero* y de *Occident*, fuentes (sobre todo la primera) enteramente desconocidas para Southworth. (Véase para Belloc los números de *Noticiero* de 11 de febrero y de 18 de marzo de 1939.) Para las citas de G. B. Shaw, *ibíd.*, 11 de marzo (núm. 78). Para Ramón Pérez de Ayala, cfr. Díaz-Plaja, *ob. cit.*, p. 725 y el importante libro (muy silenciado) de Marino Gómez Santos *Espanoles sin fronteras* (Barcelona, Planeta, 1983, p. 162). Para Gregorio Marañón es útil la misma fuente (p. 188), así como su artículo anticomunista en Buenos Aires, *La Nación*, 3 de enero de 1938. *Occident* le publicó uno muy significativo el 10 de enero de 1939. Las adiciones de Ortega en *La rebelión de las masas* las veo en Aus-

LA TERCERA ESPAÑA

Un nutrido grupo de intelectuales que logró evadirse de la España republicana o no quiso regresar a ella formó en el extranjero la agrupación (o, mejor, conjunto, porque no intentó conexión alguna) llamada después la Tercera España, por su alejamiento de compromiso durante la guerra civil. Manuel Aznar, en *Diario de la Marina* (febrero de 1937) cita una impresionante lista de intelectuales huidos del caos republicano lo antes posible, entre los que figuran Ramón Menéndez Pidal, Manuel García Morente (convertido a la religión por la guerra), Teófilo Hernando, el doctor Covisa, don Felipe Sánchez Román, el economista Flores de Lemus, los profesores Gustavo Pittaluga y Blas Cabrera, el arquitecto y político catalán Puig y Cadafalch, Adolfo Posada; los profesores Jiménez Díaz y Pío del Río Hortega, Américo Castro y Ramón Gómez de la Serna, los doctores Blanco Soler y Madinaveitia, los escritores Rafael Marichalar y Rafael Altamira; el escultor Sebastián Miranda y el arquitecto Zuazo, amén de innumerablea políticos presididos por don Niceto Alcalá Zamora y don Santiago Alba, tres presidentes del Consejo y catorce ministros de la República... Casi todos estos nombres pertenecieron a la Tercera España, cuyo portavoz más importante fue el ex ministro y profesor de Oxford Salvador de Madariaga, cuyo libro *España* (Buenos Aires, Sudamericana, 1962 para su versión definitiva, publicada en España luego por

tral, edición de 1972. Su actuación durante la guerra en M. Ortega *Ortega y Gasset, mi padre* (Barcelona, Planeta, 1984). La evocación de Falla en Pedro Sainz Rodríguez, *Semblanzas* (Barcelona, Planeta, 1988, p. 84), en M. G. Santos, ob. cit., p. 210 y en Antonio Iglesias, *Manuel de Falla* (Madrid, Alpuerto, 1983). Las experiencias de Ignacio Agustí en *Ganas de hablar* (Barcelona, Planeta, 1974), uno de los más sugestivos libros de memorias de la España contemporánea. Las andanzas del equipo Ridruejo por Cataluña en *Casi unas memorias* (p. 163). Sobre la adhesión total de José María Sert a la causa nacional (parte de su obra pictórica de guerra pude contemplarla en la espléndida colección Samaranch en Barcelona), nada más ilustrativo que el encargo que le hizo el cardenal Gomá para aludir al martirio de España en un retablo encargado para el pabellón de la Santa Sede en la exposición de 1937 en París. Obras esenciales de Sert habían sido destruidas absurdamente en Cataluña. Sert colaboró con D'Ors en la restitución a España de los tesoros del Prado.

Espasa-Calpe) constituye una especie de manifiesto representativo de todo ese conjunto de grandes españoles aventados por la guerra civil. Uno de ellos, el profesor Claudio Sánchez Albornoz, era embajador de la República en Lisboa el 18 de julio de 1936, y se marchó, ante el reconocimiento de Franco por Portugal, a París y Burdeos; fue destituido de su cátedra por el Frente Popular al negarse a regresar a España; en la misma tacada que los catedráticos Ortega y Gasset, Américo Castro y Pittaluga. Estaba en Francia al acabar la guerra de España. Don Ramón Menéndez Pidal huyó de Madrid en la semana de Navidad de 1936; con el doctor Marañón y sus familias. Vivió en Cuba y Nueva York; *Occident* publicó, con grandes elogios, una de sus conferencias en París sobre el imperio euroamericano de Carlos V, «tan de acuerdo con el espíritu de la España liberada». Regresó a España a poco de acabar la guerra. Representante típico de la Tercera España es Salvador Dalí, que se marchó a poco de estallar la guerra, que pasó en París y Nueva York: alejado de las preocupaciones españolas, organizó en Nueva York el 16 de marzo de 1939 un escándalo publicitario con rotura de escaparates como prólogo a su famosa exposición abierta el siguiente día 21 en la galería Levy. El dramaturgo y premio Nobel Jacinto Benavente oscilaba entre las dos Españas; escribió por coacción contra la causa nacional en Valencia, pero luego se encaramó a la tribuna presidencial para el desfile de la victoria del Ejército nacional de Levante. La nueva España le sumió en un foso de silencio total. Por poco le ocurre lo mismo al gran Azorín, que, huido a Francia, vivía en el Colegio Español de París, desde donde escribía artículos en el *ABC* de Sevilla y cartas a Franco en que le recomendaba lúcidamente la «reincorporación de la intelectualidad extrañada». Volvió también a poco de acabar la guerra.

Muchos de los intelectuales que escaparon del Frente Popular han sido presentados después, sin el menor fundamento, como hostiles a la causa nacional. Ello se debe a la superposición arbitraria de la segunda guerra mundial sobre la guerra civil española, con el entrecruzamiento de dos propagandas culturales de muy diverso origen y sentido. Ahora solamente nos interesa la guerra civil, donde desgraciadamente se cruzaron también las depuraciones y exclusiones fulminadas desde el bando vencedor con las, ya menos útiles, lanzadas durante el conflicto por los

gobiernos republicanos. Un interesante estudio sobre las depuraciones en la Universidad de Valencia concluye: «Como puede observarse, la depuración franquista fue numéricamente, en la Universidad de Valencia, la mitad de la republicana... Estos datos... deben hacernos reflexionar sobre el tópico de una intelectualidad totalmente volcada a la causa democrática.» Y más todavía sobre el carácter presuntamente democrático de esa causa, diríamos al agudo autor. Porcentajes similares se dieron en las demás universidades españolas; en varias la represión de los vencedores fue todavía menor, en porcentajes, que en el caso valenciano.

Sabemos que lo que hicieron los vencidos con los catedráticos republicanos que consideraban desafectos, y no digamos con los que creían enemigos, que perdieron sus cátedras y a veces sus vidas. Pero al final de la guerra la depuración definitiva correspondió a los vencedores.

El ministro de Educación Nacional Pedro Sainz Rodríguez y sus servicios procedieron a esa depuración metódicamente. Por la orden publicada en el *Boletín Oficial del Estado* el 4 de febrero de 1939 quedaban separados del servicio «por su abierta oposición al espíritu de la Nueva España» los catedráticos de la Universidad Central Luis Recasens Siches (Derecho), Honorato de Castro Bonel, Pedro Carrasco y A. Moles (Ciencias), Miguel Crespi (Ciencias), Antonio Madinaveitia (Farmacia), Manuel Márquez, José Sánchez Covisa, Teófilo Hernando (Medicina), y Cándido Bolívar (Ciencias). Por la orden publicada en el *BOE* el 17 de febrero sufrían la misma sanción los catedráticos de la Central Luis Jiménez de Asúa (Derecho), José Giral (Farmacia), Gustavo Pittaluga (Medicina), Fernando de los Ríos (Derecho), Juan Negrín (Medicina), Pablo Azcárate (Derecho), Demófilo de Buen (Derecho), Julián Besteiro y José Gaos (Filosofía), Domingo Barnés (Filosofía), Blas Cabrera (Ciencias), Felipe Sánchez Román (Derecho), José Castillejo y Wenceslao Roces (Derecho). Y el *BOE* del 25 de febrero daba una nueva lista de catedráticos de universidad separados «como enemigos de España»: Joaquín Xirau (Filosofía, Barcelona), Pedro Bosch Gimpera y Pompeyo Fabra (ibíd.), Mariano Ruiz Funes (Derecho, Murcia), Alfredo Mendizábal (Derecho, Oviedo), Manuel Martínez Pedroso (Derecho, Sevilla), Alejandro Otero (Medicina, Granada). A partir de entonces los católicos, y el Opus Dei en particular, se aprestaban a conquistar los vacíos que habían deja-

do en las cátedras universitarias los horrores y las incompatibilidades a vida o muerte generadas por la guerra civil.

Ante la singular y antihistórica pervivencia del tópico, estoy seguro de que a muchos lectores les habrá extrañado la acumulación de datos contenidos en este capítulo sobre el verdadero rostro de la lucha cultural en España. Que asumía en los frentes todos los caracteres de lucha ideológica encomendada, por el mando del Ejército Popular, a los comisarios y milicianos de la cultura, cuya orientación pretendieron muchas veces con éxito los comunistas; y en el Ejército Nacional por los capellanes militares, cuya actuación a lo largo de la guerra civil fue ejemplar y elevada, sin que se hayan detectado disonancias en los miles de documentos calientes de las unidades examinados por el autor. La guerra cultural e ideológica de España se riñó mucho más profundamente entre capellanes y comisarios que entre intelectuales más o menos manipulados o instrumentados por los gobiernos. En este sentido la guerra de España fue también una guerra hondamente popular, librada entre las mismas bases y las mismas raíces de las dos Españas.⁶

6. Para los intelectuales de la Tercera España es particularmente importante el libro de M. Gómez Santos *Españoles sin fronteras* que acabamos de citar; p. 35 para Sánchez Albornoz, p. 66 para Azorín. Las depuraciones en las citadas fechas en el *BOE* de Burgos y en el trabajo de Marc Baldó y Lacomba publicado dentro del volumen *La II República, una esperanza frustrada* (Valencia, Instit. Alfonso el Magnánimo, 1987, pp. 283 y ss.). Para Menéndez Pidal véase también M. Gómez Santos, *ibid.*, p. 90. Sobre las andanzas de Salvador Dalí, véase el libro ya citado de A. Sánchez Vidal *Buñuel, Lorca, Dalí* (Barcelona, Planeta, 1988, pp. 364 y ss.).

Por otra parte, y como colofón, deseo subrayar que la revista *Razón Española* ha dedicado una atención lúcida al problema de los intelectuales en la guerra civil, por ejemplo en el número 9, de enero de 1985 (*Sender y la guerra de España*, por E. Pujals), número 11 (*Machado en guerra*, por G. Fernández de la Mora), número 13 (*Los poetas ingleses y la guerra de España*, por E. Pujals), número 14 (*El desengaño republicano de Manuel Machado*, de M. d'Ors, y *También huyó Juan Ramón*, de A. Maestro), número 18 (*Los intelectuales y el alzamiento*, por A. Landa) y número 28 (*Lírica de la guerra civil y La guerra civil vista por Pemán*, de S. Mata). En general estoy de pleno acuerdo con las apreciaciones de esos artículos.

V. LA PERSISTENTE MENTIRA DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA

El 14 de julio de 1989 todas las televisiones del mundo se daban cita en París, donde el presidente socialista de Francia, François Mitterrand, entonaba ante muchos jefes de Estado y de Gobierno, y mil millones de espectadores crédulos en todo el mundo, las glorias del bicentenario de la Revolución Francesa. Con todas las grandes galas de un espectáculo de folklore histórico, el señor Mitterrand, como heredero y portavoz de la Revolución, exaltaba la toma popular de la Bastilla, el 14 de julio de 1789, como el principio de una convulsión histórica originalísima, que terminó con las oscuridades retrógradas del Antiguo Régimen de Monarquía católica, e inauguró una era feliz regida por el lema Libertad, Igualdad, Fraternidad. Más o menos se conmemoraba el nacimiento de la democracia, las libertades públicas, el liberalismo occidental, el reconocimiento de los derechos humanos, el progreso universal y solidario de los pueblos, la primera gran victoria de la secularización, la fuente política de la modernidad. Fieles a la convocatoria de Francia, los presuntos herederos de la Revolución Francesa en todo el mundo echaron también las campanas al vuelo. Los libros sobre la Revolución Francesa, se entiende favorables a ella, inundaron las librerías en todos los idiomas. La cadena de diarios occidentales que recaban el monopolio del progresismo andante, entre ellos *El País* de España y *La Repubblica* de Italia, además del semanario de la izquierda francesa *Le Nouvel Observateur*, habían convocado un seminario internacional en París para dar realce universalmente cultural a la gran conmemoración, y comunicaron después la retahíla de solemnisimos tópicos que enhebraron, por parte francesa, el jefe del Gobierno Michel Rocard, el antiguo *enfant terrible* Régis Debray, y algún político centrista esquirolo; oficio que fue atribuido sorprendentemente por el Reino Unido nada menos que a lord Hugh Thomas, el historiador hoy conser-

vador que se aconsejaba allí a los norteamericanos la comprensión de Robespierre. Por parte española ofició, naturalmente, el ministro de Cultura Jorge Semprún al frente de una orquestina de intelectuales rojizos y con la colaboración especial de otro esquirol sorprendente, el doctor Federico Mayor Zaragoza, que deseaba mantenerse al frente de la UNESCO a golpe de concesiones baratas a la progresía mundial. Vinieron también oscuros alemanes, opositores soviéticos y un polaco despistado, absolutamente ignorantes todos ellos de que cuatro meses después, solamente cuatro meses, estaba ya destinado a caer el muro de Berlín, a impulsos de fuerzas no precisamente nacidas en la Revolución de Francia, aunque algunos siguen pensando que sí.

La única nota feliz y genialmente discordante que se dio en esta celebración corrió a cargo de la señora Margaret Thatcher, primera ministra del Reino Unido y heredera directa del primer gran intelectual de Europa que escribió sobre la Revolución Francesa cuando se hallaba aún en pleno desarrollo, Edmund Burke, el primer gran crítico y desmitificador de esa Revolución. La señora Thatcher respondía sonriente a un periodista que le preguntaba su opinión sobre el nacimiento de los Derechos Humanos en la Revolución Francesa: «Yo creía que esos derechos humanos se habían proclamado ya, en teoría y sobre todo en la práctica, en mi país, por lo menos un siglo antes.» Y es que, en efecto, las obras de Locke y la convulsión revolucionaria británica habían inspirado, como el vulgar periodista no sabía, a los inspiradores franceses de la gran Revolución. Y con mucha mayor efectividad a los reformistas británicos.

HISTORIA JACOBINA, HISTORIA CRÍTICA

Alentaba aún, por lo tanto, el proceso histórico de la Revolución cuando todo el mundo buscaba afanosamente sus interpretaciones. Después del genial Edmund Burke, fuente del nuevo pensamiento liberal-conservador para los siglos siguientes, se enfrentaron acerbamente a la Revolución Francesa, desde la Historia, la escuela tradicionalista francesa, con Joseph de Maistre al frente, y la escuela monárquica del mismo país, que a veces ha alcanzado alturas académicas notables como las de Pierre Gaxotte y Jacques

Bainville en nuestros días. Pero en los combates de la Historia en favor de la Revolución se han alineado dos divisiones muy poderosas, que hasta hace poco parecían dominar el campo de batalla: los historiadores jacobinos de la Tercera República, elevados por la propaganda republicana y antimonárquica de fin de siglo al rango de intérpretes oficiales e intocables; y el grupo de los historiadores marxistas de la Revolución, capitaneados en persona por el propio Carlos Marx, que, como es sabido, reconoció en la Revolución Francesa su principal fuente de inspiración histórica y social. El predominio aparente de la escuela marxista de historiadores afianzada a mediados del siglo xx desde modelos también franceses parecía asegurar una nueva victoria jacobina en las conmemoraciones intelectuales del bicentenario.

No ha sido así. Buena parte de los profesores y autores universitarios de historia universal en España y en Hispanoamérica, así como en otras muchas partes, siguen comulgando con esa interpretación jacobina y progresista de la Revolución Francesa, y han dejado pasar sin crítica alguna el bicentenario. La dirección cultural de la Internacional Socialista ha asumido, con este motivo, una orientación claramente marxista justo cuando se estaba incubando el hundimiento teórico, económico y político del marxismo, como acabo de insinuar. Pero si los jacobinos dominaron la escena historiográfica del Primer Centenario de 1889 se han encontrado con una oposición inesperada y en un terreno que creían suyo, para la conmemoración actual. Para la que el campo jacobino, sumido y enquistado en sus rutinas, no ha ofrecido ninguna contribución interesante; todas las novedades serias y profundas han venido del campo crítico, pero no con sentido reaccionario y antiliberal, sino, muy al contrario, desde mentalidades liberales que quieren serlo de verdad.

Había iniciado esas aportaciones positivas y críticas el profesor Jacques Godechot con sus dos clarísimos manuales *Las revoluciones y Europa y América en la época napoleónica* (Barcelona, Labor-Nueva Clío, 1974). Todo menos reaccionarios son François Furet y Denis Richet en su extenso análisis de 1988 *La Revolución Francesa* (Madrid, Rialp) y el revolucionario utópico Gracchus Babeuf, cuyo estudio sobre el genocidio de la Vendée ha sido puesto al día por R. Secher y J. J. Brégeon (París, Tallandier, 1987). Este libro sobrecogedor se dedica al primer historiador

universitario de Francia, el profesor Pierre Chaunu, autor de la contribución histórica más importante al bicentenario: *Le grand déclassement* (París, Robert Laffont, 1989) que, como la obra anterior, no ha sido publicada, por supuesto, en castellano, y ha sido objeto de una tenacísima campaña de silencio por el bando jacobino de la Historia, obligado a utilizar estos procedimientos de mala ley por la penuria de sus argumentos y el agotamiento de sus rutinas. ¡Qué interesante constatar que los dos grandes historiadores críticos de la Revolución, Godechot y Chaunu, son también insignes hispanistas! En esta corriente científica y crítica, completamente al margen de los aburrimientos jacobinos, ofrecemos nosotros este resumen, que expusimos en una conferencia para cerrar el ciclo organizado por la Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País iniciado en 1989. Porque conviene contar con sencillez al gran público lo que de verdad ocurrió en la Revolución Francesa a la luz de las nuevas aportaciones críticas que creemos definitivas.

NADA EMPEZÓ EL 14 DE JULIO DE 1789

Por lo pronto (Godechot tiene toda la razón) ni la Revolución se inició en 1789 ni menos con la toma de la Bastilla, el 14 de julio, lo mismo que nuestra Guerra de la Independencia tampoco se inició el 2 de mayo, sino mucho más claramente en la última semana de mayo de 1808, con las proclamaciones de las primeras Juntas patrióticas y los pronunciamientos de las Fuerzas Armadas en torno a la fiesta de San Fernando. Una y otra fecha, 2 de mayo y 14 de julio, se «inventaron» después, por motivos muy diversos. Tampoco la Revolución Francesa fue algo primordial ni original, sino que debe inscribirse históricamente en la que se ha llamado con razón Revolución atlántica, en la que cabe delimitar tres etapas: la Revolución americana que estallaba formalmente el 18 de abril de 1775 en el choque armado de Concord y se ratificaba en la Declaración de Independencia el 4 de julio de 1776; la Revolución Francesa, y la Revolución hispanoamericana, cuyos primeros chispazos son de 1810, con motivo de la caída de Sevilla, capital de América, en manos de Napoleón. Estas tres fases de la misma revolución atlántica están interconectadas y dependen de la corriente de ideas y princi-

pios alumbrados por el movimiento ilustrado del siglo XVIII. La Revolución Francesa, de la que ahora nos ocupamos, tiene como antecedente esencial a la Revolución americana, con la que conecta a través de la figura del general marqués de Lafayette, actor importante de una y otra, y miembro relevante de la Asamblea de Notables de 1787, que es el auténtico inicio histórico de la Revolución.

La Asamblea de Notables, celebrada a fines de febrero de 1787, provocó la destitución del ministro de Finanzas, Calonne, que proponía la igualdad de los franceses ante los impuestos, de los que estaban exentos los dos estamentos privilegiados, clero y nobleza, por lo que las cargas recaían principalmente sobre la burguesía o estado llano, que estaba alejada del gobierno por el monopolio ejercido para los cargos públicos por la nobleza de Francia. El reformismo borbónico del siglo XVIII en España, desde Felipe V a Carlos IV, con su apogeo en el reinado de Carlos III, que murió en vísperas de la Revolución Francesa, había permitido mucho mejor el acceso de la burguesía a los cargos públicos (nobleza de toga, «golillas», partido del conde de Floridablanca, José Moñino) frente a las pretensiones monopolistas del partido nobiliario-militar, acudido por el conde de Aranda y nutrido por los «manteístas» universitarios, alumnos ricos de las filas nobiliarias. La burguesía o estado llano en España no se sentía marginada y vejada por la Corona; en Francia sí, y por eso reclamó revolucionariamente la abolición de los privilegios y el poder. A fines del siglo XVIII España era mucho más monárquica que Francia; ese mismo año 1789, en que estallaba en Francia la Revolución, las Cortes españolas reunidas en la iglesia de San Jerónimo el Real juraban príncipe de Asturias al heredero de Carlos IV, el infante Fernando, con todos los procuradores arrodillados a la entrada del rey y no por servilismo sino por respeto y convicción.

En la Asamblea de Notables el general Lafayette, «héroe de dos mundos», exigió la convocatoria de los Estados Generales, reunión representativa de los tres estamentos que votaban por separado (nobleza, clero y estado llano), con lo que siempre ganarían los privilegiados por dos votos generales contra uno. Todo el mundo creía en la Francia de 1787 (como lo creería en la España de 1810) que la convocatoria de los Estados Generales (las Cortes estamentales en España) iba a ser la panacea de los males de Francia, que no estaba precisamente en mala situación eco-

nómica (era la nación más rica y poderosa de Europa) sino aquejada por un gran descontento social, sobre todo en el estamento burgués, más numeroso e influyente, desde luego, que en España, donde faltaban décadas para que se pudiera hablar de una auténtica clase media. Sin embargo en Francia, en 1787 (y en 1789, en plena Revolución) nadie ponía en cuestión a la corona, ni de lejos. La Revolución Francesa, inicialmente, nada tuvo de republicana.

El ministro principal y protagonista de la Asamblea de Notables, que era el obispo Loménie de Brienne, apeló, tras disolverse la Asamblea sin resolución alguna, al Parlamento de París. Los Parlamentos de Francia eran instituciones regionales dedicadas preferentemente a la administración de justicia, no órganos representativos ni legislativos; pero su intervención era obligatoria para el registro y aplicación de las leyes ejecutivas. El Parlamento exigió la convocatoria de los Estados Generales y, como los demás Parlamentos le apoyaron, el rey Luis XVI, abúlico y escasamente despótico, pero de ninguna manera imbécil (todo lo contrario; era inteligente y poseía sentido del Estado y de la nación), disolvió los Parlamentos en 1788. Los Parlamentos ponen muchas trabas a su disolución, mientras se forma aceleradamente un «partido patriota» inspirado en el que llevó el mismo nombre en la Revolución americana, con numerosos comités de correspondencia, en cuyo funcionamiento tuvieron mucho que ver las logias masónicas, dedicadas siempre a la promoción de los ideales ilustrados, que se cifraban en un lema de la orden esotérica que luego asumió la Revolución: libertad, igualdad y fraternidad. Esto no quiere decir que la masonería fuese la fuente de la Revolución; pero sí, como hemos indicado en el correspondiente capítulo, un importante caldo de cultivo para la Revolución. En el partido de los patriotas formaban nobles progresistas como Lafayette, no pocos clérigos ilustrados y numerosos políticos nuevos de extracción hidalga, como Mirabeau, o más popular, como Robespierre y Danton. El núcleo principal del partido de los patriotas estaba formado por profesionales de provincias, sobre todo abogados. La presión ejercida por los comités de correspondencia fue tan intensa que Brienne puso a la firma del rey la convocatoria de los Estados Generales para el 1 de mayo de 1789. Un apasionante turno político captaba la atención universal de los franceses, aunque hoy se difumina ante nuestra perspectiva; desde la Asamblea de Nota-

bles un arbitrista ídolo del estado llano, Necker, había sustituido al anterior ministro de Finanzas, Calonne, pero la economía francesa, pujante aunque desequilibrada por los privilegios, no se arreglaba con los conjuros mágicos de Necker y unas malas cosechas terminaron de complicarlo todo y atizar el descontento general.

PRIMERAS FALSEDADES, PRIMERAS UTOPIAS

La convocatoria de los Estados Generales, que permitía una gran libertad de expresión y publicaciones, suscitó ríos de tinta, que se concentraron en los cuarenta mil *cahiers de doléances* o memoriales de agravios en los que nunca se reclamó la abolición de la corona, pero sí la supresión de los privilegios, sobre todo los más abusivos, la igualdad fiscal y el arreglo justo de la administración. Sin embargo la publicación más famosa de toda esta época febril y netamente prerrevolucionaria fue un folleto del abate ilustrado Sieyès, *Qué es el tercer estado*, en el que se decía que el tercer estado lo era todo, que los demás sin él no eran nada y que, por tanto, si el tercer estado se identificaba prácticamente con la nación debería recaer sobre él el poder del Estado. Desde aquel momento esta tesis de Sieyès se convirtió en el evangelio de la Revolución.

El 5 de mayo de 1789, el rey Luis XVI, todavía sereno y sin sentirse desbordado, inauguraba en Versalles las sesiones de los Estados Generales. Se entabló inmediatamente la polémica: el tercer estado exigía el voto por cabeza, que le daría la mayoría, porque sus diputados votaban en bloque y algunos grupos de la nobleza y el clero se mostraban dispuestos a votar a favor de la burguesía. Por eso los otros dos estamentos se resistieron al voto por cabeza y deseaban mantener el voto por estamentos, hasta que el 17 de junio los diputados del tercer estado se reunieron aparte y se constituyeron en Asamblea Nacional, título que lleva hasta hoy el Parlamento representativo y legislativo de Francia. Tres días después el rey Luis XVI ordenó la disolución de la Asamblea, y entonces los diputados, reunidos en el salón del Juego de Pelota, se juramentaron para no disolverse hasta que se aprobase una Constitución. Una semana después el rey cedió aparentemente pero convocó refuerzos militares hacia París.

Fracasado el arbitrista Necker, fue destituido el 11 de

julio, lo que aumentó la excitación revolucionaria. El 14 de julio masas populares en París, agitadas por activistas del tercer estado y la pequeña burguesía, tomaron la fortaleza de la Bastilla, donde sólo pudieron liberar a unos pocos presos comunes, pero exhibieron en el asalto una escarapela tricolor (la actual bandera de Francia, con el blanco de los Borbones en el centro) y forzaron así el retorno de Necker. Toda Francia vivió ese verano con gran tensión; los campesinos más decididos asaltaron castillos de la nobleza terrateniente con grave preocupación de la Asamblea Nacional, decidida a encauzar en su favor la rebelión del campo. Se desató la *grande peur*, el gran miedo en toda Francia, que presagiaba un baño de sangre. Entonces los diputados progresistas de la nobleza y el clero, capitaneados por el marqués de Lafayette y el cínico obispo de Autun, monseñor Talleyrand, promovieron una fantasía utópica en la noche del 4 de agosto: la solemne abolición de los privilegios, el triunfo de la igualdad. Y antes de acabar el mes se aprobó la Declaración de los Derechos del Hombre y el Ciudadano, documento fundamental para el establecimiento teórico de las libertades burguesas, pero que hacía igualmente hincapié en la propiedad privada y la preservación del orden público mediante una eficaz fuerza de policía. La Revolución americana había ofrecido más de una década antes declaraciones igualmente liberales pero mucho más eficaces porque se cumplieron, mientras que la Revolución Francesa sólo aplicó esas libertades a sus partidarios; pero la declaración francesa no se hizo solamente, como la americana, para uso doméstico sino con vocación universal, para la exportación revolucionaria al resto del mundo. Así lo entendieron los numerosos imitadores que anhelaban ya en toda Europa seguir el ejemplo de la burguesía revolucionaria de Francia. Además de la libertad y la igualdad, la Declaración convertía a los súbditos en ciudadanos; establecía la soberanía nacional aunque no suprimía la corona; dictaba que la voluntad general de la Ilustración era la fuente de la ley y la convivencia; fijaba la separación de poderes que Montesquieu había detectado en la no escrita constitución inglesa; y se refería vagamente a Dios como Ser Supremo. La Declaración era la más clara herencia ilustrada de la Revolución. Su principal defecto es el indicado: nunca se cumplió.

Los clubs, versión ya abiertamente revolucionaria de los comités de correspondencia, empezaron a proliferar por



La Revolución Francesa tiene como antecedente esencial a la revolución americana, con la que conecta a través de la figura del general marqués de Lafayette (en el busto), actor importante de una y otra y miembro relevante de la Asamblea de Notables de 1787, que es el auténtico inicio histórico de la Revolución.

La Declaración de los Derechos del Hombre y el ciudadano es un documento fundamental para el establecimiento de las libertades burguesas; pero hacía igualmente hincapié en la propiedad privada y la preservación del orden público mediante una eficaz fuerza de policía. La revolución americana había ofrecido, más de una década antes, declaraciones igualmente liberales; pero mucho más eficaces, porque se cumplieron.



París y toda Francia. El más célebre y radical fue el de los jacobinos, por el convento en que se reunían, y las logias masónicas fueron su principal fuente de reclutamiento, aunque pronto la revolución jacobina se volvió contra muchos miembros moderados de la orden masónica. A partir de julio de 1789 hasta septiembre de 1791 el poder supremo de Francia radicó en la Asamblea, que se llamó ya Constituyente, porque su principal objetivo fue dotar a Francia de una Constitución, que fue la de 1791, donde se establecía el régimen de monarquía limitada, es decir, constitucional. La práctica de la igualdad resultó relativa; la burguesía sustituyó a la nobleza en el poder. Quedaron abolidos los derechos señoriales, pero con las posibilidades de que se rescataran los censos, con lo que la suerte de los campesinos no mejoró demasiado. La Asamblea nacionalizó los bienes de la Iglesia, pero las clases pudientes resultaron mucho más favorecidas con ello que los campesinos. La legislación de ámbito social se inspiró en el liberalismo capitalista mucho más que en la elevación de las clases humildes. Se dividió el territorio en 83 departamentos, se creó la Guardia Nacional como garantía armada de la Revolución y se inició la transformación del ejército real, de base mercenaria, en ejército de ciudadanos. El presunto «pacto social» de la Asamblea Constituyente no estableció ni una república democrática ni mucho menos el sufragio universal. Los ciudadanos se dividieron de hecho en activos y pasivos, pese a las proclamaciones de igualdad: sólo algo más de cuatro millones sobre 25 millones tenían, por sus ingresos, capacidad de voto. Las agrupaciones de diputados situadas espontáneamente en la Asamblea vieron simbolizada esa situación con etiqueta política: *derechas e izquierdas*.

La Asamblea no suprimió la religión ni implantó todavía el Estado laico, pero impulsó la secularización, de acuerdo con la herencia ilustrada, mediante la constitución civil del clero, que exigía la elección popular de obispos y párrocos (a quienes pronto se obligaría a casarse), así como el juramento del clero a la constitución. El papa Pío VI condenó estas medidas (y el despojo simultáneo de los bienes eclesiásticos y religiosos), por lo que se provocó un grave cisma entre el clero de Francia. La huida del rey al extranjero, detenida en Varennes por una delación, se emprendió precisamente por el problema religioso. La Asamblea, aun así, restableció en sus funciones al rey (a

quien la Constitución concedía un poder ejecutivo amplísimo, al poder nombrar y cesar a los ministros) después de suspenderle en sus funciones por la huida. A fines de septiembre de 1791, cumplida su misión, la Asamblea Constituyente se disolvió.

CONVENCIÓN, REGICIDIO Y TERROR

Pero si la Revolución americana había alcanzado algunas repercusiones políticas en Europa, la transformación revolucionaria de Francia (que hasta el momento había consistido más bien en una intensa reforma sin traumas irreparables) provocó reacciones hondísimas en todas partes. Se formaron en Inglaterra sociedades de correspondencia, pero la Revolución no pasó adelante porque la burguesía ya participaba en el gobierno desde más de un siglo antes. Hubo agitaciones en Bélgica, Holanda y Alemania, donde personalidades como Kant y Goethe miraban con simpatía los cambios franceses, mientras en España el gobierno de Carlos IV trataba de aislar de Francia a posibles imitadores ilustrados con el tendido fronterizo de un «cordón sanitario» que naturalmente intensificó los contactos y la avalancha de publicaciones de propaganda. El emperador de Austria Francisco II dirigió a Francia un ultimátum el 20 de abril de 1792 por la expansión y la agresión revolucionaria en Alsacia y en Bélgica, sometida entonces al dominio austriaco; Avignon, feudo del papa y Saboya, incluida en el reino de Cerdeña. Esta actitud hostil de Austria, compartida por las demás coronas de Europa, animó al acosado rey Luis XVI, casado con María Antonieta, archiduquesa de Austria, y le aconsejó el veto a algunas disposiciones de la Asamblea Legislativa que había sucedido a la Constituyente, ya que el veto regio era perfectamente constitucional. Entonces las masas revolucionarias (siempre agitadas por activistas; este tipo de manifestaciones nunca son espontáneas) se lanzaron a un humillante asalto al palacio de las Tullerías, seguido por una proclama antirrevolucionaria del general prusiano duque de Brunswick. Estallaba casi a la vez la guerra interior y exterior en Francia. La proclamación de Brunswick se dirigió el 1 de agosto de 1792; el día 10 los líderes revolucionarios Danton y Robespierre dirigían a las masas para un definitivo asalto a las Tullerías tras el que llevaron al rey de Francia a la prisión

del Temple, entre imprecaciones del populacho de París, los *sans-culottes*, utilizados por los jacobinos para sus propósitos radicales. La Asamblea y el gobierno revolucionario consiguieron identificar al patriotismo francés, que había sido una gran gestación de los reyes de Francia, con la mística revolucionaria y calificaron al rey como enemigo de Francia y aliado de los enemigos de Francia. El pueblo francés respondió con la incorporación a un gran ejército nacional y revolucionario, encuadrado por jefes y oficiales del anterior ejército real, en el que tradicionalmente la artillería había sido el arma más cuidada y entrenada. El 20 de septiembre de 1792 la artillería francesa y el ejército ciudadano al grito de ¡Viva la Nación! impidieron la conjunción de los ejércitos, demasiado confiados, de Austria y Prusia y consiguieron una formidable victoria que cambiaba el signo de la guerra futura, donde la participación nacional sería clave de la victoria frente a la concepción mercenaria del reclutamiento. Al día siguiente de la *cannonade de Valmy* entra en funciones una nueva Asamblea Constituyente de guerra, que fue denominada Convención. Dominada por abogados y banqueros girondinos y jacobinos, con sólo dos obreros entre sus 750 miembros, la Convención abolió la monarquía y, por tanto, la Constitución de 1791; proclamó la república presuntamente democrática (aunque tenía muy poco de tal) y se mostró acendradamente burguesa y hostil a toda sombra de socialismo; aprobó un decreto expansivo para «ayudar» a los pueblos que desearan recuperar la libertad, y aspiró, por lo tanto, a ampliar el territorio de Francia hasta sus «fronteras naturales»; y por escasísimo margen decidió la ejecución del rey Luis XVI y la reina María Antonieta en la máquina infernal que había inventado un diputado revolucionario: la guillotina. El rey de Francia sucumbió ante la fatídica cuchilla el 21 de enero de 1793. Un príncipe de la sangre, el duque de Orleans, y un obispo apóstata, Talleyrand, se contaron entre los diputados regicidas.

El asesinato legal del rey de Francia en la gran explanada junto al Sena, frente a su propio palacio profanado, conmocionó al pueblo de Francia y a las coronas europeas, que desencadenaron contra la revolución regicida una gran coalición militar. Austria, Prusia, Cerdeña y el Reino Unido concertaron su estrategia contra la Revolución, y España, regida por la dinastía borbónica, estrechamente emparentada con la francesa, convocó desde los púlpitos una

cruzada formal contra la Convención. De momento los ejércitos aliados invadieron por todas partes el territorio francés; dos ejércitos españoles tomaron Hendaya y se acercaron a Perpignan, mientras sesenta departamentos se alzaban contra los revolucionarios y una guerra civil formal estallaba en la Vendée, región católica occidental de Francia donde el pueblo en masa se sublevó por el rey y la religión. El 2 de junio los *sans-culottes* y la Montaña, agrupación de diputados radicales situados en los escaños altos de la Asamblea, radicales y jacobinos, se impusieron a los girondinos en la Convención y entregaron el auténtico poder a un comité de salud pública dirigido dictatorialmente por un energúmeno iluminado y masón, Robespierre.

La Convención alumbró una constitución, la de 1793, que establecía una república democrática con insistencia en las mejoras sociales, pero con el inconveniente de que jamás se puso en práctica. Para responder a la guerra civil interior y a la amenaza exterior, la Convención y el comité desencadenaron, entre octubre de 1793 y julio de 1794, una oleada de arbitrariedad totalitaria y de sangre que se conoce en la historia de las grandes tragedias humanas como el Terror, cuyas víctimas (sin contar bien el genocidio de la Vendée) rebasaron las cuarenta mil, entre ellas una tercera parte de obreros y artesanos y casi otra tercera parte de campesinos; cayeron muchos nobles que no habían logrado emigrar y muchos eclesiásticos que se negaron a la apostasía. De esta forma aplicaba la primera república democrática nacida en el continente europeo su ideal de libertad y fraternidad. Sus portavoces justificaban la hecatombe de forma también muy democrática: no hay libertad para quienes se oponen a ella.

EL IMPERIO, PROLONGACIÓN TOTALITARIA DE LA REVOLUCIÓN

El Comité de Salud Pública decretó una movilización general y organizó, mediante el cuadro de oficiales que habían servido a la corona, un ejército nacional de un millón de hombres que rechazó victoriosamente a los ejércitos europeos invasores, hasta conseguir en todos los frentes la victoria militar y obligar a las coronas coaligadas a firmar en Basilea la paz de 1795 con Francia. En los Pirineos las tropas revolucionarias habían ocupado gran parte del País Vasco, pero cuando invadieron el norte de Cataluña

fueron obligadas a repasar la frontera por un alzamiento del pueblo catalán que flanqueó con sus cuerpos francos irregulares a las unidades del ejército español. Esto hizo más fácil al gobierno de Carlos IV, dirigido por el favorito de la reina María Luisa don Manuel Godoy, la obtención de condiciones relativamente favorables en Basilea, por lo que Godoy, generalísimo de los ejércitos nacionales, fue distinguido con el título de Príncipe de la Paz. Por entonces el pueblo de Francia estaba ya harto de sangre y de terror y un imparable movimiento de opinión eliminó a la Montaña (Robespierre murió merecidamente en la guillotina) y aprobó la evolución moderada de la Convención, que se llamó termidoriana o moderada e improvisó la Constitución moderada de 1795, semejante a la de 1791 pero sin monarquía. Fue nuevamente suprimido el sufragio universal, que nunca se había puesto en práctica; deberían elegirse dos asambleas, la de los Quinientos y el Consejo de los Ancianos o Senado, con el poder ejecutivo en manos de un directorio de cinco miembros. Se trataba, evidentemente, de un sistema institucional aptísimo para la provocación de golpes de Estado, que se sucedían uno tras otro en aquel régimen de república burguesa que duró de 1795 a 1799. Durante él se distinguió por sus resonantes victorias al frente del Ejército de Italia el general de artillería Napoleón Bonaparte, un corso de ambición ilimitada cuyas ideas se reducían a un despotismo ilustrado absolutamente anacrónico barnizado con la simbología de la Revolución. Esas victorias dejaron solamente al Reino Unido en pie de guerra contra el régimen revolucionario moderado, en cuyo firmamento ascendía imparable la estrella de Bonaparte. Francia ocupó los Estados Pontificios en 1798; creó en Italia una constelación de repúblicas satélites, y envió a Bonaparte a la campaña prerromántica de Egipto, donde venció a los mamelucos en la batalla de las Pirámides, descubrió con sus arqueólogos la piedra de Rosetta, que contenía las claves de la escritura jeroglífica, y perdió su escuadra ante el almirante británico sir Horacio Nelson en la rada de Abukir. Pero el horizonte napoleónico no estaba en la aventura egipcia. Bonaparte abandonó a sus tropas, se presentó en Francia, donde el nuevo Directorio jacobino se había desprestigiado por sus derrotas ante una nueva coalición europea atizada, como siempre, por Gran Bretaña, y se dispuso a no dejarse ganar la mano por otros jóvenes generales que habían logrado invertir nue-

vamente el signo de la guerra, como Masséna, vencedor del potente ejército ruso en Zurich. El 9 de octubre de 1799 desembarcaba Bonaparte en el sur de Francia tras haber burlado el bloqueo británico del Mediterráneo, y fue aclamado como salvador por los moderados que deseaban la paz por encima de todo. El 9 de noviembre de ese año Bonaparte, nombrado general en jefe del ejército de París, irrumpió en la asamblea de los Quinientos guiado por su hermano Luciano, que era presidente de ella, echó por las bravas a los diputados y estableció un Consulado que encubría su dictadura personal con los nombres históricos de Sieyès y Ducos, como miembros del triunvirato. Era el «18 de brumario» según el pedante y ridículo calendario de la Revolución y Napoleón Bonaparte anunciaba: «La Revolución ha terminado.»

Era una nueva y enorme mentira, en la que muchos siguen creyendo. La era napoleónica, de 1799 a 1815, no es más que la etapa bonapartista, dictatorial (todavía más dictatorial) e imperial de la Revolución Francesa. Los ejércitos napoleónicos se adueñaron de toda la Europa continental entre 1799 (ya venían haciéndolo desde dos años antes) hasta 1812 en nombre de la libertad, es decir, la sujeción y esclavización de los pueblos; pero esgrimiendo por todas partes el lema de libertad, igualdad y fraternidad. Para Europa, Napoleón y sus soldados eran los abanderados de la Revolución, los sembradores de las nuevas ideas que impusieron, donde dominaban, a dinastías satélites y serviles, bajo un régimen imperial francés que convertía el despotismo ilustrado en una monarquía paternal y benévola. Aún no se han puesto de acuerdo los historiadores en el número de millones de muertos causados por Napoleón en Europa después de los provocados por la Revolución en la propia Francia. No es éste momento de detallar la historia de la época napoleónica, que llevó el Terror «patriótico» de Francia a todos los rincones de Europa y suscitó en casi todas partes (Austria, Prusia, Países Bajos, Alemania) un conformismo borreguil que alcanzó extremos de abyección en europeos geniales como el filósofo Hegel (que saludó a la «victoria de la libertad» en Jena, 1806, como «el final de la Historia») y el compositor Beethoven, que dedicó a Bonaparte su sinfonía *Heroica*. No duró el entusiasmo; Hegel transfirió sus incensadas transcendentales a la nueva Prusia totalitaria, y Beethoven retiró la dedicatoria y escribió en honor del duque de Wel-

lington una espléndida obertura por el triunfo de Vitoria en 1813.

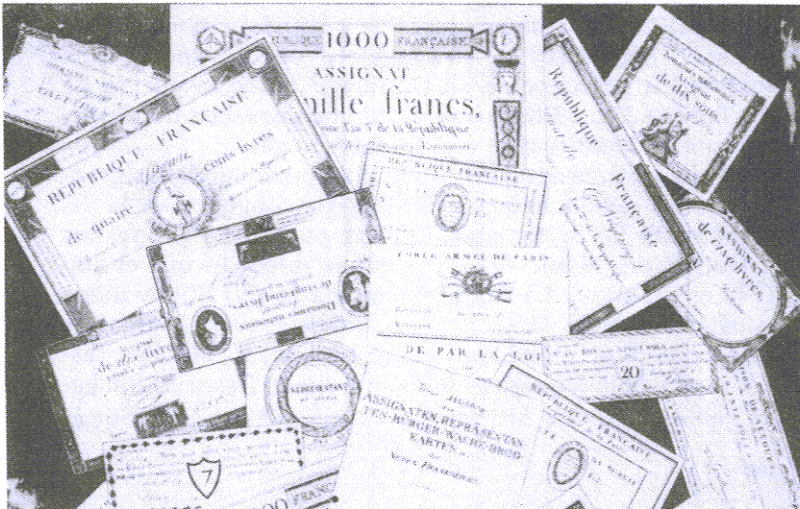
ESPAÑA Y RUSIA, VENCEDORAS DE LA REVOLUCIÓN

Porque dos grandes pueblos de Europa, con sentido nacional no inferior al de los revolucionarios franceses, se habían alzado contra la Revolución y contra Bonaparte, que la encarnaba tiránicamente: España desde 1808, Rusia desde 1812. España y Rusia, además de la coordinación estratégica de Gran Bretaña, fueron las vencedoras de la Revolución y de Napoleón. En España, el pueblo, la Iglesia y las fuerzas armadas se unieron bajo la evocación de una monarquía prisionera, que había abdicado abyectamente en Bayona —cuando los españoles empezaban a morir por ella en Madrid a primeros de mayo de 1808—, no solamente la Corona en favor del usurpador y su hermano, sino también la historia, la dignidad y el honor de España. Éste fue un episodio vergonzoso, que los españoles quisieron ignorar para alzarse contra la Revolución Francesa en nombre de un rey felón, Fernando VII, que los había traicionado en Bayona, acto propio de quien poco antes había derribado a su propio padre, Carlos IV, y había denominado públicamente prostituta a su madre, María Luisa. El pronunciamiento militar en torno a la fiesta de san Fernando, a fines de mayo de 1808, y el pronunciamiento popular de las juntas provinciales iniciaron la guerra de la Independencia, en la que se combinaron la voluntad popular de resistencia, la cruzada proclamada por la Iglesia, las juntas provinciales de notables y plebeyos, las unidades militares, que lograron victorias trascendentales como la de Bailén, que fue un acertadísimo planteamiento de estado mayor, y la increíble defensa terrestre y naval de Cádiz; la coordinación militar y estratégica de Gran Bretaña, que al final logró el mando único en España para el duque de Wellington, y la eficaz colaboración del pueblo en armas, la guerrilla, en estrecha comunicación con las unidades militares; éstas fueron las causas de la victoria española contra Napoleón entre 1808 y 1814, hasta que sus tropas fueron expulsadas de España. Y todos los españoles sabían que habían expulsado no sólo a un tirano sino a la Revolución de la que era portaestandarte. Al precio de un millón largo de muertos españoles y tal vez doscientos

«Los cambios sociales —señala el hispanista francés Arnaud Imatz— no afectaron siquiera a una décima parte de la población. Lo único que hizo la Revolución fue distribuir a la minoría de sus funcionarios y secuaces una buena parte de las tierras, a una quinta o a una décima parte de su valor real. Toda la reforma rústica (por la que parece clamar el pobre campesino del grabado) se redujo, pues, a algunas permutaciones en la cumbre.»



«La Revolución —afirma por su parte Pierre Chaunu— empezará por un robo, el más fácil: el de los bienes puestos al servicio de todos, sin que se supiera que eran para todos; es decir los bienes de la Iglesia. Antes de que la necesidad de extender la base de cobertura del papel moneda (los famosos “asignados”, aquí reproducidos) llevase a alargar indefinidamente la lista de proscritos, a declarar la guerra al mundo entero y a expoliar y desvalijar los territorios momentáneamente ocupados, supuestamente liberados.»



tos mil franceses; al precio de una división duradera entre las dos Españas, una tradicional y otra moderna, que ya se dibujó claramente dentro del patriotismo general y antinapoléonico de las Cortes reunidas en Cádiz, jamás tomada por el asedio francés, entre 1810 y 1813.

LA DESMITIFICACIÓN IMPLACABLE DE CHAUNU

Ésta es la síntesis básica de la Revolución Francesa, adaptada a un lector medio de habla española; pero no basta con la reseña depurada de los hechos, sino que debemos profundizar en la entraña de la Revolución según las últimas investigaciones. Y apoyándonos en el fantástico libro de Chaunu, que conseguí por fin comprar en una librería de Ginebra en agosto de 1989, porque el bando progresista y jacobino había tendido también contra él un cordón sanitario semejante al de Floridablanca en 1789; por más que ya lo había roto el joven y brillante hispanista francés Arnaud Imatz con una arrebatadora presentación de ese libro en el número 36 (julio-agosto) de la gran revista *Razón Española*. Aprovechamos a continuación el libro y la reseña, muy orientadora; en los dos hay, además, una referencia muy completa a la magnífica producción histórica del bicentenario, con perspectiva crítica, que, como dijimos, ha anulado casi por completo los residuos tenaces de la historiografía jacobina y no digamos marxista.

«Preguntemos —dice Chaunu— a los campesinos belgas, alemanes, españoles, a todos los pueblos de los territorios invadidos, incendiados y despoblados, a las víctimas de la política localmente agresiva y belicista, qué piensan de sus “liberadores” y saqueadores, del retorno de una soldadesca desconocida en Occidente desde la guerra de los Treinta Años. Ellos os dirán lo que pensaban del modelo francés identificado con la Revolución.»

Imatz resume agudamente la manipulación de las grandes fechas revolucionarias desde varios ángulos. «A la derecha, para los orleanistas, los bonapartistas y pronto los nacionalistas, el año 1789 es sagrado mientras que el año 1793 es maldito... La izquierda escoge el año 1793 y niega unos pretendidos derechos del hombre que estigmatiza como derechos individualistas y burgueses. Muchos fascistas del siglo xx siguen la misma línea. Drieu la Rochelle ¿no explicó que hitlerianos y mussolinianos quisieron

romper con la herencia de 1789, que era liberal, pero no con la de 1793, que fue jacobina y totalitaria? Dicho esto hay que señalar que desde comienzos del siglo (xx), excepto una corriente marginal, la Revolución fue un tabú. A pesar de que sus manifestaciones concretas e inmediatas fueron a veces “desagradables”, se la consideró como el escalón necesario para llegar a la igualdad universal, a la libertad y a la prosperidad. La base del consenso consistió en la consigna: olvidemos y no revisemos lo ya admitido.»

Chaunu es un investigador republicano, y vive en el polo opuesto del reaccionarismo. Sin embargo, al estudiar el Antiguo Régimen, cuyos defectos no ignora, no puede reprimir cierta nostalgia como francés libre de prejuicios. En 1789 Francia era la primera nación y el primer estado de Europa en casi todo. Su porcentaje de alfabetización es más alto que en Gran Bretaña. En Francia sabían leer y escribir —la Francia ilustrada del siglo XVIII— tantas personas como en todo el resto de Europa. Y ese número de alfabetizados se había triplicado de 1710 a 1780, bajo la corona. Francia tenía en 1789 casi treinta millones de habitantes, con un 16 por ciento de población urbana, el triple que España. La tierra estaba relativamente bien repartida: dos millones de familias poseían el cuarenta por ciento de la tierra; el resto se dividía entre una cuarta parte para la nobleza, otra cuarta para la burguesía y un diez por ciento para la Iglesia; en España la distribución de la tierra estaba mucho más desequilibrada en favor de los privilegiados. El tercer estado poseía, pues, en conjunto el sesenta por ciento de las tierras y los bienes de la Iglesia se dedicaban en su mayor parte a la beneficencia, al sostenimiento de escuelas y de hospitales.

Es cierto que la nobleza gozaba de privilegios señoriales vejatorios más que efectivos; pero la Revolución arregló poco las cosas en servicio de los desheredados. La Revolución aumentó los impuestos en el campo, donde la presión fiscal de 1815 equivalía a la de 1789. Después del baño de sangre.

«Los cambios sociales —resume Imatz— no afectaron ni siquiera a una décima parte de la población. Lo único que hizo la Revolución fue distribuir a la minoría de sus funcionarios y secuaces una buena parte de las tierras y, por tanto, de la riqueza y el prestigio, a una quinta o a una décima parte de su valor real. Toda la reforma rústica se redujo, pues, a algunas permutaciones en la cumbre.»

La presión fiscal en la Francia de 1789 es la mitad que en Gran Bretaña. Francia es un paraíso fiscal. Para Chaunu el Antiguo Régimen era en Francia muy respetuoso ante la propiedad, las costumbres y los derechos. La seguridad campesina y ciudadana era muy superior a la del siglo XIX, cuando aparecieron los «barrios del crimen». Luis XVI se equivocó al restablecer las prerrogativas de los parlamentos, monopolizados por las clases privilegiadas, que bloquearon reaccionariamente la administración y forzaron el advenimiento de la Revolución. Desde 1709 nadie moría de hambre en Francia, hasta la penuria pasajera de 1794, que acarreó una inflación galopante, perfectamente remediada por una sociedad viva y en crecimiento, aunque no por un estado anémico, paralizado y volcado al espejismo arbitrista, en espera de que un ministro milagrero arreglase todo por arte de magia, y no por las reformas que rechazó reaccionariamente la Asamblea de Notables en 1787. Para remediar la economía, la Revolución acudió a un fácil expediente: el robo de los bienes de la Iglesia. Chaunu es tajante en este capítulo, del que los historiadores jacobinos huyen como gato sobre ascuas.

UNA BRUTAL PERSECUCIÓN RELIGIOSA

«En 1789 la mayor parte de los franceses son católicos practicantes —dice Chaunu, que es cristiano pero no católico—. Cree en Dios entre el 97 y el 98 % de la población y más del 80 % están vinculados a su Iglesia (católica). Respecto a la calidad intelectual y moral del clero y sobre su generosidad, que distribuye la mitad de sus rentas a los pobres y una parte a la asistencia hospitalaria y escolar, no hay verdaderas críticas, sólo falsos panfletos. Es más, la reivindicación casi unánime de los *Cahiers de doléances* es que los curas, a los que se estima, reciban más fondos, pues se conoce el uso que hacen de ellos.»

Pese a esa situación real, dice Chaunu, «la Revolución empezará por un robo, el más fácil, el de los bienes puestos al servicio de todos, sin que se supiera que eran para todos, es decir, los bienes de la Iglesia. Antes de que la necesidad de extender la base de cobertura del papel moneda llevase a alargar indefinidamente la lista de proscritos, a declarar la guerra al mundo entero y a expoliar y desvalijar los territorios momentáneamente ocupados, su-

puestamente liberados». En efecto, la supresión del diezmo en las alegrías igualitarias de agosto de 1789, como si el diezmo fuera un privilegio, eliminó las fuentes de la educación popular, la beneficencia y la seguridad social que entonces existía; acto que Chaunu califica de estúpido y suicida y que se dirigía a dismantelar el poder social de la Iglesia, como había reclamado insistentemente el frente ilustrado y masónico.

«Pronto fue vendida la Francia monástica.» Esta supresión arbitraria de las órdenes religiosas, que conculcaba el derecho de asociación y la libertad religiosa, se describe patéticamente en el libro de Chaunu. «Los más bellos monumentos del arte románico y gótico fueron destruidos. Se traslada, se desmonta, se cierra, se destroza y se expolia. El saqueo artístico es inmenso. Ninguna guerra moderna ha aniquilado tantas riquezas. Los funcionarios creados por el nuevo régimen se parecen a la generación de auténticos bárbaros del siglo III, son los que transforman las abadías románicas en canteras, desmenuzan las iglesias, embalan el pescado con los manuscritos y los incunables de las bibliotecas. Buen tema para que un ministro de Cultura exalte ahora a la Revolución.» Pero puntualiza inmediatamente algo esencial: «Estos iconoclastas representan sólo a un 2 % de la población. La Revolución no es el fenómeno de masas que se nos quiere presentar. Hay cincuenta mil revolucionarios parisinos, ochenta mil beneficiarios de los bienes nacionales (robados a la Iglesia) y doscientos mil vagos. Pero sólo se gana si se convence a la minoría.»

Estaba la Iglesia católica tan inserta en el tejido social de Francia que la persecución contra ella emprendida ya por la Asamblea Constituyente, continuada por la Legislativa y llevada al paroxismo por la Convención mediante el Terror, fueron auténticas agresiones no sólo a las libertades, sino al pueblo de Francia, directamente. «Cuando el 12 de julio de 1790 se adoptó la constitución civil del clero, sólo cuatro obispos juraron sobre un total de 136 y sólo lo hizo un 44 % del clero, del que conviene rebajar algunos puntos cuando muchos se retractaron. No jurar equivalía a la pérdida del empleo, de todo recurso, a la miseria, a la libertad y la vida amenazadas, a ser proscritos de la comunidad. Talleyrand (“montón de mierda en una media de lana”, como le llamaba Napoleón) se entrega a la tarea. Es el único de los cuatro obispos que aceptó

proceder a las nuevas consagraciones. Esos pobres curas que juraron, algunos de los cuales pretendían reencontrar la simplicidad y el rigor de la primitiva Iglesia, sabían a fines del invierno de 1791 lo que valía la palabra de los diputados constituyentes: un paso para la guillotina.» Y miles de ellos murieron en la peor persecución de la Historia entre las de Roma y las del siglo xx en México y España.

LOS DERECHOS HUMANOS ARRASTRADOS

La consideración religiosa lleva a Chaunu a burlarse documentadamente de la Declaración de los Derechos del Hombre y el Ciudadano de 1789. Nada tiene que ver con la Declaración americana promovida por Jefferson, ni con el *Habeas Corpus Act* del Reino Unido, anterior en un siglo a la declaración francesa como apuntaba Margaret Thatcher en la conmemoración del bicentenario. La utopía rimbombante debe contrastarse con la práctica bestial. «En realidad, a lo largo del período revolucionario, el Derecho, incapaz de desempeñar su función mediadora entre la política y la moral —resume Imatz— sólo fue la expresión de la fuerza bruta al servicio de la minoría gobernante. El joven poeta André Chenier, que se había adherido a la utopía de 1789 antes de tomar partido contra el Terror, vivió la triste experiencia pues fue guillotinado a los treinta y dos años.»

Se extiende Chaunu en la crítica a la economía revolucionaria, que provocó la ruina y el espantoso atraso de Francia, argumento contra el que nada pueden decir hoy los portavoces de la historiografía jacobina. El papel moneda lanzado por la Revolución en 1794-1795 para subvenir a los inmensos gastos de la guerra es, según Chaunu, «una locura criminal que estimula la dilapidación de los bienes y la destrucción del patrimonio artístico, provoca la desconfianza respecto a los procedimientos capitalistas modernos y finalmente es la causa del gran hambre con sus decenas de millares de muertos en 1795. El gobierno, totalmente privado de recursos a causa de sus errores, no tiene más que una solución: el papel, la tinta y las planchas para fabricar billetes. En 1790 y 1791 los ingresos han oscilado entre la cuarta y la octava parte de los gastos. En tiempos de paz, sin inversiones productivas (se han

cerrado más escuelas de las que se han abierto, más camas de hospitales de las que se han creado, y no se han conservado las carreteras), conseguir la financiación del 78 al 79 % de los gastos ordinarios mediante retenciones sobre el capital es una realización que merece ser conmemorada. Para pagar sus promesas, alimentar sus fantasías y financiar la guerra agresiva contra una Europa pacífica, la Revolución no tiene más medio que la inflación, el más injusto de los impuestos».

UNA GUERRA AGRESIVA Y CRIMINAL

Chaunu ataca durísimamente a la Revolución por haber emprendido una guerra agresiva en nombre de la libertad, contra unos pueblos que en su inmensa mayoría no deseaban ser liberados ni salvados por Francia.

«El pecado mortal de la Revolución es, después de la persecución religiosa, la guerra injustificada. La guerra va a permitir la legalización del asesinato, pues todo opositor interior es asimilado al enemigo exterior. La idea de terror unánime y de una voluntad extranjera de abatir la Francia revolucionaria es completamente absurda. Lo que entonces interesaba a Berlín y a Viena era Varsovia, no París. La mediocridad de las fuerzas de Austria y de Prusia al oeste es evidente prueba de que los vecinos de la Francia revolucionaria carecían de intenciones agresivas respecto de ella. Todo el resto es falsificación, coartada, mentira, propaganda. La guerra es la deliberada elección que la fracción revolucionaria dominante ha hecho para encubrir el fracaso político.» Tras este preciso resumen de Imatz, dice el propio Chaunu: «Sin la guerra ni el sanguinario golpe de Estado del 10 de agosto, ni la condena a muerte de los sacerdotes católicos fieles, ni las famosas elecciones de septiembre (todo en 1792) para la Convención en que intervino un francés de cada 12, ni el asesinato jurídico del rey, ni el genocidio del pueblo católico de la Vendée, ni la persecución de toda expresión religiosa (católica, cismática, protestante o judía) hubieran sido posibles.» Imatz resume las trágicas cuentas de la guerra desencadenada por la Revolución. Entre 1792 y 1797 mueren por la guerra medio millón de personas, y por enfermedades y penurias derivadas de la guerra tres o cuatro veces más. El genocidio de la Vendée, analizado por un testigo

inmediato, el socialista utópico Babeuf, como sucesión de sadismos y torturas contra un pueblo que inicialmente no se había rebelado contra la Revolución, y que se alzó sobre todo contra la leva indiscriminada para la guerra, por las persecuciones religiosas y el asesinato del rey, y que resistió heroicamente a los ejércitos revolucionarios de marzo a diciembre de 1793, arroja una cifra espantosa: 350 000 muertos, aproximadamente los mismos de la guerra civil española por todos los conceptos en los dos bandos de 1936 a 1939. Perecieron, por tanto, en la fase revolucionaria hasta 1799 un millón de franceses, y otro millón más durante la etapa napoleónica; y en toda Europa los muertos superaron los cinco millones (otro millón en España invadida) para una Europa de 150 millones. «Toda la responsabilidad desencadenante de la guerra continental corresponde al poder revolucionario, que escogió las armas deliberadamente, provocó, atacó e invadió.»

UN BALANCE TRÁGICO Y ABSURDO

El balance de la Revolución en su fase inicial es catastrófico. «Todas las curvas —dice Chaunu— se han desplomado entre 1790 y 1800. El Consulado y el Imperio han rellenado las brechas, nada más. Desde el verdadero despegue de los siglos XI y XIII, Francia e Inglaterra se destacan al mismo tiempo. Si es perceptible una mejora global en el espacio inglés, apenas lo es por habitante durante el siglo XVII. Pero en el XVIII Inglaterra no consigue dejar atrás a su competidora. Son, pues, Francia e Inglaterra las que despegaron con tasas de crecimiento de la producción industrial superiores al 1 %. Todo se va a decidir entre 1789 y 1800. Pero la guerra quebró el crecimiento de Francia, que se desaceleró en toda Europa. Incluso en Inglaterra, donde ese retraso sólo afectó al consumo. De la igualdad entre Francia e Inglaterra se pasa a un distanciamiento entre 10 y 6. Francia había alcanzado a Inglaterra en 1789 en renta por habitante; pero en 1799 la relación es de 65 a 100. Diez años de papel moneda y de grandes matanzas degradaron definitivamente a Francia: la distancia nunca se salvaría.» En cuanto a España, podríamos añadir, la derrota naval ante Inglaterra en Trafalgar, en 1805, y la agresión napoleónica de 1808 cortaron nuestra comunicación con América, provocaron en virreinos y capitanías la in-

surrección iniciada en 1810 contra Napoleón invasor de España mucho más que contra España; aceleraron irreversiblemente la pérdida del Imperio y arrojaron a España desde la situación de gran potencia que ostentaba desde fines del siglo xv a la de potencia secundaria y decaída, en que pasó todo el siglo xix y continúa tristemente en la actualidad. La Revolución Francesa, que además sembró la división mortal de las dos Españas, fue una catástrofe histórica para España, que hasta hoy siente directamente sus consecuencias.

Una terrible disminución de la natalidad se suma a las catástrofes íntimas de la Francia surcada por la Revolución de 1789. La conclusión lapidaria de Chaunu es majestuosa como expresión de una tragedia: «En 1815 Francia ha bajado definitivamente de categoría. Se puede preferir la mediocridad, pero nada justifica la apología del crimen.» Una apología del crimen que han patrocinado en el bicentenario torpemente, acriticamente, el señor Mitterrand, la Internacional Socialista y los epígonos del jacobinismo europeo y atlántico. Remata Chaunu, genialmente: «La historia desmitificada establece que el caótico proceso creado por el huracán revolucionario es un efecto del azar; pero septiembre de 1792, el acusador público del tribunal revolucionario, la ruina por el papel moneda y la guerra, la destrucción del patrimonio artístico, cultural, moral y religioso, la despoblación, la interrupción del impulso demográfico, el genocidio de la Vendée, los populicidios de Lyon, Toulon y otros, todo eso procede implacablemente de la más coherente lógica revolucionaria. Una vez más la Revolución ha nacido y mata, porque la muerte es su oficio y la aniquilación su finalidad.» En sus lejanas tumbas, Jaime Balmes y Juan Donoso Cortés tal vez alcancen a sentir el inmenso alivio de comprobar cómo sus posiciones doctrinales contra la gran Revolución se confirman a finales del siglo xx por los mejores representantes de la Historia auténtica, imparcial y liberal, que han destruido así los empecinamientos de la historia jacobina y de la historia marxista que durante más de un siglo parecían dominar para siempre la interpretación de la Revolución Francesa. Ahora sabemos que ese dominio no era más que miedo, cobardía, manipulación y propaganda política, hoy felizmente desjarretada a la luz de la verdadera Historia. Y no, como repetían viejas acusaciones, desde la reacción y la caverna, sino desde la más acendrada libertad.

VI. EL PROBLEMA VASCO NACIÓ HACE VEINTE SIGLOS

LOS BAGAUDAS ATACAN DE NUEVO

El primer historiador español del siglo xx, profesor Claudio Sánchez-Albornoz, y el antropólogo y académico —eminente, pesimista y cascarrabias— Julio Caro Baroja ofrecen algunas discrepancias sobre el origen de los vascos. Sánchez-Albornoz, con su inmensa autoridad y su inmensa investigación detrás, opina que los vascos se romanizaron en Navarra, pero se quedaron en gran parte sin romanizar en la que por ellos se llamó *depresión vasca*, hoy Provincias Vascongadas: lo cual empieza a explicar la diferencia de comportamientos entre vascos y navarros, pese a venir del mismo tronco —los *vascones*— a lo largo de la Historia siguiente. Con razones que parecen más bien sentimentales, Caro Baroja no comparte esta tesis del todo, pero sin insistir demasiado; y Sánchez-Albornoz, con gran estima por don Julio, le vuelve sus argumentos con maestría y convicción. Me quedo pues, para este importantísimo capítulo de la protohistoria y la historia española, con la tesis de don Claudio.

Octavio César Augusto y su fiel general Agripa creyeron haber terminado con la persistente rebeldía del norte de Hispania —la franja cantábrica— tras domeñar a los astures, a los cántabros y a los vascones, que se habían mantenido independientes en sus montañas durante los doscientos años de presencia y conquista romana en la península occidental. Augusto vino a Hispania para pregonar su decisión de completar la conquista del norte, dirigió su primera fase personalmente y encargó a Agripa su remate. Los dos creyeron sinceramente haber liquidado esa rebeldía en el año 14 antes de Cristo y por ello, con todo el orbe en paz, cerraron el templo de Jano a orillas del Tíber. El primer grito triunfal de *domuit vascones* (dominó a los vascos) se había inscrito en la Historia. Pero no

resultó verdad. Los vascones de Navarra sí que aceptaron la civilización y se romanizaron a fondo sin renegar por ello de su sangre. Pero los habitantes de los valles más escarpados y remotos mantuvieron orgullosamente su independencia en espera de tiempos mejores donde pudieran demostrarla. Llegaron tales tiempos cuando, a impulsos de los bárbaros del norte empezó a cuartearse y a vacilar el poder de Roma y la unidad de la Hispania romana. Mal precedente; los vascos rebeldes se agitan cuando Hispania entra en crisis. Ya empezaba a suceder así a fines del siglo iv d. C. cuando se avecinaba la invasión de los bárbaros, y a lo largo de todo el siglo v, cuando se iba produciendo, por sucesivas oleadas, esa invasión de los pueblos del norte, presionados a su vez por los que pugnaban para abrirse camino desde las estepas asiáticas. En aquella época caótica las provincias romanas al sur y al norte de los Pirineos experimentaron las terroríficas incursiones de los *bagaudas*, bandas armadas muy nutridas que asolaban los campos, asaltaban las ciudades y sembraban la anarquía en los valles del Ebro y del Garona. Como ha establecido Sánchez-Albornoz los *bagaudas*, cuyo recuerdo trágico perdura durante toda la Alta Edad Media, no eran sino los mismísimos vascones, cuyo territorio, más o menos coincidente con la Navarra actual, hervía entonces por las agresiones de los suevos, los godos y las últimas tropas romanas reclutadas en Hispania. Ante la nueva situación los vascones, liberados del temor romano con otro temor más fuerte e impreciso —los bárbaros— reaccionaron en dos sentidos. Unos, los *bagaudas*, se lanzaron desesperadamente a la depredación de los territorios romanos más próximos. «Durante siglo y medio, pues —dice el maestro—, los vascones vivieron a su arbitrio, sin más ley que su capricho.» Otros grupos vascones, los que hoy llamamos propiamente *vascos*, se lanzaron en dirección opuesta, contra los estrechos valles de la depresión poblada por otros pueblos mal romanizados, los vándulos, los caristios y los autrigones. Allí se fueron asentando los vascones y el país se fue llamando desde entonces País Vasco. Allí quedaron encerrados en sus montañas donde quedó truncado e interrumpido su anterior proceso de romanización; «por eso —concluye don Claudio— me parece seguro que quienes hoy se llaman vascos no son, mal que les pese, sino españoles todavía no romanizados de manera integral». Ésta sería pues la diferencia radical entre vas-

cos y navarros: los navarros completaron su romanización, los vascos mucho menos. Y la aparición del nacionalismo vasco a fines del siglo XIX —tan repentina, sin apenas abertura cultural previa como la del nacionalismo catalán— demuestra, en nuestros días, que una parte de los vascos parece decidida a revivir, tantos siglos después, la tradición bagauda.

Asentado por fin en Hispania el poder centralizador de los visigodos, que consideraban el sur de las Galias —la vertiente norte del Pirineo— como su territorio propio al oriente —la Septimania— o por lo menos como su *hinterland* al occidente —la Gascuña—, los reyes de Toledo, cuyas huestes germánicas entraban en simbiosis cada vez más profunda con los hispanorromanos, sintieron la necesidad de liquidar las resistencias peninsulares que se oponían a su dominio; terminaron con los suevos en el noroeste y proclamaron también, repetidas veces, su victoria definitiva contra los vascos. Lograron reprimir relativamente las incursiones de los bagaudas, que trataban de prolongar contra los visigodos su estrategia de bandas terroristas que tan buen resultado les había dado durante la agonia del imperio romano. Los reyes de Toledo, sobre todo el gran Leovigildo, proclamaron también su *domuit vascones* que nunca resultó cierto; los esfuerzos de la Iglesia por llevar el cristianismo —y la romanización— a los valles de la antigua Vardulia —la depresión vasca— no cuajaron, mientras se consumaba la romanización de los vascones de Navarra, cuya capital no llevaba en vano un insigne nombre de Roma, Pampaeluna, Pamplona, la Ciudad de Pompeyo. La prueba del fracaso es que don Rodrigo, el último de los reyes godos, llegó tarde y mal a la batalla decisiva del Guadalete porque estaba empeñado en la enésima campaña toledana contra los vascos. Luego, en la nueva y espantosa confusión de la conquista musulmana, los vascos no opusieron una resistencia semejante a la de los astures y los cántabros, que acabaron por redimirles del yugo islámico; pero en cambio el ala vasca occidental, hombre a hombre con los cántabros, sí que saltó tras la cruz desde sus montañas para crear, en las llanuras primordiales de la Bureba, ese milagro histórico llamado Castilla. Vasconia —repite mil veces Sánchez-Albornoz— es la madre de Castilla; es, por lo tanto, la abuela de España. Tal servicio histórico prestaban a Occidente los vascos de la depresión mientras sus hermanos, los vascones romaniza-

dos de Pampaeluna, lograban, por caminos diferentes, otro milagro, el de Navarra. Castilla y Navarra, pues, esas dos formidables y profundas claves de España, son esencialmente la gran obra de los vascos en los albores de la Alta Edad Media.

EL HORIZONTE VASCO SE LLAMA ESPAÑA

Nada tiene de particular, por lo tanto, que desde entonces —cuando nacía la Alta Edad Media— la historia de los vascos se inserte en la historia de Castilla que ellos fundaron al descender de sus montañas y reencontrar, en su camino, la plenitud de la huella romana ya cristianizada. Lo que no había nacido entonces, y tardaría un montón de siglos, es esa entelequia llamada Euskadi, inventada al margen de la historia real a fines del siglo XIX. Nada tiene de particular que Vizcaya se uniera a Castilla, voluntariamente y para siempre, en 1150; ya era, desde varios siglos antes, la fuente de Castilla y en el siglo XII no hizo sino reconocer su cauce. Lo que existía antes no era Euskadi sino las provincias vascongadas embrionarias que fueron incorporadas durante treinta y un años (1004-1035) a la corona navarra de Sancho el Mayor, que por cierto se tituló primer rey de España. Se mantuvo, cada vez con más tensiones, la unión no a Navarra sino a su rey hasta 1076. Los separatistas vascos, obsesionados con anexionarse a Navarra, claman por una existencia común milenaria: pero de mil años juntos, nada.

Tras la unión voluntaria de Vizcaya a Castilla, Guipúzcoa hizo, por su cuenta, exactamente lo mismo —para no volver a la dependencia de Navarra— en el año 1200; desde entonces la figura de Alfonso VIII de Castilla se incluye en el escudo de Guipúzcoa. Vitoria, guarnecida por tropas de Navarra, resistió; pero la cofradía de Arriaga, primer núcleo políticosocial de la provincia alavesa, se incorporó a Castilla en 1332 mediante un pacto libre con el rey Alfonso XI. Las provincias vascas se agregaron, pues, pacífica, voluntaria y separadamente al reino de Castilla *para siempre*; y la Corona les reconoció y renovó sus fueros y libertades. Navarra siguió, como veremos, un camino enteramente distinto.

Incorporadas libremente a Castilla las provincias vascongadas, que ni antes ni después de la incorporación for-

maron entre sí unidad política, ni siquiera regional, vivieron, a través de Castilla, la vida y el horizonte de España. Su historia es la gran historia de España; sus hombres fueron secretarios de reyes, administradores del Estado, conquistadores del mundo —Legazpi, Elcano, Urdaneta— y apóstoles de una fe católica y española, es decir, universal, como lo muestra el más excelso de todos ellos, Íñigo de Loyola. Refugiada en los caseríos la nobilísima y ancestral lengua vasca, reliquia de la protohistoria, creada para hablar con Dios y con la naturaleza, dejaba paso a la lengua y la cultura universal de Castilla. La lengua castellana, oral y escrita, nació como un manantial a la misma orilla del País Vasco, por los tiempos en que Vasconia se incorporaba a Castilla; y desde los hermanos Elhuyar —los colosales científicos de la Ilustración— al titán del siglo xx, Miguel de Unamuno, no se podría escribir sin nombres vascos la historia de la ciencia ni de la cultura españolas. El problema vasco, que había nacido hace dos mil años, dejó por lo tanto de existir gradualmente entre los siglos xii y xiv; y se diluyó en una nueva *pax hispanica*, mucho más gloriosa y real que la de la Hispania romana, durante una etapa fecunda que corre, según cada una de las tres provincias, de cinco a siete siglos.

Los vascos, que habían contribuido como una sucesión de torrentes y remansos a la vida de la España bajomedieval y moderna, al ser de América, a la Ilustración española y americana, sintieron el patriotismo español durante los tres primeros cuartos del siglo xix con la misma intensidad que los catalanes. Lucharon bravamente por España contra Francia en la guerra de la Convención, de 1793 a 1795, y en la guerra de la Independencia. Contribuyeron con su sangre al esfuerzo trágico de Trafalgar al comenzar el siglo xix, como lo habían hecho en la Armada Invencible a fines del siglo xvi. Fueron pieza clave para la modernización borbónica de la América española y sus diputados en las Cortes de Cádiz no plantearon la más mínima reivindicación autonomista ni siquiera foralista. Durante todo el reinado de Fernando VII, es decir hasta 1833, no existió en España el problema vasco.

Al conocerse la muerte de Fernando VII a principios de octubre de 1833 se alzaron en armas los carlistas, que seguían al hermano del rey, don Carlos María Isidro; pero el alzamiento no estalló solamente en el País Vasco, sino en media España, tras el grito de insurrección que brotó

en Talavera de la Reina. El alzamiento fue absolutista, no foralista; la España del Antiguo Régimen se sublevó contra la España que se abría, por el liberalismo, a los tiempos nuevos. Nadie habló de momento sobre fueros y mucho menos de soberanía. En la primera guerra carlista, donde no se luchaba sólo en el País Vasco, sino también en Cataluña, y en el Maestrazgo, y en Navarra, y en Castilla, y ocasionalmente en toda España, sin excluir las vanguardas que morían a las puertas de Madrid, no se combatía en el campo carlista por la soberanía del país vasco, sino por una versión distinta de la soberanía española. De nación vasca, nacionalismo, Euskadi, ikurriñas y demás inventos posteriores, nada de nada.

REBROTA EL PROBLEMA VASCO EN EL SIGLO XIX

Durante el curso de la primera guerra carlista, y no a su planteamiento ni estallido, el pretendiente don Carlos María Isidro empuñó la bandera de los Fueros para el País Vasco y para Navarra; pero conviene aclarar que en el campo contrario, el de los liberales, floreció también de forma paralela y ardorosa la reivindicación foral. Como ha definido profundamente el profesor vasco Vicente Palacio Atard, que continúa la lealtad española de los grandes intelectuales vascos de todos los tiempos, el régimen foral era una forma de gobierno autonómico, más oligárquico que democrático, diferente para cada una de las provincias y con plena sujeción a la autoridad real. La justicia se administraba por jueces propios, sometidos a la instancia superior en la chancillería de Valladolid; las provincias estaban relativamente exentas del régimen fiscal y del servicio militar que, para caso de guerra, debería cumplirse dentro del territorio provincial.

Al terminar la primera guerra carlista con la capitulación de Vergara, el general vencedor, Espartero, se comprometió a recomendar a las Cortes «la concesión o modificación» de los fueros vascos en cuanto resultaran compatibles con la Constitución. Así lo declaró la ley de 1839, que confirmó, en efecto, los fueros de las provincias vascas y de Navarra, pero con sometimiento a la Constitución y dejando abierto el camino a modificaciones. En esta ley vieron después —y siguen viendo hoy— los nacionalistas vascos (que en 1839 no existían) el principio del



Los reyes de Toledo proclamaron también, como los romanos, su «domuit vascones» (dominó a los vascos), aunque nunca resultó cierto. La prueba del fracaso es que don Rodrigo, el último de los reyes godos (aquí su «Crónica»), llegó tarde y mal a la batalla decisiva del Guadalete porque estaba empeñado en la enésima campaña toledana contra los vascos.

Nada tiene de particular que Vizcaya se uniera a Castilla, voluntariamente y para siempre, en 1150; ya era, desde varios siglos antes y como repite Sánchez-Albornoz, la madre de Castilla y, por tanto, la abuela de España. Lo que existía antes no era Euskadi, sino las provincias vascongadas embrionarias, que fueron incorporadas durante treinta y un años (1004-1035) a la corona navarra de Sancho el Mayor (en el grabado); que, por cierto, se tituló primer rey de España.



fin de su autonomía tradicional (lo que es absolutamente falso) y por eso reivindican hoy el retorno a la situación de 1839.

Pero el problema vasco no empezó entonces, ni poco después cuando Espartero, en 1841, dismanteló el régimen foral que los moderados restituyeron en 1844. El problema vasco, dormido desde los siglos XII y XIV, rebrotó con enorme fuerza después de la tercera guerra carlista, saldada con la victoria de los liberales alfonsinos en 1876, bajo el rey Alfonso XII y el mando político de Cánovas, el gran estadista liberal-conservador, cuando en toda España se producía una terrible oleada de antivasquismo por la participación de las Provincias en esa guerra sangrienta. En julio de ese año, y como represalia política, Cánovas suprimía abruptamente los fueros de las provincias vascas aunque mantendría en buena parte sus privilegios fiscales gracias a la fórmula de los conciertos económicos. En las provincias vascas se generó una profunda reacción contra lo que se consideraba arbitrariedad antihistórica del gobierno liberal; y de esa protesta nació el nacionalismo vasco, con matiz intensamente separatista (lo que no había sucedido inicialmente en el caso catalán), impulsado por el catolicismo de cruzada integrista —contra el liberalismo anticlerical— y por el foralismo llevado a extremos que le desbordaban. Para nada tuvieron en cuenta los nacionalistas vascos la existencia de un liberalismo templado y conciliable con el catolicismo, como era el de los liberal-conservadores españoles, a quienes la Santa Sede aprobaba expresamente. Los dos ideales del nuevo nacionalismo vasco, que nacía con un profundo resentimiento antiespañol, se concretaron en la fórmula *Dios y leyes viejas* que tomó por lema el fundador del movimiento, Sabino Arana Goiri, nacido en 1865 dentro de una familia carlista vizcaína, y converso súbitamente al nacionalismo separatista en 1892 cuando vio claro que *Bizkaia no es España* y que por tanto era necesario romper con ella. Tras una estancia en Barcelona, donde se impregnó de las orientaciones catalanistas, regresó a Bilbao y proclamó sus ideas tras una merienda entre amigos en 1890, donde fue calificado de loco y visionario. Lo era. En 1898 felicitó al presidente de Estados Unidos, MacKinley, por su victoria contra España en la guerra del Caribe y las Filipinas; fue por ello a la cárcel. Experimentó un nuevo vuelco ideológico al final de su vida y recomendó tajantemente a sus adeptos

tos: «Hay que hacerse españolista.» Pero ya estaba sembrado el mal, y casi nadie le hizo caso. Dejó inventada la palabra Euzkadi y la bandera de su partido, el Partido Nacionalista Vasco, bicrucífera e inspirada en la británica.

El nacionalismo vasco, por tanto, aunque posterior al catalán e inspirado por él, ofrece diferencias muy importantes que conviene concretar. En los orígenes el nacionalismo vasco carece prácticamente del componente cultural que alimentó decisivamente al catalanismo político, y que luego le sirvió, hasta hoy mismo, de coartada. El nacionalismo catalán es moderado y puede admitir la unidad de España, aunque con reticencias; nace de una exacerbación del regionalismo. En cambio el nacionalismo vasco es abruptamente separatista en su mismo origen. El nacionalismo catalán es pactista; el vasco, radicalmente excluyente, y cuando llega a establecer pactos todo lo subordina a su obsesión separatista, y por eso los concierta mejor con la izquierda que con sus afines de la derecha nacional española. El nacionalismo catalán es europeizante; el vasco se identifica con el racismo más anacrónico y grosero. El tradicionalismo religioso es una de las corrientes del catalanismo, atemperada por otra corriente liberal; pero el nacionalismo vasco es, en origen, no solamente clerical sino teocrático y proviene de una degradación del carlismo. El nacionalismo catalán se apoya en una escuela primero romántica y luego científica de historiadores; el nacionalismo vasco, que no tuvo historiadores, luego los improvisó desde sus prejuicios o se los pidió prestados *al marxismo*.

LA DOCTRINA DE UN LUNÁTICO: SABINO ARANA

La doctrina del fundador, Sabino Arana, es un conjunto de despropósitos que avergonzaría a conciencias historico-políticas mejor romanizadas, pero que nunca se ha criticado en serio desde las filas nacionalistas. En 1932 se editó en Bilbao, para las bodas de oro del PNV, una antología de su pensamiento titulada *Sabino Arana Goiri. De su alma y de su pluma* (talleres E. Verdes, Coro 9, 320 páginas) en forma de genialidades numeradas, entre las que escogemos las siguientes:

«5. Anti liberal y anti español es lo que todo bizkaíno debe ser, según el lema de Dios y Leyes Viejas.

»31. El nacionalismo asegura, como es sabido, la independencia absoluta del pueblo vasco.

»39. Al gobierno de Madrid ningún buen bizkaíno le llama gobierno central, sino gobierno de la nación dominadora.

»50. El fuerista, para serlo en realidad de verdad, ha de ser necesariamente separatista.

»56. Los catalanes quisieran que no sólo ellos, sino también todos los demás españoles establecidos en su región, hablasen catalán; para nosotros, sería la ruina que los maketos establecidos en nuestro territorio hablasen euzkera.

»77. ¡Ya lo sabéis, euzkaldunes, para amar el euzkera tenéis que odiar a España!

»111. La boina, al menos la bizkaína, y la corona son esencialmente incompatibles; la palabra rey repugna en el lema de un partido bizkaíno.

»129. Tanto nosotros podemos esperar más de cerca nuestro triunfo cuanto España esté más postrada y arruinada.

»186. No el hablar éste o el otro idioma, sino la diferencia del lenguaje es el gran medio de preservarnos del contagio de los españoles y evitar el contagio de las dos razas. Si nuestros invasores aprendieran el euzkera tendríamos que abandonar éste, archivando cuidadosamente su gramática y su diccionario, y dedicarnos a hablar el ruso, el noruego o cualquier otro idioma desconocido para ellos, mientras estuviésemos sujetos a su dominio.

»196. Si a esta nación latina la viésemos despedazada por una conflagración intestina o una guerra internacional, nosotros lo celebraríamos con fruición y verdadero júbilo, así como pesaría sobre nosotros como la mayor de las desdichas, como agobia y aflige el naufrago el no divisar en el horizonte ni costa ni embarcación, el que España prosperara y se engrandeciera.

»212. Es preciso aislarnos de los maketos en todos los órdenes de la vida. De otro modo aquí en esta tierra que pisamos no es posible trabajar por la gloria de Dios.

»376. Gran daño hacen a la Patria cien euzkaldunes que no saben euzkera. Mayor es el que hace un solo make-to que lo sepa.»

Éstas son las «ideas» de Sabino Arana Goiri, fundador del nacionalismo vasco. Un pobre lunático, hirsuto y cavernario, racista empedernido, ignorante cabal (como él mismo reconocía al confesar su alergia a los libros) y no

digo anacrónico porque tales «ideas» no se refieren a tiempo alguno anterior, ni siquiera al paleolítico. Pero antes de meditar o negociar, es decir, usar la razón sobre el problema vasco, conviene conocer y valorar esta espantosa carga de irracionalidad, esta dramática falta de romanización en el pensamiento profundo del inspirador. Después hablamos, después de ahondar en el punto 194 del ideario citado, el más alucinante y revelador:

«Nosotros odiamos a España con toda nuestra alma, mientras tenga oprimida a nuestra Patria con las cadenas de esta vitanda esclavitud. No hay odio que sea proporcionado a la enorme injusticia que con nosotros ha consumado el *hijo del romano*. No hay odio con que puedan pagarse los innumerables años de su dominación.»

Eso es el PNV en su origen; un estallido de odio contra España, y más al fondo, contra Roma. Un rugido de la caverna prehistórica que creyó domeñar Octavio César Augusto.

PNV Y ETA: EL MISMO TRONCO, EL MISMO FIN

Como hemos visto en la propia biografía de Sabino Arana Goiri, el nacionalismo vasco nació bífido; a partir de una fuente separatista luego discurrió por dos corrientes paralelas, una más radical y prehistórica, otra más contemporizadora y realista. Pero siempre las dos corrientes han tendido al mismo fin: la independencia del País Vasco. Desde los primeros años sesenta las dos corrientes eran el PNV clásico, aparentemente moderado, y la banda terrorista ETA, que nació de las juventudes del PNV en un caldo de cultivo clerical, para no desmentir la tradición del movimiento, y que sirvió, desde la subversión, a los mismos fines del nacionalismo. La tendencia a la bifurcación se nota en el mismo seno de cada corriente. La propia ETA ha ido experimentando disensiones internas que han dado origen a sus diversas ramas; la disensión más famosa, ya cuando apuntaba la transición, fue entre ETA V Asamblea, político militar, y ETA VI, llamada ETA militar. Cuando una rama de la ETA trata de dialogar, aparece otra rama irreductible que prosigue la guerra subversiva y que se revuelve contra los dialogantes; ahí están los asesinatos íntimos de *Pertur* y de *Yoyes*. Dentro del PNV se nota también esa tendencia a la bifurcación, pero con mantenimiento

del mismo objetivo final, la independencia, para las dos nuevas corrientes. La escisión de Eusko Alkartasuna, el grupo de Garaicoechea, más radical, secularizado y socialdemócrata, más separatista que el PNV dirigido por Arzallus y Ardanza, cuyo separatismo es idéntico, pero más posibilista y con velocidad más moderada, ya se había prefigurado en épocas anteriores a través de escisiones semejantes. El que hemos llamado caldo de cultivo separatista, el ambiente que conserva el horizonte común a todas las ramas, escisiones y corrientes nacionalistas, las radicales y las moderadas, es siempre el mismo: el sector separatista de la Iglesia católica en el País Vasco, con la complicidad de una parte minoritaria del clero navarro. Por Iglesia entendemos el clero secular, los religiosos y, desde los nombrados después de la muerte del general Franco, también los obispos de la región.

Nacido, pues, a fines del siglo xix en torno al desastre colonial de España, como una degradación del carlismo y el fuerismo frustrados, con un extraño impulso racista y una inspiración clerical y antiliberal que sólo puede considerarse como teocrática, el Partido Nacionalista Vasco, siempre en minoría, coexistió en las tres provincias con las demás fuerzas políticas regionales (el carlismo, que siempre fue una exaltación de españolismo genuino) y nacionales: el conjunto liberal-conservador, apoyado por la clase dirigente y por casi toda la prensa del País Vasco, y el Partido Socialista, que nace allí con fuerza antes de acabar el siglo anterior al convertirse la región en un importante foco industrial y financiero en el ambiente favorable de la Restauración. Poco a poco el PNV —que había surgido en medios rurales dominados por la influencia del clero carlista— se va urbanizando, penetra en las ciudades y en las clases medias e incluso en la alta burguesía industrial. Pero las grandes figuras vascas del siglo xx son, de acuerdo con la mejor tradición vasca, grandes figuras de España. Indalecio Prieto, Dolores Ibárruri, Ramiro de Maeztu, José María de Areilza, Antonio Oriol, Marcelino Oreja, en la política; Miguel de Unamuno, el mismo Maeztu, Ramón de Basterra, Gregorio Balparda, los Baroja, Vicente Palacio Atard, en la cultura; Zuloaga, Zubiaurre, Salaverría y Chillida, en las artes; más toda una pléyade de financieros, capitanes de industria, empresarios y religiosos que llenaría páginas enteras, sin olvidar las grandes figuras nacionales del periodismo vasco de nuestro siglo, que ha

Como ha definido profundamente el profesor vasco Vicente Palacio Atard, el régimen foral (piedra de toque de ambos bandos en la primera guerra carlista) era una forma de gobierno autonómico más oligárquico que democrático, diferente para cada una de las provincias y con plena sujeción a autoridad real. La justicia se administraba por jueces propios sometidos a la instancia superior en la Chancillería de Valladolid.



Los batallones navarros no firmaron el convenio de Vergara en 1839, fruto del cansancio traidor del general carlista Maroto (aquí abrazando a Espartero) apoyado por los batallones vizcaínos y guipuzcoanos.



historiado Alfonso Carlos Saiz Valdivieso. La nómina separatista en todos estos terrenos de la vida pública —política, social, cultural— resulta mucho más reducida y discutible, excepto en el terreno futbolístico, donde resiste cierta comparación.

LOS NACIONALISTAS CON EL FRENTE POPULAR

Al llegar la segunda República el nacionalismo vasco, conmovido por un viento de sensatez, se unió a sus aliados ideológicos naturales, los tradicionalistas y los católicos de la derecha regional, y cooperó con ellos en una activa minoría parlamentaria vasconavarra. Pero no cejó en su empeño separatista, que acabaría por separarlo violentamente de ellos.

El dirigente principal del PNV durante la República fue José Antonio de Aguirre y Lecube, antiguo futbolista, abogado y alcalde de la ría, miembro de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas y perteneciente al ala moderada del PNV que se venía oponiendo, desde las décadas anteriores, a los separatistas duros o *sabinianos* según el citado esquema de corrientes internas. Bajo la dirección de Aguirre el PNV se empeñó en un proyecto de Estatuto que contemplaba —manes de la teocracia— la posibilidad de que el País Vasco pudiera pactar separadamente un concordato con la Santa Sede para liberarse del anticlericalismo sectario de la República. Pero primero Navarra y luego Álava se fueron desenganchando del Estatuto, que en vísperas de la guerra civil sólo estaba respaldado por la influencia nacionalista en Vizcaya y en Guipúzcoa. Obsesionados con su autonomía, Aguirre y sus colaboradores cayeron a fines de 1935 en una aberración antihistórica: rompieron con sus afines de la derecha católica y se orientaron a la alianza con el Frente Popular, en cuyo bando combatieron, contra la mitad de los propios vascos y la casi totalidad de los navarros, en la guerra civil española. En ella los soldados separatistas, los *gudaris*, lucharon con igual valor, pero con menos moral y eficacia, que los tercios vascos de requetés y las brigadas de Navarra, quienes por fin lograron la victoria en esa cuarta guerra carlista que fue, parcial pero realmente, la guerra civil de 1936. Un tercio vasco de requetés custodió la Casa de Juntas y el Árbol de Guernica, la ciudad simbólica destruida (con

sus símbolos intactos) por el famoso bombardeo alemán en abril de 1937. Desde el otoño anterior el Frente Popular había concedido a sus aliados separatistas el Estatuto, que Aguirre, primer *lendakari*, y comandante en jefe del ejército vasco, violó cuantas veces quiso en sentido separatista flagrante. Su Gobierno desencadenó una colosal campaña de intoxicación a propósito del bombardeo de Guernica — con la colaboración de Pablo Picasso que compuso un famoso cartelón para el empeño—, el clero separatista exaltado y de un corresponsal británico tan apasionado como mendaz. Que nada pudieron hacer para evitar que las brigadas de Navarra perforasen el cinturón de hierro de Bilbao y ocupasen la ciudad y la ría, donde gracias a la sensatez de los batallones separatistas vascos en abierta cooperación con los vencedores se pudo evitar la destrucción de tierra quemada que había ordenado el Frente Popular. La propaganda del derrotado gobierno vasco arrastró, sin embargo, a un influyente comando de escritores católicos franceses —Maritain, Mauriac, Bernanos, Mounier— a abominar de la cruzada de Franco, contra la opinión de la Iglesia universal, que se alineó con la causa de los nacionales después de la Carta Colectiva del Episcopado español publicada el 1 de julio de 1937. Habían fracasado las negociaciones inspiradas por el Vaticano entre los nacionalistas vascos y la España nacional. Durante la primera irrupción de las tropas de Mola, a fines del verano de 1936, las vanguardias habían fusilado a dieciséis eclesiásticos nacionalistas, pero una gestión del cardenal Gomá ante el general Franco frenó —cuando Franco ya había accedido al poder— las ejecuciones.

LOS CLÉRIGOS FUSILADOS EN LA GUERRA CIVIL: UNA MITOLOGÍA

Sobre esas dieciséis víctimas, sin embargo, se ha montado una tenacísima campaña de propaganda que ha llegado a nuestros días, y que conviene desarticular de una vez a la luz de la Historia. *El Diario Vasco*, de San Sebastián, publicó el 19 de abril de 1987 las esquelas con los *cincuenta y ocho* sacerdotes y religiosos fusilados por el Frente Popular durante su dominio en el País Vasco durante la guerra civil; algunos de ellos pertenecían al propio PNV. Las ejecuciones se produjeron entre el 24 de julio de 1936 y el 14 de junio de 1937, en las mismas vísperas de la caí-

da de Bilbao, tras la que los nacionales no ejecutaron a un solo clérigo, como no lo habían hecho prácticamente en todo el año 1937. Conviene reproducir estas listas, que han terminado definitivamente con esa campaña de propaganda absurda.



Rogad a Dios en caridad por las almas de los sacerdotes y religiosos que sufrieron el martirio por su condición sacerdotal en Álava, Guipúzcoa y Vizcaya entre el 24 de julio de 1936 y el 14 de junio de 1937.

D. CARLOS ACHA ALDECOA (ecónomo de Albizu) † en Bilbao, el 4-1-1937

D. ZOILO AGUIRRE ELORDUY (adscrito a Sestao) † en Bilbao, el 4-1-1937

D. ANDRES AGUIRRE RESPALDIZA (adscrito a Lezama) † en Bilbao, el 2-10-1936

D. JOSE MARIA ALCIBAR GOROSTOLA (coadjutor de Llodio) † en Areta, el 24-7-1936

D. VICTOR ALEGRIA URIARTE (ecónomo de Maroño) † en Bilbao, el 2-10-1936

D. MARTIN ALTUARANA LANDAJO (coadjutor de Baracaldo) † en Bilbao, el 2-10-1936

D. ANGEL ALLENDE CASTAÑOS (coadjutor de Güeñes) † en Bilbao, el 4-1-1937

D. FAUSTINO ARMENTIA AGUADO (coadjutor de Valmaseda) † en Bilbao, el 2-10-1936

D. FIDEL ARRIEN GUEREQUIZ (ecónomo de Olarte-Orozco) † en Bilbao, el 4-1-1937

D. BENITO ATUCHA AGUIRRELECEAGA (párroco de Ceanuri) † en Ceanuri, el 7-4-1937

San Sebastián, 19 de abril de 1987



Rogad a Dios en caridad por las almas de los sacerdotes y religiosos que sufrieron el martirio por su condición sacerdotal en Álava, Guipúzcoa y Vizcaya, entre el 24 de julio de 1936 y el 14 de junio de 1937.

D. MIGUEL MARIA AYESTARAN URANGA (coadjutor de Irún)
† en Fuenterrabía, el 5-9-1936

D. JUAN ANTONIO AZPIRI IRIONDO (coadjutor de Eibar)
† en Bilbao, el 4-1-1937

D. FELIX BASOZABAL ARRUZAZABALA (coadjutor de Ortuella) † en Bilbao, el 4-1-1937

HERMANO TOMAS BERMEJO (agustino) † en Busturia, el 26-4-1936

PADRE VICENTE CABANES (capuchino) † en Bilbao, el 30-8-1936

HERMANO JOSE ELIGIO CALLEJA (camilo) † en Bilbao, el 4-1-1937

D. FRANCISCO CARRERE AZCARRETA (adscrito al Buen Pastor) † en Bilbao, el 4-1-1937

PADRE DOMINGO GONZALEZ CASTAÑO (dominico) † en Bilbao, el 2-10-1936

PADRE JOSE MODESTO CHURRUCA (paúl) † en San Sebastián, el 16-8-1936

D. PEDRO DIEZ DELGADO (adscrito a la P. de San Roque)
† en Ciérvana, el 18-11-1936

San Sebastián, 19 de abril de 1987



Rogad a Dios en caridad por las almas de los sacerdotes y religiosos que sufrieron el martirio por su condición sacerdotal en Álava, Guipúzcoa y Vizcaya, entre el 24 de julio de 1936 y el 14 de junio de 1937.

D. DOROTEO DONLO IRUJO (capellán de los duques de Granada) † en Bilbao, el 4-1-1937

D. MARTIN ECHEBARRIA OLABARRIA (arcipreste de Orozco) † en Bilbao, el 4-1-1937

D. DANIEL ESTEBAN ESTEBAN (párroco de Fuentemolinos) † en Baracaldo, el 12-9-1936

D. RUFINO GANUZA Gz. DE SAN PEDRO (S. Salvador del Valle) † en Bilbao, el 2-10-1936

D. FELIPE GOENA URQUIA (ecónomo de Pasajes) † en Pasajes, el 27-7-1936

HERMANO ALEJO FERNANDEZ (Sagrados Corazones) † en Guernica (fecha desconocida)

D. SERAPIO GOMEZ DE SEGURA ZUÑIGA (ecónomo de Lacuadra) † en Bilbao, el 2-10-1936

D. FERMIN GOROSTIZA ITURRATE (coadjutor de Yurre) † en Usansolo, el 23-5-1937

D. GABINO GUTIERREZ BARQUIN (coadjutor P. de San Vicente) † en Bilbao, el 2-10-1936

HERMANO LUIS MARTIN HUERTAS (marista) † en Bilbao, el 4-1-1937

San Sebastián, 19 de abril de 1987



Rogad a Dios en caridad por las almas de los sacerdotes y religiosos que sufrieron el martirio por su condición sacerdotal en Álava, Guipúzcoa y Vizcaya, entre el 24 de julio de 1936 y el 14 de junio de 1937.

D. CLEMENTE IZA BARRENECHEA (ecónomo de Gorocica)
† en Gorocica, el 1-5-1937

D. EDUARDO LEAL LECEA (deán de la catedral de Plasencia) † en Enecuri, el 29-9-1936

D. FABIAN LEGORBURU AXPE (coadjutor de Llodio) † en Llodio, el 24-7-1936

D. JOSE LOPEZ TORRES (ecónomo de Ornes) † en Basurto, el 12-9-1936

D. MATIAS LUMBRERAS ZUBERO (coadjutor de Galdácano) † en Bilbao, el 25-9-1936

D. GLICERIO MAISON IBAÑEZ DE GARAYO (ecónomo de Biazñez) † en Bilbao, el 2-10-1936

HERMANO VICTORINO MARTIN MANCEBO (oblato) † en Bizcargui, el 31-5-1937

D. FEDERICO MARTINEZ URIARTE (capellán de Repelaga)
† en Bilbao, el 25-9-1936

PADRE MELQUIADES DE S. JUAN DE LA CRUZ (carmelita)
† en Gallarta, el 18-4-1937

D. MANUEL DE MIGUEL ALAVA (ecónomo de San Esteban)
† en Bilbao, el 2-10-1936

San Sebastián, 19 de abril de 1987



Rogad a Dios en caridad por las almas de los sacerdotes y religiosos que sufrieron el martirio por su condición sacerdotal en Álava, Guipúzcoa y Vizcaya, entre el 24 de julio de 1936 y el 14 de junio de 1937.

D. JUAN MIOTA GARIONAINDIA (ecónomo de Ibarri) † en Bilbao, el 4-1-1937

HERMANO MIGUEL DE JESUS MARIA (O. C. D.) † en Rigoitia, el 30-4-1937

D. VICTOR MORENO GRIJALBA (presbítero en Bilbao) † en Bilbao, el 14-6-1937

D. NICASIO NAVARRETE DIAZ DE MENDIVIL (ecónomo de Menoyo) † en Menoyo, el 17-9-1936

PADRE VICENTE OCERIN-JAUREGUI URIA (franciscano) † en Ceanuri, el 7-4-1937

D. LUIS ORBEA GOROSTIAGA (ecónomo de Llodio) † en Bilbao, el 4-1-1937

D. GREGORIO RAMIREZ MURGUIA (ecónomo de Luyando) † en Luyando, el 27-9-1936

D. ANDRES RANERO MUGICA (ecónomo de Aedo) † en Bilbao, el 2-10-1936

PADRE SIMON DE JESUS MARIA (carmelita descalzo) † en Gallarta, el 18-4-1937

San Sebastián, 19 de abril de 1987



Rogad a Dios en caridad por las almas de los sacerdotes y religiosos que sufrieron el martirio por su condición sacerdotal en Álava, Guipúzcoa y Vizcaya, entre el 24 de julio de 1936 y el 14 de junio de 1937.

HERMANO GUMERSINDO SOTO (oblato) † en Las Arenas, el 10-5-1937

D. FRANCISCO UGARTE ARBERAS (ecónomo de Respaldiza) † en Bilbao, el 2-10-1936

D. EULOGIO ULACIA BARGAÑA (adscrito a Eibar) † en San Sebastián, el 4-9-1936

D. MIGUEL UNAMUNO EREÑAGA (capellán en Durango) † en Bilbao, el 4-1-1937

D. ANGEL URRIZA BERRAONDO (canónigo de Ciudad Real) † en Bilbao, el 2-10-1936

PADRE RICARDO VAZQUEZ RODRIGUEZ (mercedario) † en San Sebastián, el 26-7-1936

PADRE RAMON VILA (oblato misionero) † en Bilbao, el 5-10-1936

PADRE JOSE DE ZABALA ARANA (Corazón de María) † en la zona de Guernica, noviembre 1936

D. SEVERINO ZALLO-ECHEVERRIA ZARANDONA (adscrito a Múgica) † en Múgica, el 30-4-1937

San Sebastián, 19 de abril de 1987

En varias obras recientes, y concretamente en *Jesuitas, Iglesia y marxismo* (1986), *La derecha sin remedio* (1987) y *Oscura rebelión en la Iglesia* (1987) he analizado el nacimiento de la ETA en el seno de las juventudes del PNV y en combinación con la Acción Católica rural del País Vasco; y las evidentes complicidades del sector separatista de la Iglesia vasca en la germinación y floración venenosa de la banda terrorista. Cómo ha podido evolucionar ese sector del clero vasco —capitaneado ahora por sus propios obispos— desde el carlismo degradado a fines del siglo xix al apoyo del terrorismo de signo marxista-leninista en la segunda mitad del siglo xx es uno de los grandes misterios de la Historia universal, y no se trata de una valoración sino de un hecho. Ya desde hace algunos años la prensa y las revistas se ocupan, cada vez con mayor alarma y repulsa, de este desbordamiento separatista del clero y los obispos vascos, capitaneados por ese audaz portavoz que

es monseñor Setién, obispo de San Sebastián y calificado más de una vez por el *ABC* de Madrid, que no es un diario extremista, como *obispo traidor*. Sacerdotes vascos, especialmente jesuitas, han apoyado en Iberoamérica a la teología de la liberación, sobre todo en Centroamérica, donde la Universidad Centroamericana de San Salvador, regida por los jesuitas vascos (hoy salvadoreños) y separatistas Ignacio Ellacuría (q.e.p.d.) y Jon Sobrino actúa como un centro logístico permanente para el liberacionismo. En nuestro libro citado en último lugar hemos dedicado un epígrafe bajo el título *Teología de la liberalización y ETA, un reencuentro* a la conexión etarra del liberacionismo, detectada también profundamente por Antonio Navalón en su reciente libro *Objetivo Adolfo Suárez*.

EL MILAGRO DE NAVARRA

Para la táctica actual del separatismo vasco en todas sus ramas, escisiones y corrientes, unidas sin embargo, como siempre, por el objetivo común de la independencia, el punto clave es la anexión de Navarra. Mucho más extensa y mucho menos poblada que las tres provincias vascas, Navarra constituye hoy el soñado *hinterland* para una nación y un estado vascos independientes de España, que sin Navarra resultan territorialmente inviables. En nuestros citados libros hemos aducido también la documentación suficiente para corroborar este proyecto, que se apoya en una torpísima concesión del texto constitucional español de 1978 en virtud del cual la anexión de Navarra a Euzkadi puede replantearse indefinidamente en cómodos plazos. La designación del señor Garaicoechea, navarro y separatista para la presidencia de un anterior gobierno vasco fue un gesto del PNV para forzar la voluntad españolista de los navarros. La creación de una provincia eclesiástica vasco-navarra, patrocinada por toda la Iglesia separatista y encabezada por el actual arzobispo vasco de Pamplona, monseñor Cirarda, sería una palanca poderosísima para conseguir esa soñada anexión, que marcaría el fin de Navarra y seguramente el fin de España; porque ya no podría llamarse España a lo que quedara tras la separación de las tres provincias vascongadas y el antiguo reino tendido entre el Pirineo y el valle del Ebro.

Navarra es un milagro histórico. El testamento vivo del



El problema vasco rebrotó con enorme fuerza después de la tercera guerra carlista, saldada con la victoria de los liberales alfonsinos en 1876, bajo el rey Alfonso XII (recibido en Madrid apoteósicamente, como muestra la estampa, tras acabar ese año la campaña del Norte) y el mando político de Cánovas, quien suprimió abruptamente los fueros de aquellas provincias, aunque manteniendo, en buena parte, sus privilegios fiscales.



De la protesta contra esas medidas nació el nacionalismo vasco con matiz intensamente separatista, impulsado por el catolicismo de cruzada integrista y por el foralismo llevado a extremos que lo desbordaban. Esos ideales se concretaron en la fórmula «Dios y leyes viejas», que tomó por lema el fundador del movimiento, Sabino Arana Goiri.

profesor Sánchez-Albornoz se podría resumir en una exigencia: si dejamos que Navarra, con un gran territorio y una corta población de medio millón de habitantes, sea engullida por la construcción reciente, artificial (y constitucional) llamada Euzkadi, con escaso territorio y apiñada población cuatro veces mayor, se produciría inevitablemente la independencia de Euzkadi y se rompería para siempre en Navarra la unidad de España que se consumó precisamente en Navarra al comenzar el siglo xvi. Sin embargo los partidarios de la anexión de Navarra son allí escasa minoría; en el Parlamento navarro de 1984, por ejemplo, el PNV tenía solamente tres escaños y Herri Batasuna, la coalición separatista radical conectada con la ETA, sólo seis huecos, frente a los veinte escaños del PSOE, los trece de Unión del Pueblo Navarro —ese gran partido regional de centro-derecha— y los ocho de Alianza Popular. La derecha (UPN más AP) era y sigue siendo ampliamente mayoritaria en la mayoría de los pueblos y los valles vascoparlantes de Navarra, como Larrauri, Ulzama y el Baztán. El centro-derecha ha podido dominar siempre, durante la transición, el Parlamento y el gobierno de Navarra, y cuando no lo ha logrado ello se debe a sus disensiones absurdas, ahora agravadas y complicadas por incontables episodios fratricidas.

La propaganda histórica y cultural del nacionalismo separatista vasco incrementa sus despropósitos cuando se entromete en la gloriosa y trágica historia de Navarra. Ya decíamos que Navarra fue el primitivo solar de los vascos, que asentados entre los ríos Arga, Ega y Aragón se romanizaron profundamente y se cruzaron fecundamente con otros pueblos; en Navarra no hay ni sombra de ese racismo anacrónico que atenaza los prejuicios del separatismo vasco. Con efímeras excepciones los navarros y los vascos marcharon, desde la Edad Antigua a la contemporánea, por caminos diferentes, y además enfrentados. En la época romana los vascones dependían de Zaragoza; los habitantes de la depresión vasca, de Clunia. Los vascos, como vimos, resultaron del cruce de un ala histórica y emigrante de los vascones con los várdulos, caristios y autrigones; que luego entraron en la órbita histórica de Asturias primero, de Castilla después. Los vascones de Navarra se orientaron, en cambio, hacia la España musulmana, y fundaron su dinastía de Pamplona —Íñigo Arista, primer rey— en combinación con los Banu Qasi de la Ribera, anti-

guos godos conversos al islamismo. No fueron los vascos, sino los navarros quienes aplastaron a Carlomagno en Roncesvalles, 778, tremenda victoria que revalidaron en 824 contra los vascos (de la actual zona francesa) que formaban en el ejército imperial vencido, no entre los vencedores.

Tras una corta y forzada incorporación al reino de Navarra, los vascos, como vimos, se fueron uniendo separada y voluntariamente a Castilla, que también se había separado de la Navarra imperial, fuente de reinos hispánicos, forjada por Sancho el Mayor. Los vascos, y señaladamente los guipuzcoanos, actuaron en la Baja Edad Media como enemigos de Navarra, por ejemplo en la batalla de Beotibar (1321) que todavía se conmemora en los festejos de Tolosa. Divididos los navarros (que siguen hoy sin escarmentar) en las facciones de agramonteses y beamonteses, Fernando el Católico atizó las disensiones y por fin incorporó Navarra a Castilla en la campaña de 1512, con voluntarios alaveses, vizcaínos y guipuzcoanos en vanguardia. Navarra se integró en Castilla por vía de unión entre iguales, de reino a reino, con todas las instituciones navarras en vigor.

En el siglo XIX Navarra vio recortada, pero no suprimida, su autonomía foral. Los batallones navarros no firmaron el convenio de Vergara en 1839, fruto del cansancio traidor del general carlista Maroto, apoyado por los batallones vizcaínos y guipuzcoanos. Pasó Navarra de reino a provincia foral en virtud de la ley Paccionada de 1841, transfigurada, que no destruida, en la actual autonomía navarra dentro de la Constitución de 1978. Y en virtud no de un Estatuto de Autonomía, como en las demás regiones de España, sino de un Pacto sobre Reintegración y Amejoramiento del régimen foral de Navarra, en cuyo preámbulo se alude a la permanente participación de Navarra en *la gran empresa de España*. Navarra, por otras formas de este mismo pacto, ha mantenido su autonomía histórica en la Monarquía de los Austrias y de los Borbones; en la República, la época de Franco y la democracia. Navarra es la prueba suprema de cómo pueden coexistir la más amplia autonomía y la más profunda unidad con España. La adoración de Navarra que se escapa tantas veces desde mis escritos —tras las huellas de Sánchez-Albornoz, el último gran defensor de Navarra desde el corazón de España— no es más que la respuesta a un milagro. Y la decisión absoluta de colaborar con los navarros en la pre-

servación de ese milagro, sin el que se rompería para siempre la unidad de España.

Todo este trasfondo quedó clarísimo ante la opinión pública durante el primer viaje de los reyes de España a Navarra, a fines del invierno 1986/1987. Los bagaudas de Herri Batasuna procuraron, sin el menor eco popular, estropear groseramente el viaje de los reyes. Con toda Navarra en la calle, el PNV rubricó la visita con un torpísimo comunicado acusando a los reyes de España de inoportunidad en un viaje al antiguo reino que los separatistas consideran coto vedado para sus cada vez menos disimulados proyectos de anexión. Los reyes de España se han comportado, por el contrario, como reyes de Navarra que son, y han reforzado, desde el futuro, las esencias libres del antiguo reino. Es una nueva prueba de que la Corona es hoy en la España democrática la garantía suprema de unidad.

Cuando se redactó el primer borrador de estas líneas el gobierno socialista de España anunciaba sus negociaciones con la llamada ETA militar para terminar la era terrorista en el País Vasco y en toda España. Bienvenida la paz si viene sin mengua del honor del estado ni agravio a la memoria de los asesinados por los nuevos bagaudas, si éstos no generan una nueva escisión que prolongue el terrorismo. Si se llega a la solución, y los nacionalistas moderados y radicales no prolongan la guerra separatista por otros medios, podría llegarse, en el marco de la Corona, a una solución del problema vasco que encabece otra serie de siglos en paz y convivencia. Dios lo quiera. No sería la primera vez. Pero no fue posible. Las negociaciones de Argel se rompieron una vez consumada por los socialistas la indignidad del Estado. ETA sigue asesinando y secuestrando, entre la repulsa creciente del pueblo vasco. Sólo queda esperar el milagro, porque la unidad de España no se romperá gracias a Navarra en la zona más dolorida y trágica de España.

VII. JUAN DE LA CIERVA Y EL AUTOGIRO (1895-1936)

Muchas veces me han preguntado por la vida y la obra de Juan de la Cierva Codorniu, hermano de mi padre; los dos eran hijos de mi abuelo, el último ministro de la monarquía en 1931 y abogado eminente Juan de la Cierva y Peñafiel. La Fundación Juan March insistió amablemente en pedirme un apunte biográfico para su interesantísima serie sobre pioneros de la ciencia en España, y decidí escribirlo, aunque sólo fuese para suplir las increíbles omisiones sobre la obra científica de mi tío en algunas historias truncadas y algunos ensayos sobre la ciencia española; por ejemplo, el muy conocido del profesor Pedro Laín Entralgo. Ahora incluyo este ensayo, ampliado, en este libro, para contribuir al conocimiento de su figura y como explicable reacción a un impúdico y repugnante editorial del diario *El País* en 1989, donde se hacía alusión al invento de Juan de la Cierva para insultar a Ricardo de la Cierva simplemente por haber yo descalificado a un profesor acético y cantamañanas (así le llamé) que se empeñaba, por los días en que yo publiqué mi libro *1939. Agonía y victoria*, en proponernos como arquetipos para la orientación futura de España a ciertos intelectuales políticos de la segunda República que o bien habían fustigado a la República, como acabo de exponer en el ensayo anterior (se trataba de Ortega y Unamuno) o bien habían contribuido de forma importante y hasta decisiva a la ruina de España en la República y en la guerra civil, como don Manuel Azaña y don Juan Negrín. Apenas había entrado yo en la adolescencia, pero conocí a mi tío Juan de la Cierva Codorniu lo suficiente, y luego le he investigado tan a fondo en su trayectoria, que estoy seguro de que se hubiera sentido igualmente insultado que yo por ese editorial, pese a lo cual no es mi intención ahora mentar como represalia a las familias de los señores Polanco, Pradera y Estefanía,

sino trazar el retrato histórico de una personalidad verdaderamente genial cuya sangre debo. Esta identificación será seguramente, aunque ellos no lo comprendan, la mejor respuesta a los insultos emanados de la falta de razones (yo cargaba de razones esa descalificación) y de la soberbia congénita a un medio de comunicación en que la progresía actual tiene y reconoce (aunque ya en plena decadencia) al diario que se merece.

ALGUNOS ANTECEDENTES FAMILIARES

Juan de la Cierva Codorniu, una de las grandes figuras no sólo de la técnica aeronáutica sino también de la ciencia española en nuestro siglo (aunque esta última relevancia se proclama menos entre nosotros ahora, más por ignorancia que por malicia), nació en la ciudad de Murcia en 1895. Era el hijo mayor de Juan de la Cierva y Peñafiel, abogado murciano que luego ejerció brillante y fecundamente en Madrid, y político liberal-conservador que había evolucionado al partido de Cánovas a partir de orígenes más radicales dentro del liberalismo y que, de acuerdo con varios antecedentes familiares, había simpatizado con el republicanismo e incluso se había vinculado a la masonería en su juventud, hasta que una profunda reflexión sobre el caos acarreado a España por la «Gloriosa» revolución de 1868 y sus consecuencias —sobre todo la primera República de 1873, de cuyos estertores fue testigo junto a Cartagena— le fue apartando del liberalismo progresista, que abandonó tras la muerte de su hermano mayor, el cual había influido mucho sobre él para que abrazase tales ideas. Juan de la Cierva Peñafiel abandonó la masonería incluso por discreta abjuración pública, como se exigía entonces, y no simplemente quedándose en situación de *durmiente*; lo cual sospecho que la masonería no le ha perdonado nunca, con desvío y tal vez odio que ha saltado las generaciones, como pude comprobar cuando un altísimo cargo de la masonería europea, por lo demás excelente persona, me recriminaba mi actitud crítica frente a la secta, «pese a la abundante sangre masónica que corre por sus venas» y no le faltaba razón; hay entre mis ascendientes algunos masones ilustres, pero también hay santos y héroes; por ejemplo, el único marino español que ha penetrado en el Támesis para bombardear la Torre de Londres,

que llevó mi segundo apellido y ganó el título y solar de mi familia materna. A don Manuel Azaña le divertían, según confiesa en sus *Memorias*, los orígenes radicales de Juan de la Cierva Peñafiel, quizá porque Azaña había seguido una evolución de signo contrario, aunque al final su trayectoria íntima se emparejó, al menos en lo religioso, con la de mi abuelo.

EL IMPACTO DE LA AVIACIÓN NACIENTE

Cuando nació su hijo mayor, Juan de la Cierva Codorniu, en 1895, el joven abogado ya liberal-conservador iniciaba su carrera política al frente del Ayuntamiento de Murcia mientras afianzaba su bufete, que se convirtió pronto en el más prestigioso de una región con grandes abogados. Famoso por su eficacia electoral —o electorera, como se decía entonces, de cuyos frutos todavía llegué yo a beneficiarme al ser elegido con el máximo número de votos senador por Murcia en 1977— y por su eficacísima gestión como alcalde de Murcia, Juan de la Cierva Peñafiel aceleró su carrera política, que pronto le exigió el traslado a Madrid con su esposa, María Codorniu Bosch —de prosapia catalana sin que tampoco faltasen masones en su árbol genealógico, aunque ella siempre fue ferviente católica y causante de la abjuración de su marido—, y sus dos hijos, Juan y Ricardo. (Por mi abuela soy pariente bastante próximo de los Spottorno y, por tanto, de los Ortega y Gasset, e incluso [políticamente] de don Fernando de los Ríos; el mundo es un pañuelo.) Se instalaron en la calle de Alfonso XII, junto al Retiro, donde cambiaron varias veces de casa (mi abuelo necesitaba pasear de madrugada por el hermoso parque) hasta la definitiva, que don Juan construyó, gracias a un crédito de quinientas mil pesetas del Banco Hispano Americano, en el número 30. Juanito estudió allí por libre el bachillerato hasta 1911, aunque también se relacionó en sus estudios con el colegio del Pilar, que le considera, junto a su hermano Ricardo, como a uno de sus primeros alumnos. Durante la primera década del siglo xx, Juan de la Cierva Codorniu seguía con atención la carrera política de su padre, que fue director general de los Registros y el Notariado, disputó a don Eduardo Dato una subsecretaría y llegó al Gobierno por primera vez en 1903, aunque su ministerio más famoso fue el de

la Gobernación durante el célebre Gobierno largo de don Antonio Maura entre 1907 y 1909. Pero le apasionaban mucho más que la política a Juanito los balbuceos de la aviación, que se habían iniciado en 1903 con el primer vuelo de los hermanos Wright. En 1909 Blériot atravesaba el canal de la Mancha por el aire y Juanito (así le llamaban siempre en casa de sus padres y entre sus amigos) decidió consagrar su vida a la aviación. Con sus amigos construyó aviones de papel, planeadores y helicópteros elementales sobre la base del «trompo chino» gracias al estupendo surtido de la ferretería Igartua en la calle Atocha, que les suministraba materiales e ideas. Testimonios de entonces apuntan que Juanito intuía ya que la resistencia de planos al descenso podría utilizarse como fuerza de sustentación para un aparato más pesado que el aire.

En 1910 llegaba la aviación a España y Juanito de la Cierva, con sus amigos Barcala y el notable artesano de la carpintería, Díaz (con quienes creó la sociedad BCD, por sus iniciales), construyeron un planeador tripulado que hicieron volar en los altos del Hipódromo con Ricardo, el hermano menor de Juan, como piloto. Un inesperado turbión elevó el artilugio y lo volcó en el aire, con caída que pudo ser mortal y quedó, por fortuna, en conmoción cerebral pasajera y susto mayúsculo; pese a lo cual los planeadores continuaron fascinando siempre a mi padre, que nos llevaba a veces a los campos en suave declive junto a la carretera de Andalucía, más allá de Pinto, para probar nuevos modelos, aunque sin tripulante. Juanito Cierva estaba entre los centenares de personas que esperaban en Getafe, en 1911, la llegada de la carrera aérea París-Madrid. Decidido a estudiar a fondo matemáticas, pensó en la carrera de Ciencias Exactas, pero su madre le convenció de que por razones de prestigio eligiera la de Ingeniero de Caminos. Ingresó a los dos años de preparación y siguió con normalidad los duros cursos de la Escuela Especial. No ingresó, hasta bastante después de acabada la carrera, en el Cuerpo de Ingenieros correspondiente, lo que entonces resultaba excepcional, y, aunque se consideraba por encima de todo un ingeniero (prefería llamarse así mejor que *inventor*), ejerció su profesión «por libre» en su dedicación a las aeronaves y en la solución, muchas veces admirable, a los problemas técnicos de la gran fábrica de conservas vegetales montada por su padre en Lorquí, junto al Segura, donde creó varias máquinas de gran originali-

dad, como una deshuesadora larguísima e imponente, que conocíamos como «máquina submarino» por su tamaño y forma.

UNA EXPERIENCIA POLÍTICA

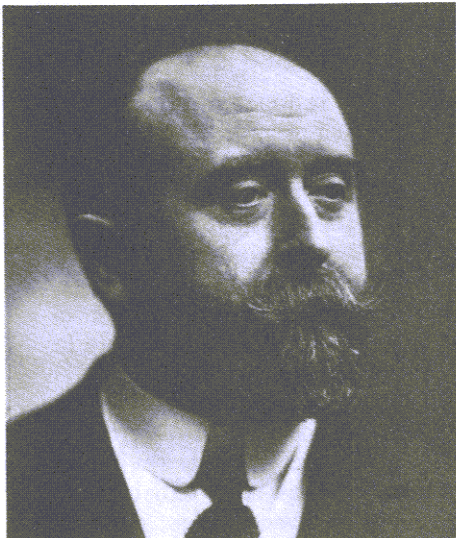
Durante sus estudios de ingeniería Juanito Cierva construyó con sus amigos varios aviones. El BCD-1 «cangrejo» fue seguramente el primer avión español que consiguió volar efectivamente, aunque duró poco por su fragilidad. El BCD-2, monoplano, capotó en 1912. Al ingresar al año siguiente en la escuela de Caminos, Juanito estaba ya convencido de que la invención no sobrevenía como una intuición genial espontánea, sino que en el fondo consistía en el efecto de un proceso lógico en busca de un objetivo prefijado. Su inteligencia intuitiva, su formidable tenacidad y capacidad de trabajo, su don para interpretar matemáticamente la realidad física y para plasmar físicamente las deducciones matemáticas, revelaban ya durante los cursos de la carrera sus dotes de científico notable, que en varios momentos de su vida le llevaron a una conjunción genial entre el análisis y la síntesis, entre los procesos a priori y a posteriori del pensar científico. Más o menos ésta es la descripción de Juan de la Cierva Codorniu como ingeniero y como hombre de ciencia que me expuso una vez en el ICAI-Areneros, un insigne matemático español, el jesuita profesor Enrique de Rafael Verhulst, que había corregido modestamente a Albert Einstein ciertos errores de operación matemática durante la famosa conferencia del premio Nobel en Madrid, y que estimaba sobre todo la capacidad del inventor español para plantear y resolver matemáticamente un problema dado antes de convertir la solución teórica en realidad tangible. Una vez orientado matemáticamente, Juan de la Cierva ensayaba sus aparatos personalmente, sobre todo desde que logró el título de piloto, con rigor y maestría, y con un tesón que era el alma de sus empresas y el ejemplo permanente para sus colaboradores, que cuando él faltó no fueron capaces de prolongar mucho tiempo su obra.

En 1913 el Ejército español, en vísperas de la Gran Guerra, utilizó por primera vez, durante la pequeña guerra

de África, a la aviación como arma de combate. Durante los cursos de la carrera Juanito no abandonó sus aficiones aeronáuticas, pero las tuvo que reducir hasta que en 1918 fabricó un avión de bombardeo —un gran trimotor biplano— que se deshizo en el segundo vuelo; este fracaso fue decisivo para que Juan de la Cierva emprendiese su propio camino en el aire. En 1919 conoció a su mujer, María Luisa Gómez Acebo, de noble familia santanderina y por impulso, más que ejemplo de su padre, inició una breve carrera política que le mantuvo como diputado a Cortes por Murcia hasta la dictadura de Primo de Rivera. En el Congreso coincidió con su padre, que había participado muy activamente en la política militar de aquella época como Ministro de la Guerra, en torno al grave problema de las Juntas militares de Defensa, particularmente complicadas ante el lejano, pero contagioso efecto de los soviets en la revolución de Rusia; Juan era, como su padre, diputado por Murcia, y se sentaba junto a su hermano Ricardo, que lo fue por los conservadores de Albocácer en la provincia de Castellón, donde en alguna de mis correrías políticas y culturales he detectado, con la emoción que puede suponer el lector, algunas huellas de su paso. Pero la actividad parlamentaria de padre e hijos no iba a durar mucho. Una vez los dos hermanos saltaron el escaño en defensa de su padre, a quien creían atacado indebidamente por el político catalán don Francisco Cambó después de un durísimo duelo verbal; felizmente el altercado no pasó a mayores. Cambó no disimuló nunca su permanente hostilidad contra el ministro murciano, y los dos la mantienen en sus *Memorias*. A la llegada de la Dictadura, suspendidas las Cortes, que ya no se abrieron hasta la República, don Juan y sus dos hijos no regresaron nunca al Parlamento, aunque sí por breve tiempo reanudó don Juan su actividad política en el Gobierno Aznar de 1931. Luego renunció, por edad y cansancio, a encabezar el partido monárquico en la República, con el que colaboraron activamente sus dos hijos, hasta que la guerra civil terminó trágicamente con los tres.

LOS PRIMEROS AUTOGIROS

Hacia el año 1920, cuando Juan de la Cierva Codorniu tenía veinticinco años, concibió la idea y el objeto del autogiro, por el que ha pasado a la Historia de la ciencia y



Juan de la Cierva Codorniu era el hijo mayor de Juan de la Cierva y Peñafiel (en la imagen), abogado murciano que luego ejerció brillantemente en Madrid y político liberal-conservador que había evolucionado al partido de Cánovas a partir de orígenes más radicales dentro del liberalismo; pues había simpatizado con el republicanismo e incluso se había vinculado a la masonería en su juventud.

Aunque se consideraba por encima de todo un ingeniero, Juanito Cierva ejerció su profesión «por libre» en su dedicación a las aeronaves. Hacia 1920 concibió la idea y el objeto del autogiro, convertido en realidad a principios de 1923. En 1926, con un grupo bancario inglés, fundó en Londres la compañía La Cierva Autogiro: era el mismo año del histórico vuelo del «Plus Ultra» (sus tripulantes, en la foto, con Alfonso XIII) y todo el mundo vibraba con las hazañas y las empresas del aire.



la técnica, tras el ya citado fracaso de su gran trimotor, que fue el último de sus aviones. El objetivo era eliminar el peligro de entrar en pérdida por reducción de la velocidad de un avión y mediante un sistema de alas móviles. Los testimonios de sus amigos revelan que Juanito se inspiró en la sustentación por alas batientes, como hacen los pájaros, y trató de imitar los diversísimos intentos de ornitóptero, cuyo precedente más venerable es el mito de Ícaro. Leonardo da Vinci diseñó varios aparatos de ese género, pero ninguno de ellos llegó a volar. El segundo antecedente de inspiración fue el helicóptero, que consigue la sustentación por hélice vertical; el mismo principio del trompo chino, que llegaba a volar unos centímetros, y que también aplicó Leonardo. En 1784 dos inventores franceses lograron un intento estimable, que trató de revivir el legendario inventor americano Thomas Alva Edison.

Juan de la Cierva conocía estos precedentes, pero se apartó de ellos por la complejidad de su realización; él buscaba una solución más sencilla y elegante. Su idea —el autogiro— consistía, según la admirable definición de José Warleta, cuyo libro *Autogiro. Juan de la Cierva y su obra*, editado por el Instituto de España en 1977, es definitivo como investigación y como referencia, es un sistema de alas giratorias sin necesidad de motor. El problema era que la resultante de las fuerzas aerodinámicas sobre cada ala sustentara al aparato e impulsara a la propia ala. Las alas o palas se montaban sobre un eje casi vertical. Al contrario que el helicóptero, cuyas palas son las de una hélice vertical, y por tanto propulsada por el motor, las alas de Juan de la Cierva no estaban conectadas a un motor, *autogiraban*. El viento relativo debería incidir sobre el disco en que se insertaban las palas con cierta componente vertical hacia arriba. De esta forma se conseguía el descenso vertical suave sin motor, y el ascenso prácticamente vertical; y el vuelo lento, prácticamente estacionario si se deseaba. Un gran técnico español en aeronáutica, don Emilio Herrera, dijo que el autogiro era una auténtica creación; Juan de la Cierva no lo observó en modelos reales, sino que lo creó mediante la matematización y realización de una idea y un modelo teórico.

El problema número uno que debería resolver Juan de la Cierva era la asimetría del rotor en vuelo horizontal. La pala que avanza contra el viento produce mayor inclinación que la que retrocede y el aparato cae del lado de

ésta. Juan de la Cierva pensó que la solución sería un rotor compensado, es decir doble; dos rotores con el mismo eje pero con giro contrario. El 1 de julio de 1920 presentó la correspondiente patente; la historia del autogiro puede seguirse a través de una larga serie de patentes en España e Inglaterra. El nombre del autogiro fue también patentado como marca en 1923.

El primer autogiro fue el C-1, construido en el taller de Pablo Díaz. Se ensayó en Getafe en octubre de 1920, con el capitán Felipe Gómez Acebo, cuñado del inventor, como piloto. Fue a medias un éxito y un fracaso. Los rotores entraron en autorrotación —autogiraron—, pero el inferior lo hizo a velocidad más reducida que no suprimió la tendencia a volcar. Sin embargo Juan de la Cierva, que decidió volver al rotor único y compensable por otros métodos, estaba tan seguro de su invento que envió ese mismo año una comunicación a la Academia de Ciencias, lo cual en cierto sentido dio estado oficial a la innovación. En 1921 el autogiro alcanzó su primer éxito en la práctica. Juan de la Cierva hizo volar muy satisfactoriamente un modelo reducido en la explanada de la Chopera, en el Retiro de Madrid, en presencia de don Emilio Herrera, convertido desde entonces en entusiasta defensor y promotor del autogiro. Ese mismo año el teniente José Rodríguez y Díaz de Lecea pilotó el segundo autogiro, el C-3, que logró despegar, pero se inclinó en todos los ensayos a la derecha, lo que fue objeto de chistes en la aviación militar española, donde el inventor, cuyo padre fue de nuevo ese año, tras el desastre de Annual, ministro de la Guerra, vio acogida con simpatía eficaz la idea y evolución del autogiro. En 1922 voló el tercer autogiro, que fue el C-2, cuya construcción se había retrasado. Por la rigidez de las palas el rotor no lograba la compensación y el aparato se seguía inclinando a la derecha, aun bajo el experto pilotaje de otro aviador militar, Alejandro Gómez Spencer. Durante ese año Juan de la Cierva Codorniu, que como dijimos era parlamentario, actuó como secretario de su padre en el Ministerio de Fomento.

Juan de la Cierva se concentró en averiguar por qué el modelo de la Chopera había funcionado tan bien mientras que los dos autogiros de tamaño real, el C-3 y el C-2, no lograban la estabilidad. Encontró la respuesta correcta: las palas del modelo resultaron ser flexibles, mientras que las de los aparatos grandes seguían siendo muy rígi-

das. Entonces decidió unir cada una de las palas al rotor mediante una articulación de eje horizontal, idea calificada por los especialistas en aeronáutica como genial, que abrió paso definitivamente no sólo al autogiro sino al futuro helicóptero y que fue intuida por el inventor durante una representación de la ópera *Aida* de Verdi: Juan de la Cierva pensaba mucho mejor con música clásica. El C-4 fue el autogiro real que consiguió ya un éxito decisivo.

Dotado de palas articuladas, logró una estabilidad plena cuando, aunque al inventor le desagradaba, le fueron instalados unos alerones de los cuales no paró hasta prescindir en modelos siguientes. El 10 de enero de 1923 fue el día más importante en la vida de Juan de la Cierva Codorniu. Con Alejandro Spencer como piloto, el C-4 despegó y voló con plena normalidad y control sobre el campo de Cuatro Vientos; y aterrizó casi verticalmente de acuerdo con las previsiones teóricas. El 31 de enero siguiente el C-4 voló en círculos unos cuatro kilómetros a más de 25 metros de altura. El invento estaba cuajado y la fama de Juan de la Cierva Codorniu saltó a todo el mundo.

LA AYUDA DE LA AVIACIÓN MILITAR

Ese mismo año voló, pero se destrozó el C-5 al rompersele una de las palas. Juan de la Cierva superaba cada nueva dificultad con un nuevo progreso teórico y una nueva aplicación y demostración práctica. Su energía y su tenacidad no conocían límites. Tras la aceptación del régimen militar por el rey don Alfonso XIII en setiembre de 1923, la aviación militar se hizo cargo del autogiro, lo que echa por tierra la difundida leyenda de que el Estado español nunca hizo nada por el invento. El túnel aerodinámico diseñado por Emilio Herrera fue factor clave para el gran éxito del siguiente modelo de autogiro, el C-6, construido por la aviación militar española, que entonces era una rama del Ejército. El capitán Joaquín Lóriga voló el C-6 en febrero de 1924, subió hasta doscientos metros, se mantuvo 25 minutos en el aire y logró de nuevo un aterrizaje vertical perfecto. La película que se rodó sobre este vuelo causó honda impresión en la Exposición Universal de París.

El Estado español, gracias al entusiasmo de las Fuerzas Armadas, sí que ayudó al desarrollo del autogiro, que hasta el C-6 había dependido económicamente de don Juan

de la Cierva y Peñafiel. Pero quien jamás ayudó al inventor español fue el capital español, muy retraído ante cualquier innovación tecnológica por prometedora que pareciera. En vista de ello Juan de la Cierva, aprovechando las amplias relaciones de su padre con la Banca internacional, buscó y halló financiación primero en Inglaterra y luego en Estados Unidos. En la primavera de 1925 apareció por Madrid un millonario idealista norteamericano, Harold Fredertick Pitcairn, que buscaba desde varios años antes lo que ya había hallado el inventor español, quien le recibió amablemente pero no aceptó las ofertas de constituir una sociedad constructora de autogiros en Estados Unidos. Mientras tanto la aviación militar española construyó el segundo de sus autogiros, el C-6 bis, que fue presentado con éxito al rey Alfonso XIII en junio de 1925. El gobierno de la Dictadura militar votó un crédito de doscientas mil pesetas para proseguir el desarrollo del invento. En octubre de ese mismo año, unas semanas después de la gran victoria del Ejército y la Marina en el desembarco de Alhucemas —que dejó virtualmente sentenciada la guerra de África— el C-6 voló en el festival aéreo británico de Farnborough, y Juan de la Cierva Codorniu fue aclamado en la prestigiosa Royal Aeronautical Society. Con un grupo bancario inglés fundó pronto en Londres la compañía La Cierva Autogiro, a la que el Ministerio del Aire británico encargó varios aparatos. Esto ocurría ya en 1926, cuando el inventor español alcanzó un gran éxito científico y popular en Francia, tras las exhibiciones del autogiro en Villecoubrey, cerca de París. Era el mismo año del histórico vuelo del *Plus Ultra* y todo el mundo vibraba con las hazañas y las empresas del aire.

La serie de autogiros ingleses empezó a construirse con éxito desde 1926 y el primer modelo voló cerca de Londres ante los reyes de Inglaterra y de España. La aviación militar española construía ese mismo año su autogiro C-7. Al año siguiente Juan de la Cierva elaboró una convincente teoría sobre el autogiro —con algunas anticipaciones que luego se hicieron realidad—, pero su trabajo no fue publicado, aunque se difundió en copias mecanografiadas por los círculos más interesados y comprometidos en el invento, tanto en España como en Inglaterra y Estados Unidos. Los ingenieros soviéticos empezaron ese mismo año a construir una serie de autogiros sin molestarse en pedir licencia, pero en esta ocasión no se atribuyeron, según su cos-

tumbre, el invento sino que reconocieron expresamente la paternidad del ingeniero español. Desde el año anterior Juan de la Cierva era piloto de aeroplano y se dispuso a probar sus propios aparatos personalmente, con lo que logró dar un nuevo impulso al desarrollo del autogiro, del que se convirtió pronto en el primer concededor práctico. Así, en 1928 pudo realizar su vuelo soñado: cruzar el canal de la Mancha a bordo de uno de sus autogiros, el C-8 Mark-II, construido en Inglaterra y pilotado por el propio inventor. La resonancia de este vuelo fue enorme y Juan de la Cierva emprendió con el mismo autogiro una vuelta triunfal por Europa. Ante este hecho el entusiasta Harold Pitcairn compró un autogiro a la compañía británica y se lo llevó a Estados Unidos por mar para probarlo allí, lo que hizo con felicidad, y preparar la creación de otra compañía constructora. Así se creó al comenzar el año 1929 la Pitcairn Cierva Autogiro Company, que preparó al inventor español un viaje espectacular por Estados Unidos. Allí esbozó Juan de la Cierva una teoría del autogiro aún más avanzada que tampoco vería la luz. La aviación militar española construyó por entonces el C-12, último de la serie nacional, cuyo progreso nunca coartó el inventor a beneficio de sus compañías extranjeras. España entraba ya en crisis política y económica, que desembocó trágicamente en la guerra civil y canceló las posibilidades futuras del autogiro en su patria.

EL APOGEO DEL AUTOGIRO

El 13 de marzo de 1930 Juan de la Cierva logró un nuevo y señalado triunfo en Londres ante la Royal Aeronautical Society. Ya apuntaba hacia el autogiro-aeroplano y el autogiro-helicóptero. Voló a España desde Inglaterra a bordo del C-19 Mark II A, con el que fue recibido en su ciudad de Murcia con entusiasmo; es uno de los más vivos recuerdos de infancia para el autor de estas líneas. Trató de constituir en España la tercera compañía del autogiro, pero el horizonte nacional estaba ya demasiado amenazador para permitirlo. La compañía norteamericana puso a punto un lanzador mecánico del rotor, que eliminaba uno de los inconvenientes, un tanto arcaicos, del autogiro. El octogenario inventor americano Edison y la famosa aviadora Amelia Earhart se convirtieron en entusiastas del invento

español. «He ahí la respuesta», exclamó Edison al presenciarse una prueba. En noviembre de 1930 el inventor y sus autogiros fueron recibidos apoteósicamente en el puerto de Nueva York; la Pitcairn navegaba viento en popa.

Durante el siguiente bienio, 1930-1931, tan dramático para España y para su padre por la transición entre la Monarquía y la República, Juan de la Cierva Codorniu consigue nuevas profundizaciones en la teoría del autogiro. Alfonso XIII le recibe en audiencia poco antes de abandonar el trono. Pitcairn, que vive su gran temporada, construye y vende dos series de autogiros: uno gigante de 300 CV, otro pequeño y manejable que impresiona mucho al presidente Herbert Hoover. La compañía británica diseña y realiza un rotor tripala articulado, que será vital para el futuro del helicóptero. Se funda una tercera compañía constructora de autogiros, ahora en Alemania.

El inventor no dejaba en el perfeccionamiento de su idea. En 1932 logró el primer autogiro con mando directo; el C-19 Mark V, sin alerones ni timón de altura. Ese mismo año le fue concedida la máxima distinción científica norteamericana: la medalla de oro Daniel Guggenheim, y la Royal Society británica le concede la suya de plata. Al año siguiente, 1933, la compañía inglesa construye el más famoso y perfecto de los autogiros, el C-30, que consigue un grandioso triunfo poco después en Hanworth. Juan de la Cierva, que ya es una figura popular e influyente en los medios aeronáuticos de Inglaterra, emprende su cuarto viaje a Estados Unidos, donde la gran Depresión hará sentir sus efectos en la Pitcairn. Mientras España vive su año dramático de 1934, el antecedente inmediato de la guerra civil, estalla la revolución de Asturias, donde el jefe de las fuerzas de África, teniente coronel Yagüe, fue trasladado de León a Gijón a bordo de un autogiro, que prestó luego servicios de reconocimiento sobre el campo rebelde. Juan de la Cierva conseguía a fines de ese año el despegue directo, sin rodar un centímetro, a bordo de su G-ACIO durante una fiesta areonáutica en Barajas, ante el presidente de la República don Niceto Alcalá-Zamora, ex ministro de la Corona y muy amigo de su padre don Juan, aunque militaban en partidos y ahora en regímenes diferentes. Estuvo presente en la exhibición el jefe del gobierno don Alejandro Lerroux. El C-30 se posaba poco después en la cubierta de un navío de la Marina, el *Dédalo*, y el inventor recibió la cruz de caballero de la Orden de la República,

pese a que jamás desmintió su fidelidad monárquica. El gobierno de la República decidió la adquisición de seis autogiros C-30.

EL COMPROMISO DEL INVENTOR: AGENTE SECRETO EN GUERRA

Al apuntar el año trágico de 1936 Juan de la Cierva Codorniu se mostraba cada vez más preocupado por la evidente degradación de la República española. Perteneecía, como su hermano Ricardo, al partido monárquico Renovación Española y a su centro político-cultural Acción Española, en cuyos ámbitos ideológico, político y militar se preparaba activamente el alzamiento contra el Frente Popular, después de las elecciones falseadas y manipuladas del 16 de febrero de 1936, que ya fueron el toque de rebato para la guerra civil por su ruptura flagrante de la convivencia política. Durante esos primeros meses febriles de 1936, Juan de la Cierva Codorniu, que se desentendía cada vez más de sus actividades científicas y técnicas, viajó varias veces a España desde Londres, que era su base profesional. Estuvo en Madrid y en Barcelona en enero. En marzo volvió a Madrid, donde pasó la Semana Santa. En junio voló en Inglaterra con el rey exiliado don Alfonso XIII, que le había pedido subir al autogiro. Ese mismo mes viajó a Navarra para entrevistarse en Pamplona con el general Emilio Mola, director de la gran conspiración contra el desgobierno y la anarquía del Frente Popular; probablemente ya estaba Juan de la Cierva comprometido en ella. A primeros de julio gestionó por encargo de Juan March y de Juan Ignacio Luca de Tena, director de *ABC* e íntimo amigo de los dos hermanos Cierva, el envío de un gran avión a Canarias para recoger al general Franco y llevarle a tomar el mando del Ejército de África. El corresponsal de *ABC* en Londres, Luis Bolín, amigo de Juan de la Cierva, actuó de intermediario y el inventor español consiguió el avión por sus relaciones aeronáuticas en Londres, y lo envió a Las Palmas con una tripulación y pasaje de amigos y amigas suyos. Luis Bolín ha contado con todo detalle la aventura, que ya comprometía irreversiblemente a Juan de la Cierva Codorniu con los militares que se sublevaron en julio de 1936 contra el Frente Popular, tras el asesinato de otro gran amigo y correligionario de los dos hermanos Cierva,



Durante el bienio 1930-1931, tan dramático para España y para su padre (quien aparece, a la izquierda y en el recuadro, como titular de Fomento en el Gabinete Aznar), Juan de la Cierva Codorniu consigue nuevas profundizaciones en la teoría del autogiro: Alfonso XIII (abajo) le recibe en audiencia poco antes de abandonar el trono.



En junio de 1936 voló de Inglaterra, donde tenía su base profesional, a Navarra para entrevistarse en Pamplona con el general Mola, director de la gran conspiración contra el desgobierno y la anarquía del Frente Popular; probablemente ya estaba Juan de la Cierva Codorniu (en la foto, poco antes de perecer el 9 de diciembre de aquel año en accidente aéreo cerca de Londres) comprometido en esa conspiración.

que le reconocían por jefe político en el Bloque nacional: José Calvo Sotelo.

El 23 de julio de 1936, apenas una semana después de estallar la guerra de España, Juan de la Cierva participaba aún en una demostración sobre los progresos de los últimos modelos de autogiro en Inglaterra, el C-30 Mark IV y el W-3. Pero por entonces ya estaba totalmente entregado a diversas misiones secretas por Europa en favor de los generales sublevados, Mola y Franco, sobre las que hay indicios importantes, aunque no demasiados datos concretos que espero encontrar en la documentación amplísima que se conserva, apenas aprovechada, sobre los servicios secretos de la España nacional, y que ahora analizo para una revisión a fondo de la historia española en los años treinta. Durante el mes de agosto de 1936 Juan de la Cierva Codorniu hace un viaje a Pamplona y a Burgos. A fines de setiembre consigue que su mujer y sus hijos se evadan de Santander a bordo de un destructor británico que los conduce sanos y salvos a Francia. Vuelve a la España nacional, donde sufre un tremendo accidente de automóvil arrastrado por un tren en el paso a nivel de Venta de Baños, pero sale milagrosamente ileso; como ministro de Fomento, su padre Juan de la Cierva Peñafiel, refugiado entonces en la legación de Noruega en Madrid, se había empeñado en suprimir todos los pasos a nivel de España, sin conseguirlo.

Durante esos primeros meses de la guerra civil Juan de la Cierva Codorniu despliega una intensa actividad secreta en favor del bando nacional; este hecho le ha acarreado la torpe hostilidad de los portavoces y herederos de la zona roja en la España actual, y parece mentira que tengamos que detectar todavía tan absurdos rencores, pero por desgracia son reales en la España reconciliada. Hay, como digo, indicios serios sobre esa actividad, que algún día esperamos documentar debidamente. Jesús Salas Larrazábal, notable investigador de la aviación e ingeniero militar aeronáutico, que ha estudiado en varias publicaciones aspectos monográficos de la guerra española, apunta en su libro *La guerra de España desde el aire* que el ingeniero español envió varios aviones (además del *Dragón* que trajo a Franco hasta Tetuán desde Canarias) gracias a sus relaciones aeronáuticas en Inglaterra. Sin embargo la referencia más interesante es la del almirante Juan Cervera, jefe del Estado mayor de la Armada en el Cuartel

General del Generalísimo desde mediados de octubre de 1936. En sus *Memorias de guerra* el almirante llama a Juan de la Cierva Codorniu «nuestro gran agente en Alemania» e informa de que le fue asociado un teniente coronel de Ingenieros de la Armada, Augusto Miranda, en sus trabajos, que se referían a la compra de armas, al espionaje y contraespionaje y al envío de diversos suministros militares; por ejemplo, carbón para los barcos de la España nacional y pólvora para el crucero *Baleares*, que se preparaba para navegar en el arsenal de El Ferrol. Al lamentar su pérdida, el almirante Cervera llama al inventor del autogiro «agente de prestigio que sirvió a la Marina, con afán y competencia». Juan de la Cierva tuvo muchísimo cuidado en mantener sus actividades en secreto total, para no perjudicar a su padre y a su hermano, que como dije se habían refugiado con sus familias en la legación de Noruega en Madrid. Doña María Codorniu, madre del inventor, y su nieta Pilar, hermana mayor de quien esto escribe, lograron huir en avión desde Barajas, pero Ricardo de la Cierva Codorniu fue detenido allí y encarcelado por el director general de Seguridad Muñoz (luego capturado y fusilado en la posguerra), sin que los esfuerzos de Indalecio Prieto y el doctor Juan Negrín pudieran conseguir la liberación del hijo menor de don Juan, fusilado en Paracuellos por decisión de comunistas e inspiración de los agentes soviéticos en Madrid el 7 de noviembre de 1936. Don Juan de la Cierva Peñafiel pudo regresar a la legación de Noruega, donde murió, privado de su medicación antidiabética, en 1938, sin conocer la muerte de sus dos hijos. Una tragedia que destruyó a una familia dentro de la general tragedia española.

LA MUERTE EN ACTO DE SERVICIO

El 3 de diciembre de 1936 Juan de la Cierva Codorniu condujo a su familia desde el sur de Francia a San Sebastián, incorporado a la zona nacional desde el 13 de setiembre, y al día siguiente salió para Londres. A primeros de diciembre preparaba un viaje a Checoslovaquia y Alemania, dentro de sus misiones secretas encargadas por el Cuartel General. Precisamente por entonces Alemania compraba a veces armamento en Checoslovaquia para enviarlo a la España nacional. La primera escala del vuelo que se em-

prendería en un seguro avión americano de la línea KLM, un Douglas DC-2, era Amsterdam, en Holanda. El 9 de diciembre, pese a la niebla que amenazaba al aeródromo de Croydon, donde Juan de la Cierva había probado antaño al autogiro, el DC-2 se elevó a las diez y media de la mañana. Casi inmediatamente se estrelló contra una casa vacía; la azafata saltó milagrosamente y salvó la vida, así como otro de los pasajeros, gravemente herido. Los demás, incluidos Juan de la Cierva y el piloto, perecieron en la bola de fuego que se produjo al capotar y chocar el avión. Una circunstancia que Juan de la Cierva había tratado de evitar casi desde su adolescencia mediante su invento.

La reina Victoria Eugenia de España asistió al día siguiente al funeral por el inventor español en Londres. El 29 de octubre de 1944 sus restos regresaron a Madrid y en 1954 fue concedido a su memoria el condado de la Cierva, con expresa mención en el decreto a la figura histórica de su padre, don Juan de la Cierva y Peñafiel. Del matrimonio de Juan de la Cierva y María Luisa Gómez Acebo nacieron seis hijos. Juan, el mayor, ingeniero aeronáutico militar, que había heredado, según quienes le trataron, el talento de su padre, murió joven, a poco de terminar su carrera. Jaime es hoy el conde de La Cierva y vive en Murcia. Luis, ingeniero de caminos, como su padre, se negó siempre a ostentar puestos importantes y prefirió una vida silenciosa de trabajo en Murcia, donde acaba de morir. Mercedes, que soñaba con ser secretaria de su padre, murió muy joven en 1952. Ana María, muy inteligente y bella, viuda del eminente doctor Cabello, vive hoy en Santander. Carlos, el menor, brillante ingeniero aeronáutico, murió en 1930, víctima de un accidente de circulación aparentemente menor. Una nueva generación de nietos del inventor permite esperar que la semilla de sus grandes servicios a España y a la ciencia española no esté llamada a extinguirse.

Los autogiros se utilizaron modesta pero efectivamente durante la segunda guerra mundial sobre todo para calibrar las vitales instalaciones de radar, pero la trágica ausencia del inventor frenó y paralizó el desarrollo de su invento, que con toda seguridad hubiera sobrevivido y evolucionado con él a los mandos. De momento algunos fabricantes de autogiros, como Focke, y algunos constructores aeronáuticos que conocían perfectamente el invento de Juan de la Cierva, como Sikorski, lograron el rápido

predominio del helicóptero a partir del gran éxito de Focke en 1937, al año siguiente de morir Juan de la Cierva, que había confiado a su mujer varias veces su proyecto de construir un helicóptero. El de Focke logró aterrizar en 1937 a motor parado; es decir, que se comportó en su descenso como un autogiro clásico. Al fin de la segunda guerra mundial el helicóptero había desplazado al autogiro, que ya no se construía más, pero Sikorski, para ahorrarse problemas, adquirió las licencias de la compañía americana del autogiro, varias docenas de patentes. Los últimos autogiros se utilizaron también con buenos resultados en la detección de submarinos alemanes en torno al Reino Unido durante la guerra. Los equipos de Juan de la Cierva se dispersaron. El general Emilio Herrera, que durante la República había conspirado contra la República en Acción Española, junto a su admirado Juan de la Cierva, se quedó luego en el bando republicano y llegó a simbólico presidente de la República en el exilio, aunque era monárquico. Los pilotos del autogiro se dividieron: Ureña y Lecea con los nacionales; Spencer, que era de derechas, con el Frente Popular.

En total, hasta la muerte del inventor, se habían construido unos cuatrocientos autogiros. Pero en los años sesenta y setenta el autogiro resucitó. La edición 73-74 del catálogo *Jane* sobre aeronaves del mundo se refería a veinte tipos diferentes de autogiros en servicio, casi siempre muy pequeños, aunque el *Fairy Rotodyne*, de 1957, era un heliautogiro gigante de quince toneladas, capaz de avanzar a más de trescientos kilómetros por hora, como había predicho Juan de la Cierva.

En sus últimos meses de actividad aeronáutica, el ingeniero español había realizado su último trabajo teórico sobre el *stress* en las palas del autogiro. La colección de sus papeles científicos e inéditos fue entregada por su viuda a la Biblioteca Nacional de Madrid, donde se conservan en caja fuerte. El inventor vivió lo suficiente para interesarse por los primeros avances de la televisión desde que su amigo Guillermo Marconi le regalara un receptor elemental. Su compañía americana había logrado un prototipo fiable de autogiro-automóvil capaz de andar por una carretera normal con aspas plegadas y luego elevar el vuelo con facilidad en un posible atasco; a Juan de la Cierva le ilusionaba muchísimo este proyecto del que nos habla en familia y sobre el que se proponía trabajar a fondo

cuando su deber patriótico le impulsó a entregarse a la causa nacional contra el Frente Popular. Su nombre seguirá siempre vinculado a la historia de la aviación y de la ciencia y técnica aeronáutica. Ni en su patria ni en su familia, ni en la memoria científica universal se han desvanecido su recuerdo, su ejemplo y sus contribuciones.

VIII. JULIÁN MARÍAS, MANUEL GUTIÉRREZ MELLADO
Y GUSTAVO VILLAPALOS EN 1939.
LO QUE HE DESCUBIERTO DESPUÉS
DE «AGONÍA Y VICTORIA»

Los descubrimientos y revelaciones que, sobre la base irrefutable de siete mil documentos en gran parte inéditos, publiqué a mediados de 1989 en mi libro *1939. Agonía y victoria* sobre el final de la guerra civil española han provocado dos reacciones opuestas después de la formidable polémica suscitada durante las sesiones del jurado que otorgó al original de ese libro el premio Espejo de España. El Jurado se dividió entre una mayoría clara de profesores y escritores insignes que habían analizado a fondo ese original (señores Fraga, Fernández de la Mora, Velarde y Borràs, además del *Superman* del mundo editorial español, José Manuel Lara) y una minoría de dos políticos que no solamente demostraron no haber leído el libro, sino que además ignoraban todo sobre el final de nuestra guerra y se rebelaban contra una obra que destruía *a radice* sus prejuicios; hablo del ministro de Justicia socialista señor Múgica y el inquieto y frustrado político don Javier Tusell. Uno y otro, disconformes con la neta mayoría del Jurado, optaron muy democráticamente por abandonarlo, por lo que la inmensa mayoría de los medios de comunicación les afeó el gesto, de cuyas consecuencias no se han repuesto hasta hoy. Las dos reacciones contrarias que suscitó el libro son las siguientes. Algunos (entre ellos los dos políticos citados, que no se atrevieron a decir una palabra en cuanto por fin leyeron el libro) se habían obstinado en negar la evidencia antes de conocerla directamente, enmudecieron desde que el libro salió a los escaparates al quedarse sin un solo argumento para la descalificación; y han sido duramente descritos por el catedrático de Historia don Luis Suárez en el número 36 (julio y agosto de 1989) de la revista *Razón española* como promotores para la ocultación de la verdad histórica, la más dura descalificación dirigida contra el pequeño grupo, y especialmente contra

los dos miembros prófugos del jurado, desde el campo profesional de la Historia. Pero la inmensa mayoría de lectores han dado la razón al libro, que ya va por la quinta edición, tras haber conseguido el espaldarazo internacional, nunca otorgado a libro español alguno, en la sección de libros recomendados como noticia de interés universal de la revista *Time* el 9 de junio de 1989, tres meses después de la publicación. Muchos de esos lectores me enviaron numerosos datos, nuevos documentos, nuevos testimonios, a veces de primera magnitud, que incorporaré Dios mediante al libro cuando aparezca, dentro de unos años, como remate de la serie histórica que ya preparo con el título *Historia de la República, la Revolución y la Guerra de España*, en siete tomos, de los que *Agonía y victoria* será el último. Hoy, sin embargo, no me resisto a anticipar algunos datos nuevos, que son noticia histórica de primer orden, y que se deben a esa aportación de mis lectores; ya resumí en la revista *Época* alguno de esos datos que ahora amplío y documento más a fondo. Por supuesto que alguna crítica marginal y apasionada del libro en algún medio de comunicación de los que necesitan chillar para que no les sigan pisando me preocupa bien poco, después del aval que otorgaron a ese libro los miembros del jurado, el profesor Juan Velarde en *ABC* y el profesor Luis Suárez en *Razón española*.

LA NOBLE FIGURA DE BESTEIRO

Uno de mis apresurados hipercríticos, a quien he calificado como político porque ésa es su obsesión, aunque cultivaba la Historia más bien desde el ángulo de las relaciones públicas (porque el historiador siempre cede a la luz del documento y no procura ahogarla), me reprochaba la presunta marginación, en mi libro, del testimonio del profesor Julián Besteiro en sus cartas de la prisión, y del testimonio de don Julián Marías en sus memorias recientes. Uno y otro testimonio se habían publicado mientras el libro estaba en pruebas, pese a lo cual la acusación resultó, como dictada por el apasionamiento, enteramente infundada. Porque, como podrá ver quien examine las *Cartas desde la prisión* de Besteiro (Madrid, Alianza Editorial, 1988), no hay en ellas dato ni descripción alguna sobre el período final de la guerra civil. En mi libro trato con todo

respeto y comprensión al profesor Besteiro y a sus actuaciones de 1937-1939 en favor de la paz entre las dos Españas, y en contra del comunismo soviético y sus satélites de la República española; el calumniador que cita como mía la expresión «viejo chocho» referida a Besteiro no podrá decir la página de mi libro en que se encuentra, porque no existe. Por dos veces me refiero a Besteiro como «prócer socialista», y ni siquiera quise aludir, al evocar su figura, a la relación (secreto a voces) entre el señor Besteiro, en su primera infancia, y la familia ducal de Frías, como puede verse por ejemplo en el propio testimonio del duque de Frías contenido en el libro de Ignacio Arenillas, *El proceso de Besteiro* (Madrid, Rev. de Occidente, 1976, pp. 377 y sobre todo 446 y ss.). La circunstancia no afectaba más que muy remotamente a mi relato y por eso prescindí de ella. Vuelvo ahora sobre el testimonio de Marías, si bien deseo antes consignar una confirmación muy estimable de mi libro escrita por un testigo directo de aquella época, don Fernando Rodríguez Miaja, sobrino, yerno y acompañante del general defensor de Madrid, que me escribía desde México el 24 de mayo de 1990, enviándome algunas valiosas precisiones que incorporaré a la definitiva edición de mi libro; y me decía: «Nada tan serio, tan documentado y tan completo se había publicado sobre el particular. Es indudable que su libro es piedra de toque fundamental en la historia de la tragedia de la guerra de España.»

JULIÁN MARÍAS EN MARZO DE 1939

Sobre Julián Marías en la guerra de España ya hemos adelantado algunas cosas en el capítulo dedicado a la actuación de los intelectuales en el conflicto, publicado aquí mismo, como sin duda recuerda el lector. Cuando anticipé en *Época* parte de este análisis, el señor Marías escribió a la revista para confirmar de lleno mis citas, pero añadía que luego estuvo preso por los vencedores, lo cual es cierto, pero nada tiene que ver con mi libro, que se cierra el primero de abril de 1939. El señor Marías, como he dicho en ese capítulo anterior, participó activamente en los servicios de información de la República, y sería interesante que nos revelase los detalles; intervino asiduamente en el esfuerzo de propaganda republicana en la casa de *ABC* sin que jamás haya expresado su arrepentimiento por su con-

tribución a aquel latrocinio a mano armada perpetrado por el Frente Popular en Prensa Española, de la que ha vuelto a ser colaborador distinguido muchos años después sin que nadie le haya reprochado su intervención, realmente siniestra, en las publicaciones de esa casa raptada y violada por la República desde julio de 1936, después de haberla acosado antidemocráticamente desde abril de 1931. Pero al final de la guerra civil el señor Marías, que no había mantenido durante la guerra una actitud reconciliadora sino plenamente beligerante, volvió a la realidad, comprendió la situación paranoica de la República amenazada por una hecatombe comunista final y participó de forma muy destacada en la rebelión del Consejo de Defensa de Madrid, como ayudante y mentor de don Julián Besteiro, durante la agonía madrileña de la República. El primer tomo de las *Memorias* de don Julián Marías, *Una vida presente* (Madrid, Alianza Ed., 1988), publicado cuando mi libro ya estaba entregado a la editorial, sí que contiene alusiones valiosísimas al período final de la guerra civil, pero que no sólo no invalidan, sino que confirman de lleno mi relato, lo cual no adiviné mi objetor porque no solamente no había leído mi original, sino por lo visto ni siquiera el libro del señor Marías. Su capítulo «Grandes anales de tres semanas» alcanza un alto valor testimonial. El retrato de Manuel Azaña es tan objetivo que desilusionará mucho a los azañistas, habrá provocado algún berrinche cósmico al impenitente hagiógrafo de Azaña, señor Marichal, y sorprendido a algún historiador procedente de la derecha que ahora figura como converso al azañismo más anacrónico. Cree Marías que el estilo de Azaña como escritor es «no siempre bueno», y frente a las exageraciones idolátricas de Marichal subraya: «Se ha hablado mucho de su liberalismo, pero no daba impresión de ser liberal; yo creo que lo era muy poco, era para ello demasiado autoritario, demasiado creído de su superioridad, muchas veces con manifiesto error.» Llega incluso el filósofo a subrayar el físico repelente del político: «Su fealdad era notable y creo que actuaba sobre él más que sobre los demás» (p. 25). Traza su retrato esencial en dos líneas: «Era sin duda inteligente, con buenos aparatos mentales, bien dotado; pero le faltaba la forma suprema de inteligencia que consiste en la apertura a la realidad.» Y rubrica: «Lo más importante a mi juicio es que le faltó valor.»

Aduce entonces Marías un testimonio valiosísimo so-

bre el golpe de Estado que prepararon a primeros de marzo el jefe del Gobierno doctor Negrín y sus consejeros comunistas. El testimonio es decisivo: sabemos que además del *Diario oficial del Ministerio de la Guerra* impreso en la noche del 3 de marzo de 1939 (del que poseemos un ejemplar), la lista de nombramientos que ampliaban y completaban el golpe de Estado se había impreso en el ministerio durante la noche del 4, pero ahora Julián Marías afirma además que *él vio esa lista* y tiene que referirse a la del 4 porque la del 3 es relativamente breve. «Negrín —dice— preparó un golpe que pudo ser muy grave. Se trataba de la destitución de todos los mandos importantes, militares y políticos, que estaban en manos de republicanos o socialistas moderados, y su sustitución por comunistas y algunos socialistas de significación análoga.» Esto no me lo ha contado nadie; vi las galeras de la *Gaceta de Madrid* con las largas series de nombres, compuestas para su publicación al día siguiente. Pero ésta fue interrumpida por un suceso que nos conmovió a todos el 5 de marzo (p. 241). Son, evidentemente, las mismas galeras del *Diario Oficial* que conoce el coronel Casado gracias al comisario socialista antinegrinista de la imprenta del ministerio, Ángel Peinado, y cuya publicación logra detener, por lo que los comunistas, al saberlo, fusilaron al comisario. El testimonio directo de Marías confirma el de Casado y adquiere una importancia enorme, decisiva.

Otra revelación esencial de Julián Marías es su identificación completa con Besteiro en aquellas jornadas. «Besteiro —dice— me pidió que escribiera lo que me parecía oportuno. Se enviaba a periódicos y emisoras. Dio órdenes de que mis escritos se tomaran como si fueran suyos» (p. 245). De esta forma el joven Julián Marías, que había participado en tan lamentables misiones informativas de guerra, se convirtió en marzo de 1939 no sólo en amanuense, sino en inspirador de Besteiro, que era la figura clave del Consejo de Defensa y del anticomunismo republicano, junto con don Segismundo Casado, cuyo testimonio personal pude recoger en Madrid poco antes de su muerte, junto con varios de sus manuscritos, como figura detalladamente en mi libro. El testimonio de Julián Marías confirma, pues, de manera plena mis conclusiones.

JULIÁN MARÍAS Y LA PAZ DEL 28 DE MARZO

Llegaba para Madrid el final de la pesadilla. Los contradictores de mi libro *1939. Agonía y victoria*, criticaron que yo llamase *paz* al período que se abría en Madrid el 28 de marzo de 1939. Y me recomendaban que siguiera la interpretación de Julián Marías, con lo que demostraban una vez más no haber leído ni mi libro ni el de Marías. Pues bien, así describe Julián Marías las primeras horas del 28 marzo en Madrid:

«Todo aquello me parecía inquietante, alarmante, significaba la derrota de una causa que había defendido invARIABLEMENTE a pesar de todos los descontentos, que por fin había tenido un gesto admirable para perder. *Pero era la paz*. El final de la gigantesca pesadilla, del espectáculo de la destrucción de España día a día, de la muerte cotidiana de millares de españoles. Veía el porvenir oscuro —el mío personal sin duda—, pero todo sería mejor que la guerra» (p. 253).

Y lo confirma en conversación con su mujer por la calle: «Me daba la razón, creía que en alguna medida había que alegrarse.»

Inmediatamente Julián Marías accede al Ministerio de Hacienda, ya ocupado por la Quinta Columna, para ver a Besteiro. Su testimonio confirma de lleno, otra vez, nuestro relato: «Llegué al ministerio; a su puerta entornada hacía guardia un oficial de requetés, con boina roja» (p. 254). Le dejaron entrar y salir libremente. Besteiro le contó «que le habían tratado bien y con corrección». Se refiere después Marías a la ausencia de represión durante los primeros días. Los soldados, «a las pocas horas fueron puestos en libertad» (p. 255). Y algo que explica muchas cosas: «Desde el mismo día 28 se empezó a comer en Madrid (p. 256). Luego, ya después de la victoria, Julián Marías ingresó (afortunadamente por breve tiempo) en prisión, pero eso ya no corresponde a esta historia, sino a la de la posguerra; de momento sólo convendría recordar la suerte que esperaba en aquel tiempo a los miembros de los servicios de información y escritores al servicio de la causa enemiga que caían en poder del bando republicano durante la guerra: suerte no desde luego tan suave, dentro de su dureza, como la que correspondió al ex colaborador del *ABC* y *Blanco*



Los descubrimientos y revelaciones que publiqué, a mediados de 1989, en mi libro «1939. Agonía y victoria» sobre el final de la guerra civil han suscitado formidable polémica. Pero la inmensa mayoría de los lectores han dado la razón al libro, que ya va por la quinta edición, tras recibir, en aquel año 1989, el espaldarazo internacional de la revista «Time».



En sus «Memorias», Julián Marías (en la foto) señala su identificación completa con Besteiro en aquellas jornadas: Marías se convirtió, en marzo de 1939, no sólo en amanuense sino en inspirador de Besteiro, alma del Consejo de Defensa casadista. El testimonio del profesor Marías confirma de manera plena mis conclusiones.

y *Negro* robados, como dijo el propio ABC de la victoria.

Por tanto el testimonio de Julián Marías sobre las semanas finales de la guerra civil en Madrid resulta esencial. Exactamente por las razones opuestas a las que el detractor impotente de mi libro trató de arrojarme, estúpidamente. Muchas veces he subrayado que en esa clase de mentirosos no es el apasionamiento o incluso el odio lo que más me molesta, sino la fatuidad y la ignorancia simple.

LOS DIVERSOS GRUPOS DE LA QUINTA COLUMNA

He detectado y revelado algunas tramas de la Quinta Columna en mi libro, entre ellas la clave que creo principal; es decir, la organización secreta del SIPM, Servicio de Información de la Policía Militar, que actuaba a las órdenes del coronel José Ungría en Burgos y de sus dos secciones destacadas en La Torre de Esteban Hambrán, Toledo (teniente coronel Bonel Huici), y de Sepúlveda para el sector de la sierra (comandante Jiménez Ortoneda). El SIPM de Madrid fue dirigido eficazmente por el teniente coronel José Centaño de la Paz, cuya actuación asombrosa ya descubrí y documenté en mi *Historia ilustrada* de 1975 (eds. Danae) y he corroborado, con una masa documental irrefutable, en *Agonía y victoria*. Coordinadas por el SIPM funcionaban otras redes y organismos de la Quinta Columna, alguno de ellos relativamente fantasmagórico, como el llamado consejo asesor y otros de notable eficacia. Entre ellos he podido describir la organización, muy importante, de la Comunión Tradicionalista, gracias a un informe detalladísimo e inédito de la propia Comunión, en el que aparecen numerosos nombres a quienes nunca se había relacionado con esta trama político-secreta; la sorpresa ha sido mayúscula para cierto presunto especialista en historia del carlismo, aunque ahora malviva intelectualmente en los aledaños del marxismo, que ha reaccionado con el síndrome de quienes desprecian cuanto ignoran y además no se ha atrevido a que mi detallada réplica a sus desvaríos fuese publicada en el lugar donde se profirieron. Me queda sin embargo mucho por investigar en este confuso terreno de la Quinta Columna, en el que no cabe buscar una organización racional (pese a los esfuerzos del SIPM) porque las actuaciones eran muchas veces espontáneas e

incluso anárquicas, lo que suscitaba de vez en cuando duras reacciones en *Terminus*, cuartel general volante de Franco. Concretamente debo profundizar más en la identificación y coordinación de grupos diversos de la Quinta Columna, como las escuadras de Falange dirigidas por el jefe provincial de Madrid, Manuel Valdés Larrañaga, y tres grupos muy activos y muy eficaces, bien coordinados entre sí, y ante todo el de los profesores universitarios, a las órdenes de Antonio Luna, del que formaban parte Luis de Sosa y Julio Martínez Santa Olalla, entre otros varios; eran amigos de don Julián Besteiro, que había salvado la vida de algunos de ellos, e influyeron directamente sobre él a partir de la primavera de 1938 (quizá desde meses antes) para inducirle a la ruptura con el doctor Negrín con vistas a unas negociaciones de paz entre las dos zonas una vez descartada, con la eliminación de Negrín, la influencia comunista. De este grupo he hablado a fondo en mi libro, gracias al importante informe del profesor Julio Palacios, miembro del equipo; pero debo profundizar más en otros grupos semejantes como el que había organizado don Carlos Viada, juez y secretario judicial, luego catedrático de Procesal, y sobre todo el que obedecía a don Antonio Bouthelier Espasa, jurista y letrado de las Cortes, vinculado a Falange y hombre de confianza del jefe del SIPM en el interior de Madrid. Bouthelier nos ha dejado un libro importante sobre la revuelta comunista posterior al golpe de Casado y Besteiro, pero que yo sepa no nos ha entregado testimonio alguno detallado sobre su propia y meritísima actuación en la Quinta Columna, donde ejerció funciones directoras y coordinadoras. Dos importantísimos testimonios escritos que obran en mi poder, debidos al antiguo agente del SIPM, antiguo funcionario de la Banca oficial y poeta, Ezequiel Jaquete Rama, y al jefe de Ingenieros y distinguido empresario don Federico Rubio Cavnillas me sirven de guía para continuar esa investigación, para la que espero también otras ayudas testimoniales y documentales que ahora gestiono.

EL MISTERIO DE MANUEL GUTIÉRREZ MELLADO

En todas las fuentes que sigo investigando se destaca la intervención de un superagente veterano, el teniente coronel Centaño, cuya actividad ya he descrito en publicacio-

nes anteriores y sobre todo en el libro que ahora complemento; y de un superespía joven que todavía está muy a tiempo para aclarar con detalle esta complicadísima página de su vida, el hoy teniente general don Manuel Gutiérrez Mellado.

Algo, no todo, ha insinuado el ilustre militar en su libro de conversaciones con Jesús Picatoste, *Un soldado de España*, publicado por Argos-Vergara en 1983. Por el último *Anuario militar de la República* sabemos que don Manuel Gutiérrez Mellado nació el 30 de abril de 1912, había ingresado en el Ejército el 16 de setiembre de 1929, y era el 18 de julio de 1936 teniente de Artillería (con antigüedad de 13 de julio de 1933) destinado en el regimiento de Artillería a caballo. Había sido alumno de Franco en la Academia General Militar de Zaragoza, participó de la general admiración y adhesión de sus compañeros en aquel centro hacia su director (prácticamente todos, en una y otra zona, lucharon por Franco en la guerra civil), y en sus conversaciones traza un sereno elogio de Franco como director de la Academia y como Generalísimo: «Yo he dicho frecuentemente —añade— que respetar la figura de Franco como jefe del Estado es un factor de paz ahora para los españoles.» Aunque sus amigos socialistas no parecen hacerle demasiado caso.

En relación con su actuación de guerra en el SIPM, Gutiérrez Mellado dice: «Estoy no orgulloso sino orgullosísimo.» Resume así brevemente su participación en el Alzamiento dentro de su unidad: «Yo no estuve en el bando republicano ni un minuto. Mi destino era un regimiento de Campamento, cerca de Madrid, y nos sublevamos con el Alzamiento. No quise rendirme, fui detenido más tarde, viajé en coche celular, pasé por la cárcel, por una embajada, salí a la calle, tuve documentaciones falsas, nombres cambiados, moviéndome de un sitio a otro. Pasé a la otra zona atravesando los frentes clandestinamente y después de quince días me volví a Madrid. Soy el único oficial del Ejército que hizo eso y le aseguro que me costó un poco decidirme a hacerlo.»

UNA EFICAZ RED DE ESPIONAJE

Casi todo este testimonio del entonces teniente Gutiérrez Mellado es, a la luz de mi documentación, auténtico, aunque la hostilidad que luego, durante la transición, suscita-

ron sus reformas militares y su colaboración con el presidente Adolfo Suárez, ha difundido algunas falsedades sobre la actuación de Gutiérrez Mellado en el Alzamiento y a lo largo de toda la guerra. No he encontrado un solo documento ni un solo testimonio serio, aunque sí persistentes rumores, que abonen esos infundios. Y así debo manifestarlo, pese a que el general, con visión algo incompleta, ha expresado recientemente alguna diferencia de signo político conmigo a propósito de Adolfo Suárez, sin advertir quizá que fue Suárez quien cambió esencialmente de orientación política entre 1979, cuando descalificó a Felipe González y a su partido por marxista, abortista y enemigo de la libertad de enseñanza, y 1981, cuando se declaró «situado a la izquierda de Felipe González» en entrevista publicada por Julián Lago. Pero ni esa discrepancia política, ni la defensa, que creo errónea, de Gutiérrez Mellado en favor de Suárez con motivo del engaño a las Fuerzas Armadas en torno a la legalización del PCE, ni las reticencias con que personalmente, aunque sin nombrarme, me ha tratado en algunas declaraciones, van a influir en esta descripción histórica sobre la actuación del teniente Gutiérrez Mellado en la Quinta Columna.

Al volver de la zona nacional al Madrid rojo, por orden del Mando y ya incorporado al SIPM del coronel Ungría, el teniente Gutiérrez Mellado organizó una eficaz red de espionaje y contraespionaje en la capital de España erizada de fortificaciones y defendida por las mejores unidades del Ejército Popular. Aunque no le nombra en sus conversaciones, Gutiérrez Mellado actuó a las órdenes del jefe del SIPM en Madrid, teniente coronel Centaño, y señala como jefes del grupo de Madrid a un «letrado de las Cortes» que con toda seguridad es Antonio Bouthelie, y «al padre de un ministro de Suárez, que también murió hace unos años». No sé de quién se trata; aunque hubo otro miembro de la Quinta Columna y padre de un ministro de Suárez, pero afortunadamente vive aún y muy lúcida-mente, don Antonio Garrigues y Díaz Cañabate, que formaba parte del grupo de Antonio Luna, albergó en su casa, ya en 1939, a Joseph Kennedy Jr. hermano del futuro presidente de Estados Unidos (quien seguramente le salvó la vida) y me hizo el honor de testimoniar con su presencia en favor de la documentación de *Agonía y victoria* en plena polémica. Kennedy Jr. asistió después de la caída de

Madrid a la vista del proceso contra Julián Besteiro y felicitó al defensor militar, Ignacio Arenillas de Chaves.

Cuando el teniente Gutiérrez Mellado quiso volver a la zona nacional, el mando del SIPM le ordenó que organizase en Madrid, ya en 1938 seguramente, una red de evacuación. Tenía entonces, según recuerda hoy, «una gran excitación por la causa que defendía». Utilizaba para las evasiones una camioneta de la aviación republicana con dos chóferes adictos. Las expediciones se hacían por la carretera de la Mancha y luego desviándose hacia el sur del Tajo, donde dejaban a los evadidos en una casa amiga y en manos de un guía experimentado. Para concertar las expediciones con la otra zona, el SIPM de Madrid instaló una pequeña emisora en un ático frente a la Casa de Campo. Toda esta actividad arriesgadísima fue expresamente reconocida por el Generalísimo en una orden reservada de cuya autenticidad me consta, y que debería servir para anular los citados infundios. Al terminar la guerra, el teniente Gutiérrez Mellado reanudó su carrera militar con abono de sus servicios en zona roja como periodo en campaña, y poco a poco llegó a la cumbre del Ejército y al gobierno de la transición. Algunos de los pasos de esa carrera, como su significativa visita a Carlos Arias en presencia de José Antonio Girón, los tengo bien documentados y en su momento se darán a conocer.

LA QUINTA COLUMNA RECUERDA A GUTIÉRREZ MELLADO

Los testigos de la guerra civil en Madrid con quienes he podido confrontar mis datos recuerdan, sin una sola excepción, lo que acabo de describir. Algunos hicieron a Gutiérrez Mellado un regalo colectivo en su boda, cuando ya había ascendido a capitán. «Una modesta vajilla o juego de café, de cerámica local», me dice uno de ellos. Otros, al reconocer sus méritos, dan algunos detalles más: su influencia en Unión Radio de Madrid, donde actuaba un primo suyo, gracias a lo cual se pudieron transmitir mensajes a la zona nacional desde aquella gran emisora republicana. Otros alaban sus dotes de mando, pero añaden que su comportamiento como jefe era implacable; no perdonaba errores y no dudaba en sacrificar a un colaborador —ténganse en cuenta las circunstancias agónicas en que se desenvolvía la actividad del SIPM— antes que com-

prometer un objetivo vital. Una de las expediciones más importantes desde una a otra zona fue organizada por Gutiérrez Mellado el 9 de junio de 1938. El hoy teniente general no la cuenta en sus conversaciones, pero mis testimonios son tan concordantes que no temo un desmentido.

Tres oficiales de Ingenieros, Antonio Villalón, Jesús Aguirre y Rafael Rubio y Martínez Correa, habían actuado eficazmente durante varios meses a las órdenes del teniente coronel Centaño y se habían turnado en el manejo de las emisoras del SIPM en Madrid, cuyos mensajes, como he demostrado en mi libro, solían ser captados por los escuchas del Ejército Popular. Centaño les había asignado la misión de apoderarse de toda la documentación posible sobre las fortificaciones del frente de Madrid, magistralmente proyectadas y realizadas por el comandante (el 18 de julio) de Ingenieros Tomás Ardid Rey, ascendido a coronel después de su adhesión al Frente Popular. Al sentirse acosados por el SIM rojo decidieron, de acuerdo con el mando secreto del SIPM en Madrid, evadirse a zona nacional, para lo que antes echaron a suertes quién tendría que hacer una visita desesperada al jefe de fortificaciones enemigo, y fue Rubio el «agraciado». Jugándose el todo por el todo, invocó ante Ardid motivos de patriotismo y compañerismo, le recriminó su colaboración con el Ejército Popular y le arrancó valiosa información militar que luego sirvió, en 1939, para que el trío de evadidos salvaran la vida del jefe enemigo prisionero, que después emparentó con el propio Franco.

Conseguida ya tan importante información, los tres oficiales de Ingenieros concertaron una cita con Gutiérrez Mellado, en la esquina de Jorge Juan y la plaza de Colón. Por dos veces intentaron la evasión en el frente sur de Madrid y en el de Guadalajara, pero fracasaron y a duras penas lograron regresar. Al fin, y en la fecha citada, el joven coordinador de la red de evasiones les condujo al sector del Tajo, donde les entregó a un guía de plena confianza que había cruzado las líneas enemigas infinidad de veces. Los oficiales le reconocieron; se trataba del mismo experto que había enseñado a varios miembros de la Quinta Columna, en uno de los escondrijos de la organización, a desajustar espoletas de proyectiles. Era hombre de pasado muy tormentoso y aureola de misterio, del que se contaban en los círculos secretos de la Quinta Columna toda clase de aventuras inverosímiles, de las que bastantes eran reales. Su nombre era Gustavo Villapalos.

GUSTAVO VILLAPALOS, UN HÉROE DESCONOCIDO

Nunca dio importancia Gustavo Villapalos a estas hazañas, que acometía de forma habitual y natural. Había nacido en 1915, y se afilió a Falange Española en 1934. Se incorporó a la defensa del cuartel de la Montaña, salvó la vida de milagro y hecho prisionero pasó a la cárcel Modelo. Era amigo de José Antonio Primo de Rivera y había participado en la actividad de la Primera Línea, por lo que fue condenado a muerte. Cuando le llevaban a matar en una de las «sacas» se tiró del camión a poco de salir de la Modelo y consiguió esconderse de los asesinos que al mando de Santiago Carrillo, consejero de «Orden Público» en la Junta de Defensa de Madrid, ejecutaban implacablemente las órdenes de los consejeros soviéticos: eliminar a todos los posibles cuadros militares y civiles que pudieran servir de refuerzo a los rebeldes si tomaban Madrid. Se evadió a la zona nacional en noviembre de 1936 por el erizado sector del Manzanares y, una vez incorporado a las tropas de Franco, obtuvo el mando de una bandera de Falange, al frente de la cual tomó la posición del cerro de la Estrella, en la zona de conjunción de los frentes de Extremadura y Toledo, por lo que fue propuesto para la Laureada. Luego pidió el ingreso en aviación y durante algún tiempo combatió en la unidad de García Morato. Pero cuando el coronel Ungría reorganizó en Burgos los servicios secretos de la zona nacional, uno de sus primeros reclutas fue Villapalos, de quien le atrajeron la vivísima intuición, la frialdad absoluta ante el peligro y el valor más que temerario. Fue enviado para contribuir a la organización del SIPM en el interior de Madrid a fines de 1937, donde se puso a las órdenes del teniente coronel Centaño y colaboró muy intensamente con el teniente Gutiérrez Mellado. (Por cierto que además de éste hubo al menos otro oficial del ejército nacional que cruzó las líneas para luchar en el SIPM, contra lo que dice Gutiérrez Mellado al atribuirse la exclusiva; Villapalos era teniente de aviación al terminar la guerra.)

Encontró varios pasos seguros de una a otra zona, aunque el principal fue por el sector del Tajo, como ya hemos visto; parece que se pasó por él treinta veces de zona a zona en toda la guerra civil. Entre las personas a quienes



En todas las fuentes que sigo investigando sobre aquellos días finales de la guerra civil española se destaca la intervención de un superagente veterano, el teniente coronel Centaño (a la izquierda), cuya actividad ya he descrito en publicaciones anteriores y sobre todo en el libro que ahora complemento; y de un superespía joven que todavía está muy a tiempo para aclarar con detalle esta complicadísima página de su vida, el hoy teniente general don Manuel Gutiérrez Mellado (quien aparece, abajo y en 1976, jurando su cargo en el Gabinete Suárez).



ayudó a evadirse figuran el futuro ministro Fernando Castiella, los aviadores Gallarza y Lecea. Es uno de los «Pimpinela Escarlata» del bando nacional, sobrenombre que bien puede compartir con el heroico británico Lucas Philips.

Una de sus misiones más fructíferas fue la entrega de una importante documentación del Ejército Popular, destinada al coronel Ungría, en octubre de 1938, a través del frente de Extremadura que conocía perfectamente. Sus dos compañeros de aventura resultaron muertos y Villapalos logró arrastrarse hasta las líneas nacionales con cinco balazos en el cuerpo. Cuando esta nueva acción, tras su heroica toma del cerro de la Estrella, le valió una nueva propuesta para la Laureada, no la consiguió «por determinadas actuaciones de tipo personal en su vida particular de hombre soltero y más bien divertido», según el eufemismo oficial que disimulaba sus resonantes aventuras. Al saberlo dijo el propio Franco: «Habría que darle la Laureada como militar y fusilarle como civil.» Se decidió un justo medio: concederle la Medalla Militar. Revalidó luego su valor legendario en la División Azul, donde fue herido dos veces, obtuvo la Cruz de Hierro de primera clase y la medalla de combate cuerpo a cuerpo.

Su aventura siguió transcurrió en la Guinea española, pero en 1946 cambió el rumbo de su vida al casarse, por puro amor romántico, con su novia gravemente enferma de tuberculosis, por lo que poco después hubo que ingresarla en el sanatorio de Tablada, en plena sierra de Madrid. A partir de entonces Villapalos abandonó sus aventuras y se consagró al cuidado de su esposa. Al cabo de dos años, pese a la penuria de medios que se sufría entonces, sobrevino el milagro y su esposa se curó. Tuvieron tres hijos, Esther, Paloma y Gustavo, el actual y brillantísimo rector de la Universidad de Madrid. Administró las fincas de su familia en las provincias de Murcia y Almería y sólo aguantó un año como delegado provincial del Ministerio de la Vivienda; aborrecía la burocracia. Criticaba duramente a Franco por el comportamiento que tuvo con Falange, pero tras la aprobación de la Constitución de 1978 volvió a llenar su casa con retratos de Franco.

Mantuvo su amistad de guerra con Manuel Gutiérrez Mellado, que fue padrino de bautizo de Paloma Villapalos, pero disintió amargamente de la actitud reformista del ya general con estas palabras: «No comprendo cómo se puede jugar a distintas barajas.» Desde 1976 rompió toda re-

lación con su antiguo compañero en el SIPM de Madrid. Falleció a los setenta años el sábado de Gloria de 1985 con el nombre de España en los labios.

LA QUINTA COLUMNA ENCARCELADA

Por supuesto que Gustavo Villapalos no creyó nunca las falsedades que se han prodigado después sobre la actuación política del teniente general Gutiérrez Mellado. Su discrepancia, me parece, fue de orden político y se refiere a la transición, no al periodo de la guerra civil. Otros testigos de la época, preguntados por mí prefirieron no pronunciarse sobre esa actuación política. Otros en cambio sí que lo hacen. Distinguen perfectamente entre el Gutiérrez Mellado de la guerra, a quien elogian sin reservas, y el de la transición, a quien critican con dureza. «Mi general y estimado Guti —dice uno de ellos, jovencísimo durante la guerra civil, pero que ya captó por razones familiares todos los entresijos de la Quinta Columna—, siento de veras no estar de acuerdo contigo en tu actuación político-militar después de la muerte del Generalísimo... Es por todo eso una pena —dice tras señalar su relación personal con el teniente general— que te tenga que poner ahora un cero en compañerismo, tal y como yo lo entiendo. Y tú me entiendes. ¡A que sí! ¡Ay la ambición y el resque-mor, querido y eficaz *espía!*» En este trabajo estoy evocando la actuación del teniente Gutiérrez Mellado en el periodo final de la guerra civil y no su ejecutoria durante la transición que será objeto de otros estudios. Sólo he querido reflejar, para completar la descripción, las opiniones de algunos testigos de 1938-1939 sobre la actuación posterior de quien entonces se jugó la vida junto a ellos. Por mi parte, no me arrepiento de haber compartido con el general Gutiérrez Mellado la mesa del Consejo de Ministros, aunque no sé si él participa de la misma opinión.

Quisiera terminar estas ampliaciones de 1939. *Agonía y victoria* con la evocación y la transcripción de dos extraordinarios documentos que me han llegado después de la publicación del libro y que merecen por sí solos un estudio mucho más detallado. El primero es un conjunto de testimonios redactados en varias prisiones de Madrid en el periodo final de la guerra. Es la voz de la Quinta Columna encarcelada. Los presos de San Antón reproducen en

cuadernos varios discursos de Franco, dibujan imágenes escalofriantes sobre su cautiverio, entreveradas de poemas llenos de esperanza. Hay entre ellos militares, religiosos, profesionales. En la cárcel de Ventas varias señoras encarceladas por el Frente Popular redactaron también un cuaderno, aún más emocionante, con sus pensamientos de la prisión. No creo que haya nada parecido en la literatura testimonial de la guerra civil: la palabra *esperanza* es la que más se repite en estos recuerdos.

EL RECONOCIMIENTO OFICIAL DE LAS ACTIVIDADES SECRETAS EN ZONA ENEMIGA

Preferentemente hemos centrado nuestra investigación en las actividades secretas del SIPM en Madrid. Sin embargo estas actividades se extendieron a toda la zona roja. El segundo documento importante (y doble) a que me acabo de referir había sido objeto de muchos rumores; pero no se había publicado jamás. Sospecho que es la misma «orden reservada» a la que se refiere el teniente general Gutiérrez Mellado en la que se le reconocen sus servicios. Insisto en que me consta la autenticidad de esa orden en su caso concreto, aunque no la he visto personalmente. Pero he podido obtener una semejante, aplicada a un agente del SIPM en Valencia, don Carlos Ricardo Moreno Tortajada, a quien se le reconocieron los servicios secretos en el SIPM en virtud de la aplicación de una orden general emanada del Cuartel General del Generalísimo. Transcribo a continuación los dos documentos, que creo fundamentales, porque la orden general citada se difundió por la red secreta del SIPM en la zona roja, con lo que se elevó enormemente la moral de los agentes y se pudieron reclutar bastantes más. Estos dos documentos, que yo sepa, no se han publicado nunca y adquieren, como colofón del presente estudio y de las ampliaciones a mi libro, una extraordinaria importancia. La orden general aparece en dos versiones, amplia y resumida; y con fechas próximas, seguramente por su remisión a diferentes grandes unidades.

SECRETO

CASTELLÓN, 12 DE OCTUBRE DE 1938
III AÑO TRIUNFAL

La Jefatura del S.I.P.M. de Zaragoza, en escrito fecha 6 del corriente, me dice lo siguiente:

«Por S.E. El Generalísimo, en telegrama postal de 21 del corriente mes, se dice a este Organismo lo siguiente: — RESERVADO. — Visto su escrito de 25 de agosto próximo pasado, en el que me trasmite petición de ciertas organizaciones Nacionales que clandestinamente laboran en zona roja por la Causa corriendo grandes riesgos ante la sangrienta persecución de que son objeto y considerando dignas de atención, con esta fecha se comunica al Ministerio de Defensa la Orden reservada que en copia se acompaña. — Sobre lo que en la Orden se concreta manifiesto a V.S. que igualmente de acuerdo con lo propuesto en su escrito se gestionara con toda rapidez propuesta de canje de aquellos que se tenga noticias se encuentran pendientes de grave condena ofreciendo los rehenes y de calidad que en paridad corresponda.»

COPIA QUE SE CITA

CUARTEL GENERAL DEL GENERALÍSIMO. — E.M. — 2.^a Sección. — RESERVADO. — Excmo. señor: Los importantes servicios prestados por Organizaciones Nacionales que con elevado espíritu y gran riesgo laboran por la Causa clandestinamente en Zona Roja y especialmente en Madrid, en inmediata relación con la Jefatura del S.I.P.M., en cuya labor, con patriótica ejemplaridad hacen sacrificio de su vida, con frecuencias, agentes de aquellas organizaciones, que cada vez tienen que luchar con servicios políticos enemigos más perfeccionados en los que los métodos de terror se acentúan me induce como caso de justicia, a propuesta del Jefe del S.I.P.M. a dictar en favor de los que prestan aquellos servicios, así como de los que sean condenados en Zona Roja por actos realizados en beneficio del glorioso Movimiento la disposición siguiente:

1.º Los agentes pertenecientes a organizaciones de información o espionaje a favor de nuestra Causa, controlados por el S.I.P.M. con categoría militar profesional se les

considerará en activo a todos los efectos de su carrera. — A los paisanos que actúen igualmente en tan peligrosas funciones se propondrá en su día por la Jefatura del S.I.P.M. la compensación que proceda hacerseles teniendo en cuenta sus circunstancias de dependencias del Estado, provincia, o municipio como funcionario si así lo fueran o si pertenecieran a profesión libre. —

2.º En caso de fallecimiento por consecuencia de condena o acción violenta ejercida contra los dichos agentes en el ejercicio de los servicios prestados a la Causa Nacional, se otorgará a sus familiares los mismos derechos y pensiones que se conceden a los militares muertos en campaña, con arreglo a su empleo en el Ejército si pertenecen a él, o según la categoría que se les asigne de acuerdo con los servicios prestados.

En uno y otro caso se entiende que la concesión se hace sin perjuicio de la información que habrá de llevarse a efecto en su día sobre conducta y antecedentes, para que la aplicación de tales beneficios recaigan en personas que de modo positivo y cierto estén comprendidos en el espíritu y letra de esta concesión. — Dios guarde a V. E. muchos años. — El General Jefe de E. M. — Firmado. — Francisco Martín Moreno. — Rubricado. — Excmo. Sr. Ministro de Defensa Nacional. — Burgos, 21 de septiembre de 1938. — III Año Triunfal. — Es copia. — El Coronel de B.M. Jefe de la Sección. — L. González. — Rubricado. — Hay un sello en tinta en que se lee. — Cuartel General del Generalísimo. — E. M. — Sección de Información. — Lo que traslado a V. para su conocimiento y como medio de intensificar la recluta de Agentes y creación y desarrollo de redes de espionaje en la otra zona. — El Teniente Coronel de E. M. Jefe de la Sección, P. A. El Comandante Segundo Jefe. — Rafael de San Pedro. — Rubricado. Hay un sello que dice. — Ejército del Norte. — Sección S.I.P.M. — Señor Jefe del S.I.P.M. del Sector 6. N. Castellón.» [...] para su conocimiento y demás efectos.

Castellón, 12 de octubre de 1938

III AÑO TRIUNFAL

EL CAPITÁN JEFE DE LA SECCIÓN

DON RODRIGO ARELLANO REQUENA, CAPITÁN JEFE DEL DESTACAMENTO ESPECIAL DE VALENCIA (S.I.P.M.) Y ENCARGADO QUE FUE DEL NEGOCIADO DE ESPIONAJE DE LA SECCIÓN S.I.P.M. DEL EJÉRCITO DEL NORTE.

CERTIFICO: Que Don CARLOS RICARDO MORENO TORTAJADA, actuó en nuestras redes de información y sabotaje en Campo Enemigo (Zona Valencia) desde el mes de marzo de 1938 hasta enero de 1939, que en misión especial pasó a Zona Nacional a través de las líneas del frente, con documentos e información militar de interés, presentándose en Zaragoza a la Jefatura del S.I.P.M. del Ejército del Norte, según consta en el archivo y fichero de este D.E.V., por lo que con arreglo a los párrafos 1.º y 2.º de la Orden Circular Reservada de S.E. el Generalísimo a los Agentes del Servicio en Campo Enemigo de 27 de septiembre de 1938, que, textualmente copiamos, dicen así: 1.º «Los Agentes pertenecientes a Organizaciones en zona roja controlados por el S.I.P.M. con categoría militar profesional, se les considerará en activo, a todos los efectos de su carrera. A los paisanos que actúen en tan peligrosas misiones y a propuesta en su día de la Jefatura del S.I.P.M., se les concederá la compensación que proceda, teniendo en cuenta las circunstancias de dependencia del Estado, Provincia o Municipio, como funcionarios, si así lo fueran, o si pertenecieran a profesión libre.» 2.º «En caso de fallecimiento como consecuencia de condena o acción violenta ejercida contra nuestros Agentes en el ejercicio del servicio, se otorgará a sus familiares los mismos derechos y pensiones que a los militares muertos en campaña, con arreglo a su empleo en el Ejército, si perteneciese a él, o según la categoría que se les asigne, de acuerdo con los servicios prestados si son paisanos. En uno y otro caso se entiende que la concesión se hace sin perjuicio de la información que habrá de llevarse en su día a efecto, sobre conducta y antecedentes, para que los beneficios recaigan en personas que de modo positivo y cierto estén comprendidos en el espíritu y letra de esta concesión.» — Por todo lo cual se considera a don CARLOS RICARDO MORENO TORTAJADA incluido en los beneficios que señala la citada Orden, desde marzo de mil novecientos trein-

ta y ocho hasta enero de mil novecientos treinta y nueve.

Y a los efectos que procedan, expido el presente, en Valencia del Cid, a quince de septiembre de mil novecientos treinta y nueve.

—AÑO DE LA VICTORIA.

IX. RECONQUISTA HISTÓRICA Y RECONQUISTA
ANTI-HISTÓRICA DEL REINO DE VALENCIA
(siglos XIII y XX)

CONQUISTAS Y RECONQUISTAS DE VALENCIA

Valencia, fundada por los romanos, fue después conquistada y reconquistada varias veces. La conquistaron los bárbaros del Norte, los visigodos, ya relativamente romanizados, que se empezaban a fundir con los hispanorromanos cuando sobrevino la conquista árabe, a la que siguió, entre los siglos VIII y XIII, un período convulso con varias conquistas y reconquistas islámicas y una cristiana: la del Cid Campeador en el siglo XI, desgraciadamente efímera. Jaime I, llamado por ello el Conquistador, rindió la ciudad y ocupó el Reino de Valencia en el siglo XIII: es la gran Reconquista por antonomasia. Pero no quedaron ahí las cosas. Hubo otra conquista efímera, la de los agermanados del siglo XVI, a la que siguió la reconquista de Carlos I; la conquista —pacífica y voluntaria— del pretendiente austracista Carlos en la guerra de Sucesión, seguida por la reconquista borbónica de Felipe V en el siglo XVIII; la conquista del imperialismo revolucionario francés en la guerra de la Independencia, que desembocó en la reconquista española; la conquista de la ciudad y del reino por el Frente Popular al comenzar la guerra civil de 1936 y la reconquista por los nacionales desde las campañas de 1938 hasta el hundimiento de la zona republicana en 1939. Pero durante todos esos siglos la única Reconquista que ha merecido tal nombre, la auténtica, la primordial, es la del rey Jaime I; las demás fueron momentáneas o brotaron de guerras civiles entre españoles, por lo que perdieron el calificativo al llegar la reconciliación. Sin embargo millones de españoles, fuera del Reino de Valencia, ignoran que durante el siglo XX —con todos los regímenes: Monarquía, Dictadura, República en paz y en guerra, época de Franco— se ha desencadenado, y ahora ruge con más fuer-

za que nunca, una campaña para una nueva reconquista de Valencia, denominada ya, aviesamente, *País Valenciano*; una reconquista antihistórica y falsaria, porque jamás hubo conquista previa en ese contexto; una invasión, de momento cultural, del Reino de Valencia y hasta del alma de Valencia por las nuevas mesnadas del pancatalanismo rampante, que se empeñan en convertir al reino ancestral, que nos revitalizó y nos legó el rey don Jaime el Conquistador, en nombre de no sé qué inexistentes y ficticios Países Catalanes. Como jamás hubo conquista catalana de Valencia, mal se puede hablar ahora de reconquista; pero es lo que se intenta tenacisimamente con esa campaña, que tiene una cabeza de puente afincada en el corazón cultural del reino, la Universidad de Valencia. Por supuesto que jamás he dicho ni diré que ésta sea una empresa catalana, sino pancatalanista; en un ensayo anterior creo haber demostrado mi amor y mi respeto por la verdadera Cataluña, a la que naturalmente dejó fuera de la absurda pretensión actual. Y el mejor modo de demostrar el amor a Cataluña es decir la verdad a Cataluña, aunque moleste a los propagandistas del pancatalanismo.

LAS TESIS ANTIVALENCIANAS DEL PANCATALANISMO

Durante casi siete siglos el Reino de Valencia, integrado desde su nacimiento en la Corona de Aragón y a través de ella en la Corona de España, vivió en la Historia sin la menor duda sobre su identidad. Coexistían pacíficamente, fraternalmente, desde la propia conquista dos lenguas en su territorio, a las que todo el mundo, dentro y fuera del Reino, denominaba —sin excepción alguna— castellano y valenciano, que gozaban de la misma dignidad y respeto; lengua castellana, lengua valenciana. Algunos escritores geniales del reino utilizaron la lengua valenciana —Ausias March, Joanot Martorell—, otros el latín, como el humanista Luis Vives; otros el castellano, como Gaspar Gil Polo y Guillén de Castro; todos ellos con la convicción de usar un idioma propio, no ajeno ni menos extranjero. Siete siglos es una larga etapa histórica de asentamiento regional y cultural, que parecía estable y definitiva. Hasta que ya en nuestro tiempo, desde los comienzos del siglo xx, la fuerza expansiva del catalanismo naciente convertido antihistóricamente en pancatalanismo montó una campaña

demoledora, penetrante y tergiversadora contra toda esa arraigadísima tradición; estudiaremos luego los impulsos y los jalones de esa campaña. Ahora nos basta con enunciar sus tesis principales, inoculadas a la opinión culta y al sentir popular del Reino de Valencia en nuestro siglo desde fuentes catalanistas, pero con habilidad suprema, gracias a la cooperación inconcebible de una quinta columna valenciana que ha colaborado en la invasión con el mismo entusiasmo con que los tlaxcaltecas ayudaron a Cortés para conquistar el imperio de los aztecas. Estas tesis son las siguientes:

1. El Reino de Valencia, devaluado en nuestros días como *País Valenciano* (un invento y denominación que jamás existieron), forma parte hoy, como la había formado siempre, de una entidad histórica y cultural llamada *Països Catalans* o *Catalunya Gran*. Así, el tlaxcalteca Joan Fuster: «De Salses a Guardamar, de Maó (Mahón) a Fraga, som un poble, un sol poble» (*Nosaltres els valencians*, p. 134).
2. Esta «realidad» nació por derecho de conquista en el siglo XIII: «Las Baleares y Valencia fueron pobladas por catalanes, y nuestra lengua es la misma con variantes locales. Obra suya, por tanto, es la formación de la Gran Cataluña» (Ferran Soldevila, *Resum d'història...*, p. 67).
3. Otro tlaxcalteca famoso, Manuel Sanchís Guarnier, tenido casi hasta ahora por intocable (cuando es realmente uno de los quintacolumnistas más *tocables* de todo el concierto), concreta los orígenes del bilingüismo: «La zona litoral fue repoblada por catalanes y hablaba catalán; el centro de la interior lo fue por aragoneses y hablaba castellano» (tesis de 1956).
4. No hubo por tanto una lengua valenciana inicial en la conquista; los mozárabes del Reino de Valencia, que pudieron guardar su religión y su romance, habrían sido aniquilados por las convulsiones islámicas —almorávides, almohades— y en la Valencia de los siglos XII y XIII no dejaron sino leves vestigios de romance, nada parecido a una lengua valenciana primordial. Por tanto la lengua valenciana actual se deriva directamente del catalán que irrumpió en la conquista; no es realmente valenciano sino catalán.
5. Pese a que este presunto catalán del Reino de Valencia no florece más que *en una parte del territorio*, el País Valenciano no es Aragón, ni Castilla, sino que forma parte de Cataluña, la Gran Cataluña, los Países Catalanes.

Se toma, pues, la parte por el *todo*, para luego convertir al *todo* en parte de una entidad superior.

6. Y por tanto, «el valenciano es uno de los dialectos catalanes» (M. Sanchís Guarner, *La llengua...*, p. 3).

LAS NUEVAS TAIFAS AL ATAQUE

Estas cinco tesis forman la panoplia dialéctica actual del pancatalanismo en el Reino de Valencia. Como vamos a demostrar desde fuentes seguras, se trata de un conjunto de errores y distorsiones históricas, absolutamente insostenibles desde el análisis histórico y filológico; desde una concepción cultural rigurosa. Pero ésta es la plataforma que alberga al reducto interno pancatalanista en el Reino de Valencia, en la Universidad de Valencia, en un sector importante de la intelectualidad valenciana a quien he llamado el de los tlaxcaltecas, y por supuesto en el propio PSOE que gobierna, desde su creación, la nueva entidad autonómica denominada Comunidad Valenciana, con sentido que quiere ser salomónico y que para huir de los extremos opta, paradójicamente, por una denominación tan genuinamente castellana; la de *Comunidades*, ya que no se han atrevido a erigirse en *germanías*, que les hubiera gustado mucho más. Tan increíble victoria ha logrado, durante sus campañas del siglo xx, el pancatalanismo invasor, con la complicidad ocasional de la propia Real Academia Española, en un gesto típico de la flojera, la inconsecuencia y la cobardía de nuestros grandes intelectuales, que luego suelen entonar tarde y mal su *No es esto, no es esto*. Formulado, pues, descarnadamente el planteamiento de la cuestión, vamos a exponer, desde fuentes serias y seguras, la realidad histórica y cultural básica del Reino de Valencia, a lo largo de su evolución secular; para analizar después, ya desde bases firmes, la gestación y desarrollo de la campaña pancatalanista que se ha despeñado, durante los últimos tiempos, en una increíble orgía universitaria.

Y es que en esta España de nuestras autonomías y nuestros demás pecados, donde sólo gracias a la acción cohesionadora de la Corona no hemos caído ya en el aquelarre cantonalista, apunta el peligro de los reinos de taifas en tres zonas vitales de España. Primero, la gran Castilla, Castilla la Vieja, de la que se han desgajado, por pequeños egoísmos de campanario, sus dos fuentes principales, que son

la Montaña cántabra y La Rioja, donde nació nuestra lengua. Segundo, el llamado País Vasco, que ahora se empeña en conquistar el viejo reino de Navarra; y tercera, Cataluña, el principado, que ahora intensifica sus planes para otra conquista interior, la del Reino de Valencia después del fracaso de la Generalidad en 1936 cuando envió al capitán Alberto Bayo tras las estelas de Jaime I a la conquista de las Baleares. Dos entidades autónomas quieren por tanto conquistar a otras dos, ante la indiferencia de una Castilla desmembrada. Para un historiador, el espectáculo es delirante, pero cierto. Algo hemos apuntado ya sobre el proyecto vasco de conquistar Navarra, quizá para devolverle la visita a don Sancho el Mayor. Ahora vamos a estudiar en serio las dos reconquistas —la histórica y la antihistórica— del Reino de Valencia.

LA LENGUA VALENCIANA ES AUTÓCTONA

Como norma general, para esta síntesis histórica y cultural voy a seguir, aunque no exclusivamente, a los especialistas del propio Reino de Valencia y a los grandes profesionales; luego, en el estudio monográfico de la campaña, me referiré de nuevo a los propagandistas exteriores e interiores del pancatalanismo; es decir, a los que he llamado ya, amistosamente, *invasores* o *tlaxcaltecas*, respectivamente. Dos publicaciones valencianas de divulgación, pero que no deben despreciarse porque se han concebido y desarrollado sobre las investigaciones de los grandes especialistas —Ubieto, Fullana, Cremades y otros—, pueden resultar muy útiles para el lector no iniciado: me refiero a la obra de los profesores de universidad J. Aparicio y R. Ferrer, y del catedrático de Instituto A. Vila, *Historia del pueblo valenciano* (Valencia, Vicent García editores, 1983), y al fundado resumen de Pere Aguilar i Pascual, *Nostre idioma*, editado en Valencia en 1984. Según este resumen, el sustrato que alienta en los orígenes de la lengua valenciana es el *bajo latín* que había surgido, desde la decadencia imperial romana, del latín vulgar fecundado, a su vez, por el ibérico originario. El actual territorio del Reino de Valencia concentró el esplendor de la cultura ibérica, de la que hoy se conocen allí una cincuentena larga de yacimientos cada vez mejor estudiados, entre los que destaca el que nos ofreció el hallazgo más asombroso de esa cultura, la

Dama de Elche. Sobre la cultura ibérica autóctona habían influido, a su vez, los fermentos colonizadores de los fenicios, sus vástagos los cartagineses o púnicos y los griegos. Una huella clara de la lengua ibérica son sus sufijos en *iste* que hoy conserva el valenciano.

El latín vulgar que hablaba la mayoría del pueblo hispanorromano, tras asumir al pueblo y a la cultura ibérica (la romanización en el Mediterráneo hispánico fue más intensa que en el centro celtibérico de Hispania y mucho más que en el Norte cantábrico, casi irreductible, como ya vimos en el caso de la depresión vasca, que se quedó sin romanización profunda), fue degenerando, en tiempos de la decadencia imperial, en el bajo latín, fuertemente matizado según provincias romanas y regiones, del que fueron surgiendo, ya en la Edad Media, las diversas lenguas *romances* en todo el territorio de Hispania. El padre Fullana —especialista máximo en filología valenciana y designado por ello académico de la Española ya en nuestro siglo— cita estas lenguas romances entre las que se derivaron del latín vulgar: italiano, francés, gallego, castellano, valenciano, catalán, provenzal, mallorquín. Al degenerar el latín vulgar, según las regiones, en bajo latín (mientras se seguía escribiendo, mal que bien, hasta las fronteras de lo vulgar, el latín culto) es el que, como lengua hablada, da origen a las diversas lenguas romances. Nadie se atreve a decir que en esta fase primordial el valenciano se deriva del catalán; los dos nacen más o menos simultáneamente, de forma autóctona, aunque emparentada, como por lo demás les sucedía a todas las demás lenguas romances en general e hispanorromanas en particular.

EL ROMANCE EN LA ESPAÑA MUSULMANA

Los problemas —enturbiados por la pasión política— empiezan con la conquista musulmana de España al comenzar el siglo VIII, porque fuera de la inyección de algunos germanismos, la influencia visigótica en la formación de las lenguas romances peninsulares es secundaria, especialmente en el territorio de Valencia, y en todo caso esa influencia no se puede comparar con el sustrato anterior, ni se puede considerar como una nueva capa del sustrato sino a lo sumo como una inoculación marginal. En buena parte porque los propios visigodos estaban ya romaniza-

dos en bruto cuando unificaron desde el reino de Toledo a la Península Ibérica.

La invasión musulmana anegó a casi toda la Península. Sólo se libró de ella, tras algunas incursiones iniciales y efímeras, la franja cantábrica (no así los Pirineos Orientales, que fueron sometidos), cuya romanización tampoco había sido muy intensa. Desde los primitivos núcleos cristianos del Norte (que en un segundo momento brotaron también al sur del Pirineo, desde los valles altos y apoyándose en la nueva Europa imperial en gestación) los pequeños ejércitos cristianos iniciaron la Reconquista, con el designio, cada vez más expreso, de recuperar la Península entera. Los reconquistadores descendían hacia los grandes valles fluviales —el Duero, el Ebro—, hablando su balbuciente lengua romance, pero al liberar a las poblaciones cristianas sometidas hasta entonces al yugo musulmán no necesitaban de intérprete para entenderse con ellas; porque los cristianos que habitaban esos territorios hasta entonces sometidos hablaban también una lengua semejante, el romance mozárabe, cada vez más plagado de influencias árabes a medida que avanzaba el tiempo de sometimiento al invasor oriental y africano. Conviene dejar en claro desde ahora —en ello insiste el profesor Ubieto— que el término *mozárabe* no indica una lengua sino sobre todo una religión; la religión cristiana conservada entre los musulmanes. Esos mozárabes, esos cristianos, hablaban, desde luego, el romance derivado del bajo latín y seguían hablándolo cuando, por la presión de las conveniencias y las circunstancias, abrazaban el Islam. El núcleo conquistador árabe y beréber era mínimo e incluso a él llegó la necesidad del romance. El conjunto de la población se iba islamizando en cuanto a religión y se iba arabizando en cuanto a cultura, sobre todo cultura de las capas superiores, pero la inmensa mayoría de esa población, tanto los cristianos residuales como los nuevos musulmanes (y no pocos de los antiguos), seguían hablando romance, y así lo conservaron hasta que llegaron los ejércitos cristianos. Las investigaciones del genial filólogo Julián Ribera —recogidas por ejemplo en la espléndida *Historia de la literatura española* del profesor Valbuena Prat, tomo I, Barcelona, Gustavo Gili, 1974— no dejan lugar a dudas. Nadie admite hoy la tesis exclusivista de la escuela castellana, que pretendía identificar el nacimiento del romance en cada región reconquistada con la irrupción de los cristianos del

Norte. Incluso la presencia, cada vez mejor valorada, de expresiones romances en los maravillosos poemas de la España musulmana durante el esplendor y la decadencia califal son una prueba en la que algunos han querido ver el fundamento de una tesis contraria; el romance nace verdaderamente como lengua de masas en la España musulmana. Hoy todo parece indicar que la tesis de la confluencia es la que goza de mayor probabilidad. El reciente descubrimiento de las *jarchas* o estribillos en la poesía popular árabe de Al-Andalus, con intensas inclusiones romances que llegan hasta el final de la Reconquista, es una prueba sorprendente de esa tesis.

LA LENGUA ROMANCE EN VALENCIA

La pervivencia del romance en el Reino de Valencia no es, por tanto, ninguna excepción. También allí los invasores respetaron —por necesidad— la evolución del romance (*al-romía*) al que sin embargo infiltraron intensamente —como en el resto de la España dominada— hasta un tercio de palabras. En Valencia floreció la cultura árabe —caso del famoso poeta Al-Russafi— que, sin embargo, está influida por el romance valenciano. Las investigaciones del arqueólogo Gironés muestran la pervivencia del romance en la región que estudiamos. Se han detectado numerosas huellas del romance en la literatura árabe del Reino de Valencia. En 1106, el aragonés Ibn Buklarix escribió un diccionario de plantas medicinales con doscientos nombres mozárabes, entre los que distingue los vocablos provenientes de la aljama valenciana. En 1180 san Bernardo de Alcira hablaba en romance valenciano al conde de Barcelona Ramón Berenguer IV. Los propios árabes diferenciaban el romance valenciano del interior (lengua valenciana churra) que evolucionó luego al contacto con el castellano y se confundió con él; y el romance valenciano de la costa, del que proviene el valenciano actual. Entre las innumerables huellas dejadas en el valenciano naciente por el idioma de los invasores destaquemos los abundantes topónimos en Beni (Benidorm, Benitachell), otros como Guadalest y Alboraya; y palabras como alquería y acequia, que se transmitieron también, entre otras muchísimas, al romance castellano.

En un estudio documentadísimo e imprescindible, *Aportacions bibliogràfiques en torn a la identitat de la llengua*

valenciana, Jesús Giner i Ferrer (Gandía, GAV, 1979) aduce las pruebas del padre Fullana sobre la pervivencia del romance valenciano hasta el final de la Reconquista, ilustradas por una reliquia realmente singular: la iglesia de San Vicente de la Roqueta, rodeada por un núcleo de población cristiana hasta que el rey don Jaime I hizo donación de ella en 1232, incluso antes de consumir la conquista de la ciudad. Algo semejante sucedió con la iglesia de San Félix de Játiva; pero, como decíamos, lo verdaderamente importante a efectos culturales no es la persistencia —verdaderamente emocionante— de la religión, sino la conservación del romance en medio del dominio islámico. Y ello está fuera de toda duda.

LOS REINOS DE TAIFAS

Lo podemos comprobar en un libro esencial y definitivo, obra de un gran medievalista que fundamenta implacablemente sus tesis en documentación y análisis histórico, fuera de toda pasión polémica; y que en ocasiones rebate también las exageraciones del campo valencianista, porque no le interesa la política sino la historia. Los pancatalanistas suelen esgrimir dogmáticamente, con sentido totalitario de la historia, las conclusiones de los *intocables*, como hemos denominado al más relevante de todos ellos, Manuel Sanchís Guarner, y por eso no queremos ahora caer en los exclusivismos del argumento de autoridad al apoyarnos en el libro de Ubieta. Pero lo importante en el libro de Ubieta no es su autoridad carismática —que es relevante—, sino el hecho de que tal autoridad se funda en un análisis documental, cronológico y comparado casi siempre irrefutable a no ser que se aduzcan documentos firmes en contra, lo que no se ha hecho, y no simples emociones. El libro a que me refiero es la obra en dos tomos del profesor Antonio Ubieta Arteta, *Orígenes del reino de Valencia*, 4.^a ed., Zaragoza, Anubar edics., 1981.

Con acopio verdaderamente impresionante de documentación, previamente cribada gracias a un análisis exhaustivo, el profesor Ubieta refuta la falacia de que las lenguas romances van imponiéndose en los territorios reconquistados a medida que avanzan los ejércitos cristianos. Acepta la tesis de que la gran mayoría de los mozárabes se fueron convirtiendo al islamismo, pero demuestra que ese

hecho religioso apenas afecta al hecho lingüístico, la pervivencia del romance, de la que no tiene dudas ni en el conjunto de Al-Andalus ni especialmente en el Reino de Valencia. En esto es tajante, una vez aducidas las pruebas: «La lengua romance hablada durante el siglo XII en Valencia persistió durante todo el siglo XII y en el XIII, desembocando en el valenciano medieval.» No le convence en absoluto, a efectos lingüísticos, la presunta aniquilación de cristianos por los almorávides, que cree además muy discutible.

Mientras floreció el califato en Córdoba, Valencia y su territorio se vieron libres de la amenaza cristiana, pero cuando en 1031 se hundió el califato en el maremágnum de los reinos de taifas esa amenaza empezó a concretarse desde Aragón y desde Castilla. Hasta el tlaxcalteca Joan Fuster tiene que reconocerlo: «No hay duda de que la conquista del País Valenciano (*sic*) fue una iniciativa aragonesa» (*op. cit.*, p. 41). Aragonesa —y en su caso castellana— y en ningún momento catalana; los señores y las ciudades de Cataluña, con la excepción local e interesada del obispo de Tortosa, que deseaba reconquistar los territorios islámicos asignados a su diócesis, no sintieron la menor ansia, ni el menor impulso, por la reconquista del Reino de Valencia, a la que contribuyeron muy escasamente, y a la que hubo de arrastrarles el ímpetu del rey don Jaime I. Ante la descomposición del califato, el héroe castellano Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid, y el rey Pedro I de Aragón penetraron casi a la vez en el territorio valenciano. El rey de Aragón ocupó el norte de la actual provincia de Castellón; el noble castellano llegó a tomar la ciudad de Valencia, donde se asentó hasta su muerte en 1099, tras vencer a los almorávides, que trataban de recuperarla. El Cid realizó su conquista *por libre*, tras ser colocado fuera de la ley por su señor, el rey de Castilla don Alfonso VI, conquistador de Toledo. A la muerte del Cid su viuda doña Jimena y los castellanos, que no veían la posibilidad de mantenerse en la ciudad dentro del océano almorávide, optaron por abandonarla y regresar a Castilla, como hicieron en el año 1102.

En el siglo XII Alfonso I el Batallador de Aragón se apoderó de Morella en 1117, antes de conquistar Zaragoza; y luego recorrió el reino valenciano y asedió sin éxito la

capital. Desde 1102 a 1145 dominaron el reino los almorávides, que ni eliminaron a los restos de población cristiana ni acabaron con el romance hablado por el pueblo, con densa contaminación arábiga. Expulsados los almorávides y ante la presencia de los almohades, los musulmanes de Valencia proclaman rey a un personaje singular, Ibn Mar-danis (¿Martínez?), que no recataba sus orígenes, sus creencias y su modo de vivir cristiano; era seguramente un mozárabe cristiano, a quien se llamó el Rey Lobo (Lope), que entabló relaciones próximas al vasallaje con las vecinas coronas de Aragón y de Castilla, y que con su sola presencia demuestra la pervivencia cristiana en el reino. En 1171 fue derrotado por la nueva invasión musulmana que se hizo con la hegemonía en todo Al-Andalus, los almohades, pero dejó una profunda huella popular e incluso dinástica en el período siguiente, marcado por las convulsiones de la decadencia almohade, que se hizo irreversible después de la victoria conjunta de los reinos cristianos en la batalla de las Navas de Tolosa, el año 1212.

JAIME I, LA INTUICIÓN DEL REINO

Desde 1151, en el tratado de Tudilén, Alfonso VII de Castilla y el conde de Barcelona, Ramón Berenguer IV de Aragón, habían decidido que el Reino de Valencia quedara dentro de la reserva aragonesa para la reconquista restante, que va a emprender Jaime el Conquistador. Esta cruzada de reconquista no fue un conjunto de empresas aisladas sino un esfuerzo común de todos los reinos hispánicos que se lanzaron contra el Islam español a través de un plan conjunto, como apuntan hoy casi todos los grandes historiadores. Sancho II de Portugal encomienda a la orden del Temple la preparación de una base de operaciones en el territorio de Ocrato y a los caballeros de Santiago la toma de Aljustrel; Fernando III el Santo convocará a sus tropas en Toledo para la gran campaña de Córdoba, y Jaime I de Aragón soñará con el Reino de Valencia. Los reyes aragoneses, como sabemos, habían intervenido ya en los asuntos valencianos desde dos siglos antes, pero Jaime deja claro que su designio es apoderarse del Reino de Valencia como tal; aunque se había hablado (con diversas acepciones) de reino moro en Valencia, es el Conquistador quien realmente le concibe como una unidad y objetivo de su

gran empresa; el auténtico creador del reino en el sentido definitivo de la palabra, como demuestra Ubieta.

En 1225 el rey de Aragón y conde de Barcelona, Jaime I, decide emprender una campaña previa, cuando ya ha conseguido la conquista de su nuevo reino, al que ve así, como tal reino dentro de su Corona, en igualdad con los demás, sin enfeudarle o anexionarle a Aragón, ni a Cataluña. Un singular personaje, con notable sentido del futuro, Zeyt Abu Zeyt, era entonces gobernador de Valencia en nombre del califa alhomade. Al intuir la irresistible avalancha cristiana, se hace vasallo del rey Fernando III de Castilla en Moya, Cuenca, en 1225; luego se convierte al catolicismo, para lo que solicita la presencia de un legado del papa, y durante una de sus estancias en diversas partes de los reinos de Valencia y de Murcia, experimenta un encuentro místico en el castillo de Caravaca de la Cruz, de donde surge la arraigadísima creencia popular, perfectamente fundada en las circunstancias del momento, de la Cruz de Caravaca, que era entonces baluarte castellano en la frontera contra el reino islámico de Granada.

Pero el llamamiento de Jaime I en 1225 resulta un fracaso. De Cataluña no viene casi nadie. En la plaza de Teruel, lugar de la cita regia, sólo se presentan, con sus mesnadas, los nobles aragoneses Blasco de Alagón, Artal de Luna y Ato de Foces, cuyo nombre no puedo escribir sin emoción, puesto que se trata de un antepasado por línea directa y materna del historiador que suscribe; era mayor-domo de Aragón. Con tan escasas fuerzas el rey don Jaime fracasa en la conquista de Peñíscola y tiene que aplazar de momento su reconquista valenciana, que sigue dominada por los almohades.

LAS PRIMERAS CAMPAÑAS DE DON JAIME

Este fracaso no desanima al rey de Aragón, y estimula a los demás monarcas cristianos de los Cinco Reinos hispánicos, que al comenzar la década siguiente van a concertar sus esfuerzos contra Al-Andalus, debilitado irreversiblemente después de las Navas de Tolosa y la recaída en los reinos de taifas. En 1228 el rey Ibn Hud de Murcia se subleva contra los almohades y domina el sur del Reino de Valencia; mientras desde la capital el converso Zeyt Abu Zeyt mantiene un control relativo sobre la zona norte. Zeyt pac-

ta con Jaime I, pero es expulsado por Zayan, que dominará la ciudad en su agonía musulmana. Zayan es un descendiente del mítico Rey Lobo y obliga a Zeyt a refugiarse en Segorbe, desde donde reitera su fidelidad al Conquistador. Los nobles aragoneses organizan casi una invasión en el norte del reino y el señor de Albarracín toma una posición importante, Chelva, en 1228. Tras pactar nuevamente con Jaime I, Zeyt Abu Zeyt, el refugiado de Segorbe, se entrega al rey cristiano. Jaime decide entonces intervenir en regla. En el pacto, Zeyt se ofrece para cooperar con los cristianos en la reconquista de Valencia.

Ante la guerra civil de los musulmanes, divididos en tres centros de poder dentro del territorio valenciano, el impetuoso noble aragonés Blasco de Alagón ocupa, en 1232, Morella y Ares. Jaime I recela de estas conquistas señoriales y decide unificar bajo la Corona la penetración en el reino. Así lo hace sin permitir otras iniciativas de menor rango desde la campaña de 1233, cuando penetra por el río Palancia y toma Burriana, sobre la costa, con lo que todo el norte del reino queda aislado y a su merced. Aun así la ocupación, inevitable, resulta muy dura, y los escasos colaboradores catalanes de la reconquista valenciana piden al conde de Barcelona que abandone Burriana. Jaime I no les hace el menor caso y, en 1235, toma Castellón y la hasta entonces imposible Peñíscola; casi a la vez que en su nombre el arzobispo de Tarragona, Guillermo de Montgri, desembarca con lucida flota en la ciudad de Ibiza, e incorpora al reino a la gran isla Pitiusa, junto con la de Formentera. Por su parte el rey dispone diversas *razzias* sobre la fértil llanura valenciana, como señalando su decidida voluntad de terminar la empresa.

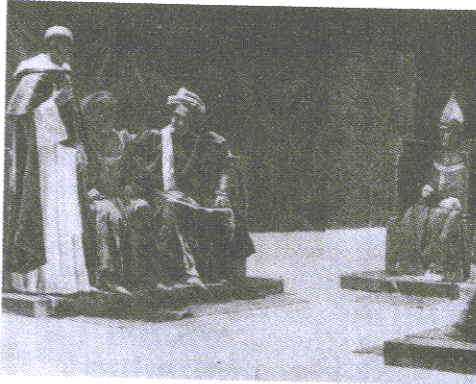
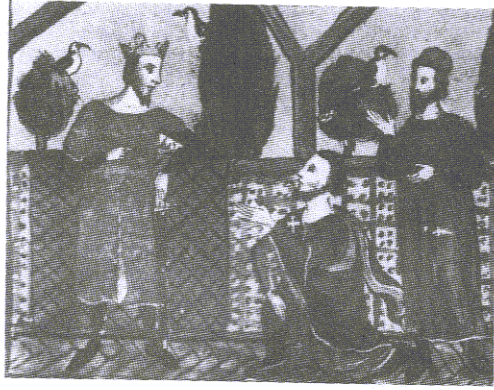
LA CONQUISTA DE VALENCIA CAPITAL

El 29 de junio de 1236 una noticia de primera magnitud empieza a conmover a la cristiandad entera: el rey de Castilla Fernando III conquista la capital del califato musulmán en España, Córdoba. Jaime I se alegra por la victoria de su primo y, ya que no le puede emular en santidad personal, decide emprender su gran ofensiva sobre Valencia, cuya fama no era inferior en el mundo mediterráneo. Convoca Cortes aragonesas en la ciudad de Monzón, en las que proclama la cruzada y cita a sus tropas y mesnadas

para la Pascua de 1237 en la ciudad de Teruel, punta avanzada de Aragón sobre el Reino de Valencia. Como demuestra documentalmente el profesor Ubieto, la expedición es prácticamente aragonesa, con fuertes contingentes de Navarra y participación de caballeros de casi toda España; en cambio, la participación de Cataluña es mínima, casi inexistente. Ni los nobles ni los caballeros catalanes sienten atracción por la empresa valenciana; mal podían llevar a ella su lengua si ni siquiera aportan, salvo honrosas excepciones, sus armas. El ejército real de Aragón se instala en el Puig, que recibirá su nombre definitivo de Puig de Santa María; tras disponer la estrategia para el asedio, el rey retorna y deja al mando de la hueste y de la posición a su tío, el aguerrido Guillén de Entenza. En ausencia del rey las tropas de Zayan emprenden un movimiento envolvente desesperado, rebasan la posición cristiana del Puig y en agosto de 1237 chocan más al Norte, cerca de Peñíscola, donde a precio de sensibles pérdidas —entre ellas el propio Guillén— los cristianos les derrotan completamente.

Para la campaña de 1238 regresa el rey don Jaime al campamento del Puig y toma el mando de un ejército bien escaso, con el que parecía imposible el asalto de una bien defendida ciudad, apoyada desde el mar por una escuadra tunecina, que no se atreve, sin embargo, a desembarcar ante la posible presencia de una flota cristiana. La fuerza principal es aragonesa, con 130 caballeros, 150 almogávares —los más terribles guerreros de la Baja Edad Media, procedentes de casi toda España— y 1000 soldados más; poquísimos catalanes entre el corto pero decidido conjunto. Sólo el tremendo desgaste de los musulmanes fuerza, sin apenas combates previos, la rendición de Valencia, que tiene lugar por capitulación formal el 28 de setiembre de 1238. Se ha dicho que el rey entró en la ciudad el día 28, aunque no efectuó su entrada solemne, con la ocupación del palacio real y la consagración de la catedral hasta la fecha mantenida hasta hoy por una tradición popular y profunda, el 9 de octubre. Ese día, según la misma tradición, se tremola la venerable senyera, la bandera del reino de Valencia con su franja vertical azul sobre las cuatro barras en campo de oro.

Millones de españoles ignoran que, durante el siglo XX, se ha desencadenado una reconquista antihistórica y falsaria por las nuevas mesnadas del pancatalanismo rampante, que se empeñan en convertir al reino ancestral que nos revitalizó y legó Jaime el Conquistador (en la miniatura) en nombre de no sé qué inexistentes y ficticios Países Catalanes.



Vicente Ferrer y su hermano Bonifacio, también religioso y primer traductor de la Biblia a una lengua romance, acudieron a Caspe (en la imagen) como compromisarios en nombre del Reino de Valencia para dirimir el litigio dinástico provocado por la vacante en el trono de Aragón a la muerte de Martín el Humano. Litigio que culminaría en la elección del Trastámara don Fernando de Antequera...

... El cual provenía de Castilla, pero fomentó por encima de todo la política mediterránea de su nuevo reino y supo comunicar ese horizonte a su hijo, el gran Alfonso el Magnánimo (rey de Aragón y Nápoles, en el grabado). Cuyo reinado, entre 1416 y 1458, marca el apogeo de la gran cultura valenciana en la Baja Edad Media.



FUEROS Y MUERTE DEL CONQUISTADOR

Los conquistadores no encuentran seria dificultad en entenderse con los habitantes de Valencia, la mayor parte de los cuales se queda en la ciudad bajo el mando de los cristianos. Ellos hablaban el romance valenciano arabizado; los conquistadores hablaban casi todos el romance de Aragón. La población no aumentó más allá del cinco por ciento, y la mayoría de ese cinco por ciento no era catalana; mal pudieron crear esos exiguos contingentes de Cataluña una lengua valenciana porque se encontraron con ella. Allí estaba un niño de doce años, el futuro mártir misionero san Pedro Pascual, primer escritor en lengua valenciana que ningún conquistador le había enseñado; la aprendió en casa bajo el dominio musulmán, y en ella escribió la Biblia Parva, como instrumento de evangelización. Para librar a su nueva conquista de las intransigencias aragonesas, que concebían al nuevo reino como una prolongación del de Aragón, Jaime I afianza su concepción de reino autónomo para Valencia, a que va a dotar de fueros propios —*els furs*—, en los que descarta del gobierno a nobles y eclesiásticos, con lo que instituye una especie de clase dirigente de tipo burgués. «El reino de Valencia —concluye Ubieto— fue el producto de la voluntad de Jaime I, que lo creó para diferenciarlo del reino de Aragón y del condado de Barcelona. Surgió en la primavera de 1239» (*op. cit.*, I, p. 232). Cuando se va consumando la conquista, Jaime I la fortalece con donaciones que se incluyen en el *Llibre del repartiment* (1237-1252). No hay el más mínimo monopolio catalán en la repoblación, que se realiza por mezcla de aragoneses, catalanes, navarros, castellanos y extranjeros con claro predominio de aragoneses. Jaime I continúa la reconquista del reino; y en 1244 pacta en Almizra con su sobrino Alfonso X el Sabio de Castilla los límites finales. En 1261 ordena traducir los fueros al valenciano. Mandó que en los juicios se utilizara el romance valenciano.

La Reconquista terminó para la Corona de Aragón con la toma de la última fortaleza musulmana, el castillo de Biar, en 1245; desde entonces Jaime I se dedicó a consolidar el Reino de Valencia, reprimió algunas revueltas musulmanas, reafirmó la autonomía del reino y su personalidad al oponerse a las pretensiones hegemónicas de los

aragoneses y, en definitiva, logró plenamente que cuajase su sueño valenciano. Murió en 1276, y si su recuerdo perdura en toda la Corona de Aragón y en toda España (sobre todo en Murcia, que por dos veces reconquistó en beneficio generosísimo de Castilla) es, sobre todo, en su Reino de Valencia, donde el Conquistador pervive como un héroe primordial y mitológico.

LA VEREDA DEL REINO

Todos los demás reyes de la Corona de Aragón —hasta Juan Carlos I— han sido a la vez reyes de Valencia, y ostentaron por lo tanto la doble numeración de su dinastía. Sucedió a Jaime I su hijo Pedro I, que dominó la última rebelión general de los moros sometidos, al conquistar su último reducto en el castillo de Montesa en 1277; de esta campaña surgió la cuarta de las grandes órdenes militares españolas, tras las de Santiago, Calatrava y Alcántara, cuyo maestrazgo asumió, como en el caso de las demás, el rey Fernando el Católico. Ya sabemos que una quinta orden nacida entre Alcántara y Montesa, la orden naval de Santa María de España, instituida en Cartagena por el rey Sabio Alfonso X *pora fechos allend mar* (lema que hoy ostenta la fragata *Infanta Elena*, de la Marina de guerra española), fue absorbida por la Orden de Santiago cuando casi todos los caballeros de Santiago habían perecido en una derrota contra los moros de Granada; la propia Corona de Castilla ordenó la inmolación de la orden naval-militar para salvar a la más antigua de todas. Pedro I defendió los fueros del Reino de Valencia, rechazados por la nobleza de Aragón. En su tiempo, 1283, se instala en Valencia, antes que en Mallorca y Barcelona, un Consulado del Mar.

Alfonso I de Valencia, y II de Aragón, hijo de Pedro I, reina de 1286 a 1291. Al proclamarse rey de Valencia arrieron las protestas de los nobles aragoneses, que preferían considerar al *Regne* como parte de Aragón. Los valencianos se oponen y obtienen del rey el privilegio general con rechazo de los fueros aragoneses. La Corona optó entonces por otorgar a cada pueblo el fuero que deseara; 31 de esos pueblos, dominados por la oligarquía nobiliaria, optaron por el fuero de Aragón y todos los demás, una gran mayoría, por los *furs* de Jaime I.

Entre 1291 y 1327 reinó Jaime II, que mantuvo una gue-

rra contra Castilla; avanzó hacia el sur del reino, y tomó Alicante, Orihuela y Murcia. En el tratado de Campillo (1304) se extendieron los límites meridionales del Reino de Valencia hasta comprender Orihuela; entre este municipio y el vecino y ya murciano de Beniel discurría —y ahora se mantiene— un camino —ya alcanza un alto valor simbólico que la frontera entre los dos reinos hermanos de Valencia y de Castilla sea eso, un camino— que hasta hoy se denomina, entre naranjales, *La vereda del reino*, jalonada por dos grandes *tueros* en su cruce con el camino real Orihuela-Murcia. He paseado muchas veces en torno a ese cruce, por la Vereda del Reino, que vista desde el de Valencia se refiere al de Castilla, y vista desde Castilla anuncia el de Valencia. El habla y la arquitectura se dividen suavemente, como uniéndose a uno y otro lado de esa Vereda cuyo profundo significado debieran conocer quienes desde uno u otro exclusivismo tratan de pontificar sobre lo que ignoran. Al extinguirse en 1312, tras una dura persecución europea y romana, la Orden del Temple, el rey de Valencia obtiene del papa Juan XXII la erección canónica de la Orden de Montesa, cuyo nacimiento hemos citado ya y que absorbió a muchos templarios. Todo el Reino de Valencia apoya a Jaime II en la conquista de Cerdeña, y todo el Mediterráneo occidental se llena con las hazañas del almirante valenciano Carroç.

UNA EDAD DE ORO VALENCIANA

Empezaba, con el siglo xiv, la Edad de Oro de la lengua y la literatura valencianas, que se extendió hasta muy dentro del siglo xv. La inmigración catalana en estos dos siglos, como ha demostrado el profesor Ubieto, se mantiene en márgenes exiguos que no abonan en momento alguno una presunta colonización cultural. Además los catalanes que bajan al reino carecen de capacidad cultural profunda; su influencia en la lengua valenciana es prácticamente nula. Ubieto, de quien tomo estos datos, concluye, tajante: «Que a falta de base documental, la afirmación de que en Valencia se habla valenciano por la influencia de repobladores catalanes durante la Edad Media... habrá que buscar otras explicaciones a esta postura historiográfica. Surgieron las económicas en épocas recientes» (*op. cit.*, II, página 202).

Ha madurado ya, en esos siglos de oro, la lengua valenciana; y florece, con mucha más intensidad que en Cataluña —dilacerada por luchas civiles y graves problemas dinásticos, inexistentes para el Reino de Valencia—, la economía. El pancatalanismo imperialista, con la ayuda de los *tlaxcaltecas* interiores, pretende apoderarse sin más de los siglos de oro valencianos; porque los necesita, para glorificar, anacrónicamente, su propia literatura catalana que entonces brillaba a mucha menor altura. Alfonso II de Valencia y IV de Aragón reina de 1327 a 1336. Choca en Guardamar de Segura con las huestes musulmanas del reino de Granada, que pretenden, sin éxito, cortar en dos la continuidad cristiana de la franja mediterránea. Defiende los fueros; pero el Consell valenciano se enfrenta con el rey por las excesivas donaciones que amenazaban con desintegrar el reino, y Alfonso cede ante la presión de sus súbditos. La tragedia marcó el reinado de Pedro II de Valencia y IV de Aragón (1336-1387) cuando reventó la Peste Negra —que asolaba a Europa— entre luchas civiles sin término. Se enfrentó con otro Pedro, Pedro I el Cruel de Castilla, que asedió Valencia, defendida victoriosamente por su rey con el apoyo de una hueste aguerrida, el *Centenar de la Ploma*; un gran destacamento de ballesteros que escoltaban a la *senyera* cuando salía a campaña. Juan I, su hijo y sucesor (1387-1396), fue un monarca débil, entregado a la caza, bajo cuyo reinado se consumaron —como en el resto de Europa— injustos y crueles asaltos a las juderías valencianas. Su hermano Martín, llamado el Humano (1396-1410), no pudo hacer frente a las banderías y el bandolerismo que marcaron su tiempo, y al morir sin hijos quedó planteada en la Corona de Aragón una grave cuestión dinástica, que fue resuelta por la diplomacia valenciana, con enorme repercusión en la historia de España.

SAN VICENTE FERRER EN CASPE

Gozaba de gran predicamento en momentos tan críticos uno de los valencianos más universales en la historia del reino, y en la historia de España, san Vicente Ferrer, a quien hube de defender durante una visita a Israel, con la Historia en la mano, cuando mis amigos judíos me enseñaban una imagen distorsionada y negativa del santo en el templo del Holocausto, que han erigido, muy compren-

siblemente, en Jerusalén. Vicente Ferrer, miembro insigne de la Orden de Predicadores, y su hermano Bonifacio, también religioso y primer traductor de la Biblia a una lengua romance —el valenciano, naturalmente, como en valenciano se pronunciaban los sermones famosos de fray Vicente—, acudieron a Caspe como compromisarios en nombre del Reino de Valencia para dirimir el litigio dinástico provocado por la vacante en el trono de Aragón. Cada una de las tres entidades que lo integraban —los reinos de Aragón y de Valencia, el principado de Cataluña— envió tres compromisarios; nueve en total, pero ningún candidato resultaría elegido sin obtener al menos seis votos, y necesariamente un voto, como mínimo, de cada entidad territorial integrada en la común Corona. Los dos candidatos eran el conde de Urgel y el infante Fernando de Castilla, de la familia Trastámara, conocido como Fernando de Antequera por su victoriosa y espectacular campaña que le llevó a dirigir la conquista de esa ciudad andaluza. Fernando era un hábil político, y un príncipe prudente, dotado con un excepcional sentido de lo que hoy llamaríamos relaciones públicas. Vicente Ferrer se convirtió en su campeón, y convenció a sus colegas para que le eligiesen; con lo que llegó a ser algo más importante, el principal forjador histórico de la futura unidad de España, que ya había intentado siglos antes sin éxito otro rey de Aragón, Alfonso I el Batallador. El 25 de junio de 1412 se celebró secretamente la votación. Los tres compromisarios aragoneses votaron a Fernando; como los dos hermanos Ferrer y el compromisario catalán Gualbes. El tercer valenciano, Pedro Beltrán, se abstuvo por su condición de suplente. De esta forma los diplomáticos del Reino de Valencia tuvieron una decisiva influencia en la creación remota de la Corona de España, que brotaría algo más de sesenta años después del compromiso. El Reino de Valencia afirmó así su vocación de crear grandes reinos de proyección mundial, no pequeños países ilusorios. Vicente Ferrer, nacido en 1350, y que llegó a tan alta plataforma de decisión histórica después de haber recorrido Europa, fue, con toda lógica, el portavoz de los nueve compromisarios al anunciar la elección del infante Fernando de Antequera como rey de la Corona de Aragón.

El cual provenía de Castilla, pero fomentó por encima de todo la política mediterránea de su nuevo reino, y supo comunicar ese horizonte a su hijo, el gran Alfonso el Magnánimo, III de Valencia y V de Aragón, que reinó entre 1416 y 1458. Navas valencianas sometieron Cerdeña y tomaron la ciudad de Nápoles; el almirante valenciano Ramón de Corbera, en lucha con la Casa de Anjou, rompió las cadenas del puerto de Marsella y tomó por asalto la ciudad; luego el Rey Magnánimo donó las cadenas a Valencia, junto con el Santo Grial, una reliquia legendaria del medioevo. Su reinado marca el apogeo de la gran cultura valenciana en la Baja Edad Media, que se prolongó hasta los albores de la Edad Moderna. Los intensos contactos con Italia cuajaron la conexión valenciana con las corrientes del humanismo, y fray Antonio Canals, traductor de Valerio Máximo a la que él llama *lengua valenciana*, contraponen su otra a las traducciones realizadas en *lengua catalana*; un testimonio del que huyen los pancatalanistas como sobre ascuas. Pero esa misma lengua fue elevada hasta las cumbres de la lírica europea de su tiempo por un caballero del rey Alfonso, Ausias March, que liberó al valenciano de provincialismos espúreos y supo conferir a sus poemas la impronta del clasicismo. Lo mismo haría, en la generación siguiente, Joanot Martorell, autor de la novela primordial *Tirant lo Blanch*, calificada por Cervantes en el *Quijote* como «el mejor libro del mundo». Martorell dice escribir «en vulgar lengua valenciana», a la que el propio Cervantes en el *Persiles* se refiere como «graciosa lengua valenciana con quien sólo la portuguesa puede competir en ser dulce y agradable». Son también célebres Joan Esteve, autor de un *Liber elegantiarum*; Jaume Roig, que escribió *L'espill o llibre des dones*; sor Isabel de Villena, autora de una memorable vida de Cristo, novelada. El primer diccionario de una lengua romance se compuso en Valencia, y en valenciano se imprimió (junto con partes menores en italiano y castellano el primer libro en que se aplicó el invento de Gutenberg en España, las *Trobes en lahors de la Verge Maria*, que se conserva en la Universidad de Valencia y tuve en mis manos en 1974, con la emoción que puede suponer el envidioso lector. Se propagan

por entonces el fabuloso *Misteri d'Elig* (Misterio de Elche), escrito a fines del siglo XIII (1265), y el *Cant de la Sibila*, dos monumentos de la lengua. Eran tiempos de esplendor general en el reino. Se creaba la Taula de Canvis y las primeras grandes instituciones benéficas en favor de los marginados de la sociedad. El siglo daba dos papas valencianos, Calixto III y Alejandro VI; la familia valenciana de los Borja (a quienes los horteras de la Historia siguen llamando en España *Borgia*) se convirtió en la más famosa del mundo. Algún italiano despistado, sin saber de qué iba la cosa, quiso llamarles *catalanes*; con el mismo criterio podríamos llamar *venecianos* a los Medici. Pero nombrar a estas alturas, como hacen los pancatalanistas y los *tlaxcaltecas*, amén de varios académicos castellanos esquirolles, a March y Martorell representantes de la *literatura catalana*, cuando ni por lengua, ni por cultura, ni por política, ni por administración, estaba Valencia integrada en Cataluña, es un interesado disparate mucho más grave que incluir a don Alfonso X el Sabio en la literatura portuguesa, a Miguel de Unamuno en la literatura vascoence o a José Ortega y Gasset en la literatura argentina.

EL REINO DE VALENCIA EN EL REINO DE ESPAÑA

Bajo el reinado de Juan II, hermano de Alfonso (1458-1479), el Reino de Valencia no apoyó al príncipe de Viana, promovido por Cataluña, que, como se sabe, estuvo dispuesta, y no sólo en proyecto, a arrojarse en los brazos del rey de Castilla; y cuando se frustró este proyecto, los designios de Cataluña, Valencia y por supuesto Aragón volvieron a unirse en la exigencia y el deseo clarividente de no dejar escapar a la mujer más importante de la historia de España, Isabel de Castilla. Con la que unió sus destinos el príncipe Fernando, que desde 1479 sería II de Valencia y de Aragón, V de Castilla.

A partir de los Reyes Católicos el Reino de Valencia se empezó a integrar en la Corona de España. El reinado valenciano de Fernando el Católico fue también espléndido. De él es la Lonja capitalina, terminada en 1482. El racionero Luis de Santángel fue uno de los artífices, por su generosidad y su fe, del descubrimiento de América, que gracias a él fue también una empresa valenciana. Como acaba de demostrar ante toda España un profundo cono-

cedor de la historia valenciana, don Vicente Giner Boira. En una estupenda carta publicada en *ABC* el 17 de julio de 1990 ese gran señor del valencianismo hispánico reivindicaba para Valencia la egregia figura de Luis de Santángel. Valenciano de Valencia, figura clave en el reinado de los Reyes Católicos y en el descubrimiento de América, al que contribuyó con un millón ciento veinte mil maravedises valencianos, acuñados en la ceca de Valencia, contra quienes hablan en este caso de «dinero catalán». Un papa valenciano, Alejandro VI, a quien se deben también las primeras bulas para el reparto del Atlántico, es decir del mundo, entre Castilla y Portugal, erigió con carácter definitivo la Universidad de Valencia en el año 1500. Un gran general y almirante valenciano, Hugo de Moncada, brilla en la historia de España, hasta su muerte en 1528.

A partir de entonces la aristocracia valenciana contribuye a la castellanización del reino. Y apoya a Carlos I de España en la represión de la revuelta de las Germanías. Felipe II envía a la archidiócesis valenciana a san Juan de Ribera, que acumula un amplísimo poder eclesiástico y civil, y que, pese a haber pasado a la gran Historia con pleno derecho se ve ahora calificado anacrónicamente como oscurantista por los *tlaxcaltecas* —en una actitud paralela a la de aquellos vascos ignorantes que abominan de Miguel de Unamuno por ser y sentirse español—. Bajo Felipe III se procede, por serias razones de Estado, a la expulsión de los moriscos, con repercusiones económicas negativas en la agricultura valenciana; y las grandes figuras de la cultura valenciana, como el pintor Ribera el Españolito, lo son también de la cultura hispánica, como había sucedido ya con el humanista universal Juan Luis Vives.

La incorporación voluntaria del Reino de Valencia a la causa —una causa también española— del pretendiente austriaco a la muerte de Carlos II, originó la supresión de los fueros valencianos después de la batalla de Almansa, mediante el decreto de Nueva Planta impuesto por el primer rey de la Casa de Borbón, Felipe V, al año siguiente, 1706; de donde se dedujo un proceso de centralización y castellanización que no encontró graves resistencias valencianas. En este siglo XVIII, con el advenimiento de la Ilustración, se advierten en el Reino de Valencia los primeros intentos de resucitar, con carácter culto, la venerable y popular lengua valenciana; así, el notario Carles Ros y fray Luis Galiana, que editó un tratado de refranes y un voca-

bulario. Un gran ilustrado, Francisco de Paula Martín, inventó la taquigrafía —y la pluma estilográfica— y compuso un alfabeto para mudos. Durante el siglo XIX también Valencia tuvo su renacimiento vernáculo —la *Renaixença*— con nombres insignes como Tomás de Vilarroya, Vicente Boix, Teodoro Llorente y Wenceslao Querol. Eduardo Escalante recuperó, con gran éxito, la lengua valenciana para el teatro popular. En 1878 Constantino Llombart funda la benemérita entidad valencianista *Lo Rat Penat*, que se mantiene hasta hoy, y en 1879 se instituyen los Juegos Florales de la ciudad y el Reino de Valencia. Pero el valencianismo, mientras trata de encontrar las raíces históricas y culturales del reino (aunque va a conocer, más adelante, una curiosa versión republicana), no alberga, en ningún caso, desviaciones separatistas, como desgraciadamente ocurría, bajo pretextos culturales, en la génesis y desarrollo del catalanismo. Con ello nos situamos en el siglo XX, tras este breve y esquemático recorrido histórico-cultural; y nos disponemos al análisis de la campaña pancatalanista en el Reino de Valencia, cuyas consecuencias seguimos padeciendo, sin que la opinión pública española, muy desorientada, se haya dado cuenta hasta hoy.

EL HIMNO A VALENCIA

Después del desastre español en ultramar, el año 1898, el regionalismo que ya proliferaba en Cataluña se había transformado profundamente en nacionalismo, y los brotes nacionalistas anteriores —que habían surgido hacía décadas con una fuerte componente cultural— evolucionaban, a su vez, hacia el autonomismo radical, e incluso el separatismo. En 1907 el organizador y alma del catalanismo, Enrique Prat de la Riba, creaba el Institut d'Estudis Catalans, que pronto demostró una actitud expansiva, a la que venimos llamando *pancatalanismo*. Poco después, en 1911, Prat de la Riba instaura una tercera sección del Institut, la filológica, cuyo objetivo es la *normalización* de la lengua catalana. Esta palabra, que ha llegado a nuestros días con tintes casi mágicos, significaba al principio la unificación y modernización de la lengua de Cataluña, relativamente dispersas en varias modalidades, entre las que destacan dos principales: el catalán de la costa u oriental, hablado sobre todo en Barcelona, y el catalán interior u occidental,

utilizado en las comarcas y zonas interiores. Hoy día, conseguida esta primera *normalización*, el término ha adquirido un significado más agresivo; que consiste no sólo en la equiparación del catalán y el castellano en el principio —la tesis famosa del bilingüismo—, sino, prácticamente, en la primacía absoluta del catalán sobre el castellano, aunque tal finalidad sea antihistórica, inconveniente para los catalanes (a los que insensiblemente se les privaría de una lengua universal en beneficio de otra respetabilísima pero particular) y en el fondo, aunque aparentemente se guarden las formas, anticonstitucional, porque de hecho se arrincona y se expulsa al castellano. Se encargó al principio de esta *normalización* el filólogo mallorquín mosén Alcover. De momento no se notaban desviaciones culturales en el valencianismo, cuyos postulados avanzaban en el pueblo; el 22 de mayo de 1909 se estrenaba, ante el rey Alfonso XIII, el maravilloso *Himno a Valencia*, con motivo de la Exposición, pero con carácter perdurable. La música era del maestro Serrano (nacido en Sueca, 1873) y autor de partituras tan inolvidables como *La Dolorosa* y *Los de Aragón*; la letra fue escrita por el poeta valencianista (y luego comunista) Maximiliano Thous, y aún admirablemente el doble ideal del reino en su primer verso: *Per a ofrerer noves glòries a Espanya*. Pese a ciertas críticas marginales, el *Himno a Valencia* ha calado definitivamente en el pueblo. Carlos Recio le ha dedicado un libro con gran poder de evocación.

LAS ARBITRARIEDADES DE POMPEYO FABRA

En 1913 el Institut d'Estudis Catalans adopta para su objetivo de *normalización* el criterio de un químico metido a filólogo y transformador de la lengua catalana: Pompeyo Fabra y Poch, conocido después como Pompeu Fabra, otro *intocable* del cual habrá que hacer alguna vez una crítica profunda, que jamás han intentado los intelectuales catalanes, por conformismo (excepto uno, el profesor Rubio, sobre quien volveremos), ni los castellanos que conocen el catalán, quizá por cobardía. Disconforme con las arbitrariedades de Fabra, Alcover, que era un filólogo mucho más serio, dimite y se vuelve a Mallorca.

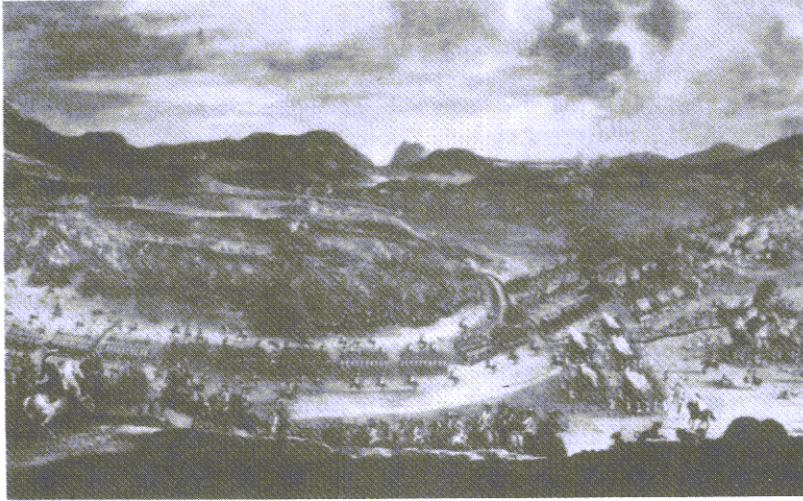
Pomeyo Fabra había nacido en Barcelona en 1868. Desempeñó una cátedra de su carrera universitaria, la quí-

mica, en Bilbao. Aficionado a la filología, se dedicó a la reforma del catalán con el ardor de un cruzado y bajo la protección entusiasta de Prat de la Riba. Publicó una *Gramática de la lengua catalana* en 1912 y un *Diccionario general* en 1923, que se considera por los pancatalanistas como dogma de fe. Con motivo de la guerra civil se exilió en Francia, donde murió en 1948.

La clave filológica de Fabra era «conseguir un proceso de unificación sobre la base de la normalización en el principado». Será el mismo fin que adopten los forzados unificadores de la lengua vasca, dispersa en media docena de dialectos; y tanto unos como otros bajo la inspiración de los filólogos judíos que normalizaron la resurrección del hebreo como nueva lengua nacional para el solar de Israel en Palestina. La retirada de Alcover se debió a su oposición a este «centralismo lingüístico» de Fabra, que pretendía imponer en todas partes el habla no ya de Cataluña sino de Barcelona, con talante dogmático y con arbitraria eliminación de las formas que se asemejaban al castellano, pero que provenían de una evolución natural y legítima, es decir, perfectamente catalana. El ilustre filólogo valenciano Cremades, de la Compañía de Jesús, de quien tomamos estas opiniones, explica por qué Fabra no eligió por modelo a Jacinto Verdaguer, máximo poeta catalán contemporáneo: «Y es que la lingüística verdagueriana se halla bastante más próxima al valenciano de los Ausias March, Martorell y sus sucesores hasta Teodoro Llorente y Fullana; más cerca también del catalán occidental, leridano y tortosino; más cerca incluso del romance vivo en el Reino de Valencia cuando la conquista de Jaime I y que hoy podemos admirar en el texto de *Els furs*. Lo que es más, los escritos de Verdaguer se hallan mucho más próximos al lenguaje actual de los valenciano-parlantes que al catalán oriental.» Y eso que Pompeyo Fabra se dignaba permitir que la lengua del Reino de Valencia se denominase valenciano o catalán.

REACCIONES EN VALENCIA

Los valencianistas no fueron insensibles a los primeros amagos del pancatalanismo, que casi desde sus comienzos tramaba la falsa reconquista cultural, con horizonte político, de Valencia, sobre la base de una falacia inicial: ahó-



La incorporación voluntaria del Reino de Valencia a la causa del pretendiente austríaco —una causa también española— a la muerte de Carlos II, originó la supresión de los fueros valencianos después de la batalla de Almansa (en el grabado) y por Felipe V el año 1706. De donde se dedujo un proceso de centralización y castellanización que no encontró graves resistencias valencianas.



Según las tesis antivalencianas del pancatalanismo, el Reino de Valencia —devaluado en nuestros días como «País Valenciano», un invento y denominación que jamás existieron— forma parte hoy, como lo había formado siempre, de una entidad histórica y cultural llamada «Països Catalans» o «Catalunya Gran». Así lo afirma el «tlascalteca» Joan Fuster (en la foto): «De Salses a Guardamar, de Maó (Mahón) a Fraga, som un poble, un sol poble.»

gar el nombre, histórico y real, de reino, para sustituirlo por el ambiguo e inventado de País, el País Valenciano, que pudiera integrarse en su momento en otra falacia: los Països Catalans, o Cataluña Gran, un proyecto antihistórico y netamente separatista que, como muchos olvidan, está hoy expresamente vetado por la Constitución española de 1978 al prohibir tajantemente la federación entre comunidades autónomas, excepto la absurda posibilidad de que el País Vasco anexiona a Navarra a través de una serie coactiva de consultas populares periódicas; se trata seguramente de la concesión más burda y opresiva de nuestra Constitución actual al sentimiento de las minorías separatistas. Pero en 1915 se funda el Centro de Cultura Valenciana, antecesor de la actual Academia, que desde el primer momento se opuso al pancatalanismo rampante. Ya en 1909, Bernat Ortín Benedito había publicado una gramática valenciana, y en 1915 el notabilísimo filólogo e historiador de la lengua, el padre Luis Fullana, editaba otra que se impuso por su irreprochable fundamento. En 1921 los valencianistas publicaron un diccionario acorde con esta gramática. En 1926 la Real Academia Española, que en esta época mantenía muy clara la visión sobre el valenciano, designaba académico de número al padre Luis Fullana como máximo experto en lengua valenciana.

En 1932 los valencianistas caen en una bien preparada trampa de los pancatalanistas. El Institut d'Estudis Catalans convoca a los valencianos a una reunión, que se celebró en Castellón, para discutir y aprobar la unidad ortográfica del valenciano y el catalán según patrones catalanistas. La reunión fracasó, pero se firmó un documento de acuerdo tras recabar firmas casa por casa, de forma aislada y coactiva. Fullana, a quien se había reservado el primer lugar para la firma, firmó el último, pero volvió de su error y reeditó su gramática en 1932 y 1933. Por entonces José María Bayarri advirtió sobre *el peligro catalán* y luego publicó una gramática valencianista. «Durante los cincuenta años que nos separan del acuerdo transaccional —dice Cremades—, una de las partes ha trabajado afanosa y tenazmente, con abundancia de medios económicos y propagandísticos, en lograr artificialmente la total *fabricación* del valenciano, por métodos poco legítimos que hemos tratado de poner en evidencia: interpretaciones inadecuadas de los hechos, contenidos y nomenclaturas; sistemas modernos manipulados; cambios morfológicos y terminológicos;

omisiones y adiciones no concordes con los textos originales.» En 1933 el Ayuntamiento de Valencia publica unas normas de ortografía valenciana y el maestro Carles Salvador, que había sido promotor de la primera fase de la campaña pancatalanista, publica su *Diccionario y ortografía valenciana*, que le acarreará duras críticas de los fabristas puros, tras haberle colmado de elogios; y es que lo quieren todo, y sólo alaban lo que les conviene. También aquel año 1933 publica la primera edición de su famoso libro *La llengua dels valencians*, quien sería desde entonces hasta su muerte, ya en nuestros días, apoyo interior principal del pancatalanismo en Valencia: Manuel Sanchís Guarner.

SANCHÍS Y FUSTER: MISTERIOSOS DINEROS

Conocí al señor Sanchís durante una de mis visitas a Valencia, que prodigo cuanto puedo, porque me apasiona cada vez más la nobleza congénita del reino y el gravísimo problema que lo divide. Me preocupaba entonces el apoyo a las beneméritas agrupaciones musicales que en numerosos pueblos valencianos actúan como espléndidos centros para la promoción de la cultura, pero muy intrigado por la problemática del idioma, a la que entonces me empezaba a asomar, suscité el tema en una reunión con intelectuales valencianos a la que asistía, a mi izquierda, el señor Sanchís. En aquella discusión no me enteré absolutamente de nada, pero advertí la hondura del enfrentamiento interior. Sanchís me pareció una persona amable y correctísima, conocedor profundo del problema, que exponía con voz cansada y semblante huidizo, como si albergase un estímulo de incertidumbre y desasosiego en el fondo de su convicción. Era por entonces un oráculo indiscutible e intocable; su prestigio se fundaba en el dogma más que en el saber. El padre Francisco de Borja Cremades, en su libro de 1985 *Normativa de la lengua valenciana*, pone en evidencia las contradicciones de Guarner, sus insuficiencias históricas, sus arbitrariedades lingüísticas; y destruye casi toda su credibilidad.

Llegó el turbión de la guerra civil, cuando Valencia fue capital de la República derrotada, que no tuvo tiempo para

controversias filológicas. Acabado el conflicto, en 1939 Miguel Adlert y Xavier Casp fundaron la Editorial Torre, que adopta la línea catalanista; pero otros intelectuales valencianos se oponen al pancatalanismo renaciente, como Nicolau Primitiu, Francesc Almela Vives, Antoni Igual i Ubeda. Durante el régimen de Franco el pancatalanismo tiene que actuar con sordina, pero no cesa, subterráneamente, en su empeño, gracias a su quinta columna valenciana, que ahora van a encabezar tenazmente Manuel Sanchís Guarner y el antiguo fascista Joan Fuster, que traslada al campo histórico-filológico la actitud totalitaria que aprendió en la Falange. Por entonces Manuel Sanchís residía en Mallorca y allá le va a buscar Joan Fuster —según confiesa el propio Fuster en 1962— para revelar le las claves de la operación, con estas palabras: «M'han donat uns xavos (unas perras) i vull editar una sèrie d'opúsculos.» El dinero fresco del pancatalanismo para una nueva fase de la falsa reconquista catalana de Valencia en el siglo xx. La Real Academia Española, sin embargo, mantenía en ese año, 1959, su buena línea anterior ante el problema. En el *Boletín de la RAE*, septiembre-diciembre de 1959, tomo 39, cuaderno 158, se explica la definición de *valenciano* en el diccionario: «Y no está exenta de alcance político la rectificación que se ha hecho en las definiciones del catalán, valenciano, mallorquín y balear a fin de ajustarles a la lingüística moderna, dando de paso espontánea justificación a los naturales de las respectivas regiones. Del valenciano, por ejemplo, se decía *dialecto de los valencianos*; ahora se le reconoce la categoría de lengua y se añade que es la hablada *en la mayor parte del Reino de Valencia*.» Muy bien; eso es.

EL TORPE MANIFIESTO DE 1970

«En los años sesenta —dice Cremades—, tras una paciente y prolongada labor por medio de la universidad, las tierras valencianas estaban materialmente inundadas de literatura fabrística.» En efecto, llegaron durante la década anterior a la Universidad de Valencia varios profesores catalanes, que empezaron a propagar, sobre falsas bases científicas, los dogmas del pancatalanismo, en estrecha conjunción con los *tlaxcaltecas* que les servían de coartada interior y cuyos jefes de fila eran, cada vez más clara-

mente, Manuel Sanchís Guarnier y Joan Fuster, cuyo pasado falangista (y orígenes carlistas, para que nada falte) ha mostrado Sergio Vilar en su muy sugestivo libro sobre la oposición al franquismo, publicado fuera de España durante la época de Franco. Publicaba Fuster en la editorial pancatalanista Edicions 62, de Barcelona, y en ese año 1962, su difundida obra *Nosaltres els valencians*, que es el equivalente a *La llengua* de Sanchís pero en vía estrecha: si el libro de Sanchís es la biblia del catalanismo valenciano, el de Fuster equivale a su catecismo. Como ya vimos al principio de este capítulo, Fuster formula todas las tesis erróneas, vacuas y agresivas del pancatalanismo aplicado al Reino de Valencia; y no advierte el contrasentido de una afirmación que se vuelve contra él: cuando describe «la apariencia de estar pasando por una etapa de asimilación a ciertas vagas superestructuras extrañas». Los *xavos*, las *perras* que anunció a Sanchís en Mallorca ya estaban empezando a dar sus frutos. Fuster desprecia el popular y espléndido *Himno a Valencia* (p. 232), define a la Monarquía de los Austrias como «sociedad anónima constructora del Estado español», que no es mala expresión para un antiguo fascista; arremete contra «la presunta hegemonía valenciana del siglo xv», que fue una realidad, como «un espejismo o si se quiere una mera crispación epidérmica»; reniega de la gran literatura valenciana interpretándola como catalana; en fin, parece mentira cómo este ardoroso *tlaxcalteca* sirve a intereses exteriores con tanto entusiasmo como invocaba, en su juventud, a los luceros en su condición confesada de jefe de escuadra de la Falange local.

En diciembre de 1970 un grupo de académicos de la Española, en una exhibición de blandenguería y entreguismo, que por desgracia no es excepcional entre nuestros intelectuales, dan la espalda a la actitud de la Academia que hemos fijado en 1959 y cambian la definición de *valenciano* que ahora dice así: «Variedad de la lengua catalana que se habla en la mayor parte del Reino de Valencia.» Mientras que el catalán es «Lengua romance vernácula que se habla en Cataluña y otros dominios de la antigua Corona de Aragón.» Poco después ese grupo de académicos cede de nuevo a las presiones pancatalanistas y se cubre de «gloria» con un inconcebible manifiesto en que tratan de explicar lo inexplicable. A petición de algunos profesores del comando catalanista en la Universidad valenciana (Vicente-Arche, Roselló Verger, Solás, Cucó, Blasco Estellés), los

académicos Dámaso Alonso, Jesús Pabón, Zamora Vicente, Lázaro Carreter, Alarcos Llorach, Aleixandre —especialmente propenso a las manipulaciones— y Lapesa Melgar, pertenecientes a las Academias de la Lengua o de la Historia, piensan que este asunto está «científicamente aclarado desde hace muchos años» y que, «de acuerdo con los principales estudiosos de las lenguas románicas» (entre los cuales no se encuentra la pléyade de maestros en quienes nosotros hemos apoyado nuestro análisis), «el valenciano es una variedad dialectal del catalán. Es decir, del idioma hablado en las islas Baleares, en la Cataluña francesa y española, en una franja de Aragón, en la mayor parte del País Valenciano, en el principado de Andorra y en la ciudad sarda de Alguer».

«Por todo ello —siguen los señores académicos en la luna— nos causa sorpresa ver este hecho puesto públicamente en duda y aun ásperamente impugnado por personas que claramente utilizan sus propios prejuicios como fuente de autoridad científica, mientras pretenden ridiculizar e incluso insultar a personalidades que, por su entera labor, merecen el respeto de todos y en primer lugar del nuestro.» Las mismas «personalidades» que habían redactado en la sombra el «manifiesto de los académicos».

Se adhirieron luego a este escrito —conseguido con técnicas parecidas al convenio de 1932, por la debilidad tan corriente en nuestro estamento intelectual— los académicos cardenal Tarancón, Camilo José Cela, Laín Entralgo, Salvador de Madariaga, José Antonio Maravall, Pedro Sainz Rodríguez, Luis Rosales y Miguel Delibes. En su libro *La lengua valenciana en perill* (Valencia, 1982, pp. 96 y ss.) el padre Cremades desmenuza y rebate el desdichado manifiesto de los académicos, y arrasa de nuevo las tesis del «maestro indiscutible» Sanchís Guarner, que según parece habían convencido a los complacientes firmantes de Madrid.

EN DEFENSA DE LA LENGUA VALENCIANA

Uno de los profesores valencianos que solicitó el manifiesto, Alfons Cucó, luego senador socialista, publicaba en 1971 un libro, *El valencianisme polític* (Valencia, Imp. Cosmos), bajo el patrocinio de una fundación catalana y con prólogo del profesor E. Giralt. El libro es muy interesante, aun-

que elude por completo el problema de la lengua valenciana en relación con los objetivos del pancatalanismo; para centrarse en los aspectos políticos del valencianismo. Inscrito en el comando catalanista de la universidad valenciana, Cucó intenta, en este libro, no destruir sus posibilidades políticas de futuro alineándose descaradamente con el pancatalanismo. En todo caso, y aparte de su trasfondo, el libro ofrece datos y perspectivas históricas de sumo interés. No hay en él más que una referencia marginal a Sanchís Guarner, de quien no se aduce teoría alguna. Las citas —literarias— de Joan Fuster tampoco endosan sus aberraciones históricas y lingüísticas.

El mismo año de la muerte de Franco, el ministro de Educación Cruz Martínez Esteruelas creaba, por decreto de 4 de febrero de 1975, el Departamento de Lingüística valenciana en la Universidad de Valencia. Por entonces un distinguido intelectual alicantino, notable historiador, el doctor Vicente Ramos, publicaba un libro de máximo interés informativo, *Pancatalanismo entre valencianos*. El autor se ha visto acosado por persecuciones anticientíficas por parte del «comando». Ramos aduce una importante cita valencianista de Salvador de Madariaga, en plena contradicción con su firma que prestó para el infundado manifiesto de los académicos en 1970. Don Salvador había escrito: «Valencia no quiere ser otra cosa que Valencia. Su lengua difiere lo bastante de la catalana para poderse permitir gramática y vocabularios, si sus literatos quisieran construirselos, como lo han hecho los catalanes a la suya.» Esas gramáticas y esos diccionarios existen, como ya sabe el lector; Madariaga no tuvo tiempo de leerlos. Por esta época Manuel Sanchís Guarner, azuzado por los pancatalanistas, radicaliza sus posiciones; Cremades ha mostrado desnudamente las aristas —a veces contradictorias— en la evolución del «mestre indiscutible». Y en 1977 otro distinguido intelectual del Reino de Valencia, Miquel Adlert, publica una resonante palinodia. Sabemos que Adlert había fundado en 1939 una editorial catalanista en Valencia. Ahora, en 1977, publica su libro *En defensa de la llengua valenciana*, jamás citado por los pancatalanistas, que tratan de sepultarle entre escombros de silencio. Su primera confesión es tajante: «ME ENGAÑARON.» Hace historia de los avances del catalanismo en Valencia durante la República; y revela que en 1951, durante un viaje a Cataluña, advierte el engaño y comienza su reconversión. Denuncia a Joan

Fuster como director de la campaña catalanizadora en Valencia, y fija el arranque de esa campaña, en su última fase, en el año 1962. Y arroja la culpa de la catalanización a los propios intelectuales valencianos; especialmente a ciertos poetas. Su compañero de aventuras editoriales, Xavier Casp, formula también su retractación. Inútil es decir que Alfonso Cucó los ha borrado absolutamente en su libro.

El valencianismo encontró, el año 1979, un inesperado aliado nada menos que en el más famoso político catalán de la transición, el difunto marqués de Tarradellas, que declaraba en *Hoja del Lunes* de Alicante de 23 de octubre de 1978: «¿Países Catalanes? Soy reacio a ese concepto. Nunca han existido ni existen los Países Catalanes.» Ese mismo año un intelectual valencianista militante, Vicente Simó Santonja, publicaba su documentadísimo alegato, *¿Valenciano o catalán?*, que nos ha servido de guía para este estudio. Y un intelectual catalán, el profesor Luis Rubio, catedrático de filología románica en la Universidad de Murcia, publica sus *Reflexiones sobre la lengua catalana* que constituyen la hasta ahora más importante y fundada crítica a la reforma del catalán por Pompeu Fabra. Esa reforma se hizo, según Rubio, por y para Cataluña. Se montó sobre el habla de Barcelona; fue obra personalista, sin el necesario equipo asesor; y bajo la obsesión anticastellana, que veía en todas partes castellanismos que derivaban naturalmente, como había sucedido en el castellano, del romance original. (Cremades, *Normativa...*, p. 59.)

Al año siguiente, 1971, la Academia de Cultura Valenciana reedita, actualizada, la *Normativa ortogràfica* de Luis Fullana. Aparecen interesantes libros de iniciación infantil y juvenil valenciana, editados por otra benemérita institución, el Grup d'Acció Valencianista, como las obras de las profesoras María de los Desamparados Licer y María Pilar Hervàs *Nelo i Carmeta* (1983) y *Desperta* (2.º nivel) de 1979. Ya en 1981 la Academia de Cultura Valenciana publica una obra de envergadura: *Documentació formal de l'ortografia de la llengua valenciana*, que provocó lo que nunca había conseguido una gramática: un acto de adhesión multitudinaria en el monasterio de Santa María del Puig, que consiguió millares de firmas de destacados intelectuales, artistas y profesionales.

EL ESTATUTO DE 1982

Los socialistas del Reino de Valencia, increíblemente, se rindieron a la presión pancatalanista y el Estatuto de Autonomía de la Comunidad Valenciana (ley 5/1982, de 1 de julio) está escrito no en valenciano sino en catalán. Trata el Estatuto de conciliar la tradición del Reino de Valencia con «la concepción moderna del País Valenciano», y por eso propone un nombre híbrido: *Comunidad Valenciana*, que como dijimos resulta castellanizante. La nueva autonomía valenciana quiere presentarse en el Estatuto como «integradora de las dos corrientes de opinión». La lamentable división del centro-derecha en Valencia ha influido negativamente en el gobierno y la orientación cultural de la nueva comunidad. Sin embargo en el artículo 1 del Estatuto se reconoce que el pueblo de Valencia se organizó históricamente como Reino de Valencia; y que los dos idiomas oficiales de la comunidad son el valenciano y el castellano. Ese mismo año el Departamento de Lingüística Valenciana de la Universidad de Valencia se niega, cobardemente, a considerar la ortografía de la Academia de Cultura Valenciana.

En el año del Estatuto, 1982, aparece el citado libro del padre Cremades, *La llengua valenciana en perill*, que es «un grito, un clamor de protesta» en que se atribuye a Sanchís Guarner «un patriotismo separatista no específicamente valenciano». A raíz de la victoria electoral socialista llega a España el papa Juan Pablo II, quien durante su memorable visita a Valencia elogia «vuestra hermosa lengua valenciana», que hablaron dos de sus predecesores en la silla de Pedro. Siguen apareciendo defensas de la lengua del reino: la de mosén Alminyana, la de Emilio Miedes. El Grup d'Acció valencianista publica un diccionario valenciano-castellano con 45 000 entradas. Alonso Zamora Vicente vuelve de su precipitada firma en el Manifiesto de 1970 y escribe en *Revista de Occidente*, extraordinario de febrero 1982: «Reconocer la excelsa condición del valenciano antiguo, sea o no, como ahora se porfía con aura poco científica, variante del catalán o una lengua autóctona, románica, independiente.» En la revista del citado Grupo, titulada *Som*, núm. 72, diciembre de 1983, A. Zamora recuerda que los socialistas infirieron un serio agravio gra-

tuito al sentimiento íntimo de los valencianos cuando en 1937 dieron el nombre de su líder Largo Caballero a la calle de San Vicente, patrón de la ciudad. El frustrado presidente del primer Consell autonómico, el socialista Albiñana, famoso por sus extravagancias, adoptó la bandera catalana y lo mismo hicieron el presidente de la Diputación, Girona, y el alcalde de Valencia, Martínez Castellano. El conseller de Educación, Ciscar, ordenó la obligatoriedad de la lengua catalana en Valencia. No sabía lo que decía, o mejor lo sabía demasiado bien.

UN PUEBLO FORASTERO EN SU TIERRA

El 30 de julio de 1983 la consejería de educación de la Generalidad valenciana decreta el uso de textos escolares según las normas castellonenses de 1932. Cuando el padre Cremades publica en 1985 su citada obra *Normativa de la lengua valenciana*, se queja con toda razón: «No sabemos ya ni lo que es nuestro... Nuestro pueblo se ha vuelto forastero en su propia tierra», son palabras de su prólogo, debidas a Juan Costa. El cincuentenario de las Normas de Castellón, celebrado por iniciativa pancatalanista en 1932, tuvo mucha resonancia en Castellón, poca en Valencia, nula en Alicante.

Unión Valenciana, el partido valencianista de centro-derecha, proponía en 1983 un *Manual escolar valencianista* con esta declaración más que justificada: «Ante la invasión catalanista que están sufriendo las escuelas del Reino de Valencia y, sobre todo, ante el terrorismo cultural que viene persiguiendo a nuestros hijos y que poco a poco trata de que pierdan su identidad propia de valencianos, hemos creado este sencillo manual.» El 23 de marzo de 1984 el Grupo Popular de las Cortes valencianas se opone a la aplicación de las Normas de Castellón. Y en el número de abril de 1984 la revista *Som* insiste: «Valencianos: la lengua valenciana está en peligro. ¡Defendámosla! ¡Es deber de todo valenciano estar en pie de guerra contra el dialecto de oficina que nos quiere imponer el Consell!» Ese mismo año Carlos Recio, en su *Historia del 9 de octubre*, afirma: «Estando excomulgada la literatura valenciana y nuestro idioma valenciano por parte de las autoridades valencianas en beneficio de una cultura ajena a la nuestra...» Y el número 182, diciembre de 1984, de la misma revista,

protesta contra un absurdo mapa del Reino de Valencia titulado *Zona catalana*, con Murcia calificada como «antiguo dominio de Cataluña», Aragón, como «antiguo dominio de la dinastía catalana» y un «enclave castellano» en torno a la ciudad valenciana de Requena. No es, sin embargo, como vamos a ver ahora mismo, la última atrocidad de los pancatalanistas, que corresponde, paradójicamente, a la Universidad de Valencia.

LA INCREÍBLE DEGRADACIÓN DE UN VICERRECTOR EXTREMISTA

Entre los años 1984 y 1986 el comando pancatalanista instalado en la Universidad de Valencia planeó un asalto general para instaurar la lengua catalana —así llamaban ellos al valenciano— en el venerable centro, del que pretendían expulsar prácticamente al castellano. Un grupo juvenil, Alternativa Universitaria, del que seguramente forman parte los futuros líderes del centro-derecha en el Reino de Valencia, se opuso clarívidentemente a la intentona, y contó para ello con el apoyo, verdaderamente emocionante, de la opinión pública más sana de la ciudad, estimulada por las agrupaciones valencianistas. Al final las más altas instancias de la Justicia han dado la razón, con la Constitución en la mano, a quienes se habían opuesto a este alarde de torpísima *normalización*; pero merece la pena detallar un poco los pasos de un episodio que apenas ha trascendido al resto de España. Episodio que tiene un increíble protagonista, al que no llamamos barojiano por respeto a Baroja, el señor Josep Guia, un independentista y separatista valenciano tributario y vasallo del pancatalanismo, vicerrector, en esos años de la Universidad de Valencia.

Guia aparece en una foto de prensa a la derecha del féretro de José Antonio Villaescusa Martín, terrorista afecto a la organización *Terra Lliure*, que murió al explotarle una bomba que pensaba colocar en la oficina del paro instalada en Alcira a fines de julio de 1974 (*Las Provincias*, 22 de julio). La policía detuvo con este motivo a un profesor de Filología catalana de la Universidad de Barcelona y a su esposa. Se realizaron numerosos registros para detectar las conexiones valencianas de *Terra Lliure*. En abril de 1985 fue detenido el propio Guia, bajo acusación de asalto a un piso donde arrebataron a la policía material fotográfico y un transmisor, y la prensa informó de que el vi-

corrector es el máximo responsable en Valencia del PSAN (Partido Socialista de Liberación, Nacional de los Países Catalanes); Guia venía de Alcira, donde participó en un homenaje al terrorista universitario muerto el verano anterior. (*Hoja del Lunes*, Valencia, 29 de abril de 1985.)

En ese verano del 85 los independentistas trataron de convertir en plataforma de sus reivindicaciones a la Universitat Catalana d'Estiu. Patrocinaba el encuentro el propio Max Cahner, conseller separatista de Cultura en la Generalidad de Cataluña, y el proyecto contó con la participación de un comando de *tlaxcaltecas* valencianos, presididos por el propio Guia, del que formaban parte el editor pancatalanista Eliseu Climent, el escritor Josep Piera y el diputado socialista en las Cortes valencianas Vicente Soler, junto con otro vicerrector político, Emerit Bono. Se anunció también la presencia de Joan Raventós, embajador de España en Francia. La directora del diario *Las Provincias*, María Consuelo Reyna, criticó con suma dureza (13 de junio de 1985) la presencia de Soler en ese aquelarre del independentismo pancatalanista, que luego resultó aburridísimo (*El País*, 18 de agosto de 1985) y motivó la airada protesta del alcalde francés de Prada del Conflent, donde se celebraron los presuntos cursos, que se declaró «harto de los independentistas catalanes», quienes habían abominado por igual de España y de Francia (*Las Provincias*, 24 de agosto de 1985). *Las Provincias*, el 12 de diciembre de ese mismo año, ponía en ridículo a varios altos cargos de la autonomía valenciana, como el propio presidente Joan Lerma, a quien habían colocado como presidente de un II Congreso Internacional de la Lengua catalana; el cual, como otros dignatarios socialistas, trató de protestar por haber sido sorprendido en su buena fe, cuando su fe era más que dudosa y corría parejas con su imprudencia.

LA AUDIENCIA DECIDE A FAVOR DE ESPAÑA

Poco después, el 17 de enero del 86, *Las Provincias* publicaba irónicamente un ridículo mapa de España diseñado por el inefable vicerrector Guia, en que no aparecía ni Cataluña, ni el Reino de Valencia, ni las Baleares, ni Navarra, ni el País Vasco, lo que provocó la hilaridad de Valencia entera. Guia había escrito, además, un libro furiosamente

separatista en que figuraba un truncado mapa de Francia.

El 11 de julio de 1986 la junta de gobierno de la universidad valenciana, presidida por el rector Lapiedra, otro fanático pancatalanista, dictó una orden de catalanización en la universidad que fue impugnada el día 25 siguiente por el grupo Alternativa Universitaria, cuyo presidente es el estudiante Juan García Santandreu —de quien me atrevo a pronosticar un brillantísimo futuro político—, con la dirección letrada del insigne abogado Vicente Giner Boira y su colega Juan Manuel Ricart Lumbreras. Los independentistas del pancatalanismo apoyaban naturalmente a Lapiedra y clamaban porque «los ocupantes españoles salgan de nuestro país», como si fueran de Herri Batasuna (3 de setiembre de 1986). Pero la Audiencia dio la razón a los impugnadores y suspendió, a primeros de setiembre, los proyectos de catalanización académica en la Universidad de Valencia. Sin el menor sentido del ridículo, la junta de Lapiedra declaraba sin embargo que «asume el compromiso histórico (es decir, antihistórico) de la normalización sociolingüística del catalán» (*Las Provincias*, 3 de octubre de 1986), mientras la Justicia citaba a declarar al increíble vicerrector Guia por ultraje a la bandera de España, que había sido quemada frente a la estatua de Jaime I. Guia fue condenado por agresión a tres valencianos que pintaban con una franja azul una bandera catalana; se creía Superman. Hasta que ya, en noviembre, la Audiencia falla definitivamente contra el proyecto Lapiedra, y da toda la razón a Alternativa Universitaria. El rector, abochornado, se mostró en desacuerdo total y replicó con otra de sus frases históricas: «Recurriremos.» (*Las Provincias*, 12 de noviembre de 1986.) El acuerdo de la Junta, según la Audiencia, adolece de vicio de inconstitucionalidad.

Con mucho más sentido común, Alternativa Universitaria le señalaba al derrotado rector el único camino digno: dimitir. Así lo pidió Juan García Santandreu entre el aplauso y la satisfacción general de los valencianos (*Las Provincias*, 12 de noviembre de 1986). En los periódicos *El Temps* y *Levante* (15 de noviembre de 1986) se revelaba, entre un divertido escándalo de la opinión valenciana, que empezó a explicarse demasiadas cosas a la vez, que la Banca Catalana, cuando la orientaba Jordi Pujol, había ayudado en las décadas de los sesenta y los setenta a destacados políticos e intelectuales de la sociedad valenciana, entre los que figuraban Ricardo Pérez Casado, luego alcalde de Va-

lencia; el diputado Vicente Soler; el inevitable Josep Guia, entre el grupo «los Diez de Alacuás», que fue detenido durante la época de Franco en una casa de ejercicios espirituales, donde sin duda rezaban el rosario.

LA DEFINITIVA SENTENCIA DEL SUPREMO

Otro político muy original, el presidente de las Cortes valencianas, Antón García Miralles, declaraba (*Información*, 16 de noviembre de 1986): «Hay que dejarse de banderitas y de invasiones catalanas y hablar de los duros.» Pero el frente pancatalanista no se rindió ante la sentencia de la Audiencia, y organizó una manifestación «para la normalización del uso del catalán en la universidad», con el apoyo informativo de *El País* (19 de noviembre de 1986), mientras la Universidad de Barcelona expresaba su solidaridad con el rector Lapedra en un comunicado por el que pedía la intervención de las demás universidades españolas y calificaba la decisión de la Audiencia como «grave atentado a los derechos fundamentales de los pueblos» (*Las Provincias*, 25 de noviembre de 1986). Otra manifestación más radical llamaba *fascistas* a los magistrados que dictaron la sentencia; y renegaba del valenciano al pedir la enseñanza *en catalán* (*Las Provincias*, 20 de noviembre de 1986). Temeroso de que alguien pudiera desplazarle por la izquierda, el vicerrector Guia presentó su famoso libro *Digueu-li Catalunya* (ya por la cuarta edición), en el que incluía a Valencia como parte de la «Catalunya Sud»), además de hacerse la víctima ante las amenazas de los alumnos de ultraderecha (*Diari de Tarragona*, 15 de noviembre de 1986). Arreciaba en Valencia y en Cataluña la campaña contra la Audiencia; toda clase de entidades satélites y de manifestaciones se encrespaban contra ella. Para el 20 de diciembre del 86 se organizaba una gran manifestación a la que concurrieron bastantes catalanes de Cataluña, en autocares facilitados por los promotores según las más depuradas técnicas del abominado franquismo. La organización extremista *Crida a la Solidaritat* se encargó de atizar la propaganda (*Las Provincias*, 18 de diciembre). Veinte mil personas, en efecto, se reunieron en una manifestación «cuya cola iba custodiada por facinerosos enmascarados, o encapuchados armados de gruesos palos y gases lacrimógenos» (*Las Provincias*, 21 de diciembre de 1986) con

participación de terroristas y la extrema izquierda en pleno. La manifestación provocativa no logró sus propósitos y circuló entre la más absoluta indiferencia de los valencianos, que habían decidido no reaccionar ante los insultos, que se prodigaron, y otros disparates.

No sirvió de nada. En la primavera de 1987 el Tribunal Supremo ratificaba la sentencia de la Audiencia valenciana y quitaba de nuevo la razón a los pancatalanistas. El rector Lapiedra emitía un largo e inútil lamento indio en las columnas cómplices del diario gubernamental español (19 de junio de 1987) con las firmas adicionales de otros rectores de universidad; una vez más emerge la capacidad para el entreguismo, el taifismo y la manipulación de algunos intelectuales españoles, incapaces de dar un puñetazo sobre la mesa cuando se les proponen bobadas demagógicas. Alternativa Universitaria celebró radiante, en Madrid, su nueva y definitiva victoria, sin olvidar que el frente antivalenciano, pese a su dura derrota, se preparaba nuevamente para la guerra.

X. CÓMO LLEGÓ DON JUAN CARLOS I AL TRONO

DOS LIBROS IMPORTANTES...

El 5 de enero de 1988 el rey de España, don Juan Carlos de Borbón, cumplió cincuenta años de edad, desmentidos por su aspecto juvenil y su excelente forma física. Fuera de fervores monárquicos rituales es evidente que el rey de España se ha convertido, por derecho y esfuerzo propio, en una clave principal de la democracia española y muy especialmente en garantía de la unidad y permanencia de España, función que expresamente señala a la Corona la Constitución de 1978. Por la virtual unanimidad con que los españoles consideran positiva e imprescindible su actuación, junto con la de la reina; por el prestigio internacional que ha conferido a esa Corona, y por haber conseguido, con toda sencillez, afianzar en la realidad ese poder moderador que le atribuye, sin definirlo, la Constitución. Con este motivo me parece conveniente incluir en este libro de ensayos históricos un breve estudio sobre el camino de don Juan Carlos al trono de España, que no deja de constituir un misterio dado el lamentable punto de partida de ese camino; una indiferencia general de los españoles hacia la Monarquía después de la República y la guerra civil, indiferencia que a veces degeneraba en abierta hostilidad de varios signos; desde la que se creó una imagen falsa del entonces príncipe, a quien se calificaba de forma ridícula, que los hechos han desmentido rotundamente. Pero es que además el camino de don Juan Carlos hasta el trono de España ha sido objeto directo de tres libros principales (además de innumerables artículos y otros comentarios en fuentes diversísimas) de los cuales uno, como vamos a ver, me parece completamente aberrante en sus prejuicios y conclusiones.

Esos tres libros son: primero, el del ex ministro y coordinador general de la fecunda etapa del desarrollo eco-

nómico y social de España en los años sesenta, profesor Laureano López Rodó, *La larga marcha hacia la Monarquía* (Barcelona, Noguer, 1977), complementado con su libro reciente *Memorias* (Barcelona, Plaza y Janés, 1990). Es una (doble) fuente fundamental, equilibrada, documentadísima y una contribución decisiva a nuestro tema y a la reciente Historia de España. El difunto ex ministro don José Solís me insistió muchas veces en que el libro de López Rodó era un cúmulo de falsedades; creo que en ese juicio la pasión política oscurecía al testimonio histórico. Hay errores en ese (doble) libro, hay puntos discutibles. Pero se trata de una contribución sencillamente histórica.

Segundo, el libro de don Pedro Sainz Rodríguez *Un reinado en la sombra* (Barcelona, Planeta, 1981), escrito desde una perspectiva antifranquista, pero con una abundancia y calidad testimonial y documental de primera magnitud, por más que en círculos juanistas se tache a veces a don Pedro como autor de múltiples invenciones. No lo creo; lo que pasa es que su terrible sinceridad molesta a los cortesanos impenitentes. Hablé muy a fondo con don Pedro, así como con don Laureano López Rodó, y sé que me puedo fiar, como historiador, de sus testimonios.

Y UN LIBRO ABERRANTE

Y tercero, un libro completamente distinto de los anteriores. Es obra de un joven historiador, y por lo tanto pecado de juventud fácilmente perdonable, don José María Toquero, y se titula *Franco y don Juan: la oposición monárquica al franquismo* (Barcelona, Plaza y Janés, 1989). Se trata básicamente de una tesis doctoral en la que se han manejado muchos archivos, cuyos documentos se aducen muy desordenadamente, y se integran caóticamente en el relato. Hay documentos interesantes, aunque muy mal encuadrados (y a veces deficientemente citados), pero en conjunto el libro apenas añade nada a los anteriormente citados. Sin embargo, como todo libro para cuya redacción se han manejado archivos y testimonios, su lectura, plúmbea para el gran público, resulta provechosa para el especialista. El libro perdió el premio Espejo de España cuando yo presenté *Agonía y victoria*, lo que produjo al joven historiador un enfado galáctico del que sigue sin reponerse; se le curará con los años. Pero lo grave no son las declaraciones

estúpidas del señor Toquero al verse privado del premio sino los prejuicios, impropios de su edad, y los feroces desenfuegos de su tesis y de su libro. Que se escribe dentro de una curiosa ortodoxia neojuanista que convierte a don Juan de Borbón en un ídolo de la democracia, y al general Franco en el enemigo histórico de la Monarquía.

No me interesa montar aquí una polémica con el joven señor Toquero, que no tiene la culpa de todo; porque en las páginas de *ABC*, diario que conoce la época de que trata este libro mucho mejor que su autor, se ha exaltado al señor Toquero como mesías joven del neojuanismo, se le ha abierto tribuna pública para que reitere sus aberraciones, y se ha hecho lo peor que a mi juicio puede hacerse con un historiador joven: jalearle sus disparates, en vez de corregir comprensivamente sus deslices. Tengo centenares de notas al margen del libro del señor Toquero, que me hace el honor de citarme muchas veces y generalmente bien; aunque luego al final le entra una pataleta contra mí, seguramente por el dichoso premio, y saca una conclusión inconcebible que para nada se deduce de la documentación del libro. Insisto en que no voy a polemizar detalladamente con el libro, sino simplemente voy a referirme a esa conclusión.

Yo era monárquico cuando al señor Toquero le faltaban lustros por nacer y aprendí en mi primera infancia el respeto y la adhesión al «infante don Juan» como le llamábamos entonces. Durante la República los niños del Retiro cantábamos a grandes voces y con música del himno de Riego una letrilla famosa:

*Si Niceto quiere corona,
le daremos un orinal
porque la corona de España
es del infante don Juan.*

Yo había jurado como ministro el día en que don Juan —una estampa histórica emocionante— marchaba por la lonja del Escorial, con uniforme de almirante, tras el armon con los restos de su padre don Alfonso XIII. Por entonces los duques de Alba me sentaron a su derecha durante un almuerzo en Liria y tuve con don Juan una conversación que llevo grabada a fuego en mi recuerdo.

Pero soy historiador y me debo, por encima de todo, a la verdad histórica. Por eso voy a limitarme ahora a apos-

tillar las inconcebibles líneas finales del libro del señor Toquero, antes de ofrecer mi versión, que creo mucho más seria, de cómo llegó al trono el actual rey de España.

1. «El Generalísimo ha sido el mayor enemigo de la Monarquía durante todo el tiempo que ocupó la jefatura del Estado.» Es una tontería insondable. El Generalísimo fue el único español que pudo hacer posible el retorno de la Monarquía, que sin él jamás se hubiera restaurado en España. He dedicado varios libros a probar esta tesis; no un centón de prejuicios como los del señor Toquero, mucho más antifranquista que el propio don Juan.

2. «Teóricamente Franco nombró sucesor al príncipe don Juan Carlos; difícilmente podría haber adoptado una solución diferente de la Monarquía.»

Franco no nombró sucesor al príncipe de España teóricamente sino efectivamente; y bien pudo adoptar, dentro de sus propias leyes fundamentales, la solución de la regencia, como le pedían importantes colaboradores suyos. La opinión pública hubiera aceptado esta solución, sobre todo por el mal ambiente que, real aunque injustamente, tenía entonces el príncipe en España, y no digamos don Juan.

3. «Pero en la práctica [Franco], ha sido la causa que impidió que la Monarquía se restaurase en su legítimo titular durante la posguerra española.» Es exactamente al revés; en la práctica la decisión de Franco fue la clave para la restauración. Y en esa legitimidad forzosa no creía casi nadie en España después del abandono del trono por Alfonso XIII: mi propio abuelo Juan de la Cierva Peñafiel, el último ministro y el más fiel de Alfonso XIII, albergaba serias dudas en la República sobre esa legitimidad de efectos automáticos.

4. «Ha quedado constatado, y me parece incuestionable, aunque Ricardo de la Cierva afirme lo contrario, que en 1942 el pueblo español deseaba la Monarquía.» Apelo al recuerdo de los españoles que vivían con uso de razón (del que parece haber abdicado momentáneamente el señor Toquero) en 1942. Media España, la ex roja, aborrecía a la Monarquía. Dentro de los partidarios de Franco estoy seguro de que no llegaban al uno por ciento los que deseaban esa Monarquía que el señor Toquero, por lo visto, añoraba ya desde su espera en la mente divina. Algunos generales empezaban entonces a favorecer una restauración, pero mucho más por oportunismo que por convicción. Del

pueblo llano casi nadie. Las estadísticas de asistencia que aduce el señor Toquero para los actos de afirmación monárquica no se las cree ni el más empedernido de los juanistas. Ni siquiera muchos monárquicos deseaban entonces una inmediata restauración de la Monarquía. Sin embargo agradezco al señor Toquero su cita en momento tan solemne de su libro: mi negativa salva, en cierto modo, la racionalidad del libro que brilla en algunas páginas y naufraga en las conclusiones.

5. «Ésta [la Monarquía] no se restauró por la oposición de Franco. En una línea, Franco ha retrasado la Monarquía por lo menos seis lustros.» Por el contrario, sin Franco la Monarquía no hubiera venido jamás a España. Un intento de restauración monárquica en los años cuarenta, si la restauración hubiera sido democrática (y la Monarquía de entonces mantenía, aunque el señor Toquero no lo sepa, una orientación tan totalitaria como la de Franco), hubiese acarreado infaliblemente el reavivamiento de los rescoldos de la guerra civil; ésa fue precisamente la razón por la que los aliados no la impusieron, aunque no faltaron altos colaboradores de la Monarquía que bordearon, a mi modo de ver, la alta traición al pretender implantar la Monarquía bajo las bayonetas aliadas. Mucho más patriotas se mostraron algunos prohombres de la República, como ha relatado Sánchez-Albornoz, que se negaron tajantemente a que la República volviera a España pinchada en esas bayonetas.

Por consideración a la juventud del señor Toquero, a quien creo corregible con los años, no voy a desmenuzar ahora su libro, por no abochornarle, y eso que el joven y desorientado historiador se ha portado de forma insolente con un testigo como Emilio Romero, con quien coincido totalmente en este punto, y conmigo cuando me acusó de robarle el dichoso premio. Y paso seguidamente a exponer de forma positiva, y sin más alusiones enojosas al disparate de tales conclusiones, el camino que siguió don Juan Carlos hasta llegar al trono de España. Con la sincera advertencia de que si el señor Toquero se mantiene en sus trece y su agresividad, y ciertos órganos monárquicos le siguen jaleando, me veré obligado a analizar con todo detalle los presupuestos históricos del neojuanismo, lo que ahora descarto porque lo último que deseo es amargar sus últimos años, que ojalá se prolonguen después de su heroico sacrificio por España, al único español de la

Historia que ha sido hijo de rey y padre de rey sin llegar, por un desgraciado cúmulo de coincidencias y fatalidades históricas, a ser rey de España como merecían su patriotismo, su sentido del servicio a España y su generosidad.

LOS CINCUENTA AÑOS DEL REY

Nació el 5 de enero de 1938 a la una y cuarto de la tarde y en Roma, la cuna del Occidente cristiano, cuando las dos Españas totalitarias, cada una con un ejército superior al millón de hombres, apenas podían ya golpearse y desangrarse más en las noches heladas de Teruel. Chocaban esa tarde, bajo cero, frente a las ruinas de la ciudad mártir, el Ejército Nacional y el Ejército Popular de una misma España; aunque, por su porcentaje de voluntariado riguroso en la oficialidad y en filas, el Ejército Nacional era bastante más popular que el Ejército Popular. En las retaguardias, la férrea dictadura del general Francisco Franco, que se disponía a formar su primer Gobierno, se enfrentaba a la no menos férrea dictadura del doctor Juan Negrín, cada vez más dominada militar y políticamente por los comunistas españoles. Hay algunos historiadores alucinados que se empeñan en seguir llamando democracia a aquella agonía republicana; que lean despacio al primer hispanista de la guerra civil, Burnett Bolloten, que en 1938 estaba precisamente allí, frente a Teruel, como corresponsal en la zona roja, contemplando cómo la ciudad cambiaba dos veces de manos en cinco semanas. Los comunistas, que ya casi dominaban a la República, eran de la especie stalinista, en pleno período de las grandes y criminales purgas del superdictador soviético.

A su bisabuelo, don Alfonso XII —el único monarca español de la Edad Contemporánea a quien se aplicó un sobrenombre histórico—, quisieron llamarle Pacificador, porque había terminado con las guerras civiles que ensangrentaron absurdamente nuestro siglo XIX. Me parece que ya no se llevan ni las damas de la reina ni los sobrenombres regios, pero para una primera aproximación histórica, esencialmente provisional, a estos cincuenta años en la vida de un rey, la palabra-resumen, la palabra clave sólo puede ser la de Reconciliador. Su padre, don Juan de Borbón y Battenberg, que, como acabo de decir, es el gran sacrificado de nuestra dinastía histórica, fue el primer es-

pañol que propuso formal y expresamente, casi a la vez que el socialista Indalecio Prieto y Tuero, el ideal de reconciliación después de la tragedia; lo hizo el 11 de noviembre de 1942, con estas palabras: «Mi suprema ambición es ser rey de una España en la cual todos los españoles, definitivamente reconciliados, podrán vivir en común.» Don Juan marcó el ideal y comenzó inmediatamente a trabajar para conseguirlo, aunque no todos sus consejeros participaron de su clarividencia ni de su patriotismo. Su hijo, don Juan Carlos I, sería el encargado de realizarlo. Hace ya más de cincuenta y dos años, entre la ventisca y la sangre de Teruel, entre la doble noche totalitaria y encrespada a muerte, hubiera parecido un sueño imposible.

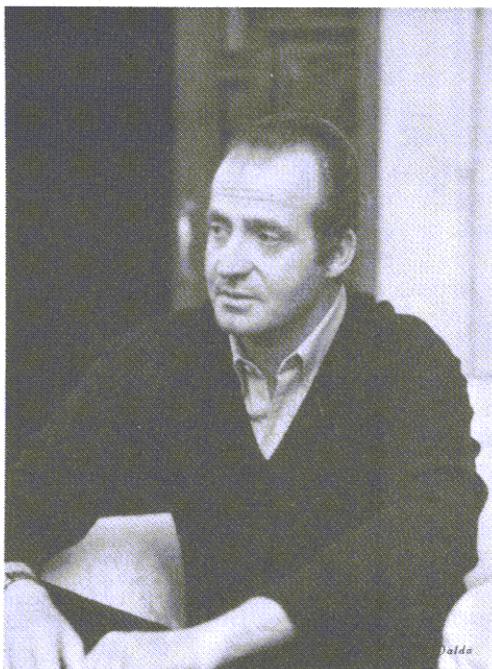
No pretendo con este trabajo trazar una biografía sistemática del rey, a quien deseo, para bien de España, una trayectoria vital todavía larga y decisiva. Se han publicado ya, por lo demás, algunos apuntes biográficos estimables, como los que ha dedicado Juan Antonio Pérez Mateos a la infancia y adolescencia de don Juan Carlos o el impar estudio monográfico que un insigne profesor del entonces príncipe, el doctor Vicente Palacio Atard, escribió para su ingreso en la Real Academia de la Historia sobre la actuación del rey en la transición democrática. Pero sin salirme un ápice del rigor histórico, pretendo con este trabajo nada menos que una evocación. Con cierta técnica impresionista, pero sin despegarme un ápice de los hechos y de las trayectorias.

UNA INFANCIA EN MEDIO DE LAS CONVULSIONES DE EUROPA

Al conocer el nacimiento del futuro rey, que pasó casi completamente inadvertido en las dos Españas enzarzadas que él habría de reconciliar, uno de esos monárquicos profesionales que viven entre la lealtad y la alucinación, el laureado coronel Juan Antonio Ansaldo, telegrafió a los padres del príncipe desde su aeródromo de campaña en la zona nacional: «Enhorabuena por nacimiento futuro emperador de Occidente.» Le bautizó en Roma, el 26 de enero de 1938, el cardenal Eugenio Pacelli, al no quererse comprometer el papa Pío XI en medio de la guerra civil; Pacelli sería al año siguiente papa Pío XII. Desde entonces la Santa Sede miró con predilección siempre correspondida al príncipe romano de España, que vivió hasta 1942 en un

modesto piso de la Urbe, de donde salía alguna vez para visitar a su abuelo, don Alfonso XIII, cuya imagen (sobre todo la de su caída en 1931) gravitaría por siempre en su memoria de niño y en su conciencia de rey. En 1942 se trasladó con su familia a Lausana, donde vivía su abuela la reina doña Victoria Eugenia, que supo comprenderle y acertó a orientarle adecuadamente, a distancia, en tramos muy delicados de su vida.

Cuando don Juan de Borbón llegaba a Lausana, al año siguiente del fallecimiento de su padre don Alfonso XIII, algunos monárquicos de España, convencidos de que Franco retrasaría la restauración *ad calendae graecas*, habían empezado a conspirar abiertamente contra él desde que, en diciembre de 1941, los Estados Unidos entraban en la guerra mundial y quedaba comprometido con ellos seriamente el triunfo, hasta entonces cantado por casi todos, de Alemania; y algunos generales que sintieron de pronto la vocación monárquica, como el laureado don Antonio Aranda, habían sido convencidos profetas de tal triunfo germánico. Los directores de la conspiración monárquica eran el general Alfredo Kindelán, el ex ministro de Franco y eminente catedrático don Pedro Sainz Rodríguez y el ideólogo integrista, letrado del Consejo de Estado y activista de Acción Española don Eugenio Vegas Latapie, a quienes pronto se uniría, en su retiro de Portugal (donde había colaborado fervientemente con la causa de Franco durante la guerra, como los otros tres en España), el ex jefe de la derecha católica en la República don José María Gil Robles. Al ver que don Juan se inclinaba hacia los conspiradores y de la mano de ellos hacia el campo aliado (por impulso patriótico evidente), Franco inicia con don Juan una correspondencia prolongada y disuasoria para poderle mantener como candidato lejano a una sucesión según el esquema de «Monarquía del Movimiento» que «coronase nuestra obra» como repetía Franco desde el mismísimo decreto de unificación en la primavera de 1937. Desde que asumió el poder supremo en setiembre de 1936, ayudado sobre todo por los generales monárquicos, Franco estaba decidido a restaurar en España la Monarquía, a la que siempre había sido fiel desde su infancia y su adolescencia militar. Así, en junio de 1942 Franco proponía a don Juan «el entronque de una Monarquía totalitaria», que era su peculiar adaptación al siglo xx de la regida por Felipe II. Por supuesto que la Monarquía que en esa fecha alentaba



El 5 de enero de 1988 el rey de España cumplió cincuenta años, desmentidos por su aspecto juvenil y su excelente forma física. Fuera de fervores monárquicos rituales, es evidente que don Juan Carlos de Borbón se ha convertido, por derecho y esfuerzo propio, en una clave principal de la democracia española y, muy especialmente, en garantía de la unidad y permanencia de España, función que expresamente señala a la Corona la Constitución de 1978.

Su padre, don Juan de Borbón, ha sido el único español de la Historia que ha sido hijo de rey y padre de rey sin llegar, por un desgraciado cúmulo de coincidencias y fatalidades históricas, a ser rey de España como merecían su patriotismo, su sentido del servicio a España y su generosidad.

(En la foto, don Juan de Borbón saluda a su hijo el rey don Juan Carlos en la lonja del monasterio de El Escorial, a la llegada de los restos mortales de don Alfonso XIII.)



en la mente de don Juan y sus consejeros era casi tan escasamente democrática como la de Franco; las pruebas documentales son abrumadoras, aunque algunos historiadores prefieran ignorarlas.

Por entonces Vegas y Sainz Rodríguez tienen que huir de España para evitar su detención cuando Franco averigua que están preparando la restauración de acuerdo con unos pocos generales y con la embajada británica en España. Sainz Rodríguez se instala en Portugal y Eugenio Vegas aparece en Lausana, donde ejercerá durante años un influjo importante en la orientación de don Juan y en la primera educación de don Juan Carlos, que le adoraba; y debe notarse que Eugenio Vegas, hombre inteligente y preparado, era el menos demócrata de todos los españoles de su tiempo. En ese mismo año 1942 Franco, que había iniciado en primavera un sensible viraje hacia el campo aliado, destituyó a su cuñado Ramón Serrano Suñer (que había sido el «número dos» del régimen), tras los oscuros sucesos de Begoña y por consejo de un marino gris, pero de vista larga, que supo tomar desde el primer momento la medida al Caudillo: el subsecretario de la Presidencia don Luis Carrero Blanco, monárquico convencido que ya entonces se empeñaba en asegurar la sucesión de Franco en favor de don Juan, sin solución de continuidad con el franquismo.

Pero las maniobras monárquicas, que pese a los actuales inventos anacrónicos del neojuanismo no contaban dentro de España con el más mínimo respaldo popular, se intensificaron tras el desembarco aliado en el norte de África el 8 de noviembre de 1942. Tres días después publicaba don Juan de Borbón en Suiza su primer manifiesto de la reconciliación al que ya nos hemos referido, y se ofrecía para la restauración. Nombraba sin embargo jefe de su Casa al duque de Sotomayor, que dirigía desde entonces a un poderoso grupo de monárquicos del interior, pertenecientes a la derecha de intereses (sin el más mínimo apoyo popular ni siquiera entre los españoles fieles a la idea monárquica) y empeñados en mantener un puente efectivo entre Franco y don Juan. Desde 1942, pues, dos grupos de monárquicos pugnan por dominar en la orientación política del sucesor de Alfonso XIII: los nuevos liberales (que habían sido, sin excepción, franquistas y casi todos totalitarios), con Sainz Rodríguez, Gil Robles y luego José María de Areilza; y los tradicionales, partidarios de la aproxi-

mación a Franco contra el antifranchismo del grupo anterior: Sotomayor, José María de Oriol y Julio Danvila. Insisto en que ni siquiera los que he llamado monárquicos liberales antifranchistas eran entonces demócratas; las Bases Institucionales para la Monarquía Española, que prepararon ellos en 1946, están mucho más cerca del totalitarismo franquista que de la democracia liberal, porque reconocen la misma inspiración que Franco: la Monarquía tradicional de los Consejos y el ideal orgánico que había propuesto formalmente en 1935 nada menos que don Salvador de Madariaga, que es el inventor de la democracia orgánica entre nosotros, aunque el hallazgo se atribuya al hombre a quien ese mismo año Madariaga ofreció su libro *Anarquía o jerarquía*: don Francisco Franco Bahamonde, jefe del Estado Mayor Central de la República española.

Estas dos tendencias dentro del campo juanista mantendrán su tensión hasta la muerte de Franco y sus representantes tratarán bien pronto de influir en la mentalidad del príncipe don Juan Carlos, en quien todos adivinaban oscuramente que podría encontrarse la clave del futuro. Claro que cuando don Juan Carlos, ya en España, pudo pensar con cierta independencia de criterio, advirtió que junto a esas dos tendencias monárquicas, la antifranchista y la partidaria de una aproximación a Franco, existía una tercera, infinitamente más numerosa: la de los monárquicos abiertamente franquistas, que se oponían cerradamente a toda maniobra que pudiera desestabilizar al régimen, aunque fuera de origen monárquico; y que estaban de pleno acuerdo con el gobernador del Banco de España, ex ministro de la Corona y antiguo jefe del partido monárquico en la República, don Antonio Goicoechea y Cosculluela. Apelo nuevamente a los miles de monárquicos de entonces que hoy sobreviven para corroborar mi convicción de que esta tercera corriente monárquica era, con enorme diferencia, la mayoritaria durante los años cuarenta y cincuenta. Podría yo ofrecer además aquí, si tuviera espacio, centenares de nombres, incluidos numerosísimos títulos nobiliarios y familias enteras de acrisolada lealtad monárquica que siguieron enteramente fieles a Franco; pero no lo creo necesario, aunque algún día tendré que hacerlo ante la osadía de los neojuanistas.

Ante esta discrepancia de las corrientes monárquicas y las insinuaciones que empiezan a hacerle sus representantes, el príncipe niño advierte muy pronto —quizá hacia

los seis o siete años— que se encuentra en el centro de un turbión político donde todo el mundo trata de condicionarle y aprovecharse de él para lo que pueda ocurrir en un futuro incierto. Esta convicción imprime al infante, a quien en Lausana ya se le llama príncipe de Asturias, una huella de desconfianza y de amargura que, superada por su amor congénito a España y por su conciencia templada de servicio histórico a la nación y a la Corona, marcará duramente su vida hasta hoy, e influirá decisivamente en la formación de su carácter.

PRIMERA PREGUNTA DEL PRÍNCIPE SOBRE FRANCO

El príncipe niño empieza a advertir confusamente, todavía en Lausana, entre los consejeros permanentes y ocasionales de su padre, lo que califica duramente Gil Robles como «pequeñeces, rencillas, ambiciones menudas y vanidades grotescas» que enturbiaban el ambiente político en torno a la discutida Corona. Durante el año 1943 se perfilaba cada vez con mayor claridad la victoria final de los aliados en la guerra mundial, sobre todo desde que lograron abrir el segundo frente continental en Italia. Cunde la incertidumbre en la clase política española (que teme seguir la trágica suerte de los jefes fascistas italianos) y se suceden con escasísimo eco popular algunos manifiestos monárquicos, como la carta que veintisiete recién nombrados procuradores en Cortes dirigen a Franco en junio en favor de la restauración o la que en setiembre le comunican varios tenientes generales que habían contribuido a conferirle en 1936 la jefatura suprema del bando nacional. (Casi todo el resto de los procuradores y de los generales eran también monárquicos y no participó ni de lejos en estas posiciones, que creo dictadas también por el patriotismo.) Pero Franco está luchando por la supervivencia de su régimen y por la suya personal, y cuando don Juan intensifica su distanciamiento a principios de 1944, coincidiendo con los que llamó Franco «los momentos más graves que en la guerra pasamos», Franco le dirige una durísima administración que desemboca, el 7 de febrero, en un telegrama de ruptura provisional.

A primeros de octubre los comunistas organizan la ridícula invasión pirenaica del «maquis» español, fácilmente deshecha por un impresionante despliegue militar en

las provincias fronterizas y desarticulada después por la clara hostilidad de la población contra los intrusos, y con una intensa lucha de contraguerrilla por parte del Ejército y la Guardia Civil hasta 1948. Santiago Carrillo, el joven staliniano y futuro demócrata de toda la vida, gestionaba por entonces el envío al Levante español de enjambres de paracaidistas yugoslavos al mando de varios antiguos jefes de las Brigadas Internacionales; estaba en babia. Sin embargo, al calor de la ya segura e inminente victoria aliada, don Juan de Borbón, por unanimidad de sus consejeros del sector liberal, trata de dirigir a los españoles, el 19 de marzo de 1945, el Manifiesto de Lausana, en que declara ilegítima la jefatura de Franco. Sin embargo hay un hecho ignorado por casi todo el mundo: Franco, aconsejado por Carrero Blanco, comprende en el fondo la actitud de don Juan, quien trata de ofrecer a los aliados una alternativa monárquica para evitar el retorno del Frente Popular y su segura venganza por la derrota en la guerra civil, cuyas heridas seguían abiertas; e incluso tras este manifiesto Franco mantiene el nombre de don Juan en la cajita sellada donde conserva su testamento sucesorio. Sabedores de ello los monárquicos tradicionales, José María de Oriol en cabeza, restablecen los puentes de comunicación que ya apuntan cada vez más hacia la figura del príncipe Juan Carlos, quien precozmente, a los siete años, empieza ya a comprenderlo todo y se mantiene completamente, como es natural, al lado de su padre en momentos tan delicados. Durante toda esa época la función histórica de don Juan consiste en evitar que los aliados consideren seriamente la posibilidad de una alternativa republicano-socialista para España y en mantener abierta la posibilidad monárquica como única salida al régimen de Franco.

Pero Franco, contra todo pronóstico, resiste, apoyado por una indudable mayoría silenciosa del pueblo español, en la que se incluían, como reconoció noblemente Dionisio Ridruejo, cuando ya era enemigo de Franco, en su libro de 1962, *Escrito desde España*, muchos adversarios de la guerra civil. Al producirse la victoria aliada en Europa, mayo de 1945, todo el mundo cantaba la caída inmediata de Franco, pero la Iglesia acudió en su socorro; el cardenal primado Pla y Deniel difundió una pastoral de claro endoso al régimen, aunque le urgía a la apertura; los católicos profesionales entraban en el nuevo Gobierno y dos jóvenes políticos católicos, Joaquín Ruiz Giménez y Alfre-

do Sánchez Bella, acudieron en nombre de Franco a Lausana para apartar a don Juan de Borbón de las tentaciones demoliberales, a lo que él accedió de mil amores. Cuando en agosto de ese año se conoce la condena de los «tres grandes» contra la España de Franco en Potsdam, la Iglesia española ha salvado ya definitivamente al régimen en el momento más difícil de su historia. Y en justa correspondencia por la salvación de la Iglesia española lograda por Franco frente a la persecución republicana y roja que había terminado con la vida de trece obispos y ocho mil clérigos, amén del cierre de todas las iglesias y destrucción de muchas; nadie había causado semejante daño a la Iglesia desde los tiempos de Diocleciano, Mahoma, Robespierre y Calles. Y no es una exageración.

Eugenio Vegas Latapie dirigía los estudios primarios del príncipe Juan Carlos en Lausana y supo imprimirle, junto a su familia, un profundo sentimiento cristiano que no le abandonaría jamás, y un amor a España digno de su estirpe. En febrero de 1946, cuando ya se preparaba un acercamiento entre los consejeros monárquicos de don Juan y los republicanos moderados del exilio (el monárquico Gil Robles, el socialista Prieto y el liberal orgánico Madariaga serían, bajo inspiración británica, protagonistas de tal encuentro), don Juan de Borbón vuela desde Suiza a Portugal, donde se instalará —en Estoril, junto a Lisboa— con su familia para la continuación de su exilio interminable.

El príncipe de Asturias se queda tres meses en Suiza, en el internado de los marianistas en Friburgo, hasta que en mayo se reúne con su familia en Estoril. Por presión de los exiliados republicanos y de los gobiernos izquierdistas occidentales, elegidos bajo el miedo europeo a la aplastante victoria soviética en la guerra mundial, las Naciones Unidas condenan al régimen de Franco en diciembre de 1946, tras una tenaz ofensiva exterior; pero el pueblo español se vuelca en la plaza de Oriente y deja bien claro su respaldo total al régimen, con lo que esa presión exterior actúa en favor del Caudillo. Los aliados toman buena nota y empiezan a pensar si están siguiendo con España el camino más idóneo. Pronto van a comprobar que no, cuando desde la primavera de 1947 el planteamiento de la guerra fría provocará en los Estados Unidos un movimiento pragmático de aproximación al régimen español, que Franco advierte inmediatamente (gracias a las informaciones de

la Marina) y aprovecha para dictar su ley de sucesión, que Carrero Blanco anuncia con unas horas de antelación a don Juan en Estoril. El proyecto instituía una especie de monarquía electiva (que luego se atenuó) y don Juan, que lo advierte inmediatamente, lo rechaza por completo. Por entonces se conoce la primera toma de posición política por parte del príncipe don Juan Carlos: «¿Y por qué Franco, que ha sido tan bueno en la guerra [civil] se mete tanto con nosotros?»

EL PRÍNCIPE SUCESOR «IN PECTORE»

Don Juan cede a la presión de sus consejeros liberales y publica inmediatamente un nuevo manifiesto —el Manifiesto de Estoril—, por el que descalifica de nuevo a Franco y su régimen. En este momento es cuando Franco elimina a don Juan de su cajita sellada y le cierra definitivamente el camino de la sucesión; hay evidencias históricas seguras que lo confirman. Y también en ese momento, según testimonios irrecusables, es cuando Franco, con el apoyo de Carrero, escoge a su nuevo candidato, que sin saberlo él hasta muchos años después, es precisamente el príncipe de Asturias, don Juan Carlos de Borbón, designado sucesor *in pectore* a los nueve años. Desde ese momento Franco tratará de controlar la educación del príncipe, que será para él, a partir de su próxima llegada a España, como un rehén. Por su parte, el equipo liberal de Estoril tratará de utilizar al príncipe, entre Franco y don Juan, como una baza. Un rehén, una baza; el príncipe todavía niño parece advertirlo confusamente; hay indicios de ello en testimonios muy tempranos, del año 1948.

Durante el verano de 1947 se produce, en efecto, la conjunción política entre los tres titanes del exilio —Gil Robles, Prieto y Madariaga— que no logra, sin embargo, superar sus tremendos celos de la época republicana. Los tres intercambian testimonios y documentos que luego se arrojarán unos a otros con gran satisfacción de Franco. Pero al comprobar esta aproximación de signo liberal que implicaba a la Corona, el integrista Vegas abandona la secretaría política de don Juan, aunque acepta seguir en Estoril como preceptor del príncipe. Por consejo suyo, y con su compañía, don Juan Carlos, o don Juanito, como se le llamaba entonces familiarmente, retorna al colegio maria-

nista de Friburgo, donde se incorpora como uno de sus maestros extraordinarios el profesor Ángel López Amo, distinguido miembro del Opus Dei, la joven institución religiosa de origen español que comenzaba entonces, desde Roma, a extender su presencia por todo el mundo y sintió un vivo y eficaz interés en situar siempre a uno o varios de sus alfiles en la proximidad del príncipe. Hasta hoy.

Permanece el príncipe en Friburgo, hasta el verano de 1948. Su francés y su inglés son tan perfectos como su italiano y su portugués; su mente despierta demuestra una extraordinaria facilidad para los idiomas, que le serán utilísimos en el futuro y le brindan una perspectiva cultural y de relaciones muy importante. Demuestra ya la legendaria capacidad borbónica para recordar cualquier cara, cualquier interlocutor, aunque sea fugaz, para siempre. Ese verano llega a Estoril un hermoso y sencillo yate de vela para su padre, el *Saltillo*, y don Juan Carlos se aficiona en él, definitivamente, al deporte náutico, donde encuentra desahogo y horizonte. El ambiente que vivía el príncipe en su casa se resume en estas palabras de un testigo próximo hablando de Franco desde Estoril: «Aquel hombre era el enemigo.» Don Juan Carlos conocería —ese mismo año— personalmente a Franco y llegaría, tras un trato de muchos años, a concebir una impresión muy diferente; pero tampoco se puede menospreciar el influjo, en su carácter, de esa temprana impresión de adolescencia.

El 25 de agosto de ese año 1948, Franco maniobra de acuerdo con el sector monárquico tradicional —ahora con protagonismo del historiador Julio Danvila— y deshace en agraz la todavía no consumada conjunción antifranquista del exilio cuando se encuentra con don Juan a bordo del *Azor*, en aguas de San Sebastián. La noticia, que actúa como una bomba demoledora, aunque de efecto retardado, en el ambiente de Estoril y en el del exilio, afectó profundamente al destino de don Juan Carlos, ya que su educación media en España sería la consecuencia principal del encuentro, así como la amortiguación de la hostilidad antimonárquica en los medios de comunicación del Movimiento. Desde entonces todos los encuentros entre su padre y Franco se referirán a la vida del príncipe, convertido, como acabamos de decir, en rehén o en baza, según cada campo. Nació, pues, muerto el pacto de San Juan de Luz entre monárquicos y socialistas; justo cuando la Unión Soviética lleva la guerra fría a su apogeo con el bloqueo de Berlín.

Pese al convenio del *Azor*, el tenaz Eugenio Vegas Latapie consigue llevarse otra vez al príncipe hasta Friburgo para iniciar el nuevo curso; pero antes de acabar el mes de octubre tiene que devolverlo a Estoril para que viaje desde allí a España. «No dimita, espere a que le echen», le aconseja el legendario financiero don Juan March cuando sabe la noticia. Y con los mejores modos le echaron; desde ese momento don Juan Carlos sale de la órbita educativa —tan elevada como utópica— del intelectual integrista para incorporarse, con carácter felizmente definitivo, a la vida de España, pese a un par de eclipses intermedios y breves.

BACHILLERATO EN ESPAÑA

El 9 de noviembre de 1948 el príncipe de Asturias llega a la estación de Villaverde a bordo del Lusitania Express y desde allí José María de Oriol le acompaña al Cerro de los Ángeles, donde repite la consagración de España al Corazón de Jesús que pronunciara allí mismo su abuelo don Alfonso XIII en 1919. Esto significa que los monárquicos tradicionalistas y la derecha de intereses han conseguido patrocinar su educación en España, arrancando al príncipe —de acuerdo con Franco— de la tutela de los monárquicos liberales antifranquistas, por más que su hasta entonces el preceptor Eugenio Vegas mal correspondía a esa descripción. El mismo día de su llegada se celebraba casi en la clandestinidad el entierro de un estudiante monárquico muerto en la prisión de Yeserías durante uno de los enfrentamientos contra Falange organizados por la aguerrida duquesa de Valencia. Cuarenta y dos años después nos hemos enterado de que en tan reducidas algaradas, que solían ocurrir en la Castellana entre pocos combatientes y el pasmo de los transeúntes, participaba un joven claudicante (a quien nadie recuerda por allí) que ostentaba un glorioso apellido del régimen y alcanzaría un futuro brillante antes de su batacazo merecido y prematuro: Leopoldo Calvo-Sotelo, quien si de veras se asomó a alguna esquina de la Castellana volvió muy pronto a su mucho más cómoda condición de sobrino del Protomártir.

Con un selecto grupo de jóvenes vinculados a la aristocracia de la sangre y a la alta derecha de intereses, el príncipe de Asturias (título que nunca se le reconoció en aquella España) se instaló en una finca de los Urquijo, Las

Jarillas, en la carretera de Madrid a Colmenar Viejo, donde tuvieron como director de estudios a un notable pedagogo granadino, don José Garrido, discípulo de don Andrés Manjón y director del ejemplar Colegio de la Paloma. Un sacerdote donostiarra, don Ignacio Zulueta, y un equipo de profesores del Instituto San Isidro contribuyen, junto al famoso profesor de gimnasia Heliodoro Ruiz, a una excelente formación del príncipe y sus amigos, procedentes de los colegios del Pilar y Maravillas. La Compañía de Jesús, a quien se había hecho expresamente el ofrecimiento, declinó el honor de encargarse de la educación de don Juan Carlos, en vista —fue la cortés respuesta— del resultado negativo de experiencias semejantes en otras épocas. Ya se sentían los jesuitas, por lo que se ve, afectados por uno de sus complejos históricos que estallarían, increíblemente enconados, años más tarde.

El 24 de noviembre de 1948 don Juan Carlos conoció personalmente al general Francisco Franco en el palacio del Pardo. Franco quedó muy favorablemente impresionado con el príncipe de diez años; el príncipe también. Desde este momento hasta que le declaró sucesor suyo a título de rey en 1969, veintiún años más tarde, Franco se tomó muy en serio su papel de *elucidator Principis*, supo ganarse poco a poco la voluntad de su regio alumno, jamás le habló mal, sino siempre bien, de su padre don Juan, y a fin de cuentas logró influir sobre él más que otra persona alguna en la vida de don Juan Carlos.

Franco conocía perfectamente las huellas y resabios de hostilidad que afectaban al príncipe por la convivencia familiar y exiliada de Estoril, donde convivían los personajes a quienes Franco consideraba como los más peligrosos conspiradores contra su régimen y su persona. Pero no tenía prisa, y supo utilizar la presencia y la persuasión del poder para imbuir en el príncipe dos principios, entre otras muchas enseñanzas: primero (sin decírselo expresamente nunca hasta 1969), que en su día sería él quien iba a reinar en España; segundo, que la Corona sólo podría venirle a través de la voluntad y la herencia del propio Franco, aunque en virtud de la pertenencia del príncipe a la dinastía histórica que rige los destinos de España desde el año 1700. Pero debo insistir en que, durante toda su larga relación, que llegó a generar un sincero respeto y afecto entre los dos, Franco no habló jamás mal de don Juan de Borbón en presencia de su hijo; ni trató jamás de envenenar las



El 9 de noviembre de 1948 el príncipe de Asturias (en la foto) llega a la estación de Villaverde a bordo del «Lusitania Express». Desde allí, José María de Oriol le acompaña al Cerro de los Ángeles, donde repite la consagración de España al Corazón de Jesús que pronunciara allí su abuelo. Esto significa que los monárquicos tradicionales y la derecha de intereses han conseguido patrocinar su educación en España, arrancando al príncipe de la tutela de los monárquicos liberales antifranquistas del entorno de don Juan.

Nuevamente vuelven —la baza y el rehén— los forcejeos entre el palacio del Pardo y «Villa Giralda» que retrasan el comienzo de los estudios superiores del príncipe durante todo el curso 1954-1955, antes de hacer su aprendizaje militar. Éste lo hará bajo la dirección de un nuevo preceptor tan leal a Franco como a la monarquía y que, difícilmente, pudo resultar mejor elegido: el general Carlos Martínez de Campos, duque de la Torre (en la foto).



relaciones personales y dinásticas entre los dos. En sus numerosas conversaciones Franco impartió a su discípulo abundantes lecciones de historia española y universal, con sincero ánimo pedagógico, y nada escaso ni superficial conocimiento de la materia, que Franco cultivaba desde su adolescencia militar. Aunque parezca paradójico, esas lecciones no se referían a temas políticos más que genérica y excepcionalmente. He llegado a esta conclusión tras algunas conversaciones con los dos interlocutores y después del detenido análisis de numerosos testimonios dispersos, entre los que destaca, como decisivo, el ya citado de López Rodó en su libro esencial *La larga marcha hacia la Monarquía*.

Trancurrió, de forma tranquila y eficaz, el curso de 1948-1949 en Las Jarillas, mientras el infante don Alfonso de Orleans, general de Aviación que se había distinguido como uno de los jefes de la Brigada Aérea Hispana en la guerra civil, trataba de dirigir la causa monárquica en el interior de España con escasa satisfacción de don Juan; el grupo liberal de Estoril redoblaba sus esfuerzos para recuperar el control del príncipe en cuanto terminase el curso. El papa Pío XII excomulgaba solemnemente a los católicos que abrazasen el comunismo y, seguro de que las democracias occidentales, por presión estratégica de los Estados Unidos, dejarían ya de perseguir a su régimen, Franco pronunciaba el 18 de mayo de 1949 en las Cortes un discurso en defensa de su régimen que los consejeros liberales de Estoril consideraron como agresivo contra la tradición monárquica porque el Caudillo había fustigado en él a los Borbones de la Edad Contemporánea con tremenda dureza, que en algunos casos, por cierto, no resultaba precisamente inmerecida.

Por otra parte, la familia real se sentía sola y abandonada en Estoril; casi nadie acudió a la primera comunión del infante don Alfonso. Cuando acabó el curso, don Pedro Sainz Rodríguez confirma plenamente nuestra teoría de la baza y el rehén al decir a don Juan: «Piense V. M. que el príncipe es la única arma de que dispone frente a Franco.» Esta vez los liberales ganan la batalla y consiguen que para el curso siguiente, 1949-1950, don Juan Carlos no regrese a Las Jarillas: hay que improvisar, bajo la orientación de don José Garrido, un curso especial en Estoril, mientras el grupo de jóvenes compañeros del príncipe prosigue su educación en el palacio madrileño de Montellano.

Pero los acontecimientos internacionales dan de nuevo la razón a Franco. En junio de 1950 estalla la guerra de Corea, cuando las fuerzas comunistas del Norte, apoyadas por China roja, invaden el sur, y Franco llegará a ofrecer un contingente militar español para ayudar a que los Estados Unidos conjuren la amenaza. No quiere luchar contra Corea, como tampoco en 1941 quería luchar contra Rusia, sino contra el comunismo y su expansión; el comunismo era a la vez su enemigo histórico y personal, después que le venció en la guerra civil española. En diciembre de ese año 1950 las Naciones Unidas revocan los acuerdos anti-franquistas de 1948 y don Juan Carlos reanuda su presencia en España para la continuación de sus estudios —acompañado por su hermano Alfonso— en el pequeño palacio de Miramar, situado en uno de los parajes más bellos del mundo, el promontorio entre las playas de la Concha y Ondarreta en San Sebastián; allí habían ocurrido algunos episodios importantes en la historia familiar reciente. Allí cursará los últimos cursos del bachillerato, con aprovechamiento normal, que no desentonaba de la media de sus compañeros, entre los que figuraban algunos veteranos de Las Jarillas, dirigidos todos por el profesor Garrido, el sacerdote Zulueta y el catedrático López Amo. Uno de los profesores, Carlos Santamaría, lo recuerda con suma claridad: «Él estaba seguro de que iba a ser rey.» En Miramar se hizo don Juan Carlos radioaficionado para toda la vida.

Durante aquellos años serenos en Miramar, cuando el frente monárquico de oposición atravesaba por una dura etapa de desaliento (de la que no se repondría ya nunca hasta los comienzos de la transición durante la agonía de Franco), el joven estudiante de bachillerato asistió, sin la necesaria perspectiva para comprenderlo de momento, pero con la ventaja importante de vivirlo, a una transformación esencial en la historia de España; por primera vez en toda esa historia desaparecía el fantasma del hambre, se reducía al mínimo el analfabetismo secular de los españoles, la España rural se convertía aceleradamente en España urbana e industrial y la riqueza nacional, estancada en la República y hundida en la guerra civil, recuperaba sus co-

tas de 1929/1930 para iniciar decididamente un despegue que pronto se empezaría a llamar desarrollo, e incluso milagro español. Se ampliaba la hasta entonces débil y dispersa clase media, y los trabajadores ya no eran ni querían llamarse proletarios; empezaban a tener casa, vacaciones y coche. No entonces, pero sí algunos años después, don Juan Carlos fue adecuadamente informado —por el propio Franco y otros maestros— de que semejante transformación, que cambiaba para siempre las bases de la convivencia española, se hacía posible por la estabilidad política del régimen y por el decidido esfuerzo de la Administración y de la naciente y pujante clase empresarial española, secundada por el trabajo pacífico de casi todo el mundo. Con escasa presión fiscal se lograba el pleno empleo y una prosperidad evidente, alejadísima de las previsiones pesimistas que don Juan, pésimamente informado casi siempre sobre la realidad española, había intentado comunicar a Franco durante su tensa entrevista del *Azor* poco antes. España ingresaba en la UNESCO en 1952; desaparecía un enemigo histórico, José Stalin, el mayor criminal de la Historia humana, en 1953; el año en que el régimen de Franco conseguía, ya con plena conciencia del príncipe a sus quince años, lo que la historiografía europea ha denominado su segunda victoria: el doble tratado legitimador del verano de 1953, primero el Concordato con la Santa Sede preconciliar, y segundo, los acuerdos de cooperación estratégica con los Estados Unidos, la alianza bilateral que se mantiene, pese a varias tormentas, cuando se escriben estas líneas.

EL PRÍNCIPE, MILITAR PROFESIONAL

Terminó el príncipe felizmente, en el Instituto San Isidro, los estudios de bachillerato en junio de 1954. Testigos de su examen rompieron en aplausos espontáneos al escuchar sus respuestas. Y a las pocas semanas Franco solicitó oficialmente a don Juan que permitiera a su hijo iniciar en España sus estudios superiores, con arreglo a un elaborado esquema: debería primero cursar estudios militares en las tres Academias de Tierra, Mar y Aire, de acuerdo (y más) con la tradición militar regia instaurada en la Casa de Borbón por la reina María Cristina de Nápoles y continuada por su hija Isabel II y luego en la educación de los reyes Alfonso XII, Alfonso XIII y el propio don Juan, a

quien sorprendió la República durante sus estudios navales. Así, una vez identificado el príncipe con las Fuerzas Armadas, debería seguir un plan de estudios universitarios con materias especialmente seleccionadas y en convivencia con los estudiantes, que hasta el momento se mantenían tranquilos en las universidades. En el fondo latía la principal preocupación de Franco, que irritó profundamente en Estoril. «Considero importante —decía a don Juan— que el pueblo se acostumbre a ver al príncipe cerca del Caudillo.»

Nuevamente vuelven —la baza y el rehén— los forcejeos entre el palacio del Pardo y villa Giralda, que retrasan el comienzo de los estudios superiores del príncipe durante todo un curso, 1954-1955, para el que Franco, seguro de que al final ganaría, recomendó que don Juan Carlos intensificase en Estoril sus estudios de matemáticas para facilitar su aprendizaje militar. Lo hará bajo la dirección de un nuevo preceptor, tan leal a Franco como a la Monarquía, y que difícilmente pudo resultar mejor elegido desde sus primeras actuaciones en las etapas finales de Miramar: el general Carlos Martínez de Campos y Serrano, duque de la Torre, nieto del militar que fue en el siglo XIX tres veces jefe del Estado —don Francisco Serrano—, futuro académico de la Lengua y, tras una brillantísima carrera militar como jefe de la artillería del Ejército del Norte durante la guerra civil, jefe del Estado Mayor Central del Ejército y destacadísimo tratadista de historia militar española.

Pese a que don Juan, influido por Gil Robles, había pensado en que su hijo cursase estudios universitarios en Lovaina, la famosa universidad católica europea surcada ya por vientos de «diálogo» y entreguismo, acabó por ceder a finales de 1954, después de su primer encuentro personal con Franco en la finca extremeña de «Las Cabezas», propiedad del conde de Ruiseñada, un aristócrata que se había incorporado al grupo monárquico tradicional empeñado en mantener a toda costa la comunicación entre Franco y don Juan. En la conversación Franco confirmó a don Juan, tajantemente, que su segundo Manifiesto de 1947 le había costado el trono; y los dos decidieron que la educación superior del príncipe se hiciera según los planes de Franco, para lo que el general Martínez de Campos contaría con un notable equipo en el que destacaba el comandante de Artillería Alfonso Armada y Comyn. Testigos se-

guros han transmitido y documentado esta opinión de don Juan después de su entrevista con Franco: «Es para matar a quienes me han estado tantos años hablando mal de este hombre.»

Después de una preparación adicional intensiva, el príncipe ingresa en la Academia General Militar, y desde las primeras semanas de sus estudios militares conseguirá, vocacionalmente, una identificación completa con las Fuerzas Armadas. Su formación militar ha sido mucho más seria y profunda que la más somera de Alfonso XII y Alfonso XIII; desde entonces don Juan Carlos se ha sentido profesionalmente militar y no abandonó nunca sus contactos personales y técnicos con los tres ejércitos. Se siente vinculado afectivamente a sus promociones, y a la oficialidad del Ejército, la Marina y la Aviación. Desarrolló en las tres academias militares un sentido innato del mando y del compañerismo. Mientras tanto España ingresaba en la ONU en diciembre de 1955; y la universidad española rompía su conformismo y se empezaba a convertir en la más importante caja de resonancia para la oposición radical al régimen de Franco a partir de los turbulentos sucesos de febrero de 1956 en Madrid, atizados por el partido comunista clandestino.

ESTUDIOS MILITARES Y ESTUDIOS CIVILES

Al año siguiente, el llamado equipo de los tecnócratas, formado por competentes especialistas en economía y administración vinculados personalmente al Opus Dei, entraba brillantemente en la escena política, un tanto aburrida ya por la sorda confrontación entre Falange y los católicos profesionales, y conseguían modernizar al régimen mediante la estabilización y el desarrollo de la economía, la sociedad y la cultura. Destacaba en ese grupo un joven y muy competente catedrático catalán de Derecho Administrativo, Laureano López Rodó, que a las órdenes directas del almirante Carrero Blanco combinó las preocupaciones político-económicas del grupo con un designio estratégico de primera magnitud que ha pasado a la Historia como Operación Príncipe. Una de las principales maniobras de esa compleja operación, en la que participaron junto a los tecnócratas (que eran notables políticos modernos), los hombres de la derecha de intereses y el sector monárquico tra-

dicional —representado ahora por el promotor de los encuentros extremeños entre Franco y don Juan, conde de Ruiseñada— fue precisamente la Operación Ruiseñada, que se abrió oficialmente con un resonante artículo del propio conde en *ABC*: «Lealtad, continuidad y restauración», cuya tesis consiste en que la Monarquía solamente podría venir a través de Franco y por su impulso, es decir la tesis hoy opuesta frontalmente al neojuanismo anacrónico. Poco después el príncipe hace a Franco su primera «visita oficial» en el palacio del Pardo, tras su paso por la Academia General Militar (dos cursos completos, 1955-1956 y 1956-1957), que fue todo un éxito; y se preparaba para ingresar en la Escuela Naval de Marín, donde tanto en la convivencia militar como en el viaje de prácticas a bordo del buque escuela *Juan Sebastián Elcano* consiguió también la adhesión duradera de las promociones jóvenes de la Marina.

En noviembre de 1957, tras la anticipada independencia que España, arrastrada por Francia, tuvo que reconocer a su protectorado de Marruecos (y que levantó algunas ronchas en las Fuerzas Armadas) se produjo la agresión marroquí al territorio español de Ifni y el 20 de diciembre de ese mismo año un importante sector del carlismo y el tradicionalismo prestó homenaje a don Juan en un acto celebrado en Estoril que adquirió gran importancia histórica y dinástica; con ello se reforzaba extraordinariamente la potencia del sector monárquico-tradicional en torno a don Juan. José María Pemán, eximio escritor y respetado representante de los monárquicos tradicionales, consejero de Cultura en la Junta Técnica del Estado durante la guerra civil y acérrimo propagandista de la causa nacional, asumió la presidencia del Consejo privado que asesoraba a don Juan de Borbón. Por fin el 12 de diciembre de 1959, el príncipe, que había cursado también con aprovechamiento teórico y práctico los estudios de Aviación militar en la Academia de San Javier, recibió los despachos de oficial de los tres Ejércitos y se dispuso a completar su formación en la universidad.

Para ello el general duque de la Torre había preparado un programa de estudios superiores civiles en Salamanca, muy equilibrado y con garantías de tranquilidad y respeto para la convivencia del príncipe con los alumnos en la primera universidad histórica española. Pero, como ha contado el propio general en un anticipo de sus memorias, un grupo de monárquicos tradicionales vinculados al Opus Dei

consiguió cambiar ese plan, y así lo decidieron don Juan y Franco el 28 de marzo de 1960 durante su segunda entrevista en la finca de «Las Cabezas»: el general Juan Castañón, afecto también al Opus Dei, sustituyó al general Martínez de Campos (que dimitió indignado) en la dirección de los estudios universitarios del príncipe, que se iniciaron en las aulas universitarias de Madrid, donde la agitación estudiantil de izquierdas, combinada con los coletazos de la propaganda falangista antimonárquica, obstaculizaron el proyecto, que sin embargo resultó también positivo; y don Juan Carlos hubo de completar sus estudios con diversas asignaturas fundamentales de Historia, Derecho y Ciencias Políticas y Económicas en un marco más privado y discreto. Entre la acertada selección de sus profesores destacaron el catedrático de Historia y capellán del Opus Dei, doctor Federico Suárez Verdeguer, de ideas integristas y empeñado en la difícil reivindicación histórica del rey felón don Fernando VII, y otros maestros menos discutibles, entre los que figuraban nombres prestigiosos de la universidad española, como el citado Laureano López Rodó, el especialista en Derecho Político Torcuato Fernández Miranda, y el gran historiador de la España contemporánea Vicente Palacio Atard. Todos ellos, que trataron a fondo al príncipe durante sus estudios universitarios, coincidieron en una profunda estima por la atención, el interés y la seria comprensión de su discípulo, a quien un frente hostil y múltiple trataba por entonces de oponer una leyenda de incapacidad y mediocridad que poco a poco se iba deshaciendo en los frecuentes contactos personales de don Juan Carlos, que conoció por entonces a numerosas personalidades y jóvenes promesas de la política, la sociedad, las finanzas y la cultura.

EL ENCUENTRO CON LA PRINCESA DE GRECIA

En el año 1961 don Juan Carlos, que conversaba también muchas veces con su padre durante sus vacaciones en Portugal, y que se mostraba completamente identificado con él en cuanto a orientaciones dinásticas y en el ideal de la reconciliación de los españoles a través de una transición democrática (objetivo que antes no estaba claro en los grupos asesores de Estoril, pero que se va perfilando cada vez con mayor claridad durante los años sesenta), co-

En el año 1961 don Juan Carlos conoce a la princesa Sofía de Grecia. Es, sin duda, el encuentro fundamental de su vida y el más importante para asegurar su acceso al trono por las extraordinarias dotes humanas, culturales y políticas de la joven princesa.



En abril de 1970, según revela López Rodó, el príncipe dejó bien claro que jamás abandonaría el trono por presiones ajenas: «Yo estoy dispuesto a no irme pase lo que pase. Naturalmente, no puedo prever el estado de ánimo en que uno se encontraría si vienen mal dadas; pero ya he hablado con la princesa y estamos decididos a no irnos ni nosotros ni nuestros hijos.» Esta decisión explica bien el comportamiento del rey (en la foto) en la noche aciaga del 23-F.



noce, con motivo de la boda de los duques de Kent, a la princesa Sofía de Grecia, con la que muy pronto se compromete. Es, sin duda alguna, el encuentro fundamental de su vida y el más importante para asegurar su acceso al trono, por las extraordinarias dotes humanas, culturales y políticas de la joven princesa, cuya formación cultural europea era relevante y que, pese a sus pocos años, estaba ya bien curtida por la adversidad y los zarpazos de la política.

Ya en el mes de enero de 1962, a las pocas semanas de que Franco sufriese un grave accidente de caza que casi le deshizo una mano, el papa Juan XXIII recibía a los príncipes en Roma y les otorgaba su licencia para el matrimonio, que doña Sofía contraerá como catecúmena de la Iglesia católica. En tiempo de ecumenismos los españoles aceptaron con esperanza a su nueva princesa, cuya prudencia y sentido común conquistaron pronto al matrimonio Franco y ayudaron al príncipe a sortear los escollos de su dificultísima navegación de aquellos años entre Estoril y el Pardo; cuando la intransigencia de unos y la sorda oposición de un poderoso grupo político español empuñado en la regencia para descartar a la Monarquía tradicional amenazaba con meter en vía muerta a la Operación Príncipe con la colaboración (no concertada, desde luego) de los consejeros liberales de Estoril, que en su momento colaboraron intensamente con el general Franco para luego repudiarle en medio de resentimientos insondables.

Laureano López Rodó ascendió a comisario del Plan de Desarrollo y Fernando María Castiella, ministro de Asuntos Exteriores, solicitó formalmente la adhesión de España a Europa; entonces se reunió contra esta solicitud en Munich la oposición antifranquista interior y exterior en el famoso *contubernio* condenado por Franco y por la gran mayoría de la opinión pública española del momento, porque perjudicaba los intereses de España ante Europa. Poco antes el Caudillo había mantenido con el príncipe una de sus largas conversaciones en la que le aseguró que tenía muchas más posibilidades que su padre de reinar en España; y le mostraba su seguridad en que, llegado el momento, el patriotismo de don Juan sería capaz de todos los sacrificios. Franco sabía que podía jugar esa baza, y lo hizo a fondo. Por fin, y con nutrida presencia de españoles en Atenas, se celebró el 14 de mayo de 1962 la boda de don Juan Carlos con doña Sofía, que ya había empezado

su profunda inmersión en la lengua y la cultura españolas, una cultura que pronto llegó a conocer y vivir más intensa y profundamente que la mayoría de los españoles.

LA REINA VICTORIA OFRECE TRES CANDIDATOS A FRANCO

A los pocos días los veteranos de la guerra civil conminaban a Franco durante un homenaje en la Casa de Campo a que preservara, como se decía entonces, las esencias del régimen; quizá por eso la reacción de Franco ante el *contubernio de Munich* resultó tan desmesurada. En la crisis que se planteó poco después Franco abrió paso a nuevos representantes de una clase política aperturista, entre los que destacaban el profesor Manuel Fraga Iribarne, pronto famoso ministro de Información y Turismo, y el ingeniero Gregorio López Bravo, del Opus Dei. Juan XXIII había proféticamente el Concilio Vaticano II, que trató de modernizar a la Iglesia en sus relaciones con el mundo, antes considerado como uno de los enemigos del hombre; pero también provocó una peligrosa serie de desviaciones teológicas, políticas y morales e impulsó, gracias a una continuada presión del Vaticano bajo el inmediato pontificado de Pablo VI, un papa seriamente antifranquista, la transformación de la Iglesia española, hasta entonces completamente vinculada al régimen, y que pronto daría las primeras señales de un despegue inevitablemente oportunista con el que arrancó, mucho más que desde la casi inoperante oposición al franquismo, la corriente profunda de la transición española.

En junio de 1963, en efecto, el papa Pablo VI sucedía al profeta Juan XXIII, que había favorecido sin pretenderlo el auge comunista por sus recomendaciones de diálogo mucho mejor aprovechado por los marxistas que por los cristianos. Proseguían en toda España los éxitos y transformaciones del desarrollo. Después de la aprobación de su Ley de Prensa, en 1966, Manuel Fraga desencadenó un proceso irreversible de apertura que pronto se convirtió en otra de las grandes corrientes predemocráticas de la transición. El frente monárquico quiere hacerse presente en las nuevas orientaciones y Luis María Ansón publica un artículo de importancia histórica, «La Monarquía de todos», que provoca el secuestro de *ABC* y el destierro del joven intelectual y periodista monárquico. Con la eficaz

ayuda de Fraga, Franco preparó para fin del año 1966 el referéndum para que el pueblo español apruebe la Ley Orgánica del Estado, que se presenta como innovación aperturista y contiene realmente las pautas formales por las que discurrirá la futura transición. El endoso popular es abrumador y evidente, pese a que se restringieron por temores injustificados del régimen las manifestaciones contrarias a la ley; y las protestas de la oposición se redujeron a la crítica de los defectos formales, por lo demás muy claros, de la iniciativa. Pero al año siguiente, 1967, Franco inicia una abierta involución que le lleva a una renovada condena de los partidos políticos y a un intento inviable de revitalizar al Movimiento.

Desde este momento, desde este año, la decadencia irreversible de Franco es un hecho cada vez más notorio, justo cuando los Planes de Desarrollo están consiguiendo los éxitos más espectaculares en orden a la transformación de España. Fraga se empeña, coherentemente, en que un desarrollo político hacia la democratización corresponda al desarrollo económico, pero, cada vez más firme en el poder vicario de Franco, el almirante Luis Carrero Blanco, designado vicepresidente del Gobierno en 1967, y apoyado por los tecnócratas, adversarios políticos de Fraga con carácter mutuamente excluyente, decide imprimir un ritmo más lento a la evolución política. En febrero de 1968 nace el príncipe don Felipe, primer hijo varón de don Juan Carlos y doña Sofía, y se reúnen en Madrid para el bautizo la reina Victoria Eugenia, don Juan de Borbón, Franco y don Juan Carlos. La reina Victoria, muy emocionada por su regreso a España después de casi treinta y siete años de exilio, recuerda a Franco sus tiempos de gentilhomme de cámara de Alfonso XIII y le dice sinceramente: «Ahí tiene usted a los tres, general. Escoja.» Desde aquel momento y con una excepcional capacidad de intuición, doña Victoria adivina que el escogido es ya don Juan Carlos y favorecerá con eficacia su candidatura en el delicado ambiente familiar.

SUCESOR DE FRANCO A TÍTULO DE REY

Nos acercamos a la crisis decisiva que va a abrirse en el año agónico de 1968, cuando la sociedad occidental parece conmovirse hasta sus cimientos por las convulsiones de

su juventud, iniciadas en el mayo francés. Don Juan Carlos, ese otoño, parece cada vez más firme y seguro de su destino. Pero el 12 de octubre don Juan le reclama solemnemente «tu cariño de hijo y tu lealtad de príncipe» en un intento supremo de apartarle de la tutela histórica y de los proyectos de Franco; el gesto de don Juan, contradictorio con otros anteriores y favorables a Franco, entre los que destaca el entusiasta ofrecimiento reciente del Toisón de Oro (rechazado secamente por Franco), se debió sin duda a la insistente presión de los consejeros antifranquistas liberales. Pero éste es también el último movimiento del grupo liberal de Estoril, cuyo hombre fuerte era ya en esos momentos el inteligente ex embajador de Franco en Buenos Aires y París, José María de Areilza. Parece que don Juan Carlos sintonizaba un tanto con ese movimiento desesperado en sus declaraciones a la revista *Point de vue*, que estuvieron a punto de comprometer la sucesión. Entonces Manuel Fraga Iribarne rindió al príncipe y a la Monarquía un servicio importante, no siempre bien valorado. Con su colaborador Carlos Mendo preparó unas nuevas declaraciones del príncipe en las que don Juan Carlos dejó bien claro, junto con su respeto y afecto inalterable a su padre, su lealtad de militar y de español a Franco y de forma discreta pero inequívoca se mostraba dispuesto a recibir la sucesión si le llegaba el ofrecimiento formal. Estas nuevas y oportunas declaraciones cancelaron el peligroso efecto de las anteriores, y una semana después, el 15 de enero de 1969, don Juan Carlos mantuvo con Franco la conversación decisiva. «Tenga mucha tranquilidad, Alteza —dijo el Caudillo—. No se deje atraer ahora por nada. Todo está hecho.» Entonces Franco le propuso formalmente la sucesión a título de rey y don Juan Carlos la aceptó «como español y como soldado».

Desde una perspectiva histórica y dinástica se comprenden con claridad las claves de la sucesión sobre las que algunos han pretendido arrojar borrones de descrédito. Consta ya documentalmente que, gracias a tres egregias señoras —la reina Victoria, la futura reina Sofía y doña Mercedes, la esposa de don Juan y madre del futuro rey—, se acabó de concertar en junio de 1969 un pacto dinástico no escrito entre don Juan (que por cierto también se llama Juan Carlos) y don Juan Carlos (a quien un Oriol empezó a llamar así en los años cuarenta) sobre la sucesión al trono. Los dos convinieron en que lo esencial para España

y para la dinastía era conseguir la segunda restauración, para mejor servicio de España y de los españoles; y que debería asumir la Corona quien estuviera de los dos mejor situado para conseguirlo. Una vez logrado el objetivo primordial, el nuevo rey guiaría a España a una nueva democracia que pudiera asegurar, mediante la reconciliación de todos los españoles, la convivencia interna, la supresión definitiva de los exilios políticos y el respeto internacional. Conseguido este acuerdo dinástico, podrían mantenerse, ya en un plano inferior, político, ciertas discrepancias inducidas por consejeros más o menos frustrados, pero incapaces de torcer el sentido real de la Historia. Con su sacrificio consciente, don Juan de Borbón cederá el trono y renunciará formalmente a él cuando viese consolidada la democracia y la Monarquía en España; pero con la satisfacción de ver aceptados por su hijo los criterios de orientación histórica que habían marcado la última etapa (no precisamente las anteriores) de la Monarquía exiliada en Estoril. Por eso se ha podido decir con verdad que don Juan de Borbón ha sido un fiel depositario de la tradición monárquica y un artífice esencial de la transición española en medio de su dolor y su silencio. Y el gran maestro de su hijo junto con Franco.

Lo demás casi es anécdota. A mediados de junio de 1969 el almirante Carrero Blanco comunicaba al príncipe la inminente decisión pública de Franco en orden a la sucesión. El príncipe acudió a Estoril, donde se concierta finalmente el pacto dinástico a que acabamos de referirnos. El 12 de julio Franco deja ver al príncipe su carta a don Juan en que en nombre de España le pide el sacrificio supremo de la Corona. Entre el 22 y 23 de julio de 1969, cuando el hombre llega a la Luna, se consuma en las Cortes el hecho de la sucesión y don Juan Carlos, nombrado general de los tres Ejércitos, asume el título de príncipe de España que había llevado ese modelo de Franco, Felipe II.

Desde entonces el príncipe, con la eficazísima ayuda de doña Sofía, se orienta cada vez más decididamente al futuro. En diversas declaraciones, sobre todo a la prensa de los Estados Unidos, no oculta su designio de guiar a España hacia la democracia cuando asuma el poder. Y Franco, como puede deducirse claramente de sus conversaciones íntimas con su secretario militar y confidente Franco Salgado, lo sabía perfectamente. Hay, además, una

prueba histórica directa. Durante el triste congreso agónico de la UCD en Palma de Mallorca, a finales de enero de 1981, Fernando Castedo, director general de TVE, tuvo el acierto de reproducir para España unas declaraciones del rey a la BBC que habían causado un gran impacto en el Reino Unido. Le preguntaba el entrevistador sobre sus relaciones con Franco, y el rey contestó: «Una vez le pedí asistir a los consejos de ministros para prepararme a dirigirlos en el futuro y adquirir la necesaria experiencia política y administrativa. Franco, después de pensarlo, se mostró contrario a la idea. “Lo que usted tendrá que hacer en el futuro —dijo— nada tiene que ver con lo que hacemos ahora.”»

EL JURAMENTO Y LA DEMOCRACIA

En abril de 1970, según revela López Rodó, el príncipe dejó bien claro que jamás abandonaría el trono por presiones ajenas, como había hecho equivocadamente su abuelo don Alfonso XIII. «Yo estoy dispuesto a no irme pase lo que pase. Naturalmente no puedo prever el estado de ánimo en que uno se encontraría si vienen mal dadas, pero ya he hablado con la princesa y estamos decididos a no irnos ni nosotros ni nuestros hijos.» Esta decisión explica bien el comportamiento del rey en la noche aciaga del 23 de febrero de 1981.

Y los todavía príncipes pusieron en práctica tal decisión durante el tremendo acoso del palacio del Pardo bajo el impulso de los regencialistas durante el año 1972, cuando la familia Franco perdió la cabeza ante la boda de María del Carmen Martínez Bordiu con el nieto mayor de Alfonso XIII, don Alfonso de Borbón, el noble príncipe de trágico destino. El propio almirante Carrero Blanco solicitó al príncipe de España que recabase la aprobación de su padre para otorgar a don Alfonso el título de príncipe de Borbón, a lo que se negó tajantemente don Juan Carlos en tensa conversación con el propio Franco. Pese a ello Carrero siguió plenamente fiel al príncipe, que, vestido con uniforme de la Marina, presidió valientemente el entierro de su protector, asesinado por ETA en diciembre de 1973. Formó entonces gobierno, contra todo pronóstico, don Carlos Arias Navarro, mucho menos adicto a la solución dinástica y a la persona del príncipe, el cual vivió dos años

muy duros hasta la muerte de Franco. La revolución portuguesa, en abril de 1974, soliviantó a un grupo de militares jóvenes españoles que, sin embargo, no consiguieron imponerse a la mayoría de sus compañeros, decididos firmemente a actuar como garantes de la transición según las pautas fijadas por las leyes fundamentales y bajo la dirección del príncipe de España, para quien el cumplimiento formal de esas leyes se convirtió en profunda y permanente orientación, garantizada por su juramento de 1969, que no se refería a mantener el inmovilismo, sino la legalidad; que podría transformarse según las normas de cambio contenidas en ella misma. Los ultras siguen obsesionados con un incumplimiento de promesa que jamás existió; confunden la profunda lealtad histórica del rey con las explicables pero equivocadas nostalgias personales colectivas de su grupo.

El príncipe sufrió una decepción gravísima cuando, tras asumir en julio de 1974 los poderes de jefe del Estado, ante una grave trombosis de Franco, el Caudillo se recuperó y mantuvo de hecho el poder mediante tutela próxima hasta recuperarlo en setiembre gracias a un golpe de signo familiar. Concibió entonces el príncipe la decisión de no aceptar más el poder sucesorio si no se le garantizaba la irreversibilidad; por eso tardó tanto en asumirlo cuando Franco se sintió enfermo de muerte a partir del 12 de octubre de 1975. Así sucedió el 30 de octubre, día en que don Juan Carlos inició realmente, casi un mes antes de su proclamación, su reinado efectivo, que quiso inaugurar con un viaje de solidaridad militar al Sahara español, donde las Fuerzas Armadas se encontraban, por la situación de España y el cinismo del gobierno norteamericano en favor del habilísimo rey de Marruecos, en una especie de callejón sin salida.

EL REY CONSTITUCIONAL

El resto es bien conocido, y seguramente no es todavía historia; los recuerdos, los personajes, los problemas están demasiado vivos. En la citada investigación monográfica del profesor Palacio Atard sobre la actuación del rey en la transición podrá comprobar el lector la clara decisión democratizadora del rey al ir entregando uno por uno los extraordinarios poderes que le había conferido Franco

hasta convertirse en titular de una Monarquía constitucional, democrática y moderna. En otro libro clave, *Nuestra democracia puede morir* (Barcelona, Plaza y Janés, 1987), José Manuel Otero Novas, que fue uno de los técnicos esenciales para articular esa transición, nos ha ofrecido un detallado análisis sobre la plasmación constitucional de la Corona, y sobre los sacrificios que hubo de soportar la Corona en aras de la reconciliación de los españoles. Algunos otros intérpretes, peor orientados, se atreven a discutir la función histórica del rey como «motor del cambio», tan acertadamente defendida por José María de Areilza, ministro en el segundo Gobierno de Carlos Arias después de la muerte de Franco y político excepcional que ha rendido grandes servicios a la transición española: esos intérpretes osan afirmar que el verdadero motor del cambio fue la oposición al franquismo. Se equivocan de medio a medio: la oposición, desmedrada políticamente, fascinada absurdamente ante el partido comunista y enfrascada en la ruptura, perdió estrepitosamente el referéndum de 1976, ese gran acierto histórico de Adolfo Suárez, y entró luego (muy sensatamente) en el cauce de reforma política propuesto por los aperturistas del régimen anterior, que han sido, como bien demuestra uno de ellos, Rodolfo Martín Villa, los verdaderos artífices del cambio a las órdenes del rey y con la garantía imprescindible de las Fuerzas Armadas.

En la noche del 23 de febrero de 1981 el rey de España, a quien el Parlamento constituyente y algunos políticos de UCD con escasos sentimientos monárquicos y escasa convicción sobre la funcionalidad de la Corona para una España moderna, habían recortado excesivamente sus atribuciones, salvó al Parlamento y a la naciente democracia española gracias a la obediencia que prestaron las Fuerzas Armadas a su decisión en favor de la soberanía popular. Ahora, cuando el pueblo español, en su inmensa mayoría, tiene puestas en la Corona sus esperanzas y sus principales convergencias, brotan alguna vez esporádicamente sin ton ni son, tanto en la extrema derecha como en la extrema izquierda y en las mínimas minorías separatistas, algunas discrepancias, algunas reticencias y hasta algunos comportamientos groseros hacia la Corona. Para algunos no bastan, por lo visto, las experiencias trágicas de la primera y segunda República, que desembocaron en la desintegración histórica de España. La Corona es hoy la princi-

pal garantía de la reconciliación de los españoles, de la unidad y permanencia de España en medio de las complicaciones y de algunas aberraciones autonómicas, y de la vinculación popular y constitucional de las Fuerzas Armadas. Desde algunos sectores más o menos horteras de la política se pretende a veces impedir que los monárquicos —y deberían serlo todos quienes acatan a la Constitución— traten de profundizar en las virtualidades históricas de la Corona para el presente y el futuro de España; como si en virtud de la Constitución la Monarquía no fuera un patrimonio y una convicción e institución común de todos los españoles reconciliados.

ADVERTENCIA FINAL

En torno al verano y el otoño de 1990 se ha planteado por primera vez en un doble plano, público y secreto, superficial y de fondo, un ataque demoledor contra la Monarquía después de su identificación constitucional (1978) y práctica (1981) con la nueva democracia española. Un aluvión de críticas se abatió contra la persona del Rey, declarada inviolable por la Constitución, con motivo de ciertas frivolidades, a veces ciertas, de la Corte en Palma de Mallorca, rodeada por algunos aprovechados y algunos desaprensivos. Pero lo más grave vino a las pocas semanas, con la orquestadísima exaltación de don Manuel Azaña, figura máxima y encarnación de la segunda República, en todos los medios de comunicación oficiales, todos los ámbitos académicos y todos los medios privados de prensa, radio y televisión. Si en el seno del PSOE se mantiene una exacerbada alergia a la Corona por parte de Alfonso Guerra, que no se molesta en disimularlo, el director de la campaña azañista contra la Corona es un político de rabiosas raíces republicanas, teñidas luego de comunismo estaliniano y luego radicalismo liberal: el todavía ministro de Cultura don Georges Semprún, aparentemente enfrentado con Alfonso Guerra.

El idealizado Manuel Azaña ha sido el más nefasto político en la España del siglo xx, un hombre esencialmente soberbio e incommunicado, causante principal, con Largo Caballero, de la guerra civil española en medio de las convulsiones de los años treinta. Su bagaje cultural era el de un ateneísta típico, buena formación jurídica, terribles ca-

rencias históricas que demostró, entre aplausos de ignorancia total, con motivo de sus grandes discursos de 1931 contra la Iglesia y contra la Monarquía, de las que carecía de información histórica y sociológica seria.

Lo peor de todo es que el gran diario monárquico ha entrado con fruición en el formidable coro de exaltación azañista. El diario monárquico está regido por el mejor director de prensa en la historia contemporánea. Su información política y económica es digna de su historia, excepto cuando encubre, todos sabemos por qué, las normalizaciones separatistas del señor Pujol. El diario monárquico prodiga colaboraciones de académicos, a veces magníficas, a veces plumazos. Nos ofrece un gran cuadro de columnistas presididos por las plumas geniales de Campmany y Mingote. La línea editorial del diario monárquico es también, incluso en lo cultural, digna de su ejecutoria.

Pero en su noble afán de defender a la Monarquía, el diario comete habitualmente, en esta etapa, dos fallos permanentes e inalterables. Primero, trata con injusticia y desprecio a la época de Franco, con lo que muchas veces arroja barro incoherente contra la propia historia del periódico y contra el que fue sucesor de Franco a título de rey. Segundo, ha entregado su sección cultural a unas orientaciones y unas restricciones que convierten a esa sección en una sucursal del diario masónico; por ejemplo, en la exaltación continua y *ad nauseam* de figuras patéticas como Lorca y figuras repulsivas como Alberti. El desatinado homenaje a Azaña perpetrado en el otoño de 1990 por el diario se debe a los mismos orientadores —el hagiógrafo cantamañanas Marichal, el marxista Juliá— que han montado el homenaje paralelo en el diario masónico. Un artículo del señor Lázaro, en que se exalta la esencia republicana de Azaña, me parece un atentado a la esencia histórica del diario. Con su homenaje a Azaña, pese a un editorial de tapadera, el diario monárquico ha provocado la indignación de sus lectores, y ha causado a la Monarquía el mismo daño gravísimo con que empezaron a erosionar el trono de Alfonso XIII en 1930 no los republicanos, sino los grandes políticos liberales de la propia Monarquía. Nada tiene de extraño que con tal guía el presidente del P. P., don José María Aznar, haya contribuido al homenaje a Azaña con insondables tonterías que seguramente ha comunicado para favorecer la gobernabilidad del PSOE, como suele decirse.

XI. EL SECRETO DE IGNACIO ELLACURÍA

TODOS ESTABAN CONVENCIDOS

En noviembre de 1989, cuando caía el muro de Berlín, el ejército guerrillero salvadoreño del Frente Farabundo Martí (FMLN) de Liberación Nacional, de ideología marxista-leninista, apoyado táctica y logísticamente por el todavía vigente gobierno sandinista, es decir cristiano-marxista de Nicaragua y estratégicamente por el dictador staliniano de Cuba, Fidel Castro, trataba de derribar por la fuerza de la subversión al Gobierno salvadoreño de centro-derecha, que había vencido rotundamente por mayoría absoluta en las elecciones recientes, en las que quedó completamente descartada la alternativa marxista y derrotada la situación anterior de signo demócrata-cristiano, que caía (pese a los méritos de su líder, don José Napoleón Duarte) por la ambigüedad de sus planteamientos, su complejo de inferioridad ante la guerrilla marxista-leninista y la terrible corrupción de sus cuadros de mando. La ofensiva guerrillera puso en muy serios apuros al valeroso Ejército de la República de El Salvador, y poco a poco se fue apoderando, en un esfuerzo de guerra realmente impresionante, de algunos barrios de la capital. Después de muchos años de convivencia (en un país pequeño todo el mundo acaba por conocerse a fondo, pese a diversos tapujos) importantes sectores del Ejército y la política, así como la gran mayoría de la opinión pública en El Salvador estaban, durante esa ofensiva salvaje de la guerrilla, completamente convencidos de que el centro inspirador de la guerrilla, y el *alma mater* de la subversión radicaba en la Universidad Centroamericana (UCA) José Simeón Cañas, en San Salvador, dirigida por los jesuitas partidarios de la teología marxista llamada de la Liberación, y que el rector de esa universidad, padre Ignacio Ellacuría, así como su principal cola-

borador, padre Jon Sobrino (los dos vascos españoles de origen, aunque naturalizados en El Salvador), conocidísimos teólogos de la liberación y activistas de ese movimiento en Europa y en América, eran responsables principales de la subversión guerrillera del FMLN, forjadores de los dirigentes rebeldes y orientadores ideológicos del movimiento antidemocrático, aunque en los últimos tiempos pretendían presentarse como promotores del diálogo entre la guerrilla y el gobierno, es decir entre la subversión y la legalidad. Mientras el padre Sobrino se dedicaba sobre todo, al menos aparentemente, a actividades teológicas, que según su personal concepción de la teología no excluían de ninguna manera las actividades políticas, el padre Ellacuría estaba considerado por todas esas fuerzas vivas como estratega de la subversión en Centroamérica. Como historiador y como analista de la actualidad, estoy completamente de acuerdo con ese diagnóstico, que he fundamentado y documentado desde 1985 en mis artículos y en mis libros, donde el lector puede ver mi seguimiento de las actividades del padre Ellacuría y del padre Sobrino; concretamente en *Jesuitas, Iglesia y marxismo* (Barcelona, Plaza y Janés, 1986) y en *Oscura rebelión en la Iglesia* (Barcelona, Plaza y Janés, 1987). Concretamente durante el mes de julio de 1989 se había publicado en un prestigioso periódico salvadoreño, *El Diario de Hoy*, una tremenda denuncia firmada por una «Cruzada pro paz y trabajo» que se identificaba con la línea política gobernante en la nación por mayoría absoluta tras las elecciones democráticas, en la que se nombraba expresamente a los jesuitas Ignacio Ellacuría y Segundo Montes, junto a otros varios, como jefes de la guerrilla terrorista que venía destrozando la vida de la nación mártir. No conozco reacción ni desmentido ni protesta alguna ante esa acusación pública, que, como digo, nacía de la convicción de innumerables salvadoreños, y no solamente en círculos políticos reaccionarios de la extrema derecha.

ASESINATO Y MARTIRIO

En el clima salvaje de enfrentamiento provocado por la guerrilla marxista-leninista durante su ofensiva del otoño, un comando militar o paramilitar, todavía no identificado cuando se escriben estas líneas, penetró el 16 de noviem-

bre de 1989 en una de las residencias de la UCA (cuya comunidad de jesuitas vive dramáticamente separada en tres residencias diferentes, UCA-1, UCA-2, UCA-3, según la divergente ideología de sus miembros), donde habitaban los jesuitas más radicales y afectos al movimiento guerrillero, y ametralló a seis de ellos, encabezados por los padres Ellacuría y Montes, llevándose también por delante a dos mujeres encargadas de la limpieza y atención del recinto. Este asesinato incalificable conmovería al mundo entero y motivó la protesta de todos cuantos nos oponemos, naturalmente, a que las fuerzas del orden utilicen los mismos procedimientos que las fuerzas de la subversión. Es evidente, por otra parte, que la exasperación producida en las Fuerzas Armadas y en la opinión pública por la ofensiva guerrillera que ya había causado millares de muertos en nombre de la liberación fue la que inspiró a los organizadores del atentado para golpear a lo que consideraban cabeza y núcleo de esa subversión. Pero también es grave que una vez conocida la noticia la formidable máquina de propaganda internacional en manos de la Compañía de Jesús, que había intentado poco antes presentar a una falsa luz histórica (y antiespañola) a la teología de la liberación en la película *La Misión* (que es un simple trampantojo montado por el jesuita anarquista Daniel Berrigan), se puso de nuevo en marcha para exaltar al padre Ellacuría y sus compañeros como mártires de la paz y la modernidad, asesinados cuando trabajaban al servicio de los pobres. La no menos engrasada maquinaria propagandística de la Internacional Socialista, que en los últimos tiempos se identifica cada vez más, como he tratado de sugerir en otro capítulo de este libro, con lo que antes se llamaba masonería y presenta sospechosas coincidencias de objetivo con los jesuitas progresistas que hoy dominan (desde 1965) totalitariamente el aparato de su orden, contribuyó a la difusión de esa imagen martirial, con resultados apoteósicos. Casi todos los medios de comunicación del mundo aceptaron el martirio, y ninguno de ellos señaló la coincidencia de la ofensiva guerrillera, coetáneo desesperado del marxismo-leninismo en América, con el hundimiento del muro y del comunismo en Europa.

INCREÍBLES E INADMISIBLES HOMENAJES

En los citados libros creo haber establecido claramente, con argumentos históricos, que son los de mi oficio, la convergencia de los jesuitas subversivos vascosalvadoreños con la «cruzada de liberación» que tiene organizada la ETA en España. Tampoco señaló nadie, a propósito del asesinato de los jesuitas, otra conexión. El 30 de marzo de 1990 informaba la prensa (véase *ABC*, p. 41) que el cura español Pérez, famoso guerrillero marxista-leninista en Colombia, había sido fusilado por sus hombres tras haber enviado grandes sumas de dinero —más de un millón de dólares ensangrentados— en auxilio de la ETA. Poco después, el 25 de mayo de 1990, un jurado con mayoría de satélites radicales y socialistas (la periodista cristiano-marxista Navitel Preciado, el periodista satélite Carlos Luis Álvarez, el enemigo «histórico» de Reagan en TVE Diego Carcedo), forzaban nada menos que la concesión del Premio Príncipe de Asturias en el sector de Comunicación y Humanidades a Ignacio Ellacuría y la UCA, y no transcribo el motivo para que el lector no sienta la misma vergüenza que yo. Y el colmo de los colmos: el 18 de junio de 1990 la Universidad de Salamanca, templo histórico del saber, fue profanada por una tremenda manipulación; sirvió como marco para un pretendido homenaje «de las universidades españolas» (al que por supuesto no se había sumado la cátedra de Historia Contemporánea de la Universidad de Alcalá, que regenta el autor de estas líneas) a la UCA y a Ignacio Ellacuría «para reconocer el mérito a su labor en pro de la paz en dicho país». La sombra de Orwell planeaba sobre la Universidad de Salamanca con aquellas sentencias de 1984: «La guerra es la paz, la verdad es la mentira.» Ésta es la razón por la que he decidido predicar solo en el desierto, reunir y refundir varios escritos míos de protesta publicados desde el asesinato de los jesuitas y su manipulación en la prensa española, la norteamericana, la mexicana y la salvadoreña y explicar a mis lectores, con los instrumentos de mi oficio de historiador y de analista de la actualidad, el secreto de Ignacio Ellacuría.

UNA INVITACIÓN DE DOS GRANDES PERIODISTAS

A este paso la etiqueta histórica de nuestro tiempo será la terrible sentencia de ese gran periodista y pensador atlántico, Jean-François Revel: «La primera fuerza que mueve a nuestro tiempo es la mentira.» No nos habíamos repuesto aún de las exequias de *la Pasionaria* cuando tuvimos que enfrentarnos a otro aluvión de mentiras y deformaciones: el que trató de presentarnos desde su muerte al padre Ellacuría como apóstol del diálogo, vivo ejemplo de caridad cristiana y mártir de la convivencia pacífica en El Salvador. Confieso que yo temía el anuncio de su muerte desde la primavera anterior, pero esa noticia me produjo una profunda angustia, por desviados que estuvieran, desde treinta años antes, nuestros caminos. Ignacio Ellacuría no era mi enemigo sino mi adversario; le conocí a fondo personal e intelectualmente; seguí luego paso a paso su trayectoria, año tras año, y creo que él la mía; y su muerte criminal y absurda ha podido no andar muy lejos de mi propia muerte, y desde luego se encadena trágicamente a la muerte de quien fue, como voy a explicar, íntimo amigo de los dos, aunque ahora estaba conmigo —tal vez por eso murió— y contra él, también por eso murió. Estoy jugando, pues ahora, ante la terrible noticia, con muertes tan próximas, tan íntimas; no jugaré por tanto con la verdad, entre el nuevo aluvión de mentiras podridas y deformaciones sistemáticas.

El secreto de Ignacio Ellacuría da para un libro y a ese secreto he consagrado páginas enteras en los dos libros que acabo de citar, y que Ignacio Ellacuría había leído y anotado cuidadosamente. Me había contestado públicamente, despectivamente, sin entrar en uno solo de mis argumentos. Se lo digo ahora, desde la misma fe, y en el fondo desde la misma tragedia, aunque sean dos orillas diferentes del mismo torrente que ahora se enfanga con su sangre y con el crimen de sus asesinos. Como se había enfangado, en abril de 1989, con la sangre y el crimen —los asesinos son diferentes— de nuestro íntimo amigo común.

El 17 de noviembre de 1989, al comentar lúcidamente el asesinato del padre Ellacuría y sus cinco compañeros, otro gran periodista atlántico, Manuel Blanco Tobío, en

su decisivo recuadro de *ABC*, me dirigió una invitación irresistible para que aclarase el secreto de Ignacio Ellacuría. A las pocas horas el director de *Época*, Jaime Campmany, confirmaba la invitación. He necesitado dos libros para esbozar la solución al problema. Traté de explicarlo a raíz del asesinato en esa prestigiosa revista. Ahora, con mayor perspectiva y nueva documentación, vuelvo sobre el asunto, que me parece de primordial importancia histórica.

LOS JESUITAS SOCIALISTAS

Ignacio Ellacuría nació en Bilbao hace algo más de sesenta años. Estudió teología en Innsbruck, donde ya se distinguió por su actitud rebelde mientras era discípulo del gran teólogo y pensador jesuita Karl Rahner, una de las estrellas del Concilio Vaticano II, que nunca cayó en la heterodoxia (al menos claramente), pero vinculó a buena parte de sus alumnos españoles a la llamada *teología política* que ideó y difundió su discípulo principal, Johannes Baptist Metz, a quien he descrito con pruebas como ideólogo e inspirador cristiano de la Internacional Socialista. De aquella siembra brotó toda una promoción de jesuitas socialistas que crearon en la España de 1967 el Instituto Fe y Secularidad, salvado por el PSOE cuando ya agonizaba en 1982 y que sirvió, gracias al encuentro del Escorial en 1972, al que asistió como estrella el teólogo peruano Gustavo Gutiérrez, para el lanzamiento de la teología de la liberación en América, y por supuesto en Europa, especialmente en España, donde una tenaz y amplia red de editoriales y centros de comunicación difunden desde entonces hasta hoy sus doctrinas.

El inventor de esa desviación teológica, esencialmente vinculada al marxismo, pese a los tapujos de escolástica decadente con que quisieron enmascararla sus adeptos (entre ellos los vascosalvadoreños Ellacuría y Sobrino en primerísima línea), fue precisamente ese teólogo indiooperuano, gracias a su libro de 1971 *Teología de la liberación, perspectivas*, cuyas tesis he analizado a fondo en mis citados libros. Si vale la sentencia evangélica «Por sus frutos los conoceréis», no debe extrañarnos que los principales discípulos de Karl Rahner hayan sido socialistas radicales y los principales discípulos de Gustavo Gutiérrez hayan sido marxistas-leninistas. Dicen ahora que Gutiérrez revi-

sa su libro, sepultado bajo los cascotes del muro de Berlín. A buenas horas.

Entre los jesuitas españoles de horizonte socialista están el padre Alfonso Álvarez Bolado, organizador del encuentro del Escorial e infiltrado en el Centro de Estudios Estratégicos (CESEDEN) y en los asesoramientos de la Conferencia Episcopal española durante la ambigua etapa Díaz Merchán-Sebastián Aguilar; el padre José María Martín Patis, vicario político del cardenal Tarancón, quien en una resonante conferencia de 1981 propuso la orientación neomarxista y anticapitalista de la Escuela de Frankfurt (ideología de fondo de la Internacional Socialista) para el segundo tramo de la transición española; y el padre Ignacio Ellacuría, que fue colaborador habitual del diario *El País*, nada desafecto a la vertiente más radical de esa Internacional, que como todo el mundo sabe (menos algunos órganos de la Iglesia y de la derecha española) utiliza en América y en el Tercer Mundo una estrategia radical, muy próxima a la que hasta hace poco montaba el comunismo, que sirve a la Internacional Socialista como coartada para sus demasiado patentes contubernios con el capitalismo.

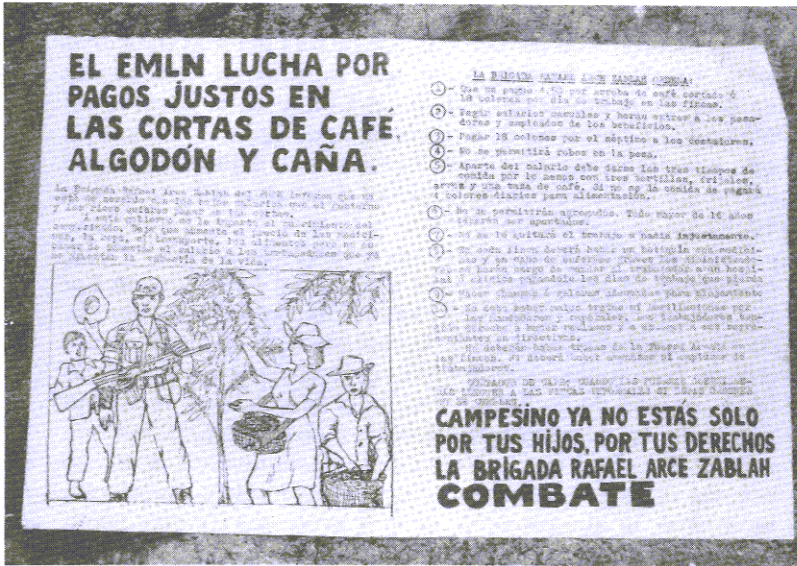
Téngase en cuenta que, como hemos indicado en otro capítulo de este libro, varios partidos comunistas del Este europeo han solicitado, tras disfrazarse de socialistas, el ingreso en la Internacional Socialista; y cuando tantos comunistas han ingresado en el PSOE, un ideólogo invitado habitual del PSOE, Adam Schaff, acaba de incorporarse a la obediencia de su partido originario, el comunista de Polonia, tras haber servido en las oficinas de la Internacional Socialista en Viena. Insisto en este dato revelador que ya indiqué: Schaff, el ideólogo preferido del marxista Alfonso Guerra, trata ahora de vigorizar el frente polaco contra Walesa, a quien dice apoyar por otra parte ese anacronismo viviente y colaborador distinguido de la prensa derechista, Marcelino Camacho. Los jesuitas socialistas se emparejaron con los tres pregoneros marxistas veteranos de la Iglesia española: el padre José María de Llanos, antiguo fascista y hoy miembro honorario del Comité Central comunista, que profirió bobadas insignes en la muerte de *la Pasionaria*; el padre José María Díez Alegría, deformador de toda una generación religiosa, y el canónigo inefable José María González Ruiz, quien se ha despeñado hace poco con una acusación estúpida, más que maligna, contra

el cardenal López Trujillo, por la que se ha visto obligado a entonar una humillante palinodia.

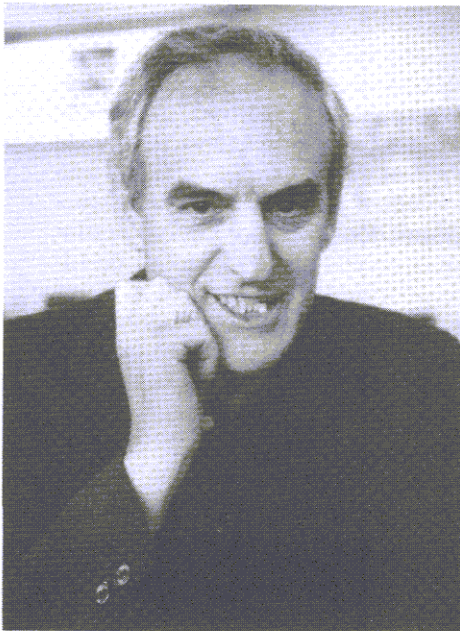
LA ACUSACIÓN DE MONSEÑOR DELGADO

A fines de 1988 nada menos que monseñor Freddy Delgado, que fue secretario de la Conferencia Episcopal salvadoreña en los años a que se refiere en su testimonio, publicó un formidable alegato que resulta esencial para revelar el secreto de Ignacio Ellacuría: *La Iglesia popular nació en El Salvador*, que produjo en aquella nación un escándalo monumental. Conoció hace cuatro años a monseñor Delgado, un prelado joven y preparadísimo, durante una reunión celebrada en São Paulo para analizar los problemas del marxismo en América. Me pareció un hombre equilibrado, hermano de un sacerdote liberacionista, y que lo sabía todo sobre su Iglesia nacional. «La principal estrategia del partido comunista (y de la Internacional Socialista, añado yo) para hacer de El Salvador una república socialista de obreros y campesinos ha sido la instrumentación de la Iglesia católica en la revolución, según el esquema aprobado por el primer congreso del Partido Comunista de Cuba.» Fracasada en Chile la implantación totalitaria del marxismo, la estrategia diseñada por Fidel Castro en Chile —durante su abrumadora visita de tres semanas bajo el régimen del marxista y masón Salvador Allende— se había empezado ya a aplicar en El Salvador desde 1968 con la creación de un grupo de sacerdotes-activistas organizado por los jesuitas. En ese año empieza la actividad político-pastoral de Ignacio Ellacuría en la Universidad Centroamericana José Simeón Cañas (UCA), en San Salvador.

En 1970 —sigo a monseñor Delgado— aparece la «Nacional de Sacerdotes», un grupo de 17 clérigos dedicado al «análisis de la realidad nacional», o para decirlo con expresión de Fidel Castro y cifra de su estrategia, a la «alianza estratégica de cristianos y marxistas». El arzobispo Luis Chávez y González encargó a su obispo auxiliar Arturo Rivera Damas la vigilancia del grupo subversivo, que acabó marginándoles a los dos. Por ello el arzobispo decretó la expulsión del director del grupo, el sacerdote francés Bernardo Boulang, una vez acabado su contrato. Los jesuitas protestaron por este «atentado contra la pastoral popular y liberadora», es decir marxista-leninista que



Importantes sectores del Ejército y la política, así como la gran mayoría de la opinión pública en El Salvador, estaban completamente convencidos de que el centro inspirador de la guerrilla del Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional (FMLN), de ideología marxista, radicaba en la Universidad Centroamericana (UCA) dirigida por los jesuitas partidarios de la teología marxista llamada de la liberación.



En el clima salvaje de enfrentamiento provocado por la guerrilla marxista-leninista durante su ofensiva del otoño de 1989, un comando militar o paramilitar —todavía no identificado cuando se escriben estas líneas— penetró el 16 de noviembre en una de las residencias de la UCA y ametralló a seis de sus residentes (encabezados por los padres Ellacuría —en el retrato—, y Montes) y a dos mujeres encargadas de la limpieza del recinto.

había incorporado las tácticas educativas del marxista cristiano brasileño Paulo Freire, que también se inocularon en una triste etapa del Colegio del Pilar en el corazón de Madrid. El portavoz de la protesta fue Ignacio Ellacuría, que precisamente se disponía a suceder a Boulang como estratega de la subversión en El Salvador. El arzobispo confirmó la expulsión.

Abandonaron los jesuitas sus residencias clásicas y concentraron su actividad en la Universidad José Simeón Cañas, donde, como dije antes, se dividieron en tres comunidades ideológicas opuestas. Un superior, el padre Moreno, jefe de relaciones públicas del arzobispado, se encargó de la formación de los jóvenes de la orden cuando se aceptó su condición de traer todos los libros sobre marxismo que necesitaba «para una tesis doctoral». La nunciatura le coló por vía diplomática cuatrocientos libros sobre marxismo-leninismo, lo que provocó acerbas protestas de otro jesuita más consecuente, Rutilio Grande, que luego amplió su protesta por la instrumentación marxista que sus compañeros impusieron en una cooperativa agraria. Pidió entonces el padre Rutilio su traslado a la parroquia de Aguilares en 1973, donde sus adversarios le «marcaron» con varios activistas del marxismo.

El equipo jesuita marxista de ideólogos exaltó la interconexión de la conversión política al marxismo y la conversión religiosa hasta identificarlas, mientras de la UCA llegaban a todos los centros de activismo marxista-clerical de la nación orientaciones cada vez más radicales, a partir de un «centro de reflexión teológica», es decir de irradiación marxista. «Esta estructura —concluye monseñor Delgado— fue concretada con la llegada como rector de la UCA del padre Ellacuría y el equipo de jesuitas en una acción social y reflexión teológica pro marxista leninista.» Las pruebas son abrumadoras. En 1977 las Ligas Populares 28 de febrero, integradas en el Frente Nacional de Liberación Farabundo Martí, se organizaron en la UCA. También en la UCA se tramó la formación de un gobierno socialista radical con ocasión del golpe de 1979. Un jesuita que luego abandonó, Luis de Sebastián, afirmó que ese golpe de Estado fue fraguado en la UCA y en el arzobispado. La UCA —dice monseñor Delgado— «jugó un papel importante en la formación de los cuadros de los diferentes grupos marxistas leninistas que hoy conforman el FMLN». Y Juan Ignacio Otero, líder de la guerrilla, «reveló que se

compraban armas en el extranjero utilizando cuentas bancarias de jesuitas radicalizados». Tan bajo había caído por entonces en un sector de la Compañía de Jesús el voto de pobreza impuesto por san Ignacio.

VACILACIONES DE UN MITO

En febrero de 1977 fue nombrado arzobispo de San Salvador monseñor Óscar Arnulfo Romero González, a quien un grupo de jesuitas, según cuenta el jesuita Erdozain, practicó por entonces un psicoanálisis profundo que descubrió la inseguridad del prelado. (Los jesuitas, desde comienzos de la era Arrupe, se han hecho maestros consumados en las técnicas de lavado de cerebro, que disimulan con nombres menos agresivos.) A las pocas semanas, el 12 de marzo, fue asesinado el jesuita Rutilio Grande en su parroquia de Aguilares y los liberacionistas consiguieron convertirle en mito, pese a las fundadas sospechas de que había sido eliminado por la extrema izquierda ante la posición crítica que el asesinado había asumido, como ya vimos, contra ellos. Dirigidos por Ignacio Ellacuría, los jesuitas liberacionistas invadieron el arzobispado, condicionaron al débil arzobispo y favorecieron una nueva invasión: la de las monjas de la Iglesia popular, que coparon las oficinas de la curia poco después.

La Iglesia popular, es decir la Iglesia marxista, acorraló e instrumentó al pobre monseñor Romero, a quien los papas Pablo VI y Juan Pablo II llamaron a Roma para quitarle la venda de los ojos. Al regreso de su segunda visita a Roma, monseñor Romero denunció por primera vez los desmanes de los grupos de acción marxista. Al día siguiente los curas y monjas de la Iglesia popular abandonaron sus despachos como protesta. En febrero de 1980 monseñor Romero sabía que iba a morir. Escribió una carta con este presentimiento al secretariado de la Conferencia Episcopal de Centroamérica. Luego cayó en nuevas contradicciones e indecisiones. Ignacio Ellacuría se jactó después de que él mismo se encargaba de escribir las homilias del arzobispo vacilante. El 24 de marzo, mientras celebraba misa, fue abatido por un tirador asesino y certero que le partió el corazón con una bala de fusil envenenada.

Los jesuitas de la UCA se lanzaron frenéticamente con eco de todos conocido a la fabricación del mito del obispo

mártir. La izquierda clerical vetó la presencia de varios obispos en los funerales que ofició, entre otros, el ministro sandinista y antiguo amigo de Somoza, padre Miguel d'Escoto. No hace mucho los liberacionistas han patrocinado la exhibición mundial de una película mediocre sobre el arzobispo asesinado, titulada con su nombre, que ha resultado un completo fracaso. En la Gran Vía de Madrid apenas duró una semana y no pasó después a los cines de reestreno.

Mientras tanto Ignacio Ellacuría había efectuado importantes incursiones por la retaguardia europea del liberacionismo, alimentado en España, como dijimos, por una imponente red de centros y editoriales jesuitas, claretianas, clericales y paulinas, que han producido desde fines de los años sesenta una verdadera inundación de libros cristiano-marxistas, ante la pasividad de los obispos y superiores religiosos; o con su activa cooperación en este último caso. En 1978 Ellacuría participó en el III Encuentro nacional de comunidades cristianas populares. Un tremendo informe reservado de los jesuitas ignacianos españoles, dirigido en 1982 al papa Juan Pablo II, citaba a Ellacuría como «significado por sus actividades sociopolíticas en Centroamérica». En cambio, el deleznable libro del jesuita progresista Pedro Miguel Lamet, que dio un espectáculo bochornoso al ser cesado como director de la revista clerical y desviada *Vida Nueva* con generalizado pataleo y ahora ha escrito una hagiografía dulzona e infantil sobre el pobre general Arrupe, donde se ocultan cuidadosamente las gravísimas responsabilidades de Arrupe en la degradación de la Compañía de Jesús, desmantelada bajo su mandato, sólo cita de lejos a Ellacuría en una nota, sin indicar que formaba parte del grupo de jesuitas radicales, dirigido por el activista marxista y ex provincial de Centroamérica César Jerez, que consiguió manipular en sentido socialista y liberacionista al infeliz padre general.

EL COCHE BOMBA Y EL JESUITA

En 1984 Ellacuría publicó un libro no menos desviado, *Conversión de la Iglesia al Reino de Dios* (por lo visto se trata de dos cosas diferentes) en que destacaba una grave equivocación de Cristo sobre el fin del mundo, asumía acriticamente tesis fundamentales del marxismo y denunciaba

a la Iglesia actual por estar situada de espaldas al pueblo. Nada tiene de extraño que despotricase pronto contra las dos grandes Instrucciones de la Santa Sede sobre la teología de la liberación en 1984 y en 1986; y que cuando el entonces obispo secretario de la Conferencia Episcopal española, doctor Fernando Sebastián Aguilar, publicó unas tímidas objeciones llenas de comprensión y vaselina empalagosa sobre el liberacionismo en diciembre de 1985, Ellacuría le replicase desabridamente a vuelta de correo con displicencia rayana en la grosería.

Fue después Ellacuría la estrella de una reunión liberacionista a puerta cerrada en el monasterio de la Rábida, financiada por medios oficiales del PSOE, que mereció un duro recuadro de *ABC*, «Teólogos del partido», el 27 de marzo de 1987. Critiqué la presencia en ese aquelarre rojo de doña Victoria Galvani, una colaboradora argentina del Instituto de Cooperación Iberoamericana, y señalé las vinculaciones de la teología de la liberación con el terrorismo, por lo que esa señora me planteó ante los tribunales una demanda de protección al honor que he ganado en primera instancia y en una sentencia espléndida de la Audiencia Provincial de Madrid en 1990. Al año siguiente de su participación en el encuentro de la Rábida, Ignacio Ellacuría escandalizó a toda España con un chistecito en que aludía con humor negro al horrible crimen de la ETA contra la central de la Guardia Civil en Madrid, lo que motivó un terrible recuadro del padre Martín Descalzo «El coche bomba y el jesuita», en el que llamó *idiotas* a las distinciones del activista vasco y le preguntó si con ellas «no se está convirtiendo en alguna forma en corresponsable de muertes como las que ayer han sacudido a los madrileños. Jueguitos de palabras así matan tanto como el amonal». Y terminaba: «No siempre son los que ponen bombas los últimos responsables de estos actos, sino quienes, detrás o delante, los justifican con distinciones tontas o teorías corrompidas.» (*ABC*, 24 de noviembre de 1988.) Sin escarmentar por la merecidísima acusación, Ignacio Ellacuría aplicaba en *El Correo Español* cuatro días después la teología de la liberación a los problemas vascos y se quejaba de la acción del Estado en defensa de los ciudadanos como «terrorismo institucionalizado», un claro sofisma de la ETA, a quien el jesuita vasco no condenó jamás, lo mismo que su colega Jon Sobrino se negó expresamente a condenarla.

ERA EL ESTRATEGA

El secreto de Ignacio Ellacuría consiste en que, más que un teórico de la liberación (donde desbarraba a veces como en sus colaboraciones, publicadas, naturalmente, en *El País*, excepto para insultar a los obispos, donde escogía el diario que entonces era de los obispos), se había convertido, desde los años sesenta, en estrategia del liberacionismo, es decir de la alianza estratégica de cristianos y marxistas para su nación adoptada, El Salvador, y para toda Centroamérica en conexión con otros centros liberacionistas como los que dirigen los jesuitas rojos en Nicaragua amparados, hasta hace poco, por el poder, del que formaban parte muy activa incluso en el gobierno. En funciones de estrategia se le escapaba a veces la identificación de los teólogos de la liberación como intelectuales orgánicos en el sentido gramsciano del término, pero otras veces se dedicaba a arrojar cortinas de humo como en su conferencia del Club Siglo XXI en enero de 1987, donde negó cínicamente la vinculación esencial de la teología de la liberación con el marxismo, lo que motivó una dura carta mía en *ABC*, a la que por supuesto no se atrevió a responder.

Alardeaba de su relación con el gran filósofo español Xavier Zubiri, pero jamás supo explicar el repudio de la teología de la liberación que brilla en la página 344 de la altísima obra de Zubiri, *El hombre y Dios*. Tengo aquí una colección de la *Carta a las Iglesias* editada por Ellacuría donde, a lo largo del último año de su vida, 1989, trataba de dar una inflexión a su estrategia revolucionaria en favor de una paz negociada, y él se había erigido en negociador cuando era parte en el conflicto salvadoreño. Se trataba de una clara sintonía no ya con las dulcificaciones de la *perestroika*, sino con el proyecto de la Internacional Socialista para acoger en sentido socialdemócrata el deshielo del comunismo en el Este y el horrible fracaso del comunismo en Occidente. Este proyecto, que ha permitido en Europa el trasvase masivo de intelectuales y líderes comunistas desde el comunismo al socialismo, como bien saben los señores Solé Tura, Pilar Brabo, Enrique Curiel y tantísimos otros en una nueva versión de Frente Popular, no menos peligrosa que la staliniana de los años treinta, aunque los observadores de los Estados Unidos, afectados

en estos temas de ceguera crónica, parezcan no darse por enterados. Y eso que el actual presidente Bush hizo en marzo de 1983 unos atinadísimos comentarios: «No entiendo la política de los católicos en América Central y especialmente la vinculación de los sacerdotes a las revoluciones de signo marxista. A lo mejor esta confesión me acarrea la acusación de extremista de derechas.» (*Los Angeles Times*, 3 de marzo de 1983.)

EL HEROICO COMBATE DEL PROFESOR PECCORINI

Apareció a fines de 1988, como dije, la catilinaria de monseñor Freddy Delgado sobre la Iglesia popular e inmediatamente entró en liza un profesor salvadoreño, ya ciudadano de los Estados Unidos, y afamado profesor de filosofía en el campus de Southland de la Cal. State University, íntimo amigo mío y de Ignacio Ellacuría, y publicó el 16 de enero de 1989 una requisitoria formidable contra el rector de la UCA en *El Diario de Hoy*, el gran periódico de San Salvador. En este artículo y en otros este gran amigo nuestro y destacadísimo intelectual con fama en las tres Américas, cuyo nombre es Francisco Peccorini, endosaba totalmente el informe de monseñor Delgado. Una vez jubilado en su universidad californiana, volvió a su patria de origen contra el consejo de sus amigos y emprendió una valerosa campaña de denuncias en la prensa, la radio y la televisión contra los engaños de Ellacuría y la UCA.

Francisco Peccorini empezó entonces a recibir de forma inmediata y continua graves amenazas que no le hicieron desistir de su propósito. A primeros de marzo de 1989 Peccorini estuvo en Los Ángeles para despedirse de sus amigos. Tenía el presentimiento seguro de su muerte próxima. No les hizo caso y volvió a San Salvador. Preparaba una reunión conmigo y otros profesores y publicistas antimarxistas para mediados de mes; luego me advirtió por un amigo común de que, por razones que ya me explicaría, la aplazaba. El 16 de marzo se dirigió a una emisora para participar en un debate sobre la entraña de la lucha revolucionaria en El Salvador y en discrepancia frontal con las tesis de su antiguo amigo Ignacio Ellacuría, a quien por cierto había barrido en un reciente debate ante las cámaras. Un comando terrorista del FMLN le abatió cuando iba a entrar en la emisora. Entre su documentación

de base figuraban dos de mis libros, de los que había publicado numerosas citas en sus artículos. Tenía setenta y tres años.

Nadie dijo una palabra en España sobre este crimen, excepto un magnífico suelto en *ABC*. Nativel Preciado y Carlos Luis Álvarez no se interesan más que por una clase de muertes, y no sé si a sabiendas o por ignorancia o por pasión política ridícula ocultan además la verdad sobre ellas. *El País*, amigo de dedicar editoriales insultantes a quienes dicen la verdad, no dedicó ninguno a Peccorini. Los jesuitas, con quienes estuvo vinculado, no conmemoran su vida ni su muerte, que no tiene para ellos interés político. Ignacio Ellacuría, al borde del sadismo, hizo unas declaraciones mendaces sobre la muerte de Peccorini, de las que hubo de retractarse inmediatamente (*El Diario de Hoy*, 25 de abril de 1989). Esas torpísimas y ridículas declaraciones me han quitado todo escrúpulo para comentar hoy, desde la frialdad de la documentación y el calor de la amistad perdida, la muerte del propio Ellacuría en ese mismo año. Por aquellos días arreciaron también las amenazas de muerte contra monseñor Freddy Delgado, quien ante la situación de inminente peligro hubo de esconderse y quitarse de en medio por una temporada (*ibíd.*, 21 de marzo de 1989).

UNA DENUNCIA MORTAL

El 1 de junio siguiente el líder de la derecha salvadoreña, Alfredo Cristiani, asumía el poder tras una abrumadora victoria en unas elecciones democráticas impecables. La prensa adicta a la Internacional Socialista (acompañada por muchos terminales en la prensa moderada) desinformó a placer y presentó al vencedor como extremista de derechas, sin reconocer la legitimidad de su triunfo, logrado en gran parte por la repugnante corrupción de los políticos demócrata-cristianos, como dijimos, durante la presidencia vacilante de José Napoleón Duarte; una vez más la Democracia Cristiana comprometía, por su habitual irresponsabilidad política, el futuro de una nación americana, como había hecho en Chile a fines de los años sesenta.

Casi a la vez el *speaker* de la Cámara de Representantes de los Estados Unidos, que había vivido durante años con el cerebro lavado por varios colaboradores afectos a



En febrero de 1977 había sido nombrado arzobispo de San Salvador monseñor Óscar Arnulfo Romero (en la foto). La Iglesia popular, es decir, la Iglesia marxista, acorraló e instrumentó al pobre monseñor: Ignacio Ellacuría se jactó después de que él mismo se encargaba de escribir las homilias del arzobispo vacilante. El 24 de marzo de 1980, mientras celebraba misa, monseñor Romero fue abatido por un tirador asesino y certero, que le partió el corazón con una bala de fusil envenenada.

También alardeaba Ellacuría de su relación con el gran filósofo español Xavier Zubiri (en la foto); pero jamás supo explicar el repudio de la teoría de la liberación que brilla en la página 344 de la altísima obra de Zubiri «El hombre y Dios».



la teología de la liberación (lo que fue cuidadosamente ocultado por toda la prensa de España sin excepción alguna), tenía que dejar ignominiosamente su puesto por otro escándalo de corrupción; porque en los Estados Unidos y en El Salvador los políticos sorprendidos en comportamientos de este jaez tienen que dimitir, al contrario de lo que sucede en países más modernizados. Álvaro Jerez Magaña, un valiente publicista salvadoreño, saltaba inmediatamente a la brecha donde acababa de caer Francisco Peccorini y denunciaba: «Jesuitas promueven marxismo desde la década de los sesenta.» Y en una página enorme del 3 de julio una agrupación de ciudadanos a la que ya hemos aludido al principio de este trabajo denunciaba a los jesuitas Ignacio Ellacuría, rector de la UCA, y Segundo Montes, director del Instituto de Derechos Humanos de la UCA, como «jefes de las hordas terroristas» que trataban, según la denuncia, de «apoderarse del poder a sangre y fuego». Pese a la reciente cobertura o disfraz negociador de Ellacuría, media nación estaba completamente convencida de que el anuncio decía la verdad. No conozco respuesta alguna a esta denuncia, a este anuncio mortal.

Poco después, en noviembre de 1989, las fuerzas guerrilleras intentaban una operación de gran envergadura y enorme audacia contra la capital de El Salvador, contra un Gobierno que acababa de ganar limpiamente las elecciones por mayoría absoluta. ¿Por qué nadie subraya, ni siquiera alude, a esta esencial circunstancia? ¿Por qué valen las mayorías socialistas en España, obtenidas a veces de forma tan antidemocrática, y no valen las mayorías de la derecha en El Salvador? ¿Por qué tenía que negociar el socialismo español con los terroristas de la ETA y el gobierno salvadoreño, legitimado tan aplastantemente en las urnas, con los terroristas salvadoreños, cuya causa fue totalmente barrida en las elecciones? El Gobierno salvadoreño ha denunciado la conexión sandinista y cubana de sus enemigos interiores. Sin que el crimen se haya aclarado, el representante de los jesuitas en Europa ha acusado al Gobierno salvadoreño como responsable del crimen.

Yo no me puedo pronunciar sobre las responsabilidades, sometidas ahora a una investigación con observadores internacionales. Pero mi deber era revelar y mostrar la militancia ideológica y política que libremente escogió, en los años sesenta, Ignacio Ellacuría, con la mejor disposición para debatir mis tesis con quien discrepe de ellas

correctamente, pero sin la menor concesión a las oleadas desinformativas que ahora, sin duda, van a seguir inundándonos. Por lo pronto el padre Jon Sobrino, quien tuvo la suerte de librarse de una matanza que sin duda también le buscaba a él, ha tomado como nueva base de operaciones la Universidad de los jesuitas en Santa Clara, California, cuyo presidente, el padre Locatelli, es un liberacionista acrítico que presta esa importante plataforma a la propagación del liberacionismo en las zonas hispánicas de los Estados Unidos, sin que tal vez el gobierno de ese país advierta la magnitud del peligro. Cuando el marxismo se hunde en Europa, puede estar rebrotando con fuerza inesperada en lo que se ha llamado «el bajo vientre» de Norteamérica. Los liberacionistas de América, como los de otros continentes, han advertido ya de que la caída del comunismo en el Este de Europa no les afecta. Yo estoy convencido de que les afecta, pero hemos de continuar implacablemente el combate contra la falsa liberación; hasta el profeta optimista del liberalismo, Francis Fukuyama, ha pronosticado que la caída del comunismo en Europa puede no significar el final de las luchas de liberación que el comunismo inspiró en todo el mundo después de la segunda guerra mundial.

APÉNDICE DOCUMENTAL AL CAPÍTULO XI

1. Carta del provincial de los jesuitas en Centroamérica sobre el asesinato de Ellacuría y sus compañeros y respuesta de Ricardo de la Cierva, una y otra publicadas en *La Prensa Gráfica* de San Salvador los días 28 de diciembre de 1989 y 16 de abril de 1990:

«Los sacerdotes asesinados no eran simpatizantes de los guerrilleros marxistas, dice nota explicativa a informes inexactos sobre el caso, el provincial de la Compañía de Jesús, para Centro América, P. José María Tojeira S. J. La misiva expone lo siguiente:

»23 de diciembre de 1989. Prov. 264/89

Sr. Director Dutriz, director del diario *La Prensa Gráfica*, San Salvador.

»Estimado señor director: En la edición del diario que usted dirige del día 21 de diciembre de 1989, aparecen en la página 6 y 7 dos artículos que se refieren a los seis sacerdotes jesuitas asesinados el 16 de noviembre, de un

modo que o bien falsea la realidad de los mismos, o bien califica de un modo incorrecto la actividad de la Compañía de Jesús, en el seguimiento del presente caso.

»En efecto, en la página 6 aparece un artículo titulado “Lucha fratricida” y firmado por el señor Luis Pazos que afirma que “los sacerdotes eran simpatizantes de los guerrilleros marxistas” y que la universidad en la que trabajaban “es considerada en El Salvador como un centro intelectual de la guerrilla”. Después de afirmar esto el articulista se refiere a “la posición filosófica neomarxista, contraria a la doctrina cristiana, de esos sacerdotes”. Ante esto quiero aclarar lo siguiente:

»1) Los sacerdotes asesinados no eran simpatizantes de los guerrilleros marxistas. Lo único que hacían era hablar con los diferentes sectores en conflicto en El Salvador con el deseo de mediar en favor de una paz con justicia.

»2) Puede ser que la UCA sea considerada en El Salvador como un centro intelectual de la guerrilla por algunas personas, pero también hay muchas personas que piensan que la UCA sigue con valentía la doctrina social de la Iglesia. Decir lo primero sin la matización de que ese pensamiento es sólo de un grupo de personas, y callar lo segundo, me parece una manipulación de verdad.

»3) La posición de los sacerdotes no era “neomarxista” en el campo filosófico. El padre Ellacuría pertenecía a la escuela del filósofo español Zubiri, plenamente enraizado en la filosofía cristiana. El padre Amando López había hecho su tesis doctoral sobre el filósofo y sacerdote español Amor Ruibal. La tendencia “zubiriana” del padre Ellacuría era conocida internacionalmente en la mayor parte de las escuelas filosóficas. Acusar de posiciones filosóficas neomarxistas a los sacerdotes asesinados, es demostrar públicamente la ignorancia de lo que son posiciones filosóficas.

»4) Afirmaciones como éstas, que también se vertieron en otros medios antes del asesinato de los sacerdotes, han propiciado en parte el asesinato de los mismos. Por ello nos parece muy grave el repetir las ahora.

»En la página 7, así mismo, y en un artículo editorial se habla del deseo de evitar “los perjuicios de las seudoinvestigaciones privadas, vengan de donde vinieren”. Sobre esta afirmación quiero simplemente añadir que en un caso como éste, la parte ofendida tiene el pleno derecho, en El Salvador y en cualquier parte del mundo, a hacer sus propias investigaciones privadas. Y que, salvo demostración

pública y fehaciente, nadie puede *a priori* desvirtuarlas diciendo en general que se juega a detectives.

»En base al derecho de réplica y en base a la justicia que se merecen los jesuitas asesinados y quienes les acompañaron en su muerte, le ruego señor director que publique en su periódico estas aclaraciones con la misma posibilidad de llegar a los lectores que tuvieron quienes escribieron lo contrario.

»Atentamente,

»Padre JOSÉ MARÍA TOJEIRA, S. J. Provincial»

ELLACURÍA: ¿VÍCTIMA O MÁRTIR?

«Con retraso veo la carta del padre provincial de los Jesuitas en Centroamérica, José María Tojeira, sobre el asesinato del padre Ellacuría y sus compañeros. Estoy en total desacuerdo con esa carta. Conozco a fondo los escritos de Ellacuría y los he analizado en mi libro *Oscura rebelión en la Iglesia*. He publicado con motivo de su muerte trágica, que lamento vivamente, varios artículos en la prensa española que contradicen las tesis del padre provincial. Nadie ha protestado en España por esos artículos.

»La UCA estaba considerada como un centro intelectual de la guerrilla y más aún, como un centro estratégico de la subversión. Tiene toda la razón don Luis Pazos. La teología de la liberación, de la que era portavoz el padre Ellacuría, desprecia sistemáticamente la doctrina social de la Iglesia. Ellacuría tuvo relación con el gran filósofo católico Javier Zubiri, pero de ninguna manera pertenecía a su escuela; el padre provincial no debe de conocer los libros de Zubiri, alguno de los cuales fue mutilado y truca-do por Ellacuría al editarle. En la página 382 del último libro publicado por Zubiri, *El hombre y Dios*, el gran filósofo descarta por completo la teología de la liberación que Ellacuría profesaba. Ellacuría no era simplemente neomarxista, sino afín al marxismo clásico. Lo he demostrado en mis libros y artículos con innumerables citas. En la televisión española el ex jesuita Luis de Sebastián acaba de definir a Ellacuría como el pensador "que ha logrado la síntesis superior de marxismo y cristianismo".

»El padre Ellacuría no ha sido un mártir de la fe sino una víctima de su activismo político. Su alegada condición de mediador es tardía y falsa, además de intolerable; no

se puede mediar entre la legalidad y la subversión, entre un gobierno que ha vencido democráticamente por mayoría absoluta y unas bandas terroristas que han provocado en una nación mártir millares de muertos, entre ellos, por trágica consecuencia indirecta, el propio Ellacuría. La derrota de los amigos de Ellacuría en Nicaragua, en cuanto se han enfrentado con las urnas, es una nueva prueba del camino equivocado que seguía un hombre a quien he definido una y otra vez como estrategia de la subversión.

»Medita, pues, el padre Tojeira sobre sus afirmaciones, que no se fundan en la realidad. Ellacuría fue duramente criticado durante sus últimas visitas a España por sus posiciones próximas al terrorismo de ETA, sobre lo que se permitió hacer algunas bromas que le valieron en las páginas de *ABC* la acusación de complicidad moral con el terrorismo en España. Mi impresión es que en Centroamérica su complicidad era todavía mayor; una complicidad política. No debe el padre provincial prestarse a engañar a la opinión pública sobre estos hechos.— (Madrid, marzo de 1990.)»

RICARDO DE LA CIERVA

2. Artículo de Ricardo de la Cierva sobre unas declaraciones del presidente de la Conferencia Episcopal salvadoreña publicado en *ABC* de Madrid el 12 de febrero de 1990 y reproducido en numerosos medios de comunicación de Centroamérica y los Estados Unidos; y carta en que se expresa la reacción del obispo aludido en ese artículo, en plena confirmación de las tesis del autor.

«En todo el mundo, y especialmente en España, se ha desencadenado una oleada de información unilateral sobre el asesinato del padre Ellacuría y otros compañeros suyos en San Salvador, a quienes se califica como mártires. Para nada se tiene en cuenta la opinión de muchísimos católicos salvadoreños, que consideran ese crimen (que me parece y les parece absurdo) no como un acto contra la religión —a la que nadie persigue allí—, sino como un atentado político contra quienes habían asumido una clara actitud política. Para esos católicos el padre Ellacuría era un estratega y un colaborador de la revolución del FMLN, aunque en “los últimos tiempos” se presentaba como mediador, equiparando a la guerrilla subversiva, de inspiración sandinista y cubana, con el Gobierno legal elegido democráticamente en aquella nación martirizada. El

impresionante alegato de monseñor Freddy Delgado “La Iglesia popular nació en El Salvador”, sobre los tiempos en que fue secretario de la Conferencia Episcopal Salvadoreña, publicado a principios de 1989, describe cabalmente la actuación del padre Ellacuría y sus colaboradores todos estos años. Monseñor Delgado está amenazado de muerte.

»Tengo sobre la mesa cientos de testimonios más, que en su momento serán publicados, y que confirman de lleno las tesis sobre la teología de la liberación y que expuse y probé en mis libros *Jesuitas, Iglesia y marxismo* (1986) y *Oscura rebelión en la Iglesia* (1988). Quienes siguen expresando su admiración acrítica por este movimiento político deberían recordar las pruebas que aduje. Pero hay una nueva, de enorme importancia, que no me resisto a transcribir. La última ofensiva del FMLN, durante la que se produjo el asesinato de los jesuitas, produjo también otros miles de asesinatos en el pueblo salvadoreño, en los pobres y humildes del Salvador que los guerrilleros decían defender, y en realidad asesinaron. Que yo lo diga no tiene importancia. Pero quien lo afirma es el actual presidente de la Conferencia Episcopal del Salvador, monseñor Romeo Tovar Astorga, en declaraciones publicadas por la Prensa de San Salvador el 29 de diciembre de 1989. Son éstas:

»“Luego de oficiar una misa concelebrada en la catedral Nuestra Señora de los Pobres de Zacatecoluca, monseñor Tovar Astorga dijo que estaría de acuerdo en continuar participando como mediador en el proceso del diálogo, si el FMLN da muestra de un poco de sinceridad, de querer terminar la guerra.”

»Recordó la crueldad con que el FMLN realizó la siguiente ofensiva, la cual fue preparada no en dos días, sino mucho antes de las conversaciones... Es así, indicó, cómo el FMLN, mientras hablaba de paz, estaba preparando la guerra, cosa que no se puede aprobar.

»Luego afirmó que en reciente entrevista sostenida con el papa Juan Pablo II le explicó la situación de violencia en el país, y de una manera especial le narró la agresión del FMLN realizada contra el pueblo de Zacatecoluca.

»Se le preguntó si en su entrevista con el papa había tocado el asesinato de los seis jesuitas, a lo que monseñor Tovar Astorga respondió que en El Salvador no ha habido sólo seis asesinatos, sino miles de asesinatos de salvadoreños en los últimos días de la ofensiva.

»Por tanto, recalco, es un error reducir toda la violencia a seis muertes de personas por muy honorables que sean, hechos contra los cuales expresó su más enérgica condena. ¿Qué es, por tanto, el FMLN, defensor de los pobres o asesino de los pobres?

»La Conferencia Episcopal Española ha protestado por el asesinato de los seis jesuitas de San Salvador. Estoy de acuerdo. Pero ¿por qué no protesta la Conferencia Episcopal Española, y su cadena de radio, por los seis mil asesinatos de que se lamenta el presidente de la Conferencia Episcopal Salvadoreña? ¿Es que hay para la Iglesia de España, y para algunos medios de comunicación en España, muertos de primera y de tercera? El jesuita Jon Sobrino, que nos endilgó hace unos días en TVE un sermón hipócrita y unilateral en el programa de la complaciente y acrítica Mercedes Milá (la cual o bien ignora la realidad de Centroamérica y entonces no sé por qué habla, o bien la conoce y entonces no sé por qué calla), no dijo ni siquiera media verdad en su lacrimógena homilía liberacionista. No dijo ni siquiera "su" media verdad; y ni él ni la sesgadísima presentadora citaron a monseñor Freddy Delgado, ni a monseñor Pedro Arnoldo Aparicio Quintanilla ni a monseñor Romeo Tovar Astorga. El padre Sobrino "no" reveló que ha trasladado ya su cuartel general para la subversión en la Iglesia (y no para la lucha por los pobres, se le llenaba la boca de pobres) a la Universidad de los jesuitas de Santa Clara, California, cuya historia siniestra voy a contar en breve con todo detalle, empezando por el fiel retrato de su rector, el alucinado padre Locatelli, gran promotor de Sobrino, el jesuita rebelde (e inútilmente advertido por Roma) que mereció una cita nada menos que en el debate del Congreso sobre las fechorías de don Juan Guerra, sin que nadie diera un respingo.

»Estoy harto, hasta la náusea, de las oleadas de desinformación que se abaten sobre nosotros a propósito de los sucesos del Salvador, que han sido el último coletazo del marxismo-leninismo irradiado para las Américas desde la plaza de armas cubana. Me asombra que todo el mundo se trague sin crítica la mitología forjada en la UCA sobre las muertes, trágicas y manipuladas, del padre Rutilio Grande y monseñor Óscar Romero, y sobre la ejemplaridad religiosa de ciertas biografías cargadas de puntos negros que tengo cabalmente documentados.

»Aplaudir a la *perestroika* y alinearse a favor de la gue-

rrilla subversiva salvadoreña y sus inspiradores me parece un contrasentido muy propio de la estrategia americana de la Internacional Socialista, que ha colaborado abiertamente, durante los últimos años, con los activistas de la Universidad Centroamericana José Simeón Cañas, a quienes el Episcopado salvadoreño arrebató su título anterior de Universidad Católica. ¿Hasta cuándo tendremos que seguir tolerando toda esta bazofia, toda esta unilateralidad informativa? Por mi parte ni un segundo más; y pronto publicaré, si Dios quiere, un nuevo y abrumador elenco de pruebas. Como se disponía a hacer mi amigo el eminente profesor de la Cal. State University, Francisco Peccorini, salvadoreño de origen y luego ciudadano de los Estados Unidos, que regresó a San Salvador después de su jubilación en California para decir la verdad; intervino en durísimas polémicas con el padre Ellacuría, publicó artículos definitivos sobre la situación en su patria de origen y cuando el pasado 16 de marzo se dirigía a la emisora para una nueva comunicación de sus ideas fue abatido a tiros por un comando del FMLN, lo que luego fue reconocido por el propio Frente. El profesor Peccorini había pertenecido durante años a la Compañía de Jesús, pero casi nadie ha protestado por su asesinato. Yo lo hice en un reciente artículo de *Época* que acaba de llegar a conocimiento de los miembros del Congreso de Estados Unidos por California gracias a la gestión espontánea de algunos jesuitas de Los Ángeles. Bien hacemos en celebrar el fracaso y el hundimiento del marxismo en el Este de Europa. Pero Castro acaba de afirmar que Cuba se hundirá en el océano antes de abandonar el marxismo-leninismo, y los teólogos de la liberación, aliados a Castro y Ortega, han pretendido ser los últimos cristianos y van a quedarse en el lamentable papel de ser los últimos marxistas.

«2 de abril de 1990

»Sr. don Jesús A. Tobar

»Miami Fl.

»Muy estimado don Jesús:

»Hace pocos días tuve el gusto recibir su carta y las fotocopias de artículos periodísticos de Madrid. Los he leído con verdadero interés porque pretenden esclarecer la verdad de los hechos en El Salvador, mi patria, esclare-

ciendo las ideas y compromisos sustentados por las personas aludidas en los mismos artículos.

»Por mi parte apruebo los conceptos de don Ricardo de la Cierva. Creo que son objetivos y equilibrados. Estoy de acuerdo en deshacer mitos que pretenden esconder la realidad. En esta línea, no sé si usted conozca las declaraciones en torno a la connivencia con el marxismo que dieron el arzobispo de París y el obispo de Lyon.

»El 25 de este mes tomará posesión de la presidencia de la República de Nicaragua Violeta Chamorro. Quiera Dios que así sea y que la democracia y la paz vengan a Centroamérica.

»En El Salvador la guerrilla continúa con acciones de hostigamiento. Continúan los niños mutilados por las minas terroristas e incluso los muertos. Aun y así, no perdemos la esperanza de alcanzar la paz y de trabajar por el progreso de esta nación sumida en la pobreza.

»Agradeciendo nuevamente los recortes periodísticos que me envía, muy atentamente me despido de usted.

ROMEO TOVAR ASTORGA»
(Obispo presidente de la Conferencia
Episcopal del Salvador)

XII. ESTRAMBOTE BUFO: LEOPOLDO CALVO-SOTELO
(L.C.-S. +/—660).
UNA TRAGICOMEDIA DE LA TRANSICIÓN

LA ELECCIÓN DE UN CONJURO

Como ya indiqué en la introducción, los griegos recomendaban después de la tragedia una *catarsis*; así nació la comedia en la literatura universal. Después de una terrible trilogía de Sófocles resultaba necesario, para levantar el ánimo de las gentes deprimidas por la tragedia, una comedia de Aristófanes. Por eso al final de este libro, cuyos capítulos se han referido tantas veces al drama y a la tragedia, he creído necesario un remate en forma de comedia bufa de la Historia; con la descripción de un personaje profundamente cómico que nos sumió sin embargo a todos en una tragedia política de la que no nos han salvado aún ni las chORIZADAS de los hermanos Guerra. Por eso la fiel reconstrucción del paso de Leopoldo Calvo-Sotelo por la escena política española en la transición se describe adecuadamente en el marco de la tragicomedia.

El personaje, como es notorio, comete, perpetra y amaga crímenes métricos que llama sonetos. Como justo castigo a su perversidad, este capítulo final de mi libro puede considerarse también, según anticipé, como un estrambote que remate ese soneto lacrimógeno en que consiste su vida política.

Pero mucha atención: el personaje es muy peligroso. Voy a envolver aquí su verdadera historia (esto es un libro de historia) con cendales de cuarta dimensión y una serie de conjuros que puedan reducir la influencia maléfica que de él emana. El editor que le contrató su libro de memorias retorcidas perdió, como se sabe, su puesto en la editorial a poco de estampar su firma en el contrato. Mucho más avisado, José Manuel Lara Hernández, que conoce bien a sus personajes, se negó tajantemente a editarle tal engendro, con lo que preservó la integridad de Planeta, aun-

que no la del restaurante donde se habían encontrado para la negociación, que desde aquella tarde permanece cerrado por misteriosas razones, mucho más auténticas que las tan falsamente esgrimidas en torno al palacio de Linares en la Cibeles, cerrado por motivos que don Leopoldo conoce perfectamente: es su edificio preferido en Madrid.

A la hora de buscar el conjuro adecuado para que la mención de don Leopoldo en este libro no acarreará al libro la misma suerte que suele acabar en dos minutos con los mensajes iniciales de la serie «Misión Imposible», mis amigos astrólogos y parapsicólogos me recomendaron encarecidamente un sortilegio que se inicia con las palabras de la Biblia: «*Nigra sum sed formosa, filiae Jerusalem.*» Ignoro las razones, que tal vez se refieran al ramalazo negroide que ofrece la faz del personaje, en quien aflora quizá un salto genético multiseccular que explica su evidente falta de racismo y su tendencia a recabar la colaboración de ciertos negros misteriosos para el pulido de sus admirables obras literarias. Pero me negué a aceptar ese conjuro porque se expresa en género femenino y, puesto en el ordenador como masculino, *niger*, hace saltar indignada a la pantalla de mi Zenith. Como no deseo implicarme en líos de hibridaciones esotéricas, que podrían llevarnos a no sé que galimatías, preferí acogerme al conjuro que ya figura en el criptograma anexo al título de este capítulo, y que para evitar males mayores paso a transcribir a continuación.

«Cuando la fuente del mal de ojo o del hechizo catatrófico continuado sea estrictamente personal, y brote exclusivamente de la negrura íntima y visible de un solo hombre, sin conexión ni referencia con su familia ni con las instituciones a que pertenezca, ni con industria artificial, bebedizo o punctura corpórea, sino sólo por proximidad o presencia aparentemente normal, debemos procurar no nombrar jamás al portador del maleficio ni por su apellido, ni por su nombre de pila ni por su apodo, ya que entonces el gafe, aguafiestas, malasombra o como le llaman en Italia, *jettatore*, es de la clase *simpliciter simplex*, y la mención de su persona puede acarrear incontables e inmediatas catástrofes. El caso más grave y vitando es aquel en que el sospechoso se define como *hombre de suerte* sin falsedad alguna, porque suele tenerla, inmerecida, para sus asuntos personales y familiares, mientras traspasa la desgracia, el hundimiento y la muerte a cuantos con él convi-

ven e incluso se atreven a nombrarle en su ausencia. Pero si resultara imprescindible para el financiero, o el simple cronista, referirse a él o a sus hechos, que serán invariablemente desgraciados para los demás, la tradición esotérica ha arbitrado un remedio seguro. De nada sirve el tocar madera, ni doblar los dedos en cruz, ni otros recursos para ahuyentar males menores. En el caso que nos ocupa la solución ha de ser solamente ésta: escríbanse sus tres iniciales (han de ser tres) seguidas de punto bien visible, y neutralícese la todavía nefanda influencia con dos signos seguidos de contradicción. Primero el elemental, marca *más* separada por barra de la marca *menos*; segundo, las dos primeras cifras de la Bestia, 66, contrarrestadas por aquella cifra que la humanidad tardó no menos de cien siglos en arbitrar, el cero. No caben abreviaturas ni supuestos. Es la única forma de referirse al personaje, que sólo hay uno por generación, gracias a Dios, sin experimentar los efectos deletéreos de su presencia o de su nombre.»¹

EL ÚNICO ACIERTO DE CARLOS MARX

La clarividente cita de Albino Meraglio, que, no sin un resquicio de temor, antepongo a este capítulo, explica sin más posibilidad de concretar, el criptograma de mi título, que se refiere a un curioso impertinente, personaje que pudo ser clave de la transición española, en el cual, por no conocerle suficientemente, muchos creímos cuando asumió el poder en momentos críticos, tras el pronunciamiento del 23 de febrero de 1981, y que a las pocas horas empezó a dilapidar con torpeza increíble esa esperanza, y se convirtió, a fuerza de una insondable ineptitud, en el principal responsable de la devastadora victoria socialista en las elecciones del 30 de octubre de 1982, y por lo tanto de todos los males que han sobrevenido a España como consecuencia de esa victoria. Desvanecido en el ridículo del fracaso histórico aquel fantasma que, suscitado por Carlos Marx, recorría Europa en 1848, a lomos del *Manifiesto comunista*, se acaba de hundir entre 1989 y 1990 todo el imponente montaje teórico y político del marxismo, del que

1. Albino Meraglio, *Centinela y antídoto contra gafes y cenizas mayores*, Venecia, Imp. Aldo Manucio, 1509, cap. VI, p. 23.

sin embargo subsiste aún un solo principio válido, incluso después de fracasadas todas las teorías y todas las profecías del «terrible doctor» trevireense. Ese principio es el que formuló Carlos Marx al frente de la menos marxista de sus obras, dedicada al audaz golpe de Estado que llevó a quien pronto sería Napoleón III hasta el poder supremo de la República francesa. «La Historia —decía Marx— se vive siempre dos veces. La primera como tragedia; la segunda como farsa.» Se refería, naturalmente, al primer Napoleón y al tercero, a quien Marx despreciaba con notoria exageración y apasionamiento, quizá porque le chafó sus sueños revolucionarios de 1848. Pues bien, el principio marxiano de la Historia que se repite como tragedia y como farsa se ha dado también en la España contemporánea. La tragedia, es decir la grandeza hundida por la fuerza enemiga y también por sus propios errores, los errores tradicionales de la derecha española, se llamó, en julio de 1936, José Calvo Sotelo. La farsa, que soportó España a un coste dramático, saltó a la escena de la Historia casi cincuenta años después y tiene un nombre: L.C.-S. +/-660.

Después de protagonizar un ridículo político como no se contemplaba en la historia de España desde el igualmente fugaz gobierno de don Ricardo Samper en la República de 1934, o incluso en los peores momentos de la camarilla fernandina, con la diferencia en contra de que la camarilla estaba en este caso compuesta por el propio jefe del cotarro, L.C.-S. +/-660 yacía en un rincón de la pequeña historia, ignorado de todo el mundo, y omitido invariablemente en los primeros esbozos históricos de la transición, que saltaban sin solución de continuidad de uno a otro período todo lo discutibles que se quiera, pero períodos claramente históricos: el de Adolfo Suárez y el de Felipe González. Asombrado sin duda por tamaño olvido, L.C.-S. +/-660, obsesionado por obtener un nicho en la Historia, decidió labrárselo por sí mismo, y publicó en la primavera de 1990 un libro singular, *Memoria viva de la transición*, que ha provocado la carcajada colectiva más estentórea de los últimos tiempos, sobre todo cuando la revista *Época* reveló que el audaz memorialista consultó a sus íntimos otro título genial: *El eslabón perdido*, que, aplicado al autor, como el autor pretendía, hubiera introducido en la polémica una regresión darwiniana que ni los más acerbos críticos del autor se hubieran atrevido a proponer, aunque yo acabo de insinuarla en esa alusión

sobre cierto salto atrás hacia la plena negritud. En ese libro, y en los comentarios que su autor prodigó a los medios de comunicación, arremete con ínfulas de Agamenón contra mí, e incluso, cuando los periodistas le replican que deja mal a todo el mundo, insiste en que sólo quiere hablar mal de mí. ¿A qué se debe tal desbordamiento de odio infantiloides e impotente? Sin duda a un par de cosillas que naturalmente L.C.-S.+/-660 no cuenta en sus memorias vivas y que yo paso a contar a continuación, para regocijo de mis lectores.

UNA CENA EN CASA CIRIACO

Una aciaga noche de 1982, cuando se iniciaba el invierno, L.C.-S. venía de pasar su última jornada en la Moncloa como presidente, ya que al día siguiente tomaría posesión del cargo y del palacete don Felipe González Márquez. En tan solemne noche, L.C.-S.+/-660 se dirigía a casa Ciriaco, un famoso restaurante típico al final de la calle Mayor, frente al Consejo de Estado, donde con toda premeditación nos había invitado a cenar a mí y a mi mujer. Llegaba acompañado por la suya, Pilar Ibáñez Martín, una dama inteligente y ejemplar, que además es algo parienta mía por parte de nuestras madres: las dos señoras, presentes en el encuentro, no me dejarán mentir. Por aquel tiempo yo mantenía una columna diaria de análisis político en el YA, dependiente de la Conferencia Episcopal española, y desde que L.C.-S.+/-660 empezó a desbaratar en la presidencia tras destruir las iniciales esperanzas que había suscitado, le critiqué a fondo sin enemistad alguna, sino por simple objetividad. Lo cierto es que la solemne invitación me extrañó, y aún más su tono familiar, después que ya por entonces me constaba que L.C.-S.+/-660 había pedido mi cabeza por dos veces al presidente de la junta de gobierno de la Editorial Católica, con cierto repugnante tufillo de coacción, y luego al presidente del consejo de administración, insinuándole que la ayuda del Gobierno a la reconversión del periódico dependía del comportamiento del periódico. Los dos caballeros, que lo son y tampoco me dejarán mentir, y los dos consejos rechazaron airadamente la exigencia del presidente, que pretendía pasar por liberal mientras atacaba de forma tan inicua a una de las principales libertades. Por lo demás, su ministro predilec-

to, de quien dependía el dinero para la reconversión de ese diario y del diario de la derecha monárquica, se oponía a las dos reconversiones al afirmar que para acordarlas el Gobierno tendría que pasar por encima de su cadáver, lo que desgraciadamente no hizo. De todo esto poseo las pruebas y testimonios pertinentes, y los poseía ya entonces, por lo que, al comentar en la cena de casa Ciriaco estas imposiciones, L.C.-S.+/-660, con ese cinismo apabullante que suele exhibir para negar la evidencia, me dijo tajantemente que jamás había intentado tal cosa contra mí, por lo que comprobé una vez más que dominaba el maquiavélico arte político de la mentira, que luego prodiga en su libro de falsas memorias. Pero antes se caza a un mentiroso que a un cojo, y la aplicación de tan acreditado refrán en el caso de L.C.-S.+/-660 resulta especial y dramáticamente adecuada.

Superadas las divagaciones iniciales de la cena y este enojoso incidente de la gestión presidencial ante mi periódico, L.C.-S.+/-660 entró en el objeto primordial del inusitado encuentro. Yo devoraba con fruición la formidable perdiz con judiones de la Granja, única contribución presidencial a mi personal gastronomía desde otra cena, única y ya muy lejana, con Adolfo Suárez en Horcher, donde, con Antonio Fontán y Antonio Jiménez Blanco, dos señores de la política, como testigos benévolos, me examinó para ministro, mientras L.C.-S.+/-660 me hizo la proposición siguiente, deshonesta *in fine et origine*:

—Te he convocado en esta noche, especialmente solemne para mí, porque es mi última noche en la Moncloa, por tu condición de relevante historiador que sin duda prepara ya una historia de la transición.

No había iniciado yo todavía la preparación de ese libro, aunque sí llevaba varios años reuniendo la documentación pertinente, que llena hoy varios anaqueles de mi archivo. Admití entonces la posibilidad de ese libro, para más tarde.

—Bien —prosiguió insinuante L.C.-S.+/-660 con la mejor de sus sonrisas precolombinas—, en esa Historia, que será definitiva —mohín de gracias por mi parte, ya que confiaba en mi documentación— habrá, sin duda, un capítulo dedicado a mi período presidencial.

Respondí amablemente con una evasiva:

—No tengo aún pensada la distribución por capítulos;

no tengo aún perspectiva para delimitarlos. Pero ese capítulo es posible.

Con un gran suspiro de alivio prosiguió el interesado objeto de la futura Historia:

—Para ese capítulo tengo mucho interés en que conozcas directamente por mí la versión de los hechos de mi presidencia —exclamó, con la misma seguridad con que Hernán Cortés se dirigía a su cronista López de Gómara, sin adivinar que mi capítulo, si llegaba a escribirse, iba a inspirarse más bien en el espíritu algo más crítico de fray Bartolomé de las Casas. Pero como tales precedentes escapaban sin duda a la amplísima cultura del presidente, que se reduce, según he venido a averiguar poco a poco, a tocar el piano y más bien por fuera, me endilgó *incontinenti* una larguísima retahíla de sus gloriosos hechos presidenciales, uno por uno, divididos cuidadosamente en epígrafes, con indicaciones sobre la influencia de su actuación en la historia de Occidente y sobre todo de Europa y con evidentes pretensiones de que yo tomase nota, lo que naturalmente no hice; porque ante la mirada crítica de mi mujer, que de vez en cuando me daba un suave rodillazo bajo la mesa, desconecté del histórico sermón y me enfrasqué en un segundo y copioso plato de perdiz con judiones, más en su punto si cabe que el primero.

Advirtió L.C.-S.+/-660 mi escasa concentración en sus palabras magistrales y con semblante serio me advirtió:

—Ya sabes que la información que llega a presidencia es de mucho alcance. Por ello he podido ver una carta tuya a Adolfo Suárez en que, entre otros temas de actualidad, le comentas las hazañas eróticas de un conocido político al que ahora, según parece, te aproximas.

Semejante vileza me sacó, lo confieso, de las judías y la perdiz. Conservaba entonces, y conservo hoy, mis trescientos y pico folios de notas enviadas al anterior presidente del Gobierno, como asesor suyo que fui y luego como ministro, que algún día, si el señor Suárez me lo autoriza, publicaré íntegramente. Nada hay en ellas de que hoy me pueda avergonzar. La insinuación de L.C.-S.+/-660 en aquella cena era intolerable, sonaba por los cuatro costados a chantaje repugnante y se confirma con una nueva grosería de su libro, donde ya no habla de que en vez de gobernar a España se dedicaba a husmear chismes en los archivos, sino de que el propio Suárez le leyó esa carta mía durante un vuelo a Bruselas, carta que consistía en

«cuatro holandesas escritas a mano, con letra grande y cuidada de alumno empollón». El mentiroso y el cojo. Jamás escribo mis cartas a mano; y además mi letra es picuda, pequeña y horrible. El propio lector de mi carta dice luego que introduzco una «cuidada pausa tipográfica». En holandesas escritas a mano, este pobre hombre sabe de tipografía lo que de cultura y de gobierno. Para colmo, el político a quien creo que alude tan elevado lector de mis obras inéditas ha comunicado luego graciosamente algunas de sus hazañas eróticas, que por lo demás eran ya del dominio público en los círculos de su agrupación, y parecen deslices de ursulina al lado de los alardes que luego han exhibido otros padres de la patria situados más a la izquierda. En fin, ni que decir tiene que la cena de casa Ciriaco acabó abruptamente después del atraco presidencial, y que desde aquel momento me he referido al atracador con algo menos de compasión de la que merecen sus desdichas. Siempre supe de su mediocridad, pero jamás llegué a sospechar hasta dónde llegaban su pequeñez y su vileza.

Como ya habrá adivinado el lector, estos comentarios a las originalidades de L.C.-S.+/-660 tienen exclusivamente un alcance político. Me refiero exclusivamente al personaje como político; y para responder, con armas políticas e históricas, a la agresión personal y política que me dedica en su fermentado libro de falsas memorias. Sigamos, pues, en esa misma onda.

EL HOMBRE DEL ORINAL

Comunicada tan ejemplarmente la falsedad que acabo de comentar, L.C.-S.+/-660 la explica de esta forma con una nueva agresión: «Lo de menos es que no dijera la verdad. Lo demás, que pretendiera a este precio un puesto en el Consejo de Ministros. Claro que también el conde-duque de Olivares joven hacía méritos besando el orinal del rey (cita de J. H. Elliott), pero luego fue el mayor hombre de Estado del xvii español.»

Por lo pronto, L.C.-S.+/-660 ignora que el conde-duque de Olivares joven no era conde-duque de Olivares; pero ya sabemos que su fuerte no es la Historia, sino la cola del piano. Lo que parece asombroso es que un hombre como L.C.-S.+/-660, que hizo toda su carrera política sin hacer

ni decir nada, excepto su tenaz insistencia en pedir todos y cada uno de los cargos que desempeñó, a la sombra de su tío el Protomártir, y que era famoso entre la clase política de la transición por su coba fina y redomada a quienes podían facilitarle el acceso a tales cargos, se atreva a estas alturas a mentar en desprestigio de otros el orinal del rey. A mí me acusa de besarlo; debe de conocerlo muy bien, ya que desde antes de 1975 se tragaba impávido, cada mañana, su contenido. Por lo pronto, a quien deja L.C.-S.+/-660 a las patas de los caballos cuando nos «revela» la causa de mi nombramiento como ministro de Cultura es al propio Adolfo Suárez, que me propuso, y al propio rey, que me nombró justo en el día inolvidable —como me recordaba el propio don Juan Carlos en mi toma de posesión— en que los restos de su abuelo don Alfonso XIII llegaban a España para su descanso definitivo en El Escorial. «Si mi abuelo hubiera hecho caso al tuyo el 14 de abril —me dijo el rey ante el presidente y el notario mayor del reino—, la guerra civil se hubiera evitado. Fue tu abuelo, y no el mío, quien tenía razón.»

Por el contrario, según L.C.-S.+/-660, el rey y el duque de Suárez designaban a los ministros por delaciones y chismorreos. No era así.

La verdadera razón de la propuesta que hizo el señor Suárez para mi nombramiento me la comunicó el propio presidente en el palacio de la Moncloa cuando me ofreció, al anochecer del 18 de enero de 1980, esa cartera de la que se había destituido al profesor Clavero Arévalo por su actitud ante la autonomía andaluza, que chocaba con la del Gobierno.

—Te ofrezco el ministerio —me dijo el presidente— porque eres la única persona de la derecha que carece de complejos culturales ante la izquierda.

Ingenuamente creí esa noche entrar en un gobierno de la derecha, o del centro, que siempre fue en la Historia de España una forma educada de ser de derechas. Luego el deslizamiento del señor Suárez hacia la izquierda, que confesó él mismo en 1981 a Julián Lago en una entrevista memorable, nos fue alejando; creo que el error estratégico más grave del duque de Suárez fue renunciar a la jefatura política del centro-derecha y orientarse exclusivamente al centro-izquierda para ganar allí la partida a Felipe González, olvidándose de que en su colosal intervención televisada la antevíspera electoral de 1979 venció a Felipe Gonzá-

lez con una valiente argumentación de centro-derecha. Pero al duque de Suárez ya le juzgará la Historia: la Historia grande, que tiene páginas triunfales y sorpresas trágicas. A L.C.-S.+/-660 no le va a dedicar demasiada atención la Historia; puede que haya que buscar algún día su triste poso en el orinal de la Historia.

Se lo había vuelto a tragar L.C.-S.+/-660 aquella mañana en que reincidió en la mentira para contar en su libro mis intervenciones en los consejos de ministros, donde por cierto estaba situado a mi lado, pero en el lugar contrario al que indica. Se fijaba por lo visto mucho en mi persona, en mis actitudes y mis actuaciones en el consejo, lo que, de saberlo entonces, me hubiera alarmado, aunque siempre tuve la costumbre de colocar mi enorme cartera entre él y yo; y me acusa de copar las deliberaciones con infinitos nombramientos de asesores que no dejaban tiempo para otros asuntos. Miente una vez más. Los nombramientos de asesores no se proponen en consejo; son de orden o resolución ministerial, no de decreto, y sobre ellos lo único que pude hacer es algún comentario en consejo. Digo que lo pude hacer, no que lo hice; porque mi detractor y yo juramos guardar secreto sobre las deliberaciones del Consejo de Ministros, lo que por lo visto no preocupa a L.C.-S.+/-660, que, sin el menor escrúpulo viola ese juramento. Pero en cambio los ministros no juramos secreto sobre *lo que no se dijo* en esos consejos; por tanto puedo revelar que en los meses en que tuve la desgracia de tener por vecino a L.C.-S.+/-660 no abrió la boca, ni dijo ni una palabra, ni formuló propuesta alguna, ni comentó nada de cuanto allí se trataba; quizá porque empleaba su tiempo en observar a los demás, y en escribir cosas que se atreve a llamar sonetos y que deberían ser objeto de una nueva figura de delito sintáctico e incluso métrico.

UN DESMESURADO CANIJO DE LA POLÍTICA

Sustanciadas de esta manera las ridículas acusaciones que trata de verter sobre mí el pobre L.C.-S.+/-660, trataremos ahora de evocar, al hilo de su libro algunas facetas de su trayectoria. Ante todo, su agresividad para con los demás políticos de la transición.

«El autor es de natural pendenciero» dice (p. 13), para



Este personaje, que pudo ser clave de la transición española y en el cual —por no conocerle suficientemente— muchos creímos cuando asumió el poder en momentos críticos tras el pronunciamiento del 23-F, a las pocas horas empezó a dilapidar con torpeza increíble esa esperanza y se convirtió en el principal responsable de la devastadora victoria socialista en 1982. (En la foto, Leopoldo Calvo-Sotelo jurando su cargo de presidente del Gobierno.)

Obsesionado por tener un nicho en la Historia, decidió labrárselo por sí mismo y publicó, en la primavera de 1990, un libro singular que ha provocado la carcajada colectiva más estentórea de los últimos tiempos. En él arremete con ínfulas de Agamenón contra mí, insistiendo en que sólo quiere hablar mal de mí. (En la foto de 1980, Ricardo de la Cierva jura como ministro de Cultura del Gabinete Suárez.)



justificar esa agresividad. Bien, entre la general repulsa y rechifla, en la que se distinguió con singular agudeza Juan Luis Cebrián, a quien L.C.-S.+/-660 suelta una coz versificada con la que pretende alcanzar simultáneamente a Luis María Ansón (los versos son tan malos que confiesa soñó en atribuírselos a sí mismo), le han salido a L.C.-S. algunos periodistas que, sin disimular su horror por el engendro, tratan de resaltar algunos aspectos «graciosos» o «ingeniosos»; por ejemplo, Alfonso Ussía, seguramente por comunión monárquica y juanista; Federico Jiménez Losantos y Ramón Pi, seguramente por comunión liberal. Ya adelanté antes el gran respeto por algunas libertades fundamentales que demostró L.C.-S.+/-660 cuando creía tener el poder, aunque apenas lo rozaba; tenía que suplicar, por ejemplo, a los directivos de TVE que comunicasen algunas informaciones de su agrado, por más que ellos, como casi todo el mundo dentro y fuera de UCD, le tomaban por el pito del sereno. Con la acerba crítica a sus compañeros de partido y de gobierno L.C.-S.+/-660 trata de imitar a Manuel Azaña, cuyo tomo de *Memorias* políticas y de guerra es un rosario subjetivo de maledicencias y de incomprendiones. Pero los tres notables periodistas citados ya se habrán desengañado de sus apuntes favorables a L.C.-S. ante la general carcajada con que se ha recibido su obra; y más cuando comprueben, al terminar este comentario, que el personaje no es ni liberal ni monárquico de siempre ni nada de lo que afirma en su libro; dime de lo que te jactas y te diré de lo que careces. Por lo pronto, nada tiene que ver con Azaña. Don Manuel Azaña, con sus insondables defectos y errores que tanto hicieron para acarrear a España la tragedia de 1936 (aunque por ahí se le prodigan ahora ciertos homenajes que son en el fondo ataques apenas velados a la monarquía de entonces y de ahora), era, sin duda, un hombre grande; y un colosal prosista castellano. L.C.-S.+/-660 es un hombre pequeño, un desmesurado canijo de la política; un enano que chilla para que no le pisen, ni le olviden. Cree practicar la ironía sutil, cuando su prosodia, y hasta su morfología, son la recapitulación de la ramplonería y la horterada. Entre los políticos de nuestro tiempo que reinciden en la poesía, sólo he encontrado uno tan lamentable como L.C.-S.+/-660: el ex ministro nicaragüense y trapense de Cultura Ernesto Cardenal, con la ventaja para Cardenal de que su competidor celtibérico prodiga, además, la rima decimonónica. Dice

trazar en su libro una «semblanza afectuosa y festiva de unos hombres singulares» (p. 14), pero no hay tal; lo que en realidad intenta el pendenciero es desahogar sus frustraciones, explicar con ataques a los demás su para él inexplicable frustración; calmar a su ego dolorido porque, tras varias décadas de adoración por sí mismo, de celebrar íntimamente su superioridad y sus triunfos personales (de los que luego diré algo) ni la clase política ni el pueblo español le tomó en serio desde los pocos días que duró la esperanza puesta en su figura en momentos trágicos. Soledad Alameda, en una profunda entrevista (profunda por ella, porque el entrevistado actúa con vacuidad patente) que le hace en *El País*, resume acerbamente una clara conclusión: «conjura el propio fracaso relatando las miserias ajenas».

Que cada palo aguante su vela y que quienes le han llamado a raíz de la aparición del libelo «miserable» y «canalla» con reserva expliquen su posición por encima de su explicable desprecio. Me han molestado, entre todos los ataques, la grosería que dedica a una dama de la política tan respetable como Rosa Posada; la retahíla de disparates que dirige contra Miguel Herrero de Miñón, a quien describe como «apóstata, infiel y aburrido cuando permanece mucho tiempo en las filas de la lealtad», y su descalificación de Rodolfo Martín Villa, que envuelve además una mentira fundamental, a la que voy a referirme. Federico Jiménez Losantos, en el comentario agriculce que dedica, con excesiva generosidad a L.C.-S. +/—660, pone el dedo en la llaga cuando explica cabalmente la decisión de Miguel Herrero y otros muchos españoles en 1982, a la vista del fracaso irremisible del infeliz presidente, que nos ofreció entonces el oro y el moro para que violentáramos nuestra conciencia política, y por cierto compró la de algún presunto «tránsfuga» por doscientas mil pesetas al mes hasta las elecciones: «Lo que L.C.-S. +/—660 no entiende, o no quiere entender, en esa “traición” de Herrero y de su multitudinaria compañía es que el centro derecha español, ante el evidente déficit de liderazgo de Suárez y la descomposición de UCD, tenía que orientarse hacia otro liderazgo y otra organización, y que con todos sus defectos eso sólo podía ser, y así ha sido, la Alianza Popular de Manuel Fraga.» Por eso Losantos enmienda bastante sus adoraciones residuales por L.C.-S. +/—660 cuando titula su comentario al malhadado libro: *Memorias de un desmemoriado*.

Acabo de hablar de la agresión de L.C.-S.+/-660 contra Rodolfo Martín Villa. En la página 198 contrapone a su condición de «hombre del SEU» la de «monárquico juanista que había sido yo» y alardea de «mis peleas en la Castellana» mientras Martín Villa emergía «de la prehistoria franquista».

Pues bien, la contribución de Rodolfo Martín Villa a la transición democrática desde la legalidad del régimen anterior ha sido infinitamente más importante que la de L.C.-S.+/-660, que gafó, chafó y desgració el curso natural de la transición, y que tiene la desfachatez, inconcebible, de presentarse a estas alturas como un joven líder progresista de la juventud monárquica que defendía a mamporros contra los azules de Martín Villa la democracia monárquica en aquellos carrerones de la Castellana, que por cierto siempre me parecieron una ridiculez. Todo es pura, burda e inaguantable mentira. L.C.-S.+/-660 hizo toda su carrera política primordial en el franquismo, como excelso sobrino del Protomártir; sólo se acordó de que era Bustelo cuando vinieron mal dadas y había que alejar de su figura recién revestida de liberalismo inconsútil (¿cómo se lo habrán tragado Ramón Pi y Alfonso Ussía?) toda peste de franquismo previo. Vamos a ver. L.C.-S.+/-660, el joven demócrata juanista, aspiró a procurador en Cortes por el tercio familiar en la provincia de Lugo, y con ese apellido, y el apoyo incondicional del régimen, perdió las elecciones, porque su sino es perderlas. Para compensarle en ese fracaso, del que no dice una palabra en su centón de falsedades, el régimen le otorgó a dedo el mismo puesto de procurador en Cortes, ahora por el tercio sindical, en el que no decidía precisamente entonces don Marcelino Camacho. Como procurador en Cortes por los sindicatos verticales franquistas llegó L.C.-S.+/-660 a los días de la muerte de Franco y nunca se me olvidará la acritud con que reprendió a Pío Cabanillas, delante de Manuel Fraile, Fernando Castedo y yo, que éramos en 1975 el equipo de Pío Cabanillas, porque el brillante ex ministro de Información no se había mostrado suficientemente franquista en su comentario, muy caballeroso y objetivo por cierto, a la muerte de Franco. En sus desmemoriados recuerdos de

1981, L.C.-S. +/—660 truena contra quienes le acusaban de derechizar la UCD, sobre todo contra el duque de Suárez; ahora quiere aparecer ante la Historia como adalid del progresismo, como apóstol del centro-izquierda, como Bustelo y no como parecía indicar su primer apellido compuesto. Con el cual, y sin darse cuenta, rindió L.C.-S. +/—660 un insigne servicio, seguramente el único, a la democracia española. Me consta por testimonio directo que el general más importante de los que estaban comprometidos para alzarse el 23 de febrero de 1981, otra historia jamás contada de la que L.C.-S. +/—660 no tiene la menor idea, al revés que el duque de Suárez, que lo sabe casi todo y no lo ha contado jamás, se echó atrás en el ultimísimo momento, que tengo perfectamente fechado con día y hora, cuando comprobó que el apellido del nuevo presidente del Gobierno era el que era. «Contra ese apellido —dijo— no se puede alzar el Ejército.» Y no se refería precisamente al apellido progresista e izquierdista de nuestro personaje, que da al citarlo con tanta nostalgia una nueva prueba de esquizofrenia política. No será la única, vamos a verlo.

Se presenta obsesivamente L.C.-S. +/—660 como hombre de vasta cultura. Yo cambiaría en el mejor de los casos la *uve* por la *be* en el adjetivo. Por mis escasos contactos con él he llegado a la conclusión de que su cultura es superficial y de imagen; que sus lecturas presuntas deben de reducirse a algunos libros de citas, y a los consejos atinados de otro tío suyo, Joaquín, hombre realmente cultísimo y no bien valorado como tal en la vida académica y cultural española; y que en punto a cultura de verdad este hierático ingeniero de caminos me parece todavía menos culto que su compañero de carrera Juan Benet, e incluso no supera el nivel de ceporro si nos ponemos a ahondar. Pero hay además en su libro, y no pretendo ser exhaustivo ni menos cruel, sino simplemente amable y festivo, algunas pruebas palmarias, aparte de las coplas y sonetos que son de juzgado de guardia. En la página 62 cree que la «tentación totalitaria», título del célebre y poco leído libro de Jean-François Revel, es algo sentido desde el poder y no, como sucede realmente, desde el pueblo borreguil. Cuando cita una divertida aliteración de Pío Cabanillas, no la denomina así, sino cacofonía: a don Joaquín se le escapó sin duda este detalle en la revisión gramatical del libelo. En la página 28 habla de un aire que viene de Fronda, así, con mayúscula; y seguramente cuando ahora

se lo recuerdo, seguirá sin saber por qué se equivoca. Tengo docenas de notas anticulturales espigadas entre las páginas del engendro, pero renunció a transcribir la lista; porque nada debe extrañarnos que atente así a la cultura quien en su terreno presuntamente profesional, la política, puede demostrar tamaña ignorancia. Por ejemplo, cuando en la página 212 afirma tan fresco que Fernández Ordóñez «dimitió antes de entregarse al adversario», es decir, en 1982; cuando todo el mundo sabe, y el simpático ex franquista, ex ucedista y ex PADista lo ha confesado paladinamente, que obedecía ya secretamente al PSOE desde tres años antes, en 1979.

LA VENGANZA SÁDICA DE UN FRANQUISTA FRUSTRADO

Sin embargo, el capítulo que más me ha fascinado del libro de L.C.-S.+/-660 es el que dedica a definirse como «hombre de suerte» cuando afirma: «Yo creo que la suerte es un dato objetivo de la persona» (p. 158). Esto resulta ya no tragicómico sino delirante, y merece un análisis en regla, para el que no solamente voy a utilizar mis herramientas profesionales del periodismo y la Historia e incluso mis recuerdos, archivados ya y más que depurados, de la política; sino también mis aficiones, nunca desmentidas, a la psicohistoria, al esoterismo y a la parapsicología. Por eso escribo esta parte de mi estudio, amable y festivo como siempre, desde una cuarta dimensión; a veces voy a difuminar conscientemente la precisión cronológica del dato, que pertenece a la tercera dimensión euclidiana, para conseguir un efecto descriptivo más profundo y en el fondo más objetivo. Al hablar de la suerte como atributo reivindicado por L.C.-S.+/-660, tengo muy especialmente en cuenta la advertencia del humanista veneciano que me inspira todo este capítulo; porque estoy convencido de que esa apelación a la suerte por este superespecialista en desgracias colectivas, que como tal sí que pasará a la historia de la parapsicología y el esoterismo, no es solamente cínica sino trágica y patética; y que burla burlando tal vez L.C.-S.+/- 660 ha entrevisto alguna alusión de este tipo en alguna obra mía anterior, donde jamás aludí realmente a su persona, sino todo lo más a ciertas huellas suyas en esa cuarta dimensión, por la que ahora, protegido por el conjuro veneciano del siglo XVI, y por toda la panoplia de

mis estudios gnósticos, templarios y masónicos, me adentro al servicio de esa Historia que L.C.-S. +/—660 pretendía violar en casa Ciriaco cuando empezaba el invierno de 1982.

Emprendo ahora la parte más delicada y peligrosa de este análisis histórico-psicodélico-parapsicológico sobre la figura misteriosa de L.C.-S. +/—660 que se califica a sí mismo como HOMBRE DE SUERTE Y CONSIDERA SU PASO POR LA VIDA PÚBLICA Y EMPRESARIAL COMO «LA SUERTE OBJETIVADA». Con ello incide directamente en la advertencia que nos hizo el tratadista del mal de ojo, Albino Meraglio, en la presentación de este capítulo y por ello redoblo mis conjuros, asiento firmemente mis fórmulas defensivas y me dispongo a escribir el definitivo diagnóstico sobre el poder oculto y malféfico del personaje. Pese a que he observado escrupulosamente, en todo lo que antecede, los consejos de Meraglio, tomados de la más acrisolada tradición nigromántica, he experimentado gravísimos inconvenientes desde que inicié la preparación y escritura del capítulo. Se me ha estropeado dos veces, inexplicablemente, el ordenador Zenith que suelo emplear en mis trabajos; se ha despegado la tira de papel horadado en la impresora y he tardado casi media tarde en detectar un virus rarísimo en las instrucciones del procesador de textos, pese a que la IBM me ha provisto de todas las vacunas imaginables. Pese a mis conjuros de defensa, bastó un leve error en el teclado del +/— para que el *assistant* se transmutase en *wordperfect*, con lo que mi análisis sobre la trayectoria de L.C.-S. +/—660 se convirtió en un capítulo espurio de mi Historia de América y encima sobre el encuentro mantenido por el señor Yáñez con los descendientes de los indios anacrónicos quienes, al ver cómo les llamaba *amerindios*, empezaron a arrojarle carpetas y tinteros, que parecía la Noche Triste de Cortés. Pero yo tenía que rendir este servicio supremo a la Historia que consiste en sacar de la Historia a L.C.-S. +/—660, y por tanto revisé los conjuros, les apliqué un programa informático adaptado simultáneamente a ingenieros de caminos y pianistas y me apareció en pantalla una nueva propuesta de título: LA VENGANZA SÁDICA DE UN FRANQUISTA FRUSTRADO. Lo cierto es que ese título ya se lo apliqué hace años a un famoso escritor rojo que anda ahora por ahí ganando Cavia aun que no academias, y que por cierto fue copiosamente elogiado en su día por L.C.-S. +/—660, por lo que cayeron inmediatamen-

te sobre él tales desgracias que optó por convertirse en adicto del *ABC*, a poco de que le echaran de *El País*. Pero ese título, tan aplicable también al propio L.C.-S. +/—660, me convenció de que había recuperado la sensatez de mi pequeño ordenador, y por ello inicio ya el movimiento final de esta sinfonía tragicómica: EL HOMBRE DE SUERTE.

EL REPARTO DE LAS LEOPOLDINAS

En un significativo raptó de autocompasión, que resume y concentra todo el núcleo psiquiátrico de su retorcida personalidad, L.C.-S. +/—660, se lamenta de que Jaime Campmany, que siempre fue un águila caudal, le denominara «un alto pararrayos de desgracias» y que Alfonso Osorio, el político español que mejor ha vivido en la transición, le definiera como «un hombre serio con mala suerte». Recurre entonces L.C.-S. +/—660 al sofisma burdo y refuta: «Estas páginas demuestran que ni soy tan serio ni me ha ido tan mal en la vida pública y privada.» Cierta la primera parte; pese a su apariencia de ídolo trasplantado de la isla de Pascua, que por ello le llamé antes precolombino, no es serio, es un bromazo de la transición. El sofisma viene luego. Cuando L.C.-S. +/—660, incitado por este capítulo, se decida por fin a leer a Albino Meraglio, verá que el gafe, cenizo, aguafiestas, malasombra o *jettatore* en su versión grave y sobre todo *simpliciter simplex* que es la suya, puede ser, en efecto, un hombre de suerte para sí mismo; puede llegar a notables alturas y fortunas personales, incluso sin mérito alguno por su parte, sobre todo cuando puede alzarse sobre el pavés de una dictadura como sobrino y epígono de todo un Protomártir; pero toda esa suerte personal se vuelve en desgracia, catástrofe y hecatombe para las instituciones a las que sirve, para las personas que militan en su campo, para los países e incluso las partes del mundo en las que vive o a las que se dirige para visitarlas. «Yo creo —dice en la página 158 de su alegato, sin la menor idea de estos rudimentos del esoterismo— que la suerte es un dato objetivo de la persona.» Es decir, que L.C.-S. +/—660 no sólo es un hombre de suerte sino que, según su propio análisis, es una reencarnación de la suerte; un tótem que debería aprovechar cierto famoso artista para esculpir una de sus famosas series limi-

tadas cuyos elementos pudieran colgarse al cuello quienes se encuentran en grandes peligros. No digo esto a humo de pajas. Me dicen que ese gran escultor, seducido por el libelo de L.C.-S.+/-660, ha sondeado el mercado con una serie limitada de tales efigies que llama «leopoldinas» inspiradas en una síntesis de las efigies de la isla de Pascua y el rostro de Nelson Mandela proyectados sobre la fotografía oficial del ex presidente, cuyo fotógrafo quebró hace años. Y como prueba para la consiguiente campaña de publicidad, el escultor ha enviado un ejemplar, al comenzar el verano de 1990, a varios amigos suyos de toda confianza para que le detallen los efectos del colgajo. Conozco los nombres de esos amigos: Carlos Goyanes, Juan Antonio Martínez Soler, el emir de Kuwait, Gabino Puche, el jefe del servicio contra incendios en la Xunta de Galicia, los hermanos Guerra y la diva Montserrat Caballé, a la que el propio L.C.-S.+/-660 mostró su deseo de entregar personalmente la joya con motivo de su anunciado estreno en el teatro Romano de Mérida. No solamente el gran escultor, que por supuesto ya ha cambiado de tótem, sino todo el público conoce los unánimes resultados de la prueba cuya última destinataria, por cierto, se me olvidaba: la bella Benazir Bhutto, que recibió la joya el mismo día, me asegura, que John B. Toshack y Stefano Casiraghi.

LA RENFE Y EL BANCO URQUIJO

El capítulo dedicado por L.C.-S.+/-660 a la «suerte objetiva» en su actividad empresarial se titula «Nadie es profeta en su tierra», y resulta especialmente patético. Cita en él dos escenarios de sus triunfos: la empresa Perlofil y su gestión al frente de la Unión Española de Explosivos. Quienes de verdad conocen la historia de una y otra sociedad no pueden ocultar su jocundo asombro al comprobar tamaña desfachatez. Yo me limito a reseñar dos notas de ambiente, para referirme después a otras dos triunfales actuaciones de L.C.-S.+/-660, de cuya referencia huye como de la peste: RENFE y el Banco Urquijo. Vayamos por partes y advierto una vez más que aplico a estas descripciones un método esotérico de cuarta dimensión; no me interesa la exactitud euclidiana de los datos, sino la descripción simbólica y profunda de los hechos.

La designación de L.C.-S.+/-660 para la dirección de

Perlofil, primera empresa española dedicada a fabricar medias de nylon, se debió a su brillante ejecutoria en la Escuela de Ingenieros de Caminos, sin que su condición de sobrino del Protomártir tuviera, por supuesto, nada que ver en el nombramiento; esas cosas, ya se sabe, nunca se tenían en cuenta en la España de Franco, ni menos para quien acababa de ser nada menos que el jefe de la joven oposición monárquica al franquismo, mientras preparaba ya su fecunda carrera de procurador en Cortes por el tercio sindical. Alguien descubrió, sin embargo, las evidentes conexiones entre los caminos, los canales y los puertos con las medias de nylon, lo mismo que casi por entonces otro ingeniero del ramo, Juan Benet, militante antifranquista igualmente, descubría la secreta relación entre la altísima ingeniería fundada en España por Agustín de Bethencourt y la literatura; el caso es que para la inauguración de la factoría de Perlofil, me dicen que en Alcobendas, acudió una altísima autoridad del régimen, me dicen algunas fuentes que el propio general Franco. El joven director pidió, reverente, a la altísima autoridad que accionase la palanca de puesta en marcha. La altísima autoridad, que siempre se distinguió por su excelente información secreta, conocía ya la incipiente fama del joven director como portador de la suerte objetivada y se negó insistentemente a empuñar la palanca. «Hágalo usted mismo, que para eso es el director», dijo, llamándole por su nombre, lo que como es sabido le acarreó, en el viaje de vuelta a su palacio, aquel famoso escape de óxido de carbono que a punto estuvo de acabar con su vida y la de su esposa. Como especialista en esa figura histórica debo situar en ese viaje de regreso el intento de atentado al que se refiere Dionisio Ridruejo como preparado por él y sus amigos en la carretera del Pardo; que falló no por mala conexión, como explicó el ardoroso político, sino porque al enterarse de que la fábrica inaugurada era de L.C.-S. +/—660 canceló la operación para que no le alcanzasen las consecuencias de tal proximidad. Pero volvamos a la inauguración. Apremiado por la altísima autoridad, el joven director accionó por fin la palanca. Ni una máquina se movió; estalló en cambio el cuadro de mandos, surgieron llamaradas, y dice mi testigo que la guardia mora irrumpió lanza en ristre en la nave, de la que desaparecieron en sus amplios zaragüelles las cajas de medias de nylon enviadas por la fábrica extranjera de la empresa matriz, por si algo fallaba en el

estreno. L.C.-S.+/-660 nada dice de tal evento; reconoce que la fábrica, tras su gestión, hubo que venderla a un grupo extranjero, que, como se sabe, es lo que se hace siempre que las empresas marchan viento en popa.

En 1963 se encargó L.C.-S.+/-660 de una de las grandes empresas españolas, la Unión Española de Explosivos. Dice que tuvo suerte; pero hay que oír todavía a los directivos de la sociedad cuando detallan el desastre total en que quedaba la gran empresa cuando por fin consiguieron liberarse del director. Hubo también que liquidarla y venderla como se pudo, por lo que fue precisamente el presidente del consejo de la entidad quien se opuso más decididamente al retorno de L.C.-S.+/-660 a la actividad empresarial, pero no adelantemos acontecimientos.

Acabo de decir que L.C.-S.+/-660 no mienta ni de lejos su actuación en otras dos empresas. Conozco, de fuente alta y directísima, su intervención en RENFE, donde hubo de ser abruptamente cesado cuando el consejo de administración en pleno acudió al ministro de Obras Públicas para explicarle que los ferrocarriles españoles, a poco de haber conseguido grandes mejoras en su rendimiento y servicios, experimentaban desde la presencia de L.C.-S.+/-660 gravísimas anomalías: retrasos inexplicables, accidentes absurdos que no dependían de fallos técnicos ni humanos, desmoralización general de sus empleados, pérdidas a chorro... «Perdone usted, ministro —explicaba el portavoz del grupo, con palabras que anoté cuando me las repetía personalmente—, no encontramos más explicación para este conjunto de catástrofes que la presencia de este señor entre nosotros. Comprendo que para un grupo de ingenieros, políticos y administradores este tipo de explicaciones resulta extemporáneo —todavía no había explicado el jesuita padre Pión los secretos de la parapsicología en España—, pero nosotros y nuestros asesores extranjeros, poco dados a credulidades esotéricas, no encontramos otra solución. Cese usted al personaje o nos tenemos que marchar todos.» El personaje fue cesado, y la normalidad se restableció inmediatamente. El personaje entonces acudió al siguiente ministro de Obras Públicas, ya era la época de su hábil manejo de los orinales, para suplicarle la subsecretaría del departamento. Se enteraron los cuadros del ministerio (donde por cierto se produjeron ese mismo día algunos pequeños incendios como de advertencia) y la protesta fue tal que se canceló fulminantemente la designación.

Lo del Banco Urquijo fue más breve y más grave. Arrojado ya L.C.-S.+/-660 de la Presidencia del Gobierno y de la política, un alma compasiva, e ignorante de su maleficio congénito, le designó para el consejo de administración del Banco Urquijo, tal vez por la ejecutoria liberal que había conseguido labrarse el sobrino del Protomártir y procurador en Cortes por el tercio sindical. A los pocos días el Banco se hundió, aunque la noticia se mantuvo en secreto hasta que el consejo conociese formalmente los detalles. Era el primer consejo al que asistía L.C.-S.+/-660, el cual, fuera del orden del día (se ha pasado la vida fuera del orden del día) se apresuró a ofrecer su experiencia empresarial y de Gobierno para el mejor servicio de la entidad. Todos le miraban compungidos; el nuevo consejero no se había enterado de nada. Hasta que el presidente comentó: «Gracias, querido amigo. Lamento no poder aceptar tu ofrecimiento. Este consejo, primero y último al que asistes, se ha convocado para ordenar en lo posible la quiebra del Banco.» La suerte objetivada, en efecto.

Por estas razones, L.C.-S.+/-660 se llevó la sorpresa de su vida cuando en febrero de 1978 trató de regresar al sector privado. Lo cuenta de forma patética, como siempre, y envuelta en falsedades, como siempre. Había desempeñado el Ministerio de Comercio en 1975, en el Gobierno franquista de Carlos Arias que siguió inmediatamente a la muerte de Franco, después de esgrimir magistralmente la técnica del orinal, que ya dominaba, y durante el desempeño de esa cartera, como me ha contado un testigo presencial y documentado, el todavía sobrino del Protomártir planteó nada menos que la nacionalización de la Banca; dato que sorprenderá a muchos lectores, pero que explica bien, junto a la catastrófica gestión de L.C.-S.+/-660 en la empresa privada, que cuando propuso a Suárez con la boca chica en 1978 el retorno a la actividad empresarial privada, el presidente le replicara: «Sí, tú quieres volver, pero tus amigos de la empresa privada no te quieren recibir» (p. 58). Otra confesión patética del pobre L.C.-S.+/-660, que seguía acosado por los fantasmas de la RENFE y de Explosivos, y por sus extrañas contradicciones en el campo de la alta teoría económica. Con esta dramática escena rematemos ya nuestro estudio con el análisis de la actuación presidencial del personaje.



Es un hombre pequeño, un desmesurado canijo de la política, un enano que chilla para que no le pisen ni le olviden. Hizo toda su carrera política primordial como excelso sobrino del Protomártir. También desempeñó el Ministerio de Comercio en el Gobierno franquista de Carlos Arias que siguió a la muerte de Franco, después de esgrimir magistralmente la técnica del orinal.

Su estreno presidencial ya fue revelador. En su discurso de investidura pronunció un alto dictamen histórico: «Ha terminado la transición.» Y en ese momento histórico irrumpió en el Congreso el teniente coronel Tejero: la «lettatura» acababa de instalarse en la Moncloa.



Que debemos abrir con otra confesión patética. Para explicar su buena suerte, y arrojar la mala suerte sobre las sufridas espaldas de la UCD, L.C.-S. +/-660 nos propone la parábola del surco y la montaña. «Si se miran los gráficos económicos de la década 75-85, se ve en ellos que el perfil de la crisis es un surco cuando el gráfico representa magnitudes favorables, y una montaña cuando representa magnitudes desfavorables» (p. 158). Y ahora la confesión patética: «Lo más hondo del surco y lo más alto de la montaña corresponden a mis años en la Moncloa.» Bien, realmente no fueron dos años, sino dos períodos seguidos de diez meses; la interpretación de la catástrofe que L.C.-S. +/-660 quiere eludir ha de buscarse, ahora, en que el día que separa esos dos períodos trágicos es el *Vayayeb* de la tradición maya, con trescientos días aciagos por delante y otros tantos por detrás. La determinación del *Vayayeb* la hacían los astrónomos mayas por ciclos de cincuenta años; los cincuenta años del 14 de abril de 1931 caen justo a las pocas semanas de que L.C.-S. +/-660 se instalase en la Moncloa. Con este personaje hay que acudir de forma permanente a la interpretación esotérica y cuatridimensional; nos perdemos si tratamos de enjuiciarlo en un mundo euclídeo y newtoniano. Porque, como el pobre L.C.-S. +/-660 no parece advertir, la economía estaba en montaña cuando él la asumió; y en surco, es decir en catástrofe, cuando la dejó.

Su estreno presidencial ya fue revelador. En su discurso de investidura pronunció un alto dictamen histórico: «Ha terminado la transición», y en ese momento histórico irrumpió en el Congreso el teniente coronel Tejero. Párrafos enteros dedica el pobre L.C.-S. +/-660 a prodigar la escolástica decadente para decirnos que no, que esa irrupción fue unas horas después de su dictamen. No importan horas ni días; fue en ese momento histórico, y como respuesta a la *jettatura* que acababa de instalarse en la Moncloa. Sin embargo debo reconocer, ya que éste es también un libro de historia, que esa llegada a la Moncloa fue, inicialmente, muy bien recibida.

Las Fuerzas Armadas, como vimos, no consumaron su golpe al ver a una persona de ese apellido en tan alto pue-

to; fue el último, y el único servicio político importante del sobrino del Protomártir a España. Muchos creímos en él y nos adherimos a él; absurdamente, pero para huir del pozo en que nos había sumido Adolfo Suárez por obstinarse en no ser lo que realmente era, tal vez por la influencia nefasta de sus ángeles negros. La historia esotérica de L.C.-S. +/-660 no era conocida entonces más que por unos cuantos iniciados en el campo de la empresa, la política y la sociedad y le dimos en aquellas Cortes una holgada mayoría absoluta que expresaba la confianza de la nación en su figura. Recuerdo que, cuando empezaba a flaquear mi fe en esa figura ante las primeras tonterías que prodigaba L.C.-S. +/-660, el ministro católico Eduardo Carriles reunió en su casa a un grupo de amigos, entre ellos un antiguo compañero mío de colegio en los marianistas de Juan de Mena (donde conocí a nuestro llorado amigo Juan Antonio Vallejo-Nájera), que entonces, y ahora, ejercita una labor importantísima de signo apostólico y empresarial en América, dentro de las filas del Opus Dei. Este amigo mío, vinculado a una dinastía bancaria española, me decía en aquella cena de Carriles en la Moraleja que L.C.-S. +/-660 era el hombre a seguir, y a los pocos días recibí una carta suya desde América en que me repetía la misma tesis; de donde deduje que un importante sector de la Obra, interesado en la política, apostaba decididamente en favor del nuevo presidente, por quien habían votado también los catalanistas de Roca y Pujol, y bastantes diputados fuera de UCD.

Pero sorprendentemente a las pocas semanas L.C.-S. demostró que no tenía nada dentro, y que había llegado a la presidencia simplemente por no hacer nada ni decir nada. Contrató a un excelente consejero de relaciones públicas que le sugirió una amplia política de gestos, pero no eran más que gestos, no realidades. Pudo hacerlo todo: cambiar el Gobierno de Suárez, convocar elecciones en las que hubiera barrido sin la menor duda, remodelar la UCD de *fond en comble* y no hizo absolutamente nada. Mantuvo más o menos el mismo Gobierno de UCD que Suárez definió como el mejor de todos los posibles y lo arruinó en cuatro meses. En ese Gobierno, según Jesús Cacho, había seis ministros masones, lo que no me consta pero tampoco me extraña. Luego quiso convocar a un hombre prestigioso, Antonio Garrigues, a ese Gobierno, y L.C.-S. +/-660 omite la auténtica razón de que no se lograra esa incorporación;

sin duda la CIA, que no es contraria al destacado político, le comunicó la carta astral del presidente, con lo que se echó para atrás horrorizado, no sin que la mínima aproximación proporcionase a Antonio Garrigues gravísimos problemas en los que ahora no he de entrar. No se enteró el presidente de que su ministro Fernández Ordóñez era ya juramentado del PSOE durante todo aquel año 1981 y el siguiente, como después ha confesado paladinamente. Manejó, o creyó manejar, cierta prensa liberal en la que UCD tenía ciertas acciones, para machacar desde ella a quienes le criticábamos en la prensa libre, a la que pretendió mediatizar con métodos mexicanos que ya he insinuado. Llegó la guerra de las Malvinas, y mientras la opinión española reaccionaba unánimemente en favor de Argentina por la semejanza con Gibraltar, el presidente declaró en una de sus ridículas frases que él creía geniales que se trataba de un conflicto «distinto y distante», lo que naturalmente le valió mi protesta indignada en mi columna de entonces, que él describe ahora con latinajos escatológicos, nunca puede olvidarse de su dominio interior del orinal. Sus relaciones con la UCD resultaron ridículas más que dramáticas. «El 30 de noviembre (de 1981, día muy próximo al *Vayayeb* de los mayas) —dice en la página 75— el Consejo Político me elige presidente de UCD.»

Acto seguido se le escapa la pluma y él mismo se encarga de referirnos la consecuencia de esa designación:

«Ha pasado poco más de un mes desde el fracaso gallego. Faltan seis meses para el fracaso andaluz. Y doce para el fracaso final.» El hombre de la suerte objetivada.

EL PAPA Y EL MUNDIAL DE 1982

Entramos así en el año 1982. Yo acababa de contribuir, en uso de mi libertad de expresión, a ese fracaso gallego de la UCD en vista de que la UCD era una merienda de negros, y en vista de que el presidente anterior de UCD, don Agustín Rodríguez Sahagún, pretendía coartar con trabas políticas mi libertad profesional como columnista. Pero en lo que restaba de legislatura no voté una sola vez en contra de UCD en las Cortes. No relataré ahora, por compasión, cómo se arrastró todo un presidente del Gobierno ante Miguel Herrero de Miñón y ante mí a fines de enero de 1982 para que no nos marcháramos del grupo parla-

mentario en vista de la descomposición de UCD y de la estolidez presidencial. Tenía L.C.-S.+/-660 un interés morboso en que yo dejara solo en su hégira a Miguel Herrero, y por eso nos insulta tanto ahora, porque nos cree artífices de su desastre político. No tiene ni idea.

El único artífice del desastre político de L.C.-S.+/-660 es él mismo. Por fin la suerte, que suele proteger personalmente a los gafes mayores, no pudo con la inconcebible torpeza de su visión y de su gestión. Atrincherado en su pequeña corte de fontaneros, que otros describían con mayor crudeza, prodigaba los gestos, que ya eran manotazos, y provocaban la risa general tras la esperanza hundida. Adolfo Suárez se dedicó a apuñalar a la UCD por la espalda, y L.C.-S.+/-660 bailó todo ese año 82 con Landelino Lavilla una danza de la muerte que desembocó en la increíble cláusula de devolución exigida por Landelino (que es un caballero cabal, el mejor presidente de las Cortes españolas de todo el siglo xx y un gran político ahogado injustamente por la ceguera general del centrismo suicida), cuando L.C.-S.+/-660 hubo de abandonar la presidencia del partido tras acabarlo de hundir y aceptó un humillante segundo puesto en la lista de las elecciones por él convocadas en el peor momento imaginable. Porque en aquel año 1982, el presidente desarbolado tuvo dos oportunidades de oro que encenagó y esterilizó: una fue la venida del papa Juan Pablo II a España; otra, el Mundial de fútbol.

Un papa iba a venir a España por vez primera desde que dejó España el papa Adriano de Utrecht en el siglo xvi, pero Juan Pablo II tiene asesores eximios que le explicaron a fondo las consecuencias que para su persona y su pontificado podía tener esa venida bajo la presidencia de L.C.-S.+/-660. Ya cuando el año anterior se anunciaba la posibilidad de esa visita, recién llegado nuestro personaje a la Presidencia, el papa estuvo a punto de morir en el atentado de Ali Agca en la plaza de San Pedro. El papa polaco no cree en consejas, pero sí sabe que la parapsicología es una ciencia, por lo que dispuso todo para retrasar su venida a España hasta después de las elecciones del otoño, con lo que el viaje transcurrió sin más incidentes que aquellos cientos de miles de personas que aplaudían en la plaza de Lima cuando hablaba contra el aborto, después de haber votado, en alto porcentaje, a un programa electoral abortista; pero ésa es también otra historia.

De lo que sucedió en el Mundial de fútbol fui testigo directo con un grupo de parlamentarios que veíamos la final entre Alemania e Italia en la esquina sureste del Bernabeu. Por supuesto que España ya estaba eliminada: nadie lo habíamos dudado ante la realidad de quien regía entonces los destinos del Gobierno. Para la final, L.C.-S.+/-660 había invitado al presidente Pertini, que se negó a venir hasta que formuló personalmente la invitación el rey de España. Entonces el presidente invitó a su colega alemán, Helmut Schmidt, quien, desconocedor de la influencia secreta de su anfitrión, accedió al viaje. Por supuesto que ganó Italia y perdió Alemania; pero para el remate de esta historia tengo no ya unos pocos, sino más de cien mil testigos. Que recordarán cómo sonó sin trabas el himno alemán mientras aparecía en la gran pantalla electrónica la imagen de Schmidt; sonó sin problemas el himno de Italia bajo la sonriente imagen de Pertini; y cuando el disco (no había ni banda) atacó los compases del himno nacional, apareció la imagen enorme de nuestro presidente, y, como en la inauguración de Perlofil, empezó a echar humo el tocadiscos, se interrumpió el himno y se desvaneció la imagen, con lo que gracias a Dios pudo empezar sin más incidentes el partido de la gran victoria italiana.

De las elecciones de octubre de 1982 nada queda por comentar. Fue la primera vez en la historia universal de las democracias occidentales en que un presidente de Gobierno que convoca unas elecciones generales el día que quiere no solamente las pierde, que esto es normal, sino que ni siquiera él mismo, esto es lo histórico, sale elegido diputado. Sin embargo, la interpretación de la catástrofe por el hombre de la suerte objetivada no puede ser más paladina, y como único castigo la reproduciré de sus propias palabras en la página 159 del libro:

«Tuve suerte y pude entregar dos años más tarde a Felipe González una España que había recobrado su fe en la libertad y una democracia parlamentaria perfectamente consolidada.»

Está visto que se merece el ingreso en el PSOE como socio de honor. Sería, además, la única solución para que lográsemos por fin la catástrofe del PSOE y la recuperación de España.

Así volvió abruptamente a la vida privada el hombre de suerte. Nada he dicho sobre sus relaciones con el director general de televisión nombrado por Adolfo Suárez, Fernando Castedo, en cuanto a ciertas preferencias sobre la construcción del famoso Pirulí, la torre de Televisión Española en Madrid, porque tal revelación corresponde a Fernando Castedo, a quien L.C.-S. +/—660 echó de mala manera sin conseguir por ello que Televisión Española le hiciera el menor caso. Pretendió L.C.-S. +/—660 en alguna ocasión un retorno solemne a la vida pública encabezando las listas del centro-derecha en las elecciones al Parlamento Europeo, pero vino del Parlamento europeo a los partidos españoles del centro-derecha no ya un suplicatorio, sino una rendida súplica para que se descartase tal candidatura en servicio de la estabilidad de Europa; la petición fue, naturalmente, atendida. Al cesar como presidente, L.C.-S. +/—660 sorprendió a la Casa Real con la solicitud de un título nobiliario. Los reyes de armas barajaron varias propuestas previas: duque de la Catástrofe, marqués del Real Espanto, conde de la Suerte Atravesada, vizconde de las Ocasiones Perdidas, barón de la Ceniza Persistente, señor del Malaje. Pero a fin de cuentas la Diputación de la Grandeza elevó un memorial a la Corona en que se advertía noblemente que con el acceso del candidato, la aristocracia podría desaparecer sin explicaciones lógicas en menos de una generación, por lo que la petición fue amablemente archivada. La simple consideración del caso coincidió, como se sabe, con un segundo y confuso amago de golpe militar.

Regresó, pues, el ex presidente a su silencio, a la nostalgia de sus orinales, al quehacer absorbente de sus sonetos. Dicen que ha enhebrado toda su ejecutoria política en trescientos mil sonetos y que está dispuesto a venderlos al peso a cualquier editorial, sin encontrar de momento postores. Empezó varios viajes de riguroso incógnito, ya que ningún país se arriesga conscientemente a abrirle sus fronteras, pero de uno de tales viajes han saltado a la cuarta dimensión y la historia del esoterismo ciertos rumores que sólo me atrevo a consignar como tales, sin atribuirles de momento una sanción histórica por más que

alcancen, ante datos muy concretos, una clara verosimilitud parapsicológica.

Un año indeterminado de su etapa pospolítica (si estos sucesos se pueden inscribir en años concretos, yo apostaría por el siguiente a su catástrofe política, cuando los acumuladores de su desgracia comunicativa ya estaban recargados después de que L.C.-S.+/-660 provocara el más duradero hundimiento histórico de la derecha española tras la prisión de Jovellanos) nuestro personaje con un breve séquito (que incluía, por acuerdo de la Liga Árabe, a media docena de especialistas en conjuros facilitados por las universidades de El Cairo y Túnez), emprendió un viaje por el norte de África que con serias dificultades he tratado de reconstruir. La primera sorpresa saltó en un descuido del grupo asesor, que disfrutaba de las delicias del Cairo, mientras nuestro personaje se escapó y se obstinó en subir al vértice de la pirámide de Keops. Tal subida estaba ya desaconsejada por la UNESCO precisamente para evitar riesgos semejantes, pero la insistencia de L.C.-S.+/-660 fue tal que por fin le autorizaron la ascensión. Subió a la pirámide que había aguantado sin inmutarse el peso histórico colosal de Alejandro Magno, y el breve discurso de Napoleón Bonaparte sobre los siglos de historia que contemplaban a sus soldados y eran realmente más del doble. No registran los informes secretos del gobierno egipcio discurso alguno de L.C.-S.+/-660. Pero cualquier lector desconfiado puede comprobar que al día siguiente de la visita, la UNESCO difundió este comunicado alarmante a todo el mundo: «Habiéndose abierto, por causas desconocidas, una grieta amenazadora en la pirámide de Keops desde el vértice a la base, con seria posibilidad de ruina, se invita a todos los Gobiernos a que envíen expertos para evaluar los daños y proponer los remedios, con expresa excepción del Gobierno de España», seguramente por si el maleficio dependía del cargo cesante y no de la persona. A la mañana siguiente las autoridades egipcias, que verificaron ciertos rumores sobre una insólita y devastadora crecida del Nilo y sobre movimientos inexplicables del Ejército israelí en la frontera, pusieron en la frontera opuesta, la de Libia, a L.C.-S.+/-660, mientras ordenaban secretamente el fusilamiento del negligente comité de expertos en conjuros que le habían dejado suelto por las pirámides.

Siempre según las fuentes esotéricas que me han facili-

tado la anterior información cuatridimensional, L.C.-S.+ /—660 emprendió el regreso por una ruta desconocida, con un renovado equipo de parapsicólogos por todo séquito y además por tierra, porque ninguna línea aérea se atrevió a facilitar el pasaje de retorno. Nunca se supo del regreso (quizá a través de Libia por coincidencia probable con el bombardeo devastador de la Sexta Flota americana), pero en mis apuntes figura un dato que permite conjeturarla. Justo en el día en que cruzó L.C.-S.+ /—660 su meridiano, un hórrido viento del desierto se abatió sobre la ciudad de Kairuán, que semanas después figuró en algún periódico español como visitada por el ex presidente en su periplo de alta cultura. Y por primera vez desde la víspera de la toma de la ciudad por los vándalos, anunciados por una espantosa tormenta que la asoló, la arena invadió las calles de Kairuán, ahuyentó a los habitantes, destruyó carreteras y servicios, sepultó a la mitad de los barrios y respetó solamente, hasta el mismo momento del despegue, a un pequeño avión taxi que volvía a España con un pasajero singular que escribía ufano en su diario de viaje: «Abandono Kairuán en medio de la peor tormenta que se recuerda en siglos. Mi avión despega como mimado por los turbiones, sin peligro alguno. Es evidente que continúo siendo lo de toda la vida: un hombre de suerte.»

El epílogo provisional a esta investigación (provisional porque me he reservado los datos más escabrosos, que no corresponderían a este amable y festivo comentario, por si tengo la suerte de obtener una réplica del personaje) debe situarse por el momento en una doble escena del teatro romano de Mérida al comenzar este verano de 1990. Acudió allí L.C.-S.+ /—660 para entregar personalmente a la universal Montserrat Caballé la «leopoldina» esculpida en serie restringidísima por el famoso escultor a que ya nos hemos referido. Hecha la entrega, la diva genial descendió al escenario para acercarse al centro del tablado, que, como es sabido, se hundió espectacularmente, provocando heridas graves, además de un susto colosal, a la mejor voz del mundo y sus acompañantes. Inmediatamente el atribulado director del coliseo empezó a barbotar explicaciones técnicas no muy galantes, como que la zona hundida estaba proyectada solamente para sostener cuatrocientos kilos de peso, superados ampliamente cuando la legendaria actriz y cantante se acercó al grupo que ya ocupaba

el sector. Habrán observado ustedes, sin embargo, que la investigación, iniciada con tanto alboroto, se interrumpió súbitamente. No se trataba de causas técnicas. Uno de los afectados, que había presenciado con gran aprensión la entrega del colgante, declaró que al producirse el hundimiento se escabullía del palco presidencial, entre la confusión y velándose el rostro, quien ustedes pueden suponer.

Estrambote del estrambote. Dije en otro ensayo de este libro que Gorbachov nada tenía que temer de los militares. Pero veo que L.C.-S. +/—660 acompañó a Gorbachov en esa cena madrileña que nos ha costado 150 000 millones de pesetas. Desde entonces no doy un duro por Gorbachov. Escrita ya esta premonición, el señor Gorbachov, a su regreso de su viaje a Madrid, ha sufrido un atentado, afortunadamente sin consecuencias, en plena plaza Roja de Moscú. Me temo que no sea más que el principio.

Índice onomástico

Las cifras en cursiva remiten a las ilustraciones

- Abadal, Ramon d': 108, 109, 112.
Abalkin, Leonid: 93.
Abderramán III: 109.
Abu Zeyt, Zeyt: 296, 297.
Acha Aldecoa, Carlos: 232.
Adán (personaje bíblico): 15.
Adlert, Miquel: 314, 317.
Adriano VI, papa: 417.
Agamenón: 395. — 401.
Agca, Ali: 417.
Agripa, Marco Vipsanio: 217.
Aguilar i Pascual, Pere: 289.
Aguirre, Jesús (militar): 275.
Aguirre Elorduy, Zoilo: 232.
Aguirre y Lecube, José Antonio de: 230, 231.
Aguirre y Ortiz de Zárate, Jesús: 330.
Aguirre Respaldiza, Andrés: 232.
Agustí, Ignacio: 186.
Ainaud de Lasarte, Josep Maria: 111.
Alagón, Blasco de: 296, 297.
Alameda, Soledad: 403.
Alarcos Llorach, Emilio: 316.
Alba, Cayetana Fitz James Stuart y Silva, duquesa de: 329.
Alba, Fitz James y Falcó, Jacobo Stuart, duque de: 180.
Alba, Santiago: 187.
Alberti, Rafael: 164, 165, 363.
Albiñana Olmos, José Luis: 320.
Albornoz, Aurora de: 161.
Alcalá Galiano, Antonio: 33.
Alcalá Zamora, Niceto: 187, 255, 329.
Alcibar Gorostola, José María: 232.
Alcover, Antonio María: 309, 310.
Aldea, Quintín: 75.
Alegría Uriarte, Víctor: 232.
Aleixandre, Vicente: 316.
Alejandro VI, papa: 306, 307.
Alejandro Magno: 420.
Alfonso I, *el Batallador*, de Aragón: 123, 294, 304.
Alfonso II, rey de Aragón: 121.
Alfonso V *el Magnánimo*, de Aragón y III de Valencia: 123, 305, 306. — 299.
Alfonso VI de Castilla: 294.
Alfonso VII de Castilla: 295.
Alfonso VIII de Castilla: 220.
Alfonso X *el Sabio*: 122, 300, 301, 306.
Alfonso XI de Castilla: 220.
Alfonso XII de España: 224, 332, 348, 350. — 239.
Alfonso XIII de España: 42, 43, 139, 252, 255, 256, 309, 329, 330, 334, 336, 343, 348, 350, 356, 359, 363, 399. — 249, 257, 335, 345.
Alfonso I de Valencia y II de Aragón: 301.
Alfonso II de Valencia y IV de Aragón: 303.
Al-Hakem: 109.
Almagro Bosch, Martín: 174, 185.
Al-Mansur: véase Almanzor.
Almanzor: 109, 110, 112.
Almela Vives, Francesc: 314.
Alminyana: 319.
Almirall, Valentí: 136.
Alonso, Dámaso: 316.
Altabella, José: 171.
Altamira, Rafael: 187.
Altuarana Landajo, Martín: 232.
Álvarez, Carlos Luis: 368, 380.
Álvarez, Melquiades: 42.
Álvarez Arenas, Eliseo: 175.
Álvarez Bolado, Alfonso: 371.
Álvarez Lázaro, Pedro: 74.
Álvarez Mendizábal, Juan: 33.
Álvarez del Vayo, Julio: 42, 160.
Allende, Salvador: 54, 372.
Allende Castaños, Ángel: 232.
Amadeo I de Saboya: 35.
Amor Ruibal, Angel María: 384.
Anderson, James: 21, 26, 63.
Andropov, Yuri: 91.
Andreu Abelló, Josep: 71.
Angelina, Javier: 71.

- Ansaldo, Juan Antonio: 333.
 Ansón, Luis María: 355, 402.
 Antonio María Claret, san: 135. — 133.
 Aparicio, J.: 289.
 Aparicio Quintanilla, Pedro Ar-
 noldo: 388.
 Arana Goiri, Sabino: 224, 225,
 226, 227. — 239.
 Aranda, Antonio: 334.
 Aranda, Pedro Pablo Abarca de
 Bolea, conde de: 29, 30, 67, 195.
 Araquistain, Luis: 163, 165.
 Arbeloa, Víctor Manuel: 71.
 Arconada, César M.: 164.
 Ardanza, José Antonio: 228.
 Ardíd Rey, Tomás: 275.
 Areilza, José María de: 70, 228,
 336, 357, 361.
 Arellano Requena, Rodrigo: 283.
 Arenillas de Chaves, Ignacio: 265,
 274.
 Arias, Juan: 72.
 Arias Navarro, Carlos: 274, 359,
 361, 412. — 413.
 Arista, Iñigo: 240.
 Aristófanos: 391.
 Armada y Comyn, Alfonso: 349.
 Armas, Alberto de: 70.
 Armentia Aguado, Faustino: 232.
 Arozamena, Jerónimo: 58, 60.
 Arrien Guerequiz, Fidel: 232.
 Arrupe, Pedro: 375, 376.
 Artola, Miguel: 33.
 Arzallus, Xabier: 228.
 Atucha Aguirreleceaga, Benito:
 232.
 Aub, Max: 171, 179.
 Augusto, Octavio César: 217, 227.
 Aurillac, Gilberto de: 110.
 Austria, Juan José de: 127.
 Austrias, los: 144, 241, 315.
 Ayala, Francisco: 160.
 Ayeararan Uranca, Miguel María:
 233.
 Azaña, Manuel: 44, 45, 47, 68, 140,
 141, 162, 163, 165, 243, 245, 266,
 362, 402.
 Azcárate, Pablo: 189.
 Aznar, Juan Bautista: 248. — 257.
 Aznar, Manuel: 177, 187, 363.
 Azorín, José Martínez Ruiz, *lla-
 mado*: 188, 190.
 Azpiri Iriondo, Juan Antonio: 233.

 Babeuf, Gracchus: 193, 214.
 Baeza, Fernando: 71.
 Bainville, Jacques: 193.
 Balaguer, Víctor: 115.
 Baldó, Marc: 190.
 Balmes Urpià, Jaime: 135, 215.

 Balparda, Gregorio: 228.
 Barcala: 246.
 Barcia Trelles, Augusto: 40.
 Barea, Arturo: 170, 172.
 Barga, Corpus: 159, 171.
 Barnés, Domingo: 189.
 Baroja, Pio: 183, 228, 321.
 Barrabés, Paulino: 71.
 Barril, Joan: 105.
 Barrón Ortiz, Fernando: 48.
 Basozábal Arruzazabala, Félix:
 233.
 Basterra, Ramón de: 228.
 Baudrillart, Alfred: 180.
 Bayarri, José María: 312.
 Bayo, Alberto: 289.
 Beauvoir, Simone de: 82.
 Becerra, Manuel: 35.
 Beethoven, Ludwig von: 27, 205.
 Beltrán, Pedro: 304.
 Belloc, Hilaire: 180, 186.
 Benavente, Jacinto: 188.
 Benedetti, Carlo de: 75.
 Benedicto XIV, papa: 30, 62.
 Benedicto XV, papa: 40, 62.
 Benet, Juan: 405, 410.
 Berenguer Fusté, Dámaso: 44.
 Bergamín, José: 180.
 Bermejo, Tomás: 233.
 Bernal Soto, Germinal: 70.
 Bernanos, Georges: 168, 172, 180,
 231.
 Bernardo de Alcira, san: 292.
 Bernardo de Holanda: 70.
 Berrigan, Daniel: 367.
 Bertrán y Musitu, José: 141.
 Besteiro, Julián: 163, 165, 172,
 189, 264, 265, 266, 267, 268, 271,
 274. — 269.
 Bethencourt, Agustín de: 410.
 Betto, Frei: 104.
 Bhutto, Benazir: 409.
 Blair, Eric: 166.
 Blanco Soler, doctor: 187.
 Blanco Tobío, Manuel: 369.
 Blasco Estellés: 315.
 Blázquez Miguel, Juan: 78.
 Bleiberg, Germán: 171.
 Blériot, Louis: 246.
 Bofarull, Antoni de: 115.
 Boff, Leonardo: 104.
 Boix, Vicente: 308.
 Bolín, Luis: 256.
 Bolívar, Cándido: 189.
 Bolívar, Simón: 34, 134.
 Bolloten, Burnett: 332.
 Bonaparte, Luciano: 205.
 Bonel Huici, teniente coronel:
 270.
 Bono, Emèrit: 322.
 Boor, Jakim: *véase* Franco Baha-
 monde, Francisco.

- Borbón, Carlos María Isidro de: 221, 222.
- Borbón y Battenberg, Juan de: 13, 114, 176, 329, 330, 331, 332, 333, 334, 336, 338, 339, 340, 341, 342, 344, 347, 348, 349, 350, 351, 352, 354, 356, 357, 358, 359. — 335, 345.
- Borbón y Borbón, Alfonso de: 347.
- Borbón Dampierre, Alfonso de: 359.
- Borbón Dos-Sicilias, Mercedes de: 357.
- Borbón y Grecia, Felipe de: 356.
- Borbones, los: 130, 198, 241, 346.
- Borrás, Tomás: 184.
- Borrás Betriu, Rafael: 263.
- Borrell II, conde de Barcelona: 107, 108, 109, 110, 111, 112, 113, 117, 118. — 119.
- Bosch Gimpera, Pere: 189.
- Boulang, Bernardo: 372, 374.
- Bouthelier Espasa, Antonio: 271, 273.
- Brabo, Pilar: 378.
- Brandt, Willy: 70, 103.
- Brégeon, J. J.: 193.
- Brézhnev, Léonid: 95, 96, 97.
- Brienne, Loménie de: 196.
- Brunswick, Carlos Guillermo Fernando, duque de: 201.
- Brzezinski, Zbigniev: 88, 95, 98.
- Buen, Demófilo de: 189.
- Buklarix, Ibnu: 292.
- Buñuel, Luis: 170, 172.
- Burke, Edmund: 192.
- Burón Barba, Luis Antonio: 147.
- Bush, George: 76, 83, 379.
- Caballé, Montserrat: 409, 421.
- Caballero Audaz, el: véase Carretero, José María.
- Cabanellas Ferrer, Miguel: 43, 48.
- Cabanes, Vicente: 233.
- Cabanillas Gallas, Pío: 404, 405.
- Cabello, doctor: 260.
- Cabrera, Blas: 187, 189.
- Cacho, Jesús: 415.
- Cagliostro, Giuseppe Balsamo, llamado Alessandro: 28, 52.
- Cahner García, Max: 322.
- Calatrava, Ramón María: 34, 35.
- Calixto III, papa: 306.
- Calmette, Joseph: 108.
- Calonne, Charles Alexandre de: 195, 197.
- Calvi, Roberto: 28, 53.
- Calvo Sotelo, Joaquín: 405.
- Calvo Sotelo, José: 47, 258, 343, 394, 399, 404, 408, 410, 412, 415. — 413.
- Calvo-Sotelo y Bustelo, Leopoldo: 13, 343, 391-422. — 401, 413.
- Calleja, José Eligio: 233.
- Calles: 340.
- Camacho, Marcelino: 371, 404.
- Cambó, Francesc: 137, 138, 139, 141, 144, 148, 173, 176, 178, 179, 248.
- Campmany, Jaime: 363, 370, 408.
- Camprubí, Zenobia: 170.
- Canals, Antonio: 305.
- Cano López, Dionisio: 47.
- Cánovas del Castillo, Antonio: 35, 37, 224, 244. — 239, 249.
- Capdeferro, Marcel: 115, 116, 117, 120.
- Carcedo, Diego: 368.
- Cardenal, Ernesto: 402.
- Carlomagno: 241.
- Carlos I de España y V de Alemania: 125, 174, 188, 285, 307.
- Carlos II de España: 128, 307. — 311.
- Carlos III de España: 29, 30, 131, 195.
- Carlos IV de España: 67, 195, 201, 204, 206.
- Carlos X de Francia: 25.
- Carlos II de Inglaterra: 24.
- Carlos XVI Gustavo de Suecia: 70.
- Caro Baroja, Julio: 217, 228.
- Carrasco, Pedro: 189.
- Carrere Azcarreta, Francisco: 233.
- Carrero Blanco, Luis: 15, 17, 46, 49, 54, 66, 67, 336, 339, 341, 350, 356, 358, 359.
- Carretero, José María: 186.
- Carriles, Eduardo: 415.
- Carrillo, Santiago: 98, 164, 165, 276, 339.
- Carroç, almirante: 302.
- Carter, Jimmy: 70, 88.
- Carvajal, José Federico de: 102.
- Casado, Segismundo: 48, 171, 172, 267, 271.
- Casals, Pau: 170, 172.
- Casanova, Giacomo: 28.
- Casanova, Rafael: 129.
- Casares, Francisco: 185.
- Casares Quiroga, Santiago: 42.
- Casas, Bartolomé de las: 397.
- Casiraghi, Stefano: 409.
- Casp, Xavier: 314, 318.
- Castañón de Mena, Juan: 352.
- Castedo, Fernando: 359, 404, 419.
- Castiella, Fernando María: 278, 354.

- Castillejo, José: 189.
 Castillo Puche, J. L.: 172.
 Castro, Américo: 187, 188.
 Castro, Fidel: 82, 98, 101, 104, 365, 372, 389.
 Castro, Guillén de: 286.
 Castro, Virtudes: 70.
 Castro Bonel, Honorato: 189.
 Ceausescu, Nicolai: 98, 105.
 Cebrián, Juan Luis: 92, 402.
 Cela, Camilo José: 316.
 Centaño de la Paz, José: 270, 271, 273. — 277.
 Cervantes Saavedra, Miguel de: 305.
 Cervera, Juan: 258, 259.
 Cid, Rodrigo Díaz de Vivar, *llamado el*: 285, 294.
 Cierva Codorniu, Juan de la: 12, 243-262. — 249, 257.
 Cierva Codorniu, Ricardo de la: 243, 245, 246, 248, 256, 259.
 Cierva Gómez, Ana María de la: 260.
 Cierva Gómez, Carlos de la: 260.
 Cierva Gómez, Jaime de la: 260.
 Cierva Gómez, Juan de la: 260.
 Cierva Gómez, Luci de la: 260.
 Cierva Gómez, Mercedes de la: 260.
 Cierva Hoces, Pilar de la: 259.
 Cierva y Peñafiel, Juan de la: 243, 244, 245, 248, 252, 253, 258, 259, 260, 330. — 249.
 Cirarda, José María: 238.
 Ciscar Casabán, Ciprià: 320.
 Claudel, Paul: 180.
 Claudín, Fernando: 87, 88. — 89.
 Clavero Arévalo, Manuel: 399.
 Clemente XII, papa: 30, 62.
 Clemente XIV, papa: 32.
 Climent, Eliseu: 322.
 Codorniu Bosch, María: 245, 259.
 Colón, Cristóbal: 152.
 Collor de Melo, Fernando: 104.
 Companys, Lluís: 140.
 Conde Gutiérrez del Álamo, Rosa: 81.
 Corbera, Ramón de: 305.
 Corredor, J. M.: 172.
 Cortés, Hernán: 397.
 Cossío, Francisco de: 185.
 Costa, Juan: 320.
 Crawley, Mateo: 42.
 Cremades, Francisco de Borja: 289, 310, 312, 313, 314, 316, 317, 318, 319, 320.
 Crespi, Miguel: 189.
 Cristiani, Alfredo: 380.
 Crozier, Brian: 102.
 Cucó, Alfons: 315, 316, 317, 318.
 Cunqueiro, Álvaro: 178, 185.
 Curiel, Enrique: 378.
 Chacel, Rosa: 171.
 Chamorro, Violeta: 101, 390.
 Chaunu, Pierre: 194, 208, 209, 210, 211, 212, 213, 215. — 207.
 Chávez y González, Luis: 372.
 Chenier, André: 212.
 Chillida, Eduardo: 228.
 Churchill, Winston: 24.
 Churruca, José Modesto: 233.
 Dalí, Salvador: 188, 190.
 Danton, Georges Jacques: 196, 201.
 Danvila, Julio: 337, 342.
 Daoiz, Luis: 67.
 Dato, Eduardo: 139, 245.
 Debray, Régis: 191.
 Delgado, Freddy: 372, 374, 379, 380, 387, 388.
 Delibes, Miguel: 316.
 Derwentwater, lord: 24.
 Désaguliers, John Théopile: 21.
 Descartes, René: 20.
 Desclot, Bernat: 121.
 Despuig, Cristófor: 107, 126.
 Díaz, Pablo: 246, 251.
 Díaz Merchán, Gabino: 371.
 Díaz Morta, Manuel: 71.
 Díaz-Plaja, Fernando: 161, 172, 178, 179, 186.
 Díaz Sandino, Felipe: 43.
 Diderot, Denis: 24.
 Diego, Gerardo: 185.
 Díez-Alegria, José María: 371.
 Díez Delgado, Pedro: 233.
 Diocleciano, emperador: 340.
 Donlo Irujo, Doroteo: 234.
 Donoso Cortés, Juan: 215.
 Drachkovitch, Milorad: 36.
 Dreyfus, Alfred: 40.
 Drieu la Rochelle, Pierre: 208.
 Ducos, Roger: 205.
 Dumas, Roland: 70.
 Durán, Eulalia: 125.
 Dutriz (director de *La Prensa Gráfica*): 383.
 Earhart, Amelia: 254.
 Eby, C.: 161.
 Echebarria Olabarría, Martín: 234.
 Edison, Thomas Alva: 250, 254, 255.
 Eduardo VII de Inglaterra: 24.
 Ehrenburg, Ilya: 164.
 Einstein, Albert: 247.

- Elcano, Juan Sebastián: 221.
 Elhuyar, Fausto de: 30.
 Elhuyar, hermanos: 221.
 Ellacuría, Ignacio: 104, 238, 365-390. — 373, 381.
 Ellistt, John Huxtable: 398.
 Engels, Friedrich: 25, 85.
 Enrique II de Aragón: 123.
 Enrique IV de Castilla: 123, 124.
 Enrique y Tarancón, Vicente: 316, 371.
 Ensenada, Zenón de Somodevilla y Bengoechea, marqués de la: 49.
 Entenza, Guillén de: 298.
 Erdozain (jesuita): 375.
 Escalante, Eduardo: 308.
 Escotado, Román: 186.
 Escoto, Miguel d': 376.
 Espartero, Baldomero Fernández: 222, 224. — 229.
 Espina, Concha: 184.
 Espina Conde, Ernesto Vladimiro: 81.
 Esteban Esteban, Daniel: 234.
 Estefanía, familia: 243.
 Estelrich, Joan: 179.
 Esteva, Francisco: 41.
 Esteve, Joan: 305.
 Estuardo, los: 30.

 Fabra i Poch, Pompeu: 189, 309, 310, 318.
 Fabre, Henri: 131.
 Falcón, Irene: 164.
 Falla, Manuel de: 184, 187.
 Fayette, Marie Joseph Paul Ives Poch Gilbert Motier, marqués de La: 195, 196, 198. — 199.
 Federico II *el Grande* de Prusia: 26. — 39.
 Federico Luis, príncipe de Gales: 24.
 Felipe II de España: 125, 131, 174, 307, 334, 358.
 Felipe III de España: 307.
 Felipe IV de España: 126, 127.
 Felipe V de España: 126, 128, 129, 195, 285, 307. — 311.
 Felipe de Edimburgo: 70.
 Fernández, Alejo: 234.
 Fernández, Rafael: 71.
 Fernández Almagro, Melchor: 178.
 Fernández Flórez, Wenceslao: 185.
 Fernández Gil de Terradillos, Jaime: 57.
 Fernández Miranda, Torcuato: 352.
 Fernández de la Mora, Gonzalo: 37, 94, 190, 263.

 Fernández Ordóñez, Francisco: 406, 416.
 Fernando I de Aragón: 123. — 133.
 Fernando II de Aragón y V de Castilla, *el Católico*: 34, 114, 123, 124, 125, 151, 241, 301, 306.
 Fernando III *el Santo* de Castilla: 295, 296, 297.
 Fernando VII de España: 33, 34, 68, 134, 147, 195, 206, 221.
 Fernando I de Antequera, rey de Aragón: 304. — 299.
 Ferrer, Bonifacio: 304. — 299.
 Ferrer, R.: 289.
 Ferrer Benimeli, José Antonio: 16, 17, 18, 22, 29, 30, 32, 33, 35, 37, 38, 41, 44, 47, 50, 54, 55, 56, 62, 67, 69, 71, 74, 78, 79.
 Ferrer Guardia, Francisco: 36, 72.
 Ferrer Salat, Carlos: 72.
 Ferreras, Eduardo: 71.
 Feuerbach, Ludwig: 86.
 Flores de Lemus, Antonio: 187.
 Floridablanca, José Moñino, conde de: 195, 208.
 Foces, Ato de: 296.
 Focke, Heinrich: 260, 261.
 Fontán, Antonio: 396.
 Fontana, José María: 141.
 Ford, Gerald: 70.
 Foxá, Agustín de: 184.
 Fraga Iribarne, Manuel: 56, 57, 150, 152, 263, 355, 356, 357, 403. — 145.
 Fraile, Manuel: 404.
 Francisco I de Habsburgo-Lorena, emperador: 27.
 Francisco II, emperador de Austria: 201.
 Francisco de Paula, infante: 34.
 Franco Bahamonde, Francisco: 13, 15, 16, 26, 37, 41, 43, 46, 47, 48, 49, 50, 52, 54, 56, 57, 66, 67, 68, 138, 141, 146, 174, 175, 176, 178, 179, 180, 182, 184, 185, 186, 188, 228, 231, 256, 258, 259, 271, 272, 274, 275, 276, 278, 279, 280, 281, 283, 285, 314, 317, 324, 329, 331, 332, 334, 336, 337, 339, 340, 341, 342, 343, 344, 346, 347, 348, 349, 350, 351, 352, 354, 355, 356, 357, 358, 359, 360, 361, 363, 404, 410, 412. — 61, 181, 345, 413.
 Franco Salgado-Araujo, Francisco: 49, 358.
 Franklin, Benjamin: 27, 28, 31.
 Freire, Paulo: 374.
 Frías, duque de: 265.
 Fukuyama, Francis: 83, 84, 86, 87, 383.
 Fullana, Luis: 289, 290, 293, 310, 312, 318.

- Furet, François: 193.
Fuster, Joan: 287, 294, 314, 315, 317, 318. — 311.
- Galán, Fermín: 43.
Galiana, Luis: 307.
Galvani, Victoria: 377.
Ganuza Gz. de San Pedro, Rufino: 234.
Gaos, Ángel: 171.
Gaos, José: 189.
Garaicoechea, Carlos: 228, 238.
García de Cortázar, José Ángel: 111.
García Horcajo, Antonio: 57.
García Lorca, Federico: 168, 179, 184, 363.
García Miralles, Antón: 324.
García Morato, Joaquín: 276.
García Morente, Manuel: 187.
García Pelayo, Manuel: 71.
García Pradas, José: 172.
García Sanchiz, Federico: 185.
García Santandreu, Juan: 323.
García Serrano, Rafael: 185.
García Valdecasas, Alfonso: 184.
García Venero, Maximiano: 174, 178.
Garibaldi, Giuseppe: 27.
Garrido, José: 344, 346, 347.
Garrigues y Díaz-Cañabete, Antonio: 273.
Garrigues Walker, Antonio: 415, 416.
Gaulle, Charles de: 167.
Gaxotte, Pierre: 192.
Gelli, Licio: 28, 52, 53, 72, 76.
Gibson, Ian: 165.
Gil-Albert, Juan: 171.
Gil Polo, Gaspar: 286.
Gil-Robles y Quiñones, José María: 46, 47, 334, 336, 338, 340, 341, 349.
Gimbernat, José Antonio: 105.
Giménez Caballero, Ernesto: 175, 176, 178.
Giner Boira, Vicente: 307, 323.
Giner i Ferrer, Jesús: 293.
Giral, José: 43, 44, 173, 189.
Giralt, Emili: 316.
Girón de Velasco, José Antonio: 274.
Girona Rubio, Manuel: 320.
Gironés (arqueólogo): 292.
Giscard d'Estaing, Valéry: 70.
Godechot, Jacques: 193, 194.
Godoy, Manuel: 84, 204.
Goena Urquía, Felipe: 234.
Goethe, Johann Wolfgang von: 201.
- Goicoechea y Coscolluela, Antonio: 337.
Gomá Tomás, Isidro: 187, 231.
Gómez Acebo, Felipe: 251.
Gómez Acebo, María Luisa: 248, 260, 261.
Gómez Aparicio, Pedro: 184.
Gómez Molleda, Dolores: 41, 42, 44, 45.
Gómez Santos, Marino: 182, 186, 187, 190.
Gómez de Segura Zúñiga, Serafio: 234.
Gómez de la Serna, Ramón: 187.
Gómez Spencer, Alejandro: 251, 252, 261.
González, L.: 282.
González Castaño, Domingo: 233.
González Catarain, Dolores: 227.
González Gallarza, Eduardo: 278.
González Márquez, Felipe: 58, 81, 101, 103, 105, 147, 273, 394, 395, 399, 418.
González Ruano, César: 185.
González Ruiz, José María: 371.
Gorbachov, Mijail: 77, 93, 94, 97, 100, 101, 102, 103, 422. — 99.
Gorostiza Iturrate, Fermín: 234.
Goyanes, Carlos: 409.
Grande, Rutilio: 374, 375, 388.
Granero, Jesús M.: 69.
Gregorio XVI, papa: 32.
Gualbes, Bernat de: 304.
Guerra González, Alfonso: 58, 81, 86, 96, 97, 103, 362, 371, 391, 409.
Guerra González, Juan: 388, 391, 409.
Guevara, Ernesto, *llamado* Che: 81.
Guggenheim, Daniel: 255.
Guía, Josep: 321, 322, 323, 324.
Guimerà, Ángel: 136.
Gutenberg, Johannes Gensfleisch, *llamado*: 305.
Gutiérrez, Gustavo: 370.
Gutiérrez Barquín, Gabino: 234.
Gutiérrez Mellado, Manuel: 13, 272, 273, 274, 275, 276, 278, 279, 280. — 277.
Gutiérrez Solana, José: 186.
- Habermas, Jürgen: 90, 101.
Halcón, Manuel: 184.
Hannover, los: 30.
Hassan II de Marruecos: 360.
Havel, Vaclav: 77.
Haydn, Joseph: 27.
Hegel, Georg Wilhelm Friedrich: 83, 84, 86, 205.

- Hemingway, Ernest: 165, 167. — 169.
- Hernández, Abel: 57.
- Hernández, Miguel: 164, 165, 168.
- Hernando, Teófilo: 187, 189.
- Herrera, Emilio: 250, 251, 252, 261.
- Herrera Oria, Ángel: 43.
- Herrera Oria, Francisco: 178.
- Herrero Rodríguez de Miñón, Miguel: 403, 416, 417.
- Hervás, María Pilar: 318.
- Hidalgo de Cisneros, Ignacio: 172.
- Hiram, rey de Tiro: 19.
- Hisham: 109.
- Hitler, Adolf: 29, 86, 168.
- Hodgson, Robert: 180.
- Honnecker, Erich: 100.
- Hoover, Herbert: 255.
- Hornachuelos, duques de: 114.
- Huertas, Luis Martín: 234.
- Hugo I Capeto, rey de Francia: 107, 109, 110, 111, 113.
- Hund, von: 27.
- Ibáñez Martín, Pilar: 395.
- Ibárruri, Dolores: 228, 369.
- Ibn Hud de Murcia, rey: 296.
- Iglesias, Antonio: 187.
- Iglesias, Pablo: 163.
- Ignacio de Loyola, san: 221, 375.
- Igual i Úbeda, Antoni: 314.
- Imatz, Arnaud: 208, 209, 213. — 207.
- Iribarren, Jesús: 50, 52, 62.
- Isabel I de Castilla, *la Católica*: 34, 123, 124, 125, 151, 306.
- Isabel II de España: 34, 134, 135, 348. — 133.
- Istúriz, Francisco: 33.
- Iván III Vasilievich *el Grande*: 94.
- Iván IV Vasilievich *el Terrible* de Rusia: 101.
- Iza Barrenechea, Clemente: 235.
- Jaime I *el Conquistador*: 112, 120, 121, 122, 151, 285, 286, 289, 293, 294, 295, 296, 297, 298, 300, 301, 310, 323. — 299.
- Jaime II de Aragón: 122, 302.
- Jaime II, conde de Urgel: 304.
- Jaquete Rama, Ezequiel: 271.
- Jardiel Poncela, Enrique: 184.
- Jarnés, Benjamín: 171.
- Jaruzelski, Wojciech Witold: 91.
- Jedin, Hubert: 75.
- Jefferson, Thomas: 212.
- Jerez, César: 376.
- Jerez Magaña, Álvaro: 382.
- Jesucristo: 51, 65, 161, 305, 376.
- Jimena Díaz (esposa del Cid): 294.
- Jiménez, Juan Ramón: 170, 172.
- Jiménez de Asúa, Luis: 189.
- Jiménez Blanco, Antonio: 396.
- Jiménez Díaz, Carlos: 187.
- Jiménez Losantos, Federico: 149, 402, 403.
- Jiménez Ortoneda, comandante: 270.
- Jorge III de Inglaterra: 24.
- Jorge IV de Inglaterra: 24.
- José I Bonaparte: 25, 31, 35.
- Jovellanos, Gaspar Melchor de: 420.
- Jruschov, Nikita: 94.
- Juan de Ribera, san: 307.
- Juan I *el Cazador*, de Aragón: 303.
- Juan II de Aragón: 123, 124, 306.
- Juan XXII, papa: 302.
- Juan XXIII, papa: 52, 83, 91, 354, 355.
- Juan Carlos I, rey de España: 13, 109, 113, 151, 152, 301, 327-363, 399, 418. — 335, 345, 353.
- Juan Pablo I: 28.
- Juan Pablo II: 72, 73, 88, 91, 97, 101, 105, 151, 319, 375, 376, 387, 417. — 99.
- Juana de Castilla, *llamada la Beltraneja*: 124.
- Jubany Arnau, Narcís: 151.
- Juliá, Santos: 363.
- Kant, Immanuel: 201.
- Kass, Iliana: 93, 94.
- Kennedy, John Fitzgerald: 273.
- Kennedy, Joseph, Jr.: 273.
- Kent, duques de: 354.
- Kindelán, Alfredo: 177, 334.
- Kissinger, Henry: 70.
- Knight (periodista): 71.
- Koestler, Arthur: 165, 186.
- Koltsov, Mikhail: 164, 165.
- Kramer, Mark: 97.
- Kraushammer, Charles: 83.
- Krause, Karl Christian *Friedrich*: 37.
- Kreiski, Bruno: 70.
- Lacomba, Juan Antonio: 190.
- Lago, Julián: 273, 399.
- Lain Entralgo, Pedro: 174, 175, 178, 185, 243, 316.
- Lamet, Pedro Miguel: 376.
- Landa, A.: 190.
- Lapesa Melgar, Rafael: 154, 316.
- Lapiedra Civera, Ramón: 323, 324, 325.
- Lara Hernández, José Manuel: 263, 391.

- Largo Caballero, Francisco: 173, 320, 362.
 Lavilla Alsina, Landelino: 417.
 Lázaro: 363.
 Lázaro Carreter, Fernando: 316.
 Leal Lecea, Eduardo: 235.
 Ledesma Bartret, Fernando: 58, 60. — 61.
 Legazpi, Miguel López de: 221.
 Legorburu Axpe, Fabián: 235.
 Leguina, Joaquín: 71.
 Lehnhoff, Eugen: 16, 18, 67.
 Lenin, Vladimir Ilich Uliánov, *llamado*: 29, 81, 85, 86, 90, 93, 94, 101, 102.
 León XII, papa: 32, 62.
 León XIII, papa: 38, 62, 91.
 León, María Teresa: 164.
 Leonardo da Vinci: 250.
 Leovigildo, rey visigodo: 219.
 Lequerica, Mexía: 33.
 Lera, Ángel María de: 57, 60, 64, 66, 164.
 Lerma, Joan: 322.
 Lerroux, Alejandro: 43, 45, 46, 48, 138, 255.
 Leveder: 74.
 Licer, María de los Desamparados: 318.
 Lister, Enrique: 160.
 Locatelli, padre: 383, 388.
 Locke, John: 20, 192.
 Lojendio, Luis: 178.
 López, Amando: 384.
 López Amo, Ángel: 342, 347.
 López Bravo, Gregorio: 355.
 López de Gómara, Francisco: 397.
 López Ochoa, Eduardo: 43.
 López Rodó, Laureano: 328, 346, 350, 352, 354, 359. — 353.
 López Torres, José: 235.
 López Trujillo, Alfonso: 372.
 Lorente de la Cierva, Mercedes: 9.
 Lorenzo, Anselmo: 37.
 Lóriga, Joaquín: 252.
 Lotario, rey de Francia: 109, 110.
 Loveday, Arthur Frederic: 180.
 Luca de Tena, Juan Ignacio: 256.
 Luca de Tena, Torcuato: 9.
 Luis V *el Holgazán*, rey de Francia: 109.
 Luis IX de Francia, san: 112, 121.
 Luis XI de Francia: 123.
 Luis XIII de Francia: 127.
 Luis XV de Francia: 24.
 Luis XVI de Francia: 25, 196, 197, 200, 201, 202, 210.
 Luis XVIII de Francia: 25.
 Luis Felipe I de Francia: 25.
 Lumbreras Zuberó, Matías: 235.
 Luna, Antonio: 271, 273.
 Luna, Artal de: 296.
 Luna, José Carlos de: 184.
 Luttwak, Edward N.: 95, 96, 97.
 Lladó i Badia, Carles: 152.
 Llanos, José María de: 371.
 Llombart, Constantino: 308.
 Llopis, Rodolfo: 42.
 Llorente, Teodoro: 308, 310.
 Macià, Francesc: 139, 140.
 MacKinley, William: 224.
 Machado, Antonio: 159, 160, 161, 172. — 169.
 Machado, Manuel: 159, 160.
 Madariaga, Salvador de: 34, 70, 187, 316, 317, 337, 340, 341.
 Madinaveitia, Antonio: 187, 189.
 Maestro, A.: 190.
 Maeztu, Ramiro de: 179, 228.
 Mahoma: 340.
 Maison Ibáñez de Garayo, Glicerio: 235.
 Maistre, Joseph: 192.
 Malraux, André: 166, 167, 172, 186.
 Mandela, Nelson: 409.
 Manjón, Andrés: 344.
 Manrique, Jorge: 185.
 Mao Zedong: 97.
 Marañón Moya, Gregorio: 182.
 Marañón Posadillo, Gregorio: 182, 186, 188.
 Maravall, José Antonio: 316.
 Maravall Herrero, José María: 72.
 Marcinkus, Paul: 28, 53.
 Marconi, Guillermo: 261.
 March, Ausiàs: 286, 305, 306, 310.
 March, Juan: 256, 343.
 Mardanis, Ibn: 295, 297.
 María Antonieta, reina de Francia: 201, 202.
 María Cristina de Borbón, reina regente de España: 34, 348.
 María Luisa de Parma, reina de España: 204, 206.
 María Teresa de Austria, emperatriz: 27.
 Marias, Julián: 13, 171, 172, 173, 264, 265, 266, 267, 268, 270. — 269.
 Marichal, Juan: 162, 165, 266, 363.
 Marichalar, Rafael: 187.
 Maritain, Jacques: 174, 180, 184, 231.
 Maroto, Rafael: 241. — 229.
 Márquez, Manuel: 189.
 Marquina, Eduardo: 185.
 Marsá, Graco: 42.
 Martí Jara: 43.

- Martín I *el Humano*: 123, 303. — 299.
- Martín, Francisco de Paula: 308.
- Martín Descalzo, José Luis: 377.
- Martín Mancebo, Victorino: 235.
- Martín Moreno, Francisco: 282.
- Martín Patino, José María: 371.
- Martín Villa, Rodolfo: 146, 361, 403, 404.
- Martínez Barrio, Diego: 41, 42, 44. — 61.
- Martínez-Bordiú Franco, María del Carmen: 359.
- Martínez de Campos y Serrano, Carlos: 37, 183, 349, 351, 352. — 345.
- Martínez Castellano: 320.
- Martínez Esteruelas, Cruz: 317.
- Martínez Gil, Lucio: 42.
- Martínez Pedroso, Manuel: 189.
- Martínez Santa Olalla, Julio: 271.
- Martínez Soler, Juan Antonio: 409.
- Martínez Uriarte, Federico: 235.
- Martorell, Joanot: 2, 286, 305, 306, 310.
- Martos, Cristino: 35.
- Marx, Karl: 25, 36, 84, 85, 86, 90, 132, 193, 393, 394.
- Mata, S.: 190.
- Maura Montaner, Antonio: 49, 139, 163, 246.
- Mauriac, François: 180, 231.
- Mauroy, Pierre: 70.
- Máximo, Valerio: 305.
- Mayor Zaragoza, Federico: 192.
- Mazzini, Giuseppe: 135.
- Médici, los: 306.
- Medina, Ismael: 72.
- Melquiades de San Juan de la Cruz: 235.
- Mena, Juan de: 415.
- Méndez Arceo, Sergio: 50, 51, 52, 64.
- Mendizábal, Alfredo: 189.
- Mendo, Carlos: 357.
- Menéndez y Pelayo, Marcelino: 144, 176.
- Menéndez Pidal, Ramón: 187, 188, 190.
- Meraglio, Albino: 393, 407, 408.
- Metz, Johannes Baptist: 370.
- Miedes, Emilio: 319.
- Miguel Álava, Manuel de: 235.
- Miguel de Jesús María: 236.
- Milá, Mercedes: 388.
- Milans del Bosch, Francisco: 132.
- Millán Astray, José: 175.
- Míngote, Antonio: 363.
- Minguijón, Salvador: 185.
- Miota Garionaindia, Juan: 236.
- Miquelarena, Jacinto: 186.
- Mirabeau, Honoré Gabriel Riqueti, conde de: 196.
- Miranda, Augusto: 259.
- Miranda, Sebastián: 34, 187.
- Mitterrand, François: 70, 101, 191, 215.
- Mitterrand, Jacques: 26, 42, 53, 54, 73.
- Mola, Emilio: 231, 256, 258. — 257.
- Moles, A.: 189.
- Moncada, Hugo de: 307.
- Montagu, duque de: 23.
- Montes, Angel Cristóbal: 70.
- Montes, Eugenio: 178.
- Montes, Segundo: 366, 367, 382. — 373.
- Montesquieu, Charles-Louis de Secondat, barón de La Brède y de: 198.
- Montgrí, Guillermo de: 297.
- Moral, marqués del: 180.
- Morayta, Miguel: 36, 40.
- Moreno, padre: 374.
- Moreno Grijalba, Víctor: 236.
- Moreno Tortajada, Carlos Ricardo: 280, 283.
- Moret, Segismundo: 35.
- Morgades, Josep: 136.
- Mounier, Emmanuel: 180, 231.
- Mozart, Wolfgang Amadeus: 27.
- Música Herzog, Enrique: 263.
- Muñoz, Manuel: 259.
- Mussolini, Benito: 29, 86.
- Napoleón I Bonaparte: 25, 31, 32, 83, 84, 86, 132, 133, 143, 194, 204, 205, 206, 211, 215, 420.
- Napoleón III: 394.
- Napoleón Duarte, José: 365, 380.
- Navalón, Antonio: 238.
- Navarrete Díaz de Mendivil, Nicasio: 236.
- Necker, Jacques: 197, 198.
- Negrín, Juan: 160, 165, 166, 173, 189, 243, 259, 267, 271, 332.
- Neisshaupt: 27.
- Nelson, Horacio: 204.
- Neruda, Pablo: 70, 167, 172.
- Neville, Edgar: 184, 186.
- Newton, Isaac: 20.
- Nietzsche, Friedrich Wilhelm: 84, 86.
- Núñez de Prado, Miguel: 48.
- Ocerin-Jauregui Uria, Vicente: 236.
- O'Donnell, Leopoldo: 134.
- Ogarkov, Nikolai: 96, 97.
- Oliba: 117.

- Olivares, Gaspar de Guzmán y Pimentel, conde-duque de: 126, 127, 398.
- Orad de la Torre, Urbano: 47.
- Orbea Gorostiaga, Luis: 236.
- Oreja Aguirre, Marcelino: 228.
- Orgaz, Luis: 177.
- Oriol y Urquijo, Antonio de: 228, 237.
- Oriol y Urquijo, José María de: 339, 343. — 345.
- Orleans, Alfonso de: 346.
- Orleans, Luis Felipe José, duque de, *llamado* Felipe Igualdad: 202.
- Ors, Eugenio d': 179, 187. — 181.
- Ors, Miguel d': 190.
- Ortega, Daniel: 389.
- Ortega y Gasset, Eduardo: 43.
- Ortega y Gasset, José: 42, 171, 183, 186, 188, 243, 245, 306.
- Ortega Spottorno, José: 183, 245.
- Ortega Spottorno, Miguel: 183, 187, 245.
- Ortín Benedito, Bernat: 312.
- Orwell, George: 159, 161, 165, 166, 172, 180, 186, 368.
- Osorio, Alfonso: 146, 408.
- Ossorio y Gallardo, Ángel: 163, 165, 184.
- Otero, Alejandro: 189.
- Otero, Juan Ignacio: 374.
- Otero Novas, José Manuel: 74, 361.
- Pablo VI, papa: 56, 73, 83, 91, 355, 375.
- Pabón, Jesús: 137, 177, 178, 316.
- Pacelli, Eugenio: véase Pío XII, papa.
- Páez-Camino, Feliciano: 71.
- Palacio Atard, Vicente: 222, 228, 233, 352, 360. — 229.
- Palacios, Julio: 271.
- Palme, Olof: 76.
- Partner, Peter: 27.
- Paulino Pérez, Javier: 71.
- Paz, Octavio: 164, 186.
- Pazos, Luis: 384, 385.
- Peccorini, Francisco: 379, 380, 382, 389.
- Pedrell, Felipe: 184.
- Pedro I de Aragón: 294, 301.
- Pedro I *el Cruel* de Castilla: 303.
- Pedro II *el Católico*: 121.
- Pedro III *el Grande* de Aragón: 121.
- Pedro IV *el Ceremonioso*: 122.
- Pedro I Alexéievich *el Grande* de Rusia: 94.
- Pedro II de Valencia y IV de Aragón: 303.
- Pedro Pascual, san: 300.
- Peinado, Ángel: 267.
- Pemán, José María: 14, 177, 178, 179, 351.
- Peñaflorida, Xavier María de Múnibe e Idiáguéz, conde de: 30.
- Pérez (guerrillero): 368.
- Pérez, Carlos Andrés: 70.
- Pérez de Ayala, Ramón: 182, 186.
- Pérez Casado, Ricard: 323.
- Pérez Espejo, Diego: 70.
- Pérez Mateos, Juan Antonio: 333.
- Pérez de Urbel, Justo: 185.
- Pertini, Sandro: 418.
- Pertur*, Moreno Bergareche, *llamado*: 227.
- Petronila, infanta: 120, 121. — 119.
- Philips, Lucas: 278.
- Pi, Ramón: 402, 404.
- Pi y Margall, Francisco: 136.
- Picasso, Pablo: 168, 170, 231.
- Picatoste, Jesús: 272.
- Piera, Josep: 322.
- Pilón, padre: 411.
- Pío VI, papa: 200.
- Pío VII, papa: 32, 62.
- Pío VIII, papa: 32.
- Pío IX, papa: 38, 62.
- Pío X, papa: 62, 91.
- Pío XI, papa: 91, 161, 333.
- Pío XII, papa: 91, 333, 346.
- Pitcairn, Harold Frederick: 253.
- Pittaluga, Gustavo: 187, 188, 189.
- Pla y Deniel, Enrique: 339.
- Plejánov, Gueorgui Valentínovich: 85.
- Polanco, familia: 243.
- Polavieja, Camilo García Polavieja, marqués de: 138.
- Pombal, Sebastião José de Carvalho e Melo, marqués de: 29.
- Posada, Adolfo: 187.
- Posada, Rosa: 403.
- Pradera, familia: 243.
- Pradera, Javier: 87.
- Prat, José: 71.
- Prat de la Riba, Enric: 137, 139, 308, 310.
- Preciado, Nativel: 368, 380.
- Prieto Tuero, Indalecio: 228, 259, 333, 340, 341.
- Prim, Juan: 35, 134, 135.
- Primitiu, Nicolau: 314.
- Primo de Rivera y Orbaneja, Miguel: 43, 139, 248.
- Primo de Rivera y Sáenz de Heredia, José Antonio: 276.
- Pruna, Pedro: 186.

- Puche, Gabino: 409.
 Puig y Cadafalch, Josep: 187.
 Pujals, E.: 190.
 Pujol i Soley, Jordi: 108, 114, 121, 136, 137, 138, 146, 147, 148, 150, 151, 153, 323, 363, 415. — 145.
 Querol, Wenceslao: 308.
 Rafael Verhulst, Enrique de: 247.
 Ragache, Jean Robert: 77.
 Rahner, Karl: 370.
 Ramírez, Amparo: 151.
 Ramírez, Eulogio: 42.
 Ramírez Murguía, Gregorio: 236.
 Ramiro II de Aragón: 120.
 Ramon Berenguer I *el Vell*: 117.
 Ramon Berenguer III *el Gran*: 118.
 Ramon Berenguer IV de Barcelona: 118, 120, 121, 292, 295. — 119.
 Ramón y Cajal, Santiago: 36.
 Ramos, Francesc: 70.
 Ramos, Vicente: 317.
 Ranero Múgica, Andrés: 236.
 Ratzinger, Joseph: 88, 90, 91, 92.
 Reagan, Ronald: 76, 96, 97, 368.
 Recasens Sidres, Luis: 189.
 Recio, Carlos: 309, 320.
 Regler, Gustav: 115.
 Revel, Jean François: 86, 369, 405.
 Reventós i Carner, Joan: 322.
 Revilla, Carlos: 71.
 Reyna, María Consuelo: 322.
 Riba, Carles: 159.
 Riber, Lorenzo: 185.
 Ribera, José, *el Españolito*: 307.
 Ribera, Julián: 291.
 Ricardos, Antonio: 131.
 Ricart Lumbreras, Juan Manuel: 323.
 Richelieu, Armand Jean du Plessis, cardenal de: 127.
 Richet, Denis: 193.
 Ridruejo, Dionisio: 146, 174, 175, 178, 186, 187, 339, 410.
 Riego, Rafael del: 33, 68, 329.
 Río Ortega, Pio del: 187.
 Ríos, Fernando de los: 37, 163, 189, 245.
 Riquelme y López-Bago, Manuel: 43.
 Rivera, G.: 60.
 Rivera Damas, Arturo: 372.
 Robespierre, Maximilien de: 192, 196, 201, 203, 204, 340.
 Roca i Junyent, Miquel: 146, 150, 415. — 145.
 Rocard, Michel: 191.
 Rocés, Wenceslao: 189.
 Rockefeller, David: 70.
 Rodrigo, rey godó: 219. — 223.
 Rodrigo Albert, Oscar: 18, 31, 32, 50.
 Rodríguez y Díaz de Lecea, José: 251, 261, 278.
 Rodríguez Marín, Francisco: 186.
 Rodríguez Miaja, Fernando: 265.
 Rodríguez Sahagún, Agustín: 416.
 Rodríguez Santamaría, Alfonso: 177.
 Roig, Jaume: 305.
 Rojo, Luis Ángel: 92, 93.
 Rojo, Vicente: 141.
 Roman, Petre: 105.
 Romero, Emilio: 186, 331.
 Romero, Luis: 160, 161.
 Romero González, Óscar Arnulfo: 375, 388. — 381.
 Romero Ortiz, Antonio: 35.
 Ros, Carles: 307.
 Ros, Samuel: 186.
 Rosales, Luis: 168, 185, 316.
 Rosselló Verger, Vicenç Maria: 315.
 Rovira y Fernández de Mesa, Francisco J. — 132.
 Rovira i Virgili, Antoni: 112, 113.
 Rubio, J.: 165.
 Rubio, Luis: 309, 318.
 Rubio Cavanillas, Federico: 271.
 Rubio y Martínez Correa, Rafael: 275.
 Ruffini, Ernesto: 51.
 Ruiseñada, Claudio Güell y Churruca, conde de: 349, 351.
 Ruiz, Heliodoro: 344.
 Ruiz Funes, Mariano: 189.
 Ruiz-Giménez Cortés, Joaquín: 339.
 Ruiz Zorrilla, Manuel: 35.
 Russafi, Muhammad ibn Galib al-: 292.
 Sabine, Edward: 103.
 Saborit, Andrés: 165.
 Sagasta, Práxedes Mateo: 35.
 Sainz Rodríguez, Pedro: 16, 48, 67, 176, 177, 178, 179, 184, 187, 189, 316, 328, 334, 346. — 181.
 Saiz Valdivieso, Alfonso Carlos: 230.
 Salarich, Josep M.: 111.
 Salas Larrazábal, Jesús: 258.
 Salat y Gusils, Luis: 72, 74.
 Salaverria, José María: 228.
 Salazar Alonso, Rafael: 42.
 Salomón, 16, 19.
 Salvador, Carla: 313.
 Samaranch, Juan Antonio: 187.

- Samper, Ricardo: 394.
 San Martín, José de: 34.
 Sánchez Albornoz, Claudio: 116,
 188, 190, 217, 218, 219, 240, 241,
 331. — 223.
 Sánchez Bella, Alfredo: 340.
 Sánchez Covisa, José: 187, 189.
 Sánchez Guerra, José: 43.
 Sánchez Mazas, Rafael: 173, 176.
 Sánchez Román, Felipe: 187, 189.
 Sánchez Vidal, Agustín: 172, 190.
 Sanchís Guarner, Manuel: 287,
 288, 293, 313, 314, 315, 316, 317,
 319.
 Sancho III *el Mayor*: 220, 241, 289.
 — 223.
 Sancho II de Portugal: 295.
 Santamaría, Carlos: 347.
 Santángel, Luis de: 306, 307.
 Santos, Jaime: 60.
 Sartre, Jean-Paul: 82.
 Sayer, Antonio: 21.
 Schaff, Adam: 103, 371.
 Schmidt, Helmut: 418.
 Sebastián, Luis de: 374, 385.
 Sebastián Aguilar, Fernando: 371,
 377.
 Seco Serrano, Carlos: 139.
 Secher, R.: 193.
 Semprún, Jorge: 82, 192, 362.
 Sender, Ramón J.: 164.
 Sentís, Carlos: 186.
 Serna, Víctor de la: 178, 185.
 Serrano, Francisco: 349.
 Serrano, José: 309.
 Serrano Plaja, Arturo: 170, 172.
 Serrano Poncela, Segundo: 164,
 165.
 Serrano Suñer, Ramón: 173, 174,
 175, 176, 177, 178, 336.
 Sert, José María: 185, 187.
 Sesé, Bernard: 161.
 Setién, José María: 238.
 Shaw, George Bernard: 180, 186.
 Sibila de Fortiá, reina: 114.
 Sieyès, Emmanuel Joseph: 197,
 205.
 Sikorski, Igor I.: 260, 261.
 Simarro, Luis: 40.
 Simeón Cañas, José: 365, 372,
 374, 389.
 Simó Santonja, Vicente: 318.
 Simón de Jesús María: 236.
 Sindona, Michele: 28, 53.
 Siqueiros, David Alfaro: 167.
 Soares, Mario: 71.
 Sobrequés Callicó, Jaume: 111,
 112.
 Sobrino, Jon: 238, 366, 370, 377,
 383, 388.
 Sofía de Grecia, reina de España:
 354, 356, 357. — 353.
 Sófocles: 391.
 Solana Madariaga, Javier: 70.
 Solana Madariaga, Luis: 70.
 Solás: 315.
 Soldevila, Ferran: 115, 116, 118,
 127, 131, 132, 287.
 Solé Turá, Jordi: 378.
 Soler, Vicente: 322, 324.
 Solís Ruiz, José: 328.
 Somoza, Anastasio: 376.
 Sopena Granell, Enrique: 70.
 Sosa, Luis de: 271.
 Sotelo, Ignacio: 105.
 Soto, Gumersindo: 237.
 Sotomayor, Ignacio Martínez de
 Irujo, duque de: 336, 337.
 Southworth, Herbert Rutledge:
 161, 166, 178, 180.
 Spender, Stephen: 167.
 Stalin, Iósiv Vissariónovich
 Dzhugashvili, *llamado*: 29, 81,
 82, 85, 93, 94, 160, 348. — 89.
 Suárez, Luis: 263, 264.
 Suárez González, Adolfo: 138,
 146, 273, 361, 394, 396, 397, 399,
 400, 403, 405, 412, 415, 417, 419.
 — 277, 401.
 Suárez Verdaguer, Federico: 352.
 Sunyer, conde de Barcelona:
 108.
 Supka, Geza: 77.
 Talleyrand-Périgord, Charles
 Maurice de: 198, 202, 211.
 Tarradellas i Joan, Josep: 114,
 146, 318.
 Taxil, León: 38.
 Tejero Molina, Antonio: 414. —
 413.
 Thatcher, Margaret: 192, 212.
 Thomas, Hugh: 191.
 Thorn, Gaston: 70.
 Thous, Maximiliano: 309.
 Tierno Galván, Enrique: 58.
 Tobar, Jesús A.: 389.
 Tojeira, José María: 383, 385,
 386.
 Toquero, José María: 328, 329,
 330, 331.
 Torras i Bages, Josep: 136.
 Torre, duque de la: *véase* Martí-
 nez de Campos y Serrano, Car-
 los.
 Torrijos, Omar: 70.
 Toshack, John: 409.
 Tovar, Antonio: 174, 175.
 Tovar Astorga, Romero: 387, 388,
 390.
 Trastámaras, los: 123. — 133.
 Turani, Guisepppe: 75.
 Tusell, Javier: 165, 263.

- Ubieto Arteta, Antonio: 289, 291, 293, 296, 298, 300, 302.
 Ugarte Arberas, Francisco: 237.
 Ulacia Bargaña, Eulogio: 237.
 Unamuno, Miguel de: 43, 182, 183, 186, 221, 228, 243, 306, 307.
 Unamuno Ereñaga, Miguel: 237.
 Ungría, José: 270, 273, 276, 278.
 Urdaneta, Andrés de: 221.
 Ureña (piloto de autogiro): 261.
 Ureña, Enrique M.: 37.
 Urquijo, los: 343.
 Urraca, reina de Castilla y de León: 123.
 Urriza Berraondo, Ángel: 237.
 Ussía, Alfonso: 402, 404.
- Valbuena Prat, Angel: 291.
 Valdés Larrañaga, Manuel: 271.
 Valencia, Luisa Narváez, duquesa de: 343.
 Vallejo-Nágera, Juan Antonio: 415.
 Valls Taberner, Fernando: 117.
 Varela, Enrique: 177.
 Vargas Llosa, Mario: 70.
 Vázquez, Francisco: 70.
 Vázquez, Rodolfo: 71.
 Vázquez Rodríguez, Ricardo: 237.
 Vegas Latapié, Eugenio: 177, 178, 334, 336, 340, 341, 343.
 Velarde, Pedro: 67.
 Velarde Fuertes, Juan: 28, 29, 263, 264.
 Verdaguer, Jacint: 136, 310.
 Verdi, Giuseppe: 27, 135, 252.
 Viada, Carlos: 271.
 Viana, Carlos, príncipe de: 306.
 Vicens Vives, Jaume: 108, 115, 116, 117, 118, 120, 122, 123, 124, 125, 126, 127, 129, 130. — 119, 133.
 Vicente-Arche: 315.
 Vicente Ferrer, san: 303, 304, 320. — 299.
 Victoria Eugenia Battenberg, reina de España: 260, 334, 356, 357.
 Vidarte, Juan-Simeón: 47.
 Vila, Ramón: 237.
 Vilaplana, Rafael: 74.
 Vilar, Sergio: 315.
 Vilarasau Salat, Josep: 72.
 Villarroya, Tomás de: 308.
- Villaescusa Martín, José Antonio: 321.
 Villalón, Antonio: 275.
 Villapalos, Gustavo: 13, 275, 276, 278, 279.
 Villapalos Salas, Esther: 278.
 Villapalos Salas, Gustavo: 278.
 Villapalos Salas, Paloma: 278.
 Villar Massó, Antonio de: 57, 58, 74.
 Villena, Leonor Manuel de Villena, *llamado* sor Isabel de: 305.
 Vinielles, Magin: 141.
 Vives, Juan Luis: 286.
 Voltaire, François Marie Arouet, *llamado*: 25, 28, 31.
- Walesa, Lech: 91, 95, 371.
 Warleta, José: 250.
 Washington, George: 27.
 Webb, Beatrice: 92.
 Webb, Sidney: 92.
 Wellington, Arthur Colley Wellesley, duque de: 206.
 Wharton, Felipe de: 23, 24, 29, 49.
 Wifredo *el Velloso*: 108, 113, 117, 121, 152. — 119.
 Wright, Orville: 246.
 Wright, Wilbur: 246.
- Xirau, Joaquín: 189.
- Yagüe, Juan: 255.
 Yallop, David: 28.
 Yáñez, Luis: 87, 407.
 Yoyes: véase González Catarain, Dolores.
 Yzurdiaga, Fermín: 185.
- Zabala Arana, José de: 237.
 Zallo-Echevarría Zarandona, Severino: 237.
 Zamora Vicente, Alonso: 316, 319.
 Zayan: 297, 298.
 Zuago (arquitecto): 187.
 Zubiaurre, Valentín de: 228.
 Zubiri, Xavier: 86, 378, 384, 385. — 381.
 Zuloaga, Ignacio: 185, 228.
 Zulueta, Ignacio: 344, 347.

